Dan Simmons



ENDYMION

«Simmons emplea todo el potencial de la ciencia ficción de forma magistral»
Locus

NOVA

Han pasado 274 años- desde la caída de Hyperion, la hegemonía se ha transformado en una teocracia regida por Pax, la organización cívico-militar de la Iglesia católica. Gracias al cruciforme, la inmortalidad es efectiva y la nueva fe, universal. Pax sólo teme la llegada de un nuevo mesías.

Un joven pastor condenado por asesinato, Endymion, deberá muy a su pesar proteger, con el androide Bettik, a ese nuevo mesías: Aenea, hija de Keats, que retorna de las Tumbas del Tiempo de Hyperion.

Dan Simmons

Endymion

(Los cantos de Hyperion - 3)

ePUB v1.1
Rov 13.07.11

Título original: Endymion
Serie: Los cantos de Hyperion 3
Colección NOVA nº 98
Traducción: Carlos Gardini

Bailén 84 - Barcelona
ISBN: 84-406-7716-2
Edición digital: #biblioteca
Revisión: Sadrac/Jota/Paul Areides (R6 08/03 L)
Versión en ePub: Rov, Mayo 2011

Por mucho que nuestra filosofía represente el alma humana como una creación independiente, no debemos olvidar que es inseparable, en su nacimiento y su crecimiento, del universo donde nació.

TEILHARD EHARDIN

Dadnos dioses. ¡Oh, sí, dadnos dioses! Estamos hartos de los hombres y la potencia de las máquinas.

D. H. LAWRENCE

PRESENTACIÓN

Los llamados Cantos de Hyperion, formados por HYPERION *(1989, NOVA ciencia ficción, número 41) y* LA CAÍDA DE HYPERION *(1990, NOVA ciencia ficción, número 42), son ya un hito en la moderna, ciencia ficción. Pero iban pasando los años y Dan Simmons parecía haber olvidado esa temática que tan brillantemente supo abordar. Parece ser que con ese extraordinario y ameno tour de force que es* LOS VAMPIROS DE LA MENTE *(1989, Ediciones B,* Éxito Internacional), *Simmons se percató de que había mayor y mejor mercado en la novela de terror, a la que se ha dedicado estos últimos años. Sólo* THE HOLLOW MAN *(1992), con disquisiciones casi metafísicas en torno a la telepatía y la soledad, puede en cierta forma emparentarse con la ciencia ficción. El resto de lo publicado por Simmons durante este período se incluye en el género de terror, del que ya se ha convertido en maestro indiscutible.*

Pero quienes fuimos gratamente sorprendidos por los dos primeros libros de la saga de Hyperion nos sentíamos un poco decepcionados. O al menos así me ocurría a mí... Tras la lectura de las últimas obras de Simmons, siempre me quedaba pensando que era lamentable que un talento como el suyo se perdiera en la búsqueda del best-seller más al uso.

Simmons es un brillante narrador, lo que demuestra tanto en sus novelas de terror como en las de ciencia ficción. Es más, no cabe duda de que Simmons dispone de una capacidad especulativa que nunca quedará totalmente plasmada en las obras de terror. Habría sido realmente una lástima que esa brillantez especulativa, esa capacidad de reflexión sobre la literatura y sus clásicos, esa riqueza de ideas, se hubiera perdido.

Durante estos últimos años he temido demasiadas veces que el mercado, con su indiscutible poder, apartara para siempre a Dan Simmons de la ciencia ficción.

Afortunadamente no ha sido así.

En enero de 1996 apareció ENDYMION, *la novela que hoy presentamos y, según la información de que dispongo, en septiembre de 1997 aparecerá el original inglés de* EL ASCENSO DE ENDYMION. *Simmons asegura que la serie finaliza con estas dos novelas (que constituyen en realidad, como ya ocurriera con las dos primeras, una macronovela publicada en dos volúmenes). El mismo autor lo explica:*

> EL ASCENSO DE ENDYMION es, definitivamente, el último de los libros de Hyperion. No es la última obra que escribiré acerca de ese universo (tengo un relato en mente), pero sí va a ser la última novela.

Endymion *contiene pues, a un mismo tiempo, el sabor de lo bueno conocido, el misterio de la novedad y, en cierta forma, el efecto frustrante que provoca ignorar lo que nos depara la segunda parte,* EL ASCENSO DE ENDYMION, *todavía inédita cuando escribo esta presentación, pero esperada con verdadera ansiedad.*

Ya en la presentación de HYPERION *comentaba lo que entonces supuso para muchos tener que aguardar un año entre la primera y la segunda parte de los hoy conocidos como* Cantos de Hyperion. *Pude ahorrárselo a los lectores de NOVA publicando ambas novelas de forma consecutiva en nuestra colección. Pero esta vez no será así. Sin atrevernos a dejar pasar más tiempo, ofrecemos este nuevo acercamiento al mundo de* HYPERION, *a la espera de que aparezca la versión en inglés de* EL ASCENSO DE ENDYMION, *que publicaremos posiblemente a mediados de 1998. En esta ocasión el lector de NOVA podrá sentir esa especie de frustración que otros experimentamos la vez anterior.*

*No es este el momento para recordar la importancia o el interés qu*e HYPERION *y* LA CAÍDA DE HYPERION *han representado en la moderna ciencia ficción. Creo que bastará con las palabras de Gary K. Wolfe en LOCUS:*

> [HYPERION] es una moderna obra maestra de la ciencia ficción, que se deconstruye a sí misma en el segundo volumen [LA CAÍDA DE HYPERION], y en la cual se desarrollan sofisticados juegos temáticos con el romanticismo inglés trasplantado a un entorno de space opera.

Precisamente en torno a John Keats y sus poemas, Wolfe construye una crítica más bien dura de ENDYMION. *Wolfe recuerda que* HYPERION *y* LA CAÍDA DE HYPERION *son poemas de Keats a los que se considera «buenos», y a partir de ellos Simmons ha escrito buenas novelas. También recuerda, sin embargo, que algún crítico contemporáneo de Keats tachó* ENDYMION *de «mera estupidez». Basándose en esa referencia, le resulta fácil realizar una crítica muy dura de la presente novela de Simmons. Una crítica que puede estar más vinculada a la frustración de no conocer todavía el final que al contenido mismo del libro.*

Wolfe, rizando el rizo, viene a decir que ENDYMION *no es más que una versión novelada del cliché temático de La guerra de las galaxias cinematográfica. Lo comento porque se trata de un punto de vista original y, todo hay que decirlo, un tanto arriesgado. En palabras de Wolfe:*

> Raúl Endymion, un joven poco sofisticado de un planeta atrasado (Hyperion), es enviado por un anciano sabio y en cierta forma místico a la imposible misión de rescatar una princesa (bueno, no precisamente una

princesa, pero se trata de la hija de Keats, lo que es muy parecido). Y debe rescatarla de una fortaleza del imperio galáctico (que aquí se llama Pax, una especie de teocracia católica reconstruida). Toda la ayuda de que dispone es un talismán mágico (en este caso una alfombra voladora), y un tímido y leal androide (en realidad hay dos robots si se tiene en cuenta la locuaz y malhumorada nave del espacio en la que escapan). Encuentra a la chica, que resulta ser tan valiente y precoz que, desde ese momento, es ella quien toma todas las decisiones, y ambos son perseguidos de planeta en planeta por un obsesionado capitán-sacerdote que nunca ceja en su empeño, aunque siempre fracasa estrepitosamente en su intento de capturarles.

No es exactamente mi forma de ver el argumento de ENDYMION, *pero les aseguro que es un punto de vista bien construido. Y curioso. Me atreveré a decir que, entre otras cosas, temo que a Wolfe no le haya gustado mucho esa Pax y esa visión nada reverencial que Simmons ofrece de la Iglesia Católica (no hay que olvidar que Gary K. Wolfe siempre ha dado muestras de ser un devoto admirador de esos libros de inspiración y propaganda católica que forman la Saga del Nuevo Sol de su tocayo Gene Wolfe...)*

En cualquier caso son ustedes los que deben juzgar. Tal vez ENDYMION *sin* EL ASCENSO DE ENDYMION, *quede inconcluso y, como dice Gary K. Wolfe, se convierta esencialmente en un complejo ejercicio narrativo. Afortunadamente Wolfe es capaz de reconocer que, para él, lo mejor y más divertido de esta novela de Simmons es observar cómo el autor se plantea situaciones que recuerdan a los más manidos clichés y las resuelve con una gran maestría narrativa y con el paulatino desarrollo de los personajes, como ocurre, por ejemplo, con el capitán-sacerdote de Soya.*

Les aseguro que ENDYMION, *aun sin alcanzar el sorprendente nivel de* HYPERION, *es, pese a Gary K. Wolfe, una novela brillante y muy entretenida. Asimismo, los asuntos que presenta auguran un verdadero tour de forcé en* EL ASCENSO DE ENDYMION, *a cuya lectura les invito en un futuro cercano.*

Sólo recordaré aquí algunas de las cosas que el mismo Dan Simmons ha comentado en diversas entrevistas. Para empezar, algo que cualquier lector de Simmons podía esperar:

...así lo hice en LA CAÍDA DE HYPERION: algunas de las cosas de HYPERION no eran como parecían ser. Y debo decir que en EL ASCENSO DE ENDYMION ocurre lo mismo. No en el sentido de un truco, espero, sino en el sentido de ofrecer por fin una perspectiva clara de lo que sucedía en los tres libros precedentes. Me gusta pensar en este último libro como en un potente

> reflector que brilla por entre las áreas más oscuras de los otros tres libros. Tal vez no ate pulcramente todos los cabos, pero al menos la historia resultará más comprensible.

Y por eso esperamos todos la llegada de EL ASCENSO DE ENDYMION, *incluso con más impaciencia que con la que guardamos en su día la aparición de* LA CAÍDA DE HYPERION.

Antes de finalizar les recordaré que la saga en cuestión aborda dos temas de gran importancia: lo sagrado y el amor. Así lo confiesa el mismo Simmons:

> Lo que realmente me interesaba, en toda la serie, era decir algo sobre lo sagrado, y no precisamente algo espiritual. En el primer libro, HYPERION, lo que concitó mayor desdén entre los críticos fue la idea de que el amor es una fuerza básica en el universo. Un crítico dijo: «¿Quién se cree que es? ¿John Lennon?» Así que me lo tomé como un reto e hice que ése fuera el tema central de los dos últimos libros. ENDYMION crea el alma de la historia de amor que intento contar. Aunque un personaje esté al final de la veintena y el otro tenga sólo doce años. ¡El tipo de historia de amor que cuentas y luego te arrestan por ello! Quería trabajar en la idea de que el amor es algo más que una mera emoción que dura un tiempo y luego se disipa: es algo sólido, entretejido en la urdimbre del universo. Esto es, probablemente, tan serio como lo que puedo aprender de la filosofía.

Y concluyo aquí esta presentación, que ya se ha alargado demasiado. Creo sinceramente que Wolfe no ha entendido casi nada de ENDYMION, *y que la respuesta (como ocurría en las dos primera novelas de la serie) se halla en* EL ASCENSO DE ENDYMION. *Yo la espero con verdadera impaciencia, en la confianza de que un autor como Simmons, capaz de fascinar con* HYPERION *y* LA CAÍDA DE HYPERION, *no va a defraudarnos. Por el momento,* ENDYMION *sirve como nexo de unión y como amena presentación de lo que está por venir en el universo de* HYPERION.

Sea como fuere, Simmons es un narrador como hay pocos. Si alguien lo duda, que haga como yo: leí de un tirón LOS VAMPIROS DE LA MENTE *(¡casi un millar de páginas!) para darme cuenta al final de que todo era un inmenso cliché narrativo sobre los hechos mas manidos y sobre un tema que no me interesaba en absoluto, pero que, una vez sumergido en su lectura, fui del todo incapaz de abandonar. Eso es saber narrar. Y Simmons lo hace de nuevo, y de forma maravillosa, en ENDYMION.*

Por si esto fuera poco, el futuro nos traerá EL ASCENSO DE ENDYMION. *¿Qué más*

se puede pedir?

MIQUEL BARCELÓ

1

Estás leyendo esto por razones equivocadas.

Si estás leyendo para averiguar cómo es hacer el amor con una mesías —nuestra mesías—, no continúes, porque no eres más que un mirón.

Si estás leyendo porque admiras los *Cantos* del viejo poeta y sientes curiosidad por saber qué pasó luego en la vida de los peregrinos de Hyperion, quedarás defraudado. No sé qué sucedió con la mayor parte de ellos. Vivieron y murieron casi tres siglos antes de que yo naciera.

Si estás leyendo porque deseas comprender mejor el mensaje de La Que Enseña, también puedes quedar defraudado. Confieso que ella me interesaba más como mujer que como maestra o mesías.

Por último, si estás leyendo para descubrir el destino de ella o aun el mío, te has equivocado de documento. Aunque los destinos parecen tan ciertos, yo no estaba con ella cuando alcanzó el suyo, y el mío aguarda su acto final mientras escribo estas palabras.

Me sorprendería que hubiera alguien leyendo esto, pero no sería la primera vez en mi vida que me llevo semejante sorpresa. Los últimos años han sido una sucesión de improbabilidades, cada cual más maravillosa y aparentemente más inevitable que la anterior. Escribo esto para compartir esos recuerdos. Tal vez ni siquiera para compartirlos, pues sé que es muy probable que nadie encuentre el documento que estoy creando, sino tan sólo escribo para aclarar los sucesos de tal manera que pueda estructurarlos en mi mente.

«¿Cómo sé lo que pienso hasta no ver lo que digo?», escribió un autor anterior a la Hégira. Precisamente. Debo ver estas cosas para saber qué pienso de ellas. Debo ver los sucesos en tinta y las emociones en letras de molde para creer que realmente me sucedieron y me afectaron.

Si estás leyendo esto por la misma razón por la que yo estoy escribiendo, para imponer algún orden al caos de los últimos años, para estructurar esa serie de sucesos aleatorios que han regido nuestras vidas durante las últimas décadas estándar, entonces quizás estés leyendo por la razón correcta, a pesar de todo.

¿Dónde empezar? Una sentencia de muerte, tal vez. ¿Pero cuál? ¿La de ella o la mía? Y si es la mía, ¿cuál de ellas? Hay varias para escoger. Tal vez la adecuada sea ésta, la definitiva.

Escribo esto en una caja de gato de Schrödinger, en órbita de Armaghast, un mundo en cuarentena. La caja no es una caja, sino un ovoide liso de seis metros por tres. Será mi mundo hasta el final de mi vida. El interior de mi mundo es una celda

austera que consiste en una caja negra que recicla el aire y los desperdicios, mi litera, el sintetizador de alimentos, un estrecho mostrador que me sirve de mesa y escritorio y un inodoro, fregadero y ducha, situados detrás de un tabique de fibroplástico por razones de decoro que se me escapan. Aquí nadie me visitará nunca. La intimidad parece una broma hueca.

Tengo una pizarra de texto y una pluma. Al terminar cada página, la transfiero a un micropergamino generado por el reciclador. Día a día, el lento amontonamiento de estas páginas delgadas como hostias es el único cambio visible en mi entorno.

El recipiente de gas venenoso no está a la vista. Está situado en el casco estático-dinámico de la caja, conectado con el filtro de aire de tal modo que todo intento de tocarlo, al igual que todo intento de romper el casco, haría escapar el cianuro. El detector de radiación, su temporizador y el elemento isotópico también están fusionados con la energía congelada del casco. No sé cuándo el temporizador aleatorio activa el detector. No sé cuándo el mismo elemento aleatorio abre el escudo de plomo del diminuto isótopo. No sé cuándo el isótopo arroja una partícula.

Pero sabré que el detector está activado en el instante en que el isótopo arroje una partícula. Oleré ese aroma de almendras amargas un par de segundos antes de que el gas me mate.

Espero que sólo sean un par de segundos.

Técnicamente, según el antiguo enigma de la física cuántica, ahora no estoy muerto ni vivo. Estoy en ese estado de suspensión consistente en ondas de probabilidad superpuestas y antaño reservado para el gato del experimento mental de Schrödinger. Como el casco de la caja es prácticamente una energía preparada para estallar a la menor intrusión, nadie mirará dentro para ver si estoy muerto o vivo. Teóricamente, nadie es directamente responsable de mi ejecución, dado que las inmutables leyes de la teoría cuántica me indultan o condenan a cada microsegundo. No hay observadores.

Pero yo soy un observador. Estoy esperando el colapso de las ondas de probabilidad con algo más que un mero interés distante. En el instante en que oiga el siseo del gas de cianuro, antes de que llegue a mis pulmones, mi corazón y mi cerebro, sabré qué camino ha escogido el universo para ordenarse.

Al menos, lo sabré en lo que a mí concierne. En definitiva, es el único aspecto de la resolución del universo que nos concierne a la mayoría.

En el ínterin duermo, como, elimino desechos, respiro y sigo el ritual cotidiano de lo olvidable. Lo cual es irónico, pues en este momento vivo —siempre que «vivir» sea la expresión correcta— sólo para recordar. Y para escribir lo que recuerdo.

Si estás leyendo esto, sin duda lo haces por razones equivocadas. Pero, como sucede con tantas cosas en la vida, la razón para hacer algo no es lo importante. Lo que permanece es el hecho de hacerlo. Al fin y al cabo, lo único importante es el dato

incuestionable de que yo he escrito esto y tú lo estás leyendo.

¿Dónde comenzar? ¿Con ella? Ella es la que te interesa y es la única persona de mi vida a quien deseo recordar por encima de todo y de todos. Pero quizá debería comenzar por los sucesos que me condujeron a ella y luego aquí, recorriendo gran parte de esta galaxia y mucho más.

Creo que empezaré por el principio, por mi primera sentencia de muerte.

2

Mi nombre es Raul Endymion. Mi nombre de pila rima con Paul. Nací en el mundo de Hyperion, en el año 693 de nuestro calendario local, o el 3099, según el calendario anterior a la Hégira, o 247 años después de la Caída, según la mayoría calcula el tiempo en la era de Pax.

Se ha dicho que cuando viajé con La Que Enseña yo era pastor, y es verdad. O casi. Mis parientes se ganaban la vida como pastores itinerantes en los brezales y prados de las regiones más remotas del continente de Aquila, donde me crié, y a veces cuidaba ovejas cuando niño. Recuerdo esas noches serenas bajo los estrellados cielos de Hyperion como una época agradable. A los dieciséis años (por el calendario de Hyperion) huí de mi casa y me alisté como soldado de la Guardia Interna controlada por Pax. Recuerdo la mayor parte de esos tres años como tediosos y rutinarios, con la ingrata excepción de los tres meses que me enviaron al casquete de hielo de la Garra para luchar contra los indígenas durante el levantamiento de Ursus. Cuando obtuve la baja, trabajé como cuidador y fullero en uno de los casinos más sórdidos de Nueve Colas, fui barquero en los confines del Kans durante dos temporadas de lluvia y estudié de jardinero en algunas fincas del Pico bajo los auspicios del artista Avrol Hume. Pero «pastor» debía sonar mejor para los cronistas de La Que Enseña cuando llegó el momento de mencionar la ocupación anterior de su discípulo más cercano. «Pastor» tiene una connotación gratamente bíblica.

No objeto el título de pastor. Pero en esta historia apareceré como un pastor cuyo rebaño consistía en una oveja infinitamente importante. Y la perdí en vez de encontrarla.

En la época en que mi vida cambió para siempre y esta historia comienza de veras, yo tenía veintisiete años, era alto por ser nativo de Hyperion, notable por pocas cosas excepto el grosor de los callos de mis manos y mi amor por las ideas extravagantes, y trabajaba como guía de cazadores en los marjales de la bahía de Toschahi, cien kilómetros al norte de Puerto Romance. Para entonces había asimilado algunas cosillas sobre el sexo y muchas cosas sobre armas, había descubierto de primera mano el poder que ejerce la codicia en los asuntos de hombres y mujeres, había aprendido a usar los puños y mi poco seso para sobrevivir, sentía curiosidad por muchas cosas, y la única certeza que tenía era que el resto de mi vida no me reservaría grandes sorpresas.

Era un idiota.

Casi todo lo que era yo en ese otoño de mis veintiocho años se puede describir con negativos. Nunca había estado fuera de Hyperion y nunca había pensado en viajar a otros mundos. Había estado en catedrales de la Iglesia, por supuesto; aun en las regiones remotas adonde había huido mi familia después del saqueo de la ciudad

de Endymion, un siglo antes, Pax había extendido su influencia civilizadora, pero yo no había aceptado el catecismo ni la cruz. Había estado con mujeres, pero nunca me había enamorado. Salvo por la tutela de mi abuela, había sido autodidacta y me había educado con libros. Leía vorazmente. A los veintisiete años creía saberlo todo.

No sabía nada.

Así fue que en el otoño de mis veintiocho años, feliz en mi ignorancia y totalmente convencido de que nada importante cambiaría nunca, cometí el acto que me valdría una sentencia de muerte e iniciaría mi vida real.

Los marjales de la bahía de Toschahi son peligrosos e insalubres, y no han cambiado desde mucho antes de la Caída, pero cientos de cazadores ricos —entre ellos muchos forasteros— vienen aquí todos los años por los patos. La mayoría de los protoánades perecieron rápidamente una vez que fueron regenerados y liberados de la nave semillera siete siglos antes, pues no pudieron adaptarse al clima de Hyperion o fueron cazados por depredadores indígenas, pero algunos patos sobrevivieron en los marjales del norte de Aquila. Y los cazadores venían. Y yo los guiaba.

Cuatro de nosotros operábamos desde una abandonada plantación de fibroplástico, situada en una angosta franja de esquisto y lodo entre los marjales y un tributario del río Kans. Los otros tres guías se concentraban en la pesca y la caza mayor, pero yo tenía la plantación y la mayoría de los marjales para mí durante la temporada de los patos. Los marjales eran una zona pantanosa y semitropical que consistía principalmente en espesos matorrales de chalma, bosques de raraleña y templados bosquecillos de prometeos gigantes en las zonas rocosas que había por encima de la pradera aluvial, pero durante los frescos, secos y diáfanos días de principios del otoño, los patos se detenían allí durante su migración desde las islas del sur hacia los lagos de las regiones más remotas de la meseta del Piñón.

Desperté a los cuatro «cazadores» una hora y media antes del alba. Había preparado un desayuno de jamón, tostadas y café, pero los cuatro obesos empresarios mascullaban insultos mientras lo engullían. Tuve que recordarles que revisaran y limpiaran sus armas: tres portaban escopetas, y el cuarto cometió la tontería de llevar un antiguo rifle energético. Mientras ellos comían y rezongaban, yo me quedé atrás de la cabaña con Izzy, la perdiguera labrador que tenía desde que ella era cachorra. Izzy sabía que íbamos a cazar, y había que acariciarle la cabeza y el cuello para calmarla.

Asomaban las primeras luces cuando nos fuimos de aquella plantación cubierta de malezas en un esquife de suelo chato. Radiantes espejines aleteaban entre oscuros túneles de ramas y por encima de los árboles. Los cazadores —M. Rolman, M. Herrig, M. Rushomin y M. Poneascu— permanecían sentados en los bancos mientras yo impulsaba el esquife. Izzy y yo estábamos separados de ellos por una pila de

flotadores, cuyo fondo curvo aún mostraba la tosca textura del hollejo de fibroplástico. Rolman y Herrig usaban costosos ponchos camaleónicos, aunque no activaron el polímero hasta que estuvimos en las profundidades del pantano. Les pedí que bajaran la voz cuando nos aproximamos a los marjales de agua dulce donde se posarían los patos. Los cuatro me miraron con cara de pocos amigos, pero obedecieron y pronto se callaron.

La luz era muy intensa cuando detuve el esquife a poca distancia del blanco y preparé los flotadores. Me calcé mis remendadas botas impermeables y me metí en el agua, que me llegaba hasta el pecho. Izzy se inclinó en la borda con ojos ansiosos, pero le hice una seña para evitar que saltara. Ella vaciló pero se quedó donde estaba.

—Su arma, por favor —le dije a Poneascu, el primer hombre.

Estos cazadores de una vez al año tenían bastantes problemas para conservar el equilibrio mientras se metían en los pequeños flotadores, y yo no confiaba en que supieran aferrar sus escopetas. Les había pedido que mantuvieran la cámara vacía y el seguro puesto, pero cuando Poneascu me entregó su arma, el indicador de la cámara estaba en rojo, mostrando que estaba cargada y que el seguro no estaba puesto. Expulsé la bala, puse el seguro, apoyé el arma en la funda impermeable que llevaba sobre los hombros y estabilicé el flotador mientras el corpulento hombre bajaba del esquife.

—Vuelvo enseguida —les murmuré a los otros tres, y me abrí paso entre frondas de chalma, arrastrando el flotador: Habría podido permitir que los cazadores llevaran sus flotadores hasta el sitio que ellos escogieran, pero el marjal estaba plagado de lodoquistes que succionarían el remo chupándose al remador, y poblado por mosquitos drácula del tamaño de globos que se complacían en caer desde las ramas, decorados con serpentinas, que parecían frondas de chalma para los incautos, y erizados de espinas que podían atravesar un dedo. Había otras sorpresas para los visitantes primerizos. Además, la experiencia me había enseñado que la mayoría de esos cazadores de fin de semana ponía los flotadores de tal modo que se disparaban entre sí en cuanto aparecía la primera bandada de patos. Era mi trabajo impedir que eso ocurriera.

Dejé a Poneascu en medio de una mata de frondas, con una buena vista de la orilla sur. Le mostré dónde colocaría los demás flotadores, le dije que observara desde dentro por la ranura de la lona del flotador y que no empezara a disparar hasta que todos estuvieran en posición, y me fui a buscar a los otros tres. Dejé a Rushomin veinte metros a la derecha del primer hombre, encontré un buen sitio cerca de la caleta para Rolman y fui a buscar al hombre que empuñaba ese estúpido rifle energético, M. Herrig.

El sol saldría a los diez minutos.

—Joder, al fin te acuerdas de mí —rezongó el gordo cuando regresé. Ya se había

metido en el flotador; tenía los pantalones de tela camaleónica mojados.

Las burbujas de metano que había entre el esquife y la desembocadura de la caleta indicaban un gran lodoquiste, así que yo tenía que andar muy cerca de los bajíos cada vez que iba o venía.

—Joder, no te pagamos para que pierdas el tiempo —gruñó, mascando un grueso cigarro.

Asentí, estiré la mano, le arranqué el cigarro encendido de entre los dientes y lo arrojé a cierta distancia del quiste. Teníamos suerte de que las burbujas no se hubieran encendido.

—Los patos huelen el humo —le dije, ignorando su expresión colérica y boquiabierta.

Me calcé el arnés y llevé el flotador hasta el marjal abierto, abriendo una senda con el pecho entre las algas rojas y anaranjadas que habían vuelto a cubrir la superficie desde mi último viaje.

M. Herrig acarició su costoso e inservible rifle energético y me fulminó con la mirada.

—Muchacho, cuida esa condenada bocaza o yo la cuidaré por ti —dijo.

Su poncho y su blusa de caza estaban entreabiertos y pude ver el destello de la doble cruz de oro de Pax que le colgaba del cuello y la cuña roja de un cruciforme real sobre el pecho. M. Herrig era un cristiano renacido.

No dije nada hasta que dejé su flotador a la izquierda de la caleta. Ahora estos cuatro expertos podían disparar hacia el lago sin temor a matarse entre sí.

—Cúbrase con la lona y mire por el agujero —dije, desatando la cuerda de mi arnés y sujetándola a una raíz de chalma.

M. Herrig gruñó pero dejó la lona de camuflaje plegada sobre las varillas del domo.

—No dispare hasta que haya sacado los señuelos —dije. Le indiqué las demás posiciones de tiro—. Y no dispare hacia la caleta. Yo estaré en el esquife.

M. Herrig no respondió.

Me encogí de hombros y regresé al esquife. Izzy estaba sentada donde yo le había ordenado, pero por sus músculos tensos y sus ojos relucientes noté que en espíritu brincaba como un cachorro.

Sin subirme al esquife, le acaricié el pescuezo.

—Tan sólo unos minutos, muchacha —susurré.

Liberada de su orden, corrió a proa mientras yo empezaba a arrastrar el esquife hacia la caleta.

Los radiantes espejines habían desaparecido, y las estrías de las lluvias de meteoritos se disipaban mientras la luz del alba se solidificaba en un fulgor lechoso. La sinfonía de ruidos de insectos y graznidos de anfisbandas a lo largo de los bajíos

fue reemplazada por el gorjeo de los pájaros y el bufido ocasional de un agujín inflando su saco. En el este el cielo adquiría su color lapislázuli diurno.

Empujé el esquife hasta las frondas, le indiqué a Izzy que se quedara en la proa, saqué cuatro señuelos de abajo de los bancos. Había una delgada pátina de hielo en la orilla, pero el centro del marjal estaba despejado, y empecé a colocar los señuelos, activándolos a medida que los dejaba. El agua nunca me cubría por encima del pecho.

Acababa de regresar al esquife y de tenderme junto a Izzy, al amparo de las frondas, cuando llegaron los patos. Izzy los oyó primero. Se puso tiesa e irguió el hocico como si los oliera en el viento. Un segundo después llegó el susurro de las alas. Me incliné hacia delante y atisbé por el crujiente follaje.

En el centro del lago los señuelos nadaban y se alisaban las plumas. Uno de ellos arqueó el cuello y graznó mientras los patos reales se hacían visibles por encima de la arboleda del sur. Tres patos se apartaron de la bandada, extendieron las alas para frenar y descendieron hacia el marjal deslizándose por raíles invisibles.

Sentí la emoción que siempre siento en esos momentos; se me cierra la garganta y mi corazón palpita, se detiene un instante y luego me duele. Había pasado la mayor parte de mi vida en regiones remotas, observando la naturaleza, pero la contemplación de tanta belleza siempre tocaba algo tan profundo que no tenía palabras para ello. Junto a mí, Izzy seguía tiesa como una estatua de ébano. Estallaron los disparos. Los tres cazadores con escopetas dispararon de inmediato y siguieron disparando sin cesar. El rifle energético hendió el marjal con su rayo, la angosta asta de luz violeta claramente visible en la bruma de la mañana.

El primer pato debió de recibir dos o tres impactos al mismo tiempo: se partió en una explosión de plumas y vísceras. El segundo plegó las alas y cayó, despojado de su gracia y su belleza por los balazos. El tercero se deslizó a la derecha, se recobró justo encima del agua y aleteó tratando de elevarse. El haz energético lo persiguió, cortando hojas y ramas como una hoz silenciosa. Las escopetas rugieron de nuevo, pero el pato pareció prever adónde apuntarían. El ave descendió hacia el lago, se ladeó a la derecha y voló en línea recta hacia la caleta.

En línea recta hacia donde estábamos Izzy y yo.

El ave volaba a dos metros del agua. Batía las alas con ímpetu, consagrando todas sus fuerzas a la fuga, y comprendí que volaría bajo los árboles, atravesando la abertura de la ensenada. Aunque en su inusitada trayectoria el ave había pasado entre diversas posiciones de tiro, los cuatro hombres seguían disparando.

Usé la pierna derecha para alejar el esquife de las ramas que lo ocultaban.

—¡Alto el fuego! —grité con la voz perentoria que había adquirido durante mi breve carrera de sargento en la Guardia Interna. Dos de los hombres obedecieron. Una escopeta y el rifle energético siguieron disparando.

El pato ni se inmutó cuando pasó a un metro del esquife.

Izzy tiritó y abrió la boca sorprendida mientras el pato aleteaba a poca distancia. La escopeta no volvió a disparar, pero vi que el haz violeta hendía la bruma patinando hacia nosotros. Grité y arrastré a Izzy entre los bancos.

El pato escapó del túnel de ramas de chalma y batió las alas para elevarse. De repente el aire olió a ozono, y una recta línea de llamas cortó la popa del bote. Me aplasté contra el fondo del esquife, aferrando el collar de Izzy y acercándola a mí.

El rayo violeta pasó a un milímetro de dedos agarrotados y del collar de Izzy. Vi el breve destello de una mirada inquisitiva en los entusiastas ojos de Izzy, que intentó apoyarme la cabeza en el pecho como cuando era cachorra y pedía perdón. Con ese movimiento, la cabeza y el tramo de pescuezo que estaban encima del collar se desprendieron del cuerpo y cayeron por la borda con un chapoteo blando. Yo todavía le sostenía el collar, con su cuerpo encima de mí y sus patas delanteras temblando contra mi pecho. Un géiser de sangre me bañó desde las arterias del pescuezo cercenado, y rodé a un costado, apartando el cuerpo trémulo y decapitado de mi perra. Su sangre era tibia y sabía a cobre.

El haz energético atacó de nuevo, cortó una gruesa rama de chalma a un metro del esquife y se apagó como si nunca hubiera existido.

Me incorporé y miré a M. Herrig. El gordo estaba encendiendo un cigarro; tenía el rifle energético sobre las rodillas. El humo del cigarro se mezclaba con las volutas de niebla que aún ondeaban sobre el marjal.

Me metí en el agua. La sangre de Izzy todavía caracoleaba en torno de mí mientras me acercaba a M. Herrig.

Levantó el rifle y se lo apoyó en el pecho. Habló apretando el cigarro entre los dientes.

—Bien, ¿vas a buscar los patos que cacé o los dejarás flotar por ahí hasta que se pud...?

Aferré el poncho del gordo con la mano izquierda y lo tiré hacia delante. Él intentó alzar el rifle, pero yo lo cogí con la mano derecha y lo arrojé hacia el marjal. Herrig gritó algo, su cigarro cayó en el flotador, y yo lo arranqué del taburete y lo metí en el agua. Salió carraspeando y escupiendo algas. Le di un puñetazo en la boca. Sentí que la piel de los nudillos se me resquebrajaba mientras le partía varios dientes. Cayó hacia atrás, se golpeó la cabeza contra el armazón del flotador con un ruido hueco, se hundió de nuevo.

Esperé a que su gordo rostro emergiera como el vientre de un pescado muerto y volví a hundirlo, mirando las burbujas mientras él braceaba y agitaba en vano las manos fofas.

Los otros tres cazadores se pusieron a gritar desde sus puestos. No les presté atención.

Cuando Herrig bajó las manos y el chorro de burbujas se redujo a un hilillo, lo

solté y retrocedí. Por un momento pensé que el gordo no saldría, pero emergió con un estallido y aferró el borde del flotador. Vomitó agua y algas. Le di la espalda y me volví hacia los demás.

—Es todo por hoy —dije—. Dadme vuestras armas. Vamos a regresar.

Abrieron la boca para protestar; me miraron a los ojos, vieron mi rostro manchado de sangre y me entregaron sus escopetas.

—Lleva a tu amigo —le dije al último hombre, Poneascu. Llevé las armas hasta el esquife, las descargué, guardé las escopetas en el compartimiento impermeable de la proa y llevé las cajas de municiones a popa. El cuerpo decapitado de Izzy ya había empezado a endurecerse cuando lo arrojé por la borda. El fondo del esquife estaba bañado en su sangre. Regresé a popa, guardé las municiones y me apoyé en la pértiga.

Los tres cazadores regresaron en sus flotadores, remando torpemente y arrastrando el flotador donde M. Herrig yacía despatarrado. El gordo aún colgaba de costado, el rostro pálido. Subieron al esquife y trataron de subir los flotadores.

—Dejadlos —dije—. Atadlos a esa raíz de chalma. Más tarde vendré a buscarlos.

Soltaron los flotadores y subieron a M. Herrig a bordo como si fuera un pez obeso. Sólo se oía el despertar de las aves e insectos del marjal y los continuos vómitos de Herrig. Cuando el gordo estuvo a bordo, los otros tres se sentaron y murmuraron. Emprendí el regreso hacia la plantación mientras el sol disipaba los últimos vapores que cubrían las oscuras aguas.

Y allí pudo haber terminado todo. Pero no fue así.

Yo preparaba el almuerzo en la primitiva cocina cuando Herrig salió de la barraca con un rechoncho lanzadardos militar. Esas armas eran ilegales en Hyperion; Pax no permitía que nadie las portara, excepto la Guardia.

Vi la cara blanca y alarmada de los otros tres cazadores mirando desde la puerta de la barraca mientras Herrig entraba en la cocina aureolado por una bruma de whisky.

El gordo no pudo resistir el impulso de darme un breve y melodramático discurso antes de matarme.

—Condenado y pagano hijo de perra... —empezó, pero no esperé para escuchar el resto. Me lancé hacia delante mientras él disparaba desde la cadera.

Seis mil dardos de acero destrozaron el horno, la olla donde yo estaba preparando el guisado, el fregadero, la ventana y los estantes y cacharros. Fragmentos de comida, plástico, porcelana y vidrio llovieron sobre mis piernas mientras yo me arrastraba bajo la mesa y aferraba las piernas de Herrig, que se había inclinado sobre la mesa para rociarme con una segunda andanada.

Cogí los tobillos del gordo y tiré. Cayó estrepitosamente de espaldas, sacudiendo

una década de polvo de los tablones. Me encaramé a sus piernas, asestándole un rodillazo en la ingle, y le aferré la muñeca para arrebatarle el arma. Empuñaba la culata con fuerza; aún apoyaba el dedo en el gatillo. El cargador gimió mientras otro cartucho se instalaba en su sitio. Olí el aguardentoso aliento de Herrig mientras él me encañonaba con una sonrisa triunfal. Le pegué en la muñeca, obligándole a poner el arma bajo su papada. Nuestros ojos se encontraron un instante, hasta que su forcejeo le hizo halar el gatillo.

Enseñé a otro cazador a usar la radio de la sala, y un deslizador de Pax se posó en el prado al cabo de una hora. Sólo había una docena de deslizadores en funcionamiento en el continente, así que la vista del negro vehículo de Pax imponía respeto.

Me sujetaron las muñecas, me pegaron un pórtate-bien cortical en la sien y me llevaron al compartimiento de popa. Me quedé allí, sudando en la caliente caja, mientras forenses de Pax usaban pinzas diminutas para tratar de arrancar todas las esquirlas del cráneo y el tejido cerebral de M. Herrig del suelo y la pared. Una vez que interrogaron a los demás cazadores y hallaron todo lo que se podía hallar de M. Herrig, cargaron el cadáver a bordo mientras yo miraba por la percudida ventanilla de Perspex. Las hélices gimieron, los ventiladores arrojaron una bocanada de aire fresco cuando creí que ya no podría respirar, y el deslizador se elevó, sobrevoló la plantación y se dirigió a Puerto Romance.

Mi juicio se celebró seis días después. Rolman, Rushomin y Poneascu declararon que yo había insultado a M. Herrig en el viaje al marjal y allí lo había atacado. Destacaron que la perra había muerto en el jaleo que yo había provocado. De vuelta en la plantación, yo había empuñado ese lanzadardos ilegal y había amenazado con matarlos a todos. Herrig había intentado arrebatarme el arma. Yo le había disparado a quemarropa, despedazándole la cabeza.

Herrig fue el último en declarar. Conmocionado y pálido a tres días de su resurrección, vestido con traje oscuro y capa de negocios, confirmó con voz trémula el testimonio de los demás y describió mi brutal ataque. Mi defensor, designado por el tribunal, no lo interrogó. Siendo cristianos renacidos en buenos tratos con Pax, esos cuatro no tenían obligación de declarar bajo la influencia de la droga de la verdad o cualquier otra forma de verificación química o electrónica. Yo me ofrecí para someterme a la droga o al sondeo pleno, pero el fiscal alegó que esos artificios eran irrelevantes, y el juez aprobado por Pax dio su acuerdo. Mi defensor no presentó una protesta.

Fue un juicio sin jurado. El juez tardó menos de diez minutos en llegar a un veredicto. Yo era culpable y fui sentenciado a ser ejecutado con una vara de muerte.

Solicité que la ejecución se demorase hasta que pudiese avisar a mi tía y mis

primos del norte de Aquila para que me visitaran por última vez. Mi solicitud fue denegada. La hora de la ejecución se fijó para la madrugada del día siguiente.

3

Un sacerdote del monasterio Pax de Puerto Romance fue a visitarme esa noche. Era un hombre de cabello ralo, un tío menudo, nervioso y un poco tartamudo. Una vez en la sala de visitas, que no tenía ventanas, se presentó como el padre Tse y pidió a los guardias que se marcharan.

—Hijo mío —dijo, y sentí ganas de sonreír, pues el sacerdote aparentaba mi edad —, hijo mío... ¿estás preparado para mañana?

Perdí las ganas de sonreír. Me encogí de hombros.

El padre Tse se mordió el labio.

—No has aceptado a Nuestro Señor... —dijo con voz tensa de emoción.

Quise encogerme de hombros otra vez, pero opté por hablar.

—No he aceptado el cruciforme, padre. Quizá no sea lo mismo.

Sus ojos castaños eran insistentes, suplicantes.

—Es lo mismo, hijo mío. Nuestro Señor nos ha revelado esto.

Callé.

El padre Tse dejó su misal y me tocó las muñecas amarradas.

—Si te arrepientes esta noche y aceptas a Jesucristo como tu salvador personal, tres días después de mañana te levantarás para vivir de nuevo en la gracia del perdón de Nuestro Señor. —No pestañeó—. Lo sabes, ¿verdad, hijo mío?

Lo miré a los ojos. Un prisionero de la celda contigua se había pasado las tres últimas noches gritando. Me sentía muy fatigado.

—Sí, padre. Sé cómo funciona el cruciforme.

El padre Tse negó enfáticamente con la cabeza.

—El cruciforme no, hijo mío. La gracia de Nuestro Señor.

Asentí.

—¿Usted ha experimentado la resurrección, padre?

El sacerdote agachó la cabeza.

—Todavía no, hijo mío. Pero no temo ese día. —Me miró de nuevo—. Y tú tampoco debes temer.

Cerré los ojos un instante. Había estado pensando en esto cada minuto de los últimos seis días y noches.

—Mire, padre, no quiero ofender, pero hace unos años tomé la decisión de no someterme al cruciforme, y creo que no es el momento apropiado para cambiar de opinión.

El padre Tse me clavó sus ojos brillantes.

—Cualquier momento es apropiado para aceptar a Nuestro Señor, hijo mío. Después de la madrugada de mañana no habrá más tiempo. Tu cadáver será sacado de este lugar y arrojado al mar como alimento para los peces carroñeros...

Esta imagen no era nueva para mí.

—Sí. Conozco la pena para un homicida que no se ha convertido antes de la ejecución. Pero tengo esto... —Me toqué el pórtate-bien cortical que me habían adherido a la sien—. No necesito que me encastren un parásito cruciforme para someterme a una esclavitud más profunda.

El padre Tse retrocedió como si lo hubiera abofeteado.

—Una vida de entrega a Nuestro Señor no es esclavitud —dijo. La cólera le había curado el tartamudeo—. Hubo millones que entregaron su vida antes de que se ofreciera la bendición tangible de una resurrección inmediata en esta vida. Hoy hay miles de millones que lo aceptan con gratitud. —Se levantó—. La elección es tuya, hijo mío. La luz eterna, con el don de una vida casi ilimitada en este mundo para servir a Cristo, o la oscuridad eterna.

Aparté los ojos con indiferencia.

El padre Tse me bendijo, se despidió con una mezcla de tristeza y desprecio, dio media vuelta, llamó a los guardias y se marchó. Un minuto después el dolor me acuchilló el cráneo cuando los guardias activaron mi pórtate-bien para llevarme de vuelta a la celda.

No te aburriré con la larga letanía de los pensamientos que pasaron por mi cabeza en esa interminable noche de otoño. Yo tenía veintisiete años. Amaba la vida con una pasión que a veces me creaba problemas, aunque nunca habían sido tan graves. En las primeras horas de esa última noche, pensé en la fuga con la desesperación de un animal enjaulado. La cárcel estaba en el abrupto acantilado que daba sobre el arrecife llamado la Mandíbula, en la bahía de Toschahi. Todo era irrompible. Perspex, acero ultrafuerte, plástico. Los guardias portaban varas de muerte y no parecían reacios a usarlas. Aunque yo pudiera escapar, una presión en el control remoto del pórtate-bien me derribaría con la peor migraña del universo mientras ellos seguían la señal que los llevaría a mi escondrijo.

Pasé las últimas horas reflexionando sobre la necedad de mi breve e inservible vida. No lamentaba nada, pero tampoco tenía mucho que hablara a favor de los veintisiete años que Raul Endymion había vivido en Hyperion. El tema dominante de mi vida parecía ser esa perversa terquedad que me había inducido a rechazar la resurrección.

Con que debes a la Iglesia una vida de servicios, susurró una voz frenética en mi cabeza. Al menos así tendrás una vida. ¡Y más vidas después! ¿Cómo puedes rechazar semejante trato? Cualquier cosa es preferible a la muerte verdadera, a que arrojen tu cadáver a los celacantos y gusanos-tiburón. ¡Piensa en ello! Cerré los ojos y fingí dormir tan sólo para huir de los gritos que resonaban en mi mente.

La noche duró una eternidad, pero el amanecer pareció llegar pronto. Cuatro

guardias me escoltaron hasta la cámara de muerte, me amarraron a una silla de madera y cerraron la puerta de acero. Mirando por encima del hombro izquierdo, vi rostros observándome a través del Perspex. Esperaba un sacerdote, tal vez no el padre Tse, pero un sacerdote, algún representante de Pax que me ofreciera una última oportunidad de inmortalidad. No había ninguno. Eso sólo me satisfizo en parte. No sé si habría cambiado de opinión a último momento.

El método de ejecución era sencillo y mecánico, quizá no tan sutil como la caja del gato de Schrödinger, pero aun así ingenioso. Desde la pared una vara de muerte apuntaba a la silla donde yo estaba sentado. Vi la luz roja que se encendía en la pequeña unidad comlog adherida al arma. Los prisioneros de las celdas contiguas me habían descrito gustosamente la mecánica de mi muerte aun antes de que se dictara sentencia. El ordenador comlog tenía un generador de números aleatorios. Cuando el número generado fuera un número primo inferior a diecisiete, se activaría el rayo de la vara. Cada sinapsis de esa masa gris que era la personalidad y memoria de Raul Endymion sería incinerada. Pulverizada. Derretida hasta convertirse en el equivalente neurónico de un desecho radiactivo. Las funciones autónomas cesarían milisegundos después. Mi corazón y mi respiración cesarían en cuanto mi mente fuera destruida. Los expertos decían que la muerte por la vara era indolora. Los que resucitaban después de una ejecución con vara de muerte no querían hablar sobre la sensación, pero en las celdas se decía que dolía como el demonio, como si estallaran todos los circuitos del cerebro.

Miré la luz roja del comlog y el extremo de la vara. Algún chusco había puesto una pantalla LED para que yo pudiera ver los números generados. Pasaban como los números de un ascensor al infierno: 26-74-109-19-37... Habían programado el comlog para que no generase números mayores que 150... 77-42-12-60-84-129-108-14...

Perdí los estribos. Apreté los puños, forcejeé contra las correas de plástico, insulté a las paredes, a los rostros pálidos distorsionados por las ventanas de Perspex, a la puta Iglesia y su puta Pax, al puto cobarde que había matado a mi perra, a los putos cobardes que...

No vi el número primo bajo que aparecía en pantalla. No oí el murmullo de la vara de muerte cuando se activó el rayo. Sentí algo, una frialdad de cicuta que comenzaba en la nuca y se propagaba por mi cuerpo con la velocidad de la conducción nerviosa, y me sorprendí de sentir algo. «Los expertos están equivocados y los convictos tienen razón —pensé frenéticamente—. Puedes sentir la muerte por la vara.» Me habría reído si el aturdimiento no me hubiera cubierto como una ola.

Una ola negra.

Una ola negra que me arrastró.

4

No me sorprendí de despertarme con vida. Tal vez uno sólo se sorprende cuando se despierta muerto. De todos modos, desperté sin más incomodidad que un cosquilleo en los brazos y me quedé acostado, mirando el sol que se deslizaba por un tosco techo de yeso, hasta que un pensamiento urgente me despabiló.

«Espera un minuto. ¿Yo no estaba...? ¿Ellos no...?»

Me incorporé y miré en torno. Si tenía la sensación de que mi ejecución había sido un sueño, el prosaico aspecto de mi entorno pronto se encargó de disiparla. La habitación tenía forma de pastel, con una pared curva y blanqueada y un techo de yeso. La cama era el único mueble, y la gruesa y blancuzca ropa de cama complementaba la textura del yeso y la piedra. Había una maciza puerta de madera —cerrada— y una ventana con forma de arco abierta a la intemperie. Un vistazo al cielo color lapislázuli me reveló que aún estaba en Hyperion. Era imposible que aún estuviera en la prisión de Puerto Romance; la piedra era demasiado vieja, los detalles de la puerta demasiado ornamentales, la calidad de las mantas demasiado buena.

Me levanté, me encontré desnudo. Caminé hacia la ventana. La brisa otoñal era intensa, pero el sol me entibiaba la piel. Estaba en una torre de piedra. El amarillo chalma y una gruesa maraña de raraleña tejían una sólida techumbre de árboles en las colinas hasta el horizonte. Una vegetación siempreazul crecía en las laderas de granito. Vi más murallas, almenas y la curva de otra torre. Las paredes parecían antiquísimas. La calidad de su construcción y el aire orgánico de su arquitectura pertenecían a una época de destreza y buen gusto, muy anterior a la Caída.

Adiviné de inmediato mi paradero: el chalma y la raraleña sugerían que aún estaba en el continente meridional de Aquila; las elegantes ruinas hablaban de la ciudad abandonada de Endymion.

Nunca había estado en la localidad de donde mi familia tomaba su apellido, pero Grandam, la narradora de nuestro clan, la había descrito muchas veces. Endymion había sido una de las primeras ciudades de Hyperion colonizadas después de que la nave semillera se estrelló setecientos años antes. Hasta la Caída había sido famosa por su buena universidad, una estructura enorme semejante a un castillo que dominaba la ciudad. El abuelo del bisabuelo de Grandam había sido profesor de la universidad hasta que las tropas de Pax dominaron la región de Aquila central y expulsaron a miles de personas.

Y ahora yo había regresado.

Un hombre calvo de tez azul y ojos color azul cobalto traspuso la puerta, dejó en la cama ropa interior y un traje sencillo de algo que parecía algodón casero.

—Vístete, por favor —dijo.

Miré en silencio mientras el hombre daba media vuelta y salía. Tez azul. Ojos

color azul cobalto. Calvo. Tenía que ser un androide, el primero que yo veía. Si me hubieran preguntado, habría dicho que no quedaban androides en Hyperion. La biofacturación era ilegal desde la Caída, y aunque el legendario Triste Rey Billy los había importado para construir la mayoría de las ciudades del norte siglos antes, no deberían quedar androides en nuestro mundo. Sacudí la cabeza, me vestí. El traje me sentaba a la perfección, a pesar de mis hombros grandes y mis piernas largas.

Estaba de vuelta ante la ventana cuando el androide regresó. Se detuvo en la puerta y gesticuló con la mano.

—Por aquí, por favor, M. Endymion —dijo, usando el honorífico tradicional en inglés de la Red.

Contuve el impulso de hacer preguntas y lo seguí por la escalera de la torre. La habitación de arriba ocupaba todo el piso. El sol del atardecer atravesaba vitrales rojos y amarillos. Al menos una ventana estaba abierta, y oí el susurro de un viento lejano en la hojarasca.

Esta habitación era tan blanca y austera como mi celda, salvo por un apiñamiento de aparatos médicos y consolas de comunicaciones en el centro del círculo. El androide se marchó, cerrando la gruesa puerta, y tardé un segundo en comprender que había un ser humano en medio de todo ese equipo.

Al menos, creí que era un ser humano.

El hombre estaba sentado en una cama flotante de flujoespuma. Tubos, intravenosas, filamentos de monitoreo y umbilicales de aspecto orgánico unían el equipo con la cenicienta figura. Digo «cenicienta», pero en verdad el hombre parecía momificado, la tez arrugada como los pliegues de una vieja chaqueta de cuero, el cráneo manchado y calvo, los brazos y piernas consumidos al extremo de ser meros apéndices vestigiales. La postura del viejo evocaba un pichón arrugado y sin plumas que se ha caído del nido. Su tez apergaminada tenía un aire azulado que me hizo pensar «androide» por un momento, pero luego reparé en la diferencia del tono de azul, en el leve fulgor de las palmas, las costillas y la frente, y comprendí que miraba a un humano verdadero que había recibido tratamientos Poulsen durante siglos.

Ya nadie recibe tratamientos Poulsen. Esa tecnología se perdió con la Caída, así como la materia prima de mundos perdidos en el tiempo y el espacio. O eso creía yo. Pero aquí había una criatura que tenía muchos siglos y debía de haber recibido tratamientos Poulsen desde hacía escasas décadas.

El anciano abrió los ojos.

Desde entonces he visto ojos igualmente enérgicos, pero hasta ese momento nada me había preparado para la intensidad de esa mirada. Creo que retrocedí un paso.

—Acércate, Raul Endymion. —La voz era como una hoja sin filo raspando pergamino. El viejo movía la boca como un pico de tortuga.

Me acerqué, deteniéndome sólo cuando una consola se interpuso entre la forma

momificada y yo. El viejo parpadeó y alzó una mano huesuda que sin embargo parecía demasiado pesada para esa muñeca delgada como una ramilla.

—¿Sabes quién soy? —La áspera voz era suave como un susurro.

Negué con la cabeza.

—¿Sabes dónde estás?

—Endymion. La universidad, creo.

Contrajo las arrugas en una sonrisa desdentada.

—Muy bien. El tocayo reconoce las piedras amontonadas que dieron nombre a su familia. ¿Pero no sabes quién soy yo?

—No.

—¿Y no te intriga saber cómo sobreviviste a tu ejecución?

Aguardé solemnemente. El viejo sonrió de nuevo.

—Muy bien hecho. Todo llega para quien sabe esperar. Y los detalles no son muy esclarecedores... sobornos en puestos altos, la vara de muerte reemplazada por un paralizador, más sobornos para quienes certifican la defunción y se encargan del cadáver. Lo que nos interesa no es el «cómo», ¿verdad, Raul Endymion?

—No —dije al fin—. ¿Por qué?

El pico de tortuga tembló, la maciza cabeza asintió.

Aunque había sufrido el deterioro de los siglos, el rostro aún era puntiagudo y anguloso, un rostro de sátiro.

—Precisamente... ¿por qué? ¿Por qué tomarnos el trabajo de fingir tu ejecución y transportar tu jodido cadáver por medio jodido continente? ¿Por qué?

Las obscenidades no parecían tan duras en labios del viejo. Parecía haberlas usado tanto tiempo que ya no merecían un énfasis especial. Esperé.

—Quiero que me hagas un mandado, Raul Endymion.

El viejo jadeó. Un líquido claro circuló por los tubos intravenosos.

—¿Tengo opción?

El viejo sonrió de nuevo, pero los ojos eran inmutables como la piedra de las murallas.

—Siempre tenemos opciones, querido muchacho. En este caso, podrías ignorar toda deuda que tengas conmigo por salvarte el pellejo e irte de aquí... caminando. Mis criados no te detendrán. Con suerte podrás salir de la zona restringida, encontrar el camino hacia regiones más civilizadas y evitar las patrullas de Pax, ya que tu identidad y tu falta de documentos podrían resultar... embarazosos.

Asentí. Mi ropa, mi cronómetro, mis documentos de trabajo y mi identificación de Pax debían de estar en Toschahi. Trabajando como guía de caza en los marjales, había olvidado con cuánta frecuencia las autoridades pedían documentos en las ciudades. Pronto lo recordaría si regresaba a las ciudades costeras o los pueblos del interior. Y aun un empleo rural como el de guía o pastor requería una identificación

Pax para los formularios de impuestos y diezmos. Con lo cual debería ocultarme en el interior el resto de mi vida, viviendo de la tierra y eludiendo a la gente.

—O bien —dijo el viejo—, puedes hacerme un mandado y hacerte rico.

Hizo una pausa, inspeccionándome con sus ojos oscuros tal como los cazadores profesionales inspeccionaban a los cachorros que prometían ser buenos perros para el oficio.

—Dígame —dije.

El viejo cerró los ojos y exhaló ásperamente. No se molestó en abrirlos de nuevo.

—¿Sabes leer, Raul Endymion?

—Sí.

—¿Has leído el poema conocido como los *Cantos*?

—No.

—¿Pero has oído una parte? Perteneces a un clan de pastores del norte. Sin duda el narrador ha mencionado los *Cantos*.

Había un tono extraño en la voz cascada. Tal vez modestia.

Me encogí de hombros.

—He oído fragmentos. Mi clan prefería la *Épica del jardín* o *la Saga de Glennon-Height.*

Los rasgos de sátiro se arrugaron en una sonrisa.

—*La Épica del jardín*. Sí. Allí Raul era un héroe centauro,¿verdad?

No respondí. Grandam admiraba el personaje del centauro llamado Raul. Mi madre y yo habíamos crecido escuchando historias sobre él.

—¿Crees en las historias? —preguntó el viejo—. Las historias de los *Cantos*, digo.

—¿Creerlas? ¿Creer que realmente sucedió así? ¿Los peregrinos, el Alcaudón y todo eso? —Hice una pausa. Había algunos que se creían las exageradas historias que contaban los *Cantos*. Y había incrédulos que pensaban que todo era una mezcla de mitos y patrañas destinados a rodear con un aura de misterio la fea época de guerra y confusión que fue la Caída—. Nunca pensé en ello —dije sinceramente—. ¿Tiene importancia?

El viejo pareció sofocarse, pero pronto comprendí que sus carraspeos secos eran risotadas.

—A decir verdad, no. Ahora, escúchame. Te describiré mi... mandado. Me cuesta hablar, así que guárdate las preguntas para cuando haya terminado. —Parpadeó y señaló la silla cubierta con una sábana blanca—. ¿Deseas sentarte?

Negué con la cabeza y me quedé de pie.

—De acuerdo. Mi historia comienza hace casi doscientos setenta años, durante la Caída. Una de las peregrinas de los *Cantos* fue amiga mía. Se llamaba Brawne Lamia. Existió de veras. Después de la Caída, después de la muerte de la Hegemonía

y la abertura de las Tumbas de Tiempo, Brawne Lamia dio a luz una hija. La niña se llamaba Diana, pero era testaruda y se cambió el nombre en cuanto tuvo edad para hablar. Por un tiempo la conocieron como Cynthia, luego como Cate (abreviatura de Hecate), y cuando cumplió doce años quiso que sus amigos y parientes la llamaran Temis. Cuando la vi por última vez, se llamaba Aenea.

El viejo hizo una pausa y entornó los ojos.

—Tú crees que esto no importa, pero los nombres son importantes. Si no te hubieran puesto el nombre de esta ciudad, que a su vez tiene el nombre de un antiguo poema, no me habrías llamado la atención y quizás hoy no estuvieras aquí. Estarías muerto. Alimentando a los gusanos-tiburón del Gran Mar del Sur. ¿Comprendes, Raul Endymion?

—No.

El viejo sacudió la cabeza.

—No importa. ¿Dónde estaba?

—La última vez que vio a la niña se llamaba Aenea.

—Sí. —El viejo volvió a cerrar los ojos—. No era una chiquilla demasiado atractiva, pero era... única. Todos los que la conocían sabían que era diferente. Especial. No consentida, a pesar de esa tontería del cambio de nombre. Sólo... diferente. —Sonrió, mostrando encías rosadas—. ¿Has conocido a alguien que fuera profundamente diferente, Raul Endymion?

Vacilé sólo un segundo.

—No —dije. No era del todo cierto. El viejo era diferente. Pero yo sabía que él no me preguntaba eso.

—Cate... Aenea... era diferente —dijo, cerrando nuevamente los ojos—. Su madre lo sabía. Desde luego, Brawne sabía que su hija era especial aun antes de que naciera. —Calló y abrió los ojos para mirarme—. ¿Has oído esta parte de los *Cantos*?

—Sí. Una entidad cíbrida predijo que la mujer llamada Lamia daría a luz a una niña conocida como La Que Enseña.

Pensé que el viejo iba a escupir.

—Un título estúpido. Nadie llamó así a Aenea durante el tiempo en que la conocí. Era sólo una niña, brillante y tozuda, pero una niña. Todo lo que tenía de singular era apenas un potencial. Pero luego...

Calló y sus ojos se enturbiaron. Era como si se hubiera olvidado de la conversación. Esperé.

—Pero luego Brawne Lamia murió —dijo minutos después, con voz más fuerte, como si el diálogo no se hubiera interrumpido— y Aenea desapareció. Tenía doce años. Técnicamente yo era su tutor, pero no me pidió permiso para desaparecer. Un día se marchó y no tuve más noticias de ella.

Se interrumpió otra vez, como si fuera un mecanismo que de vez en cuando

necesitaba que le dieran cuerda.

—¿Por dónde iba? —dijo al fin.

—No volvió a tener noticias de ella.

—Sí. No volví a tener noticias de ella, pero sé adónde fue y cuándo reaparecerá. Las Tumbas de Tiempo están cerradas al público, custodiadas por las tropas que Pax ha apostado allí, ¿pero recuerdas los nombres y funciones de las tumbas, Raul Endymion?

Gruñí. Grandam también acostumbraba fastidiarme pidiéndome detalles sobre las narraciones orales. Yo pensaba que Grandam era vieja. En comparación con esta antigualla, Grandam había sido una chiquilla.

—Creo que recuerdo las tumbas —dije—. Había una llamada la Esfinge... la Tumba de jade, el Obelisco, el Monolito de Cristal, donde fue enterrado el soldado...

—El coronel Fedmahn Kassad —murmuró el viejo. Luego me volvió a clavar los ojos—. Continúa.

—Las tres Tumbas Cavernosas...

—Sólo la tercera Tumba Cavernosa conducía a alguna parte —interrumpió el viejo—. A laberintos de otros mundos. Pax la clausuró. Continúa.

—Es todo lo que recuerdo... ah, el Palacio del Alcaudón.

El viejo mostró su sonrisa de tortuga.

—No debemos olvidarnos del Palacio del Alcaudón ni de nuestro viejo amigo el Alcaudón, ¿verdad? ¿Eso es todo?

—Creo que sí. Sí.

La figura momificada asintió.

—La hija de Brawne Lamia desapareció en una de esas tumbas. ¿Adivinas cuál?

—No. —No lo sabía, pero lo sospechaba.

—Siete días después de la muerte de Brawne, la muchacha dejó una nota, fue a la Esfinge en plena noche y desapareció. ¿Recuerdas adónde conducía la Esfinge, muchacho?

—Según los *Cantos*, Sol Weintraub y su hija viajaron al futuro lejano a través de la Esfinge.

—Sí —susurró el viejo—. Sol, Rachel y algunos más desaparecieron en la Esfinge antes que Pax la clausurase y cerrara el Valle de las Tumbas de Tiempo. En esos primeros días muchos intentaron encontrar un atajo hacia el futuro, pero la Esfinge parecía escoger a quienes viajarían a través del tiempo por su túnel.

—Y aceptó a la niña —dije.

El viejo aceptó esta obviedad con un gruñido.

—Raul Endymion —jadeó al fin—, ¿sabes qué voy a pedirte?

—No —dije, aunque ya lo sospechaba.

—Quiero que vayas en busca de mi Aenea —dijo el viejo—. Quiero que la

encuentres, que la protejas de Pax, que huyas con ella y... cuando ella haya crecido y se haya convertido en aquello en que debe convertirse, que le des un mensaje, quiero que le digas que el tío Martin está agonizando y que si desea hablarle de nuevo debe regresar a casa.

Traté de no suspirar. Había sospechado que el viejo era el poeta Martin Silenus. Todos conocían los *Cantos* y a su autor. Era un misterio que hubiera escapado de las purgas de Pax y le hubieran permitido vivir en ese remoto palacio, pero decidí no insistir en ello.

—¿Usted quiere que vaya al norte, al continente de Equus, me abra paso luchando contra millares de efectivos de Pax, llegue al Valle de las Tumbas de Tiempo, entre en la Esfinge esperando que me acepte, persiga a esa muchacha por el futuro lejano, permanezca con ella unas décadas y le diga que regrese en el tiempo para visitarlo?

Por un instante sólo hubo un silencio interrumpido por los susurros del equipo médico de Martin Silenus.

Las máquinas respiraban.

—No exactamente —dijo al fin.

Esperé.

—Ella no ha viajado a un futuro lejano —dijo el viejo—. Al menos, ahora no está lejos de nosotros. Cuando traspuso la entrada de la Esfinge hace doscientos cuarenta y siete años, fue para un viaje temporal breve... doscientos sesenta y dos años de Hyperion, para ser exacto.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté. Por todo lo que había leído, nadie (ni siquiera los científicos de Pax que habían tenido dos siglos para estudiar las tumbas clausuradas) había podido predecir a qué punto del futuro la Esfinge enviaría a alguien.

—Lo sé —dijo el antiguo poeta—. ¿Dudas de mí?

En vez de responder, dije:

—De modo que la muchacha, Aenea, saldrá de la Esfinge en algún momento de este año.

—Saldrá de la Esfinge dentro de cuarenta y dos horas y dieciséis minutos —dijo el viejo sátiro.

Admito que pestañeé.

—Y la gente de Pax estará esperándola —continuó—. Ellos también saben en qué instante saldrá.

No pregunté cómo habían obtenido la información.

—Capturar a Aenea es el punto más importante en los planes de Pax —jadeó el viejo poeta—. Saben que el futuro del universo depende de ello.

Comprendí que el viejo poeta estaba senil. El futuro del universo no dependía de un suceso aislado... que yo supiera. Guardé silencio.

—En este momento hay más de treinta mil efectivos de Pax en la región del Valle

de las Tumbas de Tiempo. Por lo menos cinco mil de ellos son guardias suizos del Vaticano.

Solté un silbido. La Guardia Suiza era la elite de la elite, la fuerza militar mejor adiestrada y equipada en los vastos dominios de la Pax.

Una docena de guardias vaticanos con equipo completo habría podido derrotar a diez mil efectivos de la Guardia de Hyperion.

—Entonces —dije—, tengo cuarenta y dos horas para llegar a Equus, cruzar el Mar de Hierba y las montañas, pasar a través de veinte o treinta mil efectivos selectos de Pax y rescatar a la muchacha.

—Sí —dijo el antiguo poeta.

Me las apañé para conservar la calma.

—¿Y luego qué? —dije—. No podemos escondernos en ningún lado. Pax controla todo Hyperion, todas las naves espaciales, sus rutas, y todos los mundos que pertenecían a la Hegemonía. Si ella es tan importante como usted dice, registrarán todo Hyperion hasta encontrarla. Aunque pudiéramos irnos del planeta, cosa que es imposible, no habría manera de escapar.

—Hay una manera de irse del planeta —dijo el poeta con voz cansada—. Hay una nave.

Tragué saliva. Hay una nave. La idea de viajar entre las estrellas durante meses mientras en casa transcurrían décadas o años me quitaba el aliento. Me había enlistado en la Guardia Interna con la pueril expectativa de pertenecer alguna vez a las fuerzas armadas de Pax y volar entre los astros. Una idea necia para un joven que ya había decidido no aceptar el cruciforme.

—Aun así —dije, sin creer del todo que hubiera una nave. Ningún miembro del Mercantilus de Pax transportaría fugitivos—. Aunque logremos llegar a otro mundo, nos apresarían. A menos que usted proponga que huyamos durante siglos de deuda temporal.

—No —dijo el viejo—. Ni siglos ni décadas. Escaparéis en la nave a uno de los mundos más cercanos de la vieja Hegemonía. Luego seguiréis un camino secreto. Veréis los viejos mundos. Recorreréis el río Tetis.

Ahí tuve la certeza de que el viejo estaba loco de atar. Cuando cayeron los teleyectores y el TecnoNúcleo IA abandonó al género humano, la Red de Mundos y la Hegemonía habían muerto el mismo día. La humanidad volvió a sufrir la tiranía de las distancias interestelares. Ahora sólo las fuerzas de Pax, sus títeres de Mercantilus y los aborrecidos éxters se aventuraban en las tinieblas interestelares.

—Ven —jadeó el viejo. Me llamó con un gesto sin abrir los dedos. Me incliné sobre la consola. Sentí su olor, una vaga combinación de medicina, vejez y algo parecido al cuero.

No necesitaba recordar los relatos de Grandam para explicar el río Tetis y para saber por qué ahora pensaba que el viejo estaba totalmente senil. Todos habían oído hablar del río Tetis; el río y el Bulevar Confluencia habían sido dos avenidas constantes de teleyección entre los mundos de la Hegemonía. La Confluencia conectaba más de un centenar de mundos de más de un centenar de soles, y su ancha avenida estaba abierta para todos y unida por portales de teleyección que no se cerraban nunca. El río Tetis había sido una ruta menos recorrida, pero aun así era importante para el comercio y las muchas naves de placer que bogaban de mundo en mundo por ese cauce de agua.

La caída de la red de teleyectores había partido el Bulevar en mil fragmentos; el Tetis había dejado de existir, los portales eran inservibles, y el río de cien mundos había vuelto a ser cien riachos que nunca más se unirían. Hasta el viejo poeta que estaba sentado ante mí había descrito la muerte del río. Recordé las palabras de los *Cantos* tal como las recitaba Grandam:

Y el río que había fluido
durante dos siglos o más,
unido en espacio y tiempo
por trucos del TecnoNúcleo,
dejó de fluir en Fuji
y en el Mundo de Barnard,
en Acteón y Deneb Drei,
Esperance y Nunca Más.
Por doquier andaba el Tetis
en cintas que atravesaban
los mundos de los humanos.
Los portales se atascaron
y los cauces se secaron
y las corrientes cesaron.
Los trucos del Núcleo se agotaron,
se perdieron para siempre los viajeros.
Cerrados los portales, los umbrales,
el Tetis en su cauce se detuvo.

—Acércate —susurró el viejo poeta, llamándome con su dedo amarillo. Me acerqué. El aliento del viejo era como un viento seco saliendo de una tumba sellada, inodoro pero antiguo, con el aroma de siglos olvidados—. *Un objeto bello* —continuó— *es una alegría eterna, cuyo encanto aumenta, y jamás se diluye...*

Eché la cabeza hacia atrás y asentí como si el viejo hubiera dicho algo sensato.

Era evidente que estaba trastornado.

Como leyéndome la mente, el viejo poeta rió entre dientes.

—Muchas veces pasé por loco para quienes subestiman el poder de la poesía. No decidas ahora, Raul Endymion. Luego nos reuniremos para cenar y terminaré de describir tu misión. Entonces decidirás. Por ahora descansa. Tu muerte y resurrección deben de haberte fatigado.

El viejo se encorvó, y oí ese cascabeleo seco que ahora reconocía como una carcajada.

El androide me llevó a mi habitación. Entreví patios y edificios por las ventanas de la torre. Una vez vi a otro androide —también masculino— pasando entre las ventanas del triforio.

Mi guía abrió la puerta y retrocedió. Comprendí que no le echaría llave, que yo no era un prisionero.

—Te hemos preparado ropa de noche, señor —dijo el hombre de tez azul—. Desde luego, estás en libertad de irte o de recorrer la vieja ciudad universitaria a tu gusto. Debo advertirte, M. Endymion, que hay animales peligrosos en los bosques y montañas cercanos.

Asentí y sonreí. Los animales peligrosos no impedirían que me fuera si deseaba marcharme. Por el momento no lo deseaba.

El androide se dispuso a irse, e impulsivamente avancé un paso e hice algo que cambiaría para siempre el curso de mi vida.

—Aguarda —dije. Extendí una mano—. No nos han presentado. Yo soy Raul Endymion.

El androide se quedó mirando mi mano extendida, y tuve la certeza de haber atentado contra el protocolo. Los androides eran considerados subhumanos siglos atrás, cuando los habían biofacturado para usarlos durante la expansión de la Hégira.

El hombre artificial cogió mi mano y la estrechó con firmeza.

—Soy A. Bettik —murmuró—. Es un gusto conocerte.

A. Bettik. El nombre me resultaba conocido.

—Me gustaría hablar contigo, A. Bettik. Aprender más... acerca de ti, de este lugar y del viejo poeta.

El androide movió los ojos azules, y creí detectar un destello de ironía.

—Sí, señor. Me agradaría hablar contigo. Me temo que tendrá que ser más tarde, pues en este momento debo cumplir varios deberes.

—Más tarde, pues —dije, y retrocedí—. Esperaré el momento.

A. Bettik cabeceó y bajó por la escalera de la torre.

Entré en mi habitación. Salvo por la cama hecha y un elegante conjunto de ropa de noche tendido sobre ella, el lugar estaba tal como lo había dejado. Me acerqué a la ventana y eché un vistazo a las ruinas de la Universidad de Endymion. Altos

siempreazules susurraban en la brisa fresca. Hojas violáceas caían del bosquecillo de raraleña que estaba cerca de la torre y raspaban la acera veinte metros más abajo. Hojas de chalma perfumaban el aire con su inconfundible aroma de canela. Yo me había criado pocos cientos de kilómetros al noreste, en los brezales de Aquila, entre estas montañas y la escabrosa zona conocida como el Pico, pero la cortante frescura del aire de montaña era nueva para mí. El cielo parecía tener un color lapislázuli más profundo que en los brezales o las planicies. Aspiré el aire otoñal y sonreí; aunque me aguardaran cosas extrañas, estaba muy contento de estar vivo.

Alejándome de la ventana, me dirigí a la escalera para explorar la universidad y la ciudad de donde mi familia había tomado su apellido. Por chiflado que estuviera el viejo, la charla sería interesante durante la cena.

Me paré en seco al pie de la escalera.

Bettik. Grandam había mencionado ese nombre al recitar los *Cantos*. Bettik era el androide que conducía la barca de levitación *Benarés* hacia el noreste por el río Holle, desde la ciudad de Keats, en el continente de Equus, hasta la estación fluvial Náyade, los Rizos de Karla, el bosquecillo de Doukhoborns y Linde, donde terminaba el río navegable. Desde Linde los peregrinos continuaban solos por el Mar de Hierba. Recordé cómo escuchaba en mi infancia, preguntándome por qué Bettik era el único androide con nombre, y preguntándome qué le había sucedido cuando los peregrinos lo dejaron en Linde. Hacía más de dos décadas que no recordaba ese nombre.

Sacudiendo la cabeza, preguntándome si el que estaba loco era el viejo poeta o yo, salí a la luz del atardecer para explorar Endymion.

5

En el mismo momento en que me despido de Bettik, a seis mil años luz de distancia, en un sistema estelar conocido sólo por números NGC y coordenadas de navegación, una fuerza de Pax compuesta por tres naves-antorcha de ataque y conducida por el padre capitán Federico de Soya está destruyendo un bosque orbital. Los árboles éxters no tienen defensas contra las naves de Pax, y este enfrentamiento es más una carnicería que una batalla.

Aquí debo explicar algo. No estoy especulando acerca de estos hechos: ocurrieron tal como los describo. Cuando cuente lo que hacían el padre capitán De Soya y los demás protagonistas mientras no había testigos presentes —incluso cuando describa sus pensamientos y sus emociones—, no se tratará de extrapolaciones ni conjeturas. Estas cosas son verdades literales. Más tarde explicaré cómo llegué a saberlas, a conocerlas sin la menor distorsión, pero por ahora pido que lo aceptes por lo que es, la verdad.

Las tres naves de Pax salen de velocidades relativistas desacelerando a seiscientas gravedades, aquello que los navegantes del espacio han llamado durante siglos «delta-V de mermelada de frambuesa»: si los campos de contención interna fallaran un microsegundo, los tripulantes sólo serían una capa de mermelada de frambuesa sobre las cubiertas.

Los campos de contención no fallan. A una UA, el padre capitán Federico de Soya proyecta el bosque orbital en la videoesfera. En el Centro de Control de Combate todos miran la pantalla. Miles de árboles de medio kilómetro de longitud, adaptados por los éxters, se desplazan en compleja coreografía por el plano de la eclíptica: bosquecillos anudados por la gravedad, mechones trenzados y configuraciones que cambian sutilmente, siempre en movimiento, las hojas siempre vueltas hacia el sol tipo G, las largas ramas buscando el alineamiento perfecto, las raíces sedientas hundidas en la vaporosa niebla de humedad y nutrientes provista por los cometas pastores que se mueven entre los racimos de árboles como gigantescas y sucias bolas de nieve. Aleteando entre las ramas y los árboles, hay variaciones de éxters, formas humanoides con tez plateada y finísimas alas de mariposa que se extienden cientos de metros. Al recibir la luz del sol, estas alas parpadean como luces navideñas en el verde follaje del bosque orbital.

—¡Fuego! —ordena el padre capitán Federico de Soya.

A dos tercios de UA, las tres naves-antorcha del grupo REYES atacan con sus armas de larga distancia. A esa distancia aun los haces de energía se arrastran hacia el blanco como luciérnagas contra una manta negra, pero las naves de Pax portan armas hiperveloces e hipercinéticas, esencialmente pequeñas naves estelares de propulsión Hawking, algunas con ojivas de plasma que en microsegundos alcanzan velocidades

relativistas y detonan dentro del bosque, mientras que otras, simplemente, regresan al espacio real con la masa amplificada, y atraviesan los árboles como balas de cañón disparadas a quemarropa contra cartón mojado. Minutos después las tres naves están a tiro de rayo energético, y los haces de contrapresión saltan en varias direcciones simultáneas, visibles por la multitud de partículas coloidales que llenan el espacio como polvo en un viejo ático.

El bosque arde. La brusca descompresión incinera la corteza adaptada, las vainas O_2 y las hojas autoselladas, que son aserradas por los haces y los arrasadores zarcillos de plasma. Los glóbulos de oxígeno en fuga alimentan las llamas en el vacío hasta que el aire se congela o se consume. Y el bosque arde. Millones de hojas echan a volar, formando nuevas piras, mientras troncos y ramas llamean contra el negro fondo del espacio. Los cometas pastores reciben el impacto y se vaporizan al instante, partiendo las trenzas boscosas en expansivas ondas de vapor y trozos de roca fundida. Los éxters —los «ángeles de Lucifer», como las fuerzas de Pax los llaman despectivamente desde hace siglos— quedan apresados en las explosiones como mariposas traslúcidas en una llama. Algunos son destrozados por las explosiones de plasma y el estallido de los cometas. Otros se interponen en el camino de los haces de contrapresión y se convierten en objetos hipercinéticos hasta que estallan sus delicados alas y órganos. Algunos intentan huir, expandiendo sus alas solares al máximo en un vano intento de escapar de la matanza.

Ninguno sobrevive.

El enfrentamiento dura menos de cinco minutos. Cuando ha concluido, el grupo REYES se acerca al bosque en una desaceleración de treinta gravedades, y las llamas de fusión de las naves-antorcha incineran los fragmentos de árbol que han escapado del ataque inicial. El bosque que hace cinco minutos flotaba en el espacio —verdes hojas recibiendo la luz del sol, raíces bebiendo agua de los cometas, ángeles éxters flotando como radiantes espejines entre las ramas— es sólo un toroide de humo y escombros que llena el plano de la eclíptica en este arco de espacio.

—¿Algún superviviente? —pregunta el padre capitán De Soya, de pie frente a la pantalla central, las manos a la espalda, meciéndose suavemente, tocando apenas con los pies la franja que rodea la pantalla. Aunque la nave aún está desacelerando bajo treinta gravedades, el Centro de Control de Combate se mantiene a una microgravedad constante de un quincuagésimo de gravedad estándar. Los doce oficiales de la sala están sentados o de pie, la cabeza hacia el centro de la esfera. De Soya es un hombre bajo de unos treinta y cinco años estándar. Tiene rostro redondo y tez oscura, y con los años sus amigos han notado que sus ojos reflejan más compasión sacerdotal que rudeza marcial. Ahora se les ve preocupados.

—No hay supervivientes —dice la madre comandante Stone, una oficial alta, también jesuita. Se aparta de la pantalla táctica para conectarse con una unidad de

comunicaciones.

De Soya sabe que los oficiales del C^3 no sienten satisfacción. Destruir bosques orbitales éxters forma parte de su misión —esos árboles aparentemente inocuos sirven como centros de reaprovisionamiento y reparaciones para los enjambres de combate—, pero pocos guerreros de Pax se complacen en la destrucción indiscriminada.

Fueron entrenados como caballeros de la Iglesia y defensores de Pax, no como destructores de la belleza ni asesinos de criaturas desarmadas, aunque esas criaturas sean éxters que han entregado sus almas.

—Trazad el plan de búsqueda habitual —ordena De Soya—. Ordenad a la tripulación que abandone sus puestos de combate. —En una nave-antorcha moderna, la tripulación consiste sólo en estos oficiales y media docena más que están desperdigados por la nave.

La madre comandante Stone interrumpe de golpe.

—Señor, detectamos una distorsión Hawking... ángulo setenta y dos, coordenadas dos-veintinueve, cuarenta y tres, uno-cero-cinco. Punto de salida siete-cero-cero-punto-cinco mil kilómetros. Probabilidad de un solo vehículo, noventa y seis por ciento. Velocidad relativa desconocida.

—Puestos de combate —ordena De Soya. Sonríe sin darse cuenta. Quizá los éxters acudan al rescate de su bosque. O quizás hubiera un defensor que acaba de lanzar un arma desde más allá de la Nube de Oort del sistema. O quizá sea la vanguardia de un enjambre de unidades de combate que será la perdición del grupo de tareas. Sea cual fuere la amenaza, el padre capitán De Soya prefiere el combate a este vandalismo.

—Vehículo en traslación —informa el oficial de radar.

—Muy bien —dice el padre capitán De Soya. Mira el parpadeo de las pantallas, vuelve a sintonizar y abre varios canales óptico-virtuales. El C^3 se disipa y él se encuentra en pleno espacio, un gigante de cinco millones de kilómetros de altura: sus naves son manchas con colas llameantes, el bosque destruido es una curva columna de humo, y el intruso aparece a setecientos mil kilómetros, por encima del plano de la eclíptica. Las esferas rojas que rodean sus naves indican campos externos activados para el combate. Otros colores llenan el espacio, mostrando lecturas de sensores, pulsaciones de radar y preparación de puntería. Trabajando en el ultraveloz nivel táctico, De Soya puede lanzar armas o desatar energías con sólo señalar y chasquear los dedos.

—Señal de repetidor —informa el oficial de comunicaciones—. Códigos verificados. Es un correo de Pax, clase Arcángel.

De Soya frunce el ceño. ¿Qué puede ser tan importante para que el mando de Pax envíe el vehículo más veloz del Vaticano, que además es la mayor arma secreta de

Pax? En el espacio táctico, De Soya ve los códigos de Pax en torno de la diminuta nave. La llama de fusión tiene cientos de kilómetros. La nave usa poca energía en los campos de contención interna, aunque las gravedades implícitas superan los niveles de la mermelada de frambuesa.

—¿No tripulada? —pregunta De Soya. Así lo espera. Las naves clase Arcángel pueden viajar a cualquier parte del espacio conocido en sólo días —¡días de tiempo real!—, en vez de las semanas de tiempo de a bordo y los años de tiempo real exigidos por las demás naves, pero nadie sobrevive a los viajes Arcángel.

La madre comandante Stone entra en el entorno táctico. Su túnica negra es casi invisible contra el espacio, de modo que su rostro pálido parece flotar sobre la eclíptica, y la luz solar de la estrella virtual ilumina sus pómulos filosos.

—No, señor —murmura. En este entorno, sólo De Soya puede oírle—. Las señales indican dos tripulantes.

—Santo Jesús —susurra De Soya. Es más una plegaria que un juramento. Aun en tanques de fuga de alta gravedad, estas dos personas, ya muertas durante el viaje C-plus, serán más una finísima capa de pasta de proteínas que una saludable mermelada de frambuesas—. Preparad los nichos de resurrección —dice por la banda común.

La madre comandante Stone se toca el empalme que tiene detrás de la oreja y frunce el ceño.

—Mensaje en código. Los correos humanos deben ser resucitados con prioridad alfa. Nivel de dispensación omega.

El padre capitán De Soya mira a su oficial ejecutiva en silencio. El humo del bosque orbital en llamas gira en torno de sus cinturas. La resurrección prioritaria desafía la doctrina de la Iglesia y las reglas de Pax. Además es peligrosa. Las probabilidades de reintegración incompleta van desde casi cero, en el ciclo habitual de tres días, a casi cincuenta por ciento en un ciclo de tres horas. Y nivel prioritario omega significa Su Santidad en Pacem.

De Soya nota que su oficial sabe. Esta nave correo es del Vaticano. Alguien de allí o alguien de Mando de Pax, o ambos, consideraron que este mensaje era tan importante como para enviar una irreemplazable nave correo Arcángel, matar a dos altos oficiales de Pax —pues una Arcángel no se confiaría a nadie más— y correr el riesgo de que esos dos oficiales tuvieran una reintegración incompleta.

En el espacio táctico, De Soya enarca las cejas en respuesta a la mirada inquisitiva de su oficial. En la banda de mando dice:

—Muy bien, comandante. Imparta órdenes para emparejar velocidades. Prepare una partida de abordaje. Quiero que transfieran los tanques de fuga y concluyan las resurrecciones a las cero-seis-treinta horas. Felicite de mi parte al capitán Hearn del *Melchor* y a la madre capitana Boulez del *Gaspar*, y pídales que se trasladen al *Baltasar* para una reunión con los correos a las cero-setecientas.

El padre capitán De Soya sale del espacio táctico para regresar a la realidad del C^3. Stone y los demás todavía lo miran.

—Deprisa —dice De Soya, alejándose de la pantalla, volando hacia su puerta particular y atravesando la tronera circular—. Despiértenme cuando los correos hayan resucitado —ordena a esos rostros blancos mientras la puerta se desliza para cerrarse.

6

Recorrí las calles de Endymion tratando de conciliarme con mi vida, mi muerte y mi nueva vida. Debo aclarar que no me tomaba estas cosas —mi juicio, mi «ejecución», mi reunión con el mítico y viejo poeta— con tanta calma como esta narración puede sugerir. Una parte de mí estaba sacudida hasta los cimientos. ¡Habían tratado de matarme! Yo quería culpar a Pax, pero los tribunales no eran agentes directos de Pax. Hyperion tenía su propio Consejo Interno, y los tribunales de Puerto Romance se constituían en conformidad con nuestra política local. La pena capital no era una inevitable sentencia de Pax, sobre todo en aquellos mundos donde la Iglesia gobernaba por medio de la teocracia, sino un resabio de los tiempos coloniales de Hyperion. Mi precipitado juicio, su ineludible desenlace y mi ejecución sumaria expresaban, en todo caso, el temor de los empresarios de Hyperion y Puerto Romance a ahuyentar a los turistas de otros mundos. Yo era un rústico, un guía que había matado al turista rico a quien habían puesto a mi cuidado, y tenía que servir como escarmiento. Nada más. No era nada personal.

Pero yo lo tomé como algo personal. Frente a la torre, sintiendo el calor del sol que rebotaba en las anchas losas del patio, alcé lentamente las manos. Estaban temblando. Habían sucedido demasiadas cosas demasiado pronto, y la calma que me había impuesto durante el juicio y el breve período anterior a mi ejecución me había dejado exhausto.

Caminé entre las ruinas de la universidad. La ciudad de Endymion se erguía en la cima de una colina, y la universidad había estado aún a mayor altura sobre este risco en tiempos coloniales, de modo que la vista era bellísima al sur y al este. Los bosques de chalma del valle refulgían con un color amarillo brillante. No había estelas ni tráfico aéreo en el cielo color lapislázuli. Yo sabía que Pax no tenía el menor interés en Endymion. Sus tropas aún custodiaban la Meseta del Piñón, donde sus robots mineros extraían los parásitos cruciformes, pero esta sección del continente había sido inaccesible por tantas décadas que tenía un aire agreste y virginal.

A los diez minutos de caminar, comprendí que sólo la torre donde yo había despertado y los edificios circundantes parecían ocupados. El resto de la universidad estaba en ruinas —las grandes salas expuestas a la intemperie, la planta física saqueada siglos atrás, los campos de juegos cubiertos de malezas, la cúpula del observatorio despedazada— y la ciudad lucía aún más abandonada cuesta abajo. La maraña de raraleña y kudzu reclamaba manzanas enteras.

La universidad había sido bella en sus tiempos: edificios neogóticos pos-Hégira construidos con bloques de piedra arenisca extraídos de canteras que estaban a poca distancia, en los cerros de la Meseta del Piñón. Tres años antes, cuando yo trabajaba como asistente del famoso artista jardinero Avrol Hume, realizando gran parte del

trabajo pesado mientras él rediseñaba las fincas de la Primera Familia en la elegante costa del Pico, había mucha demanda de *follies* o palacetes, falsas ruinas cerca de estanques, bosques o colinas. Me había vuelto experto en poner viejas piedras en artificiosos estados de descomposición para simular ruinas —la mayoría de ellas absurdamente más antiguas que la historia de la humanidad en este mundo remoto— pero ninguna *follie* de Hume era tan atractiva como estas ruinas reales. Recorrí los restos de una universidad otrora espléndida, admiré la arquitectura, pensé en mi familia.

Añadir el nombre de una ciudad local al nuestro había sido una tradición entre las familias indígenas. Pues mi familia era indígena de veras, ya que se remontaba a las naves pioneras de siete siglos atrás. Éramos ciudadanos de tercera en nuestro propio mundo, y seguíamos siéndolo, pues ahora estábamos por debajo de los ciudadanos de Pax y de los colonos de la Hégira, que llegaron siglos después de mis ancestros. Durante siglos, pues, mi gente había vivido y trabajado en estos valles y montañas. En general, mis parientes indígenas habían realizado tareas manuales, como mi padre poco antes de su prematura muerte, ocurrida cuando yo tenía ocho años, como mi madre hasta su propia muerte, ocurrida cinco años después, como yo mismo hasta esta semana. Mi abuela había nacido una década después de que Pax expulsara a todos los habitantes de estas regiones, pero Grandam tenía edad suficiente para recordar los tiempos en que las familias de nuestro clan llegaban hasta la Meseta del Piñón y trabajaban en las plantaciones de fibroplástico del sur.

No tenía la sensación de haber vuelto a mi terruño. Mi terruño eran los fríos brezales del noreste. Los marjales del norte de Puerto Romance habían sido el lugar donde yo había elegido vivir y trabajar. Esta ciudad universitaria nunca había formado parte de mi vida y tenían tan poca importancia para mí como las desaforadas historias de los *Cantos* del viejo poeta.

Al pie de otra torre, me detuve para recobrar el aliento y reflexionar sobre esto. Si lo que sugería el poeta era cierto, las «desaforadas historias» de los *Cantos* serán muy importantes para mí. Pensé en Grandam recitando ese poema épico, recordé las noches en que cuidaba ovejas en las colinas del norte, nuestros vehículos de baterías formando un círculo protector para pernoctar, las fogatas opacando apenas la gloria de las constelaciones o las lluvias de meteoritos; recordé la mesurada lentitud con que Grandam recitaba estrofas que luego me hacía repetir, recordé mi impaciencia —habría preferido sentarme a leer un libro bajo un farol— y sonreí al pensar que esa noche cenaría con el autor de esos versos. Más aún, el viejo poeta era uno de los siete peregrinos de que hablaba el poema.

Demasiadas cosas. Demasiado pronto.

Había algo raro en esa torre. Más grande y más ancha que la torre donde yo había despertado, esta estructura tenía una sola ventana, un arco a treinta metros de altura.

Más interesante aún, habían tapado con ladrillos la puerta original. Había hecho trabajos de albañilería cuando era aprendiz de Avrol Hume, y mi experiencia me hizo sospechar que habían cerrado la puerta antes de que la zona fuera abandonada un siglo atrás, pero no mucho antes.

Aún hoy ignoro por qué ese edificio me llamó la atención cuando había tantas ruinas para explorar esa tarde, pero mi curiosidad era innegable. Recuerdo que miré cuesta arriba y noté la profusión de hojas de chalma que habían trepado por la torre como hiedra de corteza gruesa. *Si uno trepa la cuesta y penetra en el bosquecillo de chalma, podría encaramarse a esa rama y llegar al antepecho de esa ventana solitaria...*

Era un disparate. Con esa pueril expedición sólo lograría rasgarme la ropa y despellejarme las manos, por no mencionar el peligro de una caída de treinta metros. ¿Para qué arriesgarse? ¿Qué podía haber en esa torre clausurada, salvo arañas y telarañas?

Diez minutos después estaba encaramado a la sinuosa rama de chalma, buscando muescas en la piedra o ramas gruesas para aferrarme. Como la rama crecía contra la pared, no podía montarme a horcajadas sobre ella. Tuve que avanzar de rodillas —las ramas de arriba no me permitían andar de pie— y la sensación de peligro y el miedo a caerme eran aterradores. Cuando el viento otoñal sacudía las hojas y las ramas, yo me detenía y me aferraba con todas mis fuerzas.

Cuando llegué a la ventana maldije en voz baja. Mis cálculos —realizados con tanta facilidad desde la acera— habían sido erróneos. La rama de chalma estaba tres metros debajo del antepecho de la ventana abierta. No había lugar donde apoyar los dedos en esa extensión de piedra. Si quería llegar al antepecho, tendría que saltar con la esperanza de que mis dedos encontraran en dónde agarrarse. Era una locura. No había nada en la torre que justificara semejante riesgo.

Aguardé a que amainara el viento, me agazapé y brinqué. Durante un vertiginoso segundo mis dedos encorvados patinaron por la piedra desmigajada y el polvo, partiéndome las uñas y sin hallar sostén, pero luego encontraron los podridos restos del viejo antepecho y se clavaron.

Me encaramé, jadeando y rasgándome la camisa. Los blandos zapatos que me había dejado A. Bettik rasparon la piedra hasta encontrar apoyo.

Cuando me incorporé en el antepecho, me pregunté cómo haría para bajar por la rama de chalma. Esta preocupación aumentó cuando escruté el oscuro interior de la torre.

—Maldición —susurré. Había un viejo rellano de madera debajo del antepecho, pero la torre estaba vacía. La luz que entraba por la ventana iluminaba tramos de una escalera desvencijada que recorría el interior de la torre así como las ramas de chalma abrazaban el exterior, pero el centro de la torre era pura oscuridad. Alcé los ojos y vi

manchas de luz solar por lo que quizá fuera un techo de madera provisional treinta metros más arriba. Comprendí que la torre no era más que un silo glorificado, un gigantesco cilindro de piedra de sesenta metros de altura. Con razón necesitaba una sola ventana. Con razón habían tapado la puerta aun antes de la evacuación de Endymion.

Conservando el equilibrio en el antepecho, sin confiar en el podrido rellano del interior, sacudí la cabeza con resignación. Un día mi curiosidad me llevaría a la muerte.

Escrutando la penumbra, que tanto contrastaba con el espléndido sol del atardecer, noté que el interior estaba demasiado oscuro. No podía ver la pared ni la escalera del otro lado. Comprendí que la luz difusa iluminaba la piedra —veía un tramo de escalera podrida, y todo el cilindro del interior era visible metros por encima de mí—, pero en mi nivel la mayor parte del interior había... desaparecido.

—Cielos —susurré. Algo llenaba esa torre oscura.

Apoyando mi peso en mis brazos, que aún aferraban el antepecho, bajé al rellano interior. La madera crujió pero parecía bastante sólida. Sin soltar el marco de la ventana, apoyé parte de mi peso en mis piernas y me volví para mirar.

Tardé casi un minuto en comprender lo que miraba. Una nave espacial llenaba el interior de la torre como una bala metida en la recámara de un antiguo revólver.

Apoyando todo mi peso en el rellano, olvidándome de su precariedad, avancé para ver mejor.

Era una esbelta nave de poca altura, unos cincuenta metros. El metal del casco —si era metal— era negro y opaco y parecía absorber la luz. Yo no veía lustre ni reflejos. Distinguí el perfil de la nave mirando la pared de piedra que había detrás y viendo dónde terminaban las piedras y la luz que se reflejaba en ellas.

No dudé un instante de que fuera una nave espacial. Lo era enfáticamente. Una vez leí que los niños de cientos de mundos todavía dibujan casas bosquejando una caja con una pirámide encima, con volutas de humo sobre una chimenea rectangular, aunque dichos niños vivan en habitáculos orgánicos en lo alto de árboles residenciales ARNados. También dibujan las montañas como pirámides, aunque las montañas que conocen se parezcan más a los cerros redondos del pie de la Meseta del Piñón. No sé qué explicación daba el artículo. Memoria racial, tal vez, o el cerebro condicionado para ciertos símbolos.

La cosa que yo estaba viendo, entreviendo casi como espacio negativo, no era sólo una nave espacial, sino la nave espacial.

He visto imágenes de los cohetes más antiguos de Vieja Tierra —anteriores a Pax, a la Caída, a la Hegemonía, a la Hégira, qué digo, anteriores a todo— y lucían como esa negrura curva. Alta, delgada, ahusada en ambos extremos, puntiguada arriba, con aletas abajo. Yo estaba mirando la imagen simbólicamente perfecta de una NAVE

ESPACIAL, grabada a fuego en el cerebro y la memoria racial.

En Hyperion no había naves espaciales particulares ni naves espaciales extraviadas. De esto estaba seguro. Aun las naves interplanetarias más simples eran demasiado costosas para abandonarlas en viejas torres de piedra. En una época, siglos antes de la Caída, cuando los recursos de la Red de Mundos parecían ilimitados, pudo haber una plétora de naves espaciales —militares, diplomáticas, gubernamentales, empresariales, fundacionales, exploratorias, incluso algunas naves particulares pertenecientes a hipermillonarios—, pero aun en esos tiempos sólo una economía planetaria podía afrontar el coste de la construcción de una nave estelar. En mis tiempos —y en tiempos de mi madre y mi abuela, y de sus madres y abuelas— sólo Pax —ese consorcio de la Iglesia con un tosco gobierno interestelar— podía costearse naves espaciales de cualquier tipo. Y ningún individuo del universo conocido —ni siquiera Su Santidad en Pacem— podía costearse una nave estelar privada.

Y esta nave era estelar. Lo sabía. No sé cómo, pero lo sabía.

Sin prestar atención al pésimo estado de los peldaños, me puse a bajar y subir por la escalera de caracol. El casco estaba a cuatro metros de mí. Su insondable negrura me causaba vértigo. Quince metros debajo de mí, apenas visible bajo la curva de negrura, otro rellano se extendía hasta el casco.

Bajé. Un peldaño podrido se partió bajo mis pies, pero me movía tan rápido que lo ignoré.

El rellano no tenía baranda y se extendía como un trampolín. Si me caía desde allí, me rompería algunos huesos y quedaría tendido en la oscuridad de una torre cerrada. No pensé en ello cuando crucé el rellano y apoyé la palma en el casco de la nave.

El casco era tibio. Más que metal, parecía la lisa piel de una criatura durmiente. Enfatizando esta ilusión el casco emitía una vibración suave, como si la nave respirase, como si un corazón palpitara bajo mi palma.

De pronto hubo un movimiento real bajo mi mano, y el casco se hundió y se apartó, no elevándose mecánicamente como algunos portales que había visto, ni girando sobre goznes, sino plegándose sobre sí mismo como labios que se retrajeran.

Se encendieron luces. Un corredor interno —techo y paredes de aspecto orgánico que evocaban una cerviz— relucía suavemente.

No vacilé demasiado. Durante años mi vida había sido calma y predecible como la mayoría de las vidas. Esa semana había matado a un hombre por accidente, me habían condenado y ejecutado y había despertado en el mito favorito de Grandam. ¿Por qué detenerme allí?

Entré en la nave espacial, y la puerta se cerró a mis espaldas como una boca hambrienta.

El corredor de la nave no era lo que yo habría imaginado. Siempre había pensado que el interior de las naves espaciales era como la bodega de los transportes marítimos que llevaban nuestro regimiento de la Guardia a Ursus: metal gris, remaches, troneras firmes y tubos de vapor siseante. Aquí no había nada de eso. El corredor era liso y curvo, y los tabiques interiores estaban revestidos con una madera tibia y orgánica como carne. Si había una cámara de presión, yo no la había visto. Luces ocultas se encendían mientras yo avanzaba y luego se apagaban solas, dejándome en un pequeño estanque de luz con oscuridad por delante y por detrás. Sabía que la nave no podía tener más de cien metros de diámetro, pero la leve curva de este corredor creaba la ilusión de que el interior era más grande que el exterior.

El corredor terminaba en lo que debía de ser el centro de la nave, un foso abierto con una escalera de caracol metálica que se perdía en la oscuridad. Apoyé el pie en el primer escalón y arriba se encendieron luces. Sospechando que las partes más interesantes de la nave estaban arriba, comencé a ascender.

La cubierta siguiente llenaba todo el círculo de la nave y albergaba un antiguo holofoso como el que yo había visto en viejos libros, varias sillas y mesas en un estilo que no pude identificar y un piano de cola. Debo aclarar que ni una persona entre diez mil nativos de Hyperion habría podido identificar ese objeto como un piano, y menos como un piano de cola. Mi madre y Grandam habían sentido un apasionado interés por la música, y un piano había llenado gran parte del espacio de una de nuestras casas rodantes eléctricas. Muchas veces yo había oído las quejas de mis tíos o abuelos acerca del tamaño y peso de ese instrumento, acerca de los julios de energía necesarios para transportar ese trasto pre-Hégira por los brezales de Aquila, y acerca de la sensatez de tener un sintetizador de bolsillo que podía recrear música de piano o cualquier otro instrumento. Pero mi madre y Grandam eran tajantes: nada podía igualar el sonido de un piano auténtico, por mucho que hubiera que afinarlo después del transporte. Y ni mi abuelo ni mis tíos se quejaban cuando Grandam tocaba Rachmaninoff, Bach o Mozart en el campamento de noche. Esa anciana me había hablado sobre los grandes pianos de la historia, incluidos los pianos de cola pre-Hégira. Y ahora veía uno.

Ignorando el holofoso y los muebles, ignorando la ventana curva que mostraba sólo la oscura piedra del interior de la torre, caminé hasta el piano de cola. Las letras doradas decían STEINWAY encima del teclado. Solté un silbido y acaricié las teclas con los dedos, sin atreverme aún a tocar nada. Según Grandam, esta compañía había dejado de fabricar pianos antes del Gran Error del 38, y no se había fabricado ninguno desde la Hégira. Yo estaba tocando un instrumento que tenía por lo menos mil años de antigüedad. Los Steinway y los Stradivarius eran mitos entre los amantes de la música. Me pregunté cómo era posible, acariciando teclas que tenían la tersura

del legendario marfil, colmillos de un animal extinguido llamado elefante. Aún podían quedar seres humanos de los tiempos anteriores a la Hégira —los tratamientos Poulsen y el almacenaje criogénico podían explicarlo—, pero los artefactos de madera, alambre y marfil tenían pocas probabilidades de efectuar esa larga travesía por el tiempo y el espacio.

Mis dedos tocaron un acorde do-mi-sol-si bemol. Y luego un acorde en do mayor. El tono era impecable, la acústica de la nave, perfecta. Nuestro viejo piano necesitaba que Grandam lo afinara después de cada viaje de pocos kilómetros por los brezales, pero este instrumento parecía perfectamente afinado después de un sinfín de años-luz y siglos de viaje.

Saqué el taburete, me senté y me puse a tocar *Para Elisa*. Era una pieza sentimental y sencilla, pero parecía congeniar con el silencio y la soledad de ese lugar oscuro. De hecho, las luces parecieron atenuarse mientras las notas llenaban la sala circular y resonaban en la penumbrosa escalera. Mientras tocaba, pensé en mi madre y Grandam, que nunca habrían sospechado que mis lecciones de piano infantiles conducirían a este solo en una nave oculta. La tristeza de ese pensamiento impregnó la música que tocaba.

Cuando terminé, aparté los dedos del teclado con cierta culpa, abrumado por la arrogancia de mi pobre ejecución de una pieza tan simple en ese piano venerable, ese regalo del pasado. Permanecí en silencio un instante, intrigado por la nave espacial, por el viejo poeta y por mi propio lugar en este descabellado orden de cosas.

—Muy bonito —murmuró una voz a mis espaldas.

Di un respingo. No había oído que nadie subiera o bajara la escalera, no había visto que nadie entrara en la sala. Miré de un lado al otro.

No había nadie en la habitación.

—Hace tiempo que no oigo tocar esa pieza —dijo la voz. Parecía brotar del centro de la habitación desierta—. Mi pasajero anterior prefería Rachmaninoff.

Apoyé la mano en el borde del taburete para afianzarme y pensé en todas las preguntas estúpidas que podía abstenerme de hacer.

—¿Eres la nave? —pregunté, sin saber si era una pregunta estúpida pero ansiando una respuesta.

—Desde luego —respondió la voz, que era suave pero vagamente masculina.

Yo había oído máquinas parlantes, pues esos aparatos existían desde siempre, pero nunca máquinas inteligentes. La Iglesia y Pax habían prohibido las IAs más de dos siglos antes, y después de ver que el TecnoNúcleo ayudaba a los éxters a destruir la Hegemonía, la mayoría de los billones de personas de mil mundos devastados había aprobado fervientemente la medida. Comprendí que mi propia programación en ese sentido había sido efectiva: la idea de estar hablando con un artefacto inteligente me hizo sudar las palmas y sentir un nudo en la garganta.

—¿Quién era tu pasajero anterior? —pregunté.

Hubo una brevísima pausa.

—Ese caballero era conocido como el cónsul —dijo al fin la nave—. Fue diplomático de la Hegemonía durante gran parte de su vida.

Esta vez fui yo quien titubeó antes de hablar. Temí que mi «ejecución» en Puerto Romance me hubiera embrollado las neuronas a tal punto que creía estar viviendo en uno de los poemas épicos de Grandam.

—¿Qué le sucedió al cónsul? —pregunté.

—Murió —dijo la nave, con un levísimo tono de congoja.

—¿Cómo? —pregunté. Al final de los *Cantos* del viejo poeta, después de la Caída de la Red de Mundos, el cónsul de la Hegemonía llevaba una nave de regreso a la Red. ¿*Esta* nave?—. ¿Dónde murió? —añadí. Según los *Cantos*, la nave donde el cónsul de la Hegemonía se había ido de Hyperion estaba impregnada con la personalidad del cíbrido John Keats.

—No recuerdo dónde murió el cónsul —dijo la nave—. Sólo recuerdo que murió, y que yo regresé aquí. Supongo que esa directiva fue programada en mis bancos de órdenes en ese momento.

—¿Tienes nombre? —pregunté, intrigado por saber si hablaba con la personalidad IA de John Keats.

—No —dijo la nave—. Sólo nave. —De nuevo una pausa que era algo más que mero silencio—. Aunque creo recordar que en algún momento tuve nombre.

—¿Era John? —pregunté—. ¿O Johnny?

—Tal vez. Los detalles son borrosos.

—¿Por qué? ¿Tu memoria funciona mal?

—No, en absoluto. Por lo que puedo deducir, hace doscientos años estándar hubo un suceso traumático que borró ciertos recuerdos, pero desde entonces mi memoria y demás facultades han funcionado a la perfección.

—¿Pero no recuerdas el suceso? ¿El trauma?

—No —dijo la nave con relativo buen humor—. Creo que sucedió en el mismo momento en que el cónsul murió y yo regresé a Hyperion, pero no estoy seguro.

—¿Y desde entonces? ¿Desde tu regreso has permanecido en esta torre?

—Sí. Estuve un tiempo en la Ciudad de los Poetas, pero pasé aquí la mayor parte de los dos últimos siglos locales.

—¿Quién te trajo aquí?

—Martin Silenus. El poeta. Tú le conociste hoy.

—¿Estás enterado de eso?

—Claro que sí —dijo la nave—. Yo di a Silenus los datos sobre tu juicio y ejecución. Ayudé a gestionar el soborno de los funcionarios y el transporte de tu cuerpo dormido.

—¿Cómo hiciste eso? —pregunté. La imagen de esa nave maciza y arcaica hablando por teléfono era demasiado absurda.

—Hyperion no tiene una auténtica esfera de datos, pero monitoreo las comunicaciones por satélite y de microondas, así como algunas bandas «seguras» de fibra óptica y máser.

—Conque eres espía del viejo poeta.

—Sí.

—¿Y qué sabes sobre los planes que el viejo poeta tiene para mí? —pregunté, volviéndome nuevamente hacia el teclado y tocando un acorde de Bach.

—M. Endymion —dijo otra voz a mis espaldas.

Dejé de tocar y al volverme vi a A. Bettik, el androide, de pie en la escalera circular.

—Mi amo temía que te hubieras perdido —dijo A. Bettik—. Vine a mostrarte el camino de regreso a la torre. Apenas tienes tiempo de vestirte para la cena.

Me encogí de hombros y caminé hacia la escalera. Antes de seguir al hombre de tez azul, me volví hacia la habitación en penumbras.

—Fue grato hablar contigo, nave.

—Fue un placer conocerte, M. Endymion —dijo la nave—. Pronto volveré a verte.

7

Las naves-antorcha *Gaspar*, *Melchor* y *Baltasar* están a una UA de los bosques orbitales en llamas y siguen desacelerando en torno de ese sol sin nombre cuando la madre comandante Stone llama al compartimiento del padre capitán De Soya para informarle de que han resucitado a los correos.

—A decir verdad, sólo hemos logrado resucitar a uno —corrige, flotando ante la puerta abierta.

El padre capitán De Soya hace una mueca.

—¿El otro...? —pregunta—. ¿Lo han devuelto al nicho de resurrección?

—Todavía no —dice Stone—. El padre Sapieha está con el superviviente.

De Soya asiente.

—¿Pax? —pregunta, esperando que sea así. Los correos del Vaticano traen más problemas que los correos militares.

La madre comandante Stone niega con la cabeza.

—Ambos son del Vaticano. El padre Gawronski y el padre Vandrisse. Ambos son Legionarios de Cristo.

Con gran esfuerzo de voluntad, De Soya contiene un suspiro. Los Legionarios de Cristo casi habían reemplazado a los jesuitas, más liberales, a lo largo de los siglos. Su poder crecía en la Iglesia un siglo antes del Gran Error, y no era ningún secreto que el Papa los utilizaba como tropas de choque para misiones engorrosas dentro de la jerarquía eclesiástica.

—¿Cuál sobrevivió? —pregunta.

—El padre Vandrisse. —Stone mira su comlog—. Ya lo deben de haber revivido, señor.

—Muy bien —dice De Soya—. Ajuste el campo interno a una gravedad a las cero-seis-cuarenta-cinco. Llame a bordo a los capitanes Hearn y Boulez y ofrézcales mis cumplidos. Escóltelos hasta la sala de proa. Estaré con Vandrisse hasta que nos reunamos.

—A la orden —dice la madre comandante Stone, y se marcha.

La sala que está junto al nicho de resurrección es más capilla que enfermería. El padre capitán De Soya se arrodilla frente al altar y luego se reúne con el padre Sapieha junto a la camilla donde está el correo. Sapieha es más viejo que la mayoría de los miembros de Pax —por lo menos setenta años estándar— y los suaves haces halógenos se reflejan en su coronilla calva. De Soya piensa que el capellán de la nave, con sus malas pulgas y sus pocas luces, es muy parecido a varios curas de parroquia que conoció en su juventud.

—Capitán —saluda el capellán.

De Soya saluda con un cabeceo y se acerca al hombre de la camilla.

El padre Vandrisse es joven —treinta años estándar— y lleva el cabello oscuro largo y rizado, según la moda actual del Vaticano. O al menos la moda que se aproximaba cuando De Soya estuvo por última vez en Pacem y el Vaticano: ya han acumulado una deuda temporal de tres años en dos meses de misión.

—Padre Vandrisse —dice De Soya—, ¿me oye?

El joven asiente y gruñe. Cuesta hablar en los primeros minutos de una resurrección. Al menos, es lo que De Soya ha oído decir.

—Bien —dice el capellán—. Será mejor que vuelva a meter el cuerpo del otro en el nicho. —Mira a De Soya con mal ceño, como si el capitán fuera culpable del fracaso de la resurrección—. Es un desperdicio, padre capitán. Tardarán semanas, tal vez meses, en revivir al padre Gawronski. Será muy doloroso para él.

De Soya asiente.

—¿Le gustaría verle, padre capitán? —insiste el capellán—. El cuerpo... en fin... apenas parece humano. Los órganos internos están a la vista y totalmente...

—Continúe con sus deberes, padre —murmura De Soya—. Puede retirarse.

El padre Sapieha vuelve a poner mal ceño, como si fuera a replicar, pero en ese momento suena el cláxon de gravedad y ambos tienen que orientarse para que sus pies toquen el piso cuando se realinee el campo de contención interna. La gravedad asciende lentamente a uno mientras el padre Vandrisse se hunde en los cojines de la camilla y el capellán se marcha. Aun después de un solo día de gravedad cero, el retorno de la gravedad es una molestia.

—Padre Vandrisse —murmura De Soya—. ¿Me oye?

El joven cabecea. Sus ojos muestran su dolor. Su piel reluce como si acabaran de ponerle injertos, o como si fuera un recién nacido. La carne luce rosada y cruda, casi quemada, y el lívido cruciforme tiene el doble de su tamaño normal en el pecho del correo.

—¿Sabe dónde está? —susurra De Soya. «O quién es», añade mentalmente. La confusión posterior a la resurrección puede durar horas o días. De Soya sabe que los correos están entrenados para superar esa confusión, ¿pero cómo se puede entrenar a alguien para la muerte y la resurrección? Un instructor de De Soya en el seminario lo expresaba con claridad: «Las células recuerdan haber agonizado y muerto, aunque la mente no lo recuerde.»

—Recuerdo —susurra el padre Vandrisse, y su voz suena tan descarnada como luce su piel—. ¿Es usted el capitán De Soya?

—El padre capitán De Soya, sí.

Vandrisse trata de apoyarse en el codo y no lo consigue.

—Más cerca —susurra, demasiado débil para alzar la cabeza.

De Soya se acerca más. El otro sacerdote huele a formaldehído. Sólo algunos sacerdotes son iniciados en los misterios de la resurrección, y De Soya escogió no ser

uno de ellos. Puede oficiar en un bautismo y administrar la comunión o la extremaunción —como capitán de una nave estelar, ha tenido más oportunidades para lo segundo que para lo primero—, pero nunca ha estado presente en el sacramento de la resurrección. Ignora qué procesos, al margen del milagro del cruciforme, intervienen para devolver al cuerpo destruido y aplastado de este hombre, a sus neuronas destrozadas y su masa cerebral desperdigada la forma humana que él ve ante sí.

Vandrisse susurra algo y De Soya tiene que acercarse aún más. Los labios del sacerdote resucitado casi rozan la oreja de De Soya.

—Debemos... hablar... —logra decir Vandrisse con gran esfuerzo.

De Soya asiente con la cabeza.

—He ordenado una reunión dentro de quince minutos. Estarán presentes los otros dos capitanes de mis naves. Le daremos una silla flotante y...

Vandrisse sacude la cabeza.

—Ninguna reunión. Mensaje para...

—De acuerdo —responde De Soya sin inmutarse—. ¿Desea esperar hasta...?

De nuevo la sacudida de la cabeza. El rostro del sacerdote tiene estrías lustrosas, como si los músculos se mostraran a través de la piel.

—Ahora... —susurra.

De Soya se acerca y espera.

—Debe... llevar... la nave... Arcángel... de inmediato —jadea Vandrisse—. Su destino está programado.

De Soya aún no se inmuta, pero está pensando: «Conque será una dolorosa muerte por aceleración. Querido Jesús, ¿no podías apartar de mí este cáliz?»

—¿Qué diré a los demás? —pregunta.

El padre Vandrisse sacude la cabeza.

—No diga nada. Ponga a su oficial ejecutiva al mando del... *Baltasar*. Transfiera el mando del grupo de tareas a la madre capitana Boulez. El grupo REYES tendrá... otras... órdenes.

—¿Seré informado acerca de esas otras órdenes? —pregunta De Soya. El esfuerzo de aparentar calma le da dolor de mandíbula. Hasta treinta segundos atrás, la supervivencia y el éxito de esta nave, de este grupo de tareas, era la razón central de su existencia.

—No —dice Vandrisse—. Esas... órdenes... no le... conciernen.

El sacerdote resucitado está pálido de dolor y agotamiento. De Soya nota que esto le causa cierta satisfacción y de inmediato reza una breve plegaria pidiendo perdón.

—Debo partir de inmediato —repite De Soya—. ¿Puedo llevar mis escasas pertenencias personales? —Está pensando en la estatuilla de porcelana que su hermana le regaló poco antes de morir en Vector Renacimiento. Esa pieza frágil,

encerrada en un cubo de estasis durante las maniobras de alta gravedad, lo ha acompañado durante todos sus años de viaje por el espacio.

—No —dice el padre Vandrisse—. Vaya... de inmediato. No lleve nada.

—¿Esto es por orden de...? —pregunta De Soya.

Vandrisse frunce el ceño en medio de su mueca de dolor.

—Es una orden directa de Su Santidad, el papa Julio XIV. Es... prioridad omega... anulando todas las órdenes del mando militar de Pax o la flota espacial. ¿Comprende... padre... capitán... De Soya?

—Comprendo —dice el jesuita, e inclina la cabeza en señal de obediencia.

La nave correo clase Arcángel no tiene nombre. De Soya no considera que las naves-antorcha sean bellas —con su forma de calabaza, el módulo de mando y las armas empequeñecidos por el enorme motor Hawking y la esfera de fusión—, pero la Arcángel es decididamente fea en comparación. La nave correo es una masa de esferas asimétricas, dodecaedros, correas, cables y mandos de motor Hawking. La cabina de pasajeros es apenas un detalle en el centro de esa chatarra.

De Soya se ha reunido brevemente con Hearn, Boulez y Stone, explicando sólo que lo han convocado y transfiriendo el mando a los nuevos y asombrados capitanes del grupo de tareas y el *Baltasar*. Luego se ha trasladado a la nave Arcángel en una cápsula. De Soya ha tratado de no mirar su amada *Baltasar*, pero en el último momento, antes de abordar el correo, se ha vuelto y ha mirado nostálgicamente la nave-antorcha con añoranza, en cuyo flanco curvo el sol pintaba una medialuna de luz. Luego ha apartado los ojos resueltamente.

Al entrar ve que la Arcángel tiene un mando táctico virtual muy tosco, controles manuales y puente. El interior del módulo de mando no es mucho más grande que el estrecho cubículo que él ocupaba en el *Baltasar*, aunque este espacio está abarrotado de cables, filamentos de fibra óptica, discos y dos divanes de aceleración. El único otro espacio es el diminuto cubículo que combina alcoba con guardarropa.

De Soya ve de inmediato que los divanes de aceleración no son estándar. Se trata de bandejas de acero sin acolchado, más semejantes a camillas de autopsia que a divanes. Las bandejas tienen un reborde —sin duda para impedir que el fluido se derrame bajo alta gravedad— y el único campo de contención de la nave debe rodear estos divanes, para impedir que la carne, el hueso y la materia cerebral pulverizados se desparramen en los intervalos de gravedad cero luego de la desaceleración final. De Soya ve los tubos por donde se inyectó agua o alguna solución limpiadora para lavar el acero. No lo ha logrado del todo.

—Dos minutos para aceleración —dice una voz metálica—. Amárrese ya.

«Ninguna cortesía —piensa De Soya—. Ni siquiera un "Por favor".»

—Nave —dice. Sabe que no hay IAs genuinas en las naves de Pax, pues no se

permite ninguna IA en el espacio humano controlado por Pax, pero piensa que el Vaticano podría haber hecho una excepción en una de sus naves correo clase Arcángel.

—Un minuto treinta segundos para aceleración inicial —dice la voz metálica, y De Soya comprende que está hablando con una máquina idiota.

Se apresura a amarrarse. Las correas son anchas y gruesas pero su función es sólo aparente. El campo de contención se encargará de mantener sus restos en su lugar.

—Treinta segundos —dice la voz idiota—. Advierto que la traslación C-plus será letal.

—Gracias —dice el padre capitán Federico de Soya. Siente en los oídos las desbocadas palpitaciones de su corazón. En los instrumentos parpadean luces. Aquí nada está destinado al control humano, así que De Soya no les presta atención.

—Quince segundos —dice la nave—. Tal vez ahora desee rezar.

—Joder —dice De Soya. Ha estado rezando desde que dejó la sala de resurrección. Añade una plegaria final para pedir perdón por la obscenidad.

—Cinco segundos —dice la voz—. No habrá más comunicaciones. Que Dios lo bendiga y acelere su resurrección, en nombre de Cristo.

—Amén —dice el padre capitán De Soya. Cierra los ojos cuando se inicia la aceleración.

8

Anocheció temprano en la ruinosa ciudad de Endymion. Desde la torre donde había despertado en ese día interminable, miré cómo se extinguía la luz otoñal. A. Bettik me había conducido de vuelta a mi habitación, donde aún había ropa de noche elegante pero sencilla —pantalones tostados de algodón, ajustados por debajo de las rodillas, blusa de lino blanca con mangas abullonadas, chaleco de cuero negro, calzas negras, botas de cuero negro, una pulsera de oro— extendida sobre la cama. El androide también me mostró el lavabo, un piso más abajo, y me dijo que la gruesa bata de algodón que colgaba en la puerta era para mí. Se lo agradecí, me bañé, me sequé el cabello, me puse todo lo que me habían dejado excepto la pulsera de oro, y aguardé ante la ventana mientras la luz se volvía más dorada y horizontal y las sombras descendían desde los cerros.

Cuando la luz se extinguió al punto de que no quedaron más sombras y las más brillantes estrellas del Cisne despuntaron sobre las montañas del este, A. Bettik regresó.

—¿Es hora? —pregunté.

—Aún no, señor —respondió el androide—. Antes dijiste que deseabas hablar conmigo.

—Ah, sí —dije, y señalé la cama, el único mueble de la habitación—. Siéntate.

El hombre de tez azul permaneció de pie junto a la puerta.

—Estoy cómodo de pie, señor.

Crucé los brazos y me apoyé en el alféizar. El aire que entraba por la ventana era fresco y olía a chalma.

—No es preciso que me llames señor. Con Raul está bien. —Vacilé—. A menos que estés programado para hablar con... —estaba por decir «los humanos», pero no quería sugerir que A. Bettik no era humano—. Para hablar con la gente de esa manera —concluí tímidamente.

A. Bettik sonrió.

—No, señor. No estoy programado... no como una máquina. Salvo por varias prótesis sintéticas... para aumentar la fuerza, por ejemplo, o brindar resistencia a la radiación. Salvo por eso, no tengo partes artificiales. Simplemente me enseñaron a cumplir mis funciones con deferencia. Puedo llamarte M. Endymion, si prefieres.

Me encogí de hombros.

—No tiene importancia. Lamento ser tan ignorante en materia de androides.

A. Bettik volvió a sonreír.

—No es necesario que te disculpes, M. Endymion. Muy pocos humanos hoy vivos han visto a uno de mi raza.

Mi raza. Interesante.

—Háblame de tu raza —dije—. ¿La biofacturación de androides no era ilegal en la Hegemonía?

—Sí, señor —dijo A. Bettik. Noté que permanecía en posición de descanso, y me pregunté si habría servido en alguna unidad militar—. La biofacturación de androides era ilegal en Vieja Tierra y en muchos mundos de la Hegemonía antes de la Hégira, pero la Entidad Suma permitió la biofacturación de cierta cantidad de androides para usarlos en los planetas del Confín. En esos tiempos Hyperion estaba en esa categoría.

—Todavía lo está.

—Sí, señor.

—¿Cuándo te biofacturaron? ¿En qué mundos viviste? ¿Cuáles eran tus deberes? —pregunté—. Si no te resulta impertinente.

—En absoluto, M. Endymion. —La voz del androide tenía un vago acento dialectal que era nuevo para mí. Lejano y antiguo—. Fui creado en el año 26, según el calendario local de Hyperion.

—El siglo veinticinco después de Cristo —dije—. Hace seiscientos noventa y cuatro años.

A. Bettik asintió y guardó silencio.

—Conque naciste... o fuiste biofacturado... después de la destrucción de Vieja Tierra —dije, más para mí mismo que para el androide.

—Sí, señor.

—¿Y fue Hyperion tu primer... eh... tu primer destino laboral?

—No, señor. Durante el primer medio siglo de mi existencia, trabajé en Asquith al servicio de su real alteza, el rey Arturo VIII, monarca del reino de Windsor-en-Exilio, y también al servicio de su primo, el príncipe Ruperto de Mónaco-en-Exilio. Cuando murió el rey Arturo, me legó a su hijo William su real alteza el rey Guillermo XXIII.

—Triste Rey Billy.

—Sí, señor.

—¿Y viniste a Hyperion cuando Triste Rey Billy huyó de la rebelión de Horace Glennon-Height?

—Sí. En realidad, mis hermanos androides y yo fuimos enviados a Hyperion treinta y dos años antes que llegaran su alteza y los demás colonos. Nos mandaron aquí cuando el general Glennon-Height ganó la batalla de Fomalhaut. Su alteza consideró prudente contar con una sede alternativa para los reinos en exilio.

—Y así conociste a Silenus —urgí, señalando el techo, imaginando al viejo poeta en su telaraña de umbilicales médicos.

—No —dijo el androide—. Mis deberes no me pusieron en contacto con M. Silenus durante los años en que la Ciudad de los Poetas estuvo ocupada. Tuve el placer de conocer a M. Silenus después, durante la Peregrinación al Valle de las

Tumbas de Tiempo, dos siglos y medio después de la muerte de su alteza.

—Y has estado en Hyperion desde entonces. Más de quinientos años en este mundo.

—Sí, M. Endymion.

—¿Eres inmortal? —pregunté, sabiendo que la pregunta era impertinente pero queriendo la respuesta.

A. Bettik mostró su sonrisa leve.

—En absoluto, señor. Puedo morir por accidente o por lesiones que me impidan ser reparado. Es sólo que cuando me biofacturaron, incorporaron a mis células sistemas nanotecnológicos con tratamientos Poulsen permanentes, de modo que soy muy resistente a la vejez y la enfermedad.

—¿Por eso los androides son azules?

—No, señor. Somos azules porque ninguna raza humana conocida era azul en el momento de mi biofacturación, y mis diseñadores consideraron imperativo mantenernos visualmente distintos de los humanos.

—¿No te consideras humano? —pregunté.

—No, señor. Me considero androide.

Sonreí ante mi propia ingenuidad.

—Todavía actúas como criado —dije—. Sin embargo, el uso de mano de obra esclava androide fue prohibido en la Hegemonía hace siglos.

A. Bettik esperó.

—¿No deseas ser libre? —dije al fin—. ¿Ser una persona independiente?

A. Bettik caminó hacia la cama. Pensé que iba a sentarse, pero sólo plegó y apiló la camisa y los pantalones que yo había usado antes.

—M. Endymion —dijo—, aunque las leyes de la Hegemonía murieron con la Hegemonía, hace siglos que me considero una persona libre e independiente.

—Pero tú y los demás trabajáis para Silenus, a escondidas —insistí.

—Sí, señor, pero lo hago por mi propia voluntad. Fui diseñado para servir a la humanidad. Lo hago bien. Me agrada mi trabajo.

—Así que te has quedado aquí por voluntad propia.

A. Bettik cabeceó y sonrió.

—Sí, en la medida en que todos tenemos voluntad propia, señor.

Suspiré y me alejé de la ventana. Había oscurecido por completo. Supuse que pronto debería ir a cenar con el poeta.

—Y seguirás quedándote aquí para cuidar del viejo hasta que muera —dije.

—No, señor. No si soy consultado al respecto.

Enarqué las cejas.

—¿De veras? ¿Y adónde irás si eres consultado al respecto?

—Si escoges aceptar la misión que M. Silenus te ha ofrecido, señor —dijo el

hombre de tez azul—, escogería acompañarte.

Cuando me llevaron arriba, el piso superior ya no era una enfermería sino un comedor. La silla de flujoespuma había desaparecido, al igual que los monitores médicos y las consolas de comunicaciones, y el techo estaba abierto al cielo. Alcé la vista y localicé las constelaciones del Cisne y las Gemelas con el ojo entrenado de un ex pastor. Había braseros sobre trípodes altos frente a cada una de las ventanas, y las llamas irradiaban luz y tibieza. En el centro de la sala, una mesa de tres metros de longitud había reemplazado las consolas de comunicaciones. La porcelana, la plata y el cristal titilaban a la luz de las velas que llameaban sobre dos exquisitos candelabros. Había un lugar preparado en cada punta de la mesa. Martin Silenus aguardaba sentado en una silla alta.

El viejo poeta estaba irreconocible. Parecía haber perdido siglos en las escasas horas transcurridas desde que lo había visto por última vez. La momia de piel apergaminada y ojos hundidos se había transformado en un anciano ante una mesa: a juzgar por su mirada, un anciano hambriento. Al acercarme, reparé en los tubos intravenosos y los filamentos de monitoreo que serpeaban bajo la mesa, pero por lo demás la ilusión de alguien que había regresado de la tumba era perfecta.

Silenus rió entre dientes.

—Esta tarde me pillaste en mi peor momento, Raul Endymion —jadeó. La voz aún era vieja y áspera, pero mucho más enérgica—. Me estaba recobrando de mi sueño frío. —Señaló mi sitio en el otro extremo de la mesa.

—¿Fuga criogénica? —dije estúpidamente, desplegando la servilleta de lino y poniéndola sobre mis rodillas. Hacía años que no comía a una mesa tan elegante. El día que me habían dado la baja en la Guardia Interna había ido al mejor restaurante de la ciudad portuaria de Gran Chaco, en el sur de la Península de la Garra, y pedido la mejor comida del menú, despilfarrando mi último mes de paga. Había valido la pena.

—Desde luego, una puñetera fuga criogénica —dijo el viejo poeta—. ¿Cómo crees que paso estas décadas? —Rió de nuevo—. Tardo unos días en recobrar el ritmo después del descongelamiento. No soy tan joven como antes.

Cobré aliento.

—Si no le molesta la pregunta, ¿qué edad tiene usted?

El poeta me ignoró y le hizo una seña al androide que nos atendía —no era A. Bettik—, que hizo una seña mirando la escalera. Otros androides comenzaron a subir la comida en silencio. Me llenaron la copa de agua. A. Bettik le mostró una botella de vino al poeta, aguardó la aprobación del viejo y procedió al ritual de ofrecerle el corcho y una muestra para probar. Martin Silenus paladeó el vino añejo, tragó y gruñó. A. Bettik lo tomó por asentimiento y nos sirvió vino a ambos.

Llegaron los entremeses, dos para cada uno. Reconocí el pollo asado y la tierna

carne con mostaza, de ganado criado en la Crin. Silenus también se sirvió el *foie gras* salteado y envuelto en hojas de mandrágora que habían puesto en su lado de la mesa. Alcé el ornamentado espetón y probé el pollo asado.

Era excelente.

Martin Silenus tendría ochocientos o novecientos años, siendo quizás el ser humano más longevo que existía, pero el vejete tenía buen apetito. Vi el destello de sus perfectos dientes blancos mientras atacaba la carne, y me pregunté si serían postizos o sustitutos ARN. Tal vez lo segundo.

Noté que yo estaba famélico. Mi seudorresurrección, o el ejercicio de trepar a la nave, me había despertado el apetito. Durante varios minutos no hubo conversación, sólo las suaves pisadas de los androides en la piedra, el susurro de la brisa nocturna y el ruido de nuestra masticación.

Mientras los androides se llevaban los platos y traían cuencos de humeante sopa de almejas, el poeta dijo:

—Entiendo que hoy descubriste nuestra nave.

—Sí. ¿Era la nave particular del cónsul?

—Por cierto.

Silenus llamó a un androide y le llevaron pan recién horneado. Su olor se mezcló con el vapor de la sopa y el aroma del follaje otoñal.

—¿Y es la nave que deberé usar para rescatar a la muchacha? —pregunté. Esperaba que el viejo me preguntara qué había decidido.

—¿Qué piensas de Pax, Raul Endymion? —preguntó en cambio.

Pestañeé, la cuchara de sopa cerca de mis labios.

—¿Pax?

Silenus aguardó.

Dejé la cuchara y me encogí de hombros.

—No pienso mucho en ello.

—¿A pesar de que uno de sus tribunales te sentenció a muerte?

En vez de declarar lo que había pensado antes (que no me habían sentenciado por influencia de Pax, sino de la justicia fronteriza de Hyperion), dije:

—No. Pax ha sido irrelevante en mi vida.

El viejo poeta cabeceó y saboreó su sopa.

—¿Y la Iglesia?

—¿Qué hay con ella?

—¿Ha sido irrelevante en tu vida?

—Supongo que sí.

Noté que estaba hablando como un adolescente timorato, pero estas preguntas parecían menos importantes que la pregunta que él debía hacerme y que la decisión que yo debía comunicarle.

—Recuerdo la primera vez que oímos hablar de Pax —dijo—. Fue sólo meses después de la desaparición de Aenea. Naves de la Iglesia entraron en órbita, y sus tropas capturaron Keats, Puerto Romance, Endymion, la universidad, todos los puertos espaciales y ciudades importantes. Luego se marcharon en deslizadores de combate, y comprendimos que estaban interesados en los cruciformes de la Meseta del Piñón.

Asentí. Nada de esto era nuevo. La ocupación de la Meseta del Piñón y la búsqueda de cruciformes había sido la última gran apuesta de una Iglesia moribunda, y el comienzo de Pax. Había pasado casi un siglo y medio hasta que auténticas tropas de Pax llegaron para ocupar todo Hyperion y ordenar la evacuación de Endymion y otras localidades cercanas a la meseta.

—Pero las naves que llegaron aquí durante la expansión de Pax... —continuó el poeta—, ¡qué historias portaban! La expansión de la Iglesia desde Pacem hacia todos los mundos de la Red, luego las colonias del Confín...

Los androides se llevaron los cuencos y volvieron con platos de ave trinchada con salsa de mostaza y un gratinado de manta del río Kans con mousse de caviar.

—¿Pato? —pregunté.

El poeta mostró sus dientes reconstituidos.

—Parecía apropiado después de tu... contratiempo de la semana pasada.

Suspiré y toqué la tajada de ave con el tenedor. Vapores húmedos subieron a mis mejillas y mis ojos. Recordé el entusiasmo de Izzy cuando los patos se aproximaban a las aguas abiertas. Parecía otra vida. Miré a Martin Silenus y traté de imaginarme lidiando con siglos de recuerdos. ¿Cómo era posible conservar el juicio con vidas enteras almacenadas en una mente humana? El viejo poeta me sonreía a su manera desenfadada, y una vez más me pregunté si estaba cuerdo.

—Así que oímos hablar de Pax y nos preguntamos cómo sería cuando llegara de veras —continuó, mascando mientras hablaba—. Una teocracia... algo impensable en tiempos de la Hegemonía. Entonces la religión era una elección puramente personal. Yo pertenecí a una docena de religiones e inauguré un par durante mis días de celebridad literaria. —Me miró con ojos brillantes—. Pero naturalmente ya sabes eso, Raul Endymion. Conoces los *Cantos*.

Saboreé la manta en silencio.

—La mayoría de las personas que conocí eran cristianos zen —continuó—. Más zen que cristianos, por cierto, pero sin ser mucho de ambas cosas. Las peregrinaciones personales eran divertidas. Lugares de poder, el hallazgo de nuestro punto Baedecker, todas esas paparruchas... —Rió entre dientes—. La Hegemonía nunca habría soñado con meterse con la religión. La sola idea de mezclar el gobierno con la opinión religiosa era bárbara... algo que uno encontraba en Qom-Riyadh o uno de esos mundos desiertos y remotos. Luego llegó Pax, con su guante de terciopelo y

su cruciforme de esperanza.

—Pax no gobierna —dije—. Asesora.

—Precisamente —convino el viejo, apuntándome con el tenedor mientras A. Bettik le volvía a llenar la copa de vino—. Pax asesora. No gobierna. En cientos de mundos la Iglesia sirve a los fieles y Pax asesora. Pero, desde luego, si uno es un cristiano que desea nacer de nuevo, no desoirá el consejo de Pax ni los susurros de la Iglesia, ¿verdad?

Me encogí de hombros. La influencia de la Iglesia había sido una constante de mis tiempos. Para mí no tenía nada de extraño.

—Pero tú no eres un cristiano que desea nacer de nuevo, ¿verdad, Raul Endymion?

Miré al viejo poeta y tuve una sospecha terrible. «Organizó mi falsa ejecución y me trajo aquí, cuando debí ser sepultado en el mar por las autoridades. Tiene influencia sobre las autoridades de Puerto Romance. ¿Habrá ordenado mi arresto y mi condena? ¿Todo esto fue una especie de prueba?»

—La pregunta es —continuó, ignorando mi mirada de basilisco—, ¿por qué no eres cristiano? ¿Por qué no deseas renacer? ¿No disfrutas de la vida, Raul Endymion?

—Disfruto de la vida —respondí.

—Pero no has aceptado la cruz. No has aceptado el don de la prolongación de la vida.

Bajé el tenedor. Un criado androide interpretó esto como señal de que yo había terminado y se llevó el plato de pato intacto.

—No he aceptado el cruciforme —rezongué.

¿Cómo explicar la suspicacia que los nómadas de mi clan habían alimentado durante generaciones de ser expatriados, parias, indígenas? ¿Cómo explicar la fiera independencia de gente como Grandam y mi madre? ¿Cómo explicar el legado de rigor filosófico y escepticismo congénito que me habían legado mi educación y mi crianza? No lo intenté.

Martin Silenus cabeceó como si le hubiera explicado todo.

—¿Y ves el cruciforme como algo más que un milagro ofrecido a los fieles por la milagrosa intercesión de la Iglesia Católica?

—Veo el cruciforme como un parásito —repliqué, sorprendido de mi vehemencia.

—Quizá tengas miedo de perder tu virilidad —jadeó el poeta.

Los androides nos sirvieron cisnes de chocolate relleno. No presté atención al mío. En los *Cantos* el cura peregrino —Paul Duré— cuenta cómo descubrió la tribu perdida de los bikura y se enteró de que habían sobrevivido durante siglos gracias a un parásito cruciforme ofrecido por el legendario Alcaudón. El cruciforme los resucitaba tal como ocurría hoy, en la era de Pax, sólo que en la narración del sacerdote los efectos laterales incluían lesiones cerebrales irreversibles después de

varias resurrecciones y la desaparición de los órganos e impulsos sexuales. Los bikura eran eunucos retardados.

—No —dije—. Sé que la Iglesia ha encontrado una solución a ese problema.

Silenus sonrió. La sonrisa le daba aspecto de sátiro momificado.

—Siempre que uno haya tomado la comunión y sea resucitado bajo los auspicios de la Iglesia —susurró—. De lo contrario, aunque uno haya robado un cruciforme, sufrirá el destino de los bikura.

Asentí. Durante generaciones habían intentado robar la inmortalidad. Antes de que Pax cerrara la Meseta, había aventureros que contrabandeaban cruciformes. Habían robado otros parásitos a la Iglesia. El resultado era siempre el mismo: idiotez y asexualidad. Sólo la Iglesia tenía el secreto de la resurrección sin taras.

—¿Entonces? —dije.

—¿Entonces por qué un juramento de lealtad y la consagración de uno de cada diez años de servicio a la Iglesia ha sido un precio demasiado alto para ti, muchacho? Miles de millones han optado por la vida.

Guardé silencio un instante.

—Allá ellos —dije al fin—. Mi vida es importante para mí. Quiero conservarla, pero que sea mía.

Esto no tenía sentido ni siquiera para mí, pero el poeta asintió nuevamente, como si mi explicación fuera satisfactoria. Comió su cisne de chocolate. Los androides retiraron los platos y nos sirvieron café.

—De acuerdo —dijo el poeta—. ¿Has pensado en mi propuesta?

La pregunta era tan absurda que tuve que contener las ganas de reír.

—Sí —dije al fin—. He pensado en ella.

—¿Y?

—Y tengo algunas preguntas.

Martin Silenus aguardó.

—¿Qué gano con esto? —pregunté—. Usted habla de la dificultad de volver a mi vida en Hyperion... falta de documentos y demás... pero usted sabe que me siento cómodo en una zona agreste. Para mí sería mucho más fácil dirigirme a los marjales y eludir a las autoridades de Pax que recorrer el espacio con su amiga a remolque. Además, para Pax estoy muerto. Podría irme a un brezal y quedarme con mi clan sin problemas.

Martin Silenus asintió.

—¿Entonces por qué debo pensar en este disparate? —dije al cabo de otro momento de silencio.

El viejo sonrió.

—Tú quieres ser un héroe, Raul Endymion.

Resoplé despectivamente y apoyé las manos en el mantel.

Allí mis dedos lucían rechonchos y torpes, fuera de lugar contra el fino lino.

—Quieres ser un héroe —repitió el poeta—. Quieres ser uno de esos raros seres humanos que hacen historia, en vez de limitarse a ver cómo circula en torno de ellos como agua en torno de una roca.

—No sé de qué me habla. —Claro que lo sabía, pero no había manera de que él pudiera conocerme tanto.

—Te conozco tanto —dijo Martin Silenus, como respondiendo a mi pensamiento más que a mi última frase.

Debo aclarar que no pensé ni por un instante que el viejo fuera telépata. Ante todo, no creo en la telepatía —mejor dicho, no creía en ese momento— y además me intrigaba el potencial de un ser humano que había vivido casi mil años estándar, aunque estuviera loco, quizás hubiera aprendido a leer las expresiones faciales y los matices gestuales a tal punto que el efecto sería similar al de la telepatía.

O quizás hubiera acertado por casualidad.

—No quiero ser un héroe —retruqué—. Vi lo que sucede con los héroes cuando enviaron mi brigada a luchar con los rebeldes del continente meridional.

—Ah, Ursus —murmuró—. El oso polar del sur. La más inservible masa de hielo y lodo de Hyperion. Recuerdo que hubo rumores sobre un disturbio.

La guerra había durado ocho años de Hyperion y había costado la vida de miles de chicos lugareños como yo, que cometimos la estupidez de alistarnos en la Guardia Interna para ir a luchar. Tal vez el viejo poeta no era tan astuto como yo pensaba.

—Por héroe no me refiero al necio que se arroja sobre granadas de plasma —continuó, relamiéndose los finos labios y moviendo la lengua como un lagarto—. Me refiero al que posee una destreza y generosidad tan legendaria que llega a ser honrado como una divinidad. Héroe en el sentido literario, como protagonista consagrado a una acción insoslayable. Héroe como alguien cuyos fallos trágicos serán su perdición.

El poeta hizo una pausa expectante, pero yo guardé silencio.

—¿No tienes fallos trágicos? —dijo al fin—. ¿O no estás consagrado a una acción insoslayable?

—No quiero ser un héroe —repetí.

El viejo se arqueó sobre el café y me miró con un destello pícaro en los ojos.

—¿Dónde te haces cortar el cabello, muchacho?

—¿Cómo dice?

Se relamió los labios de nuevo.

—Me has oído. Tienes el cabello largo, pero no desgreñado. ¿Dónde te lo haces cortar?

Suspiré.

—A veces, cuando pasaba mucho tiempo en los marjales, me lo cortaba yo mismo, pero cuando estoy en Puerto Romance voy a una barbería de la calle Datoo.

—Ah —dijo Silenus, recostándose en su silla—. Conozco esa calle. Está en el distrito nocturno. Más callejón que calle. Allí el mercado abierto vendía hurones en jaulas doradas. Había barberos callejeros, pero la mejor barbería pertenecía a un viejo llamado Palani Woo. Tenía seis hijos varones, y cuando crecían, él añadía otra silla a la tienda. —Clavó los viejos ojos en mí, y me sentí abrumado por el vigor de su personalidad—. Eso fue hace un siglo.

—Me hago cortar el cabello en la barbería de Woo —dije—. El bisnieto de Palani Woo, Kalakana, es ahora el dueño de la tienda. Todavía hay seis sillas.

—Sí —dijo el poeta, asintiendo con un gesto de la cabeza—. Nada cambia demasiado en nuestro querido Hyperion, ¿verdad, Raul Endymion?

—¿Adónde quiere llegar?

—¿Llegar? —dijo, abriendo las manos como para mostrar que no ocultaba la siniestra intención de llegar a parte alguna—. No quiero llegar a nada. Conversemos, muchacho. Me divierte pensar en las figuras históricas mundiales, por no hablar de los héroes de mitos futuros, pagando para que les corten el cabello. Pensé en esto hace siglos, de paso... esta extraña disociación entre la estofa del mito y la estofa de la vida. ¿Sabes qué significa «Datoo»?

Parpadeé ante este repentino cambio de rumbo.

—No.

—Un viento de Gibraltar. Tenía una bella fragancia. Los artistas y poetas que fundaron Puerto Romance habrán pensado que los bosques de chalma y raraleña de las colinas olían bien. ¿Sabes qué es Gibraltar, muchacho?

—No.

—Un peñón de la Tierra —jadeó el viejo. Mostró de nuevo los dientes—. Nótese que no he dicho Vieja Tierra.

Lo había notado.

—La Tierra es la Tierra, muchacho. Viví allá antes de que desapareciera, así que sé de qué hablo.

La idea me dio vértigo.

—Quiero que la encuentres —dijo el poeta, con un destello en los ojos.

—¿Encontrarla? ¿Vieja Tierra? Creí que quería que yo viajara con la muchacha... Aenea.

Sus manos huesudas restaron importancia a mi comentario.

—Si vas con ella, encontrarás la Tierra, Raul Endymion.

Asentí, preguntándome si valía la pena explicarle que Vieja Tierra había sido engullida por el agujero negro que había caído en sus entrañas durante el Gran Error del 38. Pero el anciano había huido de ese mundo despedazado y no tenía sentido contradecir sus ilusiones. Sus *Cantos* mencionaban una conspiración del TecnoNúcleo IA para robar Vieja Tierra, para llevarla al Cúmulo de Hércules o la

Nube Magallánica, pero eso era fantasía. La Nube Magallánica era otra galaxia. Estaba a más de 160.000 años-luz de la Vía Láctea, si yo no recordaba mal, y ninguna nave de Pax o de la Hegemonía había salido de la pequeña esfera que ocupábamos en un brazo espiralado de nuestra galaxia. Aunque el motor Hawking se burlaba de las realidades einsteinianas, un viaje a la Gran Nube Magallánica llevaría muchos siglos de tiempo de a bordo, decenas de miles de años de deuda temporal. Ni siquiera los éxters, tan amantes de los abismos interestelares, habrían emprendido semejante travesía. Además, los planetas no se secuestran.

—Quiero que encuentres la Tierra y la traigas de vuelta —continuó el viejo poeta —. Quiero verla de nuevo antes de morir. ¿Harás eso por mí, Raul Endymion?

Miré al viejo a los ojos.

—Claro —dije—. Rescatar a esa niña de manos de la Guardia Suiza y de Pax, mantenerla a salvo hasta que se convierta en La Que Enseña, encontrar Vieja Tierra y traerla para que usted la vea de nuevo. Facilísimo. ¿Se le ofrece algo más?

—Sí —dijo Martin Silenus con el tono de absoluta solemnidad que acompaña a la demencia—. Quiero que averigües qué coño se propone el TecnoNúcleo y lo detengas.

Asentí de nuevo.

—Encontrar el desaparecido TecnoNúcleo y detener el poder combinado de miles de IAs semejantes a dioses para impedir que cumplan con sus planes —dije con sarcasmo—. Correcto. Lo haré. ¿Algo más?

—Sí. Debes hablar con los éxters y ver si pueden ofrecerme la inmortalidad, auténtica inmortalidad, no estas pamplinas de los cristianos renacidos.

Fingí escribir esto en una libreta invisible.

—Éxters... inmortalidad... sin pamplinas cristianas. Ningún problema. Anotado. ¿Algo más?

—Sí, Raul Endymion. Quiero que Pax sea destruida y el poder de la Iglesia derrocado.

Asentí.

Doscientos o trescientos mundos conocidos se habían unido voluntariamente a Pax. Billones de seres humanos se habían hecho bautizar por la Iglesia. Las fuerzas armadas de Pax eran más formidables de lo que podía soñar la FUERZA de la Hegemonía en la cúspide de su poder.

—De acuerdo —dije—. Me encargaré de eso. ¿Alguna otra cosilla?

—Sí. Quiero que impidas que el Alcaudón lastime a Aenea o extermine a la humanidad.

Vacilé. Según el poema épico del viejo, el soldado Fedmahn Kassad había destruido al Alcaudón en una era futura. Lo mencioné, aun sabiendo que era inútil tratar de introducir la lógica en esta conversación lunática.

—¡Sí! —exclamó el viejo poeta—. Pero eso será entonces. Dentro de milenios. Quiero que detengas al Alcaudón ahora.

—De acuerdo —respondí. ¿Para qué discutir?

Martin Silenus se derrumbó en su silla como si su energía se hubiera agotado. Eché otro vistazo a esa momia, con sus pliegues de piel, sus ojos hundidos, sus dedos huesudos. Pero los ojos aún ardían intensamente. Traté de imaginar la fuerza de la personalidad de ese hombre cuando estaba en la flor de la edad. No pude.

Silenus hizo un gesto con la cabeza y A. Bettik trajo dos copas y sirvió champán.

—¿Entonces aceptas, Raul Endymion? —preguntó el poeta, con voz enérgica y formal—. ¿Aceptas la misión de salvar a Aenea, viajar con ella y realizar tus otros cometidos?

—Con una condición.

Silenus frunció el ceño y esperó.

—Quiero llevar a A. Bettik conmigo —dije. El androide aún estaba de pie junto a la mesa, sosteniendo la botella de champán. Miraba hacia delante, y no se volvió hacia ninguno de nosotros ni manifestó ninguna emoción.

El poeta se sorprendió.

—¿Mi androide? ¿Hablas en serio?

—Hablo en serio.

—A. Bettik ha estado conmigo desde antes que tu tatarabuela tuviera tetas —jadeó el poeta. Asestó un puñetazo en la mesa, con fuerza suficiente como para hacerme preocupar por sus frágiles huesos—. A. Bettik —rugió—. ¿Deseas ir?

El hombre de tez azul asintió.

—Joder —dijo el poeta—. Llévatelo. ¿Quieres algo más, Raul Endymion? ¿Mi silla flotante, tal vez? ¿Mi respirador? ¿Mis dientes?

—Nada más.

—Pues bien, Raul Endymion —dijo el poeta, de nuevo con voz formal—. ¿Aceptas la misión? ¿Salvarás, servirás y protegerás a la muchacha Aenea hasta que ella cumpla su destino, o morirás en el intento?

—Acepto —dije.

Martin Silenus alzó la copa y yo lo imité. En el último momento pensé que el androide debía beber con nosotros, pero el viejo poeta ya estaba brindando.

—Por la demencia —dijo—. Por la locura divina. Por las misiones lunáticas y los mesías que claman desde el desierto. Por la muerte de los tiranos. Por la confusión de nuestros enemigos.

Yo iba a llevarme la copa a los labios, pero el viejo no había terminado.

—Por los héroes —dijo—. Por los héroes que se hacen cortar el cabello. —Se bebió el champán de un trago.

Yo también.

9

Renacido, viendo literalmente por los asombrados ojos de un niño, el padre capitán Federico de Soya cruza la Piazza de San Pietro entre los elegantes arcos del peristilo de Bernini y se aproxima a la basílica de San Pedro. Es un día hermoso y soleado, con cielos azules y un frescor en el aire. El único continente habitable de Pacem está a mil quinientos metros sobre el nivel del mar, y el aire es tenue pero rico en oxígeno. Todo lo que ve De Soya está bañado en la rutilante luz de la tarde, que crea un aura en torno de las majestuosas columnas y la cabeza de los presurosos peatones. La luz pinta de blanco las estatuas de mármol y destaca el resplandor de los mantos rojos de los obispos y las franjas azules, rojas y anaranjadas de los guardias suizos que están en posición de descanso; la luz baña el alto obelisco del centro de la plaza y los pilastres acanalados de la fachada de la basílica resplandece en la gran cúpula, que se eleva a más de cien metros.

Las palomas echan a volar y reciben esa luz deslumbrante y horizontal mientras revolotean sobre la plaza, las alas ya blancas contra el cielo, ya oscuras contra la reluciente cúpula de San Pedro. A ambos lados circulan multitudes: clérigos en sotana negra con botones rosados, obispos de blanco con orlas rojas, cardenales en escarlata y magenta, ciudadanos del Vaticano en jubones negros, calzas y cuellos alechugados blancos, monjas con hábito susurrante y blancas alas de gaviota, sacerdotes de ambos sexos en austero negro, oficiales de Pax en uniforme de gala rojo y negro, como el que De Soya usa hoy, y una muchedumbre de turistas afortunados o invitados civiles —que gozan del privilegio de asistir a una misa papal— vestidos con su mejor atuendo, la mayoría de negro, pero todos con ricos paños cuyas fibras más oscuras brillan y titilan. Las multitudes se dirigen a la majestuosa basílica de San Pedro, cuchicheando, con semblante entusiasta pero grave. Una misa papal es un acontecimiento serio.

Hace sólo cuatro días que el padre capitán De Soya se ha despedido del grupo de tareas REYES, y sólo un día que ha resucitado. Lo acompañan el padre Baggio, la capitana Marget Wu y monseñor Lucas Oddi. Baggio, rechoncho y agradable, es el capellán de resurrección de De Soya; Wu, delgada y silenciosa, es edecán del almirante Marusyn de la flota de Pax; y Oddi, de ochenta y siete años estándar pero saludable y lúcido, es el factótum y subsecretario del poderoso secretario de Estado del Vaticano, el cardenal Simon Augustino Lourdusamy. Se dice que el cardenal Lourdusamy es la segunda persona más poderosa de Pax, el único miembro de la Curia romana que cuenta con la confianza de Su Santidad, y un hombre temiblemente brillante. El poder del cardenal se refleja en el hecho de que también actúa como prefecto de la Sacra Congregatio pro Gentium Evangelizatione se de Propaganda Fide, la legendaria Congregación para la Evangelización de los Pueblos, o de

Propaganda Fide.

Para el padre capitán De Soya, la presencia de estos dos poderosos no es más sorprendente que la luz que se refleja en la fachada mientras los cuatro suben la ancha escalinata de la basílica. La discreta muchedumbre calla aún más cuando ellos atraviesan el vasto espacio, dejan atrás más guardias suizos en ropa de gala y de combate, y entran en la nave. Aquí hasta el silencio tiene un eco, y De Soya se conmueve hasta las lágrimas ante la belleza del recinto y sus inmortales obras de arte: *la Pieta* de Miguel Ángel, en la primera capilla de la derecha; el antiguo *San Pedro en Bronce* de Arnolfo di Cambrio, su pie derecho bruñido y gastado por siglos de besos, y —alumbrada desde abajo— la imponente *Giuliana Falconieri Santa Vergine*, esculpida por Pietro Campi en el siglo dieciséis, hace más de mil quinientos años.

El padre capitán De Soya solloza abiertamente cuando se santigua con agua bendita y sigue al padre Baggio hasta su banco reservado. Los tres sacerdotes y la oficial de Pax se arrodillan para rezar mientras los últimos susurros y toses mueren en el vasto recinto. Ahora la basílica está en penumbras, y sólo unos focos halógenos iluminan los tesoros artísticos y arquitectónicos, que relucen como oro. A través de sus lágrimas, De Soya mira los pilastres acanalados y las oscuras y barrocas columnas de bronce del Baldachino de Bernini —el dorado y decorado dosel que se eleva sobre el altar central, donde sólo el papa puede dar misa— y reflexiona sobre la maravilla de las veinticuatro horas que han transcurrido desde su resurrección. Hubo dolor, sí, y confusión —como si se recobrara de un fuerte golpe en la cabeza—, y el dolor es más desgarrador y general que el de una jaqueca, como si cada célula de su cuerpo recordara la indignidad de la muerte y se rebelara contra ella, pero también hubo maravilla. Maravilla y pasmo ante las cosas más pequeñas: el sabor del caldo que le sirvió el padre Baggio, la primera vista del cielo azul celeste de Pacem por las ventanas de la rectoría, la abrumadora humanidad de los rostros que ha visto ese día, de las voces que ha oído. El padre capitán De Soya es un hombre sensible, pero no llora desde que era un niño de cinco o seis años estándar. Sin embargo, hoy llora abiertamente y sin vergüenza. Jesucristo le ha dado el don de la vida por segunda vez, el Señor Dios ha compartido con él —hijo fiel y honorable de una familia humilde de un mundo remoto— el sacramento de la resurrección. Las células de De Soya parecen recordar tanto el sacramento del renacimiento como el dolor de la muerte; está colmado de alegría.

La misa comienza con una explosión de gloria, trompetazos hendiendo el silencio expectante como hojas de oro, las voces del coro elevándose en un canto triunfal, notas de órgano ascendiendo y reverberando, y luego una serie de luces brillantes encendiéndose para iluminar al papa y su cortejo cuando salen para celebrar misa.

De Soya repara en la juventud del Santo Padre. El papa Julio XIV es sesentón, a pesar de que ha sido papa continuamente durante más de doscientos cincuenta años,

un reinado sólo interrumpido por su propia muerte y resurrección y por ocho coronaciones, primero como Julio VI —después del reinado de ocho años del antipapa, Teilhard I— y luego como el Julio de cada encarnación sucesiva. Mientras De Soya observa la celebración de la misa, la capitana de Pax piensa en la historia de Julio, aprendida en la historia eclesiástica oficial y en el poema prohibido de los *Cantos*, que todo adolescente culto lee aun a riesgo de su alma.

En ambas versiones el papa Julio era, antes de su primera resurrección, un joven llamado Lenar Hoyt que había llegado al sacerdocio a la sombra de Paul Duré, un carismático jesuita que era arqueólogo y teólogo. Siguiendo las enseñanzas de san Teilhard, Duré sostenía que la humanidad tenía el potencial para evolucionar hasta llegar a la divinidad. Cuando Duré ascendió al trono de san Pedro después de la Caída, sostuvo que los humanos podían evolucionar hasta ser la Divinidad. El padre Lenar Hoyt, después de convertirse en el papa Julio VI, había trabajado para eliminar esa herejía después de su primera resurrección.

Las dos versiones —la historia eclesiástica y los prohibidos *Cantos*— coinciden en que el padre Duré, durante su exilio en el mundo de Hyperion, descubrió la criatura simbiótica llamada cruciforme. Allí las historias divergen en forma irreconciliable. Según el poema, Duré recibió el cruciforme de la criatura alienígena denominada Alcaudón. Según las enseñanzas de la Iglesia, el Alcaudón —representación cabal de Satanás— no tuvo nada que ver con el descubrimiento del cruciforme, sino que tentó al padre Duré y al padre Hoyt. La historia de la Iglesia sostiene que sólo Duré sucumbió a las artimañas de la criatura. Los *Cantos* cuentan, en su confusa mezcla de mitología pagana e historia fragmentaria, que Duré se crucificó en los bosques flamígeros de la Meseta del Piñón de Hyperion en vez de devolver el cruciforme a la Iglesia. Según el poeta pagano Martin Silenus, esto fue para impedir que un parásito reemplazara la fe en el seno de la Iglesia. Según la historia de la Iglesia, en la cual De Soya cree, Duré se crucificó para poner fin al dolor que le causaba el simbionte y, en alianza con el demonio Alcaudón, para impedir que la Iglesia —la cual Duré consideraba su enemiga, después de ser excomulgado por falsificar testimonios arqueológicos— recobrara su vitalidad por medio del descubrimiento del Sacramento de la Resurrección.

Según ambas versiones, el padre Lenar Hoyt viajó a Hyperion en busca de su amigo y ex mentor. Según los blasfemos *Cantos*, Hoyt aceptó el cruciforme de Duré además del suyo, pero regresó a Hyperion poco antes de la Caída para rogar al malvado Alcaudón que lo aliviara de su carga. La Iglesia señalaba que esto era una falsedad y explicaba que el padre Hoyt había regresado valerosamente para enfrentar al demonio en su propia guarida. Sea cual fuere la interpretación, los datos indican que Hoyt murió durante la última peregrinación a Hyperion.

Duré resucitó, llevando el cruciforme del padre Hoyt además del suyo, y regresó

durante el caos de la Caída para convertirse en el primer antipapa de la historia moderna. Los nueve años estándar de herejía de Duré/Teilhard habían sido nefastos para la Iglesia, pero después de la muerte accidental del falso papa, la resurrección de Hoyt en el cuerpo compartido había llevado a la gloria de Julio VI y al descubrimiento de la naturaleza sacramental de lo que Duré había llamado un parásito. Por medio de la revelación divina —un misterio sólo comprendido en los círculos más íntimos de la Iglesia— Julio había sabido cómo llevar las resurrecciones a buen término. La Iglesia había crecido, dejando de ser una secta menor para convertirse en la fe oficial de la humanidad.

El padre capitán Federico de Soya mira al Papa —un hombre pálido y flaco— mientras el Santo Padre alza la Eucaristía sobre el altar, y la comandante de Pax tiembla de emoción. El padre Baggio ha explicado que la abrumadora sensación de novedad y maravilla que es efecto lateral de la Santa Resurrección se gastará al cabo de unas semanas, pero que esa sensación esencial de bienestar permanecerá siempre, fortaleciéndose con cada renacimiento en Cristo. De Soya entiende por qué la Iglesia considera el suicidio como uno de los pecados más mortales —punible con la excomunión inmediata—, ya que el fulgor de la cercanía de Dios es mucho más fuerte después de saborear las cenizas de la muerte. La resurrección sería adictiva si el castigo por el suicidio no fuera tan terrible. Agobiado por el dolor de la muerte y el renacimiento, el padre capitán De Soya es presa de un vértigo mental y sensorial. La misa papal se aproxima al clímax de la Comunión, la basílica de San Pedro se llena con el mismo estallido de sonido y gloria con que se inició la ceremonia. Sabiendo que pronto probará el Cuerpo y la Sangre de Cristo, transustanciados por el Santo Padre en persona, el guerrero llora como un niño.

Después de la misa, en el fresco atardecer, mientras el cielo de San Pedro cobra el color de la porcelana, el padre capitán De Soya camina con sus nuevos amigos a la sombra de los jardines del Vaticano.

—Federico —dice el padre Baggio—, la reunión que tendremos ahora es muy importante. Sumamente importante. ¿Tu mente está lúcida para comprender la importancia de las cosas que se dirán?

—Sí —dice De Soya—. Mi mente está muy lúcida.

El monseñor Lucas Oddi toca el hombro del oficial de Pax.

—Federico, hijo mío, ¿estás seguro? Podemos esperar otro día, si es necesario.

De Soya sacude la cabeza. Su mente gira con la belleza y solemnidad de la misa que acaba de presenciar, su lengua aún saborea la perfección de la Eucaristía y el Vino. Siente que Cristo le susurra en ese preciso instante, pero sus pensamientos son diáfanos.

—Estoy preparado —dice.

La capitana Wu es una sombra silenciosa detrás de Oddi.

—Muy bien —dice el monseñor, y le hace una seña al padre Baggio—. Ya no necesitaremos sus servicios, padre. Gracias.

Baggio asiente, se inclina y se marcha sin decir palabra. En su perfecta lucidez, De Soya comprende que nunca más verá a su amable capellán de resurrección, y un borbotón de amor puro le arranca nuevas lágrimas. Agradece que la oscuridad oculte esas lágrimas; sabe que en estas circunstancias debe dominarse. Se pregunta dónde se celebrará esta importante reunión. ¿En el famoso Apartamento Borgia? ¿En la Capilla Sixtina? ¿En las oficinas de la Santa Sede? Tal vez en las oficinas de enlace de Pax, en lo que antaño se llamaba la Torre Borgia.

Monseñor Lucas Oddi se detiene en un extremo del jardín, señala a los demás un banco de piedra cerca del cual espera otro hombre, y el padre De Soya comprende que el hombre sentado es el cardenal Lourdusamy y que la reunión se celebrará allí, en los perfumados jardines. El sacerdote se arrodilla en la grava frente al monseñor y le besa el anillo.

—Levántate —dice el cardenal Lourdusamy. Es un hombre corpulento de rostro redondo y gruesa papada, y su voz profunda parece la voz de Dios—. Siéntate.

De Soya se sienta en el banco de piedra mientras los demás permanecen de pie.

A la izquierda del cardenal, hay otro hombre en las sombras. De Soya distingue un uniforme de Pax en la luz tenue, pero no las insignias. Advierte que hay otras personas —por lo menos una sentada y varias de pie— en las sombras más profundas de una pérgola, a la izquierda.

—Padre De Soya —comienza el cardenal Simon Augustino Lourdusamy, haciendo con la cabeza gestos de asentimiento al hombre sentado de la izquierda—, te presento al almirante William Lee Marusyn.

De Soya se pone de pie al instante, cuadrándose rígidamente.

—Mis disculpas, almirante —logra tartamudear—. No lo había reconocido, señor.

—Descanso —dice Marusyn—. Siéntese, capitán.

De Soya se sienta de nuevo, pero con lentitud. La conciencia de la compañía en que se encuentra atraviesa como un sol tórrido la jubilosa niebla de la resurrección.

—Estamos complacidos con usted, capitán —dice el almirante Marusyn.

—Gracias, señor —murmura el sacerdote, escrutando nuevamente las sombras. Sin duda hay más personas mirando desde la pérgola.

—También nosotros —afirma el cardenal Lourdusamy—. Por eso lo hemos escogido para esta misión.

—¿Misión, excelencia? —pregunta De Soya, mareado de tensión y confusión.

—Como de costumbre, servirá a Pax y la Iglesia —dice el almirante, aproximándose.

El mundo de Pacem no tiene luna, pero el resplandor de las estrellas es muy

intenso. Los ojos de De Soya se adaptan a la pálida luz. A lo lejos una campanilla llama a los monjes a las vísperas. Las luces de los edificios del Vaticano bañan la cúpula de San Pedro con un fulgor suave.

—Como de costumbre —continúa el cardenal—, responderás tanto ante la Iglesia como ante las autoridades militares. —El corpulento hombre hace una pausa y mira de soslayo al almirante.

—¿Cuál es mi misión... excelencia, almirante? —pregunta De Soya, sin saber a quién interpelar. Marusyn es su máximo superior, pero los oficiales de Pax habitualmente responden ante los funcionarios supremos de la Iglesia.

Ninguno de ambos contesta, pero Marusyn señala a la capitana Marget Wu, que se encuentra a varios metros, cerca de un seto. La oficial de Pax se aproxima y entrega un holocubo a De Soya.

—Actívelo —dice el almirante Marusyn.

De Soya toca la parte inferior del pequeño bloque de cerámica. La imagen de una niña cobra brumosa existencia encima del cubo. De Soya hace rotar la imagen, reparando en el cabello oscuro, los grandes ojos y la intensa mirada de la niña. La cabeza sin cuerpo de la niña es el objeto más brillante en la oscuridad de los jardines del Vaticano. El padre De Soya ve el fulgor del holo en los ojos del cardenal y el almirante.

—Ella se llama... en fin, no sabemos bien cómo se llama —dice el cardenal Lourdusamy—. ¿Qué edad representa para usted, padre?

De Soya mira la imagen, calcula, convierte los años a estándar.

—¿Doce? —aventura. Ha pasado poco tiempo con niños desde su infancia—. ¿Once años estándar?

El cardenal Lourdusamy asiente.

—Tenía once años estándar en Hyperion, cuando desapareció hace más de doscientos sesenta años estándar.

El padre De Soya vuelve a mirar el holo. Es probable que la niña esté muerta... no recuerda si Pax llevó el Sacramento de la Resurrección a Hyperion hace doscientos setenta y siete años. Sin duda ha crecido y renacido.

Se pregunta por qué le muestran un holo de esta persona en su infancia de hace siglos. Espera.

—Esta niña es la hija de una mujer llamada Brawne Lamia —dice el almirante Marusyn—. ¿El nombre significa algo para usted, padre?

El nombre significa algo, pero De Soya no recuerda qué. Luego evoca los versos de los *Cantos,* y recuerda a la peregrina de la historia.

—Sí. Recuerdo el nombre. Era una de las personas que acompañó a Su Santidad durante la peregrinación final, antes de la Caída.

El cardenal Lourdusamy se inclina y junta las manos rechonchas sobre la rodilla.

Su manto rojo relumbra a la luz del holo.

—Brawne Lamia tuvo relaciones sexuales con una abominación —dice el cardenal—. Un cíbrido. Un humano clonado cuya mente era una inteligencia artificial que residía en el TecnoNúcleo. ¿Recuerdas la historia y el poema prohibido?

El padre De Soya parpadea. ¿Es posible que lo hayan traído al Vaticano para castigarlo por leer los *Cantos* cuando era niño? Confesó ese pecado veinte años atrás, hizo penitencia y nunca releyó la obra prohibida. Se sonroja.

El cardenal Lourdusamy ríe entre dientes.

—Está bien, hijo mío. Todos los miembros de la Iglesia han cometido ese pecadillo. La curiosidad es demasiado grande, la atracción de lo prohibido demasiado fuerte... Todos hemos leído el poema. ¿Recuerdas que Lamia tuvo relaciones carnales con el cíbrido de John Keats?

—Vagamente —dice De Soya, y se apresura a añadir—: Excelencia.

—¿Y sabes quién era John Keats, hijo mío?

—No, excelencia.

—Era un poeta pre-Hégira —dice el cardenal con su voz tonante.

En el cielo, las azules estelas de plasma de tres lanzaderas de Pax hienden el campo estelar. El padre capitán De Soya ni siquiera tiene que mirarlas para reconocer el modelo y el armamento de las naves. No le sorprende no recordar el nombre del poeta de los *Cantos* prohibidos; aun en su infancia, Federico de Soya leía más acerca de máquinas y grandes batallas espaciales que acerca de cosas anteriores a la Hégira.

—La mujer de ese poema blasfemo, Brawne Lamia, no solamente tuvo relaciones con el abominable cíbrido —continúa el cardenal— sino que dio a luz a la hija de esa criatura.

De Soya enarca las cejas.

—No sabía que los cíbridos... es decir. Pensé que eran... bien...

El cardenal Lourdusamy ríe entre dientes.

—¿Estériles? ¿Como los androides? No... las obscenas IAs habían clonado al hombre. Y el hombre fecundó a esta hija de Eva.

De Soya asiente, como si toda esta cháchara sobre cíbridos y androides fuera sobre grifos y unicornios. Estas cosas existían antes. Que él sepa, no existen hoy. El padre capitán De Soya trata de imaginar qué tiene que ver con él esta conversación sobre poetas muertos y mujeres encinta. Como respondiendo a la pregunta mental del capitán, el almirante Marusyn dice:

—La niña cuya imagen flota ante usted es aquella niña, capitán. Cuando el abominable cíbrido fue destruido, Brawne Lamia dio a luz a esta niña en el mundo de Hyperion.

—Ella no era del todo humana —susurra el cardenal Lourdusamy—. Aunque el cuerpo de su padre, el cíbrido Keats, fue destruido, su personalidad IA quedó

almacenada en un empalme Schron.

El almirante Marusyn también se aproxima, como si esta información sólo estuviera destinada a ellos tres.

—Creemos que esta niña se comunicó con la personalidad Keats encerrada en ese bucle Schron aun antes de nacer —murmura—. Estamos casi seguros de que este... feto... trabó contacto con el TecnoNúcleo por intermedio de esa personalidad cíbrida.

De Soya siente el impulso de persignarse, pero se contiene. Sus lecturas, su formación y su fe le han enseñado que el TecnoNúcleo era el mal encarnado, la más activa manifestación del Maligno en la historia humana moderna. La destrucción del TecnoNúcleo no sólo había sido la salvación de la acosada Iglesia, sino de la humanidad. De Soya trata de imaginar qué aprendería un alma humana nonata del contacto directo con esas inteligencias carentes de cuerpo y alma.

—La niña es peligrosa —susurra el cardenal Lourdusamy—. Aunque el TecnoNúcleo quedó desterrado por la caída de los teleyectores, aunque la Iglesia ya no permite que las máquinas sin alma tengan verdadera inteligencia, esta niña fue programada como agente de las IAs caídas... una agente del Maligno.

De Soya se frota la mejilla. De repente está muy cansado.

—Habla usted como si aún viviera —murmura—. Y aún fuera una niña.

El cardenal Lourdusamy cambia de posición, haciendo susurrar sus mantos de seda.

—Ella vive —dice con ominosa voz de barítono—. Y es todavía una niña.

De Soya mira el holo que flota entre ellos. Toca el cubo y la imagen se disipa.

—¿Almacenaje criogénico? —pregunta.

—En Hyperion hay Tumbas de Tiempo —dice Lourdusamy—. Una de ellas, una cosa llamada Esfinge, que tal vez usted recuerde por el poema o por la historia de la Iglesia, se ha usado como portal temporal. Nadie sabe cómo funciona, y no funciona con la mayor parte de la gente. —El cardenal mira al almirante y de nuevo al sacerdote capitán—. Esta niña desapareció en la Esfinge hace doscientos sesenta y cuatro años estándar. En ese momento sabíamos que era peligrosa para Pax, pero llegamos varios días tarde. Tenemos información fiable de que saldrá de esa tumba dentro de menos de un mes estándar... siendo todavía una niña. Todavía letalmente peligrosa para Pax.

—Peligrosa para Pax —repite De Soya. No comprende.

—Su Santidad ha previsto este peligro —sentencia el cardenal Lourdusamy—. Hace casi tres siglos Nuestro Señor juzgó adecuado revelar a Su Santidad la amenaza que representa esta pobre niña, y el Santo Padre ha decidido enfrentar este peligro.

—No comprendo —confiesa el padre capitán De Soya. El holo está apagado, pero con la mente aún ve el rostro inocente de la niña—. ¿Cómo puede esa chiquilla ser un peligro?

El cardenal Lourdusamy aprieta el antebrazo de De Soya.

—Como agente del TecnoNúcleo, será un virus introducido en el Cuerpo de Cristo. Se ha revelado a Su Santidad que la niña tendrá poderes... poderes que no son humanos. Uno de esos poderes es la facultad de persuadir a los fieles de abandonar la luz de las enseñanzas de Dios, de abandonar la salvación para servir al Magno.

De Soya asiente, aunque no entiende. Le duele el antebrazo por la presión de la vigorosa mano de Lourdusamy.

—¿Qué desea de mí, excelencia?

El almirante Marusyn habla con una voz estentórea que sorprende a De Soya después de tantos cuchicheos y susurros.

—A partir de este momento —dice Marusyn—, usted queda relevado de su misión en la flota, padre capitán De Soya. A partir de este momento, su misión es hallar y devolver esta niña al Vaticano.

El cardenal parece sorprender un destello de angustia en los ojos de De Soya.

—Hijo mío —dice con voz más serena—, ¿temes que la niña sufra daño?

—Sí, excelencia. —De Soya se pregunta si esta admisión lo descalificará como oficial.

La presión de la mano de Lourdusamy se aligera, se vuelve amigable.

—Ten la certeza, hijo mío, de que nadie en la Santa Sede ni en Pax tiene la intención de dañar a esta niña. Más aún, el Santo Padre nos ha encomendado que tu segunda prioridad consista en cerciorarte de que ella no sufra el menor daño.

—Su primera prioridad —dice el almirante— consistirá en traerla aquí, a Pacem. Al mando de Pax en el Vaticano.

De Soya asiente y traga saliva. La pregunta que más lo acucia es «¿Por qué yo?».

—Sí, señor. Comprendo —dice en voz alta.

—Recibirá usted un disco de autoridad papal —continúa el almirante—. Podrá reclamar cualquier material, ayuda, enlace o personal que las autoridades locales de Pax estén en condiciones de proveer. ¿Tiene preguntas sobre eso?

—No, señor —responde De Soya con voz firme, aunque su mente es presa del vértigo. Un disco de autoridad papal le daría más poder del que poseen los gobernadores planetarios de Pax.

—Se trasladará al sistema de Hyperion hoy mismo —continúa el almirante Marusyn con la misma voz enérgica—. ¿Capitana Wu?

La edecán de Pax se adelanta y entrega a De Soya un disco rojo. El padre capitán asiente, pero su mente está gritando: «Al sistema de Hyperion hoy mismo... ¡La nave Arcángel de nuevo! Morir otra vez. El dolor. No, dulce Jesús, querido Señor. ¡Aleja de mí este cáliz!»

—Tendrá el mando de nuestra nave correo más nueva y avanzada, capitán —dice Marusyn—. Es similar a la nave que lo trajo al sistema de Pacem, sólo que puede

llevar seis pasajeros, tiene armamento similar al de su nave-antorcha y posee un sistema de resurrección automático.

—Sí, señor —dice De Soya. «¿Un sistema de resurrección automático? —piensa —. ¿Una máquina administrará el sacramento?»

El cardenal Lourdusamy le palmea el brazo.

—El sistema robótico es lamentable, hijo mío. Pero la nave puede llevarte a lugares donde Pax y la Iglesia no existen. No podemos negarte la resurrección sólo porque estés fuera del alcance de los siervos de Dios. Ten la certeza, hijo mío, de que el Santo Padre en persona ha bendecido este equipo de resurrección y lo ha investido con el mismo imperativo sacramental que ofrecería una auténtica misa de Resurrección.

—Gracias, excelencia —murmura De Soya—. Pero no comprendo... lugares adonde no llega la Iglesia... ¿No debo viajar a Hyperion? Nunca he estado allá, pero creí que ese mundo era miembro de...

—Pertenece a Pax —interrumpe el almirante—. Pero si usted no logra capturar... —una pausa—. Si no logra rescatar a la niña... si por alguna razón imprevista usted debe seguirla a otros mundos, otros sistemas... creímos conveniente que la nave tuviera un nicho de resurrección automática para usted.

De Soya inclina la cabeza en confusa obediencia.

—Pero esperamos que encuentre a la niña en Hyperion —continúa el almirante Marusyn—. Cuando usted llegue a ese mundo, mostrará su disco papal a la comandante de tierra Barnes-Avne. La comandante está a cargo de la brigada de la Guardia Suiza que está apostada en Hyperion, y a su llegada usted tendrá el mando efectivo de esas tropas.

De Soya parpadea. «¿Comandante de guardias suizos? ¡Soy capitán de una nave de la flota! No sé distinguir una maniobra terrestre de una carga de caballería.»

El almirante Marusyn ríe.

—Entendemos que esto está fuera de sus deberes normales, padre capitán De Soya, pero tenga la seguridad de que es necesario que usted tenga ese mando. La comandante Barnes-Avne continuará a cargo de las fuerzas terrestres, pero es imperativo que se consagren todos los recursos al rescate de esta niña.

De Soya se aclara la garganta.

—¿Qué le sucederá...? Ustedes dicen que no sabemos su nombre. A la niña, me refiero.

—Antes de su desaparición —dice el cardenal Lourdusamy— ella se llamaba Aenea. Y en cuanto a lo que le sucederá, te reitero, hijo mío, que nuestras intenciones son impedir que infecte el Cuerpo de Cristo con su virus, pero lo haremos sin dañarla. Más aún, nuestra misión... tu misión... es salvar el alma inmortal de la niña. El Santo Padre se encargará de ello.

El tono del cardenal hace comprender a De Soya que la reunión ha concluido. El padre capitán se pone de pie, sintiendo en su interior el vértigo de la resurrección. «Debo morir de nuevo hoy mismo.» Aún siente júbilo, pero también ganas de llorar.

El almirante Marusyn también se pone de pie.

—Padre capitán De Soya, usted estará a cargo de esta misión hasta que la niña me sea entregada, aquí en la oficina de enlace militar del Vaticano.

—Dentro de semanas, por cierto —dice el cardenal, aún sentado.

—Es una enorme y terrible responsabilidad —dice el almirante—. Consagre cada onza de su fe y sus aptitudes a cumplir el deseo expreso de Su Santidad de traer a la niña sana y salva al Vaticano, antes de que el virus destructivo de su traición programada se difunda entre nuestros hermanos en Cristo. Sabemos que no nos defraudará, padre capitán De Soya.

—Gracias, señor —dice De Soya, y de nuevo se pregunta «¿Por qué yo?». Se arrodilla para besar el anillo del cardenal y al levantarse descubre que el almirante ha retrocedido hacia la oscuridad de la pérgola, donde las otras siluetas no se han movido.

Monseñor Lucas Oddi y la capitana Marget Wu se ponen a ambos lados de De Soya y actúan como escoltas mientras salen del jardín. El padre capitán —la mente aún presa de la confusión y la alarma, el corazón palpitante de ansiedad y terror ante la importante misión que le han confiado— mira hacia atrás justo cuando una lanzadera alumbra la cúpula de San Pedro, los tejados del Vaticano y el jardín con su estela de plasma azul. Por un instante las figuras que están dentro de la sombreada pérgola se recortan con claridad, alumbradas por el resplandor estroboscópico y azul. Allí están el almirante Marusyn, de espaldas, y dos oficiales de la Guardia Suiza en armadura de combate, sus lanzadardos en ristre. Pero la figura sentada es la que rondará los sueños y pensamientos de De Soya durante años.

En el banco del jardín, fijando los tristes ojos en De Soya, la frente alta y el semblante pintado breve pero indeleblemente por el fulgor azul del plasma, está Su Santidad, el papa Julio XIV, Santo Padre de más de seiscientos mil millones de fieles católicos, monarca *de facto* de cuatrocientos mil millones de almas en Pax, el hombre que acaba de lanzar a Federico de Soya a este viaje fatídico.

10

Era de mañana, después de nuestro banquete, y estábamos de nuevo en la nave espacial. Es decir, el androide Bettik y yo estábamos en la nave, habiendo llegado allí por un camino más cómodo, un túnel que conectaba las dos torres; Martin Silenus estaba presente como un holograma. Era una holoimagen extraña, pues el viejo poeta optó por hacer que el transmisor o el ordenador de la nave lo representaran en una versión más joven de sí mismo, un antiguo sátiro, sí, pero que se apoyaba en sus propias piernas y tenía cabello sobre su cabeza de orejas puntiagudas. Con su capa marrón, su blusa de mangas largas, sus pantalones abullonados y su boina, debía de haber sido todo un petimetre cuando esa ropa estaba de moda. Yo estaba viendo a Martin Silenus tal como era cuando había regresado a Hyperion como peregrino, tres siglos antes.

—¿Quieres seguir mirándome como un puñetero patán —dijo la holoimagen— o prefieres terminar esta puñetera excursión e ir al grano? —El viejo sufría una resaca por el vino de la noche anterior, o bien había recobrado salud suficiente como para estar de peor humor que de costumbre.

—Adelante —dije.

Desde el túnel habíamos cogido el ascensor de la nave hasta la cámara de presión más baja. Bettik y el holo del poeta me condujeron por los niveles ascendentes: la sala de máquinas con sus indescifrables instrumentos y sus telarañas de tubos y cables; el nivel de sueño frío, con cuatro divanes de fuga criogénica en sus cubículos súper fríos (faltaba un diván, descubrí, porque Martin Silenus se lo había llevado con otro propósito); el corredor central donde yo había entrado el día anterior, cuyas paredes de «madera» ocultaban una multitud de armarios donde había trajes espaciales, vehículos todo terreno, aeromotos y algunas armas arcaicas; luego la zona habitable, con su Steinway y su holofoso; subimos por la escalera de caracol hasta lo que Bettik llamó la «sala de navegación» —había un cubículo con instrumentos electrónicos— pero que yo veía como una biblioteca, con muchos anaqueles repletos de libros (libros verdaderos, libros impresos) y varios divanes y camas cerca de las ventanas del casco; al fin llegamos a la cúspide de la nave, que era simplemente un dormitorio redondo con una cama en el centro.

—El cónsul gustaba de mirar el exterior desde aquí mientras escuchaba música —dijo Martin Silenus—. ¿Nave?

El tabique arqueado que rodeaba la sala circular se volvió transparente, igual que la proa que estaba encima de nosotros. Sólo nos rodeaban las oscuras piedras del interior de la torre, pero desde arriba caía una luz filtrada por el techo podrido del silo. Una música suave llenó la sala. Era un piano sin acompañamiento, y la música era antigua y cautivadora.

—¿Czerchyvik? —sugerí.

El viejo poeta resopló.

—Rachmaninoff. —Los rasgos de sátiro se ablandaron súbitamente en la luz tenue—. ¿Sabes quién toca?

Escuché. El pianista era muy bueno. Yo ignoraba quién era.

—El cónsul —murmuró Bettik.

—Nave, opácate —gruñó Martin Silenus. Las paredes se solidificaron. El holo del viejo poeta desapareció de donde estaba y reapareció cerca de la escalera. Insistía en hacer eso, y el efecto era desconcertante—. Bien, si hemos terminado la puñetera excursión, bajemos a la sala y veamos cómo ser más listos que Pax.

Los mapas eran de la especie antigua —tinta sobre papel— y estaban desplegados encima del reluciente piano de cola. El continente de Aquila extendía sus alas sobre el teclado, y la cabeza equina de Equus se curvaba en un mapa aparte. El holo de Martin Silenus caminó enérgicamente hacia el piano y clavó un dedo en el sitio que correspondía al ojo del caballo.

—Aquí —dijo— y aquí. —El dedo incorpóreo no hizo ruido contra el papel—. El papa tiene sus puñeteras tropas en todo el camino, desde la Fortaleza de Cronos... —el dedo señaló un punto donde la Cordillera de la Brida llegaba a su punto más oriental—, hasta el hocico. Tienen aeronaves aquí, en la ciudad maldita de Triste Rey Billy —el dedo silencioso tocó un punto al noroeste del Valle de las Tumbas de Tiempo—, y han reunido a la Guardia Suiza en el valle mismo.

Miré el mapa. Salvo por la abandonada Ciudad de los Poetas y el Valle, la zona oriental de Equus había sido un desierto inalcanzable para todos excepto las tropas de Pax durante más de dos siglos.

—¿Cómo sabe que hay guardias suizos? —pregunté.

El sátiro enarcó las cejas.

—Tengo mis fuentes.

—¿Sus fuentes describen las unidades y el armamento?

El holo carraspeó, como si el viejo fuera a escupir sobre la alfombra.

—No necesitas saber las unidades —rezongó—. Basta con saber que hay treinta mil soldados entre tú y la Esfinge, de donde Aenea saldrá mañana. Tres mil de esos efectivos son guardias suizos. Ahora bien, ¿cómo pasarás a través de ellos?

Quise reír a carcajadas. Dudaba que toda la Guardia Interna de Hyperion, con soporte aéreo y espacial, pudiera «pasar a través» de media docena de guardias suizos. Sus armas, su entrenamiento y sus sistemas defensivos eran excelentes. En vez de reírme, estudié de nuevo el mapa.

—Usted dice que las aeronaves salen de la Ciudad de los Poetas... ¿Conoce los aviones?

El poeta se encogió de hombros.

—Cazas. Los vehículos electromagnéticos no sirven aquí, así que han traído aviones. Jets, creo.

—¿Turbos, retros, de chorro? —Trataba de aparentar que sabía de qué hablaba, pero los conocimientos militares que había adquirido en la Guardia Interna consistían principalmente en desarmar mi rifle, limpiar mi rifle, disparar mi rifle, marchar en medio del mal tiempo sin que mi rifle se mojara, tratar de echarme un sueñecito cuando no estaba marchando, limpiando o desarmando, tratar de no morir congelado cuando estaba dormido y —en ocasiones— bajar la cabeza para que los francotiradores de Ursus no me la volaran.

—¿Qué cuernos importa la clase de avión? —gruñó Martin Silenus. Perder tres siglos de edad aparente no había contribuido a apaciguarlo—. Son cazas. Hemos medido que... Nave, ¿cuál era la velocidad que medimos para esas últimas señales?

—Mach tres —dijo la nave.

—Mach tres —repitió el poeta—. Suficiente para volar hasta aquí, despedazar este sitio y regresar al continente norte antes de que se les enfríen las cervezas.

Aparté los ojos del mapa.

—Eso quería preguntar —señalé—. ¿Por qué no lo han hecho?

El poeta me miró.

—¿Por qué no han hecho qué?

—Volar aquí, despedazar este sitio y regresar antes de que se les enfríen las cervezas. Usted es una amenaza para ellos. ¿Por qué lo toleran?

—Yo estoy muerto —gruñó Martin Silenus—. Ellos creen que estoy muerto. Un muerto no amenaza a nadie.

Suspiré y volví a mirar el mapa.

—Tiene que haber un transporte de tropas en órbita, pero supongo que usted no sabe qué clase de nave lo escoltó hasta aquí.

Asombrosamente, la nave se encargó de responder.

—El transporte es una gironave clase Akira de trescientas mil toneladas. Lo escoltaban dos naves-antorcha estándar clase Pax, el *San Antonio* y el *San Buenaventura*. También hay una nave C^3 en órbita alta.

—¿Qué cuernos es una nave C^3? —gruñó el holo del poeta.

Lo miré de soslayo. ¿Cómo podía alguien vivir mil años sin aprender algo tan básico?

Los poetas eran raros.

—Comando, Comunicaciones, Control —dije.

—¿Entonces el hijo de perra de Pax que está a cargo se encuentra allá arriba? —preguntó Silenus.

Me froté la mejilla y miré el mapa.

—No necesariamente. El comandante de la fuerza espacial estará allá, pero el jefe de operaciones puede estar en tierra. Pax entrena a sus comandantes para operaciones combinadas. Con tantos guardias suizos aquí, alguien importante está al mando en tierra.

—De acuerdo. ¿Cómo pasarás a través de ellos para sacar a mi pequeña amiga?

—Perdón —intervino la nave—, pero hay otra nave en órbita. Llegó hace tres semanas estándar, y envió una lanzadera al Valle de las Tumbas de Tiempo.

—¿Qué clase de nave? —pregunté.

Hubo un brevísimo titubeo.

—No sé —dijo la nave—. La configuración es rara. Pequeña, tamaño correo, pero el perfil de propulsión es... extraño.

—Tal vez sea un correo —le dije a Silenus—. El pobre diablo se ha pasado meses en fuga criogénica, pagando años de deuda temporal, para entregar un mensaje que la central de Pax se olvidó de dar al comandante antes de que se fuera.

La mano holográfica del poeta acarició de nuevo el mapa.

—Atengámonos al tema. ¿Cómo rescatas a Aenea de manos de estos hijos de perra?

Me alejé del piano.

—¿Cómo demonios he de saberlo? —exclamé—. Usted es el que ha tenido dos siglos y medio para planear esta estúpida fuga. —Moví la mano, señalando la nave—. Supongo que esta cosa es nuestro billete para ganarles a las naves-antorcha. —Hice una pausa—. Nave, ¿puedes vencer a una nave-antorcha de Pax en traslación C-plus? —Todos los impulsores Hawking brindaban la misma seudovelocidad por encima de la velocidad de la luz, de modo que nuestro escape y supervivencia, o captura y destrucción, dependían de la carrera hasta ese punto cuántico.

—Sí —respondió la nave de inmediato—. Faltan partes de mi memoria, pero sé que el cónsul me hizo modificar durante una visita a una colonia éxter.

—¿Una colonia éxter? —repetí estúpidamente. Sentí un hormigueo en la piel, a pesar de la lógica.

Había crecido temiendo otra invasión éxter. Los éxters eran el máximo coco.

—Sí —respondió la nave con una especie de orgullo—. Podremos elevarnos a velocidades C-plus casi veintitrés por ciento más rápido que una nave-antorcha de Pax.

—Ellos pueden destruirte a media UA —observé, poco convencido.

—Sí —convino la nave—. No es problema... siempre que tengamos quince minutos de ventaja.

Me volví hacia el holo cejijunto y el silencioso androide.

—Magnífico —dije—. Siempre que sea verdad. Pero eso no me ayuda a deducir cómo llevar a la niña a la nave o sacar la nave de Hyperion con esa ventaja de quince

minutos. Las naves-antorcha estarán en lo que llaman patrulla orbital de combate. Una o más estarán sobre Equus a cada segundo, cubriendo cada metro cúbico de espacio desde cien minutos-luz hasta la atmósfera superior. A treinta kilómetros se hará cargo la patrulla aérea de combate, quizá cazas clase Escorpión, capaces de penetrar en órbita baja si es necesario. Ni la patrulla espacial ni la atmosférica concederían a la nave quince segundos en pantalla, y mucho menos quince minutos. —Miré el rostro rejuvenecido del viejo—. A menos que haya algo que no me has dicho, nave. ¿Los éxters te suministraron alguna clase de tecnología mágica para escapar? ¿Un escudo de invisibilidad o algo parecido?

—Que yo sepa no —dijo la nave. Al cabo de un segundo añadió—: Eso no sería posible, ¿verdad?

Ignoré la pregunta.

—Mire —le dije a Martin Silenus—, me gustaría ayudarle a rescatar a esa niña...

—Aenea.

—Me gustaría rescatar a Aenea de manos de esos tíos, pero si ella es tan importante para Pax como usted dice... vaya, tres mil guardias suizos, Cristo santo... No hay manera de acercarse a quinientos kilómetros del Valle de las Tumbas de Tiempo, ni siquiera con esta elegante nave.

Vi la duda en los ojos de Silenus, a pesar de la distorsión holográfica, así que continué:

—Hablo en serio. Aunque no hubiera apoyo espacial y aéreo, ni naves-antorcha, cazas o radar aéreo, están los guardias suizos. Esos tíos son mortíferos. Están entrenados para operar en grupos de cinco, y cualquiera de esos grupos podría derribar una nave espacial como ésta.

El sátiro arqueó las cejas en un gesto de sorpresa o duda.

—Escuche —insistí—. ¿Nave?

—Sí, M. Endymion.

—¿Tienes escudos defensivos?

—No, M. Endymion. Tengo campos de contención mejorados por los éxters, pero son sólo para uso civil.

Yo ignoraba qué eran «campos de contención mejorados por los éxters», pero continué:

—¿Puedes detener haces de contrapresión o rayos energéticos?

—No —dijo la nave.

—¿Puedes eliminar torpedos C-plus o torpedos cinéticos convencionales?

—No.

—¿Puedes ganarles en velocidad?

—No.

—¿Puedes impedir la entrada de una partida de abordaje?

—No.

—¿Tienes alguna capacidad ofensiva o defensiva para vértelas con las naves de guerra de Pax?

—Salvo correr como alma que lleva el diablo, M. Endymion, la respuesta es no —dijo la nave.

Miré de nuevo a Martin Silenus.

—Estamos jodidos —murmuré—. Aunque pudiera llegar hasta la muchacha, me capturarían a mí igual que a ella.

Martin Silenus sonrió.

—Tal vez no —dijo. Le hizo una seña a A. Bettik, y el androide subió por la escalera de caracol hasta el nivel superior y regresó en menos de un minuto. Llevaba un cilindro enrollado.

—Si es el arma secreta —comenté—, espero que sea buena.

—Lo es —repuso el sonriente holograma del poeta. Hizo otra seña y A. Bettik desenrolló el cilindro.

Era una alfombra de menos de dos metros de longitud y poco más de un metro de ancho. La tela estaba carcomida y desleída, pero vi diseños y patrones intrincados. Había una compleja urdimbre de hebras de oro que aún eran tan brillantes como...

—Dios mío —exclamé, comprendiendo de golpe—. Una alfombra voladora.

El holo de Martin Silenus se aclaró la garganta como si fuera a escupir.

—No una alfombra voladora —gruñó—. La alfombra voladora.

Retrocedí un paso. Esto era material de leyenda, y yo estaba casi de pie sobre ella.

Habían existido sólo unos cientos de alfombras voladoras, y ésta era la primera, creada por el lepidopterista y legendario inventor de sistemas EM Vladimir Sholokov, de Vieja Tierra. Sholokov —que ya tenía más de setenta años estándar— se había enamorado perdidamente de su sobrina adolescente, Alotila, y había creado esa alfombra para ganar su amor. Al cabo de un interludio apasionado, la adolescente había despreciado al anciano. Sholokov se había matado en Nueva Tierra semanas después de perfeccionar el impulsor Hawking —así llamado en honor del científico pre-Hégira cuyo trabajo había permitido el descubrimiento del C-plus en el impulsor interestelar mejorado— y la alfombra había estado perdida durante siglos, hasta que Mike Osh la compró en el mercado de Carvnel y la llevó a Alianza-Maui, usándola con su compañero Merin Aspic en lo que se transformaría en otro idilio legendario, los amores de Merin y Siri. Esta segunda leyenda se había convertido en parte de los épicos *Cantos* de Martin Silenus, en cuya versión Siri había sido la abuela del cónsul. En los *Cantos* el cónsul de la Hegemonía usaba la alfombra voladora para cruzar Hyperion en un épico vuelo hacia la ciudad de Keats desde el Valle de las Tumbas de Tiempo, para liberar esta nave y conducirla de vuelta a las tumbas.

Me arrodillé y toqué el artefacto con reverencia.

—Maldición —rezongó Silenus—, es sólo una puñetera alfombra. Y bastante fea, para colmo. Yo no la tendría en casa. No hace juego con nada.

Alcé la vista.

—Sí —aclaró A. Bettik—, es la misma alfombra.

—¿Todavía vuela? —pregunté.

A. Bettik se arrodilló junto a mí y extendió su mano de dedos azules, tocando el complejo y rizado diseño. La estera se puso tiesa como una tabla y se elevó a diez centímetros del suelo.

Sacudí la cabeza.

—Nunca lo entendí. Los sistemas electromagnéticos no funcionan en Hyperion a causa del extraño campo magnético.

—No funcionan los sistemas EM grandes —gruñó Martin Silenus—. Los vehículos EM. Las barcas de levitación. Los aparatos grandes. La alfombra sí. Y está mejorada.

Enarqué las cejas.

—¿Mejorada?

—De nuevo los éxters —dijo la nave—. No lo recuerdo bien, pero metieron mano en muchas cosas cuando los visitamos hace dos siglos y medio.

—Evidentemente —comenté. Me puse de pie y apoyé el pie en la legendaria estera. Rebotó como si estuviera apoyada sobre resortes pero siguió flotando—. De acuerdo, tenemos la estera de Merin y Siri, la cual, si mal no recuerdo, podía volar a veinte kilómetros por hora...

—Su velocidad máxima era veintiséis kilómetros por hora —dijo A. Bettik.

Asentí y volví a apoyar el pie en la alfombra.

—Veintiséis kilómetros por hora con buen viento de cola —concedí—. ¿Y a qué distancia está el Valle de las Tumbas de Tiempo?

—Mil seiscientos ochenta y nueve kilómetros —dijo la nave.

—¿Y cuánto tiempo falta para que Aenea salga de la Esfinge?

—Veinte horas —dijo Martin Silenus.

Debía de haberse cansado de su imagen más joven, porque la proyección holográfica ahora presentaba al viejo tal como yo lo había visto la noche anterior, silla flotante incluida.

Miré mi cronómetro de pulsera.

—Vaya, estoy retrasado. Debí echar a volar hace un par de días. —Regresé al piano de cola—. Y si hubiera salido... ¿qué? ¿Esta es nuestra arma secreta? ¿Tiene un súper campo defensivo para protegernos a la niña y a mí de los rayos y balas de los guardias suizos?

—No —dijo A. Bettik—. No tiene ninguna capacidad defensiva, salvo un campo de contención para desviar el viento y mantener a sus ocupantes en su sitio.

Me encogí de hombros.

—¿Y qué tal si llevo la alfombra al Valle y ofrezco a Pax un intercambio, una vieja alfombra voladora por la niña?

A. Bettik permaneció de rodillas junto a la alfombra. Sus dedos azules seguían acariciando la tela desteñida.

—Los éxters la modificaron para conservar su carga más tiempo... hasta mil horas.

Asentí. Impresionante tecnología de superconductores, pero totalmente irrelevante.

—Y ahora vuela a velocidades que superan los trescientos kilómetros por hora —continuó el androide.

Me mordí el labio. Conque sí podía llegar al día siguiente. Siempre que quisiera estar sentado en una alfombra durante cinco horas y media. ¿Y luego qué?

—Creí que queríamos meterla en esta nave —dije—. Sacarla del sistema de Hyperion y todo eso.

—Sí —admitió Martin Silenus, la voz repentinamente tan cansada como su envejecida imagen—, pero primero debes traerla a la nave.

Me alejé del piano, deteniéndome ante la escalera de caracol para volverme hacia el androide, el holo y la alfombra flotante.

—No queréis entenderlo, ¿verdad? —protesté—. ¡Estamos hablando de guardias suizos! Si creéis que ese maldito felpudo me permitirá burlar su radar, sus detectores de movimiento y otros sensores, estáis locos. Sería un blanco perfecto aleteando a trescientos kilómetros por hora. Creedme, los guardias suizos, por no mencionar los jets de la patrulla aérea de combate ni las naves-antorcha, pulverizarían esta cosa en un nanosegundo.

Hice una pausa y entorné los ojos.

—A menos que haya otra cosa que yo no sepa.

—Claro que la hay —dijo Martin Silenus, con su cansada sonrisa de sátiro—. Claro que la hay.

—Llevemos la alfombra a la ventana —dijo A. Bettik—. Tienes que aprender a usarla.

—¿Ahora? —exclamé con repentino temor. El corazón me palpitaba con fuerza.

—Ahora —dijo Martin Silenus—. Tienes que ser experto cuando partas mañana a las tres.

—¿De veras? —repliqué, mirando la legendaria estera con una creciente sensación de que esto iba en serio y al día siguiente podía estar muerto.

—De veras —dijo Martin Silenus.

A. Bettik desactivó la estera y la enrolló. Lo seguí por la escalera de metal y el corredor hasta la escalera de la torre. El sol brillaba por la ventana abierta de la torre.

«Dios mío», pensé mientras el androide tendía la estera sobre el reborde de piedra y volvía a activarla. Todavía quedaba una buena distancia hasta el suelo de piedra. «Dios mío», pensé de nuevo, sintiendo la pulsación en los oídos. No había indicios del holo del poeta.

A. Bettik me indicó que subiera a la alfombra.

—Iré contigo en el primer vuelo —murmuró el androide. Una brisa susurraba entre las hojas del árbol chalma cercano.

«Dios mío», pensé por última vez. Trepé al alféizar y luego a la estera.

11

Precisamente dos horas antes de que la niña salga de la Esfinge, una alarma suena en el deslizador del padre capitán De Soya.

—Contacto aéreo, uno-siete-dos, rumbo norte, velocidad dos-siete-cuatro kilómetros, altitud cuatro metros —dice la voz del controlador de defensa desde la nave C^3, a seiscientos kilómetros de distancia—. Distancia hasta el intruso, quinientos setenta kilómetros.

—¿Cuatro metros? —pregunta De Soya, mirando a la comandante Barnes-Avne, que está sentada ante la consola en el centro del deslizador.

—Trata de burlar nuestra detección —explica la comandante. Es una mujer menuda de tez pálida y cabello rojo, pero el casco de combate le tapa la tez y el cabello. Hace tres semanas que De Soya conoce a la comandante, y nunca la ha visto sonreír—. Visor táctico —dice Barnes-Avne. Su visor está colocado. De Soya lo baja.

La señal está cerca de la punta meridional de Equus, desplazándose al norte desde la costa.

—¿Por qué no lo vimos antes? —pregunta De Soya.

—Tal vez acaban de lanzarlo —dice Barnes-Avne. Está examinando datos de combate en su visor táctico. Después de la primera y difícil hora en que De Soya tuvo que presentar el disco papal para convencerla de entregar las brigadas más prestigiosas de Pax al mero capitán de una nave, Barnes-Avne ha demostrado total cooperación. Por cierto, De Soya ha dejado los detalles operativos en sus manos. Muchos jefes de brigada de la Guardia Suiza creen que De Soya es un mero enlace papal. A De Soya no le importa. Sólo le preocupa la niña, y mientras la fuerza terrestre cuente con un buen mando, los detalles importan poco.

—No hay contacto visual —dice la comandante—. Allá abajo hay una tormenta de polvo. Estará aquí antes de la hora E.

Hace meses que las tropas hablan de la «hora E» para referirse a la apertura de la Esfinge. Sólo unos pocos oficiales saben que una niña es el foco de todo este poder de fuego. Los guardias suizos no se quejan, pero pocos agradecerían un puesto tan provinciano, tan alejado de la acción, en un entorno tan arenoso e incómodo.

—El contacto sigue rumbo al norte, uno-siete-dos, ahora con velocidad dos-cinco-nueve kilómetros, altitud tres metros —dice el controlador C^3—. Distancia, quinientos setenta kilómetros.

—Hora de derribarlo —dice la comandante Barnes-Avne por el canal de mando, que sólo pueden usar ella y De Soya—. ¿Recomendaciones?

De Soya alza la vista. El deslizador se ladea hacia el sur. Fuera de sus burbujas, que parecen ojos de mantis, el horizonte se inclina y las extrañas Tumbas de Tiempo

de Hyperion pasan mil metros debajo de ellos. Hacia el sur el cielo es una franja opaca, marrón y amarilla.

—¿Destruirla desde órbita? —dice.

Barnes-Avne asiente pero dice:

—Usted conoce el trabajo de las naves-antorcha. Sigámosla con una escuadra. —Toca con su guante puntos rojos en la punta sur del perímetro defensivo y pasa al canal táctico—. Sargento Gregorius.

—¿Comandante? —La voz del sargento es profunda y áspera.

—¿Está monitoreando al intruso?

—Afirmativo, comandante.

—Intercéptelo, identifíquelo y destrúyalo, sargento.

—Enterado, comandante.

Las cámaras C^3 enfocan el desierto del sur. Cinco formas humanas se elevan repentinamente de las dunas, y sus polímeros camaleónicos pierden color mientras se elevan sobre la nube de polvo. En un mundo normal volarían con repulsores EM; en Hyperion usan abultados paks de reacción.

Los cinco se despliegan, separándose varios cientos de metros, y se lanzan hacia el sur.

—Infrarrojo —ordena Barnes-Avne, y la imagen visual vira al infrarrojo para seguirlos por la espesa nube—. Iluminar blanco —ordena Barnes-Avne.

La imagen se desplaza al sur, pero el blanco es sólo una vaharada de calor.

—Pequeño —dice la comandante.

—¿Un avión? —El padre capitán De Soya está acostumbrado a las pantallas tácticas del espacio.

—Demasiado pequeño, a menos que sea una especie de aladelta motorizada —dice Barnes-Avne, sin la menor tensión en la voz.

De Soya mira hacia abajo mientras el deslizador sobrevuela la punta sur del Valle de las Tumbas de Tiempo y acelera.

La tormenta de polvo es una franja parda sobre el horizonte.

—Distancia de intercepción, ciento ochenta kilómetros —informa el lacónico sargento Gregorius.

El visor de De Soya está empalmado con el de la comandante, y ambos ven lo que ve el sargento: nada. Los soldados vuelan guiándose por instrumentos en medio de una arena tan espesa que el aire que los rodea es oscuro como la noche.

—Los paks de reacción se están recalentando —informa otra voz tranquila. De Soya verifica. Es el cabo Kee—. La arena está taponando las tomas de aire.

De Soya mira a la comandante Barnes-Avne. Sabe que ella tiene en sus manos una decisión difícil. Otro minuto en esa nube de polvo podría causar la muerte de uno o más soldados; pero si no identifican al intruso pueden tener problemas después.

—Sargento Gregorius —dice ella con voz pétrea—. Elimine al intruso, ya.

Hay una brevísima pausa en la línea.

—Comandante, podemos aguantar aquí un poco más... —dice el sargento. De Soya oye el aullido de la tormenta de polvo por encima de la voz.

—Derríbelo ya, sargento.

—Enterado.

De Soya pasa a la imagen táctica de gran alcance y alza la vista. La comandante lo está mirando.

—¿Podría ser un engaño? —pregunta ella—. ¿Una distracción para lograr que el verdadero intruso se infiltre por otra parte?

—Podría ser —responde De Soya. En la pantalla ve que la comandante ha elevado el alerta a nivel cinco en todo el perímetro. Un alerta nivel seis es combate.

—Veamos —dice ella, mientras las tropas de Gregorius disparan.

La tormenta de polvo es un rodante caldero de arena y electricidad. A ciento setenta y cinco kilómetros, las armas energéticas no son de fiar. Gregorius lanza un proyectil lluvia de acero. El proyectil acelera hasta llegar a Mach 6. El intruso no se desvía del camino.

—Creo que no tiene sensores —dice Barnes-Avne—. Está volando a ciegas. Programado.

El proyectil sobrevuela el blanco calórico y detona a treinta metros. La explosión impulsa veinte mil dardos hacia abajo, en la trayectoria del intruso.

—Contacto —dice el controlador C^3.

—Le he dado —informa el sargento Gregorius.

—Hallar e identificar —ordena la comandante. El deslizador regresa hacia el Valle.

De Soya mira por el visor. La comandante ha ordenado disparar a distancia pero no ha retirado sus tropas de la tormenta.

—Afirmativo —dice el sargento. La tormenta es tan huracanada que hay estática en el haz angosto.

El deslizador sobrevuela el Valle y De Soya identifica las tumbas por milésima vez: en orden inverso al habitual para los peregrinos —aunque hace tres siglos que no hay peregrinos— aparecen primero el Palacio del Alcaudón, más al sur que los demás, y sus almenas puntiagudas evocan a la criatura que no se ha visto por aquí desde los días de los peregrinos; las más sutiles Tumbas Cavernosas, tres en total, sus entradas talladas en la piedra rosada de la pared del cañón; el enorme y central Monolito de Cristal; el Obelisco; la Tumba de Jade; y al fin la intrincada Esfinge, con su puerta cerrada y sus alas extendidas.

De Soya mira su cronómetro.

—Una hora y cincuenta y seis minutos —dice la comandante Barnes-Avne.

El padre capitán De Soya se muerde el labio. Hace meses que el cordón de guardas suizos aguarda alrededor de la Esfinge. A cierta distancia, más tropas forman un perímetro más ancho. Cada tumba tiene su destacamento de soldados expectantes, por si la profecía estuviera errada. Más allá del Valle, más tropas. En lo alto vigilan las naves-antorcha y la nave de mando. En la entrada del Valle aguarda la lanzadera personal de De Soya, los motores a punto, preparados para un despegue inmediato en cuanto la niña sedada esté a bordo. Dos mil kilómetros más arriba, aguarda la nave clase Arcángel *Rafael* con su diván de aceleración para niños.

Primero, la niña que tal vez se llame Aenea debe recibir el sacramento del cruciforme. Esto sucederá en la capilla de la nave-antorcha *San Buenaventura*, en órbita, poco antes de trasladar a la niña dormida a la nave correo. Tres días después ella resucitará en Pacem y será entregada a las autoridades de Pax.

El padre capitán De Soya se relame los labios secos. Teme que una niña inocente resulte lastimada, o que algo salga mal durante la detención. No logra concebir que una niña —aunque sea una niña del pasado, una niña que se ha comunicado con el TecnoNúcleo— pueda constituir una amenaza para la poderosa Pax o la Santa Iglesia.

El padre capitán De Soya refrena sus pensamientos; no le corresponde especular. Le corresponde cumplir órdenes y servir a sus superiores y, por mediación de ellos, servir a la Iglesia y a Jesucristo.

—Aquí está el intruso —jadea el sargento Gregorius. La imagen es brumosa, la tormenta de polvo es todavía muy violenta, pero los cinco soldados han llegado al lugar del impacto.

De Soya aumenta la resolución del visor y ve la madera y el papel despedazados, el metal acribillado y retorcido que podría haber sido un simple fueraborda de batería solar.

—Señuelo —dice el cabo Kee.

De Soya alza el visor y le sonríe a la comandante Barnes-Avne.

—Otra simulación. Van cinco.

La comandante no responde a la sonrisa.

—El próximo puede ser auténtico —dice. Y por su micrófono táctico ordena—: Continúa nivel cinco. A las E menos sesenta, pasamos a nivel seis.

Llegan confirmaciones por todas las bandas.

—Aún no entiendo quién desea interferir —comenta el padre capitán De Soya—. Ni cómo podrían lograrlo.

La comandante Barnes-Avne se encoge de hombros.

—Los éxters podrían estar aún saliendo del C-plus mientras hablamos.

—Entonces será mejor que traigan un enjambre entero —dice el padre capitán—. De ser menos, los enfrentaremos fácilmente.

—En esta vida nada es fácil —responde la comandante Barnes-Avne.

El deslizador desciende. La cámara de presión se activa y la rampa baja. El piloto se vuelve en el asiento, se sube el visor y dice:

—Comandante, capitán, me habían ordenado descender en la Esfinge a las E menos una hora y quince minutos. Llegamos un minuto antes.

De Soya se desconecta de la consola.

—Voy a estirar las piernas antes de que llegue la tormenta —le dice a la comandante—. ¿Quiere acompañarme?

—No. —Barnes-Avne baja el visor y susurra órdenes.

Fuera del deslizador, el aire está cargado de electricidad. El cielo aún tiene ese color lapislázuli de Hyperion, pero el borde sur del cañón resplandece con la proximidad de la tormenta.

De Soya mira su cronómetro. Una hora y quince minutos. Respira profundamente, jura no volver a mirar el reloj en por lo menos diez minutos y camina hacia la imponente sombra de la Esfinge.

12

Después de horas de charla, me mandaron a dormir hasta las tres de la mañana. No dormí, por supuesto. Siempre me costaba dormir la noche anterior a un viaje, y esa noche no dormí nada.

La ciudad cuyo nombre yo llevaba estaba silenciosa después de medianoche; la brisa otoñal amainó y las estrellas eran muy brillantes.

Durante un par de horas permanecí en bata pero a la una me levanté, me puse las resistentes ropas que me habían dado la noche anterior y revisé el contenido de mi mochila por quinta o sexta vez.

No había demasiado, por tratarse de semejante aventura: una muda de ropa, calcetines, una linterna láser, dos botellas de agua, un cuchillo —yo había especificado el tipo— con su funda, una gruesa chaqueta de lona con forro térmico, una manta ultraliviana, una brújula de guía inercial, un viejo suéter, gafas de visión nocturna y un par de guantes de cuero.

—¿Qué más puedes necesitar para explorar el universo? —murmuré.

También había especificado la ropa que usaría ese día: una cómoda camisa de lona y un chaleco con muchos bolsillos, gruesos pantalones de tralla como los que usaba cuando cazaba patos en los marjales, botas altas y blandas —las que llamaba «botas de bucanero», por la descripción de las historias de Grandam— y un tricornio blando que guardaría en un bolsillo del chaleco cuando no lo necesitara.

Me sujeté el cuchillo al cinturón, guardé la brújula en el bolsillo del chaleco y me quedé ante la ventana mirando las estrellas que titilaban sobre las montañas, hasta que A. Bettik vino a despertarme a las dos cuarenta y cinco.

El viejo poeta estaba despierto en su silla flotante, en el extremo de la mesa del nivel más alto de la torre. Habían quitado el techo de lona y las estrellas brillaban fríamente en lo alto. Había braseros encendidos, y antorchas en la pared de piedra. Habían servido el desayuno —carnes fritas, frutas, pastelillos, pan fresco— pero yo sólo tomé una taza de café.

—Será mejor que te alimentes —rezongó el viejo—. No sabes cuándo llegará tu próxima comida.

Lo miré de hito en hito. El vapor del café me entibiaba la cara. El aire estaba frío.

—Si las cosas salen según lo planeado, estaré en la nave espacial en menos de seis horas. Comeré entonces.

Martin Silenus resopló.

—Pero ¿cuándo salen las cosas según lo planeado, Raul Endymion?

Bebí café.

—Hablando de planes, usted iba a hablarme de ese milagro que distraerá a los guardias suizos mientras yo rescato a su joven amiga.

El viejo poeta me escrutó un instante.

—Confía en mí, ¿quieres?

Suspiré. Me temía que dijera eso.

—Eso supone mucha confianza, anciano.

Él asintió pero guardó silencio.

—De acuerdo —dije al fin—. Veremos qué ocurre. —Me volví hacia A. Bettik, que estaba de pie cerca de la escalera—. No te olvides de estar allí con la nave cuando te necesitemos.

—No lo olvidaré —dijo el androide.

Caminé hacia la alfombra voladora. A. Bettik había puesto mi mochila encima.

—¿Alguna instrucción final? —pregunté, sin saber a quién le hablaba.

El viejo se aproximó en su silla flotante. Se le veía antiguo a la luz de las antorchas, más ceniciento y momificado que nunca. Sus dedos eran como huesos amarillentos. —Sólo esto —jadeó—. Escucha...

En el ancho mar vive un desdichado
condenado a prolongar con débil cuerpo
una odiada existencia de diez siglos
y a morir solo. ¿Quién puede forjar
una oposición total? Nadie.
La marea cambiará un millón de veces
y él sufrirá. Mas no habrá de morir
si esto consigue: escudriñar
las honduras de la magia, el sentido
de cada forma, movimiento y sonido,
explorar todas las formas y sustancias
hasta llegar a sus simbólicas esencias.
No habrá de morir. Más aún,
él debe continuar esta agridulce empresa
con piedad: los amantes por tormentas separados
y perdidos en salvaje turbulencia
él depositará lado a lado, hasta
que el tiempo inexorable llene el lúgubre espacio;
con lo cual hecho, esta labor cumplida,
una joven, por poder celestial amada y guiada,
se erguirá ante él, y él le dirá
cómo consumarlo todo. La joven elegida

debe obrar, o ambos serán destruidos.

—¿Qué? —dije—. Yo no...

—Al cuerno —jadeó el poeta—. Sólo rescata a Aenea, llévala donde los éxters y tráela con vida. No es tan complicado. Hasta un pastor puede hacerlo.

—También he sido aprendiz de artesano, mesero y cazador de patos —dije, dejando mi taza de café.

—Son casi las tres. Es hora de que te marches.

Suspiré.

—Sólo un minuto —dije. Bajé la escalera, fui al lavabo, hice mis necesidades y me apoyé un instante en la fría pared de piedra. «¿Estás loco, Raul Endymion?» El pensamiento era mío, pero lo oí en la suave voz de Grandam. «Sí», respondí.

Subí la escalera, sorprendido del temblor de mis piernas y la palpitación de mi corazón.

—Listo —dije—. Mi madre siempre me decía que me encargara de esas cosas antes de salir de casa.

El poeta milenario gruñó y se aproximó con su silla a la alfombra voladora.

Me senté en la estera, activé las hebras de vuelo y me elevé un metro y medio.

—Recuerda, una vez que estés en la Grieta y encuentres la entrada, está programada —dijo Silenus.

—Ya sé. Usted me ha dicho...

—Cállate y escucha. —Dedos antiguos y apergaminados señalaron las hebras—. Recuerdas cómo pilotarla. Una vez dentro, marca la secuencia allí, allí y allí, y el programa se hará cargo. Puedes interrumpir la secuencia para vuelo manual, tocando este diseño de interrupción. —Los dedos revolotearon sobre las antiguas hebras—. Pero allá no intentes pilotarla solo. Nunca encontrarías la salida.

Asentí y me relamí los labios secos.

—No me ha dicho quién la programó. ¿Quién realizó este vuelo antes?

El sátiro mostró sus dientes renovados.

—Yo, muchacho. Me llevó meses, pero lo hice. Hace casi dos siglos.

—¡Dos siglos! —Estuve por bajarme de la alfombra—. ¿Y si hubo derrumbes? ¿Desplazamientos sísmicos? ¿Y si algo se interpuso en el camino?

Martin Silenus se encogió de hombros.

—Estarás viajando a más de doscientos kilómetros por hora, muchacho. Supongo que morirás. —Me palmeó la espalda—. Ponte en marcha. Envíale mi amor a Aenea. Dile que el tío Martin espera ver Vieja Tierra antes de morir. Dile que el vejete ansía oírle exponer el sentido de cada forma, movimiento y sonido.

Elevé la alfombra otro medio metro.

A. Bettik se aproximó extendiendo una mano azul.

—Buena suerte, M. Endymion.

Asentí, no supe qué decir y me elevé en espiral desde la torre.

Para volar directamente desde la ciudad de Endymion, en medio del continente de Aquila, hasta el Valle de las Tumbas de Tiempo, en el continente de Equus, debía dirigirme hacia el norte. Me dirigí hacia el este.

Mi vuelo de prueba del día anterior —para mi fatigada mente era el mismo día— había demostrado que era fácil manejar la alfombra, pero a velocidades de pocos kilómetros por hora. Cuando estuve a cien metros de la torre, fijé la dirección —apretando la linterna entre los dientes para alumbrar la brújula inercial, alineando la estera con esa línea invisible, cotejando con el mapa topográfico que el viejo poeta me había dado— y apoyé la palma en el diseño de aceleración. La estera continuó acelerando hasta que el suave campo de contención se activó para protegerme del viento. Eché un último vistazo a la torre —tal vez el viejo poeta estuviera mirando desde una ventana— pero la ruinosa ciudad universitaria ya se había perdido en la oscuridad de la montaña.

No tenía velocímetro, así que di por sentado que la estera volaba a velocidad máxima mientras se dirigía a los altos picos del este. La luz de las estrellas se reflejaba en campos de nieve que estaban a mayor altura que yo, así que decidí ser cauto, guardé la linterna, me calcé las gafas de visión nocturna y seguí verificando mi posición con el mapa topográfico. Cuando la tierra se elevaba, también yo me elevaba, manteniendo la estera a cien metros de los pedrejones, cascadas, derrumbes y hielos. Todo era verde en la luz amplificada de las gafas de visión nocturna. La estera volaba en perfecto silencio —el campo de contención acallaba incluso el ruido del viento— y varias veces vi animales grandes que brincaban para ocultarse, sorprendidos por la repentina aparición de esta ave sin alas. Crucé la divisoria continental media hora después de salir de la torre, manteniendo la estera en el centro de ese paso de cinco mil metros. Hacía frío, y aunque el campo de contención retenía parte del calor de mi cuerpo en esa burbuja de aire quieto, hacía rato que me había puesto la chaqueta térmica y los guantes.

Más allá de las montañas, descendiendo rápidamente para permanecer cerca del escabroso terreno, vi que la tundra cedía el paso a los marjales, y los marjales a hileras de siempreazules enanas; esos árboles de alta montaña desaparecieron cuando el fulgor de los bosques flamígeros de tesla despuntó en el este como una alborada falsa.

Guardé las gafas de visión nocturna. El espectáculo era bello y estremecedor: crujidos y chasquidos eléctricos en todo el horizonte, relámpagos entre árboles tesla de cien metros de altura, fogonazos entre los tesla y los prometeos explosivos, arbustos fénix y llamaradas ardiendo en mil lugares. Martin Silenus y A. Bettik me

habían advertido sobre esto, y elevé la estera, aceptando que el riesgo de detección a esta altitud era preferible a quedar atrapado en ese torbellino eléctrico.

Una hora después el sol se insinuó en el este, más allá de los bosques flamígeros. Cuando empezó a clarear, dejé los bosques atrás y tuve la Grieta a la vista.

Sabía que había ascendido durante los últimos cuarenta minutos, mientras verificaba mi itinerario en el arrugado mapa, pero sentí la altitud cuando la profundidad de la enorme hendidura de esta parte de Aquila se hizo visible. A su modo, la Grieta era tan temible como los bosques flamígeros: angosta y vertical, un abrupto precipicio de tres mil metros. Crucé el borde sur de la gran divisoria continental y descendí hacia el río. La Grieta continuaba al este, y el río corría a la misma velocidad que la estera. Poco después el cielo de la mañana se oscureció y reaparecieron las estrellas; era como haber caído en un profundo pozo. Al pie de esos aterradores peñascos, el caudaloso río estaba erizado de témpanos y brincaba sobre rocas del tamaño de la nave espacial que yo acababa de dejar. Me mantuve a cinco metros de la espuma y reduje aún más la velocidad. Debía de estar cerca.

Verifiqué mi cronómetro y el mapa. Debía de estar hacia delante, en los próximos dos kilómetros. ¡Allá!

Era más grande de lo que me habían dicho —por lo menos treinta metros de lado — y perfectamente cuadrada. La entrada del laberinto planetario había sido tallada con forma de entrada de un templo, o puerta gigante. Reduje nuevamente la velocidad y me incliné a la izquierda, deteniéndome en la entrada. Según mi cronómetro, había tardado menos de noventa minutos en llegar a la Grieta. El Valle de las Tumbas de Tiempo estaba mil kilómetros al norte. Cuatro horas de vuelo a velocidad de crucero elevada. Miré de nuevo el cronómetro: cuatro horas y veinte minutos para que la niña saliera de la Esfinge.

Entré en la caverna con la estera. Tratando de recordar los detalles de la narración del sacerdote, en los *Cantos* del viejo, sólo pude recordar que aquí —cerca de la entrada del laberinto— el padre Duré y los bikura habían encontrado al Alcaudón y los cruciformes.

No había Alcaudón. No me sorprendió. No habían avistado a la criatura desde la Caída de la Red de Mundos, doscientos setenta y cuatro años atrás. No había cruciformes. Tampoco me sorprendió. Pax los había arrancado tiempo atrás de las paredes de estas cavernas.

Yo sabía lo que todos sabían sobre el Laberinto. En la vieja Hegemonía existían nueve mundos laberínticos conocidos. Todos estos mundos eran parecidos a la Tierra —7,9 en la antigua escala Solmev—, salvo que estaban tectónicamente muertos, y en ese sentido se parecían más a Marte que a la Tierra. Los túneles laberínticos que recorrían esos nueve mundos —incluido Hyperion— no cumplían ninguna función manifiesta. Los habían cavado decenas de miles de años antes que la humanidad

abandonara Vieja Tierra, aunque nunca se habían hallado rastros de sus creadores. Los laberintos alimentaban gran cantidad de mitos —los *Cantos* incluidos— pero su misterio permanecía. No había mapas del Laberinto de Hyperion, excepto aquella parte que yo estaba recorriendo a doscientos setenta kilómetros por hora. Un poeta loco había trazado el mapa. Ojalá el mapa fuera exacto.

Volví a calzarme las gafas de visión nocturna cuando la luz del sol se desvaneció a mis espaldas. Sentí un hormigueo en la nuca cuando penetré en la oscuridad. Pronto las gafas serían inútiles, pues no podrían aumentar ninguna luz. Sacando cinta adhesiva de la mochila, sujeté la linterna láser al frente de la alfombra voladora y sintonicé el haz en su mayor dispersión. La luz sería tenue, pero las gafas la amplificarían. Ya podía ver ramificaciones delante. La caverna seguía siendo un prisma vasto, hueco y rectangular de treinta metros de lado, con ínfimos indicios de rajaduras o derrumbes, y delante los túneles se ramificaban a la derecha, a la izquierda, hacia abajo.

Contuve la respiración y tecleé la secuencia programada. La alfombra voladora brincó, alcanzando una velocidad prefijada, y el súbito salto me empujó hacia atrás a pesar del efecto compensatorio del campo de contención.

El campo no me protegería si la alfombra se estrellaba a esta velocidad. Las rocas pasaban velozmente. La alfombra se ladeó abruptamente para girar a la derecha, se niveló en el centro de la larga caverna y se zambulló para seguir una rama descendente.

Era aterrador. Me quité las gafas, me las guardé en el bolsillo, aferré el borde de la saltarina alfombra y cerré los ojos. No era necesario. La oscuridad ya era absoluta.

13

Faltando quince minutos para la apertura de la Esfinge, el padre capitán De Soya camina por el Valle. La tormenta ha llegado hace rato, y la arena arremolinada llena el aire. Cientos de guardias suizos están desplegados en el Valle, pero sus transportes blindados, sus armas emplazadas, sus baterías de misiles y sus puestos de observación son invisibles en la polvareda. Pero De Soya sabe que serían invisibles de todos modos, escondidos detrás de campos de camuflaje y polímeros camaleónicos. El padre capitán tiene que usar el infrarrojo para ver algo en esta tormenta aullante. Y aun así, con el visor cerrado, finas partículas de polvo se introducen por el cuello del traje de combate y le suben a la boca. Este día sabe a ripio. El sudor le deja hilillos de lodo rojo en la frente y las mejillas, como sangre de estigmas sagrados.

—Atención —dice por los canales generales—. Habla el padre capitán De Soya, al mando de esta misión por imperativo papal. La comandante Barnes-Avne repetirá estas órdenes dentro de un instante, pero ahora quiero especificar que no se realizará ninguna acción, no se efectuará ningún disparo y no se iniciará ningún acto defensivo que ponga en peligro la vida de la niña que saldrá de una de estas tumbas dentro de... trece minutos y medio. Quiero que esto quede claro para cada oficial y soldado de Pax, cada capitán y marino de la flota, cada piloto y oficial aéreo... Debemos capturar a esta niña ilesa. Quien no escuche esta advertencia será sometido a corte marcial y ejecución sumaria. Que todos sirvamos a Nuestro Señor y nuestra Iglesia en este día... En nombre de Jesús, María y José, pido que nuestros esfuerzos fructifiquen. Padre capitán De Soya, comandante activo de la expedición de Hyperion, fuera.

Sigue caminando mientras los canales tácticos recitan Amén a coro. De repente se detiene.

—¿Comandante?

—Sí, padre capitán —responde serenamente Barnes-Avne.

—¿Sería un problema para su perímetro si pido a la escuadra del sargento Gregorius que se reúna conmigo en la Esfinge?

Hay una pausa brevísima que le indica que la comandante no aprecia esos cambios de planes de último momento. El «comité de recepción» —un grupo de guardias suizos selectos, la médica con el sedante y un asistente con un cruciforme viviente en un contenedor de estasis— ya está esperando al pie de la escalinata de la Esfinge.

—Gregorius y sus hombres estarán allí dentro de tres minutos —dice la comandante.

De Soya oye las órdenes y confirmaciones por los canales tácticos. Una vez más ha pedido a estos cinco hombres que vuelen en condiciones peligrosas.

El escuadrón desciende al cabo de dos minutos y cuarenta y cinco segundos. De Soya los ve en infrarrojo; sus paks de reacción irradian un fulgor blanco.

—Dejen los paks de vuelo —ordena—. Permanezcan cerca de mí ocurra lo que ocurra. Cúbranme las espaldas.

—Sí, señor —responde el sargento Gregorius en medio del aullido del viento. El corpulento suboficial se aproxima a De Soya. Obviamente el sargento quiere una confirmación visual de la espalda que está vigilando.

—E menos diez minutos —dice la comandante Barnes-Avne—. Los sensores indican actividad inusitada en los campos antientrópicos que rodean las tumbas.

—La siento —dice De Soya. Y así es. El desplazamiento de los campos de tiempo del valle crea una sensación de vértigo similar a la náusea. Esto y la furiosa tormenta hacen que el sacerdote capitán se sienta lejos del suelo, mareado, casi ebrio. Apoyando los pies con cuidado, De Soya regresa a la Esfinge, seguido por Gregorius y sus tropas en una estrecha V.

El «comité de recepción» aguarda en la escalinata. De Soya se acerca, emite su identificación infrarroja y radial, habla brevemente con la médica que lleva la ampolla con el sedante. Advierte a la mujer que no dañe a la niña y espera. Ahora hay trece siluetas en la escalinata, contando al equipo de Gregorius. De Soya advierte que los soldados no se ven muy hospitalarios con sus gruesas armas.

—Retrocedan unos pasos —ordena a los dos sargentos—. Mantengan los escuadrones listos, pero ocultos en la tormenta.

—Enterado.

Los diez soldados retroceden varios pasos y son totalmente invisibles en la arena arremolinada. De Soya sabe que ninguna criatura viva puede atravesar el perímetro que han establecido.

De Soya se dirige a la médica y al asistente que lleva el cruciforme.

—Acerquémonos a la puerta.

Ambos asienten y los tres suben lentamente la escalera. Los campos antientrópicos son cada vez más intensos. De Soya recuerda una ocasión, en su infancia, en que se metió hasta el pecho en un oleaje peligroso, y la marea y la corriente lo arrastraban hacia un mar hostil. Esto es parecido.

—E menos siete minutos —dice Barnes-Avne por el canal común. Luego habla con De Soya en banda privada—. Padre capitán, ¿quiere que el deslizador vaya a buscarle? Hay mejor vista desde aquí.

—No, gracias. Me quedaré con el equipo de contacto.

Ve que el deslizador se eleva y se detiene a diez mil metros, por encima de la parte más feroz de la tormenta. Como todo buen comandante, Barnes-Avne quiere controlar la acción sin enredarse en ella.

De Soya se comunica con el piloto de su lanzadera por su canal privado.

—¿Hiroshe?

—Sí, señor.

—Preparado para despegar dentro de diez minutos o menos.

—Preparado, señor.

—¿La tormenta no será un problema?

Como todo capitán de combate del espacio profundo, De Soya desconfía muchísimo de la atmósfera.

—Ningún problema, señor.

—Bien.

—E menos cinco minutos —informa Barnes-Avne—. Los detectores orbitales no muestran actividad espacial en treinta UAs. La vigilancia aérea en el hemisferio norte no muestra tráfico aéreo. La detección de tierra no muestra movimientos desautorizados entre la Cordillera de la Brida y la costa.

—Pantallas de patrulla orbital despejadas —dice la voz del controlador C^3.

—Pantallas de patrulla aérea despejadas —dice el jefe de los pilotos de Escorpiones—. Aquí tenemos un hermoso día.

—Silencio de radio y banda privada desde este punto hasta anulación de nivel seis —dice Barnes-Avne—. E menos cuatro minutos y los sensores muestran actividad antientrópica máxima en todo el valle. Equipo de contacto, informe.

—Estoy en la puerta —dice la doctora Chatkra.

—Preparado —dice el asistente, un soldado muy joven llamado Caf. Al joven le tiembla la voz.

De Soya advierte que no sabe si Caf es hombre o mujer.

—Todo preparado —informa De Soya. Mira por encima del hombro. Incluso el fondo de la escalera de piedra es invisible en la arena aullante. Crujen descargas eléctricas. De Soya pasa a infrarrojo y ve a los diez guardias suizos con sus armas.

Un repentino silencio desciende en medio del fragor de la tormenta. De Soya oye su propia respiración dentro del casco de su equipo de combate. La estática sisea y cruje en los canales de combate no utilizados. Más estática sacude sus visores tácticos e infrarrojos, y De Soya los sube exasperado. El portal de la Esfinge está a menos de tres metros, pero la arena lo oculta y lo revela como un telón movedizo. De Soya avanza dos pasos, y la doctora Chatkra y su asistente lo siguen.

—Dos minutos —dice Barnes-Avne—. Todas las armas preparadas. Grabadores de alta velocidad en automático. Equipos médicos alerta.

De Soya cierra los ojos para combatir el vértigo de las mareas de tiempo. «El universo —piensa— es realmente prodigioso.» Lamenta tener que sedar a la niña a los pocos segundos de recibirla. Es lo que le han ordenado —debe dormir cuando le pongan el cruciforme y durante el fatal vuelo de regreso a Pacem— y sabe que tal vez nunca oiga la voz de la niña. Lo lamenta. Le gustaría hablar con ella, hacerle

preguntas sobre el pasado, sobre ella.

—Un minuto. Control de fuego totalmente automático.

—¡Comandante! —De Soya tiene que ponerse el visor táctico para identificar la voz, que pertenece a un teniente científico del perímetro interior—. ¡Los campos se están elevando al máximo en todas las tumbas! Se abren puertas en las Tumbas Cavernosas, el Monolito, el Palacio del Alcaudón, la Tumba de jade...

—Silencio en todos los canales —ruge Barnes-Avne—. Lo estamos monitoreando. Treinta segundos.

De Soya comprende que la niña aparecerá en esta nueva era para enfrentarse con siluetas con casco y visor armadura de combate, y alza todos sus visores. Quizá nunca logre hablar con la niña, pero ella verá un rostro humano antes de dormirse.

—Quince segundos. —Por primera vez, De Soya oye tensión en la voz de la comandante.

La arena raspa los ojos expuestos del padre capitán De Soya. Alza una mano enguantada, se frota, parpadea, lagrimea. Él y la doctora Chatkra avanzan otro paso. Las puertas de la Esfinge se abren hacia dentro. El interior está oscuro. De Soya desea ver en infrarrojo, pero no baja el visor. Está empeñado en que la niña le vea los ojos.

Una sombra se mueve en la oscuridad. La doctora se tensa, pero De Soya le toca el brazo.

—Aguarde.

La sombra se convierte en un perfil, el perfil en una forma, la forma en una niña. Es más pequeña de lo que De Soya esperaba. Su largo cabello ondea en el viento.

—Aenea —dice De Soya. No había planeado hablar ni llamarla por el nombre.

La niña lo mira. Él ve los ojos oscuros, pero no detecta temor en ellos. Sólo... ¿angustia? ¿Tristeza?

—Aenea, no te preocupes —dice, pero en ese momento la doctora avanza deprisa, la inyección preparada, y la niña retrocede un paso.

El padre capitán De Soya ve la segunda silueta en la oscuridad. Y empiezan los alaridos.

14

Yo no sabía que era claustrofóbico hasta este viaje: el rápido vuelo por catacumbas negras como pez, el campo de contención protegiéndome del viento, el acoso de la piedra y la oscuridad. A los veinte minutos de vuelo desactivé el programa de pilotaje automático, aterricé en el suelo del laberinto, anulé el campo de contención, me alejé de la estera y grité.

Cogí la linterna láser y alumbré las paredes. Un cuadrado corredor de piedra. Fuera del campo de contención, sentí el golpe del calor. El túnel debía de ser muy profundo. No había estalactitas, estalagmitas, murciélagos, ninguna cosa viviente... sólo esa caverna cuadrangular extendiéndose sin cesar.

Iluminé la alfombra. Parecía muerta, totalmente inerte. Con mis prisas debí de salir del programa incorrectamente, borrándolo. En tal caso, era hombre muerto. Hasta ahora habíamos ido a brincos en un núcleo de ramificaciones; era imposible que yo encontrara la salida por mi cuenta.

Grité de nuevo, aunque esta vez no era un alarido sino un grito deliberado, destinado a romper la tensión. Luché contra la sensación de encierro y náusea.

Quedaban tres horas y media. Tres horas y media de pesadilla claustrofóbica, de volar por la negrura, aferrándome a una alfombra voladora saltarina... ¿y después qué?

Lamenté no haber llevado un arma. En ese momento parecía absurdo; ningún arma me habría permitido vérmelas con un solo guardia suizo, ni siquiera contra un irregular de la Guardia Interna, pero deseaba tener algo. Desenfundé el cuchillo de caza, vi el brillo del acero a la luz de la linterna y me eché a reír.

Esto era absurdo.

Enfundé el cuchillo, me tendí en la estera y pulsé el código de reanudación. La alfombra se endureció, se elevó y avanzó bruscamente. Me dirigía deprisa a alguna parte.

El padre capitán De Soya ve la enorme silueta un instante antes de que desaparezca, y empiezan los alaridos. La doctora Chatkra se dirige hacia la niña, bloqueando la visión de De Soya.

Una ráfaga de aire sopla en medio del rugido del viento, y la cabeza encasquetada de la doctora rueda y rebota junto a De Soya.

—Madre de Dios —susurra por el micrófono abierto. El cuerpo de la doctora aún está de pie. La niña, Aenea, grita, el sonido se pierde en la aullante tormenta, y el cadáver de Chatkra se desploma como si la fuerza del grito hubiera actuado sobre el cuerpo. El asistente, Caf, grita algo ininteligible y se lanza hacia la niña. De nuevo el

borrón oscuro, más intuido que visto, y el brazo de Caf se separa del cuerpo de Caf. Aenea corre hacia la escalera. De Soya se lanza hacia la niña pero choca con una enorme estatua metálica erizada de púas y rebordes filosos. Las púas le perforan la armadura de combate. Imposible, pero siente la sangre que mana de media docena de heridas menores.

—¡No! —grita de nuevo la niña—. ¡Basta! ¡Te lo ordeno!

La estatua metálica de tres metros gira en cámara lenta. Ardientes ojos rojos miran a la niña, y la escultura de metal desaparece. El padre capitán avanza un paso hacia la niña, tratando de tranquilizarla y capturarla, pero se le afloja la pierna izquierda y cae en la escalinata sobre la rodilla derecha.

La niña se le acerca, le toca el hombro y susurra, haciéndose oír por encima del aullido del viento y los aullidos de dolor que le llegan por los auriculares:

—Estarás bien.

El padre capitán De Soya siente un bienestar en el cuerpo, una alegría en la mente. Llora.

La niña desaparece. Una figura enorme se yergue sobre él, y De Soya aprieta los puños, intenta levantarse, sabiendo que es inútil, que la criatura ha regresado para matarlo.

—¡Calma! —grita el sargento Gregorius. El hombretón ayuda a De Soya a incorporarse. El padre capitán no puede permanecer de pie —su sangrante pierna izquierda está inutilizada—, así que Gregorius lo sostiene con un brazo gigantesco mientras barre la zona con su rayo de energía.

—¡No dispare! —grita De Soya—. La niña...

—Ha desaparecido —dice el sargento Gregorius. Dispara. Una puñalada de energía atraviesa el crujiente remolino de arena—. ¡Maldición!

Gregorius se echa al padre capitán sobre el hombro. En la red de comunicaciones, los gritos son cada vez más frenéticos.

Mi cronómetro y mi brújula me indican que estoy llegando. No hay ningún otro indicio. Todavía vuelo a ciegas, aferrándome a la alfombra saltarina mientras ella selecciona ramas del incesante laberinto. No he tenido la sensación de que los túneles subieran a la superficie, pero en verdad no he tenido ninguna sensación salvo vértigo y claustrofobia.

En las dos últimas horas he usado las gafas, iluminando nuestra trayectoria con la linterna láser. A trescientos kilómetros por hora, las paredes de roca pasan con alarmante rapidez. Pero eso es mejor que la oscuridad. Todavía tengo las gafas cuando aparece la primera luz y me encandila. Me las quito, las guardo en un bolsillo, parpadeo. La alfombra me arroja hacia un rectángulo de luz pura.

Recuerdo que el viejo poeta decía que la tercera Tumba Cavernosa había estado

cerrada más de dos siglos y medio. Después de la Caída sellaron todas las Tumbas de Tiempo de Hyperion, pero la tercera Tumba Cavernosa tenía una pared de roca que la cerraba desde el Laberinto, desde atrás del portal. Durante horas he temido estrellarme contra esa pared de roca a trescientos kilómetros por hora.

El rectángulo de luz crece rápidamente. Comprendo que el túnel ha ascendido gradualmente a la superficie. Me tiendo de bruces en la estera, sintiendo que reduce la velocidad al llegar al final de su vuelo programado.

—Buen trabajo, viejo —digo en voz alta, oyendo mi voz por primera vez desde que me puse a gritar hace tres horas y media.

Apoyo la mano en las hebras de aceleración, temiendo que la estera ande demasiado despacio y haga de mí un blanco fácil. Había dicho que se necesitaría un milagro para no ser derribado por los guardias suizos; el poeta me prometió uno. Es hora.

La arena gira en la abertura de la tumba, cubriendo la entrada como una cascada seca. ¿Éste es el milagro? Espero que no. Los soldados pueden ver a través de una tormenta de arena. Freno la alfombra cerca de la entrada, saco un pañuelo y gafas de sol de mi mochila, me sujeto el pañuelo sobre la nariz y la boca, me tiendo de bruces, apoyo los dedos en los diseños de vuelo, aprieto las hebras de aceleración.

La alfombra voladora atraviesa la puerta y sale al aire libre.

Doblo a la derecha, elevándome con virajes evasivos, aun sabiendo que esas maniobras son inútiles contra los apuntadores automáticos. No importa. Mi afán de conservar el pellejo puede más que mi lógica.

No veo. La tormenta es tan huracanada que todo lo que esté a dos metros de la alfombra está a oscuras. Esto es demencial. El viejo poeta y yo jamás hablamos de la posibilidad de una tormenta de arena. Ni siquiera puedo discernir mi altitud.

De pronto una fortaleza afilada como una navaja pasa bajo la alfombra, e inmediatamente vuelo bajo otra viga de metal filoso, y comprendo que estuve casi a punto de chocar con el Palacio del Alcaudón. Voy en dirección errónea —sur— cuando necesito estar en el extremo norte del valle. Miro mi brújula, confirmo mi error y giro. Por el vistazo que tuve del Palacio del Alcaudón, la estera está a veinte metros del suelo. Me detengo y siento los bofetones del vendaval. Hago descender la alfombra como un ascensor, hasta que toca la piedra barrida por el viento. Me elevo tres metros, fijo la altitud y me dirijo al norte a paso de hombre.

«¿Dónde están los soldados?»

Como para responderme, pasan figuras oscuras en armadura de combate. Me sobresalto cuando disparan sus barrocos haces energéticos y sus dardos, pero no disparan contra mí. Están disparando por encima del hombro. Son guardias suizos y están huyendo. Inaudito.

De repente, en medio del ulular del viento, oigo alaridos humanos. No entiendo

cómo es posible. Estos soldados conservarían los cascos ceñidos y los visores trabados durante una tormenta. Pero hay alaridos.

Un jet o deslizador ruge en lo alto, a diez metros de mí, disparando a ambos flancos con sus armas automáticas —sobrevivo porque estoy justo debajo del aparato— y tengo que frenar bruscamente cuando una terrible explosión de luz y calor ilumina la tormenta. El deslizador o jet se ha estrellado contra una de las tumbas, creo que el Monolito de Cristal o la Tumba de jade.

Más disparos a mi izquierda. Vuelo a la derecha, y de nuevo al noroeste, tratando de esquivar las tumbas. Gritos a mi derecha y hacia delante. Relámpagos de energía hienden la tormenta.

Esta vez alguien dispara contra mí. ¿Dispara y yerra? ¿Cómo es posible?

Sin esperar respuesta, hago descender la alfombra como un ascensor expreso. Choco contra el suelo, ruedo a un costado. Haces de energía ionizan el aire sobre mi cabeza. La brújula inercial, todavía colgada de mi cuello, me golpea la cara mientras ruedo. No hay rocas donde ocultarse; la arena es chata. Trato de cavar una zanja con los dedos mientras los rayos azules horadan el aire. Nubes de dardos chasquean sobre mí. Si hubiera estado en el aire, la alfombra y yo seríamos andrajos.

Algo enorme está de pie a tres metros, separando las piernas. Parece un gigante en armadura de combate, un gigante de muchos brazos. Un rayo de plasma le acierta, perfilando por un instante su silueta erizada de pinchos. La cosa no se derrite ni se cae ni vuela en pedazos.

«Imposible. Joder, totalmente imposible.» Una parte de mi mente nota fríamente que estoy pensando obscenidades, como siempre hice en combate.

La enorme silueta se ha ido. Más alaridos a mi izquierda, explosiones delante. ¿Cómo cuernos encontraré a la niña en medio de esta batahola? Y si la encuentro, ¿cómo lograré llegar a la tercera Tumba Cavernosa? La idea —el gran plan— consistía en que yo me llevara a Aenea durante la distracción milagrosa que el poeta había prometido, me dirigiera a la Tumba Cavernosa y tecleara el tramo final del programa para el trayecto de treinta kilómetros hasta la Fortaleza de Cronos, en el linde de la cordillera de la Brida, donde A. Bettik y la nave espacial estarían esperando dentro de... tres minutos.

Aun en medio de este jaleo, no hay manera de que las naves orbitales ni las baterías antiaéreas de tierra pasen por alto un objeto del tamaño de esa nave, si permanece en tierra durante más de los treinta segundos convenidos. Esta misión de rescate está jodida.

La tierra tiembla y un estruendo llena el Valle. O bien ha volado algo enorme —un depósito de municiones, por lo menos— o bien se ha estrellado algo mucho más grande que un deslizador. Un fulgor rojo y violento ilumina el norte del Valle, llamas visibles a pesar de la tormenta. Contra el fulgor veo veintenas de armaduras que

corren, disparan, vuelan, caen. Una silueta es más pequeña que las demás y no tiene armadura. La silueta más pequeña, todavía recortada contra el rabioso fulgor de la pura destrucción, ataca al gigante, golpeando pinchos y espinas con sus pequeños puños.

«¡Mierda!» Me arrastro hacia la alfombra, no la encuentro en la tormenta, me quito arena de los ojos, me arrastro en un círculo y siento tela bajo la palma derecha. En pocos segundos la estera quedó casi sepultada en la arena. Cavando como un perro frenético, desentierro las hebras, activo la estera y vuelo hacia el fulgor que se desvanece. Ya no veo las dos siluetas, pero he tenido la presencia de ánimo de echar un vistazo a la brújula. Dos centellas vibrantes incineran el aire, una a centímetros de mí, la otra a milímetros de la estera.

—¡Maldición! —grito sin dirigirme a nadie en particular.

El padre capitán De Soya no está consciente del todo cuando brinca en el hombro blindado del sargento Gregorius. De Soya entrevé otras formas oscuras corriendo con ellos a través de la tormenta, disparando rayos de plasma contra blancos invisibles, y se pregunta si éste es el resto de la escuadra de Gregorius. En sus pantallazos de conciencia, anhela desesperadamente ver a la niña, hablar con ella.

Gregorius tropieza con algo, ordena a su escuadrón que se aproxime. Un escarabajo —un vehículo blindado— ha bajado su escudo de camuflaje y está apoyado al sesgo en un pedrejón. Falta la oruga izquierda, y los cañones traseros se han derretido como cera en una llama. La ampolla de visión derecha está astillada.

—Aquí —jadea Gregorius, y baja al padre capitán De Soya por la ampolla.

El sargento entra, iluminando el interior del escarabajo con la linterna de su arma. El asiento del piloto parece rociado con pintura roja. Los tabiques posteriores parecen salpicaduras de colores, como ese absurdo «arte abstracto» pre-Hégira que el padre capitán De Soya una vez vio en un museo. Sólo que este lienzo de metal está salpicado de fragmentos humanos.

El sargento Gregorius se interna en el escarabajo ladeado y apoya al capitán contra un tabique. Otras dos figuras con traje entran por la ampolla astillada.

De Soya se limpia la arena y la sangre de los ojos.

—Estoy bien —dice. Quería decirlo con tono de mando, pero su voz es débil, casi infantil.

—Sí, señor —gruñe Gregorius, sacando su kit médico de su pak.

—No necesito eso —murmura De Soya—. El traje...

Los trajes de combate tienen su propio sellador y sanadores semiinteligentes. De Soya está seguro de que el traje ya ha curado los tajos o perforaciones menores. Pero mira hacia abajo.

Casi le han cortado la pierna izquierda. La armadura blindada y omnipolímera

cuelga en andrajos, como caucho harapiento en una llanta barata. Ve la blancura del fémur. El traje ha ceñido el muslo superior en un tosco torniquete, salvándole la vida, pero hay media docena de perforaciones en el pecho y parpadean luces rojas.

—Ah, Jesús —susurra De Soya. Es una plegaria.

—Está bien —dice el sargento Gregorius, ciñendo el muslo con su propio torniquete—. Conseguiremos un enfermero y lo llevaremos sin pérdida de tiempo al hospital de la nave. —Mira a las dos agotadas figuras que están detrás de los asientos delanteros—. ¿Kee? ¿Rettig?

—Sí, sargento.

El más menudo de ambos mira hacia arriba.

—¿Mellick y Ott?

—Muertos, sargento. Esa cosa los atacó en la Escalinata.

Se quita el guantelete y palpa las heridas más grandes con sus enormes dedos—. ¿Eso duele, señor?

De Soya sacude la cabeza. No siente el contacto.

—De acuerdo —dice el sargento, pero no parece convencido. Llama por la red táctica.

—La niña —dice el padre capitán De Soya—. Tenemos que encontrar a la niña.

—Sí, señor —dice Gregorius, pero continúa llamando por varios canales. De Soya presta atención y oye la algarabía.

—¡Cuidado! ¡Cielos! Está regresando...

—¡*San Buenaventura*! ¡*San Buenaventura*! ¡Tiene una fractura en el casco! Repito. Tiene una fractura en el casco.

—Escorpión uno-nueve a cualquier controlador... Cielos... Escorpión uno-nueve, motor izquierdo apagado, cualquier controlador... no puedo ver el Valle... me desviaré...

—¡Jamie, Jamie! Oh Dios...

—¡Fuera de la red! ¡Maldición, mantened la disciplina! ¡Despejad las comunicaciones!

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre...

—Cuidado con esa jodida... mierda. Esa jodida cosa recibió un impacto pero...

—Intrusos múltiples, repito, intrusos múltiples, olvidar control de fuego, intrusos múltiples...

Un griterío.

—Mando Uno, adelante, Mando Uno, adelante.

Sintiendo que pierde la consciencia en gotas, como la sangre que forma un charco bajo su pierna herida, De Soya baja los visores.

La pantalla táctica es basura. Sintoniza la banda privada del deslizador de Barnes-Avne.

—Comandante, habla el padre capitán De Soya. ¿Comandante?

La línea no funciona.

—La comandante ha muerto, señor —dice Gregorius, apretando una ampolla de adrenalina contra el brazo desnudo de De Soya. El padre capitán no recuerda que le hayan quitado el guantelete y la armadura de combate—. Vi la caída del deslizador en táctico antes de que todo se fuera al demonio —continúa el sargento, uniendo la pierna floja de De Soya al fémur, como alguien que sujetara una carga suelta—. Ella ha muerto. El coronel Brideson no responde. El capitán Ranier no contesta desde la nave-antorcha. El C^3 no responde.

De Soya procura mantenerse consciente.

—¿Qué está pasando, sargento?

Gregorius se le acerca. Tiene los visores levantados y por primera vez De Soya ve que el gigante es negro.

—Teníamos una frase para esto en la infantería de marina, antes que yo entrara en la Guardia Suiza.

—Episodio crítico —dice el padre capitán De Soya, tratando de sonreír.

—Así lo llaman los señoritos elegantes de la flota —conviene Gregorius. Hace una seña a los otros dos soldados, que salen por la ampolla astillada. Gregorius alza a De Soya y lo carga como un bebé—. En la infantería, señor —continúa el sargento, sin el menor esfuerzo—, lo llamábamos «un desbarajuste de Dios y muy Señor mío».

De Soya siente que se desmaya. El sargento lo apoya en la arena.

—¡Quédese conmigo, capitán! Maldición, ¿me oye? ¡Quédese conmigo!

—Cuide su vocabulario, sargento —dice De Soya, sintiendo que pierde la conciencia pero sin poder evitarlo—. Recuerde que soy un sacerdote... tomar el nombre de Dios en vano es pecado mortal.

La negrura se cierra sobre él, y el padre capitán De Soya no sabe si ha dicho la última frase en voz alta.

15

Desde mi infancia en los brezales —mirando el humo de las fogatas de turba dentro del círculo protector de casas rodantes, esperando a que despuntaran las estrellas frías e indiferentes en el profundo cielo lapislázuli y preguntándome por mi futuro mientras esperaba la llamada que me traería calidez y alimento— tuve una percepción de la ironía de las cosas. Muchos sucesos importantes acontecen rápidamente, sin que los comprendamos en el momento. Muchos momentos poderosos quedan sepultados bajo el absurdo. Lo vi ocurrir en mi infancia, y lo he visto ocurrir toda mi vida.

Volando hacia la evanescente luz anaranjada de la explosión, me topé de pronto con la niña, Aenea. Primero había entrevisto dos figuras, la pequeña atacando a la grande, pero cuando llegué poco después, en medio del ronco aullido de la arena, sólo estaba la niña.

Así la vi en ese momento: una expresión de alarma y furia, los ojos rojos y entornados de rabia o para protegerse de la arena, sus pequeños puños apretados, su camisa y su suéter flojo flameando como banderas al viento, el cabello —castaño pero con mechones rubios que yo notaría más tarde— pegoteado y ondeante, lodosas estrías de llanto y moco en las mejillas, zapatos de lona y suela de goma totalmente inapropiados para la aventura en que se había embarcado, una mochila barata colgando de un hombro.

Yo debía presentar un espectáculo más descabellado: un joven fornido y musculoso de veintisiete años, con aire de tener pocas luces, tendido de bruces en una alfombra voladora, el rostro oscurecido por el pañuelo y las gafas oscuras, el pelo corto mugriento y desmelenado, la mochila colgada de un hombro, el chaleco y los pantalones sucios de arena y polvo.

La niña abrió los ojos sorprendida, pero tardé sólo un segundo en comprender que se sorprendía por la alfombra voladora, no por mí.

—¡Sube! —grité. Siluetas armadas pasaron de largo, disparando. Otras sombras acechaban en la tormenta.

La niña me ignoró, volviéndose como para buscar la sombra que estaba atacando. Noté que le sangraban los puños.

—Maldito sea —gritaba, casi llorando—. Maldito sea. —Fueron las primeras palabras que oí decir a nuestra mesías.

—¡Sube! —volví a gritar, y me dispuse a bajar de la estera para aferrarla.

Aenea dio media vuelta, me miró por primera vez y con cierta claridad a pesar de la tormenta de arena dijo:

—Quítate esa máscara.

Recordé el pañuelo. Al bajarlo, escupí una arena que era lodo rojo.

La niña pareció aprobarme. Se acercó y subió a la estera. Ahora ambos íbamos sentados en la ondulante alfombra, la niña detrás de mí, las mochilas entre ambos. Volví a ponerme el pañuelo y grité:

—¡Agárrate a mí!

Ella agarró los bordes de la alfombra.

Vacilé un momento, arremangándome para estudiar mi cronómetro de pulsera. Quedaban menos de dos minutos para el momento en que la nave haría su rápido descenso en la Fortaleza de Cronos. Ni siquiera podía encontrar la entrada de la tercera Tumba Cavernosa en ese tiempo, y quizá nunca pudiera en medio de ese caos. Como para enfatizar ese punto, un escarabajo con orugas se encaramó a una duna, casi aplastándonos hasta que viró a la izquierda, disparando contra algo que estaba hacia el este.

—¡Agárrate! —grité de nuevo, y puse la estera en plena aceleración, cobrando altura, observando mi brújula y concentrándome en volar hacia el norte hasta que salimos del valle. Aquél no era momento para estrellarse contra una pared de roca.

Una gran ala de piedra pasó debajo de nosotros.

—¡Esfinge! —le grité a la niña que iba detrás de mí. Al instante comprendí cuán estúpido era mi comentario. Ella acababa de salir de esa tumba.

Calculando que estábamos a varios cientos de metros de altitud, estabilicé la alfombra y aumenté la velocidad. El escudo protector se activó, pero la arena todavía giraba en torno de nosotros dentro del bolsón de aire atrapado.

—No deberíamos chocar con nada a esta alti... —grité por encima del hombro, pero me interrumpió la forma acechante de un deslizador que volaba hacia nosotros desde la nube de la tormenta. No tenía tiempo para reaccionar, y sin embargo lo hice, bajando tan abruptamente que sólo el campo de contención nos mantuvo en nuestro sitio. El deslizador pasó a menos de un metro. La pequeña estera se zarandeó en la estela de esa enorme máquina.

—Córcholis y recórcholis —dijo Aenea a mis espaldas—. Mierda y remierda.

Fue el segundo comentario que oí decir a nuestra futura mesías.

Estabilicé de nuevo la alfombra, miré sobre el borde de la estera, tratando de distinguir algo en el suelo. Era una imprudencia volar tan alto. Todos los sensores tácticos, detectores, radares y procesadores de imágenes de la zona nos estarían siguiendo el rastro. Salvo por el desquicio que dejábamos atrás, yo ignoraba por qué aún no nos habían disparado. A menos que... Miré de nuevo por encima del hombro. La niña se apoyaba en mi espalda, protegiéndose de la ardiente arena.

—¿Estás bien? —pregunté.

Ella asintió, tocándome la espalda con la frente. Sospeché que estaba llorando.

—Soy Raul Endymion —grité.

—Endymion —dijo ella, alzando la cabeza. Tenía los ojos rojos, pero secos—. Sí.

—Tú eres Aenea... —Callé. No se me ocurría nada inteligente que decir. Mirando la brújula, ajusté nuestra dirección de vuelo y esperé que nuestra altitud fuera suficiente para no chocar con las dunas más allá del valle. Sin mucha esperanza, miré arriba preguntándome si la estela de plasma de la nave sería visible a través de la tormenta. No vi nada.

—El tío Martin te envió —dijo la niña. No era una pregunta.

—Sí —respondí—. Estamos yendo... bien, hacia la nave. Habíamos convenido en encontrarnos en la Fortaleza de Cronos, pero llegaremos tarde.

Un rayo rasgó las nubes a treinta metros. Ambos nos sobresaltamos. Aún hoy no sé si fue una descarga eléctrica o un disparo. Por centésima vez en ese día interminable, maldije la tosquedad de este antiguo artilugio volante, sin velocímetro ni altímetro. El rugido del viento detrás del campo de deflexión sugería que estábamos viajando a toda velocidad, pero era imposible saberlo sin tener más puntos de referencia que las cambiantes cortinas de nubes. Era tan desagradable como atravesar el Laberinto, pero al menos allá el programa de pilotaje automático era confiable. Aquí tendría que desacelerar pronto aunque tuviéramos a toda la Guardia Suiza detrás: la Cordillera de la Brida, con sus paredes verticales, se encontraba a poca distancia. A trescientos kilómetros por hora, llegaríamos a las montañas y la fortaleza en seis minutos. Yo había mirado mi cronómetro cuando acelerábamos. Lo miré de nuevo. Cuatro minutos y medio. Según los mapas que había estudiado, el desierto terminaba abruptamente en los peñascos de la Brida. Le daría otro minuto y...

Todo sucedió de golpe.

Súbitamente estuvimos fuera de la tormenta; no amainó, sino que salimos de ella tal como si emergiéramos de debajo de una manta acuática. En ese momento vi que descendíamos —o que el suelo subía— y que en pocos segundos nos estrellaríamos contra las rocas.

Aenea gritó. Yo la ignoré, toqué los controles con ambas manos, nos elevamos sobre los pedrejones con suficiente gravedad como para aplastarnos contra la estera, y vimos que estábamos a veinte metros del peñasco y volando hacia él. No había tiempo para frenar.

Yo sabía que teóricamente el diseño de Sholokov permitía que la estera volara verticalmente, y que el campo de contención impediría que el pasajero —teóricamente, su amada sobrina— cayera hacia atrás. Teóricamente.

Era hora de verificar la teoría.

Aenea me aferró con los brazos mientras acelerábamos en un ascenso de noventa grados. La estera necesitó los veinte metros de espacio libre para iniciar el ascenso, y cuando estuvimos verticales, el granito de la ladera estaba a centímetros de nosotros. Por instinto, me incliné y aferré el frente rígido de la alfombra, tratando de no apoyarme en los controles de vuelo. También por instinto, Aenea se inclinó hacia

delante y me abrazó con más fuerza. El efecto fue que no pude respirar durante el minuto que tardó la alfombra en pasar sobre la cima. Traté de no mirar por encima del hombro durante el ascenso. Mil metros de espacio abierto debajo de mí era más de lo que mis maltrechos nervios podían aguantar.

Llegamos a la cima de los riscos —de pronto hubo escaleras, terrazas de piedra, gárgolas— y estabilicé la alfombra.

La Guardia Suiza había establecido puestos de observación, estaciones de rastreo y baterías antiaéreas en las terrazas y balcones del lado este de la Fortaleza de Cronos. El castillo —tallado en la piedra de la montaña— se erguía a más de cien metros sobre nosotros, con sus torreones y balcones. Había más guardias suizos en esas zonas planas.

Todos estaban muertos. Sus cadáveres, aún vestidos con armadura de impacto, estaban despatarrados en las inconfundibles posturas de la muerte. Algunos estaban agrupados, y sus formas laceradas daban la impresión de que las había segado un haz de plasma.

Pero las armaduras de Pax podían soportar una granada de plasma a esa distancia. Esos cadáveres estaban hechos trizas.

—No mires —dije por encima del hombro, reduciendo la velocidad mientras doblábamos por el extremo sur de la fortaleza. Demasiado tarde. Aenea miraba con grandes ojos.

—¡Maldito sea! —repitió.

—¿Quién? —pregunté, pero en ese momento sobrevolamos el jardín del sur de la fortaleza y vimos lo que había allí. Escarabajos en llamas y un deslizador volcado cubrían el paisaje. Había más cuerpos, que parecían juguetes desparramados por un niño malcriado. Junto a un seto ornamental ardía un cañón de contrapresión cuyos haces podían llegar a órbita baja.

La nave del cónsul flotaba en una cola de plasma azul a sesenta metros de la fuente central. Le rodeaba una aureola de vapor. A. Bettik nos hacía señas desde la puerta.

Entré en la cámara de presión tan rápidamente que el androide tuvo que apartarse de un brinco, y patinamos en el corredor bruñido.

—¡Vamos! —grité, pero o bien A. Bettik ya había dado la orden o bien la nave no la necesitaba. Los compensadores inerciales impidieron que la aceleración nos aplastara como gelatina, pero oímos el rugido de motor de fusión, el chillido de la atmósfera contra el casco, mientras la nave del cónsul se alejaba de Hyperion y entraba en el espacio por primera vez en dos siglos.

16

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

El padre capitán De Soya aferra la túnica del enfermero.

—Eh... treinta, cuarenta minutos, señor —dice el enfermero, tratando de zafarse. No lo consigue.

—¿Dónde estoy?

Ahora De Soya siente el dolor. Es muy intenso —se centra en la pierna y se irradia a todas partes— pero soportable. Lo ignora.

—A bordo del *Santo Tomás Akira*, padre.

—El transporte... —De Soya se siente mareado, desconectado. Se mira la pierna, ahora libre del torniquete. La parte inferior está unida a la superior sólo por fragmentos de músculo y tejido. Comprende que Gregorius debió de darle un analgésico, insuficiente para bloquear el torrente de dolor, pero suficiente para provocar esta reacción.

—Me temo que los cirujanos tendrán que amputar —dice el enfermero—. Los quirófanos no dan abasto. Pero usted es el siguiente, señor. Hemos realizado una selección y...

De Soya advierte que todavía aferra la túnica del enfermero. La suelta.

—No.

—¿Cómo dice, padre?

—Me ha oído. No habrá cirugía hasta que me haya reunido con el capitán del *Santo Tomás Akira*.

—Pero señor... padre... morirá si no lo hacen...

—He muerto antes, hijo. —De Soya lucha contra el mareo—. ¿Un sargento me trajo a la nave?

—Sí, señor.

—¿Todavía está aquí?

—Sí, padre. El sargento necesitaba puntos para las heridas.

—Mándelo aquí de inmediato.

—Pero, padre, sus heridas requieren...

De Soya mira el rango del joven enfermero.

—¿Alférez?

—Sí, señor.

—¿Ha visto el disco papal? —De Soya ha verificado si el disco de platino aún cuelga de la cadena irrompible que le rodea el cuello.

—Sí, padre, es lo que nos indujo a dar prioridad a su...

—So pena de ejecución... peor aún... so pena de excomunión, mande buscar al sargento de inmediato, alférez.

Gregorius se ha quitado la armadura de combate, pero sigue siendo enorme. El padre capitán mira los vendajes y los paks médicos en el cuerpo de ese hombre fornido y comprende que el sargento estaba malherido incluso mientras sacaba a De Soya de peligro. En algún momento tendrá que comentarlo. No ahora.

—¡Sargento!

Gregorius se cuadra.

—Traiga al capitán de esta nave inmediatamente. Pronto, antes de que vuelva a desmayarme.

El capitán del *Santo Tomás Akira* es un lusio maduro, bajo y fuerte como todos los lusios.

Es calvo pero luce una barba gris pulcramente recortada.

—Padre capitán De Soya, soy el capitán Lempriére. La situación es muy apremiante, señor. Los cirujanos me aseguran que usted requiere atención inmediata. ¿En qué puedo ayudar?

—Descríbame la situación, capitán. —De Soya no conoce personalmente al capitán, pero han hablado por radio. Nota deferencia en la voz del otro. Por el rabillo del ojo, ve que el sargento Gregorius se marcha de la habitación.

—Quédese, sargento. ¿Capitán?

Lempriére se aclara la garganta.

—La comandante Barnes-Avne ha muerto. Por lo que sabemos, ha muerto la mitad de los guardias suizos del Valle de las Tumbas de Tiempo. Están llegando miles de bajas. Tenemos enfermeros en tierra que instalan centros quirúrgicos móviles, y aquí estamos tratando los casos más urgentes. Estamos recobrando los muertos y clasificándolos para resucitarlos cuando regresemos a Vector Renacimiento.

—¿Vector Renacimiento? —De Soya se siente como si flotara en el espacio estrecho de la sala de preparación quirúrgica. Está flotando, dentro de lo que le permiten las amarras de la camilla—. ¿Qué diablos ha pasado con la gravedad, capitán?

Lempriére sonríe tímidamente.

—El campo de contención fue dañado durante la batalla, señor. En cuanto a Vector Renacimiento... bien, era nuestra base de operaciones, señor. Las órdenes estipulan que regresemos allá cuando se haya completado la misión.

De Soya ríe, deteniéndose sólo cuando se oye. No es una risa del todo cuerda.

—¿Quién dijo que la misión se ha completado, capitán? ¿De qué batalla estamos hablando?

El capitán Lempriére mira al sargento Gregorius. El guardia suizo clava los ojos en la pared.

—Las naves de apoyo y vigilancia que estaban en órbita también fueron diezmadas señor.

—¿Diezmadas? —El dolor está enfureciendo a De Soya—. Eso significa una de cada diez, capitán. ¿El diez por ciento del personal de las naves está en la lista de bajas?

—No, señor. El sesenta por ciento. El capitán Ramírez del *San Buenaventura* ha muerto, al igual que su oficial ejecutivo. Mi primer oficial también ha muerto. La mitad de los tripulantes del *San Antonio* no han dado el presente.

—¿Las naves están averiadas? —pregunta el padre capitán De Soya. Sabe que sólo tiene minutos de conciencia, quizá de vida.

—Hubo una explosión en el *San Buenaventura*. La mitad de los compartimientos de popa quedaron expuestos al espacio. El motor está intacto...

De Soya cierra los ojos.

Como capitán, sabe que una nave expuesta al espacio es la penúltima pesadilla. La última pesadilla es la implosión del núcleo Hawking, pero al menos esa indignidad es instantánea. Una fractura en el casco es —como esta pierna astillada— un camino lento y doloroso hacia la muerte.

—¿El *San Antonio*?

—Averiado pero operable, señor. El capitán Sati está vivo y...

—¿La niña? —pregunta De Soya—. ¿Dónde está? —Una creciente nube de manchas negras baila en la periferia de su visión.

—¿Niña? —dice Lempriére.

El sargento Gregorius le dice al capitán algo que De Soya no oye. Siente un zumbido en los oídos.

—Oh sí —prosigue Lempriére—, el objetivo. Evidentemente una nave la recogió y está acelerando hacia traslación C-plus.

—¡Una nave! —De Soya combate contra la inconsciencia con puro esfuerzo de voluntad—. ¿De dónde diablos salió esa nave?

Gregorius habla sin dejar de mirar la pared.

—Del planeta, señor. De Hyperion. Durante el... durante el episodio crítico, la nave atravesó la atmósfera, se posó en el castillo... en Fortaleza de Cronos... y recogió a la niña y al que la llevaba.

—¿Llevaba? —interrumpe De Soya. Le cuesta oír en medio del creciente zumbido.

—Una especie de VEM monoplaza —explica el sargento—. Aunque los técnicos ignoran cómo funciona.

De un modo u otro, esta nave los recogió, burló la patrulla de combate durante la carnicería y se aproxima al punto de traslación.

—Carnicería —repite estúpidamente De Soya. Nota que está babeando. Se enjuga la barbilla con el dorso de la mano, tratando de no mirar su pierna triturada—. Carnicería. ¿Qué la causó? ¿Contra quién luchábamos?

—No lo sabemos, señor —responde Lempriére—. Fue como en los viejos tiempos, los tiempos de FUERZA de la Hegemonía, cuando las tropas de asalto llegaban por teleyector. Miles de cosas blindadas aparecieron por todas partes y al mismo tiempo. La batalla duró apenas cinco minutos. Eran miles de ellos. Y de pronto desaparecieron.

De Soya se esfuerza por oír en medio de la creciente oscuridad y el rugido de sus oídos, pero las palabras no tienen sentido.

—¿Miles? ¿De qué? ¿Y adónde se fueron?

Gregorius se adelanta y mira al padre capitán.

—No miles, señor. Sólo uno. El Alcaudón.

—Eso es una leyenda... —comienza Lempriére.

—Sólo el Alcaudón —continúa el fornido negro, ignorando al capitán—. Mató a la mayoría de los guardias suizos y a la mitad de los efectivos regulares de Pax en Equus, derribó todos los cazas Escorpión, abatió dos naves-antorcha, mató a todos a bordo de la nave C^3, dejó su tarjeta de visita aquí y se fue en menos de treinta segundos. Todo lo demás fueron nuestros hombres disparándose entre sí, presa del pánico. El Alcaudón.

—¡Pamplinas! —grita Lempriére. La agitación le enrojece la calva—. Eso es una fantasía, un cuento de viejas, incluso una herejía. Lo que nos atacó hoy no...

—Cállese —dice De Soya. Tiene la sensación de estar mirando por un túnel largo y oscuro. Debe hablar deprisa—. Escuche, capitán Lempriére, bajo mi responsabilidad, por autoridad papal, autorice al capitán Sati a llevar a los supervivientes del *San Buenaventura* a bordo del *San Antonio* para redondear la tripulación. Ordene a Sati que siga a la niña, a la nave que lleva a la niña, que la siga hasta la traslación, que fije las coordenadas y que siga...

—Pero, padre capitán...

—Escuche —grita De Soya sobre el rugido de sus oídos. Ahora sólo ve manchas —. Escuche, ordene al capitán Sati que siga esa nave adondequiera que sea... aunque tarde una vida... y que capture a la niña. Ésa es su directiva primordial. Capturar a la niña y llevarla a Pacem. ¿Gregorius?

—Sí, señor.

—No deje que me operen, sargento. ¿Mi nave correo todavía está intacta?

—¿El *Rafael*? Sí, señor. Estaba vacío durante la batalla y el Alcaudón no lo tocó.

—¿Todavía está Hiroshe, mi piloto?

—No, señor. Pereció.

De Soya apenas oye la tonante voz del sargento.

—Requise un piloto y una lanzadera, sargento. Usted, yo y el resto del escuadrón...

—Sólo quedan dos hombres, señor.

—Escuche. Los cuatro debemos ir al *Rafael*. La nave sabrá qué hacer. Dígale que seguiremos a la niña... y al *San Antonio*. Dondequiera que vayan esas naves, vamos nosotros. Sargento.

—Sí, padre capitán.

—Usted y sus hombres son renacidos, ¿verdad?

—Sí, padre capitán.

—Bien, prepárese para renacer de veras, sargento.

—Pero su pierna... —dice el capitán Lempriére desde muy lejos. Su voz se aleja con un efecto Doppler.

—Se reconstituirá cuando resucite —murmura el padre capitán De Soya.

Quiere cerrar los ojos para decir una plegaria, pero no tiene que cerrar los ojos para ahuyentar la luz. La oscuridad que lo rodea es absoluta. Se dirige a ese rugido y ese zumbido sin saber si alguien lo oye o si está hablando de veras.

—¡Deprisa, sargento! ¡Ya!

17

Escribiendo esto tantos años después, había pensado que sería difícil recordar a Aenea cuando niña. No lo es. Mis recuerdos están tan llenos de años e imágenes posteriores —la rutilante luz del sol en el cuerpo de la mujer mientras flotábamos en las ramas del bosque orbital, la primera vez que hicimos el amor en gravedad cero, nuestros paseos por los pasadizos de Hsuan-k'ung- Su bajo el reflejo de los rojizos peñascos de Hua Shan—, que temía que esos primeros recuerdos fueran demasiado insustanciales. No lo son. Tampoco he cedido al impulso de saltar a los años posteriores, a pesar de mi temor de que esta narración sea interrumpida en cualquier momento por el chistido cuantomecánico del gas venenoso de Schrödinger. Escribiré lo que pueda escribir. El destino determinará el punto final de esta narración.

A. Bettik nos guió por la escalera de caracol hasta la habitación del piano mientras ascendíamos al espacio. El campo de contención mantenía la gravedad constante, a pesar de la frenética aceleración, pero yo todavía sentía euforia, aunque quizá sólo fuera consecuencia de tanta adrenalina en tan poco tiempo. La niña estaba sucia, desgreñada y enfadada.

—Quiero ver dónde estamos —dijo—. Por favor.

La nave transformó una pared en ventanal. El continente de Equus retrocedía bajo una nube de polvo rojo. Al norte, donde las nubes cubrían el polo, el limbo de Hyperion trazaba una nítida curva. Al cabo de un minuto el mundo entero fue una esfera donde dos de los tres continentes se veían bajo nubes desperdigadas; el Gran Mar del Sur era sobrecogedoramente azul, mientras que el archipiélago de las Nueve Colas aparecía rodeado por el verdor de los bajíos. Luego el planeta se encogió, se convirtió en una esfera azul, roja y blanca y desapareció. Nos marchábamos deprisa.

—¿Dónde están las naves-antorcha? —pregunté al androide—. Ya deberían habernos cerrado el paso. O volado en pedazos.

—La nave y yo estuvimos monitoreando sus canales de banda ancha —dijo A. Bettik—. Estaban... preocupados.

—No entiendo —dije, recorriendo el borde del holofoso, demasiado agitado para sentarme en los mullidos cojines—. La batalla... quién...

—El Alcaudón —dijo Aenea, y me miró de veras por primera vez—. Mi madre y yo teníamos la esperanza de que no sucediera así, pero así sucedió. Lo lamento. Lo lamento muchísimo.

Comprendiendo que la niña quizá no me hubiera oído en la tormenta, me detuve y me agaché.

—No tuvimos una presentación formal. Yo soy Raul Endymion.

Los ojos de la niña eran brillantes. A pesar del lodo y la suciedad de su mejilla, reparé en la blancura de su tez.

—Lo recuerdo —dijo—. Endymion. Como el poema.

—¿Poema? No sé de ningún poema. Es Endymion, como la vieja ciudad.

Ella sonrió.

—Yo sólo conozco el poema porque mi padre lo escribió. Qué típico del tío Martin escoger un héroe con semejante nombre.

Me alarmé al oír la palabra «héroe». Todo este proyecto ya era bastante absurdo sin necesidad de eso. La niña tendió su manita.

—Aenea —dijo—. Pero tú ya lo sabes.

Sentí en la palma la frescura de sus dedos.

—El viejo poeta dijo que te habías cambiado el nombre varias veces.

Ella aún sonreía.

—Y apuesto a que lo haré de nuevo. —Retiró la mano y se la ofreció al androide—. Aenea. Huérfana del tiempo.

A. Bettik le estrechó la mano más grácilmente que yo, se inclinó en una profunda reverencia y se presentó.

—A tu servicio, M. Lamia —dijo.

Ella sacudió la cabeza.

—Mi madre es... era... M. Lamia. Yo soy sólo Aenea. —Reparó en mi cambio de expresión—. ¿Has oído hablar de mi madre?

—Es famosa —dije, sonrojándome levemente sin saber por qué—. Todos los peregrinos de Hyperion lo son. Legendarios, en verdad. Hay un poema, una historia oral épica, en verdad...

Aenea se echó a reír.

—¡Caray! El tío Martin terminó esos jodidos *Cantos*.

Admito que me escandalicé. Debió de habérseme notado en la cara. Me alegra que esa mañana no estuviera jugando al póquer.

—Lo lamento —dijo Aenea—. Obviamente las garrapatas del viejo sátiro se han convertido en un invaluable patrimonio cultural. ¿Todavía vive? El tío Martin.

—Sí, M. Aenea —dijo A. Bettik—. He tenido el privilegio de servir a tu tío por más de un siglo.

La niña hizo una mueca.

—Debes de ser un santo, M. Bettik.

—A. Bettik, M. Aenea. Y no, no soy santo. Sólo un admirador y viejo conocido de tu tío.

Aenea asintió.

—Conocí a algunos androides cuando viajábamos desde Jacktown para visitar al tío Martin en la Ciudad de los Poetas, pero no a ti. Más de un siglo, dices. ¿Qué año es?

Se lo dije.

—Bien, al menos esa parte salió bien —comentó la niña. Guardó silencio, mirando el holo del mundo que se alejaba. Hyperion era sólo una chispa.

—¿De veras vienes del pasado? —pregunté. Era una pregunta estúpida, pero yo no me sentía muy brillante esa mañana.

Aenea asintió.

—El tío Martin te lo habrá contado.

—Sí. Huyes de Pax.

Ella me miró con ojos brillantes de emoción.

—¿Pax? ¿Así lo llaman ahora?

Parpadeé.

La idea de que alguien desconociera el concepto de Pax me desconcertó.

—Sí —dije.

—¿Conque ahora la Iglesia lo gobierna todo?

—Bien, en cierto modo —dije. Le expliqué el papel de la Iglesia en la compleja entidad que era Pax.

—Lo gobiernan todo —concluyó Aenea—. Temíamos que ocurriera. También vi eso en mis sueños.

—¿Tus sueños?

—No importa —dijo Aenea. Se levantó, echó un vistazo y caminó hacia el Steinway. Tocó algunas notas en el teclado—. Y ésta es la nave del cónsul.

—Sí —dijo la nave—, aunque sólo tengo recuerdos borrosos de ese caballero. ¿Tú lo conoces?

Aenea sonrió, acariciando las teclas con los dedos.

—No, mi madre lo conocía. Ella le regaló eso... —Señaló la alfombra llena de arena—. Cuando él se fue de Hyperion después de la Caída. Regresaba a la Red. No regresó durante mi época.

—Nunca regresó —dijo la nave—. Como he dicho, mi memoria está dañada, pero estoy seguro de que murió allá. —La suave voz de la nave cambió, cobró un tono más perentorio—. Recibimos una advertencia al abandonar la atmósfera, pero desde entonces no hemos encontrado objeciones ni persecuciones. Hemos salido del espacio cislunar y dentro de diez minutos habremos salido del pozo de gravedad de Hyperion. Necesito fijar el curso para la traslación. Instrucciones, por favor.

Miré a la niña.

—¿Los éxters? El viejo poeta dijo que querrías ir allá.

—Cambié de parecer —dijo Aenea—. Nave, ¿cuál es el mundo habitado más próximo?

—Parvati. Uno-coma-dos-ocho pársecs. Seis días y medio en tránsito a bordo. Tres meses de deuda temporal.

—¿Parvati formaba parte de la Red? —dijo la niña.

—No —respondió A. Bettik—. No en tiempos de la Caída.

—¿Cuál es el mundo de la vieja Red más cercano, viajando desde Parvati? —dijo Aenea.

—Vector Renacimiento —respondió la nave—. Son diez días más de viaje, con cinco meses de deuda temporal.

Fruncí el ceño.

—No sé —dije—. Los cazadores, es decir, los turistas para quienes trabajaba yo venían habitualmente de Vector Renacimiento. Es un gran mundo de Pax, muy activo. Hay muchas naves y tropas.

—Pero es el mundo más próximo de la Red —dijo Aenea—. Antes tenía teleyectores.

—Sí —dijeron la nave y A. Bettik al mismo tiempo.

—Fija el curso para Vector Renacimiento vía Parvati —decidió Aenea.

—Ir directamente a Vector Renacimiento representaría un día de a bordo y dos semanas de deuda temporal menos, si allí está nuestro destino —aconsejó la nave.

—Lo sé —dijo Aenea—, pero quiero ir allí pasando por el sistema de Parvati. —Debió de ver mi mirada inquisitiva, pues aclaró—: Ellos nos seguirán, y no quiero que conozcan el destino real cuando salgamos de este sistema.

—Ahora no nos persiguen —dijo A. Bettik.

—Lo sé. Pero lo harán dentro de pocas horas. Entonces y por el resto de mi vida. —Miró el holofoso como si la personalidad de la nave residiera allí—. Cumple la orden, por favor.

Las estrellas cambiaron en la holopantalla mientras la nave obedecía.

—Veintisiete minutos para punto de traslación hacia sistema Parvati —dijo—. Todavía no hay perseguidores, aunque la nave-antorcha *San Antonio* está en camino, al igual que el transporte.

—¿Qué hay de la otra nave-antorcha? —pregunté—. La *San Buenaventura*.

—Las bandas de comunicación comunes muestran que está expuesta al espacio y emitiendo señales de auxilio. El *San Antonio* está respondiendo.

—Cielos —susurré—. ¿Fue un ataque éxter?

La niña meneó la cabeza y se alejó del piano.

—Sólo el Alcaudón. Mi padre me lo advirtió.

—¿El Alcaudón? —preguntó el androide—. Que yo sepa, en la leyenda y en los antiguos documentos, la criatura llamada Alcaudón nunca salió de Hyperion, y solía habitar una región que abarcaba varios cientos de kilómetros alrededor de las Tumbas de Tiempo.

Aenea se repantigó en los cojines. Aún tenía los ojos inflamados y parecía cansada.

—Sí, me temo que ahora se está alejando un poco más. Y si mi padre tiene razón,

es sólo el comienzo.

—Hace casi trescientos años que nadie ha visto al Alcaudón ni tiene noticias de él —dije.

La niña asintió distraídamente.

—Lo sé. Desde que se abrieron las tumbas, antes de la Caída. —Miró al androide—. Rayos, estoy muerta de hambre. Y muy sucia.

—Ayudaré a la nave a preparar el almuerzo —dijo A. Bettik—. Hay duchas arriba, en el dormitorio principal, y abajo, en la cubierta de fuga.

—Hacia allá me dirijo. Estaré abajo antes del salto cuántico. Os veré dentro de veinte minutos. —Rumbo a la escalera se detuvo para cogerme de nuevo la mano—. Raul Endymion. Lamento parecer ingrata. Gracias por arriesgar tu vida por mí. Gracias por acompañarme en este viaje. Gracias por meterte en algo tan vasto y complicado que ninguno de los dos puede imaginar en qué terminará.

—No hay de qué —dije estúpidamente.

La niña sonrió.

—Tú también necesitas una ducha, amigo. Algún día la tomaremos juntos, pero ahora creo que deberías usar la de la cubierta de fuga.

Pestañeando, sin saber qué pensar, la seguí con los ojos mientras ella subía la escalera.

18

El padre capitán De Soya despierta en un nicho de resurrección a bordo del *Rafael*. Le habían permitido poner nombre a esa nave clase Arcángel. *Rafael* es el arcángel que se encarga de encontrar los amores perdidos.

De Soya sólo ha renacido dos veces, pero en ambas oportunidades había un sacerdote para saludarlo, para darle el sorbo ceremonial de vino sacramental y el habitual vaso de zumo de naranja. Había expertos en resurrección para hablarle y explicárselo, hasta que su mente confundida comenzaba a funcionar de nuevo.

Esta vez sólo ve las curvas y claustrofóbicas paredes del nicho de resurrección. Las pantallas parpadean. Los indicadores muestran hileras de letras y símbolos. De Soya aún no puede leer. Se siente afortunado de poder pensar. Se incorpora y mece las piernas.

«Piernas. Tengo dos.» Está desnudo, por supuesto, la piel rosada y reluciente en la extraña y vaporosa humedad del tanque de resurrección, y ahora siente las costillas, el abdomen, la pierna izquierda, todos los lugares cortados y arruinados por el demonio. Está perfectamente. No hay rastros de la terrible herida que le separaba la pierna del cuerpo.

—¿*Rafael*?

—Sí, padre capitán. —La voz es angélica, es decir, carece totalmente de identidad sexual. Para De Soya resulta tranquilizadora.

—¿Dónde estamos?

—Sistema Parvati, padre capitán.

—¿Y los demás?

De Soya apenas recuerda al sargento Gregorius y los miembros de su equipo que han sobrevivido. No recuerda haber abordado el correo con ellos.

—Están despertando, padre capitán.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

—Menos de cuatro días desde que el sargento lo trajo a bordo, padre capitán. El salto se ejecutó una hora después que usted fue instalado en el nicho de resurrección. Hemos permanecido a diez UAs del mundo de Parvati, siguiendo las instrucciones que usted nos transmitió por medio del sargento Gregorius, durante los tres días de su resurrección.

De Soya asiente. Aún ese leve movimiento es lacerante. La resurrección le produce dolor en todas las células del cuerpo. Pero es un dolor saludable, a diferencia del que le causaban sus heridas.

—¿Has establecido contacto con las autoridades de Pax en Parvati?

—No, padre capitán.

—Bien.

En tiempos de la Hegemonía Parvati era un remoto mundo colonial; ahora es una remota colonia de Pax. No posee naves interestelares de Pax ni Mercantilus, y sólo tiene un pequeño contingente militar y algunas naves interplanetarias precarias. Si desean capturar a la niña en este sistema, el *Rafael* tendrá que encargarse de ello.

—¿Nuevos datos sobre la nave de la niña?

—La nave no identificada efectuó el giro dos horas y dieciocho minutos antes que nosotros —informa *Rafael*—. Las coordenadas de traslación eran sin duda para el sistema Parvati. El tiempo de arribo de la nave no identificada es aproximadamente dentro de dos meses, tres semanas, dos días y diecisiete horas.

—Gracias. Cuando Gregorius y los demás hayan revivido, que se reúnan conmigo en la sala de situación.

—Sí, padre capitán.

—Gracias —repite. Y piensa: «Dos meses, tres semanas, dos días... Madre de Dios, ¿qué haré casi tres meses en este sistema atrasado?» Tal vez no había reflexionado claramente sobre ello. Por cierto lo habían distraído el trauma, el dolor y las drogas. Pero el otro sistema de Pax más próximo era Vector Renacimiento, a diez días de viaje y cinco meses de deuda temporal de Parvati, tres días y medio y dos meses después de que la nave de la niña llegara del sistema de Hyperion. No, quizás entonces no pensara con claridad —y tampoco ahora—, pero había tomado la decisión correcta. Mejor venir aquí y reflexionar.

«Podría saltar a Pacem. Pedir instrucciones directas de Mando de Pax, o incluso del papa. Recobrarme en dos meses y medio y regresar aquí con tiempo de sobra.»

De Soya sacude la cabeza, y hace una mueca de dolor. Tiene sus instrucciones. Capturar a la muchacha y llevarla a Pacem. Regresar al Vaticano sería una admisión de fracaso. Tal vez enviarían a otro. Durante las instrucciones previas al vuelo, la capitana Marget Wu aclaró que el *Rafael* era único, el único correo armado clase Arcángel de seis plazas en existencia, y aunque quizás hayan fabricado otro en los meses de deuda temporal transcurridos desde que él se fue de Pacem, no tiene sentido regresar. Si *Rafael* es aún el único Arcángel armado, De Soya a lo sumo podría agregar un par de soldados más a la lista de tripulantes.

«La muerte y la resurrección no se deben tomar a la ligera.» Cuando De Soya estudiaba el catecismo, le habían inculcado ese precepto. El hecho de que el sacramento exista y se ofrezca a los fieles no significa que deba ejercerse sin gran solemnidad y circunspección.

«No, hablaré con Gregorius y los demás y tomaré mis decisiones aquí. Podemos trazar planes, usar los cubículos de fuga criogénica para esperar el último par de meses. Cuando llegue la nave de la niña, el *San Antonio* la perseguirá. Entre la nave-antorcha y el *Rafael*, tendríamos que estar en condiciones de detener la nave, abordar, y apresar a la niña sin problemas.»

Todo esto tiene sentido para el dolorido cerebro de De Soya, pero otra parte de su mente le susurra: «Sin problemas. Eso pensaste de la misión de Hyperion.»

El padre capitán De Soya gruñe y se levanta del diván de resurrección para ducharse, tomar un café caliente y vestirse.

19

Yo sabía poco sobre los principios del viaje Hawking cuando lo experimenté por primera vez hace años; ahora no sé mucho más. El hecho de que el concepto fuera esencialmente (aunque accidentalmente) de alguien que vivió en el siglo veinte de la era cristiana me desconcertaba y me desconcierta, pero no tanto como la experiencia en sí.

Nos reunimos en la biblioteca —formalmente conocida como el nivel de navegación, nos informó la nave poco antes de la traslación a velocidades C-plus. Yo vestía mi muda de ropa y tenía el cabello húmedo, como Aenea. La niña usaba sólo una túnica gruesa. La debía de haber encontrado en el armario del cónsul, pues la prenda le quedaba demasiado holgada. Cubierta con todos esos metros de tela de algodón, Aenea no aparentaba ni siquiera sus doce años.

—¿No deberíamos ir a los divanes de fuga criogénica? —pregunté.

—¿Por qué? —dijo Aenea—. ¿No quieres ver la diversión?

Fruncí el ceño. Todos los cazadores extranjeros e instructores militares con quienes había hablado se habían pasado el tiempo C-plus en fuga. Así era como los humanos pasaban el tiempo en su viaje entre los astros. Se relacionaba con el efecto del campo Hawking sobre el cuerpo y la mente. Me habían hablado de alucinaciones, pesadillas y dolores indescriptibles. Eso dije, tratando de aparentar calma.

—Mi madre y el tío Martin me dijeron que el C-plus puede aguantarse —dijo la niña—. Incluso disfrutarse. Aunque hay que acostumbrarse.

—Y los éxters modificaron esta nave para facilitarlo —dijo A. Bettik. Aenea y yo estábamos sentados a la mesa de vidrio del centro de la biblioteca; el androide estaba de pie en un costado. Por mucho que yo intentaba tratarlo como a un igual, A. Bettik insistía en actuar como un criado. Resolví dejar de portarme como un idiota igualitario y permitir que actuara a su antojo.

—Las modificaciones —explicó la nave— incluyen una capacidad realzada del campo de contención, con lo cual los efectos laterales del viaje C-plus son mucho menos desagradables.

—¿Cuáles son exactamente esos efectos? —pregunté, reacio a mostrar mi ignorancia, pero poco dispuesto a sufrir si podía evitarlo.

El androide, la niña y yo nos miramos.

—Yo he viajado entre las estrellas en siglos pasados —dijo al fin A. Bettik—, pero siempre estaba en fuga. Mejor dicho, en almacenaje. Los androides éramos embarcados en bodegas, apilados como carne vacuna, según me han dicho.

La niña y yo nos miramos, sin animarnos a mirar de frente al hombre de tez azul.

La nave hizo un ruido muy parecido a un carraspeo.

—En verdad, según mis observaciones de los pasajeros humanos, las cuales,

fuerza es reconocerlo, son dudosas porque...

—Porque tu memoria es borrosa —dijimos la niña y yo al unísono. Nos miramos de nuevo y reímos—. Lo lamento, nave —dijo Aenea—. Continúa.

—Sólo iba a decir que, según mis observaciones, el efecto primario del entorno C-plus sobre los humanos consiste en confusión visual y depresión mental provocadas por el campo y por el mero aburrimiento. Creo que la fuga criogénica se desarrolló para viajes largos, y se usa por comodidad en viajes cortos como éste.

—¿Y las modificaciones éxters atenúan estos efectos laterales? —pregunté.

—Están diseñados para ello —replicó la nave—. Todos menos el aburrimiento, por cierto. Éste es un fenómeno específicamente humano para el cual, creo, no se ha hallado ninguna cura. —Hubo un momento de silencio, y luego la nave informó—: Llegaremos al punto de traslación dentro de diez minutos diez segundos. Todos los sistemas funcionan óptimamente. Aún no hay persecución, aunque el *San Antonio* nos está rastreando con sus detectores de largo alcance.

Aenea se levantó.

—Vamos a contemplar el paso a C-plus.

—¿A contemplarlo? —pregunté—. ¿Dónde? ¿El holofoso?

—No —dijo la niña desde la escalera—. Desde fuera.

La nave espacial tenía un balcón. Yo no lo sabía. Uno podía estar en él aun mientras la nave surcaba el espacio, preparándose para trasladarse a seudovelocidades C-plus. Yo no lo sabía, y si lo hubiera sabido no lo habría creído.

—Extiende el balcón, por favor —le dijo la niña a la nave, y la nave extendió el balcón, junto con el Steinway, y salimos al espacio por la arcada abierta. Desde luego, no salimos realmente al espacio; hasta un rústico como yo sabía que nuestros tímpanos habrían estallado, nuestros ojos reventado y nuestra sangre hervido si hubiéramos salido al vacío. Pero ésa era la impresión que uno tenía.

—¿Esto es seguro? —pregunté, apoyándome en la baranda. Hyperion era una mancha del tamaño de una estrella, y la estrella de Hyperion un sol ardiente a babor, pero la estela de plasma de nuestro motor de fusión, con decenas de kilómetros de longitud, daba la impresión de que estábamos precariamente posados en una alta columna azul. El efecto alentaba la acrofobia, y la ilusión de hallarse en el espacio sin protección creaba algo emparentado con la agorafobia. Hasta ese momento yo no sabía que era susceptible a ciertas fobias.

—Si el campo de contención falla un segundo en esta carga gravitatoria y velocidad —dijo A. Bettik—, moriremos de inmediato. Importa poco si estamos dentro o fuera de la nave.

—¿Y la radiación?

—El campo desvía la radiación cósmica y la radiación solar nociva —explicó el

androide—, y opaca la vista del sol de Hyperion para que no nos enceguezca cuando lo miramos de frente. Aparte de eso, deja pasar el espectro visible.

—Ajá —murmuré, poco convencido. Me alejé de la baranda.

—Treinta segundos para traslación —dijo la nave. Incluso ahí fuera, su voz parecía surgir del aire.

Aenea se sentó al piano y se puso a tocar. No reconocí la melodía, pero parecía clásica, tal vez algo del siglo veintiséis.

Supongo que esperaba que la nave hablara de nuevo antes del momento de la traslación —una cuenta regresiva o algo parecido—, pero no hubo anuncio. De pronto el motor Hawking reemplazó al motor de fusión; un zumbido momentáneo pareció brotar de mis huesos, un vértigo terrible me inundó y me atravesó. Tuve la indolora pero inexorable sensación de que me daban la vuelta como a un guante, pero esta sensación desapareció antes de que yo pudiera comprenderla.

El espacio también había desaparecido. Por espacio me refiero a la escena que presenciaba menos de un segundo antes: el brillante sol de Hyperion, el disco del planeta, el brillante resplandor del casco de la nave, las pocas estrellas brillantes visibles en ese resplandor, la columna de llama azul sobre la que estábamos posados. Todo desapareció. En su lugar había... es difícil de describir.

La nave aún estaba «encima y debajo» de nosotros, y el balcón aún parecía sólido, pero no parecía recibir ninguna luz. Comprendo que esto parece absurdo —tiene que haber luz refleja para que veamos algo—, pero el efecto creaba la impresión de que una parte de mis ojos había dejado de funcionar; aunque percibían la forma y la masa de la nave, la luz parecía ausente.

Más allá de la nave, el universo se había contraído en una esfera azul cerca de la proa, y una esfera roja detrás de las aletas de popa. Tenía conocimientos científicos básicos como para esperar un efecto Doppler, pero este efecto era falso, pues no habíamos estado cerca de la velocidad de la luz hasta la traslación a C-plus y ahora estábamos mucho más allá de ella, dentro del pliegue Hawking. No obstante, los círculos azul y rojo —si miraba con atención, distinguía cúmulos estelares en ambas esferas— se alejaron aún más de la proa y la popa, reduciéndose a diminutos puntos de color. En el medio, llenando el vasto campo de visión... no había nada. No hablo de negrura u oscuridad. Hablo de vacío. Hablo de esa sensación de mareo que se tiene al tratar de mirar un punto ciego. Hablo de una nada tan intensa que daba vértigo, y el vértigo se convertía en náusea, provocando una conmoción tan violenta como esa transitoria sensación de ser vuelto como un guante.

—¡Dios mío! —atiné a decir, aferrando la baranda y cerrando los ojos con fuerza. No sirvió de nada. El vacío también estaba allí. En ese instante comprendí por qué los viajeros interestelares siempre optaban por la fuga criogénica.

Increíblemente, Aenea seguía tocando el piano. Las notas eran claras, cristalinas,

como si ningún medio las modificara. Aun con los ojos cerrados yo veía a A. Bettik de pie junto a la puerta, el rostro azul dirigido al vacío. No, comprendí, ya no era azul. Aquí no existían los colores. Tampoco el negro, el blanco ni el gris. Me pregunté si los humanos que eran ciegos de nacimiento soñaban con la luz y los colores de esta manera descabellada.

—Compensando —dijo la nave, y su voz tenía la misma cualidad cristalina que las notas del piano.

De repente el vacío se derrumbó sobre sí mismo, la visión regresó y las esferas roja y azul regresaron a proa y popa. Al cabo de segundos la esfera azul de popa se desplazó a lo largo de la nave como si ésta atravesara una rosquilla, se fusionó con la esfera roja en la proa. Geometrías multicolores estallaron en la esfera de proa como criaturas volantes naciendo de un huevo. Digo «geometrías multicolores», pero esto no basta para describir la compleja realidad: formas generadas por fractales palpitaban, serpeaban y fluctuaban en lo que había sido un vacío. Formas espiraladas, erizadas de sus propias subgeometrías, se curvaban sobre sí mismas, escupiendo formas más pequeñas con el mismo brillo cobalto y rojo sangre. Ovoides amarillos se convertían en explosiones de luz precisas como púlsares. Hélices de color malva e índigo, semejantes al ADN del universo, caracoleaban en torno. Yo oía estos colores como truenos distantes, como el murmullo del oleaje más allá del horizonte.

Comprendí que tenía la boca abierta. Me alejé de la baranda y traté de concentrarme en la niña y el androide. Los colores del universo fractal jugaban sobre ellos. Aenea aún tocaba suavemente, acariciando las teclas mientras me miraba a mí y los cielos fractales que había a mis espaldas.

—Tal vez deberíamos ir adentro —dije. Las palabras que pronunciaba colgaban del aire como carámbanos de una rama.

—Fascinante —dijo A. Bettik, aún cruzado de brazos, escrutando el túnel de formas que nos rodeaba.

Su tez era nuevamente azul.

Aenea dejó de tocar.

Tal vez intuyendo mi vértigo y terror, se levantó, me cogió la mano y me condujo al interior de la nave. El balcón nos siguió. El casco se reestructuró. Pude respirar de nuevo.

—Tenemos seis días —dijo la niña. Estábamos sentados en el holofoso porque allí los cojines eran confortables. Habíamos comido, y A. Bettik nos había llevado zumos de fruta fríos. La mano no me temblaba tanto cuando nos sentamos a conversar.

—Seis días, nueve horas y veintisiete minutos —dijo la nave.

Aenea miró hacia arriba.

—Nave, puedes permanecer callada un rato, a menos que tengas algo vital que decir o que tengamos una pregunta para hacerte.

—Sí, M. Aenea —dijo la nave.

—Seis días —repitió la niña—. Tenemos que prepararnos.

Bebí un trago.

—¿Para qué?

—Creo que nos estarán esperando. Tenemos que encontrar una manera de pasar por el sistema de Parvati y continuar hacia Vector Renacimiento sin que nos detengan.

Examiné a la niña. Parecía cansada. Aún tenía el cabello en desorden, por la ducha. Con tantas referencias a La Que Enseña, yo había esperado una persona extraordinaria: una joven mesías con toga, un prodigio pronunciando frases crípticas. Pero lo único extraordinario de esta niña era el potente brillo de sus ojos oscuros.

—¿Cómo podrían estar esperando? —pregunté—. Hace siglos que la ultralínea no funciona. Las naves de Pax que nos persiguen no pueden adelantarse con un mensaje, como en tus tiempos.

Aenea sacudió la cabeza.

—No, la ultralínea cayó antes de mis tiempos. Recuerda que mi madre estaba encinta de mí durante la Caída. —Miró a A. Bettik. El androide estaba bebiendo zumo, pero no se había sentado—. Lamento no recordarte. Como decía, yo solía visitar la Ciudad de los Poetas y creía conocer a todos los androides.

Él inclinó levemente la cabeza.

—No hay motivos para que me recuerdes, M. Aenea. Yo me había ido de la Ciudad de los Poetas aun antes de la peregrinación de tu madre. Mis hermanos y yo trabajábamos a orillas del río Hoolie y en el Mar de Hierba. Después de la Caída, abandonamos ese servicio y vivimos a solas en diferentes lugares.

—Entiendo. Hubo muchas locuras después de la Caída. Recuerdo que los androides corrían peligro al oeste de la cordillera de la Brida.

La miré a los ojos.

—Insisto, ¿cómo es posible que alguien nos espere en Parvati? No pueden ir más rápido, ya que nosotros pasamos primero a velocidad cuántica. A lo sumo podrán trasladarse al espacio de Parvati un par de horas después que nosotros.

—Lo sé —dijo Aenea—, pero aun así presiento que nos estarán esperando. Tenemos que encontrar un modo de burlar a una nave de guerra con esta nave desarmada.

Hablamos varios minutos, pero ninguno de nosotros —ni siquiera la nave, cuando se lo preguntamos— tuvo una idea ingeniosa. Mientras hablábamos, yo observaba a la niña, el modo en que fruncía los labios en una sonrisa cuando reflexionaba, la leve arruga de su frente cuando hablaba apasionadamente, la suavidad de su voz.

Comprendí por qué Martin Silenus quería protegerla de todo daño.

—Me pregunto por qué el viejo poeta no nos llamó antes de que abandonáramos el sistema —reflexioné en voz alta—. Habrá querido hablar contigo.

Aenea se peinó el cabello con los dedos.

—El tío Martin nunca me saludaría por banda angosta ni por holo. Habíamos convenido en hablar cuando concluyera este viaje.

La miré.

—¿Conque vosotros dos habéis planeado todo esto? ¿Tu escape, la alfombra voladora... todo?

Aenea sonrió de nuevo.

—Mi madre y yo planeamos los detalles esenciales. Cuando ella murió, el tío Martin y yo comentamos el plan. Él se despidió de mí en la Esfinge esta mañana...

—¿Esta mañana? —exclamé confundido. Luego comprendí.

—Ha sido un largo día para mí —suspiró la niña—. Esta mañana di unos pasos y cubrí la mitad del tiempo que los humanos han estado en Hyperion. Todos mis conocidos, excepto el tío Martin, deben de estar muertos.

—No necesariamente —dije—. Pax llegó poco después de tu desaparición, así que es posible que muchos amigos y parientes hayan aceptado la cruz. Todavía vivirían.

—Aceptado la cruz —repitió la niña, tiritando—. No tengo ningún pariente. Mi única familia era mi madre, y dudo que muchos amigos míos o de mi madre hubieran... aceptado la cruz.

Nos miramos en silencio, y comprendí cuán exótica era esta joven criatura; la mayoría de los acontecimientos históricos de Hyperion con los que yo estaba familiarizado no habían sucedido cuando esta niña había entrado en la Esfinge «esta mañana».

—Como sea —dijo—, no planeamos las cosas hasta el último detalle. Por ejemplo, no sabíamos si la nave del cónsul regresaría con la alfombra voladora. Pero lo cierto es que mi madre y yo planeamos usar el Laberinto si estaba prohibido el acceso al Valle de las Tumbas. Eso salió bien. Y esperábamos que la nave del cónsul estuviera aquí para sacarme de Hyperion.

—Háblame de tu época —dije.

Aenea sacudió la cabeza.

—Lo haré —dijo—, pero no ahora. Tú sabes algo sobre mi época. Para vosotros es historia y leyenda. Yo no sé nada sobre la vuestra, excepto por mis sueños, así que háblame del presente. ¿Cuán ancho es? ¿Cuán hondo es? ¿Cuánto de él podré guardar?

En estas preguntas había una alusión que entonces no reconocí, pero empecé a hablarle de Pax, de la gran catedral de San José y de...

—¿San José? ¿Dónde queda eso?

—Antes se llamaba Keats. La capital. También se llamó Jacktown.

—Ah —dijo Aenea, recostándose en los cojines, el vaso de zumo de frutas en sus dedos delgados—. Cambiaron ese nombre pagano. Bien, a mi padre no le importaría.

Era la segunda vez que mencionaba a su padre, y di por sentado que hablaba del cíbrido Keats, pero no se lo pregunté.

—Sí —afirmé—, muchas localidades cambiaron de nombre cuando Hyperion se sumó a Pax hace dos siglos. Hasta se habló de cambiar el nombre del mundo, pero se conservó Hyperion. De cualquier modo, Pax no gobierna en forma directa, aunque los militares impusieron orden en... —Continué un buen rato, dándole detalles sobre tecnología, cultura, idioma y gobierno. Le describí lo que había oído, leído y observado de la vida en mundos de Pax más avanzados, incluidas las glorias de Pacem.

—Vaya —comentó Aenea cuando hice una pausa—, las cosas no han cambiado tanto. Aunque parece que la tecnología se ha atascado... que aún no ha alcanzado los niveles de tiempos de la Hegemonía.

—Bien, Pax es en parte responsable de ello. La Iglesia prohíbe las máquinas pensantes, las IAs verdaderas, y enfatiza el desarrollo humano y espiritual por encima del avance tecnológico.

Aenea asintió.

—Claro, pero cualquiera creería que habrían alcanzado los niveles de la Red de Mundos en dos siglos y medio. Es como la Edad Oscura.

Sonreí al comprender que me ofendía, que me molestaban las críticas a la sociedad de Pax, a la que había optado por no pertenecer.

—No es para tanto. Recuerda que el mayor cambio ha sido el otorgamiento de una inmortalidad virtual. A causa de ello, el crecimiento demográfico está regulado y hay menos incentivos para cambiar las cosas externas. La mayoría de los cristianos renacidos considera que tiene un largo trecho en esta vida (por lo menos muchos siglos, con suerte milenios), así que no lleva prisa por cambiar las cosas.

Aenea me miró atentamente.

—¿La resurrección con el cruciforme funciona de veras?

—Sí.

—¿Has... aceptado la cruz?

Por tercera vez en los últimos días, me costó explicarme. Me encogí de hombros.

—Perversidad, supongo. Soy terco. Además, hay muchos que no se interesan en ello cuando son jóvenes. Todos planeamos vivir para siempre, pero nos convertimos cuando empieza la vejez.

—¿Eso harás? —preguntó vivazmente.

Iba a encogerme de hombros, pero el gesto de mi mano fue un equivalente.

—No lo sé —dije. Aún no le había hablado de mi «ejecución» y mi resurrección en casa de Martin Silenus—. No lo sé —repetí.

A. Bettik entró en el círculo del holofoso.

—Pensé que convenía mencionar que hemos aprovisionado la nave con una generosa provisión de helado. En varios sabores. ¿Algún interesado?

Pensé una frase para recordar al androide que no era un criado en este viaje, pero Aenea no me dejó hablar.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Chocolate!

A. Bettik asintió, sonrió y se volvió hacia mí.

—¿M. Endymion?

Había sido un largo día: un vuelo en alfombra voladora por el laberinto, tormentas de polvo, batalla (¿el Alcaudón, decía Aenea?) y mi primera travesía por el espacio. Vaya día.

—Chocolate —dije—. Sí, definitivamente. Chocolate.

20

Los supervivientes del equipo del sargento Gregorius son el cabo Bassin Kee y el lancero Ahranwhal Gaspa K. T. Rettig. Kee es un hombre menudo, compacto y rápido en reflejos e inteligencia, mientras que Rettig es alto —casi tan alto como el gigantesco Gregorius— y delgado. Rettig es oriundo de los Territorios del Anillo de Lambert y tiene cicatrices de radiaciones, un físico esquelético y ese carácter independiente tan típico de los habitantes de asteroides. El hombre nunca pisó un mundo grande de gravedad plena hasta cumplir los veintitrés años estándar. La medicación ARN y el ejercicio militar lo han fortalecido al punto de que puede luchar en cualquier mundo. Reservado al extremo de la mudez, Rettig sabe escuchar, sabe obedecer y —como ha mostrado en la batalla de Hyperion— sabe sobrevivir.

El cabo Kee es tan efusivo como Rettig es silencioso. Durante su primer día de deliberaciones, las preguntas y los comentarios de Kee revelan intuición y lucidez, a pesar de la confusión que causa la resurrección.

Los cuatro están conmocionados por la experiencia de la muerte. De Soya trata de convencerlos de que la repetición facilita las cosas, pero su desorientación general da un mentís a estas palabras tranquilizadoras. Aquí, sin asesoramiento, sin terapia y sin los capellanes de resurrección, los soldados de Pax enfrentan el trauma como pueden. Sus deliberaciones del primer día en el espacio de Parvati sufren frecuentes interrupciones cuando los vencen la fatiga o la mera emoción. Sólo el sargento Gregorius parece inmune a la experiencia.

El tercer día se reúnen en la diminuta sala del *Rafael* para planear su curso de acción.

—Dentro de dos meses y tres semanas, la nave se trasladará a este sistema, a menos de mil kilómetros de donde estamos apostados —dice el padre capitán De Soya—, y debemos estar seguros de que podemos interceptarla y detener a la niña.

Los guardias suizos no preguntan por qué deben detener a la niña. Nadie menciona el asunto hasta que el oficial al mando lo plantea. Están dispuestos a morir, si es necesario, para cumplir la críptica orden.

—No sabemos quién más está a bordo de la nave, ¿verdad? —dice el cabo Kee. Han comentado estos problemas, pero la memoria es defectuosa en los primeros días de su nueva vida.

—No —dice De Soya.

—No conocemos el armamento de la nave —dice Kee, como revisando una lista mental.

—Correcto.

—Quizá —propone el cabo Kee— la nave deba reunirse aquí con otra nave... o quizá la niña se propone reunirse con alguien en el planeta.

De Soya asiente.

—El *Rafael* no tiene los sensores de mi vieja nave-antorcha, pero estamos inspeccionándolo todo entre la Nube de Oort y Parvati. Si otra nave se traslada antes que la de la niña, lo sabremos de inmediato.

—¿Éxter? —sugiere el sargento Gregorius.

De Soya alza las manos.

—Todo es especulación. Puedo decirles que se considera que la niña es una amenaza para Pax, así que es razonable presumir que los éxters desean capturarla, siempre que sepan de su existencia. Estamos preparados, si lo intentan.

Kee se frota la lisa mejilla.

—Todavía no puedo creer que podríamos regresar a casa en un día si quisiéramos. O ir en busca de ayuda. —La «casa» del cabo Kee es la República Jamnu en Deneb Drei. Han discutido por qué sería inútil pedir ayuda. La nave de guerra de Pax más próxima es el *San Antonio,* que debería estar persiguiendo la nave de la muchacha, si ha obedecido las órdenes de De Soya.

—Envié un mensaje al comandante de la guarnición de Pax en Parvati —dice De Soya—. Por lo que mostró nuestro inventario informático, sólo tienen sus naves de patrulla orbital y un par de naves interplanetarias. Le he ordenado que ponga todas sus naves espaciales en posiciones defensivas cislunares, que alerte a todos los puestos de avanzada del planeta y que aguarde nuevas órdenes. Si la niña se nos escabullera y aterrizara allí, Pax la encontraría.

—¿Qué clase de mundo es Parvati? —pregunta Gregorius. Su voz profunda siempre llama la atención de De Soya.

—Fue colonizado por hinduistas reformados poco después de la Hégira —explica De Soya, que ha buscado esta información en el ordenador de a bordo—. Un mundo desierto. No tiene oxígeno suficiente para los humanos, en general es una atmósfera de CO_2. La terraformación no fue un éxito, de modo que ni el medio ambiente ni los habitantes están transformados. La población nunca fue numerosa... pocas decenas de millones antes de la Caída. Ahora son menos de medio millón, y la mayoría vive en la gran ciudad de Gandhiji.

—¿Cristianos? —pregunta Kee. De Soya sospecha que la pregunta no responde a mera curiosidad. Kee no hace preguntas ociosas.

—Algunos miles se han convertido en Gandhiji. Allí hay una nueva catedral, San Malaquías, y la mayoría de los renacidos son eminentes personas de negocios que están a favor de unirse a Pax. Han persuadido al gobierno planetario, una especie de oligarquía electiva, de que invitara a la guarnición de Paz, hace cincuenta años estándar. Están demasiado cerca del Confín y tienen miedo de los éxters.

Kee asiente.

—Me preguntaba si la guarnición podía contar con que la población le informara

si la nave de la niña aterriza.

—Lo dudo. El noventa y nueve por ciento de ese mundo está desierto, porque nunca fue colonizado o porque volvió a convertirse en dunas de arena y campos de liquen. La mayoría de la gente está apiñada en torno de las grandes minas de boxita de Gandhiji. Pero las patrullas orbitales pueden detectarla.

—Si ella llega tan lejos —dice Gregorius.

—Cosa que no hará —dice el padre capitán De Soya. Toca un monitor que muestra el gráfico que él ha preparado—. He aquí el plan de intercepción. Nos ocultamos hasta T menos tres días. No se preocupen. Recuerden que la fuga no tiene el efecto de resaca de la resurrección. Media hora para despabilarnos. Bien. En T menos tres días, suena la alarma. *Rafael* ha llegado aquí... —Señala un punto que está a dos tercios de camino en la trayectoria elipsoide—. Conocemos la velocidad de entrada de su nave, lo cual significa que conocemos su velocidad de salida. Estará en coma-cero-tres C, de modo que si desaceleran en Parvati a la misma velocidad con que dejaron Hyperion... —Diagramas cronológicos y de trayectoria llenan la pantalla —. Esto es hipotético, pero el punto de traslación estaría aquí. —Toca un punto rojo a diez UAs del planeta. Su trayectoria elipsoide se dirige hacia ese punto—. Y aquí los interceptaremos, a menos de un minuto de su punto de traslación.

Gregorius se inclina sobre el monitor.

—Todos andaremos como un murciélago saliendo del jodido infierno, con perdón de la expresión, padre.

De Soya sonríe.

—Estás absuelto, hijo mío. Sí, las velocidades serán elevadas, al igual que nuestros delta-V combinados si su nave inicia su desaceleración dirigiéndose a Parvati, pero las velocidades relativas de ambas naves serán casi cero.

—¿Cuán cerca estaremos, capitán? —pregunta Kee. Su cabello negro reluce bajo las lámparas.

—Cuando se trasladen, nos aproximaremos a una distancia de seiscientos kilómetros. A los tres minutos podremos arrojarles una piedra.

Kee frunce el ceño.

—¿Pero qué nos arrojarán ellos?

—Lo ignoro. Pero el *Rafael* es resistente. Apuesto a que sus escudos pueden resistir cualquier cosa que esta nave no identificada nos arroje.

El lancero Rettig gruñe.

—Mala apuesta si perdemos.

De Soya se vuelve hacia el soldado. Casi se había olvidado de Rettig.

—Sí, pero tenemos la ventaja de estar cerca. No sé qué nos arrojarán, pero tendrán un tiempo limitado para hacerlo.

—¿Y qué arrojaremos nosotros? —pregunta Gregorius.

De Soya hace una pausa.

—He revisado el armamento del *Rafael* con ustedes —dice al fin—. Si se tratara de una nave de guerra éxter, podríamos freírla, hornearla, arrollarla o incendiarla. O podríamos lograr que su tripulación muriera en silencio. —El *Rafael* puede lanzar rayos de muerte. A quinientos kilómetros, no habría dudas sobre su eficacia.

—Pero no usaremos nada de eso. A menos que tengamos la necesidad imperiosa de... incapacitar la nave.

—¿Se puede hacer sin peligro de lastimar a la niña? —pregunta Kee.

—No tendremos un ciento por ciento de seguridad de no lastimarla a ella... ni a quien esté con ella —dice De Soya. Hace otra pausa, respira, continúa—. Por eso ustedes van a abordarla.

Gregorius sonríe. Tiene dientes muy grandes y muy blancos.

—Nos aprovisionamos con armaduras espaciales antes de salir del *Santo Tomás Akira* —gruñe el gigante con satisfacción—. Pero sería mejor que practicáramos con ellas antes del abordaje.

De Soya asiente.

—¿Tres días es suficiente?

Gregorius aún sonríe.

—Preferiría una semana.

—De acuerdo —dice el padre capitán—. Despertaremos una semana antes de la intercepción. He aquí un plano de la nave no identificada.

—Pensé que era... no identificada —dice Kee, mirando los planos que ahora llenan los monitores. La nave es una aguja con aletas en un extremo, una caricatura infantil.

—No conocemos su identidad o registro específicos, pero el *San Antonio* envió un vídeo que tomó con el *Buenaventura* antes de nuestra traslación. No es éxter.

—No es éxter, ni Pax, ni Mercantilus. No es una gironave ni una nave-antorcha —dice Kee—. ¿Qué diablos es?

De Soya muestra un croquis en la pantalla.

—Es una nave particular de tiempos de la Hegemonía —murmura—. Sólo fabricaron una treintena. Tiene por lo menos cuatrocientos años, tal vez más.

El cabo Kee silba suavemente. Gregorius se frota la enorme mandíbula. Hasta el impasible Rettig parece impresionado.

—No sabía que habían existido naves espaciales privadas —dice el cabo—. Naves C-plus, quiero decir.

—La Hegemonía recompensaba con ellas a altos funcionarios —dice De Soya—. La primer ministro Gladstone tenía una. También el general Horace Glennon-Height...

—La Hegemonía no lo recompensó a él —dice Kee, riendo entre dientes.

Glennon-Height era el oponente de peor fama que había tenido la Hegemonía, el Aníbal del Confín ante la Roma de la Red de Mundos.

—No —concede el padre capitán De Soya—, el general robó su nave al gobernador planetario de Sol Draconi Septem. De un modo u otro, el ordenador dice que todas estas naves particulares fueron inventariadas antes de la Caída, destruidas, reconfiguradas para FUERZA y luego dadas de baja. Pero el ordenador parece estar equivocado.

—No es la primera vez —gruñe Gregorius—. ¿Estas imágenes muestran armas o sistemas de defensa?

—No, las naves originales eran civiles y no portaban armas, y los sensores del *San Buenaventura* no detectaron radares ni lecturas de pulsos antes de que el Alcaudón matara al equipo de detección. No obstante, esta nave tiene siglos de existencia, así que podemos asumir que la han modificado. Pero aunque tenga armamentos éxters modernos, *Rafael* podría acercarse rápidamente mientras resistimos sus impactos. Una vez que estemos al lado, no podrán usar armas cinéticas. Cuando nos enganchemos, las armas energéticas serán inservibles.

—Mano a mano —murmura Gregorius, estudiando los croquis—. Estarían aguardando en la cámara de presión, así que abriremos una nueva puerta aquí... y aquí...

De Soya siente un hormigueo de alarma.

—No podemos impedir que se escape la atmósfera... la niña...

Gregorius muestra una sonrisa de tiburón.

—No se preocupe, señor. Se tarda menos de un minuto en adherir un costal al casco, y traje varios con el blindaje. Luego volaremos ese sector del casco hacia dentro y entraremos. —Teclea para aproximar la imagen—. Prepararé una simulación, así podremos practicar unos días en 3D. Me gustaría otra semana para simulación. —El rostro negro se vuelve hacia De Soya—. Quizá no tengamos nuestro sueño de belleza durante la fuga, señor.

Kee se toca el labio con un dedo.

—Una pregunta, capitán.

De Soya lo mira.

—Entiendo que no podemos dañar a la niña en ninguna circunstancia, ¿pero qué hay de los demás que se interpongan en el camino?

De Soya suspira. Esperaba esta pregunta.

—Preferiría que nadie más muera en esta misión, cabo.

—Sí, señor, ¿pero qué ocurre si intentan detenernos?

El padre capitán De Soya desactiva el monitor. El atestado cubículo huele a aceite, sudor y ozono.

—Me ordenaron no dañar a la muchacha —dice con lentitud—. No se dijo nada

sobre los demás. Si alguien o algo trata de interponerse, considérenlos prescindibles. Defiéndanse, aunque sea preciso disparar antes de tener la certeza del peligro.

—Los matamos a todos salvo a la niña, y que Dios se encargue de clasificarlos —murmura Gregorius.

De Soya siempre ha odiado esa antigua broma de mercenarios.

—Hagan lo que tengan que hacer sin poner en peligro la vida ni la salud de la niña —dice.

—¿Y si hay sólo otra persona a bordo, interponiéndose entre nosotros y la niña? —dice Rettig. Los otros tres miran al hombre de los asteroides—. ¿Pero es el Alcaudón? —concluye.

El cubículo está en silencio excepto por los omnipresentes ruidos de la nave: metal que se dilata y contrae en el casco, el susurro de los ventiladores, el zumbido del equipo, el eructo ocasional de un impulsor.

—Si es el Alcaudón... —comienza el padre capitán De Soya.

—Si es nuestro pequeño Alcaudón —dice el sargento Gregorius— creo que podemos llevarle algunas sorpresas. Tal vez esta partida no resulte tan fácil para ese pinchudo hijo de puta, con perdón de la expresión, padre.

—Como sacerdote, les advierto una vez más sobre el uso de juramentos. Como oficial al mando, les ordeno que usen todas las sorpresas posibles para liquidar a ese pinchudo hijo de puta.

Se retiran para cenar y planificar sus respectivas estrategias.

21

¿Has notado que en los viajes, aunque sean largos, con frecuencia la primera semana es la que más se graba en la memoria? Quizá sea la agudeza de percepción que brindan los viajes, o quizá sea un efecto de la reorientación de los sentidos, o quizá sea que incluso el encanto de la novedad se gasta pronto, pero ha sido mi experiencia que los primeros días en un lugar nuevo, o de conocer a nuevas personas, fijan el tono del resto del viaje. O, en este caso, del resto de mi vida.

Pasamos el primer día de nuestra magnífica aventura durmiendo. La niña estaba exhausta y también yo, como tuve que admitir al despertar después de dieciséis horas de sueño ininterrumpido. No sé qué habrá hecho A. Bettik durante ese primer día sonámbulo de la travesía —entonces yo no sabía que los androides duermen, aunque mucho menos que los humanos—, pero había colocado su pequeña mochila de posesiones en la sala de máquinas, preparándose una hamaca para dormir, y pasaba mucho tiempo ahí abajo. Yo pensaba dejar a la niña la «alcoba principal» del ápice de la nave; ella se había duchado allí, en el baño contiguo, esa primera mañana, pero pronto se acomodó en uno de los divanes de la cubierta de fuga y ocupó ese espacio. Yo disfrutaba del tamaño y la blandura de la gran cama de la sala circular de arriba y al cabo de un tiempo superé mi agorafobia y permití que el casco se pusiera traslúcido para observar el espectáculo de luces fractales en el espacio de Hawking. Sin embargo, nunca mantenía el casco transparente mucho tiempo, pues esas geometrías pulsátiles me perturbaban indescriptiblemente.

El nivel de la biblioteca y el nivel del holofoso eran, por acuerdo tácito, terreno común. La cocina estaba empotrada en la pared del nivel del holofoso, y habitualmente comíamos en la mesa baja del holofoso, o bien llevábamos la comida a la mesa redonda que estaba cerca del cubículo de navegación. Inmediatamente después de despertar y «desayunar» (la hora de a bordo indicaba que era de tarde en Hyperion, ¿pero para qué respetar la hora de Hyperion cuando quizá nunca volviera a ver ese mundo?), me dirigía a la biblioteca. Todos los libros eran antiguos, publicados durante la época de la Hegemonía o antes, y me sorprendió encontrar un ejemplar de un poema épico de Martin Silenus —*La Tierra moribunda*— así como volúmenes de varios autores clásicos que yo había leído en mi infancia y a menudo releía en la cabaña del marjal o cuando trabajaba en el río.

Ese primer día A. Bettik se reunió conmigo y extrajo un pequeño volumen verde de los anaqueles.

—Esto podría ser interesante —dijo.

Se llamaba *Guía del viajero para la Red de Mundos*, con secciones especiales sobre la Confluencia y el río Tetis.

—Podría ser muy interesante —comenté, abriendo el libro con dedos trémulos.

Creo que el temblor se debía al hecho de que nos dirigíamos hacia allí: estábamos viajando a la ex Red de Mundos.

—Estos libros son doblemente interesantes como artefactos —señaló el androide —, pues vienen de una época en que toda la información era instantáneamente accesible para todos.

Asentí. De niño, cuando escuchaba las historias de Grandam sobre los viejos tiempos, había tratado de imaginar un mundo donde todos usaban implantaciones y tenían acceso a la esfera de datos en todo momento. Hyperion no tenía esfera de datos ni siquiera entonces, y nunca había pertenecido a la Red, pero para la mayoría de los miles de millones de miembros de la Hegemonía, la vida debía de haber sido un incesante estímulo de información visual, auditiva e impresa. No era de extrañar que la mayoría de los humanos no hubiera aprendido a leer en los viejos tiempos. El alfabetismo había sido una de las primeras metas de la Iglesia y de Pax una vez que la sociedad interestelar volvió a unirse mucho después de la Caída.

Ese día, de pie en la enmoquetada biblioteca de la nave, frente al lustre de la teca bruñida y las paredes de cerezo, saqué media docena de libros de los estantes y los llevé a la mesa para leer.

Esa tarde Aenea también incursionó en la biblioteca, sacando *La Tierra moribunda* de los anaqueles.

—No había ejemplares en Jacktown, y el tío Martin se negaba a dármelo cuando lo visitaba —dijo—. Sostenía que, aparte de los *Cantos*, era el único de sus escritos que valía la pena leer.

—¿De qué trata? —pregunté, sin apartar los ojos de la novela de Delmore Deland que estaba hojeando. La niña y yo masticábamos manzanas mientras leíamos y hablábamos. A. Bettik había regresado por la escalera de caracol.

—Los últimos días de Vieja Tierra —dijo Aenea—. Esto trata realmente sobre la infancia mimada de Martin en la gran finca de su familia, en la Reserva de América del Norte.

Dejé mi libro.

—¿Qué crees que sucedió con Vieja Tierra?

La niña dejó de masticar.

—En mis tiempos, todos creían que el agujero negro del Gran Error del 38 la había devorado. Que había desaparecido. Kaput.

Masqué y asentí.

—La mayoría de la gente aún lo cree, pero los *Cantos* del viejo poeta sostienen que el TecnoNúcleo robó la Vieja Tierra y la envió a alguna parte.

—El Cúmulo de Hércules o las Nubes Magallánicas —dijo la niña, dando otro mordisco a la manzana—. Mi madre lo descubrió cuando ella y mi padre estaban investigando su asesinato.

Me incliné hacia delante.

—¿Te molesta hablar de tu padre?

Aenea sonrió.

—No, ¿por qué? Supongo que soy una especie de mestiza, siendo hija de una lusiana y de un cíbrido clonado, pero eso nunca me ha molestado.

—No tienes aspecto de lusiana —dije. Los residentes de ese mundo de alta gravedad eran bajos y robustos. La mayoría era de tez pálida y cabello oscuro; esta niña era menuda pero esbelta, con una talla normal en mundos de gravedad uno; su cabello castaño tenía mechones rubios. Sólo sus luminosos ojos castaños me evocaban la descripción de Brawne Lamia en los *Cantos*.

Aenea rió. Era un sonido agradable.

—Me parezco a mi padre. John Keats era bajo, rubio y flaco.

—Dijiste que hablaste con tu padre —dije, al cabo de un instante de vacilación.

Aenea me miró por el rabillo del ojo.

—Sí, y sabes que el Núcleo mató su cuerpo antes de que yo naciera. ¿Pero sabías que mi madre llevó su personalidad durante meses en un bucle Schron encastrado detrás de la oreja?

Asentí. Figuraba en los *Cantos*.

La niña se encogió de hombros.

—Recuerdo que hablé con él.

—Pero no habías...

—Nacido —dijo Aenea—. Correcto. ¿Qué conversación podría tener la personalidad de un poeta con un feto? Pero hablamos. Su personalidad aún estaba conectada con el TecnoNúcleo. El me mostró... bien, es complicado, Raul. Créeme.

—Te creo. ¿Sabías que los *Cantos* dicen que cuando la personalidad de tu padre abandonó el bucle Schron residió un tiempo en la IA de esta nave?

—Sí —dijo Aenea con una sonrisa burlona—. Ayer, antes de dormirme, pasé una hora hablando con la nave. En efecto, mi padre estuvo aquí. La personalidad coexistió con la mente de la nave cuando el cónsul regresó para comprobar qué había sucedido con la Red después de la Caída. Pero él ya no está aquí. La nave no recuerda mucho sobre esas circunstancias, y no recuerda qué le sucedió a él... si se fue después de la muerte del cónsul o qué. Así que no sé si aún existe.

—Bien —dije, tratando de escoger palabras diplomáticas—, el Núcleo ya no existe, así que no sé cómo podría existir una personalidad cíbrida.

—¿Quién dijo que el Núcleo no existe?

Esa pregunta me sobresaltó.

—El último acto de Meina Gladstone y la Hegemonía fue destruir los enlaces teleyectores, las esferas de datos, la ultralínea y toda la dimensión donde existía el Núcleo. Hasta los *Cantos* concuerdan con ello.

La niña aún sonreía.

—Oh, volaron en pedazos los teleyectores que había en el espacio, y los otros dejaron de trabajar. Y las esferas de datos también habían desaparecido en mi época. ¿Pero quién dice que el Núcleo ha muerto? Es como decir que la araña está muerta porque eliminaste algunas telarañas.

Admito que miré por encima del hombro.

—¿Conque crees que el TecnoNúcleo aún existe? ¿Que esas IAs todavía conspiran contra nosotros?

—No sé nada sobre la conspiración, pero sé que el Núcleo existe.

—¿Cómo?

Ella alzó un dedo.

—Ante todo, la personalidad cíbrida de mi padre aún existía después de la Caída. El fundamento de esa personalidad era una IA del Núcleo que ellos habían modelado. Eso prueba que el Núcleo aún estaba en alguna parte.

Pensé en ello. Como he dicho, los cíbridos —igual que los androides— eran para mí una especie mítica. Era como estar hablando sobre las características físicas de los duendes.

—En segundo lugar —dijo, alzando un segundo dedo y uniéndolo con el primero —, yo me comuniqué con el Núcleo.

Parpadeé.

—¿Antes de nacer?

—Sí. Y cuando vivía con mi madre en Jacktown. Y después de la muerte de mi madre. —Alzó sus libros y se puso de pie—. Y esta mañana.

La miré pasmado.

—Tengo hambre, Raul —dijo desde la escalera—. Quiero ver qué nos ofrece la cocina de esta vieja nave para el almuerzo.

Pronto fijamos una rutina a bordo, adoptando los horarios de Hyperion como horas de sueño y vigilia. Comenzaba a entender por qué la costumbre de la Hegemonía de mantener el sistema de veinticuatro horas de Vieja Tierra había sido tan importante en tiempos de la Red. En alguna parte había leído que casi el noventa por ciento de los mundos terroides o terraformados de la Red tenían días que estaban a tres horas del día estándar de Vieja Tierra.

A Aenea aún le agradaba extender el balcón y tocar el Steinway bajo el cielo del espacio Hawking, y yo a veces me quedaba allí escuchando unos minutos, aunque prefería la sensación de protección que me brindaba el interior de la nave. Ninguno se quejaba de los efectos del entorno C-plus, aunque los sentíamos: sobresaltos emocionales, la sensación constante de que alguien nos observaba y sueños muy extraños. Mis sueños me despertaban con el corazón palpitante, la boca seca y ese sudor que sólo provocan las peores pesadillas. Pero nunca recordaba los sueños.

Quería preguntar a los demás acerca de sus sueños, pero A. Bettik nunca mencionaba los suyos —yo ignoraba si los androides soñaban— y Aenea, aun reconociendo que sus sueños eran extraños y los recordaba, no los contaba nunca.

El segundo día, mientras estábamos sentados en la biblioteca, Aenea sugirió que «experimentásemos» el vuelo espacial. Le pregunté cómo podíamos experimentarlo más de lo que estábamos experimentando —pensaba en los fractales Hawking—, y ella se echó a reír y pidió a la nave que cancelara el campo de contención interna. Inmediatamente perdimos peso.

Cuando era niño, yo había soñado con la gravedad cero. Nadando en el salado Mar del Sur cuando era soldado, había cerrado los ojos, había flotado y me había preguntado si así era el viaje espacial de antaño.

No lo es. La gravedad cero, y sobre todo la gravedad cero repentina que la nave nos dio a petición de Aenea, es aterradora. Consiste simplemente en caer.

O eso parece.

Aferré la silla, pero la silla también estaba cayendo. Era como si hubiéramos pasado dos días en uno de esos enormes funiculares de la Cordillera de la Brida y de pronto se partiera el cable. Mi oído medio protestó, tratando de encontrar un horizonte que fuera creíble. No lo encontró.

A. Bettik emergió desde abajo y preguntó con calma si había algún problema.

—No —rió Aenea—, sólo vamos a experimentar el espacio por un rato.

A. Bettik asintió y se zambulló en el hueco de la escalera para regresar a sus tareas.

Aenea lo siguió hasta la escalera, impulsándose con las piernas.

—¿Ves? Este pozo de escaleras se convierte en un pozo central cuando la nave está en gravedad cero. Igual que en las antiguas gironaves.

—¿No es peligroso? —pregunté, pasando la mano del respaldo de la silla a un anaquel. Por primera vez reparé en las cuerdas elásticas que mantenían los libros en su sitio. Todo lo que no estaba sujeto (el libro que yo había dejado en la mesa, las sillas que rodeaban la mesa, un suéter que yo había arrojado en el respaldo de otra silla, restos de la naranja que estaba comiendo) flotaba.

—No es peligroso —dijo Aenea—. Pero es desordenado. La próxima vez tendremos todo a punto antes de cancelar el campo interno.

—¿Pero el campo interno no es importante?

Aenea flotaba cabeza abajo, desde mi perspectiva. Mi oído interior rechazaba esto aún más que el resto de la experiencia.

—El campo impide que choquemos y nos zarandeemos cuando nos desplazamos por el espacio normal —dijo, dirigiéndose al centro del pozo de veinte metros, aferrando la baranda de la escalera—, pero en el espacio C-plus no podemos acelerar ni reducir la velocidad, así que... ¡allá voy! —Manoteó una agarradera, en el centro

de lo que había sido el pozo de la escalera, y se zambulló de cabeza.

—Cielos —jadeé. Me alejé de la biblioteca, pateando la pared opuesta, y la seguí por el pozo central.

Durante una hora jugamos en gravedad cero: tocar y parar gravedad cero, escondite gravedad cero (descubrí que uno podía esconderse en los sitios más raros cuando no había gravedad), fútbol gravedad cero, usando uno de los cascos espaciales de plástico que hallamos en un armario, e incluso lucha gravedad cero, que era mas difícil de lo que yo hubiera imaginado. Mi primer intento de aferrar a la niña nos lanzó a tumbos a lo largo, ancho y alto de la cubierta de fuga.

Al final, exhaustos y sudados (la transpiración colgaba en el aire hasta que uno se movía o el aire de los ventiladores la desplazaba), Aenea ordenó que el balcón se abriera de nuevo. Grité de miedo, pero la nave me recordó que el campo exterior estaba intacto, y flotamos por encima del Steinway atornillado, hasta la baranda y más allá; nos alejamos por esa tierra de nadie que había entre la nave y el campo y miramos la nave, rodeada por fractales explosivos, reluciendo en una fría gloria de fuegos artificiales, mientras el espacio Hawking se plegaba y contraía en torno a nosotros varios miles de millones de veces por segundo.

Al fin regresamos adentro (descubrí que era una hazaña lograrlo cuando no había ningún apoyo), avisamos a A. Bettik por el interfono que se apoyara en el suelo y reactivamos el campo interno. Nos echamos a reír, pues suéters, emparedados, sillas, libros y varias gotas de agua de un vaso que había quedado fuera se estrellaron en la moqueta.

Ese mismo día —esa noche, mejor dicho, pues la nave había atenuado las luces para el período de sueño— bajé al nivel del holofoso para prepararme un bocado y oí ruidos suaves por la abertura de la cubierta de fuga.

—¿Aenea? —murmuré. No hubo respuesta. Fui hasta la escalera, mirando el oscuro centro y sonriendo al recordar nuestras piruetas de horas antes—. ¿Aenea?

Tampoco hubo respuesta, pero los ruidos suaves continuaban. Lamentando no tener una linterna, bajé por la escalera de metal.

Los monitores de sueño de fuga irradiaban un fulgor tenue encima de los divanes de los cubículos. Los ruidos venían del cubículo de Aenea, que me daba la espalda. Estaba cubierta hasta los hombros, pero vi el collar de la vieja camisa del cónsul que ella usaba como bata. Me acerqué sin hacer ruido y me arrodillé.

—¿Aenea?

La niña lloraba y trataba de sofocar los sollozos.

Le toqué el hombro y se volvió. Aun en ese tenue fulgor noté que hacía rato que lloraba; tenía los ojos rojos e hinchados, las mejillas húmedas.

—¿Qué pasa, pequeña? —susurré. Estábamos a dos cubiertas de la sala de máquinas, donde A. Bettik dormía en su hamaca, pero la escalera estaba abierta.

Aenea tardó un instante en responder, pero al final logró calmarse.

—Lo lamento —dijo.

—Está bien. Dime qué ocurre.

—Dame un pañuelo de papel y lo haré.

Hurgué en los bolsillos de la vieja bata que el cónsul había dejado. No tenía pañuelos, pero había usado una servilleta con la torta que estaba comiendo arriba. Se la entregué.

—Gracias. —Aenea se sonó la nariz—. Me alegra no estar en gravedad cero —dijo—. Mis mocos flotarían por todas partes.

Sonreí y le estrujé el hombro.

—¿Qué sucede, Aenea?

Intentó reírse. No pudo.

—Todo. Todo anda mal. Tengo miedo. Todo lo que sé sobre el futuro me mata de miedo. No sé cómo escaparemos de esos tíos de Pax, y sé que estarán esperándonos dentro de pocos días. Extraño mi hogar. No puedo regresar, y todos los que conocí se han ido para siempre excepto Martin. Sobre todo extraño a mi madre.

Le apreté el hombro. Brawne Lamia, su madre, era un personaje legendario, una mujer que había muerto dos siglos y medio atrás. Algunos de sus huesos ya eran polvo, dondequiera que estuviesen sepultados. Para esta niña, la muerte de su madre había ocurrido sólo dos semanas atrás.

—Lo lamento —musité, y de nuevo le apreté el hombro, sintiendo la textura de la vieja camisa del cónsul—. Todo saldrá bien.

Aenea asintió y me cogió la mano. La suya aún estaba mojada. Su palma y sus dedos parecían diminutos contra mi manaza.

—¿Quieres venir a la cocina y comer un poco de torta de chalma conmigo? —susurré—. Es sabrosa.

Ella meneó la cabeza.

—Creo que ahora me dormiré. Gracias, Raul.

Me estrujó la mano antes de soltarla, y en ese instante comprendí la gran verdad: La Que Enseña, la nueva mesías, aquello que la hija de Brawne Lamia resultara ser, también era una chiquilla, una pequeña que reía haciendo piruetas en gravedad cero y lloraba de noche.

Subí silenciosamente la escalera, deteniéndome para mirarla antes de que mi cabeza llegara al nivel de la cubierta siguiente. Estaba acurrucada bajo la manta, mirando hacia el otro lado, y su cabello reflejaba el fulgor de las consolas.

—Buenas noches, Aenea —susurré, sabiendo que no me oiría—. Todo saldrá bien.

22

El sargento Gregorius y sus dos hombres aguardan en la cámara de presión del *Rafael* mientras la nave clase Arcángel se aproxima a la nave no identificada que acaba de trasladarse desde el espacio C-plus. Sus armaduras espaciales son aparatosas y, con sus rifles y armas energéticas colgados, los tres hombres llenan la cámara. El sol de Parvati reluce sobre sus visores dorados cuando se inclinan hacia el espacio.

—En posición —dice el padre capitán De Soya por los auriculares—. Distancia, cien metros y acercándonos.

La ahusada nave con aletas llena la visión cuando se aproximan. Entre ambas naves parpadean campos de contención defensivos, disipando rápidamente los disparos energéticos y de contrapresión. El visor de Gregorius se opaca, se aclara y se opaca con las explosiones.

—Dentro del alcance mínimo de sus rayos —advierte De Soya desde el centro de control de combate—. ¡Ahora!

Gregorius hace una seña y sus hombres salen al mismo tiempo que él. Los propulsores de sus paks de reacción escupen diminutas llamas azules mientras corrigen su arco.

—Campos de irrupción... ¡ya! —ordena De Soya.

Los campos de contención chocan y se anulan mutuamente sólo unos segundos, pero es suficiente: Gregorius, Kee y Rettig están ahora dentro del huevo defensivo de la otra nave.

—Kee —dice Gregorius por radio, y el otro desvía los propulsores y se lanza hacia la proa de la nave que desacelera—. Rettig. —La otra armadura se dirige hacia el tercio inferior de la nave. Gregorius aguarda hasta último momento para anular su velocidad, gira, aplica toda su potencia y siente que sus gruesas suelas tocan el casco en silencio. Activa las grapas de las botas, siente la conexión, separa las piernas, se agazapa sobre el casco haciendo contacto con una sola bota.

—Conectado —dice el cabo Kee por banda angosta.

—Conectado —dice Rettig un segundo después.

El sargento Gregorius coge la cuerda del collar de abordaje, la apoya en el casco, activa el adhesivo y sigue arrodillado sobre él. Está dentro de un círculo negro de un metro y medio de diámetro.

—Al contar tres —dice por el micrófono—. Tres... dos... uno... desplegar. —Toca su controlador de pulsera y pestañea cuando un dosel microdelgado de polímero molecular sale del círculo, se cierra sobre su cabeza y sigue creciendo sobre él. A los dos segundos está dentro de un saco transparente de veinte metros, como un soldado con armadura dentro de un condón gigante.

—Listo —dice Kee. Rettig repite la palabra.

—Colocado —dice Gregorius, poniendo una carga explosiva contra el casco y apoyando el dedo en el control—. A la cuenta de cinco... —La nave rota debajo de ellos, disparando los propulsores y motores principales casi al azar, pero el *Rafael* la ha encerrado en el férreo abrazo de un campo de contención, y los hombres no se apartan del casco—. Cinco... cuatro... tres... dos... uno... ¡ya!

La silenciosa detonación no tiene fogonazo ni retroceso. Un círculo de casco de ciento veinte centímetros vuela hacia dentro. Gregorius sólo ve el fantasma del saco polímero de Kee en torno de la curva del pasillo, el destello de la luz solar mientras se infla. El saco de Gregorius también se infla como un globo gigante cuando la atmósfera sale de la brecha y llena el espacio que lo rodea. Oye un chillido huracanado por sus antenas externas durante cinco segundos, luego silencio cuando el espacio que lo rodea —ahora lleno de oxígeno y nitrógeno, según sus sensores— se llena de polvo y detritos arrojados durante la breve diferencial de presión.

—Entrando... ¡ya! —exclama Gregorius, empuñando su rifle de plasma mientras se abre paso al interior.

No hay gravedad. Es una sorpresa para el sargento, que está dispuesto a rodar por las cubiertas, pero al cabo de segundos se adapta y gira en círculos, mirando en torno.

Una sala. Cojines, una antigua pantalla de vídeo, anaqueles con libros...

Un hombre sube flotando por el pozo central.

—¡Alto! —exclama Gregorius, usando bandas de radio comunes y el altoparlante del casco. El hombre no se detiene. Trae algo en la mano.

Gregorius dispara. El proyectil de plasma abre un boquete de diez centímetros de anchura. Sangre y vísceras saltan de la figura tambaleante, y algunos glóbulos manchan el visor de Gregorius y su peto blindado. El muerto suelta el objeto, y Gregorius lo mira mientras lo patea hacia la escalera. Es un libro.

—Maldición —masculla el sargento. Ha matado a un hombre desarmado. Perderá puntos por ello.

—Adentro, nivel superior, nadie aquí —transmite Kee—. Bajando.

—Sala de máquinas —dice Rettig—. Un hombre aquí. Trató de huir y tuve que abatirlo. Ni rastro de la niña. Subiendo.

—Debe de estar en el nivel medio o el nivel de la cámara de presión —ruge el sargento—. Avancen con cautela.

Las luces se apagan, y el farol del casco de Gregorius y la linterna de su rifle se encienden automáticamente, con haces claramente visibles en un aire lleno de polvo, globos de sangre y artefactos que ruedan. Se detiene frente a la escalera.

Alguien o algo se acerca flotando. Gregorius mueve el casco, pero la luz del rifle de plasma ilumina primero esa silueta.

No es la niña. Gregorius ve una confusa mole de gran tamaño, superficies filosas, espinos, brazos, ardientes ojos rojos. Debe decidir en un segundo: si dispara rayos de

plasma por el pozo abierto, puede herir a la niña. Si no hace nada, morirá. Las filosas garras se le acercan mientras vacila.

Gregorius ha amarrado la vara de muerte al rifle de plasma antes de abordar la nave. Se aleja de un puntapié, encuentra un ángulo, activa la vara.

La silueta filosa sigue de largo, los cuatro brazos flojos, los ojos rojos tenues. «La maldita cosa no es invulnerable a las varas de muerte», piensa Gregorius. Tiene sinapsis. Entrevé a alguien encima de él, apunta el rifle, identifica a Kee. Los dos hombres descienden de cabeza por el pozo. «Será embarazoso si alguien enciende el campo interno y vuelve la gravedad —piensa Gregorius—. Tenlo en cuenta.»

—La tengo —anuncia Rettig—. Estaba escondida en un cubículo de fuga.

Gregorius y Kee descienden hasta el nivel de fuga. Una silueta maciza en armadura de combate aferra a la niña. Gregorius repara en el cabello castaño con mechones rubios, los ojos oscuros y los puños que golpean en vano la armadura de Rettig.

—Es ella —dice. Se comunica con el *Rafael*—. Nave despejada. Tenemos a la niña. Esta vez, sólo dos defensores y la criatura.

—Enterado —responde De Soya—. Dos minutos quince segundos, impresionante. Pueden regresar.

Gregorius asiente, echa un vistazo más a la niña cautiva, que ya no se resiste, y teclea los controles del traje.

Parpadea y ve a los otros dos tendidos junto a él, los trajes conectados umbilicalmente a la realidad virtual táctica. De Soya ha apagado los campos internos del *Rafael*, para mantener mejor la ilusión. Gregorius se quita el casco, ve que los otros dos hacen lo mismo, y ayuda a Kee a quitarse la aparatosa armadura.

Los tres se reúnen con De Soya en la sala. Podrían reunirse en el simulador de espacio táctico, pero prefieren la realidad física para sus deliberaciones.

—Fue sencillo —dice De Soya mientras ocupan sus sitios en torno de la mesa.

—Demasiado sencillo —dice el sargento—. No creo que las varas de muerte maten al Alcaudón. Y la pifié con ese tío de la cubierta de navegación... Sólo tenía un libro.

De Soya asiente.

—Hizo lo correcto, sin embargo. Mejor eliminarlo que correr riesgos.

—¿Dos hombres desarmados? —dice el cabo Kee—. Lo dudo. Esto es tan poco realista como los doce tíos armados del tercer ejercicio. Deberíamos proyectar más enfrentamientos con los éxters... Ellos son mortíferos.

—No sé —murmura Rettig. Lo miran y esperan.

—Seguimos capturando a la niña sin que ella sufra ningún daño —dice al fin.

—Esa quinta simulación... —comienza Kee.

—Sí, ya sé —dice Rettig—. Sé que entonces la matamos por accidente. Pero en

esa simulación la nave estaba preparada para estallar. Dudo que eso ocurra. ¿Quién oyó hablar de una nave de cien millones de marcos con un botón de autodestrucción? Es estúpido.

Los otros tres se miran y se encogen de hombros.

—Es una idea tonta —dice el padre capitán De Soya—, pero programé los planes tácticos para varios parámetros de...

—Sí —interrumpe el lancero Rettig, su delgado rostro filoso y amenazador como un cuchillo—. Sólo quiero decir que si hay combate, las probabilidades de que la niña salga herida son mucho mayores de lo que sugieren nuestras simulaciones. Eso es todo.

Rara vez el parco Rettig habla tanto.

—Tiene razón —dice De Soya—. En nuestra próxima simulación, elevaré el nivel de peligro para la niña.

Gregorius sacude la cabeza.

—Capitán, sugiero que dejemos las simulaciones y regresemos a los ejercicios físicos. Es decir... —Mira su cronómetro de pulsera. El recuerdo del voluminoso traje de combate le entorpece los movimientos—. Dentro de sólo ocho horas esto será real.

—Sí —dice el cabo Kee—. De acuerdo. Prefiero estar fuera haciéndolo en serio, aunque así no podamos simular la otra nave.

Rettig asiente de mala gana.

—Acepto —dice De Soya—. Pero primero comeremos raciones dobles. Sólo han sido ejercicios tácticos, pero ustedes tres han perdido diez kilos la última semana.

El sargento Gregorius se inclina sobre la mesa.

—¿Podemos ver la trayectoria, señor?

De Soya teclea el monitor. La larga trayectoria elipsoide del *Rafael* y el punto de traslación de la nave fugitiva están por intersectarse. El rojo punto de intersección parpadea.

—Un nuevo ensayo en espacio real —dice De Soya— y luego todos dormiremos por lo menos dos horas, revisaremos nuestro equipo y calmaremos los ánimos. —Mira su propio cronómetro, aunque el monitor exhibe la hora de a bordo y la hora de intercepción—. Salvo un accidente, la niña debería estar en nuestras manos dentro de siete horas y cuarenta minutos... y estaremos preparados para la traslación a Pacem.

—Señor —dice el sargento Gregorius.

—Sí, sargento.

—Con todo respeto, señor, en el puñetero universo del Buen Señor no hay manera de impedir accidentes u otras contingencias.

23

—¿Cuál es tu plan? —pregunté.

Aenea apartó los ojos del libro que estaba leyendo.

—¿Quién dice que tengo un plan?

Me senté en una silla.

—Falta menos de una hora para que entremos en el sistema de Parvati. Hace una semana dijiste que necesitábamos un plan por si ellos saben que venimos. ¿Cuál es el plan, pues?

Aenea suspiró y cerró el libro.

A. Bettik había subido a la biblioteca y se sentó a la mesa, algo insólito en él.

—No sé si tengo un plan —dijo la niña.

Me lo temía. La semana había sido bastante grata; los tres habíamos leído, charlado y jugado. Aenea era excelente en el ajedrez, buena en el go y mortífera en el póquer, y los días habían transcurrido sin incidentes. Muchas veces yo había intentado sonsacarle sus planes —¿adónde pensaba ir, por qué escoger Vector Renacimiento, se proponía encontrar a los éxters?—, pero sus corteses respuestas eran siempre vagas. Aenea demostró gran talento para hacerme hablar. Yo no había conocido a muchos niños —aun en mi infancia, había pocos en nuestro grupo, y rara vez disfrutaba de su compañía, pues Grandam me resultaba mucho más interesante—, pero los chicos y adolescentes que había conocido a través de los años nunca habían demostrado tanta curiosidad ni capacidad para escuchar. Aenea me indujo a describir mis años de pastor; demostró especial interés en mi aprendizaje como artesano jardinero; hizo mil preguntas sobre mis días de barquero y guía de cazadores. Lo único que no le interesaba eran mis días de soldado. Parecía especialmente interesada en mi perra, aunque hablar de Izzy —su crianza, su entrenamiento, su muerte— me contrariaba bastante.

Noté que incluso podía inducir a A. Bettik a hablar de sus siglos de servidumbre y yo también me prestaba a escuchar pacientemente: el androide había visto y experimentado cosas asombrosas: otros mundos, la colonización de Hyperion con Triste Rey Billy, las primeras incursiones del Alcaudón en Equus, la peregrinación final que el viejo poeta había hecho famosa, incluso las décadas con Martin Silenus resultaban fascinantes.

Pero la niña decía muy poco. En nuestra cuarta noche de viaje, admitió que había salido por la Esfinge hacia el futuro no sólo para escapar de las tropas de Pax, sino para buscar su destino.

—¿Como mesías? —pregunté intrigado.

Aenea rió.

—No —dijo—, como arquitecta.

Quedé sorprendido. Ni los *Cantos* ni el viejo poeta habían dicho que La Que Enseña se ganaría la vida como arquitecta.

Aenea se encogió de hombros.

—Eso es lo que deseo hacer. En mi sueño la persona que podía enseñarme vivía en esta época. Así que vine aquí.

—¿La persona que podía enseñarte? Creí que tú eras La Que Enseña.

Aenea se repantigó en los cojines y apoyó la pierna en el respaldo del diván.

—Raul, ¿qué podría enseñar yo? Tengo doce años estándar y nunca he estado fuera de Hyperion. Demonios, nunca había salido del continente de Equus. ¿Qué puedo enseñar?

No supe qué responder.

—Quiero ser arquitecta, y en mi sueño el arquitecto que puede formarme está allá afuera... —Señaló el casco, pero comprendí que se refería a la Red de la vieja Hegemonía, adonde nos dirigíamos.

—¿Quién es?

—No conozco su nombre.

—¿En qué mundo está?

—No lo sé.

—¿Estás segura de que es el siglo correcto? —pregunté, tratando de disimular mi irritación.

—Sí. Quizás. Eso creo.

Aenea nunca actuaba con petulancia, pero ahora parecía peligrosamente cerca de ello.

—¿Y acabas de soñar con esta persona?

Se sentó en los cojines.

—No sólo soñar. Mis sueños son importantes para mí. Son más que sueños. Ya verás.

Traté de no resoplar de fastidio.

—¿Qué sucederá cuando seas arquitecta?

Ella se mordió una uña. Era una mala costumbre que yo planeaba hacerle abandonar.

—¿A qué te refieres?

—El viejo poeta espera grandes cosas de ti. Ser mesías es sólo una parte. ¿Cómo encaja todo eso?

—Raul —dijo Aenea, levantándose para bajar a su cubículo de fuga—, no te ofendas, ¿pero por qué diablos no me dejas en paz?

Luego se disculpó por esa grosería, pero cuando nos sentamos a la mesa faltando una hora para nuestra traslación a un sistema estelar extraño, temí que mi pregunta

sobre su plan provocara la misma respuesta.

No fue así. Empezó a morderse una uña, se contuvo y dijo:

—De acuerdo, tienes razón. Necesitamos un plan. —Miró a A. Bettik—. ¿Tienes uno?

El androide negó con la cabeza.

—El amo Silenus y yo hablamos de ello muchas veces, M. Aenea, pero nuestra conclusión era que si Pax llegaba primero a nuestro destino, todo estaba perdido. No obstante, parece improbable, pues la nave-antorcha que nos persigue no puede viajar más rápido que nosotros en el espacio Hawking.

—No sé —intervine—. Algunos cazadores a quienes guié en estos años mencionaban rumores de que Pax o la Iglesia tenían naves súper veloces.

A. Bettik asintió.

—Hemos oído esos rumores, M. Endymion, pero la lógica sugiere que si Pax hubiera desarrollado esas naves, un logro que la Hegemonía nunca alcanzó, dicho sea de paso, no parece haber motivos para que no equiparan sus naves de guerra y naves Mercantilus con ese dispositivo.

Aenea tamborileó sobre la mesa.

—No importa cómo harán para llegar primeros. He soñado que lo harán. Estuve analizando planes, pero...

—¿Qué hay del Alcaudón? —dije.

Aenea me miró de reojo.

—¿A qué te refieres?

—Bien, obró como conveniente *deus ex machina* en Hyperion, así que me preguntaba si...

—¡Maldición, Raul! —exclamó la niña—. Yo no pedí que esa criatura matara a esas personas. Ojalá no lo hubiera hecho.

—Lo sé, lo sé —dije, tocándole la manga para calmarla. A. Bettik había recortado viejas camisas del cónsul para ella, pero su vestuario aún era escaso.

Sabía que aquella carnicería la tenía a maltraer. Luego confesó que era una de las razones por las cuales lloraba en su segunda noche de viaje.

—Lo lamento —dije sinceramente—. No quería hablar a la ligera de... esa cosa. Sólo pensé que si alguien intentaba detenernos de nuevo, tal vez...

—No —insistió Aenea—. He soñado que alguien trata de impedir que lleguemos a Vector Renacimiento. Pero no he soñado que el Alcaudón nos ayudara. Tenemos que elaborar nuestro propio plan.

—¿Qué hay del TecnoNúcleo? —sugerí. Era la primera vez que hablaba del TecnoNúcleo desde que ella lo había mencionado el primer día.

Aenea parecía sumida en sus reflexiones, o al menos ignoró mi pregunta.

—Si hemos de liberarnos de los problemas que nos aguardan, tendrá que ser por

mérito propio. O quizá... Nave.

—Sí, M. Aenea.

—¿Has escuchado esta conversación?

—Desde luego, M. Aenea.

—¿Tienes alguna idea que pueda ayudarnos?

—¿Ayudaros a evitar la captura si hay naves de Pax esperando?

—Sí —rezongó Aenea. Con frecuencia perdía la paciencia con la nave.

—No tengo ideas originales. He intentado recordar cómo el cónsul eludió a las autoridades locales cuando atravesábamos un sistema...

—¿Y?

—Bien, como he dicho, mi memoria no es tan completa como...

—Sí, sí, ¿pero recuerdas alguna manera ingeniosa de eludir a las autoridades?

—Bien, ante todo, yendo a más velocidad que ellas. Como ya hemos dicho, las modificaciones éxters afectaron el campo de contención y el motor de fusión. Estos cambios me permiten alcanzar velocidades de traslación C-plus mucho más rápidamente que las gironaves estándar... o así era la última vez que viajé entre las estrellas.

A. Bettik entrelazó las manos y le habló a la misma pared donde Aenea fijaba los ojos.

—Estás diciendo que si las autoridades... en este caso las naves de Pax... salieran del planeta Parvati o sus cercanías, podrías efectuar la traslación a Vector Renacimiento antes de que puedan interceptarnos.

—Con seguridad —dijo la nave.

—¿Cuánto tiempo durará la maniobra?

—¿Maniobra?

—El tiempo de permanencia en el sistema, antes que podamos efectuar el salto cuántico para viajar al sistema de Vector Renacimiento —dije.

—Treinta y siete minutos —dijo la nave—. Lo cual incluye reorientación, chequeos de navegación y chequeos de sistemas.

—¿Y si una nave de Pax está esperando cuando regresemos al espacio normal? —preguntó Aenea—. ¿Tienes modificaciones éxters que puedan ayudarnos?

—No lo creo —dijo la nave—. Están los campos de contención mejorados, pero no pueden competir con las armas de una nave de guerra.

La niña suspiró y se apoyó en la mesa.

—He reflexionado sobre esto una y otra vez, pero todavía no veo en qué nos puede ayudar.

A. Bettik estaba pensativo, pero él siempre parecía estar pensativo.

—Durante el tiempo en que estábamos escondidos, cuidando la nave —dijo—, se manifestó otra modificación éxter.

—¿Cuál? —pregunté.

A. Bettik señaló hacia abajo, hacia el nivel del holofoso.

—Mejoraron la capacidad de transformación. El modo en que puede extender el balcón es un ejemplo, así como su aptitud para extender alas durante un vuelo atmosférico. Es capaz de abrir cada nivel viviente a la atmósfera, soslayando así la vieja entrada de la cámara de presión si es necesario.

—Sensacional —dijo Aenea—, pero todavía no entiendo en qué puede ayudarnos, a menos que la nave pueda transformarse al punto de hacerse pasar por una nave-antorcha de Pax. ¿Puedes hacerlo, nave?

—No, M. Aenea —dijo la suave voz masculina—. Los éxters me introdujeron fascinantes recursos piezodinámicos, pero todavía debemos habérnoslas con la conservación de la masa. —Al cabo de un segundo de silencio añadió—: Lo lamento, M. Aenea.

—Una idea tonta —dijo Aenea, y se irguió en el asiento. Era tan obvio que se le había ocurrido algo que ni A. Bettik ni yo interrumpimos sus pensamientos por dos minutos. Al fin dijo—: ¿Nave?

—Sí, M. Aenea.

—¿Puedes simular una cámara de presión o una simple abertura en alguna parte de tu casco?

—En cualquier parte, M. Aenea. Salvo en cápsulas de comunicaciones y zonas que afectan los motores...

—¿Pero en las cubiertas habitables? —interrumpió la niña—. ¿Podrías abrirlas tal como haces que el casco superior se ponga transparente?

—Sí, M. Aenea.

—¿El aire saldría si hicieras eso?

—No permitiría que sucediera, M. Aenea —respondió la nave con voz levemente alarmada—. Al igual que con el balcón del piano, yo preservaría la integridad de todos los campos externos de modo que...

—¿Pero podrías abrir cada cubierta, no sólo la cámara de presión, y despresurizarla? —La obstinación de la niña me resultaba nueva entonces. Ahora me resulta familiar.

—Sí, M. Aenea.

A. Bettik y yo escuchábamos sin comentarios. Yo no podía hablar en nombre del androide, pero personalmente no tenía idea de qué se proponía la niña. Me incliné hacia ella.

—¿Esto es parte de un plan? —pregunté.

Aenea sonrió pícaramente. Era lo que luego yo llamaría su sonrisa traviesa.

—Es demasiado primitivo para ser un plan —dijo—, y si me equivoco en cuanto a las razones por las cuales Pax quiere capturarme... bien, no funcionará. —La

sonrisa traviesa se convirtió en mueca—. Tal vez no funcione de todos modos.

Miré la hora.

—Tenemos cuarenta y cinco minutos para la traslación y para averiguar si alguien está esperando. ¿Quieres explicarnos ese plan que tal vez no funcione?

La niña empezó a hablar. No habló demasiado tiempo. Cuando concluyó, el androide y yo nos miramos.

—Tienes razón —dije—, no es un gran plan y tal vez no funcione.

Aenea aún sonreía. Me cogió la mano y miró el cronómetro.

—Tenemos cuarenta y un minutos —dijo—. Inventa uno mejor.

24

El *Rafael* está en el tramo final de su elipsoide de retorno, lanzándose hacia el sol de Parvati a 0,03 de la velocidad de la luz. La nave clase Arcángel es una mole: macizos motores, módulos de comunicaciones remachados, brazos esqueléticos, plataforma de armamentos y antenas sobresalientes, su diminuta esfera ambiental y su lanzadera metidas en ese caos a la sazón, pero se convierte en una nave de guerra sumamente respetable cuando gira ciento ochenta grados y se lanza de popa hacia el punto de traslación.

—Un minuto para traslación —dice De Soya por la banda táctica. Los tres soldados que aguardan en la cámara de presión no necesitan reconocer la transmisión. También saben que cuando la otra nave ingrese en el espacio real, sólo les resultará visible —aun con los magnificadores— dos minutos después.

Amarrado a su diván de aceleración con los paneles de control alrededor, la mano enguantada sobre el omnicontrolador, el empalme táctico activo de tal modo que él y la nave son uno solo, el padre capitán De Soya escucha la respiración de los tres soldados por el canal de comunicaciones mientras observa la aproximación de la otra nave.

—Recibiendo lectura de distorsión Hawking, ángulo treinta y nueve, coordenadas cero-cero-cero, treinta y nueve, uno-nueve-nueve —dice por el micrófono—. Punto de salida en cero-cero-cero, novecientos kilómetros. Probabilidad de un solo vehículo, noventa y nueve por ciento. Velocidad relativa, diecinueve kilómetros por segundo.

De repente la otra nave es visible en radar, en t-dirac y en todos los sensores pasivos.

—La tengo —dice De Soya—. A tiempo y puntual... maldición.

—¿Qué? —pregunta el sargento Gregorius. Él y sus hombres han revisado sus armas, explosivos y collares de abordaje. Están preparados para saltar a los tres minutos.

—La nave acelera en vez de desacelerar, como pensábamos en la mayoría de las simulaciones —dice De Soya. En el canal táctico capacita la nave para ejecutar posibilidades preprogramadas—. Un momento —ordena a los soldados, pero los propulsores ya se han disparado, *Rafael* ya está rotando—. No hay problema —dice De Soya mientras el motor principal arranca, alcanzando ciento cuarenta y siete gravedades—. Permanezcan dentro del campo durante el salto. Nos llevará sólo un minuto más emparejar velocidades.

Gregorius, Kee y Rettig guardan silencio. De Soya les oye respirar.

—Tengo imagen visual —dice De Soya después.

El sargento Gregorius y sus dos soldados se asoman por la cámara abierta.

Gregorius ve la otra nave como una bola de llamas de fusión. Sintoniza las lentes para ver más allá de eso, eleva los filtros y ve la nave.

—Muy parecida a las imágenes tácticas —comenta Kee.

—No lo creo —rezonga el sargento—. La realidad nunca es como las simulaciones tácticas.

Sabe que sus dos hombres se dan cuenta de ello; han estado en combate. Pero el sargento Gregorius fue instructor en Mando de Pax, en Armaghast, durante tres años, y le cuesta quitarse esa costumbre.

—Esa nave es rápida —dice De Soya—. Si no tuviéramos ventaja sobre ellos, jamás los alcanzaríamos. Aun así, sólo podremos emparejar velocidades dentro de cinco o seis minutos.

—Sólo necesitamos tres —dice Gregorius—. Sólo pónganos en posición de abordaje, capitán.

—Posición de abordaje —repite De Soya—. Nos está estudiando. —El *Rafael* no posee capacidad de sigilo, y cada instrumento registra que los sensores de la otra nave lo están enfocando—. Un kilómetro, y todavía no hay actividad de armas. Campos a pleno. Delta-V en descenso. Ochocientos metros.

Gregorius, Kee y Rettig empuñan sus rifles de plasma y se agazapan.

—Trescientos metros... doscientos... —dice De Soya. La otra nave es pasiva, su aceleración elevada pero constante. En la mayoría de las simulaciones De Soya había previsto una persecución antes de la irrupción en los campos de la otra nave. Esto es demasiado fácil. El padre capitán se preocupa por primera vez—. Alcance mínimo de cañones. ¡Ya!

Los tres guardias suizos saltan de la cámara, escupiendo llamas azules por sus paks de reacción.

—¡Disgregando, ya! —ordena De Soya. Los campos de la otra nave se niegan a caer durante una eternidad, casi tres segundos, un tiempo nunca simulado en los ejercicios tácticos, pero al fin caen—. ¡Campos abajo! —informa De Soya, pero los guardias suizos ya lo saben. Están rodando, desacelerando, cayendo sobre el casco enemigo en los puntos de acceso planeados: Kee cerca de la proa, Gregorius en lo que era el nivel de navegación en el viejo croquis, Rettig sobre la sala de máquinas.

—Contacto —dice Gregorius. Los otros dos confirman su aterrizaje un segundo después—. Collares de abordaje colocados —jadea el sargento.

—Colocados —confirma Kee.

—Colocados —confirma Rettig.

—Desplegar a la cuenta de tres —ruge el sargento—. Tres, dos, uno... desplegar.

El saco polímero se infla a la luz del sol.

En el diván de mando, De Soya observa el delta-V. La aceleración se ha elevado a más de 230 gravedades. Si los campos fallan ahora...

Ahuyenta ese pensamiento. El *Rafael* lucha para mantener las velocidades emparejadas. Dentro de cuatro o cinco minutos, tendrá que apartarse o correr el riesgo de recalentar los sistemas de fusión. «Deprisa», urge en silencio a las siluetas con armadura que ve en las pantallas de espacio táctico y vídeo.

—Preparado —informa Kee.

—Preparado —informa Rettig desde cerca de las aletas de popa de esa nave absurda.

—Instalar cargas —ordena Gregorius, y adhiere la suya al casco—. A la cuenta de cinco. Cinco, cuatro, tres...

—Padre capitán De Soya —dice una voz de niña.

—¡Alto! —ordena De Soya. La imagen de la niña ha aparecido en todas las bandas de comunicaciones. Está sentada a un piano. Es la misma niña que vio en la Esfinge de Hyperion tres meses atrás.

—¡Alto! —repite Gregorius, el dedo sobre el botón de detonación del pecho. Los otros guardias obedecen. Todos contemplan la emisión de vídeo por sus visores.

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunta el padre capitán De Soya.

Al instante comprende que la pregunta es estúpida. No importa, sus hombres deben entrar en la nave dentro de tres minutos o el *Rafael* quedará rezagado, dejándolos solos en la otra nave. Han simulado esa posibilidad —los guardias adueñándose de la nave después de capturar a la niña, reduciendo la velocidad para esperar a De Soya—, pero es preferible evitarla. Aprieta un punto que envía su imagen de vídeo a la nave de la niña.

—Hola, padre capitán De Soya —dice la niña, sin prisa, con gran calma—, si sus hombres intentan abordar mi nave, despresurizaré mi nave y moriré.

De Soya parpadea.

—El suicidio es un pecado mortal —dice.

En la pantalla la niña asiente con seriedad.

—Sí, pero yo no soy cristiana. Además, preferiría ir al infierno que ir con usted.

De Soya mira intensamente la imagen. Los dedos de la niña no están cerca de ningún control.

—Capitán —dice Gregorius por el canal confidencial—, si la niña abre la cámara de aire, puedo llegar a ella y envolverla con el saco de transferencia antes de una descompresión total.

La niña mira desde la pantalla. De Soya no mueve los labios cuando subvocaliza por el canal de banda angosta.

—Ella no es de la cruz —dice—. Si muere, no hay garantías de que podamos revivirla.

—Hay buenas probabilidades de que el equipo quirúrgico de la nave pueda resucitarla y sanar las lesiones de una simple descompresión —insiste Gregorius—.

Su nivel tardará treinta segundos o más en perder todo el aire. Puedo llegar a ella. Tan sólo imparta la orden.

—Hablo en serio —dice la niña por la pantalla.

Al instante, un sector circular del casco se abre en torno del capitán Kee, y la atmósfera es expulsada al vacío, llenando el saco del collar de abordaje de Kee como un globo y lanzándolo al interior cuando ambos chocan con el campo externo y se deslizan hacia la proa de la nave. El pak de reacción de Kee se dispara, y él se estabiliza antes de caer en la cola de fusión de la nave.

Gregorius apoya el dedo en el detonador.

—¡Capitán! —exclama.

—Espere —subvocaliza De Soya. La imagen de esa niña en mangas de camisa le congela el corazón de angustia. El espacio que hay entre las dos naves se llena de partículas coloidales y cristales de hielo.

—Estoy aislada de la sala superior —dice la niña—, pero si usted no ordena a sus hombres que regresen, abriré todos los niveles.

En menos de un segundo la cámara de presión se abre con una explosión, y un círculo de dos metros aparece en el casco, donde estaba Gregorius. El sargento se había metido por el saco del collar, desplazándose a otro sitio en cuanto la niña hablaba. Ahora rueda por la explosión de atmósfera y desechos que salen de la abertura, activa sus propulsores y planta las botas en una sección de casco cinco metros más abajo. En su mente ve el croquis, sabe que la niña está ahí adentro, a pocos metros de sus manos. Si ella volara esta sección, él la apresaría, la encerraría en el saco y en dos minutos la llevaría al equipo quirúrgico del *Rafael*. Inspecciona su pantalla táctica: Rettig saltó al espacio segundos antes de que una sección de casco se abriera debajo de él. Ahora flota a tres metros del casco.

—¡Capitán! —grita Gregorius por banda angosta.

—Espere —ordena De Soya. Le dice a la niña—: No queremos hacerte daño...

—Entonces ordéneles que regresen —replica la niña—. Ya, o abro el último nivel.

Federico de Soya siente que el tiempo se vuelve más lento mientras sopesa sus opciones. Sabe que tiene menos de un minuto para iniciar su desaceleración. Las alarmas relampaguean en sus conexiones tácticas con la nave y en todos los tableros. No quiere dejar a sus hombres, pero el factor más importante es la niña. Sus órdenes son específicas y absolutas: «Traiga a la niña con vida.»

El entorno táctico virtual de De Soya emite pulsaciones rojas, una advertencia de que la nave debe desacelerar dentro de un minuto o se activarán las anulaciones automáticas. Sus tableros de control cuentan la misma historia. Teclea los canales audibles, emite por bandas comunes y por banda angosta.

—Gregorius, Rettig, Kee... regresen al *Rafael*. ¡Ya!

El sargento Gregorius siente la furia y la frustración como un fogonazo de radiación cósmica, pero es un miembro de la Guardia Suiza.

—¡Regresando ya, señor! —replica. Desprende su explosivo y salta hacia el Arcángel. Los otros dos se elevan del casco con llamaradas azules de sus propulsores. Los campos fusionados parpadean el tiempo suficiente para permitir que los tres hombres pasen. Gregorius llega primero al casco del *Rafael*, coge una agarradera y arroja a sus hombres a la cámara de presión cuando pasan flotando. Entra, confirma que los demás están sujetos a redes.

—Adentro y seguros, señor —transmite.

—Rompiendo contacto —dice De Soya, transmitiendo por todas las bandas para que la niña también oiga. Pasa del espacio táctico a tiempo real y toca el omnicontrolador.

El *Rafael* detiene su aceleración del ciento diez por ciento, separa su campo del campo del blanco, se rezaga. De Soya ensancha la distancia que lo separa de la nave de la niña, manteniendo el *Rafael* lejos de las estelas de fusión. Todo indica que la otra nave está desarmada, pero ese término es relativo cuando una estela de fusión puede alcanzar cien kilómetros de longitud. Los campos externos del *Rafael* están en defensa plena, las contramedidas en automático pleno, listos para reaccionar en una millonésima de segundo.

La nave de la niña sigue alejándose del plano de la eclíptica. Parvati no es su destino.

«¿Una cita con los éxters?», se pregunta De Soya. Los sensores de su nave no muestran actividad más allá de las patrullas orbitales de Parvati, pero enjambres éxters enteros pueden estar aguardando más allá de la heliosfera.

Veinte minutos después, con la nave de la niña a cientos de miles de kilómetros de distancia, la pregunta recibe respuesta.

—Tenemos distorsión Hawking —informa el padre capitán De Soya a los tres hombres que aún se aferran a sus amarras en la cámara—. La nave se prepara para traslación.

—¿Adónde? —pregunta Gregorius. La tonante voz del sargento no revela su furor ante el fracaso.

De Soya chequea sus lecturas.

—El espacio de Vector Renacimiento —responde—. Muy cerca del planeta.

Gregorius y los otros dos guardias suizos callan. De Soya imagina sus preguntas silenciosas. «¿Por qué Vector Renacimiento? Es un baluarte de Pax, con dos mil millones de cristianos, decenas de miles de efectivos, veintenas de naves de guerra de Pax. ¿Por qué allí?»

—Tal vez ella no sepa lo que hay allí —reflexiona en voz alta por el interfono. Pasa a espacio táctico y revolotea por encima del plano de la eclíptica, observando el

punto rojo que se traslada a C-plus y desaparece del sistema solar. El *Rafael* aún sigue su curso, a cincuenta minutos del vector de traslación. De Soya sale del espacio táctico, chequea todos los sistemas.

—Ya pueden salir de la cámara. Aseguren el equipo.

No les pide opinión. No se discute si trasladará el Arcángel al espacio de Vector Renacimiento. El curso ya está fijado y la nave se prepara para el salto cuántico. De Soya no vuelve a preguntar si están preparados para morir de nuevo. Este salto será tan fatal como el anterior, pero los dejará en un espacio ocupado por Pax, cinco meses delante de la nave de la niña. De Soya sólo se pregunta si debe esperar a que el *San Antonio* entre en el espacio de Parvati para explicar la situación al capitán.

Decide no esperar. No tiene sentido —pocas horas de diferencia en una ventaja de cinco meses— pero está impaciente. De Soya ordena al *Rafael* que lance una boya repetidora y graba órdenes para el capitán Sati del *San Antonio*: traslación inmediata a Vector Renacimiento, un viaje de diez días para la nave-antorcha, con la misma deuda temporal de cinco meses que pagará la niña, con preparativos para combate inmediato en cuanto ingrese en el espacio de Vector Renacimiento.

Una vez que ha lanzado la boya y transmitido órdenes a Parvati, De Soya hace girar el diván de aceleración para encarar a sus tres hombres.

—Sé que eso fue decepcionante —dice.

El sargento Gregorius calla, y su rostro oscuro está impasible como la piedra, pero el padre capitán De Soya sabe leer el mensaje que hay detrás del silencio: «Otros treinta segundos y la habría capturado.»

A De Soya no le importa. Ha comandado hombres y mujeres por más de una década, ha enviado a subalternos más valientes y leales que éste a morir sin permitirse remordimientos ni sentir necesidad de dar explicaciones, así que no pestañea frente al corpulento guardia.

—Pienso que la niña habría cumplido su amenaza —afirma, dando a entender que este tema no se prestará a discusiones—, pero ya no tiene importancia. Sabemos adónde se dirige. Quizá sea el único sistema de este sector del espacio de Pax donde nadie, ni siquiera un enjambre éxter, podría entrar o salir sin ser detectado ni detenido. Tendremos cinco meses para prepararnos para la llegada de la nave, y esta vez no estaremos operando a solas. —De Soya hace una pausa para recobrar el aliento—. Ustedes tres han trabajado duramente, y este fracaso no es culpa de ustedes. Veré de enviarlos inmediatamente a su unidad en cuanto lleguemos al espacio de Vector Renacimiento.

Gregorius ni siquiera tiene que mirar a sus dos hombres para hablar en nombre de ellos.

—Con el perdón del padre capitán... si nuestra opinión cuenta, señor, preferiríamos quedarnos con usted en el *Rafael* hasta que la niña esté capturada y

camino a Pacem, señor.

De Soya procura disimular su sorpresa.

—Hummm... Bien, veremos qué pasa, sargento. Vector Renacimiento es el cuartel general de la flota, y allí estarán muchos de nuestros jefes. Veremos qué pasa. Pongamos todo en orden. Nos trasladamos dentro de veinticinco minutos.

—¿Señor?

—Sí, cabo Kee.

—¿Esta vez escuchará nuestras confesiones antes de nuestra muerte?

De Soya trata de mantener una expresión neutra.

—Sí, cabo. Terminaré este chequeo y dentro de diez minutos estaré en la sala para la confesión.

—Gracias, señor —dice Kee con una sonrisa.

—Gracias —dice Rettig.

—Gracias, padre —gruñe Gregorius.

Los tres ponen manos a la obra, quitándose la maciza armadura de combate. En ese instante De Soya tiene un atisbo intuitivo del futuro y siente su peso sobre los hombros. «Señor, dame fuerzas para cumplir tu voluntad... lo pido en nombre de Jesús... Amén.»

Volviéndose hacia sus paneles de mando, De Soya inicia el chequeo final antes de la traslación y la muerte.

25

Una vez, mientras guiaba a unos cazadores de patos nacidos en los marjales de Hyperion, pregunté a uno de ellos, un piloto que comandaba el dirigible semanal que unía las Nueve Colas de Equus con Aquila, cómo era su trabajo.

—¿Pilotar un dirigible? Como dice el antiguo dicho, largas horas de aburrimiento interrumpidas por minutos de puro pánico.

Este viaje era parecido. No quiero decir que yo estuviera aburrido —el interior de la nave, con sus libros, sus viejos holos y su piano de cola, contenía suficientes atracciones como para impedir que me aburriera en los próximos diez días, además de que estaba conociendo a mis compañeros de viaje—, pero ya habíamos experimentado estos largos y lentos períodos de grato ocio puntuados por interludios de frenéticos caudales de adrenalina.

En el sistema de Parvati fue perturbador alejarse de la cámara de vídeo y ver cómo la niña amenazaba con suicidarse —matándonos a nosotros— si la nave de Pax no se alejaba. Durante diez meses yo había trabajado en una mesa de *blackjack* en Felix, una de las Nueve Colas, y había observado a muchos jugadores; esta niña de once años era una excelente jugadora de póquer. Más tarde, cuando le pregunté si habría cumplido la amenaza y abierto nuestro último nivel presurizado al espacio, puso su sonrisa traviesa e hizo un ademán vago y desdeñoso, como si borrara ese pensamiento del aire. Me habitué a ese gesto con los meses y con los años.

—Bien, ¿cómo sabías el nombre de ese capitán? —pregunté.

Esperaba oír una revelación acerca de los poderes de una protomesías, pero Aenea sólo respondió:

—El me estaba esperando en la Esfinge cuando salí hace una semana. Supongo que oí que alguien lo llamaba por el nombre.

Lo puse en duda. Si el padre capitán había estado en La Esfinge, el procedimiento estándar del ejército de Pax le habría obligado a estar enfundado en armadura de combate y comunicarse por canales seguros. ¿Pero por qué mentiría la niña? «¿Y por qué estoy buscando lógica y cordura? —me pregunté—. Hasta ahora no las hubo.»

Cuando Aenea bajó a ducharse después de nuestra dramática salida del sistema de Parvati, la nave trató de tranquilizarnos a A. Bettik y a mí.

—No os preocupéis. Yo no habría permitido vuestra muerte por descompresión.

El androide y yo intercambiamos una mirada. Creo que ambos nos preguntábamos si la nave sabía qué habría hecho, o si la niña ejercía sobre ella algún control especial.

Al transcurrir los días del segundo tramo del viaje, me sorprendí meditando sobre esa situación y mi reacción ante ella. Comprendí que el principal problema había sido mi pasividad, casi irrelevancia durante todo el viaje. Tenía veintisiete años, era ex

soldado y hombre de mundo aunque mi mundo fuera sólo el remoto Hyperion y había permitido que una niña enfrentara la única emergencia que habíamos tenido. Comprendí por qué A. Bettik había sido tan pasivo en la situación; a fin de cuentas, estaba condicionado por su bioprogramación y por siglos de costumbre para acatar decisiones humanas. ¿Pero por qué yo había sido tan inservible? Martin Silenus me había salvado la vida y me había enrolado en la descabellada misión de proteger a la niña, mantenerla con vida y ayudarla a llegar a destino. Hasta ahora, lo único que había hecho era pilotar una alfombra y ocultarme detrás de un piano mientras la niña se enfrentaba con una nave de guerra.

Los cuatro, incluida la nave, hablamos sobre esa nave de guerra cuando salimos del espacio de Parvati. Si Aenea estaba en lo cierto, si el padre capitán De Soya había estado en Hyperion durante la apertura de la tumba, entonces Pax había encontrado modo de tomar un atajo por el espacio Hawking. Las implicaciones de esa realidad no sólo eran perturbadoras; me mataban de miedo.

Aenea no parecía demasiado preocupada. Pasaron los días y nos adaptamos a esa cómoda aunque claustrofóbica rutina de a bordo: el piano después de la cena, recorrer la biblioteca mirando los holos y bitácoras de navegación de la nave en busca de pistas acerca del destino final del cónsul (había muchas pistas, ninguna definitiva), jugar a los naipes por la noche (la niña era, en efecto, una temible jugadora de póquer) y ejercicios en ocasiones, para lo cual yo pedía a la nave que fijara el campo de contención en uno-coma-tres gravedades en el pozo de la escalera, y luego subía y bajaba los seis pisos corriendo durante cuarenta y cinco minutos. No sé qué efecto tendría sobre el resto de mi cuerpo, pero mis pantorrillas, muslos y tobillos pronto parecieron pertenecer al elefantoide de un mundo joviano.

Cuando Aenea comprendió que el campo se podía limitar a pequeñas zonas de la nave, no hubo manera de detenerla. Empezó a dormir en una burbuja de gravedad cero en la cubierta de fuga. Descubrió que la mesa de la biblioteca se podía transformar en mesa de billar, e insistió en jugar por lo menos dos partidas por día, en cada ocasión con diferente gravedad. Una noche oí un ruido mientras leía en el nivel de navegación, bajé hasta el holofoso y encontré el casco abierto, el balcón extendido y sin el piano y una gigantesca esfera de agua de ocho o diez metros de diámetro flotando entre el balcón y el campo de contención externo.

—¿Qué diablos haces?

—Es divertido —dijo una voz desde el interior de la palpitante burbuja de agua. Una cabeza con cabello mojado hendió la superficie, colgando cabeza abajo a dos metros del piso del balcón—. Entra —exclamó la niña—. El agua está tibia.

Me alejé de esa aparición, apoyando mi peso en la baranda y tratando de no pensar en lo que pasaría si esa burbuja localizada del campo fallaba por un segundo.

—¿A. Bettik ha visto esto?

La niña se encogió de hombros. Más allá del balcón estallaban los fuegos de artificio fractales, arrojando increíbles colores y reflejos sobre la esfera de agua. La esfera era una gran burbuja azul con retazos más claros en la superficie y el interior, donde palpitaban burbujas de aire. Me recordaba fotos de Vieja Tierra.

Aenea hundió la cabeza, su silueta borrosa atravesó el agua un momento y emergió cinco metros más arriba en la superficie curva. Algunos glóbulos más pequeños saltaron y cayeron a la superficie de la esfera más grande, arrastrada —supuse— por la diferencial de campo, enviando complejas ondas concéntricas por la superficie del globo de agua.

—Entra —repitió la niña—. Lo digo en serio.

—No tengo traje.

Aenea flotó un segundo, se arqueó y se sumergió. Cuando emergió, cabeza arriba desde mi perspectiva, dijo:

—¿Quién tiene traje? ¡No lo necesitas!

Yo sabía que no bromeaba porque había entrevisto sus vértebras y costillas, y su breve trasero de varón reflejaba la luz fractal como dos pequeños hongos blancos asomando en un estanque. Vista de atrás, nuestra protomesías de doce años era sexualmente tan atractiva como ver holos de los nietos de una tía lejana en la bañera.

—¡Entra, Raul! —insistió, y se lanzó hacia el lado opuesto de la esfera.

Vacilé sólo un segundo antes de quitarme la bata y la ropa. No sólo conservé mis calzoncillos, sino la camiseta que a menudo usaba como pijama.

Por un instante permanecí en el balcón, sin saber cómo meterme en esa esfera que flotaba encima de mí.

—¡Salta, torpe! —gritó una voz desde el arco superior de la esfera.

La transición a gravedad cero comenzaba a un metro y medio de altura. El agua estaba helada.

Giré, grité, sentí que en mi cuerpo se encogía todo aquello que se podía encoger, y me puse a chapotear, tratando de mantener la cabeza por encima de la superficie curva. No me sorprendió que A. Bettik saliera al balcón para averiguar a qué venían tantos gritos. Se cruzó de brazos y se apoyó en la baranda, cruzando las piernas.

—¡El agua está tibia! —mentí, mientras me castañeteaban los dientes—. ¡Entra!

El androide sonrió y sacudió la cabeza como un padre paciente. Me encogí de hombros, di media vuelta y me sumergí. Tardé un par de segundos en recordar que nadar es como moverse en gravedad cero, que flotar en el agua en gravedad cero es como nadar en otra parte. De cualquier modo, la resistencia del agua hacía que la experiencia se pareciera más a la natación que a la flotación en gravedad cero, aunque estaba la diversión adicional de toparse con una burbuja de aire en el interior de la esfera y hacer una pausa para recobrar el aliento antes de seguir nadando bajo el agua.

Al cabo de un momento de desorientación, llegué a una burbuja de un metro de anchura, me detuve antes de entrar en la esfera y miré encima de mí para ver cómo emergían la cabeza y los hombros de Aenea.

Ella me miró y saludó con la mano. Tenía la carne de gallina en el pecho desnudo, por el agua fría o el aire frío.

—Vaya diversión, ¿eh? —dijo, escupiendo agua y echándose el cabello hacia atrás. El agua le oscurecía el cabello castaño y rubio. La miré tratando de ver en ella a su madre, la morena detective lusiana. No sirvió de nada. Yo nunca había visto una imagen de Brawne Lamia, sólo había oído descripciones de los *Cantos*.

—Lo difícil es no volar desde el agua cuando llegas al borde —dijo Aenea mientras nuestra burbuja se desplazaba y contraía, la pared de agua curvándose en torno de nosotros—. ¡Una carrera hasta fuera!

Giró y pataleó. Traté de seguirla, pero cometí el error de cruzar la burbuja de aire (por Dios, espero que ni A. Bettik ni la niña vieran ese patético espasmo de brazos y piernas) y terminé en el borde de la esfera medio minuto detrás de ella. Ahí pisábamos agua; la nave y el balcón estaban debajo, fuera de nuestra vista, y la superficie acuosa se curvaba a izquierda y derecha como una catarata, mientras arriba los fractales carmesíes se expandían, explotaban, se contraían y volvían a expandirse.

—Ojalá pudiéramos ver las estrellas —dije, y me sorprendí de haber hablado en voz alta.

—Ojalá —convino Aenea. Irguió el rostro hacia el perturbador espectáculo de luces, y creí ver una sombra de tristeza sobre sus rasgos—. Tengo frío —dijo al fin. Noté que apretaba las mandíbulas en un esfuerzo para impedir que le castañetearan los dientes—. La próxima vez que ordene a la nave que construya una piscina, le recordaré que no use agua fría.

—Será mejor que salgas— dije. Nadamos por la curva de la esfera. El balcón parecía una pared que se elevaba para saludarnos, y la única anomalía era la silueta de A. Bettik al costado, extendiendo una toalla hacia Aenea.

—Cierra los ojos —dijo ella. Cerré los ojos y sentí los gruesos glóbulos de agua en gravedad cero golpeándome el rostro mientras ella salía de la tensión de superficie de la esfera y flotaba más allá. Un segundo después oí el bofetón de sus pies descalzos aterrizando en el balcón.

Aguardé unos segundos y abrí los ojos. Aenea se acurrucaba contra la voluminosa toalla en que la envolvía A. Bettik. Le castañeteaban los dientes a pesar de sus esfuerzos.

—Ten cuidado —dijo—. Rota tan pronto como puedas al salir del agua, o te caerás de cabeza y te partirás la nuca.

—Gracias —dije, sin la intención de salir de la esfera antes de que ella y A. Bettik se fueran del balcón. Se fueron poco después y yo emergí, moví brazos y

piernas en un intento de girar ciento ochenta grados antes de que la gravedad se reafirmara, giré más de la cuenta y aterricé sobre mis posaderas.

Cogí la otra toalla que A. Bettik había dejado en la baranda, me sequé la cara.

—Nave, ya puedes anular el microcampo de gravedad cero.

Comprendí mi error al instante, pero no atiné a anular la orden. Varios cientos de litros de agua se desplomaron sobre el balcón, una maciza cascada de peso helado y aplastante. Si hubiera estado justo debajo, bien podría haber muerto, un final levemente irónico para una gran aventura. Como estaba sentado a un par de metros, el diluvio sólo me aplastó contra el balcón, me apresó en su vórtice mientras se derramaba y amenazó con arrojarme al espacio y más allá de la proa, hasta el fondo de la burbuja elipsoide del campo de contención, donde terminaría como un insecto ahogado en una jarra ovoide.

Cogí la baranda y me sostuve mientras pasaba el torrente.

—Lo lamento —dijo la nave, comprendiendo su error y remodelando el campo para contener esa tromba. Noté que el agua no había pasado por la puerta abierta hacia el nivel del holofoso.

Cuando el microcampo hubo elevado el agua en chorreantes esferas, encontré mi toalla empapada y entré. Mientras el casco se cerraba a mis espaldas y el agua era devuelta a sus tanques (donde sería purificada para nuestro uso o serviría como masa de reacción), me detuve de pronto.

—¡Nave!

—¿Sí, M. Endymion?

—Esto no habrá sido una broma de mal gusto, ¿eh?

—¿Te refieres a obedecer tu orden de anular el microcampo de gravedad cero, M. Endymion?

—Sí.

—Las consecuencias fueron producto de una leve omisión, M. Endymion. Yo no hago bromas. Ten la certeza de que no padezco de sentido del humor.

—Hummm —dije, poco convencido. Llevando conmigo mis zapatos y ropas empapadas, fui arriba a secarme y vestirme.

Al día siguiente visité a A. Bettik en lo que él llamaba la «sala de máquinas». El lugar recordaba la sala de máquinas de una nave marítima —tubos calientes, objetos oscuros pero macizos con forma de dínamo, pasarelas y plataformas de metal—, pero A. Bettik me mostró que el propósito primordial de ese sitio era crear una interfaz con los motores y generadores de campo de la nave por medio de varios conectores semejantes a simuladores. Nunca he disfrutado de las realidades generadas por ordenador, y después de probar algunas de las vistas virtuales de la nave me desconecté y permanecí sentado junto a la hamaca de A. Bettik mientras hablábamos.

Me contó que había contribuido a mantener y remodelar la nave durante largas décadas, y que había empezado a temer que nunca volara de nuevo. Noté que le alegraba haber emprendido el viaje.

—¿Siempre habías planeado realizar el viaje con quien el viejo poeta escogiera para rescatar a la niña? —pregunté.

El androide me miró de hito en hito.

—Durante este último siglo he pensado en ello, M. Endymion. Pero rara vez lo consideré una realidad potencial. Te agradezco que lo hayas permitido.

Su gratitud era tan sincera que por un instante me avergonzó.

—Será mejor que no me lo agradezcas hasta que hayamos escapado de Pax —dije para cambiar de tema—. Supongo que nos estarán esperando en el espacio de Vector Renacimiento.

—Parece probable. —El hombre de tez azul no parecía preocupado por esta posibilidad.

—¿Crees que la amenaza de Aenea de abrir la nave al espacio dará resultado por segunda vez?

A. Bettik negó con la cabeza.

—Desean capturarla viva, pero esa artimaña no los engañará de nuevo.

Enarqué las cejas.

—¿De veras crees que era una artimaña? Tuve la impresión de que estaba dispuesta a hacerlo.

—Creo que no. No conozco bien a esta niña, pero tuve el placer de pasar unos días con su madre y los demás peregrinos cuando cruzaron Hyperion. M. Lamia era una mujer que amaba la vida y respetaba las vidas ajenas. Creo que M. Aenea habría cumplido la amenaza de haber estado sola, pero no creo que sea capaz de causarnos daño a nosotros.

No supe qué responder, así que hablamos de otras cosas: la nave, nuestro destino, la extrañeza de los mundos de la Red tanto tiempo después de la Caída.

—Si descendemos en Vector Renacimiento —dije—, ¿planeas dejarnos allí?

—¿Dejaros? —A. Bettik demostró sorpresa por primera vez—. ¿Por qué os iba a dejar allí?

Hice un gesto tímido con la mano.

—Bien... supongo... es decir, siempre creí que querías tu libertad y la encontrarías en el primer mundo civilizado donde aterrizáramos. —Callé antes de ponerme más en ridículo.

—Encuentro la libertad al contar con permiso para venir en este viaje —murmuró el androide. Sonrió—. Además, M. Endymion, si me quedara en Vector Renacimiento no podría pasar inadvertido.

Esto planteó un tema en el que había estado pensando.

—Podrías modificar el color de tu piel. El cirujano automático de la nave puede hacerlo... —Callé de nuevo, viendo en su expresión algo que no entendía.

—Como sabes, M. Endymion, los androides no estamos programados como las máquinas, ni siquiera tenemos parámetros básicos y asimotivadores como las primeras IAs de ADN que evolucionaron hasta convertirse en las inteligencias del Núcleo, pero cuando diseñaron nuestro instinto nos impusieron ciertas inhibiciones. Una consiste en obedecer a los humanos cuando sea razonable e impedir que sufran daño. Este asimotivador es más antiguo que la robótica y la bioingeniería, según me han dicho. Pero otro instinto consiste en no modificar el color de mi piel.

—¿No eres capaz de ello? ¿No podrías hacerlo aunque nuestras vidas dependieran de que ocultaras tu piel azul?

—Oh, sí. Soy una criatura dotada de libre albedrío. Podría hacerlo, sobre todo si la acción fuera coherente con asimotivaciones de alta prioridad, tales como vuestra protección, pero mi elección me pondría... incómodo. Muy incómodo.

Asentí sin comprender. Hablamos de otras cosas.

Ese mismo día hice un inventario del contenido de los armarios del nivel de la cámara de presión. Había más cosas de las que había visto en una primera inspección, y algunos objetos eran tan arcaicos que tuve que preguntar a la nave para qué servían. La mayoría de los elementos de equipo extravehicular eran obvios: trajes espaciales y trajes para atmósferas inhóspitas, cuatro aeromotos pulcramente plegadas, resistentes lámparas de mano, equipo de camping, máscaras osmóticas y equipo de buceo con aletas y arpones, un cinturón EM, tres cajas de herramientas, dos kits médicos bien equipados, seis conjuntos de gafas de visión nocturna e infrarroja, igual número de auriculares livianos con micrófonos, videocámaras y comlogs.

Estos aparatos me indujeron a interrogar a la nave; en un mundo sin esfera de datos, nunca había usado esas cosas. Los comlogs iban desde los anticuados brazaletes plateados y delgados que estaban en boga décadas atrás hasta antiquísimos artilugios macizos del tamaño de un libro pequeño. Todos se podían usar como comunicadores y eran capaces de almacenar gran cantidad de datos, hurgar en la esfera de datos local y —sobre todo los más viejos— de conectarse con repetidoras planetarias de ultralínea vía control remoto, dando acceso a la megaesfera.

Sostuve en la palma uno de los brazaletes. Pesaba mucho menos que un gramo. Inútil. Por lo que comentaban los cazadores, volvían a existir algunos mundos con primitivas esferas de datos. Vector Renacimiento era uno de ellos, pero las repetidoras de ultralínea habían sido inservibles durante casi tres siglos. La ultralínea —la banda común de comunicación ultralumínica que usaba la Hegemonía— había callado desde la Caída. Decidí guardar el comlog en su estuche forrado en terciopelo.

—Puede resultarte útil si te alejas de mí durante un tiempo —dijo la nave.

Miré por encima del hombro.

—¿Por qué?

—Información. Me gustaría copiar mis catálogos de datos en uno o más comlogs. Podrías tener acceso a voluntad.

Me mordí el labio, tratando de imaginar de qué serviría llevar la engorrosa masa de datos de la nave en mi pulsera. Luego oí la voz de Grandam: *La información siempre debe atesorarse, Raul. Sólo viene después del amor y la honestidad en nuestro intento de comprender el universo.*

—Buena idea —dije, sujetándome el brazalete plateado en la muñeca—. ¿Cuándo puedes copiar los bancos de datos?

—Acabo de hacerlo —dijo la nave.

Yo había inspeccionado el armario de armas antes de llegar al espacio de Parvati; ahí no había nada que pudiera detener a un guardia suizo por un segundo. Ahora estudié el contenido del armario con otro propósito en mente.

Qué rara es la vejez de las cosas viejas. Los trajes espaciales, las aeromotos y las lámparas —casi todo lo que había a bordo de la nave— parecía obsoleto. No había dermotrajes, y el volumen, diseño y color de los objetos evocaba un holo de un texto de historia. Pero las armas eran diferentes. Eran viejas, sí, pero muy familiares para mi ojo y mi mano.

Obviamente el cónsul había sido cazador. Había media docena de escopetas bien engrasadas y guardadas. Podría haber cogido cualquiera de ellas e ido a los marjales a cazar patos. Iban desde una pequeña 310 hasta una maciza doble cañón de calibre 28. Escogí una antigua pero bien preservada arma calibre 16 con cartuchos reales y la puse en el corredor.

Los rifles y armas energéticas eran bellos. El cónsul debía de ser un coleccionista, porque esos especímenes eran obras de arte además de artefactos de muerte, con tallas en las culatas, acero azul, elementos cómodos para la mano, equilibrio perfecto. En el milenio y pico transcurrido desde el siglo veinte, cuando las armas personales se producían masivamente para ser increíblemente mortíferas, baratas y feas como cuñas de metal, algunos de nosotros —el cónsul y yo entre ellos— habíamos aprendido a atesorar hermosas armas hechas a mano o de producción limitada. En el bastidor había rifles de caza de alto calibre, rifles de plasma (el nombre era atinado, según había aprendido durante mi entrenamiento en la Guardia Interna: los cartuchos de plasma eran rayos de energía pura cuando salían del cañón, pero aprovechaban las estrías del cañón antes de volatilizarse), dos rifles de energía láser con complejas tallas (este nombre sí era incorrecto, y obedecía más a la tradición que al diseño), no muy diferentes del que Herrig había usado para matar a Izzy pocos días antes, un rifle de asalto negro de FUERZA que quizá se pareciera al que el coronel Fedmahn Kassad había llevado a Hyperion tres siglos atrás, una enorme arma de plasma que el

cónsul debía de haber usado para cazar dinosaurios en algún mundo, y tres armas de mano. No había varas de muerte. Me alegré. Odiaba esas cosas.

Saqué un rifle de plasma, el arma de asalto de FUERZA y las armas de mano para inspeccionarlas mejor.

El arma de FUERZA era fea, una excepción en la colección del cónsul, pero entendí por qué había sido útil. Era un instrumento múltiple: un rifle de plasma de 18 milímetros, un arma de energía coherente de haz variable, un lanzagranadas, un lanzador de rayos de electrones de alta energía, un lanzadardos, un cegador de banda ancha, un lanzador de dardos térmicos. Diablos, un arma de asalto de FUERZA podía hacer todo menos cocinar la comida del soldado. (Y en campaña, sintonizando el haz variable en baja potencia, también podía hacer eso.)

Antes de entrar en el sistema de Parvati, yo había pensado en saludar a los guardias suizos con el arma de FUERZA, pero los trajes de combate modernos habrían rechazado todo lo que pudiera arrojar y —para ser franco— yo había temido enfurecer a los soldados de Pax.

La estudié con mayor cuidado; un arma tan flexible podía ser útil si nos alejábamos de la nave y tenía que vérmelas con un enemigo más primitivo, como un cavernícola, un avión de caza o algún pobre diablo equipado como nosotros en la Guardia Interna de Hyperion. Al final opté por no llevarlo. Era tremendamente pesado si uno no llevaba un traje de combate FUERZA de exopotencia, no tenía municiones para los lanzadores de dardos, granadas y electrones de alta energía, los cartuchos de 18 milímetros eran imposibles de encontrar, y para usar las opciones del arma energética tendría que estar cerca de la nave u otra fuente de alimentación. Dejé el rifle de asalto en su sitio, comprendiendo que quizás hubiera sido el arma personal del legendario coronel Kassad. No congeniaba con el perfil de la colección personal del cónsul, pero él había conocido a Kassad, y quizá la hubiera conservado por razones sentimentales.

Se lo pregunté a la nave, pero la nave no recordaba.

—Sorpresa, sorpresa —murmuré.

Las armas de mano eran más antiguas que el rifle de asalto, pero mucho más prometedoras. Eran objetos de colección, pero usaban cargadores de cartucho que aún se conseguían, al menos en Hyperion. No sabía si estarían accesibles en los mundos que visitaríamos. El arma más grande era un Steiner-Ginn calibre 60 con penetrador automático. Era un arma respetable pero pesada: los cargadores pesaban tanto como el arma, y estaba diseñada para usar municiones a velocidad prodigiosa. La guardé. Las otras dos eran más prometedoras: una pistola de dardos pequeña, liviana y muy portátil, la bisabuela del arma con que Herrig había intentado matarme. Venía con varios cientos de lustrosos huevos de agujas —el cargador contenía cinco por vez— y cada huevo contenía varios miles de dardos. Era un buen arma para alguien que no

fuera necesariamente buen tirador.

El arma final me asombró. Tenía su propia funda de cuero engrasado. La desenfundé con dedos trémulos. La conocía sólo por libros antiguos: una pistola semiautomática calibre 45, con esos cartuchos reales que venían en estuches de bronce, no una plantilla-cargador que las creaba a medida que el arma disparaba; tenía culata con viñetas, mirilla de metal, acero azul. Hice girar el arma en mis manos. Debía de tener más de mil años.

Miré el estuche donde la había encontrado: cinco cajas de cartuchos calibre 45, cientos de municiones. Pensé que también debían de ser antiguas, pero encontré la etiqueta del fabricante: Lusus. Unos tres siglos.

¿Brawne Lamia no portaba una antigua 45, según los *Cantos*? Más tarde, cuando le pregunté a Aenea, la niña dijo que nunca había visto a su madre con un arma.

Aun así, esta pistola y la pistola de dardos parecían armas que podíamos llevar con nosotros. No sabía si los cartuchos 45 aún servirían, así que llevé uno al balcón, advertí a la nave que el campo externo debía impedir que el proyectil rebotara, y halé el gatillo. Nada. Luego recordé que esos aparatos tenían un seguro manual. Lo encontré, lo destrabé y probé de nuevo. Por Dios, era ensordecedor. Pero las balas aún funcionaban. Guardé el arma en su funda y me enganché la funda al cinturón. Era agradable sentirla encima. Desde luego, cuando hubiera disparado la última bala 45, debería despedirme de ella para siempre a menos que encontrara un club de armas antiguas que las fabricara.

«No planeo disparar cientos de balas», pensé en el momento. Si hubiera sabido...

Más tarde, cuando me reuní con la niña y el androide, les mostré la escopeta y el rifle de plasma que había escogido, la pistola de dardos y la 45.

—Si vamos a merodear por lugares extraños e inhabitados, deberíamos ir armados —dije.

Les ofrecí la pistola de dardos, pero ambos rehusaron. Aenea no quería armas; el androide señaló que no podía usar un arma contra un ser humano, y confiaba en que yo estuviera cerca si una fiera lo perseguía.

De mala gana, guardé el rifle, la escopeta y la pistola.

—Yo llevaré esto —dije, palpando la 45.

—Va bien con tu ropa —dijo Aenea con una leve sonrisa.

Esta vez no hubo una deliberación desesperada de último momento acerca de un plan. Ninguno de nosotros creía que la amenaza de autodestrucción de Aenea funcionara de nuevo si Pax estaba esperando. Nuestra deliberación más seria sobre el futuro próximo se produjo dos días antes de entrar en el sistema de Vector Renacimiento. Habíamos comido bien —A. Bettik había preparado un filete de manta de río con una salsa liviana, habíamos investigado la bodega buscando un buen vino

de los viñedos del Pico y al cabo de una hora de música, con Aenea al piano y el androide tocando una flauta que había traído consigo, hablamos del futuro.

—Nave, ¿qué puedes decirnos sobre Vector Renacimiento?—preguntó la niña.

Hubo esa breve pausa que yo había llegado a asociar con una sensación de vergüenza de la nave.

—Lo lamento, M. Aenea, pero me temo que no tengo ninguna información sobre ese mundo, salvo datos de navegación y mapas de aproximación orbitales que están obsoletos desde hace siglos.

—Yo estuve allí —dijo A. Bettik—. También hace siglos, pero hemos monitoreado tráfico de radio y televisión que se refiere al planeta.

—Yo he oído charlas de algunos cazadores —intervine—. Algunos de los más ricos eran de Vector Renacimiento. ¿Por qué no empiezas tú? —le sugerí al androide.

A. Bettik cabeceó y se cruzó de brazos.

—Vector Renacimiento era uno de los mundos más importantes de la Hegemonía. Muy parecido a la Tierra en la escala Solmev, fue colonizado por naves semilleras y estaba totalmente urbanizado en tiempos de la Caída. Era famoso por sus universidades, sus centros médicos (allí se administraba la mayoría de los tratamientos Poulsen para los ciudadanos de la Red que podían pagarlos), su arquitectura barroca y su producción industrial. Allí se fabricaba la mayoría de las naves de FUERZA. De hecho, esta nave debió de construirse allá... era un producto del complejo Mitsubishi-Havcek.

—¿De veras? —preguntó la nave—. Si yo sabía eso, he perdido los datos. Qué interesante.

Por vigésima vez, Aenea y yo intercambiamos miradas de preocupación. Una nave que no recordaba su pasado ni su lugar de origen no inspiraba confianza durante las complejidades del vuelo interestelar.

«Bien —pensé por enésima vez—, ha podido entrar y salir del sistema de Parvati.»

—Da Vinci es la capital de Vector Renacimiento —continuó A. Bettik—, aunque toda la masa terrestre y gran parte del único y vasto mar están urbanizados, así que hay poca distinción entre uno y otro centro urbano.

—Es un activo mundo de Pax —añadí—. Fue uno de los primeros en unirse a Pax después de la Caída. Hay efectivos militares en abundancia. Vector Renacimiento y Renacimiento M. tienen guarniciones orbitales y lunares, además de bases en todo el planeta.

—¿Qué es Renacimiento M.? —preguntó Aenea.

—Renacimiento Menor —dijo A. Bettik—. El segundo mundo a partir del sol. Vector Renacimiento es el tercero. Menor también está habitado, pero mucho menos. Es un mundo agropecuario con enormes granjas automatizadas, y alimenta a Vector.

Después de la Caída de los teleyectores, ambos mundos se beneficiaron con esta situación; antes de que Pax reiniciara el comercio interestelar regular, el sistema de Renacimiento era bastante autónomo. Vector Renacimiento manufacturaba bienes, Renacimiento Menor suministraba alimentos para los cinco mil millones de habitantes de Vector Renacimiento.

—¿Cuál es la población actual de Vector Renacimiento? —pregunté.

—Creo que es la misma... cinco mil millones, aproximadamente —dijo A. Bettik —. Como decía, Pax llegó tempranamente y ofreció a ambos el cruciforme y el régimen de control de natalidad que lo complementa.

—Dices que estuviste allá. ¿Cómo es ese mundo?

—Ah —dijo A. Bettik con una sonrisa amarga—. Estuve en el puerto espacial de Vector Renacimiento durante menos de treinta y seis horas, mientras me embarcaban desde Asquith, en preparación para nuestra colonización de la nueva tierra del rey Guillermo en Hyperion. Nos despertaron del sueño criogénico pero no nos permitieron abandonar la nave. No tengo muchos recuerdos personales de ese mundo.

—¿La mayoría de los habitantes son cristianos renacidos? —preguntó Aenea. La niña parecía pensativa y algo retraída. Noté que de nuevo se mordía las uñas.

—Sí. La mayoría de los cinco mil millones, me temo.

—Y yo no bromeaba al hablar de los efectivos militares —dije—. Los soldados de Pax que nos entrenaban en la Guardia Interna de Hyperion tenían su base en Vector Renacimiento. Es una guarnición sumamente importante y un punto de trasbordo para la guerra con los éxters.

Aenea asintió, pero aún parecía distraída.

Decidí ir al grano.

—¿Por qué vamos allá? —pregunté.

La niña me miró. En ese momento sus ojos oscuros eran bellos pero lejanos.

—Quería ver el río Tetis.

Sacudí la cabeza.

—El río Tetis existía gracias a los teleyectores. No existía fuera de la Red. Mejor dicho, existía como mil tramos pequeños de otros ríos.

—Lo sé. Pero quiero ver un río que formó parte del Tetis en tiempos de la Red. Mi madre me habló de él. Me dijo que era como la Confluencia, pero más tranquilo. Que uno podía viajar en barca de mundo en mundo durante semanas... meses.

Contuve el impulso de enfurecerme.

—Sabes que es casi imposible burlar las defensas de Vector Renacimiento. Y si llegamos allá, el río Tetis no estará... sólo un tramo que formaba parte de él. ¿Por qué es tan importante?

La niña iba a encogerse de hombros, pero no lo hizo.

—¿Recuerdas que dije que hay un arquitecto con quien quiero estudiar?

—Sí. Pero no sabes su nombre ni su paradero. ¿Por qué venir a Vector Renacimiento para iniciar la búsqueda? ¿No podríamos buscar en Renacimiento Menor, al menos? ¿O saltear este sistema e ir a un sitio desierto como Armaghast?

Aenea sacudió la cabeza. Noté que se había cepillado muy bien el cabello, y los mechones rubios eran muy visibles.

—En mis sueños —dijo—, uno de los edificios del arquitecto está a orillas del río Tetis.

—Hay cientos de otros mundos por donde pasaba el Tetis —dije, acercándome a ella para que notara que hablaba muy en serio—. Y no en todos ellos Pax nos apresaría o mataría. ¿Tenemos que empezar en este sistema?

—Eso creo —murmuró.

Bajé mis manazas. Martin Silenus no había dicho que este viaje fuera fácil o tuviera sentido. Sólo había dicho que me transformaría en héroe.

—De acuerdo —suspiré resignado—. ¿Cuál es el plan?

—No hay plan. Si nos están esperando, simplemente les diré la verdad. Que descenderemos en Vector Renacimiento. Creo que nos dejarán aterrizar.

—¿Y en tal caso? —dije, tratando de imaginar la nave rodeada por miles de soldados de Pax.

—Entonces veremos —dijo la niña, y sonrió—. ¿Queréis jugar al billar en un sexto de gravedad? ¿Esta vez con dinero?

Yo iba a decir una frase cortante, pero cambié el tono.

—No tienes dinero —dije.

La sonrisa de Aenea se ensanchó.

—Entonces no puedo perder, ¿verdad?

26

Durante los ciento cuarenta y dos días en que el padre capitán De Soya aguarda que la niña entre en el sistema de Renacimiento, sueña con ella todas las noches. La ve claramente tal como era cuando la encontró en la Esfinge de Hyperion: delgada como un sauce, ojos alertas pero no aterrados a pesar de la tormenta de arena y las figuras amenazadoras que la esperaban, las manitas alzadas como para taparse la cara o correr a abrazarlo. En sus sueños a menudo ella es su hija y recorren las atestadas calles-canales de Vector Renacimiento, hablando de la hermana mayor de De Soya, María, a quien han enviado al centro médico San Judas, en Da Vinci. En sus sueños De Soya y la niña caminan de la mano por las calles cercanas al enorme complejo médico mientras él le explica que ahora piensa salvar la vida de su hermana, que no piensa permitir que María muera como la primera vez.

En la realidad, Federico de Soya tenía seis años estándar cuando él y su familia llegaron a Vector Renacimiento desde la aislada región de Llano Estacado, en el provinciano mundo de Madre de Dios. Casi todos los escasos habitantes de ese mundo desértico y pedregoso eran católicos, pero no católicos renacidos de Pax. La familia De Soya había formado parte del movimiento mariano aislacionista y se había ido de Nueva Madrid más de un siglo antes, cuando ese mundo había votado por unirse a Pax y someter todas sus iglesias cristianas al Vaticano. Los marianos veneraban a la Santa Madre de Cristo más de lo que permitía la ortodoxia vaticana, así que el joven Federico había crecido en un mundo marginal con su devota colonia de sesenta mil católicos herejes que, como forma de protesta, rehusaron aceptar el cruciforme.

Entonces María, que tenía doce años, enfermó con un retrovirus de otro mundo que barrió como una hoz la región ganadera de la colonia. La mayoría de los que padecían la muerte roja moría a las treinta y dos horas o se recobraba, pero María había resistido, y los terribles estigmas carmesíes oscurecieron sus hermosos rasgos. La familia la había llevado al hospital de Ciudad de la Madre, en la ventosa extremidad sur de Llano Estacado, pero los enfermeros marianos de allí no podían hacer nada salvo rezar. En Ciudad de la Madre había una misión de cristianos renacidos, discriminada pero tolerada por los lugareños, y el sacerdote —un hombre bondadoso llamado padre Maher— rogó al padre de Federico que permitiera a su hija moribunda aceptar el cruciforme. Federico era demasiado pequeño para recordar los detalles de las intensas discusiones de sus padres, pero recordaba que toda la familia —su madre y su padre, sus otras dos hermanas y su hermano menor— estaban de rodillas en la iglesia mariana, rogando la guía e intercesión de la Santa Madre.

Los otros hacendados de la Cooperativa Mariana de Llano Estacado recaudaron el dinero para enviar a toda la familia a uno de los famosos centros médicos de Vector

Renacimiento. Mientras su hermano y sus otras hermanas se quedaban con una familia vecina, el pequeño Federico fue escogido para acompañar a sus padres y su hermana moribunda en el largo viaje. Fue la primera experiencia de todos en sueño frío —más peligroso pero más barato que la fuga criogénica— y De Soya luego recordaría ese escalofrío en los huesos, que pareció durar las varias semanas que estuvieron en Vector Renacimiento.

Al principio los enfermeros de Da Vinci parecieron detener la propagación de la muerte roja en el organismo de María, e incluso eliminaron algunos de los sangrantes estigmas, pero al cabo de tres semanas locales el retrovirus comenzó a recobrar terreno. Una vez más la gente de Pax —en este caso, sacerdotes que estaban en el personal del hospital— suplicó a los padres que olvidaran sus principios marianos y permitieran que la niña moribunda aceptara el cruciforme antes de que fuera demasiado tarde. Más tarde, al entrar en la madurez, De Soya pudo imaginar el dolor de la decisión de sus padres: la muerte de sus creencias más profundas o la muerte de su hija.

En su sueño, donde Aenea es su hija y caminan por las calles cerca del centro médico, le cuenta que María le dejó su pertenencia más preciada —un diminuto unicornio de porcelana— pocas horas antes de entrar en coma. En su sueño, él lleva a la niña de Hyperion de la mano y le dice que su padre —un hombre fuerte en su físico y sus creencias— al fin cedió y pidió a los sacerdotes de Pax que administraran a su hija el sacramento de la cruz. Los sacerdotes del hospital aceptaron, pero exigieron que los De Soya se convirtieran formalmente al catolicismo universal para que María recibiera el cruciforme.

De Soya le explica a su hija, Aenea, que recuerda la breve ceremonia de rebautismo en la catedral local —San Juan Divino—, donde él y sus padres renunciaron al ascendiente de la Santa Madre y aceptaron el dominio exclusivo de Jesucristo, así como el poder del Vaticano sobre su vida religiosa. Recuerda que la misma noche recibió la Primera Comunión y el cruciforme.

El sacramento de la cruz de María estaba planeado para las diez de la noche. Murió de repente a las nueve menos cuarto. Por las reglas de la Iglesia y las leyes de Pax, alguien que sufría la muerte cerebral antes de recibir la cruz no podía ser revivido artificialmente para recibirla.

En vez de encolerizarse o de sentirse traicionado por su nueva Iglesia, el padre de Federico tomó la tragedia como una señal de que Dios —no el Dios a quien le había rezado siempre, el bondadoso hijo imbuido con los principios femeninos universales de la Santa Madre, sino el feroz Dios del Nuevo y Antiguo Testamento de la Iglesia Universal— lo había castigado a él, su familia y a todo el mundo mariano de Llano Estacado. Al regresar a su mundo natal, con el cuerpo de la niña vestido de blanco para la sepultura, el padre de Federico se convirtió en un implacable apóstol de la

versión del catolicismo predicada por Pax. Llegó en una época fecunda, pues las comunidades ganaderas eran barridas por la muerte roja. Federico fue enviado a la escuela de Pax de Ciudad de la Madre a los siete años, y sus hermanas fueron enviadas al convento del norte de Llano. En poco tiempo —antes de que Federico fuera enviado a Nueva Madrid con el padre Maher para asistir allí al Seminario de Santo Tomás— los marianos supervivientes de Madre de Dios se habían convertido al catolicismo de Pax. La terrible muerte de María había conducido al renacimiento de un mundo.

En sus sueños el padre capitán De Soya no habla mucho sobre ello con la niña que camina con él por las calles de pesadilla de Da Vinci, en Vector Renacimiento. La niña Aenea parece saber todo esto.

En sueños que se repiten casi todas las noches durante ciento cuarenta y dos noches, De Soya explica a la niña que ha descubierto el secreto para curar la muerte roja y salvar a su hermana. La primera mañana De Soya se despierta, el corazón palpitante y las sábanas empapadas de sudor, suponiendo que el secreto para el rescate de María es el cruciforme, pero el sueño de la noche siguiente le demuestra que está equivocado.

Al parecer, el secreto es el retorno del unicornio de María. Lo único que debe hacer, le explica a su hija Aenea, es hallar el hospital en ese laberinto de calles, y sabe que el regreso del unicornio salvará a su hermana. Pero no encuentra el hospital. El laberinto lo desorienta.

Casi cinco meses después, en la víspera de la llegada de la nave, en una variación del mismo sueño, De Soya encuentra el centro médico San judas, donde su hermana está durmiendo, pero comprende con creciente horror que ha perdido la estatuilla.

En este sueño Aenea habla por primera vez. Sacando la estatuilla de porcelana del bolsillo de su blusa, la niña dice:

—¿Ves? Siempre la tuvimos con nosotros.

La realidad de los meses de De Soya en el sistema de Renacimiento está literal y figuradamente a años-luz de la experiencia de Parvati.

Sin que se enteren De Soya, Gregorius, Kee y Rettig —cadáveres pulverizados en el corazón de los nichos de resurrección del *Rafael*—, la nave es detenida en el momento de la traslación. Dos naves exploradoras y una nave-antorcha de Pax se aproximan después de intercambiar códigos y datos con el ordenador del *Rafael*. Se decide transferir los cuatro cuerpos a un centro de resurrección de Pax en Vector Renacimiento.

A diferencia de su despertar solitario en el sistema de Parvati, De Soya y sus guardias suizos recobran la consciencia con la ceremonia y los cuidados que corresponden. Es una resurrección difícil para el padre capitán y el cabo Kee, y los

dos son devueltos al nicho para tres días adicionales. Más tarde, De Soya se pregunta si los dispositivos de resurrección automática de la nave habrían podido cumplir su tarea.

Los cuatro se reúnen al cabo de una semana, cada cual con su capellán y consejero. El sargento Gregorius considera que esto es innecesario; ansía volver a sus deberes, pero De Soya y los otros dos aceptan de buen grado estos días adicionales de descanso y recuperación.

El *San Antonio* se traslada horas después que el *Rafael*, y al fin De Soya se reúne con el capitán Sati de la nave-antorcha y el capitán Lempriére del transporte *Santo Tomás Akira*, que ha regresado a la base de Pax en el sistema de Renacimiento con más de mil ochocientos cadáveres refrigerados y dos mil trescientos heridos de la batalla de Hyperion. Los hospitales y catedrales de Vector Renacimiento y las bases orbitales de Pax inician de inmediato las operaciones y resurrecciones.

De Soya está junto a la cama de la comandante Barnes-Avne cuando ella recobra la vida y la consciencia. La mujer menuda y pelirroja parece otra persona, disminuida al extremo de que el corazón de De Soya se estruja de compasión. La comandante tiene la cabeza rapada, la piel roja y lustrosa, y sólo viste una bata de hospital. Pero su porte y firmeza no han disminuido.

—¿Qué demonios sucedió? —pregunta.

De Soya le habla de los estragos que causó el Alcaudón. Le cuenta qué sucedió en los siete meses que él pasó persiguiendo a la niña durante los cuatro meses que Barnes-Avne pasó en almacenaje y tránsito desde Hyperion.

—Realmente lo ha jodido todo, ¿no? —dice la comandante.

De Soya sonríe. Hasta ahora, la comandante es la única que le habla con franqueza. Él es muy consciente de haber mantenido las metafóricas relaciones carnales: dos veces dirigió una operación de Pax destinada a capturar a la niña, y en ambas fracasó. De Soya espera, en el mejor de los casos, que lo separen de su puesto, en el peor, que lo sometan a corte marcial. Con esa finalidad, cuando un correo Arcángel llega dos meses antes del arribo de la niña, De Soya ordena a los mensajeros que regresen de inmediato a Pacem para comunicar su fracaso y volver con instrucciones de Mando de Pax. En el ínterin, concluye el padre capitán De Soya en su mensaje, continuará con los preparativos para la captura de la niña en el sistema de Renacimiento.

Aquí dispone de recursos impresionantes. Además de más de doscientos mil efectivos de tierra, incluidos varios miles de infantes de Pax y las brigadas de guardias suizos que sobrevivieron a Hyperion, De Soya tiene vastas fuerzas marítimas y espaciales. En el sistema de Renacimiento, y sometidas a su mando papal, hay veintisiete naves-antorcha —ocho de ellas clase Omega— así como ciento ocho naves exploradoras, seis naves C^3 con sus treinta y seis escoltas, el portanaves

Saint-Malo con más de doscientos cazas espacio/aire Escorpión y siete mil tripulantes, el anticuado crucero *Orgullo de Bressia*, rebautizado *Jacob*, dos transportes de tropas además del *Santo Tomás Akira*, una veintena de destructores clase Bendición, cincuenta y ocho piquetes de defensa de perímetro —tres de ellos bastarían para defender todo un mundo o un grupo de tareas móvil de un ataque— y más de cien naves menores, incluidas fragatas que son mortíferas en combate cercano, barreminas, correos, naves remotas y el *Rafael*. Tres días después de despachar el segundo Arcángel a Pacem, y siete semanas antes del arribo de Aenea, llega el grupo REYES, el *Melchor*, el *Gaspar* y el viejo navío del padre capitán De Soya, el *Baltasar*. De Soya se conmueve al ver a sus viejos compañeros, pero comprende que ellos estarán presentes durante su humillación. No obstante, va en el *Rafael* para saludarlos mientras todavía están a seis UAs de Vector Renacimiento, y lo primero que la madre capitana Stone hace cuando él llega al *Baltasar* es entregarle la bolsa de pertenencias personales que él tuvo que dejar. Encima de sus ropas cuidadosamente plegadas y envueltas en espuma, está el unicornio de porcelana de su hermana María. De Soya es franco con el capitán Hearn, la madre capitana Boulez y la madre comandante Stone. Describe los preparativos que ha realizado pero les dice que sin duda un nuevo comandante llegará antes del arribo de la nave de la niña. Dos días después se desmienten sus palabras. El correo clase Arcángel se traslada al sistema con dos personas a bordo: la capitana Marget Wu, asistente del almirante Marusyn, y el padre jesuita Brown, consejero especial de monseñor Lucas Oddi, subsecretario de Estado del Vaticano y confidente del secretario de Estado, el cardenal Simon Augustino Lourdusamy. La capitana Wu trae órdenes selladas para De Soya, con instrucciones de que se abran aun antes de la resurrección de la oficial. De Soya las abre de inmediato. Las instrucciones son simples: debe continuar con su misión de capturar a la niña, no quedará relevado de su puesto, y la capitana Wu, el padre Brown y otros dignatarios que lleguen al sistema sólo estarán allí para observar y para subrayar —si fuere necesario— la plena autoridad del padre capitán De Soya sobre todos los oficiales de Pax en persecución de esta meta.

Esta autoridad se ha aceptado a regañadientes en los últimos meses. Hay tres almirantes de la flota y once comandantes de las fuerzas terrestres de Pax en el sistema de Renacimiento, y ninguno está habituado a recibir órdenes de un mero padre capitán. Pero han oído y obedecido el disco papal. En las semanas finales, De Soya revisa sus planes y se reúne con comandantes y dirigentes civiles de todos los niveles, incluidos los alcaldes de Da Vinci y Benedetto, Toscanelli y Fioravante, Botticelli y Masaccio.

En las últimas semanas, con los planes trazados y las fuerzas asignadas, el padre capitán De Soya encuentra tiempo para la reflexión y las actividades personales. A

solas, lejos del caos controlado de las reuniones de estado mayor y las simulaciones tácticas —incluso lejos de Gregorius, Kee y Rettig, que aceptaron ser sus guardaespaldas personales—, De Soya recorre Da Vinci, visita el centro médico San Judas y recuerda a su hermana María. Descubre que los sueños nocturnos son más perturbadores que las visitas a los lugares reales.

De Soya ha averiguado que su viejo mentor, el padre Maher, actuó durante muchos años como rector del monasterio benedictino de la Ascensión, en la ciudad-región de Florencia, en el lado de Vector Renacimiento opuesto a Da Vinci, y vuela allí para pasar una larga tarde conversando con el anciano. El octogenario padre Maher, que aguarda «mi primera nueva vida en Cristo», es tan optimista, paciente y afable como De Soya lo recuerda después de tres décadas. Parece que Maher ha regresado a Madre de Dios más recientemente que De Soya.

—Han abandonado el Llano Estacado —dice el viejo sacerdote—. Las haciendas están desiertas. Ciudad de la Madre tiene pocos habitantes, y son investigadores de Pax que están viendo si vale la pena terraformar ese mundo.

—Sí. Mi familia regresó a Nueva Madrid hace más de veinte años estándar. Mis hermanas sirven a la Iglesia, Loretta como monja en Nunca Más, Melinda como sacerdote en Nuevo Madrid.

—¿Y tu hermano Esteban? —pregunta el padre Maher con una sonrisa cálida.

De Soya suspira.

—Murió el año pasado, en una batalla espacial con los éxters. Su nave fue vaporizada. No se recobró ningún cuerpo.

El padre Maher parpadea como si lo hubieran abofeteado.

—No sabía nada.

—No, naturalmente. Fue muy lejos, más allá del viejo Confín. Aún no se ha enviado un mensaje oficial a mi familia. Yo lo sé porque mis deberes me llevaron a las inmediaciones y me reuní con un capitán que me comunicó la noticia.

El padre Maher sacude la calva y manchada cabeza.

—Esteban ha encontrado la única resurrección que prometió Nuestro Señor —murmura, con lágrimas en los ojos—. Resurrección eterna en Nuestro Salvador Jesucristo.

—Sí —dice De Soya. Un instante después pregunta—: ¿Todavía bebe scotch, padre Maher?

El anciano lo mira con ojos turbios.

—Sí, pero sólo con propósitos medicinales, padre capitán De Soya.

De Soya enarca las cejas oscuras.

—Todavía me estoy recobrando de mi última resurrección, padre Maher.

El anciano cabecea con gravedad.

—Y yo me estoy preparando para la primera, padre capitán De Soya. Encontraré

esa polvorienta botella.

El domingo siguiente De Soya celebra misa en la catedral de San Juan Divino, donde aceptó la cruz tanto tiempo atrás. Asisten más de ochocientos fieles, entre ellos el padre Maher y el padre Brown, el inteligente e ingenioso asistente de monseñor Oddi. También asisten el sargento Gregorius, el cabo Kee y el lancero Rettig, que reciben la comunión de manos de De Soya.

Esa noche De Soya vuelve a soñar con Aenea.

—¿Cómo es posible que seas mi hija? —le pregunta—. Siempre he honrado mis votos de celibato.

La niña sonríe y le coge la mano.

Cien horas antes de la traslación de la nave de la niña, De Soya pone su flota en posición. El punto de traslación está peligrosamente cerca del pozo de gravedad de Vector Renacimiento, y muchos expertos temen que la vieja nave se quiebre bajo la torsión gravitatoria de una maniobra imprudente o bajo la tremenda desaceleración que necesitará si desea aterrizar en el planeta. No mencionan esta preocupación, ni su frustración por permanecer en el sistema de Renacimiento. Muchas unidades de la flota tenían misiones en la frontera o en las honduras del espacio éxter. Esta pérdida de tiempo tiene a maltraer a la mayoría de los oficiales.

Para disipar la tensión, el padre capitán De Soya llama a una reunión de los oficiales de línea diez horas antes de la traslación. Dichas conferencias suelen realizarse por enlaces de haz angosto, pero De Soya ordena que hombres y mujeres se trasladen físicamente al portanaves *Saint-Malo*. La sala principal de la enorme nave tiene lugar suficiente para acoger a veintenas de oficiales.

De Soya comienza por reseñar las posibilidades que han evaluado durante meses. Si la niña vuelve a amenazar con la autodestrucción, tres naves-antorcha —el grupo de tareas REYES— se aproximarán rápidamente, envolverán la nave con campos clase diez, aturdirán a los que estén a bordo y mantendrán la nave en estasis hasta que el *Jacob* pueda remolcarla con sus vastos generadores de campo.

Si la nave intenta irse del sistema como hizo en Parvati, naves exploradoras y cazas la hostigarán mientras las naves-antorcha maniobran para incapacitarla.

De Soya hace una pausa.

—¿Preguntas?

Entre los conocidos que ve se encuentran los capitanes Lempriére, Sati, Wu y Hearn, el padre Brown, la madre capitana Boulez, la madre comandante Stone y la comandante Barnes-Avne. El sargento Gregorius, Kee y Rettig están en posición de descanso cerca del fondo de la sala, presentes en medio de esta augusta compañía sólo porque son sus guardias personales.

—¿Y si la nave intenta aterrizar en Vector Renacimiento, Renacimiento Menor o

una de las lunas? —pregunta la capitana Marget Wu.

De Soya se aparta del podio.

—Como comentamos en nuestra última reunión, si la nave intenta aterrizar haremos una evaluación oportunamente.

—¿Basándonos en qué factores, padre capitán? —pregunta el almirante Serra, de la nave C^3 Santo Tomás de Aquino.

De Soya titubea sólo un segundo.

—Varios factores, almirante. El rumbo de la nave... si es más seguro para la niña permitir que aterrice o tratar de incapacitarla en ruta... si existen probabilidades de que la nave escape...

—¿Existen? —pregunta la comandante Barnes-Avne. La mujer parece nuevamente saludable y se ve temible con su uniforme negro.

—No diré que no existen. No después de Hyperion. Pero reduciremos esas probabilidades.

—Si aparece el Alcaudón... —sugiere el capitán Lempriére.

—Hemos previsto esa posibilidad, y no veo motivos para apartarnos de nuestros planes. Esta vez dependeremos en mayor medida del control de fuego por ordenador. En Hyperion la criatura sólo permaneció en el mismo sitio por menos de dos segundos. Esto era demasiado rápido para las reacciones humanas y confundió la programación de los sistemas automáticos de control de fuego. Hemos reprogramado esos sistemas, incluidos los sistemas de control de los uniformes de los combatientes.

—¿Los infantes abordarán la nave? —pregunta el capitán de una nave exploradora desde la última fila.

—Sólo si falla todo lo demás —responde De Soya—. O una vez que la niña y sus acompañantes estén inconscientes y encerrados en campos de estasis.

—¿Y se usarán varas de muerte contra la criatura? —pregunta el capitán de un destructor.

—Sí, mientras ello no ponga en peligro la vida de la niña. ¿Más preguntas?

Hay silencio en la sala.

—El padre Maher del monasterio de la Ascensión cerrará la ocasión con una bendición —dice el padre capitán De Soya—. Dios los bendiga a todos.

27

No sé qué nos hizo subir al dormitorio del cónsul en el ápice de la nave para observar la traslación al espacio normal. La enorme cama —la cama donde yo había dormido las últimas semanas— estaba en el centro de la habitación, pero se plegaba formando una especie de diván, y eso hice ahora. Detrás de la cama había dos cubículos —guardarropa y lavabo—, pero cuando el casco se ponía transparente estos cubículos eran sólo bloques oscuros contra el campo estelar. Mientras la nave abandonaba las velocidades Hawking, pedimos que el casco se hiciera transparente.

Lo primero que vimos, antes de que la nave iniciara su rotación disponiéndose a desacelerar, fue el mundo de Vector Renacimiento, tan cerca que era un disco blanco y azul en vez de una mancha borrosa, con dos de sus tres lunas visibles. El sol de Renacimiento brillaba a la izquierda del planeta y sus lunas. Se veían veintenas de estrellas, lo cual era inusitado, pues el resplandor del sol habitualmente oscurecía el cielo y sólo dejaba ver las estrellas más brillantes. Aenea comentó esto.

—No son estrellas —dijo la nave mientras completaba su lenta rotación.

El motor de fusión se activó mientras iniciábamos la desaceleración y el descenso hacia el planeta. Normalmente no habríamos salido de C-plus tan cerca de un planeta y sus lunas —sus pozos de gravedad volvían muy peligrosas las velocidades de entrada—, pero la nave nos había asegurado que sus campos mejorados podían manejar cualquier inconveniente. Pero no este problema.

—No son estrellas —repitió la nave—. Hay más de cincuenta naves dentro de un radio de cien mil kilómetros. Hay docenas más en posiciones orbitales de defensa. Tres de esas naves (naves-antorcha, a juzgar por su signatura de fusión) están a menos de doscientos kilómetros y se están acercando.

Nadie dijo una palabra. No era preciso que la nave nos diera este último dato. Las tres estelas de fusión parecían estar encima de nosotros, ardiendo sobre nuestra nave como llamas de soplete.

—Nos están saludando —dijo la nave.

—¿Canal visual? —preguntó Aenea.

—Audio solamente. —La voz de la nave sonaba más cortante que de costumbre. ¿Era posible que una IA sintiera tensión?

—Oigámoslo —dijo la niña.

La voz estaba diciendo «la nave que acaba de entrar en el sistema de Renacimiento». Era una voz familiar. La habíamos oído en el sistema de Parvati. El padre capitán De Soya.

«Atención, la nave que acaba de entrar en el sistema de Renacimiento», repitió.

—¿De qué nave viene la llamada? —preguntó A. Bettik, observando las tres naves-antorcha que se aproximaban. La luz azul de las estelas de plasma bañaba su

rostro azul.

—Desconocido —dijo la nave—. Es una transmisión en haz angosto y no he localizado la fuente. Podría venir de cualquiera de las setenta y nueve naves que estoy rastreando.

Me sentí obligado a hacer un comentario socarrón.

—¡Ánimo! —exclamé.

Aenea me echó una ojeada y volvió a mirar las naves que se aproximaban.

—¿Tiempo para Vector Renacimiento? —preguntó.

—Catorce minutos a delta-V constante —dijo la nave—. Pero este nivel de desaceleración sería ilegal dentro de cuatro distancias planetarias.

—Continúa en este nivel —ordenó Aenea.

«Atención, la nave que acaba de entrar en el sistema de Renacimiento —dijo la voz de De Soya—. Prepárense para un abordaje. Toda resistencia nos obligará a dejarlos inconscientes. Repito, atención, la nave que acaba de entrar...”

Aenea me miró sonriendo.

—Supongo que no puedo usar el truco de la despresurización, ¿eh, Raul?

No se me ocurrió ninguna otra socarronería. Alcé las manos.

—«Atención, la nave que acaba de entrar en el sistema. Nos aproximamos. No se resistan mientras fusionamos los campos de contención externa.»

Mientras Aenea y A. Bettik erguían el rostro para ver cómo las tres estelas se separaban y las naves-antorcha se hacían visibles a menos de un kilómetro, una en cada vértice de un triángulo equilátero que nos rodeaba, observé el rostro de la niña. Sus rasgos estaban tensos —una leve tensión en las comisuras de la boca—, pero en general conservaba la compostura y una actitud alerta. Sus ojos oscuros eran grandes y luminosos.

—«Atención, la nave —repitió la voz del capitán de Pax—. Fusión de campos dentro de treinta segundos.»

Aenea caminó hacia el linde de la habitación, tocando el casco invisible. Desde mi punto de vista, era como si estuviéramos de pie en la cima circular de una montaña muy alta, con estrellas y azules colas de cometas por todas partes, y Aenea estuviera al borde del precipicio.

—Nave, por favor, dame audio de banda amplia, para que todas las naves de Pax puedan oírme.

El padre capitán De Soya observa el procedimiento en realidad táctica y en el espacio real. En realidad táctica, se yergue sobre el plano de la eclíptica y ve sus naves dispuestas en torno del blanco como puntos de luz a lo largo de los rayos y el aro de una rueda. Cerca del cubo, casi superpuestas con la nave de la niña, están la *Melchor*, la *Gaspar* y la *Baltasar*. Más allá, pero desacelerando en perfecta sincronía

con las cuatro naves del centro, hay más de una docena de naves-antorcha bajo el atento mando del capitán Sati, a bordo del *San Antonio*. Diez mil kilómetros más allá, en torno de un perímetro de rotación lenta, también desacelerando en el espacio cislunar de Vector Renacimiento, están los destructores clase Bendición, tres de los seis navíos C^3, y el portanaves *Saint-Malo*, en el cual De Soya observa los acontecimientos desde el Centro de Control de Combate.

Habría preferido estar con el grupo REYES, aproximándose al blanco, pero comprendió que era inadecuado estar en ese puesto. Habría sido irritante para la madre capitana Stone —ascendida tan sólo una semana atrás por el almirante Serra— que socavaran de ese modo su primera misión como comandante.

De Soya observa desde el *Saint-Malo*, mientras el *Rafael* gira en órbita de Vector Renacimiento con los piquetes de defensa y los cazas protectores. Pasando de la atestada y rojiza realidad del CCC del *Saint-Malo* a la vista azulada del espacio táctico, ve las chispas en medio de esa rueda rotativa de naves, las docenas de naves colocadas en una esfera gigante para impedir la fuga de la nave de la niña. Volviendo su atención al CCC, repara en las caras rojizas de los observadores Wu y Brown, así como la comandante Barnes-Avne, que está en contacto de haz angosto con los cincuenta infantes que van a bordo de las naves del grupo REYES. En las esquinas del atestado Centro de Control de Combate, De Soya ve a Gregorius y sus dos guardias. Los tres se sienten defraudados por no estar en las partidas de abordaje, pero De Soya los retiene como guardias personales para el viaje a Pacem con la niña.

De nuevo enfoca el canal de haz angosto hacia la nave de la niña.

—Atención, la nave —dice, sintiendo las palpitaciones de su corazón como ruido de fondo—, fusionaremos campos dentro de treinta segundos.

Teme por la seguridad de la niña. Si algo ha de salir mal, será en los próximos minutos. Las simulaciones han afinado el proceso para que haya sólo un seis por ciento de probabilidades proyectadas de que la niña sufra algún daño, pero seis por ciento es demasiado para De Soya. Ha soñado con ella durante ciento cuarenta y dos noches.

De pronto la banda común cruje y la voz de la niña sale por los altavoces del Centro de Control de Combate.

—Padre capitán De Soya —dice ella, sin imágenes visuales—. Por favor no intente fusionar campos ni abordar esta nave. Cualquier intento de hacerlo será desastroso.

De Soya mira las lecturas. Quince segundos para fusión de campos. Han pasado por esto. Ninguna amenaza de suicidio les impedirá abordar esta vez. Menos de una centésima de segundo después de la fusión, las tres naves-antorcha rociarán el blanco con rayos de aturdimiento.

—Piense, padre capitán —dice la suave voz de la niña—. Nuestra nave está

controlada por una IA de tiempos de la Hegemonía. Si usted nos aturde...

—¡Detener fusión de campos! —ruge De Soya, con menos de dos segundos de tiempo. *Melchor*, *Gaspar* y *Baltasar* irradian señales de asentimiento.

—Ustedes han pensado en silicio —continúa la niña—, pero el núcleo IA de nuestra nave es totalmente orgánico, del viejo tipo ADN de los bancos procesadores. Si nos dejan inconscientes, también aturdirán la nave.

—Maldición, maldición, maldición —oye De Soya. Al principio cree que es él mismo, pero al volverse ve a la capitana Wu maldiciendo entre dientes.

—Estamos desacelerando a ochenta y siete gravedades —continúa Aenea—. Si nuestra IA queda inconsciente... bien, ella controla todos los campos internos, los motores...

De Soya pasa a las bandas de ingeniería del *Saint-Malo* y las naves REYES.

—¿Es verdad? ¿Esto desmayaría a la IA?

Hay una insoportable pausa de diez segundos. Al fin la capitán Hearn, que en la Academia obtuvo un diploma de ingeniería, habla por haz angosto.

—No lo sabemos, Federico. La Iglesia ha perdido o eliminado la mayoría de los detalles de la biotecnología IA. Es pecado mortal...

—Sí, sí —ruge De Soya—, ¿pero está diciendo la verdad? Alguien tiene que saberlo. ¿Una IA con base de ADN corre peligro si rociamos la nave con paralizadores?

Interviene Bramly, jefe de máquinas del *Saint-Malo*.

—Señor, creo que los diseñadores habrían protegido el cerebro contra semejante posibilidad.

—¿Pero está seguro? —pregunta De Soya.

—No, señor —responde Bramly al cabo de un momento.

—¿Pero esa IA es totalmente orgánica? —insiste De Soya.

—Sí —responde el capitán Hearn por haz angosto—. Salvo por las interfaces electrónica y de memoria de burbuja, la IA de una nave de esa época tendría una estructura helicoidal ADN cruzada con...

—De acuerdo —dice De Soya en haces angostos múltiples para todas las naves —. Mantengan sus posiciones. No permitan, repito, no permitan que la nave cambie de curso o intente traslación a C-plus. Si lo intenta, fusionen campos y usen paralizadores.

El grupo REYES y las demás naves irradian unas luces de asentimiento.

—Por favor, no provoque un desastre —finaliza Aenea—. Sólo intentamos descender en Vector Renacimiento.

El padre capitán De Soya se comunica con ella en haz angosto.

—Aenea —dice afablemente—, permítenos abordar y te llevaremos al planeta.

—Preferiría ir por mi cuenta —responde la niña.

De Soya cree detectar cierta sorna en la voz.

—Vector Renacimiento es un mundo grande —dice De Soya, observando las lecturas tácticas—. Faltan diez minutos para que entréis en la atmósfera. ¿Dónde quieres aterrizar?

Una pausa, luego la voz de Aenea:

—El puerto espacial Leonardo en Da Vinci estaría bien.

—Hace más de doscientos años que ese puerto está clausurado —dice De Soya—. ¿Tu nave no tiene bancos de memoria más recientes?

Silencio.

—Hay un puerto espacial de Mercantilus en el cuadrante occidental de Da Vinci —dice De Soya—. ¿Servirá?

—Sí —dice Aenea.

—Tendrás que cambiar de rumbo, entrar en órbita y aterrizar bajo el control de tráfico espacial. Enviaré los cambios de delta-V.

—No —dice la niña—. Mi nave nos llevará.

De Soya suspira y mira a la capitana Wu y al padre Brown.

—Mis infantes pueden abordar en dos minutos —dice Barnes-Avne.

—Esa nave entrará en la atmósfera dentro de... siete minutos —dice De Soya—. A esa velocidad, el error más leve sería fatal. —Activa el haz angosto—. Aenea, hay demasiado tráfico espacial y aéreo sobre Da Vinci para que intentes este aterrizaje. Por favor, ordena a tu nave que obedezca los parámetros de inserción orbital que acabo de transmitir y...

—Lo lamento, padre capitán, pero vamos a aterrizar ahora. Si quieren que el control de tráfico del puerto espacial envíe datos de aproximación, sería una ayuda. Si vuelvo a hablar con usted, será cuando todos estemos en tierra. Fuera.

—Maldición —masculla De Soya. Se comunica con control de tráfico de Mercantilus—. ¿Recibió eso, control?

—Enviando datos de aproximación —dice la voz del controlador.

—Hearn, Stone, Boulez —ruge De Soya—. ¿Lo recibieron?

—Positivo —dice la madre capitana Stone—. Tendremos que apartarnos dentro de... tres minutos diez segundos.

De Soya pasa a visión táctica el tiempo suficiente para ver que el cubo y la rueda se desarman cuando las naves-antorcha inician sus delta-V para alcanzar órbitas de frenado. No son naves diseñadas para la atmósfera. El *Saint-Malo* ha estado en órbita del planeta y ahora se interpone en el camino de la nave de la niña mientras frena antes de entrar en la atmósfera.

—Preparen mi nave de descenso —ordena De Soya.

Llama a la patrulla aérea por el canal de comunicaciones planetario.

—Aquí, señor —responde la comandante de vuelo Klaus. Ella y cuarenta y seis

Escorpiones más aguardan en patrulla de combate aéreo sobre Da Vinci.

—¿Están rastreando?

—Con precisión, señor —responde Klaus.

—Le recuerdo que no se efectuarán disparos a menos que yo lo ordene.

—Sí, señor.

—El *Saint-Malo* enviará diecisiete cazas en pos del objetivo. Mi nave de descenso será la número dieciocho. Nuestras repetidoras estarán sintonizadas en cero-cinco-nueve.

—Enterada —dice Klaus—. Señales en cero-cinco-nueve. Nave objetivo y dieciocho amigos.

—De Soya fuera —dice el padre capitán, y desenchufa los umbilicales que lo conectan con los paneles del Centro de Control de Combate. El espacio táctico desaparece. La capitana Wu, el padre Brown, la comandante Barnes-Avne, el sargento Gregorius, Kee y Rettig lo siguen a la nave de descenso. La piloto de la nave, una teniente llamada Karyn Noris Cook, aguarda con todos los sistemas preparados. Tardan menos de un minuto en amarrarse y despegar desde el tubo de vuelo del *Saint-Malo*. Han ensayado esto muchas veces.

De Soya recibe datos tácticos por la red de la nave mientras entran en la atmósfera.

—La nave de la niña tiene alas —dice la piloto, usando el antiguo giro. Durante milenios, «pies secos» ha aludido a una aeronave que vuela sobre tierra, «pies mojados» a una aeronave que vuela sobre agua, y «tener alas» a la traslación del espacio al vuelo atmosférico.

Una imagen visual de la nave muestra que esto no es literalmente cierto. Aunque los datos sobre la vieja nave sugieren que tiene cierta capacidad de transformación, en este caso no le han crecido alas. Las cámaras de los piquetes de defensa muestran la nave que entra en la atmósfera de popa, haciendo equilibrio sobre una estela de llamas de fusión.

La capitana Wu se acerca a De Soya.

—El cardenal Lourdusamy dijo que esta niña es una amenaza para Pax —susurra, para que los demás no oigan.

El padre capitán De Soya asiente.

—¿Y si eso significara que ella puede ser una amenaza para millones de personas de Vector Renacimiento? —susurra Wu—. Ese motor de fusión es de por sí un arma temible. Una explosión termonuclear sobre la ciudad...

De Soya siente un escalofrío al oír esas palabras, pero ha pensado en ello.

—No —responde—. Si ella apunta la estela de fusión hacia algo, paralizamos la nave, destruimos los motores y la dejamos caer.

—Pero la niña...

—Sólo nos queda esperar que sobreviva a la colisión —dice De Soya—. No permitiremos la muerte de miles o millones de ciudadanos de Pax.

Se recuesta en el diván de aceleración y se comunica con el puerto espacial, sabiendo que el haz angosto debe atravesar la capa de ionización que rodea su chirriante nave. Mirando el vídeo externo, ve que están cruzando el terminador: estará oscuro en el puerto espacial.

—Control de puerto —responde el director de tráfico—. La nave objetivo está desacelerando en la trayectoria que le hemos indicado. Su delta-V es elevada... ilegal, pero aceptable. Todo el tráfico aéreo está despejado en un radio de mil kilómetros. Tiempo para el aterrizaje... cuatro minutos treinta y cinco segundos.

—Puerto espacial asegurado —interviene la comandante Barnes-Avne por la misma red.

De Soya sabe que hay miles de efectivos de Pax en la zona del puerto espacial. Una vez que la nave aterrice, no le permitirán despegar. Mira el vídeo en vivo: las luces de Da Vinci titilan en el horizonte. La nave de la niña tiene las luces de navegación encendidas, un parpadeo rojo y verde. Las potentes luces de aterrizaje se encienden e hienden las nubes.

—En trayectoria —dice la calma voz del controlador de tráfico—. Desaceleración nominal.

—Tenemos imagen visual —exclama la comandante Klaus.

—Mantengan distancia —transmite De Soya. Los Escorpiones pueden morder desde varios cientos de kilómetros. No quiere que estorben a la nave que desciende.

—Enterado.

—En trayectoria, descenso nominal, tres minutos para aterrizaje —le informa el controlador a la nave de la niña—. Nave no identificada, tiene permiso para aterrizar.

Silencio de Aenea.

De Soya pasa a espacio táctico. La nave de la niña es un ascua roja que revolotea a diez mil metros del puerto espacial. La nave de De Soya y los cazas están un kilómetro más arriba, acechando como insectos furibundos. «O buitres», piensa el padre capitán. El Llano Estacado tenía buitres, aunque nadie sabía por qué los colonos los habían importado. El llano —las estacas eran los generadores atmosféricos puestos en cuadrícula cada treinta kilómetros— era tan seco y ventoso que reducía un cadáver a momia en pocas horas.

De Soya sacude la cabeza para despejarse.

—Un minuto para aterrizaje —informa el controlador—. Nave no identificada, se está aproximando a descenso cero. Por favor modifique delta-V para continuar descenso dentro de la trayectoria designada. Nave no identificada, por favor confirme.

—Maldición —susurra la capitana Wu.

—Caballeros —dice la piloto Karyn Cook—, la nave ha detenido su descenso. Está suspendida a dos mil metros del puerto espacial.

—La vemos, teniente —dice De Soya. Las luces de navegación de la nave parpadean. Las luces de aterrizaje de las aletas de popa son tan brillantes que iluminan la pista del puerto.

Otras naves del puerto están a oscuras; han aparcado la mayoría en hangares o pistas secundarias. Las naves perseguidoras no muestran luces.

—Todas las naves y aeronaves —dice De Soya por haz angosto múltiple—, guarden distancia, y no abran fuego.

—Nave no identificada —dice el controlador—, se está desviando de su trayectoria. Por favor reanude descenso nominal de inmediato. Nave no identificada, está abandonando espacio aéreo controlado. Por favor reinicie descenso controlado de inmediato.

—Maldición —susurra Barnes-Avne. Sus tropas aguardan en círculos concéntricos alrededor del puerto espacial, pero la nave de la niña ya no está sobre el puerto espacial. Se dirige al centro de Da Vinci. La nave apaga las luces de aterrizaje.

—No ha encendido el motor de fusión —le dice De Soya a la capitana Wu—. Utiliza sólo sus repulsores.

Wu asiente, pero obviamente no está satisfecha. Una nave de fusión sobrevolando un centro urbano es como una hoja de guillotina sobre un cuello desnudo.

—Patrulla aérea —llama De Soya—, me estoy desplazando dentro de los quinientos metros. Por favor, sígame.

Hace una seña a la piloto, e inician un descenso circular. En sus divanes traseros, Gregorius y los otros dos guardias permanecen rígidamente sentados en uniforme de combate.

—¿Qué diablos se propone esa niña? —susurra la comandante Barnes-Avne. Por su banda táctica De Soya ve que la comandante ha autorizado a un centenar de efectivos a elevarse con paks de reacción para seguir la nave fugitiva. Para las cámaras externas los soldados son invisibles.

De Soya recuerda la pequeña nave o pak de vuelo que recogió a la niña en el Valle de las Tumbas de Tiempo. Llama a control de tierra y los piquetes orbitales.

—Sensores, ¿están atentos a salida de objetos pequeños de la nave objetivo?

La nave primaria responde.

—Sí, señor. No se preocupe, nada mayor que un microbio saldrá de esa nave sin que lo rastreemos.

—Muy bien —dice De Soya. «¿Qué he olvidado?» La nave de Aenea sobrevuela Da Vinci con rumbo nornoroeste a veinticinco kilómetros por hora, un lento vuelo de dirigible. Encima de la nave revolotean los cazas que han ingresado en la atmósfera con la nave de De Soya. En torno de la nave, como las paredes giratorias de un

huracán, se encuentran los Escorpiones de la patrulla aérea. Debajo, aleteando sobre los edificios y puentes de la ciudad, siguiendo las maniobras con sus sensores infrarrojos y dispositivos de rastreo, vuelan los efectivos terrestres del puerto espacial.

La nave de la niña sobrevuela los rascacielos y zonas industriales de Da Vinci flotando sobre silenciosos repulsores EM. La ciudad brilla con luces de autopistas, edificios, las verdes franjas de los campos deportivos, y los rutilantes rectángulos de los parques. Decenas de miles de vehículos terrestres se arrastran por autopistas elevadas, y sus faros se suman al espectáculo de luces de la ciudad.

—Está rotando, caballeros —informa la piloto—. Siempre sobre repulsores.

En vídeo y en espacio táctico, De Soya ve que la nave de Aenea pasa lentamente de la vertical a la horizontal. No aparecen alas. Esta posición será extraña para los pasajeros, pero no supone ninguna diferencia práctica. Los campos internos aún deben de estar controlando el «arriba» y el «abajo». La nave, más parecida que nunca a un dirigible plateado flotando sobre brisas suaves, sobrevuela el río y las playas ferroviarias del noroeste de Da Vinci. Control de tráfico exige una respuesta, pero los canales de comunicaciones guardan silencio.

«¿Qué he olvidado?», se pregunta el padre capitán De Soya.

Cuando Aenea pidió a la nave que pasara a posición horizontal, perdí la compostura por un instante.

La sensación de pérdida de equilibrio era abrumadora. Los tres estábamos de pie en el linde de la sala circular, mirando por el casco transparente como si mirásemos por un precipicio. Ahora nos inclinábamos hacia esas luces que estaban mil metros más abajo. A. Bettik y yo retrocedimos involuntariamente hacia el centro de la habitación, y yo extendí los brazos para no caerme, pero Aenea permaneció donde estaba, viendo cómo el suelo ascendía convirtiéndose en una pared de edificios y luces.

Quise sentarme en el diván, pero logré permanecer de pie y dominar mi vértigo mirando esa pared gigantesca que era el suelo. Las calles y la cuadrícula de manzanas seguían de largo mientras continuábamos nuestro vuelo. Giré por completo, viendo algunas estrellas brillantes a través del resplandor de la ciudad que estaba a mis espaldas. Las nubes reflejaban las luces anaranjadas de la ciudad.

—¿Qué buscamos ahora? —pregunté. Por momentos la nave informaba sobre la presencia de aeronaves acechantes y los sensores que nos rastreaban. Habíamos ordenado a la nave que silenciara las insistentes exigencias de control de tráfico.

Aenea quería ver el río. Ahora lo sobrevolábamos, una cinta oscura que serpeaba entre las luces, flotando con rumbo noroeste. En ocasiones una barca o buque de placer pasaba debajo, aunque desde esta perspectiva las luces parecían subir y bajar

por la «pared» de la ciudad. En vez de responderme directamente, Aenea dijo:

—Nave, ¿estás segura de que esto era parte del Tetis?

—Según mis mapas —dijo la nave—. Desde luego, mi memoria no...

—¡Allá! —exclamó A. Bettik, señalando el oscuro río.

Yo no veía nada, pero evidentemente Aenea sí.

—Llévanos más abajo —ordenó a la nave—. Deprisa.

—Los márgenes de seguridad ya han sido violados —dijo la nave—. Si descendemos por debajo de esta altitud, podemos...

—¡Hazlo! —gritó la niña—. Anulación. Código seis, preludio en do sostenido.

La nave se lanzó hacia abajo y adelante.

—Dirígete a ese arco —dijo Aenea, señalando la ciudad y el oscuro río.

—¿Arco? —pregunté. Entonces lo vi. Una curva negra, un arco de tinieblas contra las luces de la ciudad.

A. Bettik miró a la niña.

—Me temía que hubiera desaparecido... que estuviera destruido.

Aenea mostró los dientes.

—No pueden destruirlo. Necesitarían explosivos atómicos... y tal vez ni siquiera funcionaran. El TecnoNúcleo dirigió la construcción de esas cosas. Están hechas para durar.

Ahora la nave avanzaba sobre sus repulsores. Vi claramente el portal teleyector, un arco gigante sobre el río. Un parque industrial había crecido en torno del antiguo artefacto, y las playas ferroviarias y los campos de almacenaje estaban vacíos excepto por el hormigón rajado, las malezas, el alambre oxidado y las máquinas abandonadas. El portal estaba a un kilómetro de distancia. A través de él se veían las luces de la ciudad. No, ahora parecía titilar, como si una cortina de agua cayera desde el arco de metal.

—¡Vamos a lograrlo! —exclamé.

En cuanto dije esas palabras, una violenta explosión sacudió la nave y caímos hacia el río.

—¡El antiguo portal teleyector! —exclama De Soya. Había visto el arco un minuto antes pero había creído que era otro puente. Ahora comprende—. Se dirigen al portal teleyector. ¡Esto formaba parte del río Tetis!

Activa el espacio táctico. En efecto, la nave de la niña se dirige al arco.

—Calma —dice la comandante Barnes-Avne—. Los portales están muertos. No funcionan desde la Caída. No puede...

—¡Acérquenos más! —le grita De Soya a la piloto. La nave de descenso acelera, aplastándolos contra los divanes. Este tipo de naves no tiene campo de contención interna—. ¡Llévenos cerca! ¡Alcáncelos! —le grita De Soya a la teniente. Por los

canales de banda ancha ordena—: Todas las aeronaves, aproxímense al blanco.

—Llegarán antes que nosotros —dice la piloto Cook mientras tres gravedades la aplastan contra el asiento.

—¡Líder de patrulla aérea! —llama De Soya, la voz tensa bajo la carga gravitatoria—. Dispare contra el blanco. Dispare para incapacitar motores y repulsores. ¡Ya!

Haces energéticos hienden la noche. La nave de la niña parece tropezar en el aire, como una bestia herida en las tripas, y cae al río a pocos cientos de metros del portal teleyector. Una explosión de hongos de vapor se eleva en la noche.

La nave de descenso rodea la columna de vapor a una altitud de mil metros. El aire se llena de aeronaves y soldados volantes. Un excitado parloteo llena los canales de comunicación.

—¡Silencio! —ordena De Soya por banda ancha— Líder de patrulla aérea, ¿ve la nave?

—Negativo —responde Klaus—. Demasiado vapor y desechos de la explosión.

—¿Hubo una explosión? —pregunta De Soya. Se dirige en haz angosto a los piquetes de defensa que están mil kilómetros más arriba—. ¿Radar? ¿Sensores?

—La nave fue derribada —responden.

—Eso lo sé, idiota —replica De Soya—. ¿Puede escudriñar bajo la superficie del río?

—Negativo —responde el piquete—. Demasiado tráfico aéreo y terrestre. El radar profundo no puede discriminar entre...

—Maldición. ¿Madre capitana Stone?

—Sí —responde su ex oficial ejecutiva desde la nave-antorcha en órbita.

—Abráselo —ordena De Soya—. El portal. El río que está debajo. Abráselo un minuto, hasta que se derrita. Espere... hágalo dentro de treinta segundos. —Pasa a las bandas tácticas aéreas—. Todas las naves y combatientes de las inmediaciones tienen treinta segundos para alejarse. Un haz de contrapresión barrerá toda la zona. Dispérsense.

La piloto Cook cumple la orden y gira abruptamente, regresando hacia el puerto espacial a Mach 1,5.

—¡Calma, calma! —exclama De Soya—. A sólo un kilómetro. Necesito observar.

La imagen visual y el espacio táctico son una demostración visual de la teoría del caos cuando cientos de naves y soldados se alejan del portal como desparramados por una explosión. La zona acaba de vaciarse en el radar cuando el haz de contrapresión baja del espacio. El cegador rayo de diez metros de anchura hace impacto en el antiguo portal. El hormigón, el acero y el ferroplástico se funden en lagos y ríos de lava a ambas orillas del río original. El río mismo se convierte en vapor, enviando una onda de choque y una nube brumosa que oscilan sobre la ciudad. Esta vez la nube

con forma de hongo llega a la estratosfera.

La capitana Wu, el padre Brown y todos los demás miran al padre capitán De Soya. Él casi oye los pensamientos de los demás: *Debíamos capturar a la muchacha con vida.*

Ignora sus miradas y pregunta a la piloto:

—No estoy familiarizado con este modelo de nave. ¿Puede detenerse en el aire?

—Unos minutos —responde la piloto. Tiene el rostro lustroso de sudor debajo del casco.

—Bajemos allá y detengámonos sobre el portal —ordena De Soya—. Cincuenta metros estaría bien.

—Señor, las ondas térmicas y de choque de las explosiones...

—Hágalo, teniente. —La serena voz del padre capitán no deja margen para discusiones.

Descienden. El vapor y una llovizna violenta llenan el aire, pero sus luces de búsqueda y su radar de alto perfil apuñalan la superficie. El arco teleyector está al rojo blanco, pero todavía en pie.

—Pasmoso —jadea la comandante Barnes-Avne.

La madre capitán Stone aparece en espacio táctico.

—Padre capitán, el blanco fue alcanzado, pero sigue en pie. ¿Quiere que efectúe otro disparo?

—No —dice De Soya. Debajo del arco el río se cauteriza, y el agua regresa a esa cicatriz recalentada. Ascienden nuevas ondas de vapor mientras las orillas de acero y hormigón fundido se confunden con las aguas. El siseo es audible por los sensores externos. El arremolinado río está lleno de escombros.

De Soya observa desde el espacio táctico y los monitores y ve que los demás lo miran de nuevo. Les habían ordenado capturar a la niña con vida y llevarla a Pacem.

—Comandante Barnes-Avne —dice formalmente—. Por favor, ordene a sus tropas que desciendan e inicien una búsqueda inmediata en el río y las zonas vecinas.

—Inmediatamente —dice Barnes-Avne, activando su red de mando e impartiendo las órdenes. Nunca aparta los ojos de la cara del padre capitán De Soya.

28

En los días que siguen al dragado del río —no hay ninguna nave, ningún cadáver, sólo unos desechos que quizás hayan sido la nave de la niña— el padre capitán De Soya espera una corte marcial y tal vez la excomunión. El correo Arcángel viaja a Pacem con la noticia, y a las veinte horas la misma nave, con otros mensajeros humanos, regresa con el veredicto de que habrá una junta de revisión. De Soya asiente al enterarse de la noticia, creyendo que es la antesala de su regreso a Pacem para una corte marcial y algo peor.

Asombrosamente, el afable padre Brown encabeza la junta de revisión, como representante personal del cardenal Simon Augustino Lourdusamy, con la capitana Wu como representante del almirante Marusyn. Otros miembros de la junta incluyen a dos de los almirantes presentes durante la tragedia y a la comandante Barnes-Avne. Ofrecen a De Soya un defensor, pero él rehúsa.

El padre capitán no es arrestado durante los cinco días de audiencia pero se sobreentiende que permanecerá en la base militar de Pax, en las afueras de Da Vinci, hasta que la audiencia haya concluido. Durante esos cinco días, el padre capitán De Soya camina a lo largo del río dentro de los límites de la base, mira las noticias en la televisión local y los canales de acceso directo, y en ocasiones mira el cielo, imaginando que puede adivinar dónde se encuentra el *Rafael* en su órbita, vacío y silencioso salvo por sus sistemas automáticos. De Soya espera que el próximo capitán de la nave le brinde más honor.

Muchos amigos lo visitan: Gregorius, Kee y Rettig aún son sus guardias, aunque ya no portan armas y también permanecen en la base en arresto virtual. La madre capitana Boulez, el capitán Hearn y la madre capitana Stone pasan para darle su testimonio antes de partir para la frontera. Esa noche De Soya observa la estela azul de las lanzaderas que se elevan hacia el cielo nocturno, y los envidia. El capitán Sati del *San Antonio* comparte una copa de vino con De Soya antes de regresar a su nave-antorcha y su misión en otro sistema. Incluso el capitán Lempriére pasa después de testificar, y la vacilante compasión de este hombre calvo termina por encolerizar a De Soya.

El quinto día De Soya se presenta ante la junta. La situación es rara: De Soya aún tiene el disco papal y técnicamente está a cubierto de reproches o acusaciones, pero se sobreentiende que el papa Julio, por mediación del cardenal Lourdusamy, ha ordenado esta junta. El disciplinado De Soya, militar y jesuita, acata con humildad. No espera una exoneración.

En la tradición de los capitanes de barcos desde la Edad Media de Vieja Tierra, De Soya sabe muy bien que la moneda de las prerrogativas de un capitán tiene dos caras: un poder casi divino sobre todo lo que hay a bordo, compensado por la

exigencia de asumir plena responsabilidad por cualquier daño que sufra la nave o por el fracaso de una misión.

De Soya no ha dañado su nave —ni su vieja nave-antorcha ni el *Rafael*— pero sabe que su fracaso ha sido rotundo. Disponiendo de inmensos recursos de Pax en Hyperion y en Renacimiento, no ha logrado capturar a una niña de doce años. No ve excusa para ello, y así lo declara durante la audiencia.

—¿Por qué ordenó la destrucción del portal teleyector en Vector Renacimiento? —pregunta el padre almirante Coombs después de la declaración de De Soya.

De Soya alza una mano, la baja.

—En ese momento comprendí que la niña había viajado a este mundo para alcanzar el portal. Nuestra única esperanza de detenerla era destruirlo.

—¿Pero no fue destruido? —pregunta el padre Brown.

—No —dice De Soya.

—En su experiencia, padre capitán De Soya —dice la capitana Wu—, ¿existe algún blanco que no sea destruido por un minuto de fuego concentrado de contrapresión?

De Soya reflexiona.

—Hay blancos, como los bosques orbitales o los asteroides de los enjambres éxters, que no serían destruidos del todo ni siquiera por un minuto de fuego. Pero sufrirían graves daños.

—¿Y el portal teleyector no fue dañado? —insiste el padre Brown.

—Que yo sepa, no.

La capitana Wu se vuelve a los demás miembros de la junta.

—Tenemos una declaración jurada del jefe de ingenieros planetarios Rexto Hamn, según la cual la aleación del portal teleyector, aunque irradió calor durante más de cuarenta y ocho horas, no resultó dañada por el ataque.

Los miembros de la junta deliberan.

—Padre capitán De Soya —dice el almirante Serra cuando se reanuda el interrogatorio—, ¿comprendió usted que en su intento de destruir el portal podía haber destruido la nave de la niña?

—Sí, almirante.

—¿Y en consecuencia matar a la niña? —continúa Serra.

—Sí, almirante.

—Y su orden específica era llevar a la niña a Pacem... ilesa. ¿Es correcto?

—Sí, almirante. Ésa era mi orden.

—¿Pero usted estaba dispuesto a contravenirla?

De Soya respira profundamente.

—En este caso, almirante, pensé que era un riesgo calculado. Mis instrucciones decían que era de suprema importancia llevar a la niña a Pacem en el tiempo más

breve posible. En esos pocos segundos, cuando comprendí que ella podía viajar por el portal teleyector y evitar la captura, pensé que lo más conveniente era destruir el portal... no la nave de la niña. Con franqueza, pensé que la nave ya había atravesado el portal o no lo había alcanzado. Todo indicaba que la nave había sido derribada y había caído al río. No sabía si la nave tenía capacidad para trasponer el portal bajo el agua o, llegado el caso, si el portal podía teleyectar un objeto subacuático.

La capitana Wu entrelaza las manos.

—¿Y que usted sepa, padre capitán, el teleyector ha mostrado indicios de actividad desde esa noche?

—Que yo sepa no, capitana.

—Que usted sepa, padre capitán, ¿algún portal teleyector, en cualquier mundo de la ex Red, o cualquier portal espacial, ha demostrado indicios de nueva actividad desde la Caída de los teleyectores hace más de doscientos setenta años estándar?

—Que yo sepa, no.

El padre Brown se inclina hacia delante.

—Entonces, padre capitán, tal vez pueda explicar a esta junta por qué pensó que la niña tenía capacidad para abrir un portal e intentaba escapar por él.

De Soya abre las manos.

—Padre, no lo sé. Tuve la clara sensación de que ella no quería ser capturada, y su fuga a lo largo del río... no lo sé, padre. El uso del portal es lo único que tenía sentido esa noche.

La capitana Wu mira a sus colegas.

—¿Más preguntas? —Al cabo de un silencio añade—: Eso es todo, padre capitán De Soya. Esta junta le informará sobre sus hallazgos mañana por la mañana.

De Soya asiente y se marcha.

Esa noche, recorriendo el sendero de la base a orillas del río, De Soya intenta imaginar qué hará si lo someten a corte marcial y le impiden ejercer el sacerdocio aunque no lo encarcelen. La idea de la libertad, después de tamaño fracaso, es más dolorosa que la idea del encierro. La junta no ha mencionado la excomunión —no ha mencionado ningún castigo— pero De Soya está seguro de su condenación, su retorno a Pacem para comparecer ante un tribunal superior y su expulsión de la Iglesia. Sólo un terrible fracaso o herejía puede provocar semejante castigo, pero De Soya sabe perfectamente que su fracaso ha sido terrible.

Por la mañana comparece en el edificio donde la junta ha deliberado toda la noche. Se cuadra frente a la docena de hombres y mujeres que están detrás de la larga mesa.

—Padre capitán De Soya —dice la capitana Wu, hablando en nombre de todos—, esta junta de revisión ha sido convocada para responder a preguntas del Mando de

Pax y el Vaticano en cuanto a la disposición y el resultado de hechos recientes, específicamente, el fracaso de este comandante en la misión de aprehender a la niña llamada Aenea. Al cabo de cinco días de investigación y de muchas horas de testimonios y declaraciones, esta junta considera que se realizaron todos los esfuerzos y preparativos posibles para llevar a cabo la misión. Era imposible que usted o cualquier oficial que trabajara con usted o bajo su mando previera que la niña llamada Aenea o sus acompañantes podrían escapar por un teleyector que no ha funcionado en casi tres siglos estándar. El hecho de que los teleyectores puedan reiniciar su actividad constituye, por cierto, una grave preocupación para Mando de Pax y la Iglesia. Las implicaciones de ello serán exploradas por el personal jerárquico de Mando de Pax y la jerarquía vaticana.

»En cuanto a su papel en esto, padre capitán De Soya, consideramos que sus acciones fueron responsables, correctas y concordantes con sus prioridades legales, aunque objetamos que haya puesto en peligro la vida de la niña que debía capturar. Esta junta, aunque es oficial sólo en el cometido de la revisión, recomienda que usted continúe su misión con la nave clase Arcángel denominada *Rafael*, que usted continúe usando el disco de autoridad papal y que usted requise aquellos materiales que considere necesarios para la continuación de esta misión.

De Soya, todavía rígido, parpadea varias veces.

—¿Capitana? —pregunta.

—Sí, padre capitán.

—¿Esto significa que puedo conservar al sargento Gregorius y sus hombres como guardia personal?

La capitana Wu (cuya autoridad, paradójicamente, supera la de los almirantes y comandantes de tierra presentes) sonríe.

—Padre capitán, usted podría ordenar a los miembros de esta junta que le sirvan como guardia personal, si lo desea. La autoridad de su disco papal sigue siendo absoluta.

De Soya no sonríe.

—Gracias, capitana, señores. El sargento Gregorius y sus dos hombres bastarán. Partiré esta misma mañana.

—¿Partir hacia dónde, Federico? —pregunta el padre Brown—. El exhaustivo análisis de los testimonios no nos ha permitido averiguar adónde se teleyectó esa nave. El río Tetis tenía contactos cambiantes, y todos los datos sobre el próximo mundo de la línea se han perdido.

—Sí, padre —dice De Soya—, pero sólo dos centenares de mundos estaban conectados por ese río teleyector. La nave de la niña tiene que estar en uno de ellos. Mi nave Arcángel puede llegar a todos en menos de dos años, calculando el tiempo de resurrección después de cada traslación. Comenzaré de inmediato.

Los hombres y mujeres de la junta lo miran sorprendidos. El hombre que tienen delante está hablando de varios cientos de muertes y dificultosas resurrecciones. Por lo que saben, nadie, desde el comienzo del Sacramento de la Resurrección, se ha sometido a semejante ciclo de dolor y renacimiento.

El padre Brown se pone de pie y alza su mano en una bendición.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti* —entona—. Vaya con Dios, padre capitán De Soya. Nuestras plegarias irán con usted.

29

Cuando nos derribaron a cientos de metros del portal teleyector, tuve la certeza de que podíamos darnos por muertos. El campo de contención interna falló en cuanto los generadores sufrieron el impacto, la pared que mirábamos se convirtió súbitamente en nuestro abajo, y la nave cayó como un ascensor con los cables cortados.

Las sensaciones que siguieron son difíciles de describir. Ahora sé que los campos internos pasaron a lo que se conocía como «campo de choque» —un nombre bien puesto, sin duda— y en los próximos minutos fue exactamente como si estuviéramos apresados en un recipiente gigante de gelatina. En cierto sentido, así era. El campo de choque se expandió en un nanosegundo para cubrir todos los milímetros cuadrados de la nave, funcionando como un acolchado que nos mantenía inmóviles mientras la nave se zambullía en el río, botaba en el fondo lodoso, disparaba su motor de fusión —creando un gigantesco penacho de vapor— y avanzaba inexorablemente en medio del lodo, el vapor, el agua y los desechos de la implosión hasta que la nave cumplió la última orden que había recibido, atravesar el portal teleyector. Aunque pasáramos tres metros bajo la hirviente superficie del río, ello no impedía que el portal funcionara. La nave luego nos contó que mientras su popa atravesaba el teleyector, el agua se recalentó de repente, como si una nave de Pax la bombardeara con un rayo de contrapresión. Irónicamente, el vapor desvió el rayo durante los milisegundos necesarios para completar la transición.

Entretanto, desconociendo estos detalles, yo miraba azorado. No podía cerrar los ojos bajo la fuerza aplastante del campo de choque, y miraba los monitores de video y el ápice del casco transparente mientras el teleyector se activaba en medio del vapor y la luz del sol se derramaba sobre la superficie del río. De repente atravesamos la nube de vapor, chocamos nuevamente contra rocas y un cauce fluvial y trepamos a una playa bajo un cielo azul y soleado.

Los monitores se apagaron y el casco se puso opaco. Quedamos varios minutos atrapados en esa negrura cavernosa. Yo flotaba en el aire, o habría flotado en el aire de no ser por el gelatinoso campo de choque. Tenía los brazos extendidos, la pierna derecha arqueada en postura de corredor, la boca abierta en un grito silencioso y no podía pestañear. Al principio sentí miedo de la asfixia —el campo de choque estaba dentro de mi boca abierta— pero pronto noté que mi nariz y mi garganta recibían oxígeno. Resultó ser que el campo de choque funcionaba como las costosas máscaras osmóticas usadas para el buceo en tiempos de la Hegemonía: el aire atravesaba la masa de campo que se apretaba contra el rostro y la garganta. No era una experiencia agradable —siempre detesté la idea de la asfixia—, pero mi angustia era manejable. Más perturbadora era la negrura y la sensación claustrofóbica de estar atrapado en una pegajosa y gigantesca telaraña. Durante esos largos minutos en la oscuridad, temí

que la nave quedara atascada allí para siempre y que los tres muriésemos de hambre en posturas indignas, hasta que un día los bancos de energía de la nave se agotaran, el campo de choque se derrumbara y nuestros esqueletos blanqueados cayeran ruidosamente en el interior de la nave como huesos arrojados por un adivino invisible.

En realidad, el campo se disipó lentamente menos de cinco minutos después. Las luces se encendieron, fluctuaron y fueron reemplazadas por una luz de emergencia roja mientras descendíamos suavemente a lo que poco antes había sido la pared. El casco externo se puso transparente de nuevo, pero muy poca luz pasaba por el lodo y los desechos.

Yo no había podido ver a A. Bettik y Aenea mientras estaba inmovilizado —estaban fuera de mi campo de visión—, pero los vi mientras el campo los bajaba hasta el casco. Me asombró oír un grito que salía de mi garganta y comprendí que era el grito que había iniciado en el momento de la colisión.

Los tres nos quedamos en la pared curva del casco, frotándonos y palpándonos brazos, piernas y cabezas para cerciorarnos de que no teníamos lesiones. Luego Aenea habló en nombre de todos.

—Mierda —dijo, y se puso de pie. Le temblaban las piernas.

—¡Nave! —llamó el androide.

—Sí, A. Bettik —respondió la impasible nave.

—¿Estás dañada?

—Sí, A. Bettik. Acabo de completar una evaluación de daños. Las serpentinas de campo, los repulsores y los trasladores Hawking han sufrido grandes daños, al igual que algunos sectores del casco de popa y dos de las cuatro aletas de aterrizaje.

—Nave —dije, poniéndome de pie y mirando por la nariz transparente del casco. Entraba luz por la pared curva, pero la mayor parte del casco exterior estaba embadurnado de fango y arena. El oscuro río cubría hasta dos tercios de los flancos. Al parecer nos habíamos atascado en una orilla arenosa, pero antes habíamos recorrido muchos metros del fondo del río—. Nave, ¿tus sensores funcionan?

—Sólo el radar y el visual.

—¿Hay perseguidores? ¿Alguna nave de Pax atravesó el teleyector?

—Negativo. No hay blancos inorgánicos en tierra ni en el aire dentro de los alcances de mi radar.

Aenea caminó hacia la pared vertical que había sido el piso enmoquetado.

—¿Ni siquiera soldados? —preguntó.

—No —dijo la nave.

—¿El teleyector todavía funciona? —preguntó A. Bettik.

—Negativo —dijo la nave—. El portal dejó de funcionar dieciocho nanosegundos después de que lo atravesamos.

Me relajé un poco y miré a la niña, verificando que no estaba lastimada. Salvo por el cabello desgreñado y los ojos desorbitados, parecía bastante normal. Me sonrió.

—¿Cómo salimos de aquí, Raul?

Miré arriba y entendí a qué se refería. La escalera central estaba tres metros sobre nuestras cabezas.

—Nave —dije—, ¿puedes activar los campos internos para que consigamos salir?

—Lo lamento. Los campos están desactivados y la reparación demorará un tiempo.

—¿Puedes simular una abertura en el casco encima de nosotros? —La sensación de claustrofobia estaba volviendo.

—Me temo que no. En este momento funciono con baterías, y una simulación requeriría mucha más energía de la que tengo. La cámara de presión principal funciona. Si podéis llegar allí, la abriré.

Los tres nos miramos.

—Magnífico —dije al fin—. Debemos arrastrarnos treinta metros en medio de este desquicio...

Aenea aún miraba por la escalera.

—Aquí la gravedad es diferente. ¿La sientes?

Así era. Todo era más liviano. Yo debía de haberlo atribuido a una variación en el campo interno, pero ya no había campo interno. Era otro mundo, con otra gravedad. Miré a la niña sorprendido.

—¿Me estás diciendo que podemos volar hacia allá? —dije, señalando la cama que colgaba de la pared y la escalera.

—No, pero la gravedad parece un poco menor que en Hyperion. Si los dos me impulsáis hacia allá, os arrojaré algo y luego nos arrastraremos hasta la cámara de presión.

Y eso fue precisamente lo que hicimos. Hicimos una hamaca con las manos e impulsamos a Aenea hacia la escalera; ella estiró la mano, arrancó la manta de la cama, la anudó en la balaustrada y nos arrojó el otro extremo. A. Bettik y yo trepamos y los tres caminamos precariamente por el poste del pozo central, aferrándonos a la escalera de caracol para conservar el equilibrio, y poco a poco nos abrimos paso por esa caótica nave iluminada de rojo: la biblioteca, donde los libros y cojines habían caído al casco inferior a pesar de las cuerdas que los sujetaban; el holofoso, donde el Steinway aún estaba atornillado en su sitio, pero donde nuestras pertenencias personales habían caído al fondo de la nave. Nos detuvimos mientras yo descendía para recoger la mochila y las armas que había dejado en el diván. Sujetándome la pistola al cinturón, aferrando la cuerda que había guardado en la mochila, me sentí más preparado para una eventualidad.

Cuando llegamos al corredor, vimos que aquello que había dañado el sector del

motor también había causado estragos en los armarios: partes del corredor estaban ennegrecidas y retorcidas, y el contenido de los armarios estaba desparramado por las paredes desgarradas. La cámara de presión interna estaba abierta, pero varios metros encima de nosotros. Tuve que trepar el último tramo vertical de corredor y arrojar la cuerda a los demás. Saltando a la cámara externa y saliendo a la brillante luz del sol, metí la mano en la cámara, encontré la muñeca de Aenea y la saqué. Un segundo después hice lo mismo con A. Bettik. Luego todos miramos alrededor.

¡Un extraño nuevo mundo! Nunca podré explicar la emoción que me estremeció en ese momento, a pesar del choque, a pesar de las circunstancias, a pesar de todo. ¡Estaba mirando un nuevo mundo! El efecto fue más profundo de lo que había esperado en mi anticipación del viaje entre mundos. Este planeta era muy parecido a Hyperion: aire respirable, cielo azul —un poco más claro que el cielo lapislázuli de Hyperion—, nubes, el río a nuestras espaldas —más ancho que el río de Vector Renacimiento— y jungla en ambas márgenes, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista a la derecha, y más allá del portal teleyector cubierto de malezas a la izquierda. Adelante, la proa de la nave había abierto un surco que terminaba en una playa arenosa, y luego la jungla empezaba de vuelta, cubriendo todo como un telón verde y harapiento sobre un escenario estrecho.

Pero aunque todo suene familiar, todo era extraño: los aromas eran sorprendentes, la gravedad era rara, la luz del sol demasiado brillante; los «árboles» no se parecían a nada que yo conociera —los describiría como gimnospermas plumosas y verdes— y en lo alto bandadas de frágiles aves blancas aleteaban alejándose del ruido que habíamos provocado en nuestra torpe entrada en este mundo.

Caminamos por el casco hasta la playa. Brisas suaves hacían ondear el cabello de Aenea y mi camisa. El aire olía a especias sutiles, parecidas a canela y tomillo, aunque más suaves y sabrosas. La proa de la nave no era transparente por fuera, aunque en ese momento no supe si la nave había vuelto a opacar su piel o si nunca parecía transparente desde fuera. Aun tendido de costado, el casco habría sido demasiado alto y demasiado empinado para descender si no hubiera cavado un surco tan profundo en la playa de arena. Usé la soga para bajar a A. Bettik a la arena, luego bajamos a la niña, y al fin me calcé la mochila con el rifle de plasma plegado encima y salté, rodando al tocar el suelo compacto.

Mi primer paso en otro mundo, y no fue un paso sino un tropezón.

La niña y el androide me ayudaron a levantarme. Aenea miraba el casco.

—¿Cómo regresamos arriba? —dijo.

—Podemos construir una escalera o arrastrar un árbol caído. También traje la alfombra voladora.

Escrutamos la playa y la jungla. La playa era estrecha —pocos metros desde la proa hasta la arboleda, con un color más rojo que arenoso bajo la brillante luz del sol

— y la jungla era tupida y oscura. La brisa era fresca en la playa, pero el calor era palpable bajo la tupida arboleda. Veinte metros más arriba, las frondas de las gimnospermas susurraban y temblaban como antenas de insectos gigantes.

—Aguardad aquí un minuto —dije, y me interné en la arboleda. La maleza era espesa, en general un tipo de helecho, y el esponjoso suelo contenía mucho humus. La jungla olía a humedad y podredumbre, pero era un olor muy diferente de los marjales y pantanos de Hyperion. Pensé en los mosquitos drácula y los agujines de mi región, y caminé con cuidado. De los troncos de las gimnospermas colgaban lianas que creaban una malla en la penumbra. Comprendí que tenía que haber agregado un machete a mi lista de elementos básicos.

No había penetrado diez metros en la espesura cuando un alto arbusto de gruesas hojas rojas frente a mi rostro se puso en movimiento y las «hojas» se alejaron bajo el dosel de la jungla. Las hojas correosas de la criatura evocaban esos enormes murciélagos que nuestros ancestros habían llevado a Hyperion.

—Maldición —susurré, saliendo con esfuerzo de la húmeda maraña. Tenía la camisa rasgada cuando llegué tambaleando a la playa. Aenea y A. Bettik me miraban con expectación.

—Es una verdadera jungla —dije.

Caminamos hasta la orilla, nos sentamos en un tocón medio hundido y miramos la nave espacial. La pobre parecía una ballena encallada en un viejo holo sobre la fauna de Vieja Tierra.

—Me pregunto si volará de nuevo —murmuré, rompiendo una barra de chocolate y entregando una parte a la niña y otra al hombre de tez azul.

—Oh, creo que sí —dijo una voz en mi muñeca.

Me sobresalté. Me había olvidado del brazalete comlog.

—¿Nave? —pregunté, alzando la muñeca y hablando por el brazalete como si usara una radio portátil de la Guardia Interna.

—No tienes que hacer eso —dijo la voz de la nave—. Oigo todo con claridad, gracias. Preguntabas si volaré de nuevo. La respuesta es: casi con seguridad. Tuve que efectuar reparaciones más complicadas cuando llegué a la ciudad de Endymion después de mi regreso a Hyperion.

—Bien, me alegra que puedas... eh... repararte. ¿Necesitarás materia prima? ¿Repuestos?

—No, gracias, M. Endymion. Se trata de reasignar materiales existentes y rediseñar ciertas unidades dañadas. Las reparaciones no demorarán demasiado.

—¿Cuánto tiempo es demasiado? —preguntó Aenea. Terminó el chocolate y se relamió los dedos.

—Seis meses estándar —dijo la nave—. A menos que me tope con dificultades inesperadas.

Los tres nos miramos.

Escruté la jungla.

El sol estaba más bajo, y sus rayos horizontales iluminaban las copas de las gimnospermas y sumían las sombras en una tiniebla aún más profunda.

—¿Seis meses? —dije.

—A menos que me tope con dificultades inesperadas —repitió la nave.

—¿Alguna idea? —pregunté a mis dos camaradas. Aenea se lavó los dedos en el río, se enjuagó la cara y se alisó el cabello húmedo.

—Estamos en el río Tetis —dijo—. Iremos corriente abajo hasta encontrar el próximo portal teleyector.

—¿Podemos hacer de nuevo ese truco?

Aenea se secó la cara.

—¿Qué truco?

Hice un gesto desdeñoso con la mano.

—Oh, nada... hacer funcionar una máquina que estuvo muerta tres siglos. Ese truco.

Me miró gravemente.

—Yo no sabía si podría hacerlo, Raul. —Aenea se volvió hacia A. Bettik, que nos miraba impasiblemente—. De veras.

—¿Qué hubiera sucedido si no hubieras podido hacerlo? —pregunté.

—Nos habrían capturado. Creo que a vosotros dos os habrían soltado. Me habrían llevado a Pacem. Nadie habría tenido más noticias de mí.

Su voz indiferente y fría me estremeció.

—De acuerdo —dije—, funcionó. ¿Pero cómo lo hiciste?

Ella movió la mano en ese gesto que ya me estaba resultando familiar.

—No estoy segura. Sabía por mis sueños que quizás el portal me dejara entrar...

—¿Te dejara entrar?

—Sí. Creí que me... reconocería. Y así fue.

Me apoyé las manos en las rodillas y estiré las piernas, hundiendo los talones en la arena roja.

—Hablas del teleyector como si fuera un organismo inteligente, viviente.

Aenea miró el arco que estaba a medio kilómetro.

—En cierto modo lo es. Es difícil de explicar.

—¿Pero estás segura de que las tropas de Pax no pueden seguirnos?

—Sí. El portal no se activará para nadie más.

Enarqué las cejas.

—¿Y cómo pasamos A. Bettik, yo y la nave?

Aenea sonrió.

—Estabais conmigo.

Me puse de pie.

—De acuerdo, hablaremos de esto después. Primero, creo que necesitamos un plan. ¿Hacemos un poco de reconocimiento, o primero sacamos nuestras cosas de la nave?

Aenea miró las oscuras aguas del río.

—Y entonces Robinson Crusoe se desnudó, nadó hasta su barco, se llenó los bolsillos con galletas y regresó a la costa.

—¿Qué? —dije, alzando mi mochila con mal ceño.

—Nada —dijo Aenea, poniéndose de pie—. Sólo un viejo libro pre-Hégira que me leía el tío Martin. Decía que los correctores de pruebas siempre han sido imbéciles incompetentes, aun hace mil cuatrocientos años.

Miré al androide.

—¿Tú la entiendes, A. Bettik?

A. Bettik torció los labios finos en esa mueca que yo estaba aprendiendo a interpretar como una sonrisa.

—No es mi función entender a M. Aenea, M. Endymion.

Suspiré.

—De acuerdo, volvamos al tema. ¿Efectuamos el reconocimiento antes de que oscurezca, o sacamos nuestras cosas de la nave?

—Voto por echar un vistazo —dijo Aenea. Miró la oscura jungla—. Pero no por allí.

—De acuerdo —dije, sacando la alfombra voladora de la mochila y desenrollándola sobre la arena—. Veamos si funciona en este mundo. —Alcé el comlog—. De paso, ¿qué mundo es éste, nave?

Hubo un segundo de vacilación, como si la nave estuviera concentrada en sus propios problemas.

—Lo lamento. No puedo identificarlo, dado el estado de mis bancos de memoria. Mis sistemas de navegación podrían guiarnos, por cierto, pero necesitaré avistar estrellas. Os puedo informar que no hay transmisiones electromagnéticas ni de microondas en esta zona del planeta. No hay satélites de repetición ni otros objetos artificiales en órbita sincrónica.

—De acuerdo. ¿Pero dónde estamos?

Miré a la niña.

—¿Cómo iba a saberlo? —dijo Aenea.

—Tú nos trajiste aquí —recalqué. Noté que la estaba tratando con impaciencia, pero me sentía un poco impaciente.

Aenea sacudió la cabeza.

—Yo sólo activé el teleyector, Raul. Mi único plan era escaparme de ese padre capitán y todas esas naves. Eso era todo.

—Y encontrar a tu arquitecto.

—Sí.

Miré la jungla y el río.

—No parece un lugar prometedor para encontrar un arquitecto. Supongo que tienes razón. Tendremos que seguir río abajo hasta el próximo mundo. —El teleyector poblado de malezas por donde habíamos entrado me llamó la atención. Comprendí por qué habíamos encallado: el río formaba un recodo a la derecha a medio kilómetro del portal. La nave había pasado y había seguido en línea recta, abriendo un surco en el bajío hasta la playa.

—Aguarda —dije—, ¿no podemos reprogramar ese portal y usarlo para ir a otra parte? ¿Por qué tenemos que encontrar otro?

A. Bettik se alejó de la nave para echar un buen vistazo al portal.

—Los portales del río Tetis no funcionaban como los teleyectores personales —murmuró—. Tampoco estaban diseñados para funcionar como los portales de la Confluencia, ni los grandes teleyectores del espacio. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un librito. Miré el título: Guía del viajero en la Red de Mundos—. Parece que el Tetis estaba diseñado para paseo y esparcimiento. La distancia entre los portales variaba desde unos pocos kilómetros hasta muchos cientos de kilómetros.

—¡Cientos de kilómetros! —exclamé. Esperaba encontrar el próximo portal a la vuelta del siguiente recodo del río.

—Sí —continuó A. Bettik—. La idea, entiendo, era ofrecer al viajero una amplia variedad de mundos, paisajes y experiencias. Con esa finalidad sólo se activaban los portales río abajo, y se autoprogramaban aleatoriamente... es decir, los tramos de río de diferentes mundos se barajaban constantemente, como naipes de un mazo.

Sacudí la cabeza.

—En los *Cantos* del viejo poeta dice que los ríos desaparecieron después de la Caída... que se secaron como ojos de agua en el desierto.

Aenea chasqueó los labios.

—A veces el tío Martin dice pamplinas, Raul. Él no vio qué pasó con el Tetis después de la Caída. Estaba en Hyperion, ¿recuerdas? Nunca regresó a la Red. Inventó esa parte.

No era manera de hablar de la mayor obra literaria de los últimos trescientos años, ni del legendario poeta que la había compuesto, pero me eché a reír a carcajadas. Cuando logré calmarme, Aenea me miraba extrañamente.

—¿Estás bien, Raul?

—Sí. Sólo feliz. —Hice un gesto que abarcaba la jungla, el río, el portal, incluso nuestra nave semejante a una ballena encallada—. Por algún motivo, simplemente me siento feliz.

Aenea cabeceó como si entendiera.

—¿Dice el libro en qué mundo estamos? —pregunté al androide—. Jungla, cielo azul... debe de estar nueve-coma-cinco en la escala Solmev. Eso debe de ser bastante raro. ¿Menciona este mundo?

A. Bettik hojeó la guía.

—No recuerdo que en las secciones que leí mencionaran un mundo así, M. Endymion. Leeré con mayor atención después.

—Bien, creo que necesitamos echar un vistazo —intervino Aenea, impaciente por explorar.

—Pero debemos rescatar algunas cosas importantes de la nave —dije—. Preparé una lista.

—Eso podría llevar horas. Cuando terminemos, habrá caído el sol.

—Aun así —dije, dispuesto a discutir—, es preciso organizarse.

—Si se me permite la sugerencia —interrumpió A. Bettik—, tú y M. Aenea podéis iniciar el reconocimiento mientras yo bajo esos artículos necesarios que has mencionado. A menos que os parezca más prudente dormir en la nave esta noche.

Miramos la pobre nave. El río formaba remolinos alrededor, y por encima de la superficie emergían los tocones torcidos y ennegrecidos que habían sido las orgullosas aletas de popa. Pensé en dormir en medio de ese caos, bajo la luz roja de emergencia o en la oscuridad absoluta de los niveles centrales.

—Bien —dije—, sería más seguro dormir dentro, pero saquemos las cosas que necesitaremos para desplazarnos río abajo y luego decidiremos.

El androide y yo deliberamos varios minutos. Yo tenía el rifle de plasma, así como la 45 en el cinturón, pero quería la escopeta calibre 16 que había puesto aparte, además del equipo de camping que había visto en un armario. No sabía cómo llegaríamos río abajo. Tal vez la alfombra nos transportara a los tres, pero dudaba que nos sostuviera con nuestro equipo, así que decidimos sacar tres aeromotos. También había un cinturón de vuelo que me había parecido útil, así como accesorios tales como un cubo calefactor, sacos de dormir, esteras de espuma, linternas láser y los auriculares de comunicación.

—Ah, y un machete, si encuentras —añadí—. Había varias cajas de cuchillos y hojas multiuso en medio del equipo extravehicular. No recuerdo haber visto un machete, pero si hay uno, traigámoslo.

A. Bettik y yo caminamos hasta el extremo de la angosta playa, encontramos un árbol caído en la orilla y lo arrastramos hasta el flanco de la nave para usarlo como escalerilla por donde podríamos trepar al casco.

—Ah, fíjate si hay una escalerilla de cuerdas en medio de ese revoltijo. Y una balsa inflable.

—¿Algo más? —preguntó A. Bettik de mal humor.

—No... bien, una sauna, si encuentras. Y un bar bien provisto. Y tal vez una

banda de doce instrumentos que toque un poco de música mientras desempacamos.

—Haré lo posible —dijo el androide, y trepó por el tronco hacia el casco.

Me sentía culpable por dejar que A. Bettik se encargara de cargar con esos bultos, pero parecía conveniente averiguar a qué distancia estaba el próximo portal teleyector, y no pensaba permitir que la niña saliera a solas en una misión de exploración. Se sentó detrás de mí mientras yo tecleaba las hebras activadoras y la alfombra se ponía rígida y se elevaba de la arena húmeda.

—Picarón —dijo ella.

Suspiré de nuevo y toqué las hebras de vuelo. Nos elevamos en espiral sobre el nivel de las copas de los árboles. El sol estaba más bajo en la dirección que consideré el oeste.

—Nave —dije por el comlog.

—¿Sí? —El tono de la nave siempre daba la impresión de que yo la interrumpía durante una tarea importante.

—¿Estoy hablando contigo o con el banco de datos que copiaste?

—Mientras estés dentro del alcance del comunicador, M. Endymion, estás hablando conmigo.

—¿Cuál es el alcance del comunicador? —Nos elevamos treinta metros por encima del río. A. Bettik nos saludó desde la cámara de presión.

—Veinte mil kilómetros o la curva del planeta —dijo la nave—. Lo que venga primero. Como dije antes, no hay satélites de retransmisión en este mundo.

Envié la alfombra hacia delante e iniciamos el vuelo río arriba, hacia el arco poblado de malezas.

—¿Puedes hablarme a través de un portal teleyector? —pregunté.

—¿Un portal activado? —dijo la nave—. Imposible, M. Endymion. Estarías a años-luz de distancia.

La nave se las ingeniaba para hacerme sentir estúpido y provinciano. Normalmente disfrutaba de su compañía, pero no la echaría de menos cuando la dejáramos atrás.

Aenea se apoyó en mi espalda y me habló al oído para hacerse entender a pesar del silbido del viento.

—Los viejos portales tenían líneas de fibra óptica. Eso funcionaba... aunque no tan bien como la ultralínea.

—¿Es decir que podríamos usar cable telefónico si quisiéramos seguir hablando con la nave cuando estemos río abajo?

Por el rabillo del ojo, vi que sonreía. Pero esa ocurrencia tonta me hizo pensar en algo.

—Si no podemos regresar río arriba por los portales, ¿cómo hallamos el camino para regresar a la nave?

Aenea me apoyó la mano en el hombro. El portal se aproximaba rápidamente.

—Seguimos la línea hasta dar la vuelta —dijo por encima del ruido del viento—. El río Tetis era un gran círculo.

Me volví para mirarla.

—¿Estás bromeando? Había doscientos mundos conectados por el Tetis.

—Por lo menos doscientos. Que sepamos.

No entendí eso, pero suspiré de nuevo cuando redujimos la velocidad cerca del portal.

—Si cada tramo del río tenía cien kilómetros, estamos hablando de un trayecto de veinte mil kilómetros para regresar aquí.

Aenea no dijo nada.

Me aproximé al portal, reparando por primera vez en el tamaño de esas cosas. El arco parecía de metal, con ornatos, compartimientos, muescas e inscripciones crípticas, pero la jungla lo había cubierto de lianas y líquenes. Lo que yo había confundido con óxido resultó ser más de esas hojas rojas con alas de murciélago, colgando en racimos de la maraña de lianas. Las eludí.

—¿Y si se activa? —pregunté cuando estábamos a un par de metros de la parte interior del arco.

—Inténtalo —dijo la niña.

Avancé despacio, casi deteniéndome cuando el frente de la alfombra llegó a la línea invisible que había debajo del arco.

No pasó nada. Lo atravesamos, giré y regresamos desde el sur. El portal teleyector era sólo un rebuscado puente de metal que se arqueaba sobre el río.

—Está muerto —dije—. Tan muerto como los huevos de Kelsey. —Era una de las frases favoritas de Grandam, y sólo la usaba cuando supuestamente no la oían los niños, pero comprendí que había una niña que podía oírme—. Perdón —dije por encima del hombro, ruborizándome. Tal vez había pasado demasiados años en el ejército o trabajando con barqueros de río, o como cuidador en los casinos. Me había convertido en un patán.

Aenea echó la cabeza hacia atrás, desternillándose de risa.

—Raul, crecí visitando al tío Martin, ¿recuerdas?

Sobrevolamos la nave y saludamos a A. Bettik mientras el androide bajaba cubos de equipo a la playa. Agitó su mano azul.

—¿Aún quieres ir río abajo para ver cuánto falta para el próximo portal? —pregunté.

—Por supuesto —dijo Aenea.

Volamos río abajo, viendo muy pocas otras playas o claros en la jungla: los árboles y las lianas llegaban hasta la orilla. Me molestaba no saber hacia dónde nos

dirigíamos, así que extraje la brújula de guía inercial de mi mochila y la activé. La brújula me había guiado en Hyperion, donde el campo magnético era poco confiable, pero aquí era inservible. Al igual que el sistema de guía de la nave, la brújula funcionaba a la perfección si se conocía su punto de partida, pero habíamos perdido ese lujo en cuanto atravesamos el teleyector.

—Nave —le dije al comlog—, ¿puedes obtener una lectura de brújula magnética?

—Sí —fue la instantánea respuesta—, pero sin saber con precisión dónde está el norte magnético de este mundo, sería una estimación tosca.

—Dame esa estimación tosca, por favor.

La alfombra se ladeó al sobrevolar un ancho recodo. El río se había ensanchado de nuevo. Debía de tener casi un kilómetro de anchura en este punto. La corriente parecía rápida, pero no traicionera. Mi trabajo como barquero en el Kans me había enseñado a observar remolinos, ramas caídas, bancos de arena y demás. Este río parecía muy navegable.

—Os estáis dirigiendo aproximadamente al este-sureste —dijo el comlog—. La velocidad del aire es sesenta y ocho kilómetros por hora. Los sensores indican que el campo de deflexión de la alfombra está en ocho por ciento. La altitud es...

—De acuerdo, de acuerdo. Este-sureste.

El sol bajaba a nuestras espaldas. Este mundo giraba como Vieja Tierra e Hyperion. El río se enderezó y aceleré un poco. En los laberintos de Hyperion había volado a trescientos kilómetros por hora, pero no quería ir a tanta velocidad si no era necesario. Las baterías de las hebras de vuelo eran duraderas, pero no tenía por qué agotarlas antes de lo necesario. Me recordé que debía recargar las hebras en la nave antes de partir, aunque lleváramos las aeromotos.

—Mira —dijo Aenea, señalando a la izquierda. Al norte, iluminada por el poniente, una mole semejante a una meseta o construcción humana se elevó desde el dosel de la selva—. ¿Podemos ir a mirar?

No era conveniente. Teníamos un objetivo, teníamos un límite de tiempo —el sol poniente, por lo pronto— y teníamos mil motivos para no correr riesgos en las inmediaciones de artefactos extraños. Por lo que sabíamos, esa meseta o torre podía ser el cuartel general de Pax en aquel planeta.

—Claro —dije, pateándome mentalmente por ser tan idiota, y dirigí la alfombra hacia el norte.

El objeto estaba a mayor distancia de la que aparentaba. Aceleré a doscientos kilómetros por hora, y aun así tardamos diez minutos en llegar.

—Disculpa, M. Endymion —dijo la voz de la nave—, pero pareces haberte desviado y ahora te diriges al nornoreste, a unos ciento tres grados de tu objetivo anterior.

—Estamos investigando una torre o loma que sobresale de la jungla al norte. ¿La

tienes en tu radar?

—Negativo —dijo la nave, y de nuevo creí detectar cierta sequedad en su tono—. Aquí, hundida en el barro, no tengo un punto de observación óptimo. Todo lo que esté por debajo de la inclinación de veintiocho grados a partir del horizonte se pierde en la confusión. Tú estás justo dentro de mi ángulo de detección. Veinte kilómetros más al norte te perderé.

—Está bien. Sólo examinaremos esto y regresaremos al río.

—¿Por qué? ¿Por qué investigar algo que no tiene nada que ver con vuestros planes de viajar río abajo?

Aenea me cogió la muñeca.

—Somos humanos —replicó.

La nave no respondió.

Al fin llegamos a aquella cosa, que se elevaba cien metros sobre el dosel de la jungla.

Sus niveles inferiores estaban tan rodeados de gimnospermas gigantes que la torre parecía un viejo peñasco elevándose en un mar verde.

Parecía natural pero también artificial, o al menos modificada por alguna inteligencia. Tenía setenta metros de anchura y parecía hecha de roca, tal vez algún tipo de piedra arenisca. El sol poniente —a sólo diez grados del horizonte selvático— bañaba el peñasco en una chispeante luz roja. Aquí y allá, en las laderas este y oeste del peñasco, había aberturas que Aenea y yo consideramos naturales al principio, talladas por el viento o el agua; pronto comprendimos que estaban talladas con herramientas. En la ladera este también había nichos, tallados a una distancia apropiada como para ser escalones y agarraderas para pies y manos humanas. Pero eran nichos angostos de escasa profundidad, y la idea de escalar así ese peñasco de más de cien metros me revolvió el estómago.

—¿Podemos acercarnos más? —preguntó Aenea.

Yo mantenía la alfombra a cincuenta metros de distancia mientras sobrevolábamos.

—No creo que sea aconsejable. Ya estamos al alcance de un arma de fuego. No quiero tentar a nadie que tenga lanza o arco y flechas.

—Un arco podría acertarnos a esta distancia —dijo Aenea, pero no insistió.

Por un segundo creí ver algo que se movía dentro de una de las aberturas ovales de la piedra roja, pero luego decidí que era un truco de la luz del atardecer.

—¿Suficiente? —pregunté.

—No —dijo Aenea. Me aferraba los hombros mientras virábamos. La brisa me agitaba el cabello corto, y al mirar hacia atrás vi el cabello ondeante de la niña.

—Pero tenemos que volver a lo nuestro —dije, enfilando hacia el río y acelerando. Cuarenta metros debajo de nosotros, la techumbre de gimnospermas lucía

blanda, plumosa y engañosamente continua, como si pudiéramos aterrizar sobre ella en caso de emergencia. Al pensar en las consecuencias de semejante emergencia, sentí un aguijonazo de tensión. «Pero A. Bettik tiene el cinturón de vuelo y las aeromotos —pensé—. Puede venir a buscarnos si es preciso.»

Interceptamos el río un kilómetro al sureste de donde lo habíamos dejado, y nuestra visibilidad llegaba a treinta kilómetros. No había ningún portal teleyector.

—¿Hacia dónde? —pregunté.

—Sigamos un poco más.

Asentí y viré a la izquierda, permaneciendo sobre el río. No habíamos visto indicios de vida animal salvo algunas aves blancas y esos murciélagos vegetales rojos. Estaba pensando en los escalones del monolito rojo cuando Aenea me tiró de la manga y señaló abajo. Algo muy grande se movía bajo la superficie del río.

El reflejo de la luz del sol en el agua nos ocultaba los detalles, pero pude distinguir una piel correosa, algo parecido a una cola con pinchos y aletas o zarcillos a los costados. La criatura debía de tener diez metros de longitud. Se sumergió y la pasamos antes de poder ver más.

—Era una especie de manta de río —dijo Aenea por encima de mi hombro. Volábamos rápidamente, y el viento hacía ruido contra el campo de deflexión.

—Más grande —dije.

Yo había trabajado con mantas de río, y nunca había visto una tan larga ni tan ancha. De pronto la alfombra voladora me pareció muy frágil e insustancial. Bajé treinta metros —ahora volábamos muy cerca de los árboles— para que una caída no resultara fatal en caso de que la antigua alfombra decidiera abandonarnos sin advertencia.

Doblamos otro recodo, notamos que el río se estrechaba rápidamente, y pronto fuimos saludados por un rugido y una muralla de espuma. La cascada no era espectacular —apenas diez a quince metros— pero un gran volumen de agua caía por ella. El río de un kilómetro de anchura se angostaba entre peñascos de roca hasta tener sólo cien metros, y el caudal era impresionante. Había más rápidos sobre las rocas, y luego de un ancho remanso el río volvía a ensancharse y a ser relativamente plácido. Por un segundo me pregunté estúpidamente si la criatura fluvial que habíamos visto estaría preparada para esta repentina caída.

—No creo que encontremos el portal a tiempo para regresar antes del anochecer —dije—. Siempre que haya un portal río abajo.

—Hay uno —dijo Aenea.

—Hemos recorrido por lo menos cien kilómetros.

—A. Bettik dijo que los tramos del Tetis tenían esa longitud de promedio. Puede haber doscientos o trescientos kilómetros entre portales. Además había muchos portales a lo largo de diversos ríos. Los tramos del río variaban en longitud aun

dentro del mismo mundo.

—¿Quién te contó eso? —pregunté, girando para mirarla.

—Mi madre. Ella era detective. Una vez tuvo un caso de divorcio donde siguió a un tío casado y su novia tres semanas por el río Tetis.

—¿Qué es un caso de divorcio?

—No importa. —Aenea giró para mirar hacia atrás. El cabello le fustigó la cara —. Tienes razón. Regresemos a la nave. Vendremos por aquí mañana.

Viré y aceleré con rumbo al oeste. Cruzamos la cascada y nos reímos cuando la espuma nos mojó la cara y las manos.

—¿M. Endymion? —dijo el comlog.

No era la nave, sino A. Bettik.

—Sí. Estamos regresando. Nos encontramos a media hora de distancia.

—Lo sé —dijo la calma voz del androide—. Estaba mirando la torre, la cascada y todo lo demás en el holofoso.

Aenea y yo nos miramos desconcertados.

—¿Quieres decir que el comlog envía imágenes?

—Desde luego —dijo la nave—. Holo o vídeo. También estuvimos monitoreando el vuelo.

—Aunque la postura es un poco rara —dijo A. Bettik—, pues el holofoso es ahora un hueco en la pared. Pero no llamaba para verificar vuestra posición.

—¿Entonces qué?

—Parece que tenemos un visitante —dijo A. Bettik.

—¿Una gran criatura acuática? —inquirió Aenea—. ¿Una especie de manta, pero más grande?

—No exactamente —respondió la calma voz de A. Bettik—. Es el Alcaudón.

30

Nuestra alfombra voladora debía de parecer un borrón durante nuestro frenético viaje de regreso a la nave. Pregunté si la nave podía enviarnos un holo en tiempo real del Alcaudón, pero dijo que la mayoría de los sensores del casco estaban cubiertos de fango y no tenía una visión clara de la playa.

—¿Está en la playa? —pregunté.

—Hace un momento, cuando subí para bajar otra carga —dijo A. Bettik.

—Entonces estaba en el anillo acumulador del motor Hawking —dijo la nave.

—¿Qué? No hay entrada en esa parte de la nave... —Callé antes de ponerme en ridículo—. ¿Dónde está ahora?

—No estamos seguros —dijo A. Bettik—. Saldré al casco y llevaré una radio. La nave retransmitirá mi voz.

—Aguarda...

—M. Endymion —interrumpió el androide—, no llamé para que os apresuraseis a regresar, sino para sugerir que alargarais vuestro paseo hasta que la nave y yo tengamos algún indicio de las intenciones de nuestro visitante.

Qué ocurrencia la mía. Yo era el encargado de proteger a esa niña, y cuando aparecía lo que quizá fuera la máquina más mortífera de la galaxia, decidía llevarla precisamente hacia el peligro. En ese largo día me había comportado como un idiota. Tendí la mano para reducir la velocidad y regresar hacia el este.

La manita de Aenea interceptó la mía.

—No —dijo—. Regresaremos.

Yo sacudí la cabeza.

—Esa cosa...

—Esa cosa puede ir adonde le plazca —dijo la niña con toda gravedad—. Si me buscara a mí, o a ti, aparecería en la alfombra.

Esa idea me hizo mirar alrededor.

—Regresemos —insistió Aenea.

Suspiré y regresé río arriba, reduciendo un poco la velocidad. Saqué el rifle de plasma de la mochila e inserté la culata.

—No lo entiendo. ¿Existe alguna constancia de que ese monstruo alguna vez se fuera de Hyperion?

—No lo creo —dijo la niña. Se había inclinado para apoyarme la cara en la espalda, tratando de cubrirse del ventarrón al reducir el campo de deflexión.

—¿Entonces qué ocurre? ¿Te está siguiendo?

—Parece lógico —dijo, la voz ahogada por mi camisa de algodón.

—¿Por qué?

Aenea se apartó con tal fuerza que instintivamente estiré la mano para impedir

que se cayera. Ella apartó mi mano.

—Raul, todavía desconozco las respuestas a estas preguntas, ¿de acuerdo? No sabía si esa cosa se iría de Hyperion, y por cierto no era lo que quería. Créeme.

—Te creo —dije. Bajé la mano hacia la alfombra, notando cuán grande era junto a su pequeña mano, su pequeña rodilla, su pie diminuto.

Ella apoyó su mano en la mía.

—Regresemos.

—Correcto.

Metí en el rifle un cargador de cartuchos de plasma. Los casquetes no estaban separados, sino fundidos con el cargador hasta que se disparaban. Cada cargador llevaba cincuenta cartuchos. Cuando se disparaba el último, el cargador desaparecía. Inserté el cargador de un manotazo, como me habían enseñado en la Guardia, sintonicé el selector en un disparo por vez y me cercioré de que el seguro estuviera puesto. Me apoyé el arma en las rodillas.

Aenea me tocó los hombros y me dijo al oído:

—¿Crees que ese rifle servirá de algo contra el Alcaudón?

Moví la cabeza hacia ella.

—No —respondí.

Volamos hacia el sol poniente.

Cuando llegamos, A. Bettik estaba solo en la estrecha playa. Agitó la mano para indicarnos que todo estaba bien, pero antes de descender sobrevolé las copas de los árboles. Hacia el oeste la roja esfera del sol se mecía sobre la techumbre de la selva.

Dejé la alfombra junto a la pila de cajas y equipos en la playa, a la sombra del casco de la nave, y me levanté de un brinco, quitando el seguro del rifle.

—No ha reaparecido —dijo A. Bettik. Nos había comunicado esto al salir de la nave pero yo seguía tenso de expectación. El androide nos condujo a un claro donde había un par de huellas, si se podían llamar huellas. Parecía que alguien hubiera apoyado en la arena una pesada y filosa maquinaria agrícola.

Me agazapé junto a las huellas como el rastreador experimentado que era; comprendí la inutilidad de ese ejercicio.

—¿Apareció aquí, de nuevo en la nave y desapareció?

—Sí —dijo A. Bettik.

—Nave, ¿detectaste al monstruo en radar o visual?

—Negativo —dijo el comlog—. No hay grabadores de vídeo en el acumulador del motor Hawking.

—¿Cómo supiste que estuvo ahí?

—Tengo un sensor de masa en cada compartimiento. Para propósitos de vuelo, debo saber exactamente cuánta masa se desplaza en cada sector de la nave.

—¿Cuánta masa desplazaba? —pregunté.

—Uno-coma-cero-seis-tres toneladas métricas —dijo la nave.

Me quedé petrificado.

—¿Qué? ¿Más de mil kilos? Eso es ridículo. —Miré de nuevo las dos huellas—. Imposible.

—Posible —dijo la nave—. Durante la estancia de la criatura en el anillo acumulador del motor Hawking, medí un desplazamiento exacto de uno-coma-cero-seis-tres mil kilos y...

—Santo cielo —dije, volviéndome hacia A. Bettik—. Me pregunto si alguien habrá pesado antes a este bastardo.

—El Alcaudón tiene casi tres metros de altura —dijo el androide—. Y debe de ser muy denso. También puede modificar su masa según lo requiera.

—¿Lo requiera para qué? —murmuré, mirando la hilera de árboles. La espesura se ennegrecía al ponerse el sol. Las frondas de las plumosas gimnospermas recibieron la última luz y se disiparon. Se habían aproximado nubes durante nuestros últimos minutos de vuelo, y ahora también irradiaban un fulgor rojo y se opacaban a medida que anochecía.

—¿Estás preparado para obtener una lectura de las estrellas? —pregunté al comlog.

—Casi —dijo la nave—, aunque está cubierto de nubes tendrá que despejarse. Entretanto, he realizado algunos cálculos.

—¿Como cuáles? —preguntó Aenea.

—Según el movimiento del sol de este mundo en las últimas horas, el día de este planeta es de dieciocho horas, seis minutos y cincuenta y un segundos. Unidades estándar de la Hegemonía, por supuesto.

—Por supuesto —dije. Y a A. Bettik—: ¿Esa guía muestra un día de dieciocho horas en algunos de esos mundos para viajeros del río Tetis?

—No he visto ninguno, M. Endymion.

—De acuerdo. Decidamos qué haremos esta noche. ¿Acampamos aquí, nos quedamos en la nave o cargamos este material en las aeromotos y vamos cuanto antes río abajo hasta el próximo portal? Podemos llevar la balsa inflable. Yo voto por esto. No tengo gran interés en quedarme en este mundo si el Alcaudón anda por aquí.

A. Bettik alzó un dedo como un niño en un aula.

—Debí comunicarlo por radio —dijo con cierto embarazo—. El armario de equipo extravehicular, como sabrás, sufrió algunos daños durante el ataque. No había indicios de una balsa inflable, aunque la nave recuerda que constaba en el inventario, y tres de las cuatro aeromotos están fuera de servicio.

Fruncí el ceño.

—¿Totalmente?

—Sí, totalmente. La cuarta se puede reparar, según la nave, pero tardará varios días.

—Maldición.

—¿Cuánta energía tienen esas aeromotos? —preguntó Aenea.

—Para cien horas en uso normal —explicó mi comlog.

La niña hizo un gesto desdeñoso.

—No creo que sean tan útiles, de todos modos. Una moto no significa una gran diferencia, y quizá nunca encontremos una fuente de recarga.

Me froté la mejilla, palpándome la barba crecida. En la excitación de ese día me había olvidado de afeitarme.

—Pensé en ello, pero si llevamos equipo, la alfombra voladora no tiene tamaño suficiente para trasladarnos a los tres con las armas y demás enseres.

Pensé que la niña se opondría a que lleváramos el equipo. En cambio dijo:

—Llevemos todo, pero no volemos.

—¿Que no volemos? —La idea de abrirnos paso por esa jungla me daba escalofríos—. Sin una balsa inflable, o volamos o caminamos.

—Todavía podemos tener una balsa —dijo Aenea—. Podemos construir una balsa de madera y llevarla corriente abajo... no sólo en este tramo del río, sino en todos.

De nuevo me froté la mejilla.

—La cascada...

—Podemos trasladar nuestras cosas hasta allá en la alfombra, por la mañana. Construir la balsa al pie de la cascada. A menos que no creas que podamos construir una balsa...

Miré las gimnospermas: altas, delgadas, resistentes, con el grosor ideal.

—Podemos construir una balsa —dije—. En el Kans solíamos armarlas para llevar trastos con las barcazas.

—Bien —dijo Aenea—. Esta noche acamparemos aquí. No será una noche muy larga si el día sólo tiene dieciocho horas estándar. Nos pondremos en marcha en cuanto amanezca.

Vacilé un momento. No quería permitir que una niña de doce años se acostumbrara a tomar decisiones por todos, pero la idea parecía sensata.

—Es una pena que la nave esté averiada. Podríamos ir río abajo en los repulsores.

Aenea se echó a reír.

—No había pensado en ir por el río Tetis con esta nave —dijo, frotándose la nariz—. Sería justo lo que necesitamos... tan discreta como un dachshund gigante pasando bajo arcos de croquet.

—¿Qué es un dachshund? —pregunté.

—¿Qué es un arco de croquet? —preguntó A. Bettik.

—No tiene importancia. ¿Os parece bien que nos quedemos aquí esta noche y

mañana construyamos una balsa?

Miré al androide.

—Me parece muy sensato —dijo—, aunque sólo sea una parte de un viaje totalmente insensato.

—Interpretaré que votas por el sí —dijo la niña—. ¿Raul?

—De acuerdo, ¿pero dónde dormimos esta noche? ¿Aquí en la playa, o en la nave, donde estaremos más seguros?

—Procuraré que mi interior sea lo más seguro y hospitalario posible esta noche, dentro de las circunstancias —dijo la nave—. Dos divanes de la cubierta de fuga pueden servir como camas, y se podrían tender hamacas...

—Voto por acampar en la playa —dijo Aenea—. La nave no es refugio contra el Alcaudón.

Miré la oscura arboleda.

—Puede haber otras criaturas que no queremos conocer en la oscuridad. La nave parece más segura.

A. Bettik tocó una caja.

—Encontré algunas alarmas perimétricas —dijo—. Podemos ponerlas alrededor del campamento. Me ofrezco para vigilar durante la noche. Confieso que me agradaría dormir fuera después de tantos días a bordo.

Suspiré y me rendí.

—Nos turnaremos para vigilar —dije—. Ordenemos estos trastos antes de que oscurezca demasiado.

Los «trastos» incluían el equipo de campamento que yo había pedido al androide que bajara: una tienda de polímero, delgada como la sombra de una telaraña, pero resistente, impermeable y liviana como para llevar en el bolsillo; el tubo calefactor de superconductores, frío en cinco lados y capaz de cocinar cualquier comida en el sexto; las alarmas perimétricas que A. Bettik había mencionado, antiguos detectores militares en versión para cazadores, discos de tres centímetros que se clavaban en el suelo en cualquier perímetro de hasta dos kilómetros; sacos de dormir, almohadillas de espuma comprimibles, gafas nocturnas, unidades de comunicaciones, equipos de cocina, utensilios.

Colocamos las alarmas, formando un semicírculo desde el linde del bosque hasta la orilla del río.

—¿Y si esa cosa enorme sale del río y nos come? —preguntó Aenea cuando terminamos de instalarlas. Estaba oscureciendo de veras, pero las nubes ocultaban las estrellas. En las frondas la brisa soplaba con un sonido más siniestro.

—Si esa u otra criatura salen del río para comernos —dije—, lamentarás no haberte quedado una noche más en la nave. —Puse los últimos detectores en la orilla del río.

Instalamos la tienda en el centro de la playa, cerca de la proa de la nave averiada. La microtela no necesitaba postes ni estacas; bastaba con plegar las líneas de tela que uno quería endurecer para que los pliegues permanecieran firmes en medio de un huracán, pero instalar una microtienda era un arte, y los otros dos observaron mientras yo extendía la tela y plegaba los bordes en línea con el centro de la cúpula, tan alto como para ponerse de pie, e insertaba en la arena los bordes rígidos. Había dejado una extensión de tela en el suelo de la tienda, y estirándola con precisión tuvimos una entrada transparente. A. Bettik cabeceó, aprobando mi destreza, y Aenea puso sacos de dormir en su sitio mientras yo apoyaba una sartén en el cubo calefactor y abría una lata de guisado de carne de vacuno. A último momento recordé que Aenea era vegetariana. Había comido ensaladas durante las dos semanas a bordo.

—Está bien —dijo, asomando la cabeza por la entrada de la tienda—. Comeré un poco del pan que A. Bettik está calentando, y tal vez un poco de queso.

A. Bettik arrastraba maderas y colocaba piedras para formar una fogata.

—No necesitamos eso —dije, señalando el cubo calefactor y el guisado burbujeante.

—No —convino el androide—, pero pensé que el fuego sería agradable. Y la luz conveniente.

La luz resultó ser muy conveniente. Nos sentamos bajo el alero de la tienda y miramos cómo las llamas escupían chispas hacia el cielo mientras se aproximaba una tormenta. Era una extraña tormenta, con franjas de luces cambiantes en vez de relámpagos. Las pálidas franjas de color fluctuante bailaban en el vientre de las nubes rozando las frondas de gimnospermas, que giraban salvajemente en el creciente viento. El fenómeno no iba acompañado por truenos, sino por un rumor subsónico que me ponía los nervios de punta. Dentro de la jungla danzaban globos de fosforescencia roja y amarilla, no grácilmente como los radiantes espejines de los bosques de Hyperion, sino nerviosamente, casi con malevolencia. A nuestras espaldas, el río lamía la playa con olas cada vez más furiosas. Sentado junto al fuego, el auricular en la cabeza y sintonizado en la frecuencia de los detectores, el rifle de plasma sobre las rodillas, las gafas nocturnas en la frente, listo para bajarlas en un segundo, debo de haber presentado un aspecto cómico. En el momento no parecía gracioso, teniendo en cuenta las huellas del Alcaudón en la arena.

—¿Actuó en forma amenazadora? —le había preguntado a A. Bettik minutos antes. Había tratado de hacerle empuñar la escopeta, pues ésta es el arma más fácil de usar para un novato, pero él se limitó a conservarla a su lado cuando se sentó junto al fuego.

—No hizo nada en absoluto —me había respondido—. Simplemente se quedó en la playa... alto, erizado de pinchos, oscuro pero reluciente. Sus ojos eran muy rojos.

—¿Te miraba a ti?

—Miraba al este, río abajo.

«Como esperando que Aenea y yo regresáramos», pensé.

Me senté junto al fuego, miré la danza de la aurora sobre la jungla barrida por el viento, seguí las esferas que bailaban en la oscuridad, escuché el voraz rugido del trueno subsónico y me pregunté cómo diablos había llegado allí. Por lo que sabía, podía haber velocirráptors y manadas de carroñeros aproximándose por la selva mientras permanecíamos estúpidamente sentados junto al fuego. O tal vez el río creciera; una muralla de agua podía estar lanzándose contra nosotros en ese mismo instante. Acampar en la playa no era una idea brillante. Tendríamos que haber dormido en la nave, con la cámara de presión cerrada herméticamente.

Aenea estaba echada de bruces, contemplando el fuego.

—¿Conoces un cuento? —preguntó.

—¡Cuentos! —exclamé.

A. Bettik, que se abrazaba las rodillas junto al fuego, nos miró.

—Sí —dijo la niña—. Cuentos de fantasmas, por ejemplo.

Resoplé.

Aenea se apoyó la barbilla en las palmas. El fuego le pintó el rostro con tonos cálidos.

—Pensé que sería divertido —dijo—. Me gustan los cuentos de fantasmas.

Pensé en cuatro o cinco réplicas, pero preferí callar.

—Será mejor que te duermas —dije al fin—. Si la nave tiene razón en cuanto a la duración del día, la noche no será muy larga... —«Por favor, Dios, que sea cierto», pensé. En voz alta añadí—: Será mejor que duermas mientras puedes.

—De acuerdo —dijo Aenea. Echó un último vistazo a la jungla, la aurora y los fuegos de San Telmo de la arboleda, se metió en el saco de dormir y se durmió.

A. Bettik y yo guardamos silencio un rato. En ocasiones yo conversaba con el comlog, pidiendo a la nave que me informara de inmediato si el río crecía, o si detectaba desplazamientos de masa, o si...

—No me molestaría hacer la primera guardia, M. Endymion —dijo el androide.

—No, duérmete —respondí, olvidando que el hombre de tez azul necesitaba poco sueño.

—Vigilaremos juntos, pues —murmuró—. Pero dormita cuando lo necesites, M. Endymion.

Tal vez dormité de cuando en cuando antes del alba tropical que llegó seis horas después. Toda la noche fue nubosa y tormentosa; la nave no logró estudiar las estrellas mientras estuvimos allí. No nos comieron velocirráptors ni carroñeros. El río no creció. La tormenta no nos dañó, y las esferas de gas palúdico no salieron del pantano para quemarnos.

Lo que más recuerdo de esa noche, aparte de mi paranoia galopante y mi terrible

fatiga, es a Aenea durmiendo con el cabello castaño y rubio derramado sobre el saco de dormir rojo, el puño en la mejilla como un bebé disponiéndose a chuparse el pulgar. Esa noche comprendí el peso y la dificultad de la tarea que me aguardaba, proteger a esa niña de los filosos bordes de un universo extraño e indiferente.

En esa noche extraña y tormentosa comprendí por primera vez qué significaba ser padre.

Nos pusimos en marcha con las primeras luces, y esa mañana sentí la mezcla de fatiga, ojos arenosos, barba crecida, espalda dolorida y pura alegría que solía embargarme después de mi primera noche en una excursión. Aenea fue al río a lavarse, y se la veía más fresca y limpia de lo que hubieran admitido las circunstancias.

A. Bettik calentó café en el cubo, y él y yo bebimos un poco mientras la niebla matinal se elevaba del rápido río. Aenea bebió agua de una botella que había bajado de la nave, y todos comimos cereal seco de un pak de raciones.

Cuando el sol resplandeció sobre el dosel de la selva disipando la bruma, trasladamos nuestro equipo río abajo en la alfombra voladora. Como Aenea y yo habíamos hecho la parte divertida la noche anterior, dejé que A. Bettik llevara el equipo mientras yo sacaba más bártulos de la nave y me aseguraba de tener lo que necesitábamos.

La ropa era un problema. Yo había empacado todo lo que creía necesario, pero la niña sólo tenía la ropa que había usado en Hyperion y algunas camisas que habíamos sacado del guardarropa del cónsul. Con más de doscientos cincuenta años para planear el rescate de la niña, cualquiera hubiera dicho que el viejo poeta se acordaría de empacarle algunas prendas. Aenea parecía contenta con lo que había llevado, pero yo temía que fuera insuficiente si nos sorprendía el frío o la lluvia.

En esto nos ayudó el armario de equipo extravehicular. Allí había forros para trajes espaciales, y el más pequeño le sentaba bastante bien a la niña.

El material de microporos la mantendría abrigada y seca salvo en las condiciones más árticas. También cogí un forro para el androide y para mí; parecía absurdo llevar ropa invernal en el calor tropical de ese día, pero nunca se sabía. También había un viejo chaleco del cónsul en el armario, largo pero con más de una docena de bolsillos, broches, argollas, compartimientos secretos con cremallera.

También encontramos dos sacos para especímenes geológicos que eran excelentes mochilas. Aenea cogió una para cargar las prendas y enseres adicionales.

Yo todavía estaba convencido de que tenía que haber una balsa en el interior, pero por más que hurgué en los compartimientos no la encontré.

—M. Endymion —dijo la nave cuando le mencioné a la niña lo que estaba buscando—. Tengo el vago recuerdo...

Aenea y yo interrumpimos lo que estábamos haciendo para escuchar. Había un tono extraño, casi doloroso, en la voz de la nave.

—Tengo el vago recuerdo de que el cónsul se llevó la balsa inflable, de que se despidió de mí desde ella.

—¿Dónde fue eso? —pregunté—. ¿En qué mundo?

—No lo sé —dijo la nave con ese tono tímido y dolorido—. Tal vez no fuera un río... Recuerdo estrellas brillando debajo del río.

—¿Debajo del río? —exclamé. Después de la colisión, me preocupaba la integridad mental de la nave.

—El recuerdo es fragmentario —dijo la nave con voz más animada—. Pero recuerdo que el cónsul partió en la balsa. Era una balsa grande, muy cómoda, para ocho o diez personas.

—Magnífico —dije, cerrando la puerta de un compartimiento.

Aenea y yo sacamos la última carga. Habíamos colgado una escalerilla metálica de la cámara de presión, de modo que subir y bajar no era tan agotador como antes.

A. Bettik descendió después de llevar el equipo del campamento y los envases de alimentos hasta la cascada, eché un vistazo a lo que quedaba: mi mochila llena de efectos personales, la mochila y el saco de Aenea, las unidades de comunicaciones y las gafas, algunos paks de comida y bajo la tapa de mi mochila el rifle de plasma y el machete que A. Bettik había hallado el día anterior. Ese largo cuchillo era incómodo de llevar, a pesar de su funda de cuero, pero mis pocos minutos en la selva el día anterior me habían convencido de que lo necesitaríamos. También había encontrado un hacha y una herramienta más compacta, una pala plegable, aunque durante milenios los idiotas que nos listábamos en la infantería habíamos aprendido a llamarla «herramienta para atrincherarse». Nuestros enseres comenzaban a ocupar espacio.

Me habría gustado dejar el hacha y llevar un láser para talar los árboles para la balsa —hasta una vieja motosierra habría sido preferible—, pero mi linterna láser no servía para esa tarea, y en el armario de armas curiosamente faltaban herramientas cortantes.

En un momento de autocomplacencia pensé en llevar el rifle de asalto de FUERZA y talar esos árboles a disparos, cortándolos con rayos si era necesario, pero rechacé la idea. Sería demasiado ruidoso, demasiado desprolijo y demasiado impreciso. Tendría que usar el hacha y sudar un poco. Llevé un equipo de herramientas, con martillo, clavos, destornilladores, tornillos, pernos —todas las cosas que podría necesitar para construir la balsa—, así como algunos rollos de plástico impermeable que podrían servir como tosco pero adecuado piso de la balsa. Encima del conjunto de herramientas había tres rollos de cuerda con funda de nylon. En un saco rojo e impermeable había encontrado bengalas y explosivo plástico, el

cual se había usado para volar tocones y rocas durante siglos, así como varios detonadores. Los incluí también, aunque quizá no sirvieran para talar árboles para una balsa. También incluí en esa pila dos kits médicos y un purificador de agua.

Había llevado el cinturón de vuelo EM, pero era un trasto aparatoso con su arnés y su pak de potencia. Aun así, lo apoyé contra mi mochila, pensando que podíamos necesitarlo. También se apoyaba contra mi mochila la escopeta de calibre 16 que el androide no se había molestado en llevar consigo durante su vuelo al este. Al lado había tres cajas de municiones. También había insistido en llevar la pistola de dardos, aunque A. Bettik y Aenea se negaban a usarla.

En mi cinturón estaba la funda con la 45 cargada, un bolsillo para una anticuada brújula magnética que habíamos encontrado en el armario, mis gafas nocturnas y los binoculares diurnos, una botella de agua y dos cargadores adicionales para el rifle de plasma.

—¡Que vengan los velocirráptors! —musité mientras hacía el inventario.

—¿Qué? —preguntó Aenea.

—Nada.

Aenea acababa de empacar sus cosas en su nuevo saco cuando A. Bettik descendió a la arena. También había empacado las pocas pertenencias personales del androide en el segundo saco.

Siempre me gustó levantar campamento, más que instalarlo. Creo que disfruto de la pulcritud de empacar todo.

—¿De qué nos olvidamos? —pregunté mientras mirábamos los paquetes y las armas.

—De mí —dijo la nave por el comlog. La voz sonaba un poco afligida.

Aenea cruzó la playa para tocar el metal curvo de la nave encallada.

—¿Cómo anda todo?

—He iniciado las reparaciones, M. Aenea. Muchas gracias por preguntar.

—¿Aún proyectas seis meses para las reparaciones? —pregunté.

Las últimas nubes se disipaban en el cielo azul claro, sobre el vaivén de las frondas verdes y blancas.

—Aproximadamente seis meses estándar —dijo la nave—. Eso es para mi estado interno y externo. No tengo macromanipuladores para reparar elementos tales como las aeromotos.

—Está bien —dijo Aenea—. Las dejaremos aquí. Las arreglaremos cuando volvamos a verte.

—¿Cuándo será eso? —preguntó la nave. La voz parecía más baja que de costumbre, viniendo del comlog.

La niña nos miró a A. Bettik y a mí. Ninguno habló.

—Volveremos a necesitar tus servicios, nave —dijo al fin Aenea—. ¿Puedes

ocultarte aquí durante meses, o años, mientras te reparas y aguardas?

—Sí —dijo la nave—. ¿El fondo del río servirá?

Miré la gran masa gris de la nave. Aquí el río era ancho y tal vez profundo, pero la idea de que la nave herida se asentara allí parecía extraña.

—¿No tendrás filtraciones? —pregunté.

—M. Endymion —dijo la nave en su tono altanero—, soy una nave interestelar capaz de penetrar nebulosas y de sentirme cómoda dentro de la capa externa de una gigante roja. No tendré filtraciones, como tú dices, por estar sumergida en H_2O durante pocos años.

—Lo lamento —dije, y añadí, negándome a dejarle la última palabra—: No te olvides de cerrar la cámara de presión cuando te sumerjas.

La nave no hizo comentarios.

—Cuando regresemos a buscarte —dijo la niña—, ¿podremos llamarte?

—Usad las bandas del comlog o noventa-punto-uno en la banda radial general. Mantendré una antena en la superficie para recibir la llamada.

—Nos has servido bien —dijo Aenea, palmeando el casco—. Ahora recóbrate. Queremos que estés en excelente forma cuando regresemos.

—Sí, M. Aenea. Estaré en contacto y os seguiré el rastro hasta que atraveséis el próximo portal teleyector.

A. Bettik y Aenea se sentaron en la alfombra con sus mochilas. Nuestras últimas cajas de equipo ocupaban el resto. Me sujeté el aparatoso cinturón de vuelo. Eso me obligaba a llevar mi mochila contra el pecho, con una correa por encima del hombro, el rifle en la mano libre, pero daba resultado. Sabía cómo manejar esa cosa sólo por los libros —los cinturones EM no servían en Hyperion—, pero los controles eran sencillos e intuitivos. El indicador de potencia mostraba una carga completa, así que no creía que me cayera al río en ese breve viaje.

La alfombra flotaba a diez metros del río cuando apreté el controlador, salté al aire, esquivé una gimnosperma, recobré el equilibrio y me acerqué a ellos.

Ir colgado de ese arnés acolchado no era tan cómodo como ir sentado en una alfombra voladora, pero la euforia de vuelo era aún más fuerte. Con el controlador en el puño, les indiqué que partieran y volamos al este a lo largo del río, hacia el sol de la mañana.

No había muchas otras playas entre la nave y la cascada, pero había un buen sitio al pie de la cascada, en el lado sur, donde el río se ensanchaba formando un perezoso estanque más allá de los rápidos. Fue allí donde A. Bettik desempacó nuestro equipo de camping y el primer cargamento. El estruendo de la cascada era ensordecedor cuando bajamos la última caja. Cogí el hacha y miré las gimnospermas más cercanas.

—Estaba pensando —murmuró A. Bettik, con voz tan suave que el fragor de la cascada apenas me permitía oírle.

Me detuve con el hacha en el hombro. El sol estaba muy fuerte, y la camisa ya se me pegaba al cuerpo.

—El río Tetis estaba destinado a los cruceros de placer —continuó el androide—. Me pregunto cómo se las apañaban los cruceros de placer con eso. —Señaló la rugiente cascada.

—Lo sé —dijo Aenea—. Yo estaba pensando lo mismo. Entonces tenían barcazas de levitación, pero no todos los que recorrían el Tetis las usaban. Habría sido embarazoso ir en un crucero romántico y andar sobrevolando cascadas con tu novia.

Me quedé mirando la espuma irisada de la cascada y me pregunté si yo era tan inteligente como a veces creía. Esto no se me había ocurrido.

—El Tetis no se ha usado en tres siglos estándar —dije—. Tal vez la cascada sea nueva.

—Tal vez —dijo A. Bettik—, pero lo dudo. Estas cascadas parecen formadas por desplazamientos tectónicos que corren muchos kilómetros al norte y al sur por la jungla. ¿Ves la diferencia de elevación? Y han sufrido erosión durante mucho tiempo. ¿Ves el tamaño de aquellas rocas en los rápidos? Yo creo que esto ha estado aquí desde que existe el río.

—¿Y no figura en tu guía del Tetis? —pregunté.

—No —dijo el androide, examinando el libro. Aenea lo cogió.

—Tal vez no estemos en el Tetis —sugerí. Ambos me miraron—. La nave no pudo examinar las estrellas. ¿Y si estamos en un mundo que no figuraba en la excursión original por el Tetis?

Aenea asintió.

—Pensé en ello. Los portales son los mismos en el resto del Tetis de hoy, ¿pero cómo saber si el TecnoNúcleo no tenía otros portales... otros ríos conectados por teleyector?

Bajé el hacha y me apoyé en el mango.

—En tal caso, estamos en apuros —dije—. Nunca encontrarás a tu arquitecto, y nunca encontraremos nuestro camino de regreso a la nave y a casa.

Aenea sonrió.

—Es demasiado pronto para preocuparnos por eso. Han pasado tres siglos. Tal vez el río abrió un nuevo cauce desde los días del Tetis. O quizás haya un canal y esclusas que pasamos por alto porque la selva creció encima. No tenemos que preocuparnos por esto ahora. Sólo tenemos que ir río abajo para ver si hay otro portal.

Alcé un dedo.

—Otra idea —dije, sintiéndome un poco más listo que un momento antes—. ¿Y si nos tomamos el trabajo de construir una balsa y encontramos otra cascada entre

nosotros y el portal? ¿O diez más? Anoche no localizamos el portal teleyector, así que no sabemos a qué distancia está.

—Pensé en ello —dijo Aenea.

Tamborileé el mango del hacha con los dedos. Si la niña volvía a repetir esa frase, pensaría seriamente en usar mi herramienta contra ella.

—M. Aenea me pidió que hiciera un reconocimiento —dijo el androide—. Lo hice durante mi último viaje hasta aquí.

Fruncí el ceño.

—¿Reconocimiento? No tuviste tiempo para volar cien kilómetros o más río abajo.

—No —convino el androide—, pero llevé la alfombra a gran altura y usé los binoculares para escudriñar nuestro trayecto. El río parece ir en línea recta durante doscientos kilómetros. Fue difícil, por cierto, pero vi lo que podría ser el arco ciento treinta kilómetros río abajo. No parecía haber cascadas ni otros obstáculos.

Fruncí aún más el ceño.

—¿Viste todo eso? ¿A qué altura volaste?

—La alfombra no tiene altímetro, pero a juzgar por la visible curvatura del planeta y el oscurecimiento del cielo, creo que llegué a cien kilómetros.

—¿Tenías puesto un traje espacial? —pregunté. A esa altitud la sangre de un ser humano herviría en las venas y los pulmones estallarían por descompresión explosiva —. ¿Un respirador? —Miré en torno, pero no vi nada semejante en nuestras pilas.

—No —dijo el androide, volviéndose para alzar una caja—. Sólo contuve el aliento.

Sacudiendo la cabeza, fui a talar algunos árboles. Pensé que el ejercicio y la soledad me vendrían bien.

Era de noche cuando la balsa estuvo terminada, y habría trabajado toda la noche si A. Bettik no se hubiera turnado conmigo para talar los árboles. El producto terminado no era vistoso, pero flotaba. Nuestra pequeña balsa tenía seis metros de longitud y cuatro de anchura, con una larga estaca que oficiaba de timón sobre un soporte a popa y una plataforma frente al timón. Allí Aenea instaló la tienda con aberturas delante y detrás.

Puso toscos toletes en cada flanco, con largos remos que quedarían a lo largo de la embarcación a menos que los necesitáramos para impulsarnos en aguas muertas o como timones de emergencia en un rápido. Yo temía que los helechos chuparan demasiada agua y se hundieran, pero con sólo dos capas sujetas en forma de panal con nuestra cuerda de nylon, y atornilladas en sitios estratégicos, los leños flotaban bien y mantenían el tope de la balsa a quince centímetros del agua.

Aenea había demostrado cierta fascinación con la microtienda, y tuve que admitir

que la montaba con una destreza mayor de la que yo había demostrado en tantos años de usar esas cosas. Era accesible desde el timón, con un toldo delante que nos guarecía del sol y la lluvia sin estorbar la visión, y tenía bonitos aleros en ambos lados para guardar las otras cajas de equipo seco. Aenea ya había extendido nuestros cojines de espuma y sacos de dormir en varios rincones de la tienda; la plataforma del centro, desde donde teníamos la mejor vista de delante, ahora incluía una losa de un metro de anchura que serviría para apoyar nuestros utensilios de cocina y el cubo calefactor; una de las lámparas de mano oficiaba de farol y colgaba de un nudo central. El efecto general era acogedor.

La niña no sólo pasó la tarde haciendo una tienda acogedora. Quizá yo esperaba que ella mirase mientras los dos hombres sudaban haciendo el trabajo pesado —yo me había desnudado hasta la cintura para trajinar en el calor—, pero Aenea se nos sumó casi de inmediato, arrastrando troncos hasta el punto de ensamblaje, cortándolos, clavando clavos, colocando pernos y articulaciones y ayudando en la construcción.

Señaló que el modo en que me habían enseñado a armar un timón era ineficiente, pues si la base del trípode era más baja y estaba a mayor distancia podría mover la pértiga con mayor facilidad y mejor efecto. Dos veces me mostró diferentes modos de sujetar los travesaños de la parte inferior de la balsa para que estuvieran más ceñidos y fueran más resistentes. Cuando necesitábamos dar forma a un leño, Aenea se encargaba de ello con el machete, y A. Bettik y yo sólo podíamos apartarnos para no recibir la lluvia de astillas.

Pero aunque los tres trabajamos con ahínco, atardecía cuando la balsa estuvo terminada y el equipo cargado.

—Podríamos acampar aquí esta noche y zarpar temprano por la mañana —dije.

Aun mientras lo decía, supe que no quería hacer eso. Tampoco querían ellos dos. Subimos a bordo y nos alejamos de la costa con la larga pértiga que yo había escogido como fuente de locomoción cuando fallara la corriente. A. Bettik timoneaba, y Aenea permaneció cerca del frente de la balsa, buscando esquistos o rocas ocultas.

Durante la primera hora, el viaje fue mágico. Después del tórrido calor de la jungla y la abrumadora fatiga de ese día, era paradisíaco bogar en la lenta balsa, empujar de cuando en cuando contra el lodo del río y mirar el paso de las oscuras paredes de jungla. El sol se puso a nuestras espaldas, durante unos minutos el río estuvo rojo como lava derretida, y las gimnospermas de ambas orillas llamearon reflejando la luz. Luego el cielo gris se oscureció y pronto quedó cubierto de nubes, igual que la noche anterior.

—Me pregunto si la nave habrá logrado estudiar las estrellas —dijo Aenea.

—Llamemos para preguntar.

La nave no había podido estudiar su posición.

—Pude confirmar que no estamos en Hyperion ni en Vector Renacimiento —dijo la vocecilla por mi comlog.

—Vaya, qué alivio. ¿Alguna otra noticia?

—Me he desplazado al fondo del río. Es muy cómodo, y me estoy preparando...

De repente los relámpagos de colores ondearon en el norte y el oeste, y el viento azotó el río con tanta fuerza que todos tuvimos que apresurarnos a sujetar las cosas para impedir que volaran. La balsa empezó a zarandearse en el oleaje y el comlog escupió estática. Lo apagué y me concentré en remar mientras A. Bettik volvía a timonear. Durante varios minutos temí que la balsa se desarmara en medio del oleaje y del viento rugiente; la proa bajaba y subía, y los rojizos relámpagos eran la única iluminación. Esta noche el trueno era audible —enormes olas de sonido, como si alguien echara a rodar tambores de acero por escaleras de piedra— y los relámpagos aurorales rasgaban el cielo en vez de bailar como la noche anterior. Quedamos petrificados cuando un rayo cayó en una gimnosperma de la orilla norte del río, haciéndola estallar en llamas y chispas de color. Como ex barquero, maldije mi estupidez por encontrarnos en medio de un río tan ancho —el Tetis volvía a tener un kilómetro de anchura— sin un pararrayos ni esteras de caucho. Nos agachábamos temblando de miedo cuando los rayos de color caían en las orillas o iluminaban el horizonte.

De pronto empezó a llover y los relámpagos cesaron. Corrimos hacia la tienda, Aenea y A. Bettik agazapados cerca de la abertura del frente, aún buscando bancos de arena o leños flotantes, yo de pie en la parte de atrás, donde la niña había arreglado la tienda para que el timonel contara con algún refugio.

Las lluvias eran intensas y frecuentes en el río Kans cuando yo era barquero. Recuerdo estar acurrucado en la chorreante cabina de una vieja barca y preguntarme si el peso de la lluvia la hundiría, pero no recuerdo ninguna lluvia como ésta.

Por un momento pensé que nos habíamos topado con una cascada mucho más grande y sin darnos cuenta habíamos caído bajo la precipitación, pero todavía íbamos río abajo y no había una cascada, solo la terrible fuerza de la peor lluvia que yo había experimentado.

Lo aconsejable habría sido dirigirse a la orilla y aguardar hasta que amainara ese diluvio, pero no veíamos nada, excepto relámpagos de colores detrás de esa muralla vertical de agua, y no sabíamos a qué distancia estaba la orilla ni si era posible amarrar la balsa. Sujeté el timón en su posición más alta, para que se limitara a mantener la proa detrás, abandoné mi puesto y me acurruqué junto a la niña y el androide mientras los cielos se abrían y derramaban ríos, lagos, mares de agua sobre nosotros.

La niña había montado y asegurado la tienda con destreza o con suerte, pues ni

una vez se plegó ni se aflojó. Digo que me acurruqué junto a ellos, pero en realidad los tres estábamos ocupados sosteniendo cajas mientras la balsa se zamarreaba y giraba en redondo. Ignorábamos en qué dirección íbamos, si la balsa estaba segura en medio del río o se dirigía a las rocas de un rápido, o bien si enfilaba hacia un acantilado porque el río viraba mientras nosotros seguíamos en línea recta. Ya no importaba a esas alturas: sólo queríamos conservar nuestro equipo, no caer por la borda y mantener a la vista a los otros dos.

En un punto —con un brazo sobre las mochilas y la mano en el cuello de la niña, que se estiró para recobrar un cacharro que salía despedido de la tienda— miré al frente de la balsa y comprendí que toda la balsa estaba bajo el agua excepto nuestra plataforma. El viento arrojaba olas que irradiaban un fulgor rojo o amarillo, según el color de ese telón de relámpagos. Recordé algo que había olvidado buscar en la nave: chalecos salvavidas, dispositivos personales de flotación.

Poniendo a Aenea bajo el techo de la tienda, grité en medio de la tormenta:

—¿Sabes nadar cuando no estás en gravedad cero?

—¿Qué? —Vi que sus labios formaban la palabra, pero no pude oírla.

—¿Sabes nadar?

A. Bettik nos miró desde las cajas. Chorreaba agua por la cabeza calva y la larga nariz. Sus ojos azules parecían violetas cuando estallaban los relámpagos.

Aenea sacudió la cabeza, pero no supe si me respondía negativamente o si me daba a entender que no me oía. Su chaleco empapado chasqueaba como una sábana mojada en una tormenta de viento.

—¿SABES... NADAR? —grité a pleno pulmón. El esfuerzo me dejó sin aliento. Di frenéticas brazadas. El zamarreo de la balsa nos separó y nos aproximó.

Noté que Aenea comprendía. Su largo cabello chorreaba lluvia y espuma. Sonrió y se acercó para gritarme al oído.

—¡GRACIAS! ME GUSTARÍA NADAR. TAL VEZ MÁS TARDE.

Entonces dimos con un remolino, o tal vez el viento infló la tienda y la usó como vela para impulsar la balsa, pero lo cierto es que la balsa giró sobre sí misma, vaciló y siguió girando. Renunciamos a salvar nada salvo nuestro pellejo y nos acurrucamos en el centro de la plataforma. Noté que Aenea gritaba —una especie de «¡Hurra!» de felicidad— y sin darme cuenta repetí el grito. Era agradable gritar en medio del vendaval y el diluvio sin que nos oyeran, sintiendo el eco del grito en el cráneo y los huesos mientras reverberaba el rugido del trueno. Miré a la derecha cuando un relámpago carmesí iluminó el río, vi con asombro que la balsa esquivaba como un trompo una roca que sobresalía del agua, pero me asombró aún más ver a A. Bettik de rodillas, la cabeza echada hacia atrás, gritando «¡Hurra!» con nosotros a voz en cuello.

La tormenta duró toda la noche. Al romper el alba la lluvia amainó hasta

convertirse en una mera garúa. Los relámpagos y estruendos debieron de terminar entonces, pero no estoy seguro de ello. Yo, al igual que mi joven amiga y mi amigo androide, estaba profundamente dormido.

Cuando despertamos, el sol estaba alto, no había nubes y el río era ancho y lento. La jungla se desplazaba en ambas orillas como un tapiz ininterrumpido, y el cielo era suave y azul.

Permanecimos un rato sentados, los codos sobre las rodillas, la ropa empapada. No dijimos nada. Creo que aún veíamos la turbulencia de la noche anterior, y las explosiones de color aún estallaban en nuestra retina.

Al cabo de un rato Aenea se levantó con piernas trémulas. La superficie de la balsa estaba mojada, pero todavía encima del agua. Un tronco de estribor se había zafado y había algunas cuerdas deshilachadas en vez de nudos, pero en general nuestra embarcación aún estaba en buenas condiciones.

Revisamos las junturas y realizamos un inventario. La lámpara que habíamos colgado como farol había desaparecido, al igual que un cartón de raciones, pero todo lo demás parecía en orden.

—Bien, podéis remolonear un rato —dijo Aenea—. Yo prepararé un desayuno.

Puso el cubo calefactor al máximo, hizo hervir agua, preparó té para ella y café para nosotros, puso a freír lonjas de jamón con tajadas de patata.

Miré el jamón siseante.

—Creí que eras vegetariana —dije.

—Lo soy. Yo comeré bocadillos de trigo y beberé esa espantosa leche reconstituida por la nave, pero por esta única vez soy el chef y comeréis bien.

Comimos bien, sentados en el frente de la plataforma, donde el sol nos bañaba la piel y nos secaba la ropa. Saqué mi aplastado tricornio de un bolsillo de mi chaleco húmedo, lo estrujé y me lo puse en la cabeza para cubrirme. Aenea se echó a reír. Miré a A. Bettik, pero el androide estaba tan calmo e impasible como siempre, como si esa hora de gritar «¡Hurra!» con nosotros nunca hubiera existido.

A. Bettik enderezó el poste del frente de la balsa, se quitó su harapienta camisa blanca y la colgó para secarla. El sol brilló sobre su perfecta piel azul.

—¡Una bandera! —exclamó Aenea—. Es lo que necesitaba esta expedición.

Me eché a reír.

—Pero no una bandera blanca. Eso significa... —Callé de golpe.

Habíamos avanzado por la lenta corriente virando en un recodo del río. Ahora veíamos el enorme y antiguo portal teleyector que se arqueaba a cientos de metros de altura. Árboles enteros habían crecido sobre su ancho lomo, y largas lianas colgaban de sus frisos y hendeduras.

Ocupamos nuestros puestos: yo en el timón, A. Bettik de pie ante el largo poste,

dispuesto a apartar rocas o troncos, y Aenea en el frente.

Durante un largo minuto creí que el teleyector no funcionaría. Veía la jungla y el cielo azul debajo, veía el río que pasaba más allá. La vista era normal, hasta que llegamos a la sombra del arco gigante. Un pez saltó del agua a diez metros. El viento agitaba el cabello de Aenea y las olas del río. Encima de nosotros, toneladas de metal antiguo colgaban como un intento infantil de dibujar un puente.

—No pasó nada... —dije.

El aire se llenó de electricidad de una manera más repentina y aterradora que en la tormenta de la noche anterior. Era como si un telón gigante hubiera caído desde el arco. Caí de rodillas, sintiendo el peso y luego la falta de peso. Por un brevísimo instante tuve la sensación que había tenido cuando el campo de choque nos rodeó en la nave espacial derribada, como un feto luchando contra un saco amniótico.

Lo atravesamos. El sol desapareció. La luz del día desapareció. Las orillas y la jungla desaparecieron. El agua se extendía hasta el horizonte por todas partes. Estábamos bajo un vasto cielo constelado de infinidad de estrellas.

Tres lunas del tamaño de un planeta despuntaban delante, alumbrando a Aenea como reflectores anaranjados.

31

—Fascinante —dijo A. Bettik.

No era la palabra que yo habría escogido, pero bastó por el momento. Mi primera reacción fue iniciar un catálogo negativo de la situación: no estábamos en el mundo selvático, no estábamos en un río, el mar se extendía hacia el cielo nocturno por doquier, no estábamos a la luz del día, no nos estábamos hundiendo.

La balsa se desplazaba de otro modo en este suave pero potente oleaje oceánico, pero mi ojo de barquero notó que, aunque las olas saltaban un poco más sobre los bordes, la madera de gimnosperma parecía flotar mejor. Me arrodillé cerca del timón y bebí un sorbo de agua. La escupí rápidamente y me enjugué la boca con agua dulce de mi cantimplora. Este mar era aún más salado que los mares de Hyperion.

—Vaya —murmuró Aenea. Supuse que se refería a las lunas. Las tres eran enormes y anaranjadas, pero la del centro era tan grande que la mitad de su diámetro parecía llenar lo que yo aún consideraba el cielo del este. Aenea se puso de pie, y su silueta se recortó contra el hemisferio anaranjado. Trabé el timón y me reuní con los otros dos en el frente de la balsa.

El suave vaivén de las olas nos obligaba a aferrarnos al poste, donde la camisa de A. Bettik aún flameaba en el viento. La camisa blanca refulgía bajo el claro de luna y la luz de las estrellas.

Por un momento dejé de ser barquero y escruté el cielo con ojos de pastor. Las constelaciones que habían sido mis favoritas en la infancia —el Cisne, el Fulano, las Gemelas, las Semilleras y la Placa— no estaban ahí, o estaban tan distorsionadas que no las reconocía. Pero sí estaba la Vía Láctea: la meandrosa autopista de nuestra galaxia era visible desde el horizonte hasta el fulgor que rodeaba las lunas. Si normalmente las estrellas eran más tenues aun con una luna tipo Vieja Tierra en el cielo, lo eran mucho más con estas gigantes. Supuse que el cielo límpido, la falta de otras fuentes de iluminación y el aire menos denso ofrecían ese increíble espectáculo. Me costaba imaginar cómo serían esas estrellas en una noche sin luna.

Me pregunté dónde estábamos. Tuve una corazonada.

—Nave —le dije al comlog—. ¿Todavía estás ahí?

Me sorprendí cuando el brazalete me respondió.

—Las secciones copiadas todavía están aquí, M. Endymion. ¿Puedo ayudarte?

Los otros dos dejaron de mirar la gigantesca luna.

—¿No eres la nave? —pregunté.

—Si preguntas si estás en comunicación directa con la nave, la respuesta es no —dijo el comlog—. Las bandas de comunicaciones se cortaron cuando cruzasteis el portal teleyector. Esta versión abreviada de la nave, sin embargo, recibe alimentación de vídeo.

Había olvidado que el comlog tenía receptores fotosensibles.

—¿Puedes decirnos dónde estamos?

—Un minuto, por favor. Si alzas un poco el comlog... gracias... estudiaré el cielo para compararlo con coordenadas de navegación.

Mientras el comlog investigaba, A. Bettik dijo:

—Creo que sé dónde estamos, M. Endymion.

Yo también creía saberlo, pero dejé que el androide hablara.

—Esto congenia con la descripción de Mare Infinitus. Uno de los viejos mundos de la Red, ahora parte de Pax.

Aenea callaba. Aún contemplaba la luna con expresión fascinada. Miré la esfera anaranjada que dominaba el cielo y vi nubes color óxido sobre la superficie polvorienta. Mirando de nuevo, discerní los rasgos de la superficie: manchas pardas que podían ser flujos volcánicos, la larga cicatriz de un valle con tributarios, campos de hielo en el polo norte y líneas conectando lo que parecían cordilleras. Me recordó ciertos holos de Marte, en el sistema de Vieja Tierra, previos a su terraformación.

—Mare Infinitus parece tener tres lunas —dijo A. Bettik—, aunque en realidad Mare Infinitus es el satélite de un mundo rocoso de tamaño joviano.

Señalé la luna polvorienta.

—¿Como aquél?

—Precisamente —dijo el androide—. He visto imágenes. Está deshabitado, pero durante la Hegemonía había explotación minera a cargo de robots.

—Yo también creo que es Mare Infinitus. He oído a algunos cazadores de Pax hablar de él. Gran pesca en alta mar. Dicen que en el océano de Mare Infinitus hay una criatura cefalocordada con antenas que alcanza más de cien metros de longitud... se traga buques pesqueros enteros a menos que lo capturen primero.

Opté por callarme. Los tres escrutamos las vinosas aguas. En el silencio mi comlog gorjeó de repente:

—¡Lo tengo! Los campos estelares concuerdan perfectamente con mis bancos de datos de navegación. Estáis en un satélite que rodea un mundo subjoviano en órbita de la estrella Setenta Ofiuca. A veinte-siete-coma-nueve años-luz de Hyperion, dieciséis-coma-cero-ocho-dos años-luz del sistema de Vieja Tierra. Es un sistema binario, con Setenta Ofiuca A como estrella primaria a cero-coma-seis-cuatro UAs, y Setenta Ofiuca B como astro secundario a ocho-nueve UAs. Como parece haber atmósfera y agua, es muy probable que estéis en la segunda luna de la primaria subjoviana DB Setenta Ofiuca A, conocida en tiempos de la Hegemonía como Mare Infinitus.

—Gracias —le dije al comlog.

—Tengo más datos astrales —gorjeó el brazalete.

—Más tarde —dije, y lo apagué.

A. Bettik arrió su camisa del improvisado mástil y se la puso.

La brisa oceánica era fuerte, el aire tenue y helado. Saqué un abrigo aislante de la mochila, y los otros dos extrajeron chaquetas. La increíble luna trepaba en el increíble cielo estrellado.

«El segmento del río correspondiente a Mare Infinitus es un grato aunque breve interludio entre pasajes más recreativos», decía la *Guía del viajero para la Red de Mundos*.

Los tres nos agachamos junto a la losa para leer la página a la luz de nuestro último farol. La lámpara era redundante, en verdad, porque el claro de luna era tan brillante como un día nublado de Hyperion.

«El color violáceo de los mares es causado por una forma de fitoplancton y no por la dispersión atmosférica que brinda al viajero tan bellos ponientes. Aunque el interludio de Mare Infinitus es muy breve —cinco kilómetros de viaje oceánico es suficiente para la mayoría de los que recorren el río— incluye el célebre Acuario Marítimo y Restaurante de Gus. No deje de pedir la gigante marítima asada, la sopa de hectaopus y el excelente vino de hierbamarilla. Cene en una de las terrazas de la plataforma oceánica de Gus para disfrutar de un exquisito atardecer y el aún más exquisito despuntar de la luna. Aunque este mundo es célebre por sus desiertas extensiones oceánicas (no tiene continentes ni islas) y su agresiva fauna marítima (el "leviatán boca de lámpara", por ejemplo), verifique si su buque permanecerá dentro de la Corriente del Litoral Medio de portal a portal, y sí tendrá escolta marítima, de manera que su breve intervalo acuático, coronado por una excelente cena en Gus, sólo deje recuerdos gratos. (Nota: El segmento de Mare Infinitus del Tetis será omitido de la excursión si hay tiempo inclemente o la fauna marítima es peligrosa. Esté preparado para visitar este mundo en una excursión posterior.)»

Eso era todo. Le devolví el libro a A. Bettik, apagué la lámpara, fui al frente de la balsa y escudriñé el horizonte con amplificadores de visión nocturna. Las gafas no eran necesarias bajo la brillante luz de las tres lunas.

—El libro miente —dije—. Podemos ver al menos veinticinco kilómetros hasta el horizonte. No hay otro portal.

—Tal vez se desplazó —dijo A. Bettik.

—O se hundió —dijo Aenea.

—Ja —dije, guardando las gafas en mi mochila y sentándome con los otros cerca del tubo calefactor. El aire estaba frío.

—Es posible —dijo el androide— que, al igual que en los demás segmentos del río, haya una versión larga y otra corta de esta sección.

—¿Por qué siempre nos tocan las versiones largas? —pregunté.

Estábamos preparando el desayuno, hambrientos después de la larga noche de

tormenta en el río, aunque las tostadas, el cereal y el café parecían más un bocado de medianoche en el mar iluminado por la luna.

Pronto nos habituamos al vaivén de la balsa en las grandes olas y ninguno sufrió mareos. Después de mi segunda taza de café, me sentí mejor. Algo en la guía había despertado mi sentido del absurdo, pero no me gustaba esa alusión al «leviatán boca de lámpara».

—Estás disfrutando de esto, ¿verdad? —me dijo Aenea cuando nos sentamos frente a la tienda. A. Bettik estaba detrás, en el timón.

—¿Porqué? —Alcé las manos—. Es una aventura. Pero nadie ha salido lastimado.

—Creo que faltó poco, en esa tormenta.

—Sí, bien...

—¿Y por qué más te gusta? —preguntó la niña con auténtica curiosidad.

—Siempre me gustó la vida al aire libre —respondí con sinceridad—. Acampar, alejarse de todo. Hay algo en la naturaleza que me hace sentir... no sé... en conexión con algo más vasto. —Callé antes de ponerme a hablar como un gnóstico zen ortodoxo.

La niña se aproximó.

—Mi padre escribió un poema sobre esa idea. En realidad, fue el antiguo poeta pre-Hégira del cual se clonó el cíbrido de mi padre, pero la sensibilidad de mi padre estaba en el poema. —Antes de que yo pudiera hacer preguntas, Aenea continuó—. No era un filósofo. Era joven, más joven que tú, y su vocabulario filosófico era bastante primitivo, pero en este poema intentó expresar las etapas por medio de las cuales nos aproximamos a la fusión con el universo. En una carta considera estas etapas como «una especie de termómetro del placer».

Quedé sorprendido y un poco desconcertado por este breve discurso. Nunca había oído a Aenea hablando seriamente de nada, ni usando palabras tan largas, y lo del «termómetro del placer» sonaba vagamente obsceno. Pero escuché mientras ella continuaba.

—Mi padre pensaba que la primera etapa de la felicidad humana era una «camaradería con la esencia» —murmuró. Noté que A. Bettik escuchaba desde su puesto de timonel—. Con eso se refería a una respuesta imaginativa y sensual a la naturaleza... la sensación que describías antes.

Me froté la mejilla, sintiendo la barba crecida. Si pasaba unos días más sin afeitarme, tendría barba. Bebí mi café.

—Mi padre consideraba que la poesía, la música y el arte forman parte de esa respuesta a la naturaleza. Es un modo falible pero humano de vibrar en consonancia con el universo. La naturaleza crea en nosotros esa energía de creación. Para mi padre la imaginación y la verdad eran lo mismo. Una vez escribió: «La imaginación puede

compararse con el sueño de Adán: despertó y encontró que era cierta.»

—No sé si entiendo eso. ¿Significa que la ficción es más verdadera que... la verdad?

Aenea sacudió la cabeza.

—No, creo que significa... bien, en el mismo poema hay un himno a Pan.

Fiero abridor de las puertas misteriosas
que llevan al conocimiento universal.

Aenea sopló su té para enfriarlo.

—Para mi padre, Pan se convirtió en símbolo de la imaginación... sobre todo de la imaginación romántica. —Sorbió el té—. ¿Sabías, Raul, que Pan era el precursor alegórico de Cristo?

Parpadeé. Ésta era la misma niña que dos noches atrás pedía cuentos de fantasmas.

—¿Cristo?—pregunté. Yo era hijo de mis tiempos, y la blasfemia me causaba escozor.

Aenea bebió el té y miró las lunas. Se rodeó las rodillas con el brazo izquierdo.

—Mi padre pensaba que esa imaginación pánica y elemental inspiraba a algunas personas, no a todas, cierta respuesta a la naturaleza.

Sé pues el refugio insospechado
de pensamientos solitarios, elusivos
aun hasta el confín del firmamento.
Desnuda tu cerebro; sé pues la levadura
que al crecer en la obtusa, turbia tierra.
Le brinda un aire etéreo, un nuevo nacimiento:
sé pues un símbolo de inmensidad:
un cielo reflejándose en un mar,
un elemento que llena el intersticio,
una incógnita...

Callamos un instante. Yo me había criado escuchando poesía: los toscos poemas épicos de los pastores, los *Cantos* del viejo poeta, la *Épica del jardín* del joven Tycho, Glee y el centauro Raul. Estaba acostumbrado a los versos bajo cielos estrellados. Pero la mayoría de los poemas que había oído, aprendido y amado me resultaban más comprensibles.

Al cabo de una pausa sólo interrumpida por el embate de las olas contra la balsa y el viento contra la tienda, dije:

—¿Conque ésta era la idea de tu padre sobre la felicidad?

Aenea echó la cabeza hacia atrás, y su cabello ondeó al viento.

—Oh no —dijo—. Sólo la primera etapa de la felicidad en su termómetro del placer. Había dos etapas superiores.

—¿Cuáles eran? —preguntó A. Bettik. La suave voz del androide me sobresaltó. Me había olvidado de que iba en la balsa con nosotros.

Aenea cerró los ojos y habló de nuevo con voz suave y musical, exenta del sonsonete de los que arruinan la poesía.

Pero hay marañas más tupidas
más autodestructivas, que llevan paso a paso
a la intensa cumbre, y cuya corona,
de amor y amistad forjada,
ciñe la frente de la humanidad.

Miré la tormenta de polvo y los relámpagos volcánicos de la luna gigante. Nubes color sepia cruzaban el paisaje naranja y pardo.

—¿Conque éstos son los otros niveles? —dije, un poco defraudado—. ¿Primero la naturaleza, después el amor y la amistad?

—No exactamente —dijo la niña—. Mi padre pensaba que la verdadera amistad entre los humanos estaba en un nivel superior a nuestra respuesta a la naturaleza, pero que el nivel máximo era el amor.

Asentí.

—Como enseña la Iglesia —dije—. El amor de Cristo, el amor al prójimo.

—No —dijo Aenea, terminando el té—. Mi padre se refería al amor erótico. El sexo. —De nuevo cerró los ojos.

Ahora que he saboreado su dulce alma hasta la médula,
las demás honduras son superficiales: las esencias,
antaño espirituales, apenas son lodosas vegas
destinadas a fertilizar mi raíz terrena
para que un áureo fruto crezca de mis ramas
hacia el cielo floreciente.

No supe qué decir, así que arrojé el resto del café de mi taza, me aclaré la garganta, estudié las lunas y la Vía Láctea.

—¿Y bien? ¿Crees que él había descubierto algo importante? —En cuanto lo dije, quise patearme. Estaba hablando con una niña. Recitaba poesía antigua, tal vez pornografía antigua, pero no había manera de que ella pudiera entenderla.

Aenea me miró. El claro de luna alumbró sus grandes ojos.

—Creo que hay más niveles en el cielo y la tierra, Horacio, de los que sueña la filosofía de mi padre.

—Entiendo —dije, pensando «¿Quién demonios es Horacio?»

—Mi padre era muy joven cuando escribió eso —dijo Aenea—. Fue su primer poema y fue un fracaso. Él quería que su héroe pastor aprendiera la exaltación de estas cosas: la poesía, la naturaleza, la sabiduría, las voces de los amigos, los actos valerosos, la gloria de los lugares extraños, el encanto del sexo opuesto. Pero se detuvo antes de llegar a la verdadera esencia.

—¿Qué verdadera esencia? —pregunté. La balsa se meció con la respiración del mar.

—El sentido de cada forma, movimiento y sonido:

explorar todas las formas y sustancias
hasta llegar a sus simbólicas esencias.

¿Por qué esas palabras me resultaban tan familiares?

Tardé un rato en recordar.

Nuestra balsa siguió surcando la noche y el mar de Mare Infinitus.

Nos dormimos de nuevo antes de que despuntaran los soles, y después de otro desayuno me puse a revisar las armas. La poesía filosófica a la luz de la luna estaba bien, pero las armas certeras eran una necesidad.

No había tenido tiempo de probar las armas de fuego a bordo de la nave ni después de nuestra colisión en el mundo selvático, y me ponía nervioso andar con armas que nunca había disparado ni afinado. En mi breve tiempo en la Guardia Interna y mis largos años como guía de cazadores, había descubierto que la familiaridad con un arma era tanto o más importante que tener un rifle sofisticado.

La luna más grande aún estaba en el cielo cuando se elevaron los soles, primero la binaria más pequeña, una mota brillante en el cielo de la mañana, haciendo palidecer la Vía Láctea y borroneando los detalles de la gran luna, y luego la primaria, más pequeña que el sol de Hyperion —tan parecido al Sol de Vieja Tierra— pero muy brillante. El cielo cobró un profundo color ultramarino y luego azul cobalto, con las dos estrellas llameando y la luna anaranjada llenando el cielo detrás de nosotros. La luz del sol convertía la atmósfera de la luna en un disco brumoso y borroneaba los rasgos de la superficie. El día se puso más templado, luego caluroso, luego tórrido.

El mar se encrespó, y las apacibles ondas se convirtieron en olas de dos metros que hamacaban la balsa pero estaban tan separadas como para permitir que las

recorriéramos sin mayores contratiempos. Tal como prometía la guía, el mar era de un perturbador color violeta, entrecruzado por crestas de un azul oscurísimo, casi negro, y en ocasiones por bancos de algas o espuma aún más oscura. La balsa continuó rumbo al horizonte donde habían despuntado las lunas y los soles —el este, desde nuestra perspectiva— y sólo nos cabía abrigar la esperanza de que la fuerte corriente nos llevara a alguna parte. Cuando dudábamos del empuje de la corriente, usábamos una cuerda o arrojábamos un desecho por la borda y observábamos la diferencia entre el tirón del viento y la corriente. Las olas se formaban en lo que percibíamos como sur a norte. Continuamos hacia el este.

Disparé primero la 45, comprobando el cargador para asegurarme de que los cartuchos estuvieran en su sitio. Temía que la arcaica característica de tener la munición separada de la estructura del cargador me hiciera olvidar recargar en un momento difícil. No teníamos muchas cosas sobrantes para practicar puntería, pero cogí algunos envases usados de raciones, arrojé uno y esperé a que estuviera a quince metros.

La automática se disparaba con un rugido ensordecedor. Yo sabía que las armas de fuego eran ruidosas —había disparado algunas durante mi entrenamiento, pues los rebeldes del Garfio de Hielo las usaban con frecuencia—, pero esta detonación casi me hizo soltar la pistola. Aenea, que estaba mirando hacia el sur y reflexionando sobre algo, se levantó de un brinco. Hasta el impasible androide se sobresaltó.

—Lo lamento —dije.

Aferré la pesada pistola con ambas manos y disparé de nuevo.

Después de usar dos cargadores de munición, tuve la certeza de que podía acertarle a algo a quince metros. Más allá de eso... bien, esperaba que mi blanco tuviera oídos y se asustara con el estruendo.

Al desarmar la pistola después de los disparos, volví a mencionar que esa antigua arma podía haber pertenecido a Brawne Lamia.

Aenea la examinó.

—Como dije, nunca vi a mi madre con un arma de mano.

—Se la pudo haber prestado al cónsul cuando él regresó a la Red en la nave —dije, limpiando la pistola abierta.

—No —dijo A. Bettik.

Me volví hacia él mientras se inclinaba sobre el remo.

—¿No? —repetí.

—Vi el arma de M. Lamia cuando ella estaba en la *Benarés*. Era una pistola anticuada, creo que de su padre, pero tenía una culata perlada, una mira láser, y estaba adaptada para usar cargadores de dardos.

—Ah —bien, la idea había sido atractiva—. Al menos esta cosa está bien preservada y reconstruida —dije. Debían de haberla guardado en una caja de estasis;

una pistola de mil años no habría funcionado de otra manera. O tal vez era una ingeniosa reproducción que el cónsul había encontrado en sus viajes. No tenía importancia, pero siempre me había conmovido esa sensación de historia, por llamarla de algún modo, que parecía emanar de las armas antiguas.

A continuación usé la pistola de dardos. Bastó un disparo para comprobar que funcionaba a la perfección. El pak de raciones estalló en mil astillas de flujoespuma a treinta metros de distancia. La cresta de la ola titiló como si la acribillara una lluvia de acero. Las armas de dardos eran destructivas, casi infalibles y muy perversas con el blanco, razón por la cual la había elegido. Le puse el seguro y la guardé en mi mochila.

El rifle de plasma fue más difícil de ajustar. La mirilla óptica me permitía apuntar a cualquier cosa desde el pak de raciones que flotaba a treinta metros hasta el horizonte, a veinticinco kilómetros. Hundí el pak de raciones con el primer disparo, pero costaba discernir su eficacia en disparos más largos. Allí no había nada contra lo cual disparar. Teóricamente, un rifle de pulsos podía acertarle a cualquier cosa —no había margen de desviación ni arco Balístico— y vi por la mira que el rayo abría un boquete en las olas a veinte kilómetros de distancia, pero no creaba la misma confianza que disparar contra un blanco distante. Apunté hacia la luna gigante que ahora se ponía a nuestras espaldas. A través de la mira distinguí una montaña de cumbre blanca —probablemente de pura nieve— y, sólo por gusto, disparé. El disparo del rifle de plasma era silencioso en comparación con la pistola automática, apenas un carraspeo. La mira no tenía potencia suficiente para mostrar un acierto, y a esa distancia la rotación de los dos mundos sería un problema, pero me habría sorprendido no haber acertado en la montaña. En las barracas de la Guardia Interna se contaban anécdotas sobre guardias suizos que habían derribado comandos Éxters disparando a miles de kilómetros contra un asteroide vecino o algo similar. El truco, como había sucedido durante milenios, era ver al enemigo primero.

Pensando en ello después de disparar la escopeta una vez, limpiando y guardando las armas, dije:

—Hoy tenemos que explorar un poco.

—¿Dudas que el otro portal esté allí? —preguntó Aenea.

Me encogí de hombros.

—La guía menciona cinco kilómetros entre portales. Debemos haber recorrido por lo menos cien desde anoche. Tal vez más.

—¿Usaremos la alfombra voladora? —preguntó la niña. Los soles le estaban tostando la piel blanca.

—Pensé en usar el cinturón de vuelo —dije. «Menos perfil de radar si alguien vigila», pensé sin decirlo—. Y tú no irás, niña. Sólo yo.

Saqué el cinturón de la tienda, me ceñí el arnés, cogí el rifle de plasma y activé el

controlador de mano.

—Vaya —mascullé. El cinturón ni siquiera intentó levantarme. Por un segundo estuve seguro de que nos hallábamos en un mundo tipo Hyperion, con pésimos campos EM, pero luego miré el indicador de carga. Rojo. Vacío. Muerto—. Maldición.

Me desabroché el arnés y los tres nos reunimos en torno de ese objeto inservible mientras yo revisaba los cables, el pak de baterías y la unidad de vuelo.

—Estaba cargado antes de que saliéramos de la nave —dije—. El mismo momento en que cargamos la alfombra voladora.

A. Bettik trató de aplicar un programa de diagnóstico, pero con energía cero ni siquiera eso funcionaba.

—Tu comlog debería tener el mismo subprograma —dijo el androide.

—¿Sí? —pregunté estúpidamente.

—¿Me permites? —dijo A. Bettik, señalando el comlog. Me quité el brazalete y se lo entregué.

A. Bettik abrió un diminuto compartimiento que yo ni siquiera había visto, sacó un cable minúsculo con un microfilamento y lo enchufó en el cinturón. Parpadearon luces.

—El cinturón de vuelo está roto —anunció el comlog con la voz de la nave—. El pak de baterías se ha agotado prematuramente, unas veintisiete horas antes. Creo que es un fallo en las células de almacenaje.

—Sensacional. ¿Se puede reparar? ¿Retendrá una carga si la encontramos?

—Esta unidad no —dijo el comlog—. Pero hay tres repuestos en el armario de objetos extravehiculares de la nave.

—Sensacional —repetí. Arrojé el enorme cinturón por la borda. Se hundió en las olas violáceas.

—Aquí está todo listo —dijo Aenea. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la alfombra voladora, que flotaba a veinte centímetros de la balsa—. ¿Quieres echar un vistazo conmigo?

No discutí, sino que me senté detrás de ella, crucé las piernas y miré cómo tecleaba las hebras de vuelo.

A cinco mil metros de altura, respirando entrecortadamente y asomándome por el borde de la alfombra, sentí más aprensión que en la balsa. Nuestra balsa era apenas una mancha, un diminuto rectángulo negro en ese vasto y desierto océano violeta y negro. Desde esta altitud, las olas que en la balsa parecían tan amenazadoras eran invisibles.

—Creo que hemos encontrado otro nivel de esa reacción a la naturaleza sobre la que escribió tu padre, la «camaradería con la esencia» —comenté.

—¿Y cuál es? —Aenea tiritaba en el aire frío. Sólo tenía la camiseta y el chaleco que había usado en la balsa.

—Estar muerto de miedo —dije.

Aenea se echó a reír. Debo aclarar que entonces amaba la risa de Aenea, y me siento dichoso al evocarla. Era una risa suave, pero plena, desenfadada y melódica. La echo de menos.

—A. Bettik tendría que haber venido a explorar, en lugar de hacerlo tú —dije.

—¿Por qué?

—Por lo que dijo antes sobre su exploración de gran altura, es evidente que no necesita respirar aire, y es inmune a ciertas menudencias tales como la despresurización.

Aenea se apoyó en mí.

—No es inmune a nada. Sólo han diseñado su piel para que sea más resistente que la nuestra. La piel puede actuar como traje de presión por períodos breves, aun en el vacío, y él puede retener el aire más tiempo. Eso es todo.

—¿Sabes mucho sobre androides?

—No. Sólo le pregunté.

Se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las hebras de control.

Volamos hacia el este.

Admito que me aterraba la idea de perder contacto con la balsa, de sobrevolar ese planeta oceánico hasta que las hebras de vuelo agotaran su carga y cayéramos al mar, quizá para ser devorados por un leviatán de boca de lámpara. Había programado mi brújula inercial con la balsa como punto de partida, así que encontraríamos el camino de regreso a menos que yo soltara la brújula, lo cual era improbable porque la llevaba colgada del cuello con un cordel. Aun así, estaba preocupado.

—No vayamos demasiado lejos —dije.

—De acuerdo. —Aenea guiaba a poca velocidad, sesenta o setenta kilómetros, y había descendido a un nivel donde respirábamos mejor y el aire no estaba tan frío. El mar violeta seguía vacío en un gran círculo hasta el horizonte.

—Parece que tus teleyectores nos están jugando una mala pasada —dije.

—¿Por qué dices mis teleyectores, Raul?

—Bien, es a ti a quien... reconocen.

Aenea no respondió.

—De veras —dije—, ¿crees que hay algún propósito en los mundos adonde nos envían?

Aenea me miró por encima del hombro.

—Sí, creo que sí.

Esperé. Los campos de deflexión eran mínimos a esta velocidad, así que el viento me arrojaba el cabello de la niña en la cara.

—¿Sabes mucho acerca de la Red? —me preguntó—. ¿Acerca de los teleyectores?

Me encogí de hombros, noté que ella no me estaba mirando y dije en voz alta:

—Estaban a cargo de las IAs del TecnoNúcleo. Según la Iglesia y los *Cantos* de tu tío Martin, los teleyectores eran una especie de conspiración de las IAs para usar cerebros humanos, neuronas, como una suerte de ordenador de ADN gigante. Cada vez que un humano atravesaba los teleyectores, éstos actuaban como parásitos. ¿Correcto?

—Correcto.

—De manera que cada vez que atravesamos uno de estos portales, las IAs, dondequiera que estén, se adhieren a nuestros cerebros como enormes mosquitos sedientos de sangre, ¿correcto?

—Equivocado —dijo la niña, girando hacia mí—. No todos los teleyectores eran construidos, instalados y mantenidos por los mismos elementos del Núcleo. ¿Los cantos del tío Martin mencionan la guerra civil que mi padre descubrió en el Núcleo?

—Sí. —Cerré los ojos en un esfuerzo por recordar las estrofas de la historia oral que yo había aprendido. Esta vez fui yo quien recitó—. En los *Cantos* hay una personalidad IA con quien el cíbrido Keats habla en la megaesfera del espacio de datos del Núcleo.

—Ummon. Así se llamaba esa IA. Mi madre viajó allí una vez con mi padre, pero fue mi... mi tío..., el segundo cíbrido Keats, quien tuvo el enfrentamiento final con Ummon. Continúa.

—¿Para qué? Tú debes de conocer esto mejor que yo.

—No. El tío Martin no había vuelto a trabajar sobre los *Cantos* cuando yo lo conocí. Dijo que no quería terminarlos. Cuéntame cómo describe lo que dijo Ummon sobre la guerra civil en el Núcleo.

Así cavilamos dos centurias
y luego cada cual siguió su rumbo:
los Estables deseaban preservar la simbiosis,
los Volátiles ansiaban exterminar a los humanos,
los Máximos postergaban la elección
hasta que naciera un nuevo nivel de conciencia.
El conflicto estalló entonces,
la guerra se libra ahora.

—Eso fue hace doscientos setenta y pico años estándar —dijo Aenea—. Fue justo antes de la Caída.

—Sí —dije, abriendo los ojos y buscando en el mar algo más que olas violáceas.

—¿El poema de tío Martin explica las motivaciones de los Estables, los Volátiles y los Máximos?

—Más o menos. Es difícil de seguir. En el poema, Ummon y las otras IAs del Núcleo hablan en koans zen.

Aenea asintió.

—Está bien.

—Según los *Cantos*, las IAs llamadas Estables querían seguir siendo parásitos de nuestros cerebros humanos cuando usábamos la Red. Los Volátiles querían exterminarnos. Y creo que a los Máximos les importaba un rábano mientras pudieran seguir trabajando en la evolución de su propio dios máquina... ¿Cómo lo llamaban?

—La IM —dijo Aenea, bajando la velocidad y descendiendo—. La Inteligencia Máxima.

—Sí. Bastante esotérico. ¿Cómo se relaciona con nuestro tránsito por estos portales teleyectores, siempre que encontremos otro portal?

En ese momento lo ponía en duda: ese mundo era demasiado grande, ese océano demasiado vasto. Aunque la corriente impulsara nuestra balsa en la dirección correcta, la probabilidad de que atravesáramos el arco de cien metros del próximo portal parecía demasiado remota.

—No todos los portales teleyectores eran construidos por los Estables, así que no todos eran, como has dicho, grandes mosquitos en nuestro cerebro.

—Bien, ¿quién más construía los teleyectores?

—Los teleyectores del río Tetis fueron diseñados por los Máximos. Eran lo que podríamos considerar un experimento con el Vacío Que Vincula. Ésa es la frase del Núcleo. ¿La usa Martin en los *Cantos*?

—Sí —dije. Ahora estábamos a menor altura, a sólo mil metros de las olas, pero no se veía la balsa ni nada más.

—Regresemos —dije.

—De acuerdo. —Consultamos la brújula y fijamos el rumbo de regreso a casa, si una balsa empapada puede llamarse así.

—Nunca entendí qué diablos era el Vacío Que Vincula. Una especie de hiperespacio que usaban los teleyectores y donde se ocultaba el Núcleo mientras se alimentaba de nosotros. Entendí esa parte. Creí que lo habían destruido cuando Meina Gladstone ordenó bombardear los teleyectores.

—No puedes destruir el Vacío Que Vincula —dijo Aenea con voz distante, como si pensara en otra cosa—. ¿Cómo lo describe Martin?

—Tiempo Planck y longitud Planck. No recuerdo con exactitud... habla de combinar las tres constantes fundamentales de la física: la gravedad, la constante de Planck y la velocidad de la luz. Recuerdo que daba unas diminutas unidades de longitud y de tiempo.

—Un 1035 de metro para la longitud —dijo la niña, acelerando un poco—. Y 1043 de segundo para el tiempo.

—Eso no me dice mucho. Joder, es demasiado pequeño y corto... con perdón de la expresión.

—Quedas absuelto —dijo la niña. Recobrábamos altura poco a poco.

—Pero lo importante no era el tiempo ni la longitud, sino el modo en que se entrelazaban con el Vacío Que Vincula. Mi padre intentó explicármelo antes de que yo naciera...

Esa frase me desconcertó, pero seguí escuchando.

—Tú has oído hablar de las esferas de datos planetarias.

—Sí —dije, tocando el comlog—. Esta chuchería dice que Mare Infinitus no tiene una.

—Correcto. Pero la mayoría de los mundos de la Red la tenían. Y a partir de las esferas de datos, existía la megaesfera.

—El medio teleyector... el Vacío... vinculaba esferas de datos, ¿verdad? FUERZA y el gobierno electrónico de la Hegemonía, la Entidad Suma, usaban la megaesfera, además de la ultralínea, para permanecer conectados.

—Así es. La megaesfera existía en un subplano de la ultralínea.

—No sabía eso —dije. Ese medio ultralumínico no había existido en mis tiempos.

—¿Recuerdas cuál fue el último mensaje de ultralínea antes de su colapso, durante la Caída? —preguntó la niña.

—Sí —dije, cerrando los ojos. Esta vez no recordé los versos del poema. El final de los *Cantos* siempre me había parecido vago y no había logrado memorizar esas estrofas a pesar de la insistencia de Grandam—. Un mensaje crítico del Núcleo. Algo referente a salir de línea y dejar de enlazarla.

—El mensaje era: NO HABRÁ MÁS USO INDEBIDO DE ESTE CANAL. ESTÁIS MOLESTANDO A OTROS QUE LO UTILIZAN CON UN PROPÓSITO SERIO. SE RESTAURARÁ EL ACCESO CUANDO COMPRENDÁIS PARA QUÉ SIRVE.

—Correcto. Eso figura en los *Cantos,* creo. Y luego el medio de súper cuerdas dejó de funcionar. El Núcleo envió ese mensaje y cerró la ultralínea.

—El núcleo no envió ese mensaje —dijo Aenea. Sentí un escalofrío a pesar del calor de los dos soles.

—¿No? —pregunté estúpidamente—. ¿Y quién lo envió?

—Buena pregunta —dijo la niña—. Cuando mi padre hablaba de la metaesfera, el plano de datos más amplio, siempre decía que estaba lleno de leones, tigres y osos.

—Leones, tigres y osos —repetí. Eran animales de Vieja Tierra. Creo que ninguno llegó a la Hégira. Creo que no quedaba ninguno, ni siquiera su ADN almacenado, cuando Vieja Tierra se precipitó en su agujero negro después del Gran

Error del 38.

—Me gustaría conocerlos algún día —dijo Aenea—. Aquí estamos.

Miré por encima de su hombro. Estábamos a mil metros de altura y la balsa era diminuta pero resultaba claramente visible. A. Bettik estaba de pie —nuevamente sin camisa bajo el calor del mediodía— junto al remo. Agitó su brazo azul. Ambos devolvimos el saludo.

—Espero que haya algo bueno para almorzar —dijo Aenea.

—De lo contrario, tendremos que parar en el Acuario y Restaurante oceánico de Gus.

Aenea se echó a reír y descendió hacia la balsa.

Era poco después del anochecer y las lunas no se habían elevado cuando vimos luces parpadeando en el este. Corrimos al frente de la balsa y tratamos de distinguir qué era, Aenea con los binoculares, A. Bettik con las gafas nocturnas en amplificación máxima y yo con la mira del rifle.

—No es el arco —dijo Aenea—. Es una plataforma marina, enorme, apoyada en una especie de zancos.

—Sin embargo veo el arco —dijo el androide, que miraba varios grados al norte de la luz. La niña y yo miramos en esa dirección.

El arco era apenas visible, una cuerda de espacio negativo hendiendo la Vía Láctea sobre el horizonte. La plataforma, con sus luces de navegación para aeronaves y sus ventanas iluminadas, estaba varios kilómetros más cerca. Entre nosotros y el teleyector.

—Maldición —dije—. Me pregunto qué será.

—¿El restaurante de Gus? —sugirió Aenea.

Suspiré.

—Bien, en tal caso, creo que ha cambiado de dueño. Han escaseado los turistas del río Tetis en el último par de siglos. —Estudié la gran plataforma por la mira del rifle—. Tiene muchos niveles. Hay varios barcos amarrados... apuesto a que son barcos pesqueros. Y un par de deslizadores y otras aeronaves. Creo ver un par de tópteros.

—¿Qué es un tóptero? —preguntó la niña, bajando los binoculares.

—Es una aeronave que utiliza alas móviles, como un insecto —explicó A. Bettik —. Eran muy populares en tiempos de la Hegemonía, aunque raros en Hyperion. Creo que también los llamaban libélulas.

—Todavía los llaman así —dije—. Pax tenía algunos en Hyperion. Vi uno en el casquete de hielo de Ursus. —Alzando de nuevo la mira, vi las ampollas semejantes a ojos al frente de la libélula, a la luz de una ventana—. Son tópteros, en efecto.

—Creo que tendremos problemas para pasar por esa plataforma y llegar al arco sin que nos detecten —dijo A. Bettik.

—Deprisa —urgí, dejando de mirar las luces—. Bajemos la tienda y el mástil.

Habíamos reorganizado la tienda para que funcionara como refugio y pared en el estribor de la balsa, cerca de la parte trasera —para propósitos de intimidad y salubridad que no describiré aquí—, pero ahora plegamos la microfibra y la redujimos a un paquete del tamaño de mi palma. A. Bettik bajó el mástil.

—¿El remo? —preguntó.

Lo miré un segundo.

—Déjalo. No tiene perfil de radar, y no es más alto que nosotros.

Aenea estaba estudiando la plataforma con los binoculares.

—No creo que puedan vernos ahora —dijo—. Estamos casi siempre entre estas olas. Pero cuando nos acerquemos...

—Y cuando salgan las lunas —añadí.

A. Bettik se sentó cerca de la piedra.

—Si pudiéramos trazar un arco amplio para llegar al portal...

Me rasqué la mejilla, oyendo el crujido de la barba.

—Sí. Yo pensaba usar el cinturón de vuelo para remolcarnos, pero...

—Tenemos la alfombra —dijo la niña, acercándose al cubo calefactor. La plataforma parecía vacía sin la tienda.

—¿Cómo conectamos un cable de remolque? ¿Abrimos un agujero en la alfombra?

—Si tuviéramos un arnés... —sugirió el androide.

—Teníamos un bonito arnés en el cinturón de vuelo —dije—. Y yo se lo arrojé al leviatán de boca de lámpara.

—Podríamos preparar otro —continuó A. Bettik—, y ceñir el cable a la persona que vuele en la alfombra.

—Claro, pero la alfombra puede ser detectada con el radar. Si allí aterrizan deslizadores y tópteros, ciertamente tienen alguna especie de control de tráfico, por primitivo que sea.

—Podríamos permanecer a baja altura —dijo Aenea—. Mantener la alfombra por encima de las olas... a la misma altura que nosotros.

Me rasqué la barbilla.

—Es posible, pero si hacemos un desvío grande para permanecer fuera de la vista de la plataforma, llegaremos al portal mucho después de que despunten las lunas. Maldición... con esa luz nos verán si la corriente nos lleva hacia ellos. Además el portal sólo está a un kilómetro de la plataforma. Están a suficiente altura para vernos en cuanto nos acerquemos.

—No sabemos si nos están buscando —dijo la niña.

Asentí. La imagen de ese padre capitán que nos aguardaba en los sistemas de Parvati y Renacimiento no dejaba de acuciarme: el cuello romano en ese negro

uniforme. No podía quitarme la idea de que nos esperaría en esa plataforma con tropas de Pax.

—No importa si nos están buscando —dije—. Aunque sólo se acercaran para rescatarnos, ¿podemos inventar una historia convincente?

Aenea sonrió.

—¿Salimos en un crucero y nos perdimos? Tienes razón, Raul. Nos «rescatarían» y nos pasaríamos un año tratando de explicar a las autoridades de Pax quiénes somos. Quizá no nos estén buscando, pero dices que están en este mundo.

—Sí —dijo A. Bettik—. Pax tiene grandes intereses en Mare Infinitus. Por lo que averiguamos cuando estábamos escondidos en la ciudad universitaria, es evidente que Pax intervino tiempo atrás para restaurar el orden, fundar conglomerados de cultivo marítimo y convertir a los supervivientes de la Caída en cristianos renacidos. Mare Infinitus era un protectorado de la Hegemonía; ahora es una filial de la Iglesia.

—Mala noticia —dijo Aenea. Se volvió hacia mí—. ¿Alguna idea?

—Creo que sí —dije, poniéndome de pie. Habíamos hablado en susurros, aunque todavía estábamos a quince kilómetros de la plataforma—. En vez de adivinar quiénes están allí y qué se proponen, ¿por qué no voy a echar un vistazo? Tal vez sólo sean los descendientes de Gus y algunos pescadores dormidos.

Aenea resopló.

—Cuando vimos la luz, ¿sabes qué pensé que era?

—¿Qué? —pregunté.

—El lavabo del tío Martin.

—¿Cómo has dicho? —preguntó el androide.

Aenea se palmeó las rodillas.

—De veras. Mi madre me contó que cuando Martin Silenus era un famoso escritor mercenario, en tiempos de la Red, tenía una casa multimundos.

—Grandam me habló de esas cosas. Teleyectores en vez de puertas entre las habitaciones. Una casa con habitaciones en más de un mundo.

—Docenas de mundos en el caso de la casa del tío Martin, si he de creerle a mi madre —dijo Aenea—. Y tenía un cuarto de baño en Mare Infinitus. Nada más... sólo una plataforma flotante con un lavabo. Ni siquiera paredes ni techo.

Miré las olas.

—Vaya, eso sí que es comunión con la naturaleza —dije. Me palmeé la pierna—. De acuerdo, iré antes de que pierda las agallas.

Nadie discutió conmigo ni se ofreció para tomar mi lugar. En tal caso, habrían logrado convencerme.

Me puse pantalones y suéter oscuros, con el chaleco de caza sobre el suéter, sintiéndome un poco melodramático.

«El chico comando va a la guerra», murmuró la parte cínica de mi cerebro. Le dije que cerrara el pico. Conservé el cinturón con la pistola, agregué tres detonadores y una faja de explosivo plástico, me colgué las gafas nocturnas del cuello y me puse un auricular de comunicaciones en la oreja con el micrófono contra la garganta para las subvocales. Probamos la unidad con Aenea. Me quité el comlog y se lo di a A. Bettik.

—Esta cosa refleja la luz estelar —dije—. Y la voz de la nave podría empezar a graznar tonterías sobre navegación estelar en un momento inoportuno.

El androide asintió y se guardó el brazalete en el bolsillo.

—¿Tienes un plan, M. Endymion?

—Trazaré uno cuando llegue allá —dije, elevando la alfombra. Toqué el hombro de Aenea, y el contacto fue como un shock eléctrico. Había notado ese efecto antes, cuando nos tocábamos las manos: no era una cosa sexual, pero aun así era eléctrica.

—No te dejes ver, niña —le susurré—. Gritaré si necesito auxilio.

Me miró con seriedad bajo la brillante luz de las estrellas.

—No servirá de nada, Raul. No podremos llegar a ti.

—Lo sé, sólo bromeaba.

—No bromees —susurró—. Recuerda, si no estás conmigo en la balsa cuando atraviese el portal, te quedarás aquí.

Asentí, pero la idea me asustó más que la idea de que me disparasen.

—Regresaré. Parece que esta corriente nos acercará a la plataforma en... ¿cuánto calculas, A. Bettik?

—Una hora, M. Endymion.

—Sí, eso creo. La maldita luna saldrá para entonces. Ya pensaré en algo para distraerlos.

Dándole otra palmada a Aenea, saludando a A. Bettik, me elevé por encima del agua.

A pesar de la increíble luz estelar y las gafas de visión nocturna, fue difícil conducir la alfombra esos pocos kilómetros. Tenía que mantenerme entre las olas dentro de lo posible, con lo cual procuraba volar a menor altura que las crestas. Era una tarea delicada. No sabía qué sucedería si atravesaba la cresta de una de esas olas largas y lentas —tal vez nada, tal vez las hebras de vuelo sufrieran un cortocircuito —, pero no tenía intención de averiguarlo.

La plataforma parecía enorme cuando me acerqué. Después de no ver nada más que la balsa durante dos días en ese mar, la plataforma era enorme, en parte de acero, pero en general de madera oscura; una veintena de pilotes la mantenían a quince metros del oleaje. Eso me daba una idea de cómo serían las tormentas en ese mar, y me hizo sentir aún más afortunado de no haber enfrentado ninguna. La plataforma tenía varios niveles: cubiertas y embarcaderos donde había por lo menos cinco barcos

pesqueros, escaleras, compartimientos iluminados debajo de lo que parecía el nivel principal, dos torres —una de ellas con una pequeña antena de radar— y tres pistas de aterrizaje para aeronaves, dos de las cuales habían sido invisibles desde la balsa. Había una media docena de tópteros, con sus alas de libélula bajas, y dos deslizadores más grandes en la pista circular que estaba cerca de la torre de radar.

Había trazado un plan perfecto mientras volaba hacia allí: crear una distracción —para ello había llevado los detonadores y el explosivo plástico, que cuando menos sería capaz de provocar un incendio—, robar una libélula y usarla para atravesar el portal, si nos perseguían, o bien para arrastrar la balsa a gran velocidad.

Era un buen plan pero tenía un defecto: yo no sabía pilotar un tóptero. Eso nunca sucedía en los holodramas que yo veía en los cines de Puerto Romance ni en las salas de recreación de la Guardia. Los héroes de esas historias siempre sabían pilotar cualquier cosa que robaran: deslizadores, VEMs, tópteros, cópteros, aeronaves rígidas, naves espaciales. Evidentemente yo no tenía entrenamiento básico para héroe; si lograba meterme en uno de esos aparatos, tal vez me estuviera comiendo las uñas y mirando los controles cuando los guardias de Pax me arrestaran. Debía de ser más fácil ser héroe en tiempos de la Hegemonía. Entonces las máquinas eran más listas, lo cual compensaba la estupidez del héroe. Lo cierto —aunque odiara admitirlo ante mis compañeros de viaje— es que yo no sabía conducir muchos vehículos. Una barca. Un vehículo terrestre, siempre que fuera uno de los camiones que usaba la Guardia Interna de Hyperion. En cuanto a pilotar... bien, me había alegrado al enterarme de que la nave espacial no tenía sala de control.

Dejé de lado estas divagaciones sobre mis carencias como héroe y me concentré en el último tramo de viaje hacia la plataforma. Ahora veía las luces con claridad: luces de navegación en las torres, cerca de las pistas, una luz verde intermitente en las dársenas, ventanas iluminadas. Muchas ventanas. Decidí tratar de descender en la parte más oscura de la plataforma, bajo la torre de radar del lado este, y llevé la alfombra en un largo y lento arco para aproximarme desde esa dirección. Mirando por encima del hombro, temí que la balsa se acercara, pero todavía era invisible.

«Espero que sea invisible para estos tíos.» Ahora oía voces y risas: voces masculinas, risas estentóreas. Me recordaban a los cazadores que yo había guiado, desbordantes de alcohol y jactancia. Pero también me recordaban a los zopencos que habían sido mis compañeros en la Guardia. Procuré mantener la alfombra baja y seca y me aproximé a la plataforma.

—Casi he llegado —subvocalicé por el comunicador.

—De acuerdo —me susurró Aenea al oído. Habíamos convenido que no iniciaría una conversación y sólo respondería a mis llamadas, a menos que ellos tuvieran una emergencia.

Vi un laberinto de vigas, soportes, subcubiertas y pasajes debajo de la plataforma

principal. A diferencia de las iluminadas escaleras del lado norte y oeste, estaban a oscuras. Debían de ser pasarelas de inspección, y escogí la más baja y oscura para aterrizar. Apagué las hebras de vuelo, enrollé la alfombra y la puse en la intersección de dos vigas, cortando con el cuchillo el cordel que había llevado. Enfundando el cuchillo y cubriéndolo con el chaleco, tuve la repentina imagen de tener que apuñalar a alguien con esa arma. La idea me estremeció. Salvo por el accidente que tuve cuando me atacó Herrig, nunca había matado a nadie en combate cuerpo a cuerpo. Rogué a Dios no tener que hacerlo nunca más.

Las escaleras hacían ruido bajo mis botas blandas, pero yo esperaba que ese chillido ocasional no se oyera en medio del chapoteo de las olas contra los pilotes y las risotadas de arriba. Subí dos tramos de escalera, encontré una escalerilla y la seguí hasta un escotillón. No estaba cerrado con llave. Lo alcé lentamente, temiendo que hubiera un guardia sentado encima.

Alzando la cabeza despacio, vi que era la cubierta de vuelo del lado de barlovento de la torre. Diez metros más arriba, la antena giratoria del radar se perfilaba oscuramente contra la rutilante Vía Láctea con cada revolución.

Subí a cubierta, vencí la tentación de andar de puntillas y caminé hasta la esquina de la torre. Había dos grandes deslizadores amarrados a la cubierta, pero se veían oscuros y vacíos. En las cubiertas más bajas vi la luz de las estrellas sobre las alas de insecto de los tópteros. La luz de nuestra galaxia relucía en sus ampollas de observación. Sentí un hormigueo en la espalda, temiendo que me observaran, mientras salía a la cubierta superior, adhería explosivo plástico al vientre de un deslizador, instalaba un detonador —que podría activar con el código de frecuencia apropiado desde mi unidad de comunicaciones—, bajaba por la escalerilla hasta la cubierta de tópteros y repetía la operación. Estaba seguro de que me observaban desde una de las ventanas o troneras iluminadas, pero no hubo gritos de alarma. Con la mayor naturalidad posible, subí por la pasarela de la cubierta inferior y me asomé por la esquina de la torre.

Otra escalera conducía desde el módulo de la torre a uno de los niveles principales. Las ventanas eran muy brillantes y ahora sólo estaban cubiertas con sus escudos antitormenta. Oí más risas, más cantos y ruido de cacharros.

Bajé la escalera, crucé la cubierta y cogí otra pasarela para mantenerme alejado de la puerta. Agachándome bajo las ventanas iluminadas, traté de contener el aliento y calmar mi palpitante corazón. Si alguien salía por esa primera puerta, se interpondría en mi camino de regreso a la alfombra. Toqué la culata de la 45 enfundada y traté de tener pensamientos valerosos. En general pensaba en estar de vuelta en la balsa. Había instalado los explosivos de distracción. ¿Qué más quería? Comprendí que sentía curiosidad: si no eran efectivos de Pax, no quería detonar el explosivo. Las bombas eran el arma favorita de los rebeldes contra los que había

combatido en el casquete de la Garra: bombas en las aldeas, bombas en las barracas de la Guardia Interna, masas de explosivos en nievemóviles y pequeñas naves dirigidas no sólo contra la Guardia sino contra los civiles. Siempre me había parecido cobarde y detestable. Las bombas eran armas que no discriminaban, y mataban tanto al inocente como al soldado enemigo. Sabía que este moralismo era una tontería, y pensaba que las pequeñas cargas no tendrían más efecto que incendiar aeronaves vacías, pero no las haría detonar a menos que fuera absolutamente necesario. Estos hombres —y quizá mujeres, y quizá niños— no nos habían hecho nada.

Con dolorosa lentitud, asomé la cabeza y atisbé por la ventana más próxima. Eché un vistazo y me agaché. Los ruidos de cacharros venían de una cocina iluminada. En todo caso, había media docena de personas allí, todos hombres, todos en edad militar, pero no tenían más uniforme que sus paños menores y delantales; limpiaban, apilaban y lavaban platos. Obviamente había llegado tarde para la cena.

Pegado a la pared, avancé por la pasarela, bajé otra escalera y me detuve frente a otra hilera de ventanas. En las sombras de un rincón donde se unían dos módulos, pude ver por algunas de las ventanas sin alzar la cara. Era un comedor. Unos treinta hombres bebían café. Algunos fumaban cigarrillos. Uno parecía beber whisky, o al menos un líquido ambarino. No me hubiera venido mal un trago.

Muchos de ellos vestían ropa caqui, pero no pude discernir si era un uniforme local o sólo el atuendo tradicional de los pescadores deportivos. No veía uniformes de Pax, lo cual era una gran noticia. Tal vez esto sólo fuera una plataforma de pesca, un hotel para ricachones a quienes no les molestaba pagar años de deuda temporal —mejor dicho, que la pagaran sus amigos y parientes en casa— con tal de tener la emoción de matar una criatura grande o exótica. Qué diablos, era posible que conociera algunos de esos tíos: aquí pescadores, cazadores de patos cuando visitaban Hyperion. No quería entrar para averiguarlo.

Sintiéndome más confiado, bajé por la larga pasarela, bajo la luz de las ventanas. No parecía haber guardias. No había centinelas. Tal vez no necesitáramos una distracción. Bastaría con pasar de largo con la balsa, con claro de luna o sin él. Estarían durmiendo, o bebiendo y riendo, y nosotros seguiríamos la corriente hasta el portal teleyector que se veía dos kilómetros al noreste, un borroso arco oscuro contra el cielo estrellado. Cuando llegáramos al portal, enviaría un código de frecuencia que no haría detonar los explosivos sino que desarmaría los detonadores.

Estaba mirando el portal cuando doblé la esquina y tropecé literalmente con un hombre que estaba apoyado en la pared. Había otros dos apoyados en la borda. Uno de ellos empuñaba binoculares de visión nocturna y miraba hacia el norte. Ambos estaban armados.

—¡Oye! —protestó el hombre con quien había tropezado.

—Lo lamento —dije. Nunca había visto esta escena en un holodrama.

Los dos hombres de la borda portaban minipistolas de dardos con correa, y apoyaban los antebrazos en ellas con esa arrogancia displicente que el personal castrense ha practicado durante siglos. Uno de ellos movió el arma para encañonarme. El hombre con quien me había tropezado estaba encendiendo un cigarrillo. Apagó la llama de la cerilla, se sacó el cigarrillo encendido de la boca y me miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó. Era más joven que yo, con poco más de veinte años estándar. Noté que usaba una variación del uniforme de las fuerzas terrestres de Pax, con la barra de teniente que yo había aprendido a saludar en Hyperion. Su dialecto era marcado, pero no logré identificarlo.

—Respirando un poco de aire —dije tímidamente. Una parte de mí pensó que un auténtico héroe habría desenfundado el arma y empezado a disparar. La parte más lista de mí ni siquiera pensó en ello.

El otro soldado de Pax también movió su pistola de dardos. Oí el chasquido de un seguro.

—¿Estás con el grupo de Klingman? —preguntó con el mismo dialecto—. ¿O con las Nutrias? —Oí «nutrias», pero con esa pronunciación gangosa bien podría haber dicho «neutros» o incluso «autores». Tal vez fuera un campo de concentración marítimo para malos escritores. Tal vez yo hacía un gran esfuerzo para tomar las cosas en solfa porque mi corazón latía con tal fuerza que temí sufrir un infarto allí mismo.

—Klingman —respondí, sin marcar mucho las sílabas. No sabía qué dialecto debía dominar, pero sin duda no lo dominaba.

El teniente de Pax señaló hacia atrás con el pulgar.

—Ya conoces las reglas. Toque de queda al anochecer.

Asentí, tratando de parecer arrepentido. Mi chaleco cubría la funda de la pistola. Tal vez no la hubieran visto.

—Ven —dijo el teniente, señalando de nuevo con el pulgar, pero dando media vuelta para guiarme. Los otros dos aún apoyaban la mano en las pistolas de dardos. A esa distancia, si disparaban, no quedarían suficientes restos de mí como para sepultarlos en una bota.

Seguí al teniente por la pasarela, traspusimos una puerta, y entramos en la sala más iluminada y atestada que jamás había visto.

32

Se cansan de la muerte. Después de ocho sistemas estelares en sesenta y tres días, ochenta muertes espantosas y ochenta dolorosas resurrecciones, los cuatro hombres —el padre capitán De Soya, el sargento Gregorius, el cabo Kee y el lancero Rettig— están cansados de la muerte y el renacimiento.

Cada vez que resucita, De Soya se planta desnudo frente a un espejo, la piel inflamada y reluciente como si lo hubieran despellejado vivo, tocándose con delicadeza el cruciforme que palpita bajo la carne del pecho. En los días que siguen a cada resurrección, De Soya está distraído, y las manos le tiemblan cada vez más. Oye voces lejanas y no puede concentrarse, sin importar si su interlocutor es un almirante de Pax, un gobernador planetario o un cura de parroquia. De Soya comienza a vestirse como un cura de parroquia, cambiando su atildado uniforme de padre capitán por la sotana. Lleva un rosario en el cinturón y reza continuamente, usándolo como las cuentas de los árabes. La oración lo calma, ordena sus pensamientos. El padre capitán De Soya ya no sueña que Aenea es su hija; ya no sueña con Vector Renacimiento y su hermana María. Sueña con el Armagedón, sueños pavorosos donde arden bosques orbitales, estallan mundos y rayos de muerte recorren fértiles valles dejando sólo cadáveres.

Después de su primera visita a un mundo del río Tetis, sabe que ha errado en el cálculo. Dos años estándar para cubrir doscientos mundos, había dicho en Renacimiento, calculando tres días de resurrección en cada sistema, una advertencia, y luego la traslación al siguiente. No funciona así.

Su primer mundo es Centro Tau Ceti, ex capital administrativa de la Red de Mundos de la Hegemonía. Albergaba decenas de miles de millones de habitantes en tiempos de la Red, estaba rodeada por un anillo de ciudades y hábitats orbitales, disponía de ascensores espaciales, teleyectores, el río Tetis, la Confluencia, la ultralínea y más, era centro de la megaesfera del plano de datos y sede de la casa de gobierno, el lugar donde turbas enfurecidas mataron a Meina Gladstone cuando ella ordenó a las naves de FUERZA que destruyeran los teleyectores de la Red, CTC resultó muy afectado por la Caída. Edificios flotantes se estrellaron al caer la red de energía. Otras torres urbanas, algunas de cientos de pisos, sólo eran atendidas por teleyectores y carecían de escaleras y ascensores. Decenas de miles murieron de hambre o cayeron antes de que un deslizador pudiera rescatarlos. Ese mundo no tenía agricultura propia e importaba sus alimentos de mil mundos por medio de teleyectores planetarios y grandes portales espaciales. Los disturbios del hambre duraron cincuenta años locales en CTC, más de treinta estándar, y cuando finalizaron, miles de millones habían muerto a manos humanas, sumándose a los miles de millones muertos de hambre.

Centro Tau Ceti era un mundo refinado e inconstante en tiempos de la Red. Pocas religiones habían cobrado arraigo, excepto las más autocomplacientes o violentas. La Iglesia de la Expiación Final —el culto del Alcaudón— era popular entre los sofisticados y los aburridos. Pero durante los siglos de expansión de la Hegemonía, el único objeto de culto auténtico en CTC había sido el poder: la búsqueda de poder, la cercanía del poder, la conservación del poder. El poder había sido el dios de miles de millones, y cuando ese dios fracasó —y arrastró a miles de millones de adoradores en su fracaso— los supervivientes maldijeron los recuerdos del poder entre sus ruinas urbanas, viviendo a duras penas a la sombra de los rascacielos decadentes, arrastrando sus arados en terrenos breñosos entre las autopistas abandonadas y el esqueleto de los centros comerciales de la Confluencia, pescando carpas en un río Tetis que antaño trasladaba miles de yates y barcos de placer todos los días.

Centro Tau Ceti estaba preparado para el nuevo catolicismo cuando los misioneros de la Iglesia y la policía de Pax llegaron sesenta años estándar después de la Caída. La conversión de los pocos miles de millones de supervivientes fue sincera y universal. Las altas y ruinosas pero aún blancas torres de las empresas y del Gobierno fueron derribadas. Los renacidos de Tau Ceti convirtieron los edificios de piedra, cristal y plastiacero en macizas catedrales que todos los días se llenaban de agradecidos feligreses.

El arzobispo de Centro Tau Ceti se convirtió en uno de los humanos más importantes y, sí, poderosos en el resurgente dominio humano ahora conocido como Espacio de Pax, rivalizando en influencia con Su Santidad de Pacem. Este poder creció, encontró fronteras que no podía transgredir sin provocar la ira papal —la excomunión de su excelencia el cardenal Klaus Kronenberg en el Año del Señor de 2978, o 126 después de la Caída, ayudó a fijar esas fronteras— y siguió creciendo dentro de sus límites.

El padre capitán De Soya lo descubre en su primer salto desde Renacimiento. Dos años, había previsto, aproximadamente seiscientos días y doscientas muertes para cubrir todos los ex mundos del río Tetis.

Él y sus guardias suizos permanecen en Centro Tau Ceti ocho días. El *Rafael* entra en el sistema con su señal automática activa; naves de Pax responden y le salen al encuentro a las catorce horas. Tardan otras ocho horas en sumarse al tráfico orbital de CTC, y otras cuatro en trasladar los cuerpos a un nicho formal de resurrección en la capital planetaria, San Pablo. Así se pierde un día entero.

Al cabo de tres días de resurrección formal y otro día de descanso forzado, De Soya se reúne con la arzobispo de CTC, su excelencia Achilla Silvaski, y debe soportar otro día de formalidades. De Soya lleva el disco papal, una delegación de poder casi inaudita, y los allegados de la arzobispo olisquean el motivo y los presuntos resultados de ese poder como perros de caza siguiendo un rastro. En pocas

horas De Soya detecta las capas de intriga y complejidad que hay dentro de esta lucha por el poder provincial. La arzobispo Silvaski no puede aspirar a ser cardenal, pues después de la excomunión de Kronenberg ningún líder espiritual de CTC puede superar el rango de arzobispo sin ser transferido a Pacem y al Vaticano, pero su poder actual en este sector de Pax supera el de la mayoría de los cardenales y la manifestación terrenal de ese poder pone en su lugar a los almirantes de la flota de Pax. Ella debe comprender esta delegación del poder papal en De Soya, y volverlo inocuo para sus fines.

Al padre capitán De Soya le importa un bledo la paranoia de la arzobispo Silvaski y la política de la Iglesia en CTC. Sólo le importa cortar la ruta de escape de los portales teleyectores. Al quinto día de su estancia en Tau Ceti recorre los quinientos metros que hay desde la catedral de San Pablo y el palacio del arzobispado hasta el río, parte de un tributario menor que atraviesa la ciudad en un canal, pero antaño parte del Tetis.

Los enormes portales teleyectores, todavía en pie porque todo intento de desmantelarlos prometía una explosión termonuclear, según los ingenieros, están cubiertos con estandartes de la Iglesia, pero aquí están muy juntos. El Tetis sólo tenía dos kilómetros de portal a portal, pasando frente a la casa de gobierno y los jardines del Parque de los Ciervos. El padre capitán De Soya, sus tres guardias y veintenas de vigilantes tropas de Pax leales a la arzobispo Silvaski se detienen ante el primer portal y miran desde las herbosas orillas un tapiz de treinta metros —el martirio de san Pablo— que cuelga del segundo portal, claramente visible más allá de los florecientes melocotoneros de los jardines del palacio arzobispal.

Como este tramo del ex Tetis está dentro del jardín de su excelencia, hay guardias a lo largo del canal y en todos los puentes que lo cruzan. Aunque no prestan especial atención a los artefactos que antaño eran portales teleyectores, los oficiales de la guardia palaciega aseguran a De Soya que ninguna embarcación ni persona no autorizada han atravesado los portales, ni han sido vistas en las orillas del canal.

De Soya exige que pongan una guardia permanente en los portales. Quiere que instalen cámaras para una vigilancia de veintinueve horas al día. Quiere sensores, alarmas, cables. Los efectivos de Pax deliberan con la arzobispo y aceptan de mala gana este leve atentado contra su soberanía. De Soya se enfurece ante tanta politiquería.

El sexto día el cabo Kee cae presa de una misteriosa fiebre y es hospitalizado. De Soya cree que es resultado de la resurrección: todos han sufrido temblores, vaivenes emocionales y dolencias menores. El séptimo día Kee está en condiciones de caminar e implora a De Soya que lo saque de la enfermería y de ese mundo, pero la arzobispo insiste en que De Soya ayude a celebrar una misa mayor esa noche, en honor de Su Santidad el papa Julio. De Soya no puede negarse. Esa noche, entre cetros y

monseñores de botones rosados, bajo el gigantesco emblema de la triple corona y las llaves cruzadas de Su Santidad (que también figuran en el disco papal que De Soya lleva colgado del cuello), en medio del humo del incienso, las mitras blancas y el retintín de las campanillas, bajo el canto solemne de un coro de seiscientos niños, el sencillo sacerdote guerrero de Madre de Dios y la elegante arzobispo celebran el misterio de la crucifixión y resurrección de Cristo. El sargento Gregorius toma la comunión de manos de De Soya —cosa que hace cada día de la misión— así como varios otros también escogidos para recibir la Hostia, secreto del éxito de la inmortalidad del cruciforme en esta vida, mientras tres mil fieles oran y observan en la luz penumbrosa de la catedral.

El octavo día abandonan el sistema, y por primera vez el padre capitán De Soya ansía la muerte inminente como medio de escape.

Resucitan en un nicho de Puertas del Cielo, un mundo yermo que en tiempos de la Red fue terraformado para brindar árboles umbríos y confort. Ahora sólo brinda fétidos pantanos de lodo hirviente, una atmósfera irrespirable y la ardiente radiación de Vega Prima en el cielo. El imbécil ordenador del *Rafael* ha escogido esta serie de viejos mundos del río Tetis, encontrando el orden más eficiente para visitarlos, pues no había pistas en Vector Renacimiento que demostraran adónde conducía el portal, pero De Soya nota que se aproximan cada vez más al sistema de Vieja Tierra, a menos de veintiocho años-luz de CTC, un poco más de ocho años-luz de Puertas del Cielo. De Soya quisiera visitar el sistema de Vieja Tierra —aunque no haya Vieja Tierra— a pesar de que Marte y los demás planetas, lunas y asteroides habitados se han convertido en mundos remotos y provincianos, tan poco atractivos para Pax como Madre de Dios.

Pero el Tetis nunca pasó por el sistema de Vieja Tierra, así que De Soya debe tragarse la curiosidad y conformarse con saber que en los próximos mundos estará aún más cerca del sistema de Vieja Tierra.

Puertas del Cielo también les lleva ocho días, pero no por problemas de política eclesiástica interna. Hay una pequeña guarnición de Pax en órbita planetaria, pero rara vez baja a ese mundo arruinado. En los doscientos setenta y cuatro años estándar transcurridos desde la Caída, la población de cuatrocientos millones se ha reducido a ocho o diez investigadores chiflados que recorren la superficie lodosa: los enjambres éxters habían asolado ese mundo aun antes que Gladstone ordenara la destrucción de los teleyectores, fulminando la esfera de contención orbital, bombardeando la capital, Ciudad Lodazal, y sus bellos jardines, rociando con plasma estaciones de generación de atmósfera cuya construcción había llevado siglos y arrasando en general ese mundo antes de que la pérdida de los teleyectores salara el terreno al extremo de que nada volvería a crecer allí.

Ahora la guarnición de Pax custodia el planeta yermo porque se rumorea que

posee materia prima, pero hay pocos motivos para descender allí. De Soya debe convencer al comandante de la guarnición —el mayor Leem— de que es preciso organizar una expedición. Al quinto día de su llegada al sistema de Vega, De Soya, Gregorius, Kee, Rettig, un tal teniente Bristol y una docena de efectivos de Pax con trajes ambientales bajan en una nave de descenso a los fangales donde antaño pasaba el río Tetis. Los portales teleyectores no están.

—Creí que era imposible destruirlos —dice De Soya—. El TecnoNúcleo los construyó para durar e instaló trampas que vuelven imposible su destrucción.

—No están aquí —dice el teniente Bristol, y ordena regresar a la órbita.

De Soya lo detiene. Usando su disco papal, insiste en realizar una búsqueda con sensores. Encuentran los teleyectores, separados por dieciséis kilómetros y sepultados bajo cien metros de barro.

—Eso resuelve el misterio —dice el mayor Leem por haz angosto—. El ataque éxter o derrumbes posteriores sepultaron los portales y lo que era el río. Este mundo se ha ido literalmente al infierno.

—Tal vez —dice De Soya—, pero quiero que exhumen los teleyectores, los rodeen con burbujas ambientales para que cualquiera que los atraviese sobreviva, y una guardia permanente en cada portal.

—¿Ha perdido la cabeza? —estalla el mayor Leem. Recordando el disco papal, añade—: Señor.

—Todavía no —dice De Soya, con ojos fulminantes—. Quiero que esto se haga dentro de setenta y dos horas, mayor, o pasará sus próximos tres años estándar aquí abajo, en misión planetaria.

Tardan setenta horas en exhumar los arcos, construir los domos y apostar la guardia. Si alguien viaja por el río Tetis, aquí no encontrará el río, sólo lodo hirviente, una atmósfera ponzoñosa e irrespirable y soldados con armadura de combate. Esa última noche en la órbita de Puertas del Cielo De Soya se arrodilla y ruega que Aenea no haya pasado por aquí. No encontraron sus huesos en medio del lodo y el azufre, pero el ingeniero de Pax que está a cargo de la excavación le explica que el suelo es tan tóxico que el ácido bien pudo carcomer los huesos de la niña.

De Soya no cree que haya ocurrido así. El noveno día se marcha del sistema, advirtiendo al mayor Leem que mantenga a sus hombres alerta y los domos habitables, y que sea más cortés con futuros visitantes.

Nadie espera para resucitarlos en el tercer sistema adonde los lleva el *Rafael*. La nave Arcángel ingresa en el sistema NGC^{es} 2629 con su cargamento de cadáveres y sus señales encendidas. No hay respuesta. Hay ocho planetas en NGC^{es} 2629, pero sólo uno de ellos, conocido con el prosaico nombre de 2629-4BIV, puede soportar

vida. Por los registros disponibles para el *Rafael*, parece probable que la Hegemonía y el TecnoNúcleo se hayan tomado el trabajo de llevar el río Tetis hasta aquí como una forma de autocomplacencia, un aserto estético. El planeta nunca fue seriamente colonizado ni terraformado excepto por algunas siembras aleatorias de ARN durante los primeros días de la Hégira, y parece haber formado parte de la excursión del río Tetis sólo por su paisaje y su fauna.

Ello no significa que no haya seres humanos en este mundo, y el *Rafael* los detecta en órbita durante los últimos días de resurrección automática de sus pasajeros. En la medida en que los limitados recursos de los ordenadores *cuasi* IA del *Rafael* pueden reconstruir y comprender, la reducida población de NGC^{es} 2629-4BIV, integrada por biólogos, zoólogos, turistas y equipos de apoyo, quedó aislada después de la Caída y volvió a la vida salvaje. A pesar de una prodigiosa reproducción durante más de tres siglos, sólo unos miles de seres humanos aún poblaban las junglas y serranías de ese mundo primitivo: las bestias sembradas con ARN eran capaces de comer seres humanos, y lo hacían con deleite.

El *Rafael* llega al límite de su capacidad en la simple tarea de encontrar los portales teleyectores. Su memoria indica que los portales están situados a intervalos variables en un río de seis mil kilómetros en el hemisferio norte. El *Rafael* modifica su órbita para llegar a un punto sincrónico sobre el macizo continente que domina ese hemisferio, fotografía el río y traza un mapa. Lamentablemente, hay tres grandes ríos en el continente, dos hacia el este, uno hacia el oeste, y el *Rafael* no es capaz de priorizar probabilidades. Decide examinar los tres, una tarea analítica que abarca veinte mil kilómetros de datos.

Cuando el corazón de los cuatro hombres comienza a latir al final del tercer día del ciclo de resurrección, el *Rafael* siente alivio, o su equivalente en silicio.

Escuchando la explicación del ordenador mientras permanece desnudo frente al espejo en su cubículo, Federico de Soya no siente alivio, sino ganas de llorar. Piensa en la madre capitana Stone, en la madre capitana Boulez y en el capitán Hearn, que ahora están en la frontera de la Gran Muralla, quizá trabándose en fiero combate con el enemigo éxter. De Soya les envidia esa tarea simple y honrosa.

Tras deliberar con el sargento Gregorius y sus dos hombres, De Soya revisa los datos, rechaza el río del este como poco atractivo para el Tetis, ya que circula entre profundos desfiladeros, lejos de las junglas y marismas pobladas de vida; rechaza el segundo río por la alta cantidad de cascadas y rápidos —demasiado inhóspito para el tráfico del río Tetis— e inicia una sencilla lectura de radar del río más largo, con sus tramos extensos y suaves. El mapa mostrará docenas o cientos de obstáculos naturales semejantes a portales teleyectores —cascadas, puentes naturales, rocas en los rápidos—, pero el ojo humano puede estudiarlos en pocas horas.

El quinto día localizan los portales, excesivamente alejados entre sí, pero

inequívocamente artificiales. De Soya conduce la nave de descenso, dejando al cabo Kee en el *Rafael* como respaldo por si hay una emergencia.

Es la posibilidad que De Soya temía. No hay modo de saber si la niña estuvo aquí, con o sin la nave. La distancia entre los teleyectores es la más larga que ha visto —casi doscientos kilómetros— y aunque sobrevuelan la jungla y las orillas del río, no hay manera de saber si alguien pasó por aquí, ni testigos, ni efectivos de Pax para dejar una guardia.

Descienden en una isla a poca distancia de un teleyector, y De Soya, Gregorius y Rettig deliberan.

—Han pasado tres semanas estándar desde que la nave atravesó el teleyector de Vector Renacimiento —dice Gregorius. El interior de la nave es estrecho y utilitario. Deliberan en sus sillas de vuelo. Las armaduras de combate de Gregorius y Rettig cuelgan en el armario como pieles metálicas.

—Si entraron en un mundo como éste —dice Rettig—, es probable que se hayan ido en la nave. No hay motivos para que hayan viajado río abajo.

—Es verdad —dice De Soya—. Pero es muy probable que la nave estuviera averiada.

—De acuerdo —dice el sargento—, ¿pero cuánto? ¿Podía volar? ¿Se autorreparaba? ¿Habrá llegado a una base de reparaciones éxter? Aquí no estamos lejos del Confín.

—O bien la niña pudo enviar la nave y atravesar el próximo teleyector —dice Rettig.

—Suponiendo que los demás portales funcionen —suspira De Soya—. Que lo de Vector Renacimiento no haya sido una excepción.

Gregorius se apoya las manazas en las rodillas.

—Señor, esto es ridículo. Encontrar una aguja en un pajar, como se decía antes, sería un juego de niños en comparación con esto.

El padre capitán De Soya mira por las ventanas de la nave.

Los altos helechos ondean en el viento silencioso.

—Presiento que ella viajará río abajo. Creo que usará los teleyectores. No sé cómo... la máquina volante que alguien usó para rescatarla en el Valle de las Tumbas de Tiempo, una balsa inflable, una embarcación robada... No lo sé, pero creo que usará el Tetis.

—¿Qué podemos hacer aquí? —pregunta Rettig—. Si ya ha pasado, la hemos perdido. Si aún no ha llegado, bien... podríamos esperar para siempre. Si tuviéramos cien naves Arcángel para trasladar tropas a cada uno de estos mundos...

De Soya asiente. En sus horas de plegaria piensa que esto sería mucho más sencillo si los correos Arcángel fueran naves robot que se trasladaran a los sistemas de Pax, irradiaran la autoridad del disco papal, ordenaran la búsqueda y se fueran del

sistema sin siquiera desacelerar. Por lo que él sabe, Pax no está construyendo naves robot. Lo impiden el odio de la Iglesia por las IAs y su énfasis en el contacto humano. Por lo que sabe, sólo existen tres correos clase Arcángel: el *Miguel*, el *Gabriel*, que le había llevado el mensaje, y el *Rafael*. En el sistema de Renacimiento, quiso enviar el otro correo para la búsqueda, pero el *Miguel* tenía una importante misión del Vaticano. Intelectualmente, De Soya comprende por qué esta búsqueda es únicamente suya. Pero han pasado casi tres semanas y han examinado dos mundos. Un Arcángel robot podría alcanzar doscientos sistemas y enviar la alarma en menos de diez días estándar. De este modo, De Soya y el *Rafael* tardarán cuatro o cinco años estándar. El exhausto padre capitán siente ganas de reír.

—Siempre está la nave —dice animadamente—. Si continúan sin ella, tienen dos opciones, enviar la nave a otra parte, o dejarla en uno de los mundos del Tetis.

—Ellos, dice usted —interviene Gregorius—. ¿Está seguro de que hay otros?

—Alguien la rescató en Hyperion. Tiene que haber otros.

—Podría ser toda una tripulación éxter —dice Rettig—. Tal vez ya estén regresando a su enjambre, después de dejar a la niña en cualquiera de estos mundos. O tal vez la hayan llevado consigo.

De Soya alza una mano para interrumpir la conversación. Han hablado sobre esto una y otra vez.

—Creo que la nave recibió un impacto y fue averiada. Si la encontramos, puede llevarnos a la niña.

Gregorius señala la jungla. Allí está lloviendo.

—Hemos recorrido todo este tramo del río entre los portales. No hay indicios de una nave. Cuando lleguemos al próximo sistema de Pax, podemos enviar tropas para que vigilen estos portales.

—Sí, pero tendrán una deuda temporal de ocho o nueve meses. —De Soya mira las estrías de la lluvia en las troneras—. Revisaremos el río.

—¿Qué? —exclama el lancero Rettig.

—Si tuviera una nave averiada y quisiera dejarla, ¿no la escondería? —pregunta De Soya.

Los dos guardias suizos miran a su comandante. De Soya nota que les tiemblan los dedos. La resurrección los está afectando también a ellos.

—Sondearemos el río y parte de la jungla con radar —dice el padre capitán.

—Eso llevará un día más, por lo menos —dice Rettig.

De Soya asiente.

—Pediremos al cabo Kee que ordene al *Rafael* que analice la jungla con radar profundo, en una franja de doscientos kilómetros sobre ambas orillas. Nosotros usaremos la nave de descenso para estudiar el río. Aquí tenemos un sistema mas tosco, pero menos superficie que cubrir.

Los agotados guardias sólo pueden asentir.

Encuentran algo en el segundo tramo del río. Parece un objeto grande de metal, en un pozo profundo a pocos kilómetros del primer portal.

La nave de descenso revolotea mientras De Soya se comunica con el *Rafael*.

—Cabo, vamos a investigar. Quiero que la nave esté preparada para bombardear este objeto a los tres segundos de mi orden... pero sólo si lo ordeno.

—Enterado, señor —responde Kee.

De Soya mantiene la nave en sobrevuelo mientras Gregorius y Rettig se ponen los trajes, preparan las herramientas y aguardan en la cámara de presión.

—Adelante —dice De Soya.

Gregorius salta de la cámara, y el sistema EM del traje lo sostiene justo antes de que el sargento choque contra el agua. El sargento y el lancero flotan sobre la superficie, las armas preparadas.

—Tenemos el radar profundo en espacio táctico —comunica Gregorius.

—Alimentación vídeo nominal —dice De Soya desde su silla de mando—. Iniciar inmersión.

Ambos hombres caen, se sumergen. De Soya ladea la nave para ver por la ventana. El río es verde oscuro, pero dos lámparas brillan a través del agua.

—A ocho metros de la superficie —indica.

—Lo tengo —dice el sargento.

De Soya mira el monitor. Ve sedimentos arremolinados, un pez de muchas agallas que huye de la luz, un casco de metal curvo.

—Hay una escotilla o cámara de presión abierta —informa Gregorius—. La mayor parte de esta cosa está sepultada en el lodo, pero ahora veo lo suficiente para estimar que tiene el tamaño adecuado. Rettig se quedará aquí fuera. Yo entraré.

De Soya siente el impulso de decir «buena suerte», pero calla. Estos hombres han pasado juntos tanto tiempo que las palabras sobran. Prepara el tosco cañón de plasma que es el único armamento de la nave.

La alimentación de vídeo se interrumpe en cuanto Gregorius entra por la escotilla. Pasa un minuto. Dos. Dos minutos después, De Soya es un manojo de nervios. Teme que la nave espacial salte del agua, dirigiéndose al espacio en un desesperado intento de fuga.

—¿Lancero?

—Sí, señor —responde Rettig.

—¿No hay voz ni vídeo del sargento?

—No, señor. Creo que el casco bloquea el haz angosto. Aguardaré cinco minutos más y... Un momento, señor. Veo algo.

De Soya también lo ve. La imagen de vídeo del lancero es borrosa en el agua

espesa, pero le permite ver el casco, los hombros y los brazos del sargento Gregorius saliendo por la escotilla. El farol del sargento alumbra sedimentos y plantas acuáticas, la luz ciega un instante la cámara de Rettig.

—Padre capitán De Soya —dice Gregorius—, no es esto, señor. Creo que es uno de esos viejos yates, los andadondequiera, que tenían los ricachones en tiempos de la Red. Usted sabe, los que eran sumergibles... creo que incluso volaban.

De Soya suspira.

—¿Qué le sucedió a esa nave, sargento?

El sargento le hace una seña a Rettig y ambos salen a la superficie.

—Tal vez un suicidio, señor —dice Gregorius—. Hay por lo menos diez esqueletos a bordo, quizá más. Dos de ellos son niños. Como decía, señor, esta cosa podía flotar en cualquier océano, sumergirse, así que no hay manera de que todas las escotillas se abrieran por accidente.

De Soya mira por la ventana mientras los dos hombres con armadura emergen del río y flotan a cinco metros de altura, chorreando agua.

—Creo que debieron de quedar aislados aquí después de la Caída —dice Gregorius— y decidieron poner fin a todo. Es sólo una conjetura, padre capitán, pero sospecho...

—Y yo sospecho que usted tiene razón, sargento —dice De Soya—. Regrese aquí. —Abre la escotilla de la nave mientras los hombres con armadura vuelan hacia ella.

Antes de que ambos lleguen, mientras todavía está a solas, De Soya alza la mano y pronuncia una bendición para el río, la nave hundida y los que están sepultados allí. La Iglesia no consagra el suicidio, pero la Iglesia sabe que hay pocas certezas en la vida o en la muerte. Al menos De Soya lo sabe, aun si la Iglesia no.

Dejan detectores de movimiento que envían haces a través de los portales. No detendrán a la niña y sus aliados, pero informarán a las tropas que enviará De Soya si alguien ha pasado por allí en el ínterin. Luego se elevan de NGC^{es} 2629-4BIV, guardan la rechoncha nave de descenso en la fea masa del *Rafael*, sobre la curva reluciente del planeta cubierto de nubes, y abandonan el pozo de gravedad del planeta para trasladarse a su próxima escala, Mundo de Barnard.

Es el punto más cercano del itinerario al sistema de Vieja Tierra —a sólo seis años-luz— y, como fue una de las primeras colonias interestelares anteriores a la Hégira, el sacerdote capitán quiere creer que será como una ojeada retrospectiva a la Vieja Tierra misma. Sin embargo, al resucitar en la base de Pax a seis UAs de Mundo de Barnard, De Soya ve de inmediato las diferencias. La Estrella de Barnard es una enana roja, con sólo un quinto de la masa de la estrella tipo G de Vieja Tierra, y

menos de 1/2.500 de luminosidad. Sólo la proximidad de Mundo de Barnard, 0,126 UAs, y los siglos consagrados a terraformar el planeta, han producido un mundo que figura alto en la escala de adaptación Solmev. Pero como De Soya y sus hombres descubren cuando su escolta de Pax los lleva al planeta, la terraformación ha sido todo un éxito.

Mundo de Barnard ha sufrido mucho por la invasión éxter que precedió a la Caída, y muy poco —relativamente hablando— por la Caída misma. Este mundo era una grata contradicción por las pautas de la Red: abrumadoramente agrícola, con cereales importados de Vieja Tierra tales como maíz, trigo, soja y demás, pero también profundamente intelectual, con cientos de los mejores colegios de la Red. La combinación de lugar apartado y agrícola —Mundo de Barnard imitaba la vida de los pueblos pequeños de la América del Norte hacia el 1900— y centro intelectual había llevado allí a algunos de los mejores eruditos, escritores y pensadores de la Hegemonía.

Después de la Caída, Mundo de Barnard se apoyó más en su tradición agrícola que en su excelencia intelectual. Cuando Pax llegó cinco décadas después de la Caída, el cristianismo renacido y el gobierno de Pacem se encontraron con cierta resistencia. Mundo de Barnard había sido autónomo y deseaba seguir así. Sólo fue incluido formalmente en Pax el Año del Señor de 3061, doscientos doce años después de la Caída, y sólo después de una cruenta guerra civil entre los católicos y las bandas de partisanos agrupadas bajo el nombre general de «librecreyentes».

Ahora, como se entera De Soya durante su breve viaje con el arzobispo Herbert Stern, los muchos colegios están vacíos o se han convertido en seminarios para los jóvenes. Los partisanos han desaparecido, aunque todavía hay cierta resistencia en las zonas agrestes que rodean el río llamado Fuga del Pavo.

Fuga del Pavo había formado parte del Tetis, y allí desean ir De Soya y sus hombres. En su quinto día, viajan allí con sesenta soldados de Pax y parte de la guardia de elite del arzobispo.

No encuentran partisanos. Este tramo del Tetis circula por anchos valles, bajo altos peñascos de esquisto, entre bosques de árboles de hojas caducas trasplantados de Vieja Tierra, y se interna en sembradíos, en general maizales donde hay algunas granjas blancas. No parece un lugar violento, y no encuentra violencia.

Los deslizadores de Pax escudriñan la selva buscando indicios de la nave de la niña, pero no encuentran nada. El río de Fuga del Pavo es demasiado superficial para ocultar una nave. El mayor Andy Ford, oficial de Pax a cargo de la búsqueda, lo llama «el mejor río de canotaje de este lado de Sugar Creek», y el tramo del Tetis tenía aquí pocos kilómetros de distancia. Mundo de Barnard tiene una atmósfera moderna y control de tráfico orbital, y ninguna nave pudo abandonar la zona sin ser detectada. Las consultas con granjeros de la zona no brindan información sobre

forasteros. Al final, las fuerzas armadas de Pax, el consejo de la diócesis del arzobispado y las autoridades civiles locales se comprometen a vigilar la zona, a pesar de toda amenaza de acoso librecreyente.

En el octavo día, De Soya y sus hombres se despiden de veintenas de personas a quienes consideran nuevos amigos, se elevan a su órbita, se trasladan a una nave-antorcha y son acompañados hasta la guarnición de órbita profunda de Estrella de Barnard y hasta su nave Arcángel. Lo último que ve De Soya de ese mundo bucólico son los chapiteles gemelos de la gigantesca catedral de la capital.

Alejándose del sistema de vieja Tierra, De Soya, Gregorius, Kee y Rettig despiertan en el sistema Lacaille 9352, que está tan lejos de Vieja Tierra como Tau Ceti de las primeras naves semilleras. Aquí la demora no es burocrática ni militar, sino ambiental. Este mundo de la Red, conocido como Amargura de Sibiatu y llamado Gracia Inevitable por su actual población de pocos miles de colonos de Pax, tenía problemas ambientales entonces y ahora está peor. El río Tetis circulaba por un túnel de pérspex de doce kilómetros que albergaba aire respirable y presión.

Los túneles empezaron a decaer hace más de dos siglos. El agua se evaporó en la presión baja, la atmósfera de metano y amoníaco del planeta llenó las orillas desiertas y los tubos de pérspex astillados.

De Soya ignora por qué la Red incluyó esta roca en su río Tetis. Aquí no hay guarnición militar de Pax, ni una presencia seria de la Iglesia salvo los capellanes que acompañan a los religiosos colonos, que sobreviven a duras penas en sus minas de boxita y azufre, pero De Soya y sus hombres convencen a algunos colonos de llevarlos a lo que era el río.

—Si vino por aquí, murió —dice Gregorius al inspeccionar los enormes portales que cuelgan sobre una línea recta de pérspex ruinoso y cauces secos. El viento de metano sopla, granos de polvo arremolinado tratan de meterse en sus trajes.

—No si permaneció en la nave —dice De Soya, volviéndose pesadamente en su traje para mirar el cielo amarillento y anaranjado—. Los colonos no habrían notado la partida de la nave. Está demasiado lejos de la colonia.

El hombre hirsuto que los acompaña, una figura encorvada a pesar del traje gastado, gruñe detrás del visor.

—Eso verdad, padre. Aquí no miramos mucho el cielo, eso verdad.

De Soya y sus hombres deliberan sobre la inutilidad de enviar tropas de Pax a este mundo para aguardar la llegada de la niña durante meses y años.

—Sin duda sería una misión de mierda en el trasero del mundo, señor —dice Gregorius—. Con perdón de la expresión, padre.

De Soya asiente distraídamente. Han dejado el último sensor de movimiento: han explorado cinco mundos entre doscientos, y ya se están quedando sin material. La

idea de enviar tropas también lo deprime, pero no ve otra alternativa. Además del dolor de la resurrección y la confusión emocional que lo acosa constantemente, hay depresión y dudas. Se siente como un gato viejo y ciego que debe cazar un ratón, pero no puede vigilar doscientos escondrijos al mismo tiempo. No es la primera vez que lamenta no estar en el Confín, luchando contra los éxters.

Como leyendo los pensamientos del padre capitán, Gregorius dice:

—Señor, ¿ha mirado el itinerario que *Rafael* nos fijó?

—Sí, sargento. ¿Por qué?

—Algunos de los lugares adonde nos dirigimos ya no son nuestros, capitán. Es sólo en el último tramo del viaje, en pleno Confín, pero la nave quiere llevarnos a planetas que los éxters han asolado tiempo atrás, señor.

De Soya asiente fatigosamente.

—Lo sé, sargento. No especifiqué zonas de batalla ni las zonas defensivas de la Gran Muralla cuando ordené al ordenador de la nave que planeara el viaje.

—Hay dieciocho mundos que serían peligrosos de visitar —dice Gregorius con una leve sonrisa—. Ya que ahora están en manos de los éxters.

De Soya asiente de nuevo pero no dice nada.

—Si usted quiere ir a mirar allá, señor —dice el cabo Kee—, lo haremos con mucho gusto.

El sacerdote capitán los mira. Piensa que ha dado por sentada la lealtad y la presencia de esos tres hombres.

—Gracias —dice simplemente—. Decidiremos qué hacer cuando lleguemos a esa parte de nuestra... excursión.

—Lo cual puede ser dentro de cien años estándar a partir de ahora —dice Rettig.

—En efecto —dice De Soya—. Sujetémonos y larguémonos de aquí.

Inician la traslación.

Todavía en el Viejo Vecindario, sin haber salido del patio trasero de la Vieja Tierra pre-Hégira, saltan a dos mundos terraformados que danzan en compleja coreografía en el espacio de medio año-luz que separa Epsilon Eridani de Epsilon Indi.

El Experimento de Habitación Eurasiática Omicron2-Epsilon3 había sido un audaz proyecto utópico pre-Hégira para lograr la terraformación y la perfección política —neomarxista— a toda costa en mundos hostiles mientras huían de fuerzas hostiles. Había fracasado por completo. La Hegemonía había reemplazado a los utopistas por bases espaciales de FUERZA y había automatizado las estaciones de aprovisionamiento, pero la presión de las naves semilleras que se dirigían al Confín y luego de las gironaves que atravesaban el Viejo Vecindario durante la Hégira habían logrado la terraformación de estos dos oscuros mundos que giraban entre el opaco sol

de Epsilon Eridani y la más opaca estrella Épsilon Indi. La famosa derrota de la flota de Glennon-Height reforzó la fama y la importancia militar del sistema gemelo. Pax ha reconstruido las bases abandonadas de FUERZA, reactivado los sistemas de terraformación.

La investigación de estos dos tramos del río se realiza con sequedad castrense. Cada segmento del Tetis se interna tanto en la reserva militar que pronto resulta obvio que es imposible que la niña —y mucho menos la nave— haya podido pasar en los dos últimos meses sin ser detectada y abatida. De Soya lo sospechaba por lo que sabía sobre el sistema de Epsilon —pues ha pasado por ahí varias veces en sus viajes a la Gran Muralla— pero decidió que debía ver los portales personalmente.

Sin embargo, es bueno encontrarse con una guarnición a esta altura del viaje, pues Kee y Rettig necesitan atención médica. Ingenieros y especialistas eclesiásticos en resurrección examinan el *Rafael* en dique seco y determinan que hay dos errores pequeños pero graves en el nicho de resurrección automática. Dedican tres días estándar a efectuar reparaciones.

Cuando salen del sistema, con sólo una parada más en el Viejo Vecindario antes de pasar a los confines pos-Hégira de la vieja Red, lo hacen con la ferviente esperanza de que su salud, ánimo y estabilidad emocional mejoren si deben someterse nuevamente a la resurrección automática.

—¿Adónde se dirige ahora? —pregunta el padre Dimitrius, el especialista en resurrección que los ha ayudado en estos días.

De Soya titubea sólo un segundo antes de responder. No pondrá en jaque su misión si revela este dato al viejo sacerdote.

—Mare Infinitus. Es un mundo oceánico, tres pársecs hacia fuera y dos años-luz por encima del plano de...

—Ah sí —dice el viejo sacerdote—. Tuve una misión allá hace tres décadas, rescatando a los pescadores aborígenes del paganismo y llevándoles la luz de Cristo. —El canoso sacerdote alza la mano en una bendición—. Busque lo que busque, padre capitán De Soya, es mi sincero deseo que lo encuentre allí.

De Soya está por irse de Mare Infinitus cuando el mero azar le brinda la clave que estaba buscando.

Es su sexagesimotercer día de búsqueda, sólo el segundo día desde que han resucitado en la estación orbital de Pax, y el comienzo de lo que debería ser su último día en ese planeta.

Un joven parlanchín, el teniente Baryn Alan Sproul, es el enlace de De Soya con el mando de la flota en Setenta Ofiuca A, y al igual que todos los guías turísticos de la historia, el joven brinda a De Soya y sus hombres más datos de los que quieren conocer. Pero es un buen piloto de tópteros, y en este mundo oceánico y en una

máquina con la que está poco familiarizado, De Soya se alegra de ser pasajero en vez de piloto, y se relaja un poco mientras Sproul los lleva al sur, lejos de la gran ciudad flotante de Santa Teresa, hacia las desiertas zonas pesqueras donde todavía flotan los teleyectores.

—¿Por qué los portales están tan alejados? —pregunta Gregorius.

—Ah —dice el teniente Sproul—, eso tiene su historia.

De Soya mira de soslayo al sargento. Gregorius casi nunca sonríe, salvo en la inminencia del combate, pero De Soya se ha familiarizado con cierto destello en los ojos del hombretón que es un equivalente de una risotada estentórea.

—Así que la Hegemonía quería construir sus portales aquí, además de la esfera orbital y los teleyectores pequeños que pusieron en todas partes. Una idea tonta, ¿verdad? Hacer pasar parte de un río por el océano. De todos modos, lo querían meter en la Corriente del Litoral Medio, lo cual tiene sentido si los turistas querían ver peces, pues allí están los leviatanes y algunos de los gigacantos más interesantes. Pero el problema es bastante obvio.

De Soya mira al cabo Kee, que dormita bajo la tibia luz solar que entra por la ventanilla del tóptero.

—Es bastante obvio que aquí no hay nada permanente para construir algo grande como esos portales... Y usted los verá pronto, señor, son enormes. Es decir, están los anillos coralinos, pero no están afincados en nada, sólo flotan... y las islas de algas, pero no son... bien, si usted apoya el pie, se hunde. Allá, a estribor. Allá hay algamarillas. No hay muchas tan al sur. De cualquier modo, los ingenieros de la Hegemonía instalaron los portales tal como nosotros hemos hecho con las plataformas y ciudades en los últimos quinientos años. Es decir, instalan cimientos a doscientas brazas, unos trastos enormes, y luego ponen enormes anclas filosas con cables debajo de eso. Pero aquí el fondo del mar es problemático. Habitualmente tiene diez mil brazas. Allí es donde viven los bisabuelos de nuestros peces de superficie como el leviatán, señor... monstruos a esa profundidad, con kilómetros de longitud...

—Teniente —dice De Soya—, ¿qué tiene que ver todo esto con la distancia que hay entre los portales? —El zumbido casi ultrasónico de las alas de libélula del tóptero amenaza con adormilar al sacerdote capitán. Kee está roncando, y Rettig tiene los pies alzados y los ojos cerrados. Ha sido un largo vuelo.

Sproul sonríe.

—A eso iba, señor. Verá usted, con ese peso y veinte kilómetros de cable, nuestras ciudades y plataformas no van muy lejos, ni siquiera en la época de las grandes mareas. Pero estos portales... bien, tenemos mucha actividad volcánica submarina en MI, señor. La ecología es totalmente diferente, créame. Algunas de esas lombrices darían a los gigacantos una batalla, señor, de veras. De cualquier modo, los

ingenieros de la Hegemonía instalaron los portales de tal modo que si sus soportes y cables detectaban actividad volcánica debajo de ellos, bien... emigraban. Es la mejor palabra que se me ocurre.

—¿Entonces la distancia entre los portales se ha ensanchado a causa de la actividad volcánica del fondo del mar?

—Sí, señor —responde el teniente Sproul con una amplia sonrisa que parece sugerir que le complace y le asombra que un oficial de la flota pueda entender semejante cosa—. Y allá tiene uno —dice el oficial de enlace con un gesto ufano, ladeando el tóptero en una espiral de descenso. Acerca la máquina al antiguo arco. A veinte metros, el encrespado mar violáceo lame el metal oxidado de la base del portal.

De Soya se frota la cara. Ninguno de ellos puede más con la fatiga. Tal vez deberían pasar más días entre la resurrección y la muerte.

—¿Podemos ver el otro portal, por favor?

—Sí, señor.

El tóptero zumba a pocos metros del agua mientras recorre los doscientos kilómetros que los separan del próximo arco. De Soya se adormila, y cuando el suave codazo del teniente lo despierta, ve el segundo portal. El sol del atardecer proyecta una larga sombra en el mar violáceo.

—Muy bien —dice De Soya—. ¿Y están efectuando búsquedas de radar profundo?

—Sí, señor —dice el joven piloto—. Están ensanchando el radio de búsqueda, pero hasta ahora no han visto nada salvo algún leviatán. Eso tiene entusiasmados a los pescadores deportivos.

—Supongo que es la principal industria local —comenta Gregorius desde su asiento.

—Sí, sargento —dice Sproul, torciendo el largo cuello para mirarlo—. Con la baja de la cosecha de algas, es nuestra mayor fuente de ingresos.

De Soya señala una plataforma a pocos kilómetros de distancia.

—¿Otra plataforma de pesca y reaprovisionamiento?

El sacerdote capitán ha pasado un día con los comandantes de Pax, repasando informes de pequeños puestos de avanzada como éste en todo el mundo. Nadie ha informado sobre un contacto con una nave, ni ha visto a una niña. Durante este largo vuelo al sur, han pasado por docenas de plataformas similares.

—Sí, señor —dice Sproul—. ¿Quiere mirar un rato, o ya ha visto suficiente?

De Soya mira el portal que se arquea sobre ellos mientras el tóptero flota a metros del mar.

—Podemos regresar, teniente. Esta noche tenemos una cena formal con el obispo Melandriano.

Sproul enarca las cejas.

—Sí, señor —dice, elevando el tóptero y trazando un círculo final para regresar hacia el norte.

—Parece que esa plataforma ha sufrido algunas averías —comenta De Soya, inclinándose para mirar desde la ampolla.

—Sí, señor. Tengo un amigo a quien acaban de transferir desde allí, la Estación Tres-veinte-seis Litoral Medio, y me habló de ello. Un cazador furtivo trató de volar el lugar hace pocas mareas.

—¿Sabotaje? —pregunta De Soya, mirando fijamente la plataforma.

—Guerra de guerrillas —dice el teniente—. Los cazadores furtivos son los aborígenes desde antes de que Pax llegara aquí. Por eso tenemos tropas en las plataformas, y naves patrulla durante la temporada de pesca. Debemos mantener los barcos pesqueros amontonados allí, señor, para que los cazadores furtivos no los ataquen. Usted vio esas naves amarradas... bien, es casi tiempo de que vayan a pescar. Las naves de Pax las escoltarán. El leviatán sale cuando despuntan las lunas... como la que ve por allá, señor. Los barcos pesqueros legales tienen luces brillantes que se encienden cuando no están las lunas, atrayendo a los gigacantos. Pero los cazadores furtivos hacen lo mismo.

De Soya mira el extenso océano.

—No parece haber muchos lugares para que se oculten los rebeldes —comenta.

—No, señor. Es decir, sí, señor. En realidad tienen barcos pesqueros camuflados que parecen islas de algamarilla, sumergibles e incluso un gran cosechador submarino que simula un leviatán, créalo o no, señor.

—¿Y esa plataforma resultó dañada por el ataque de un cazador furtivo? —pregunta De Soya, procurando no dormirse. El zumbido de las alas del tóptero es mortal.

—Correcto. Hace ocho grandes mareas. Un hombre... lo cual es inusitado, pues los cazadores suelen atacar en grupo. Voló algunos deslizadores y tópteros. Táctica habitual, aunque en general atacan los barcos.

—Perdón, teniente. Usted dice que esto sucedió hace ocho grandes mareas. ¿Puede traducirlo a estándar?

Sproul se muerde el labio.

—Sí, señor. Lo lamento. Me crié en MI y... bien, ocho grandes mareas equivalen a dos meses estándar.

—¿El cazador fue capturado?

—Sí, señor. Bien, en realidad eso tiene su historia. —El teniente mira al sacerdote capitán para ver si debe continuar—. Para ser breve, señor, el cazador fue aprehendido, luego hizo detonar sus cargas y trató de escapar, y luego los guardias le dispararon y lo mataron.

De Soya asiente y cierra los ojos. El último día ha revisado más de cien informes sobre este tipo de incidentes ocurridos en los últimos dos meses estándar. Volar plataformas y matar cazadores furtivos parece ser el segundo deporte más popular de Mare Infinitus, después de la pesca.

—Lo raro de este tío —dice el teniente, redondeando su historia— es cómo trató de escapar. Una vieja alfombra voladora de tiempos de la Hegemonía.

De Soya se despabila. Mira al sargento y sus hombres. Los tres se incorporan.

—Dé la vuelta —ordena el padre capitán De Soya—. Llévenos de vuelta a esa plataforma.

—¿Y qué ocurrió después? —Repite por quinta vez De Soya. Él y sus guardias suizos están en la oficina del director de la plataforma, en el punto más alto, debajo de la antena de radar. Por la ventana se ve el despuntar de las increíbles lunas.

El director —un capitán de Pax llamado C. Dobbs Powl— es obeso, rubicundo y suda profusamente.

—Cuando resultó evidente que ese hombre no pertenecía a ningún grupo pesquero que tuviéramos a bordo esa noche, el teniente Belius se lo llevó para interrogarlo. Procedimiento normal, padre capitán.

De Soya lo mira fijamente.

—¿Y después?

El director se relame los labios.

—El hombre logró escapar provisionalmente, padre capitán. Hubo una lucha en la pasarela superior. Él arrojó al teniente Belius al mar.

—¿Recobraron al teniente?

—No, padre capitán. Casi seguramente se ahogó, aunque había muchos tiburones arco iris esa noche...

—Describa al hombre que tuvieron arrestado antes de perderlo —interrumpe De Soya, enfatizando perderlo.

—Joven, padre capitán, tal vez veinticinco años estándar. Y alto. Un tío fornido.

—¿Usted lo vio personalmente?

—Sí, padre capitán. Yo estaba en la pasarela con el teniente Belius y el lancero marino Ament cuando el tío inició la pelea y empujó a Belius por la borda.

—Y luego escapó de usted y del lancero —dice De Soya secamente—. Con ambos armados y ese hombre... ¿dijo usted que estaba esposado?

—Sí, padre capitán. —El capitán Powl se enjuga la frente con un pañuelo húmedo.

—¿Notó algo raro en ese joven? ¿Algo que no haya constado en el brevísimo informe que envió al cuartel general?

El director guarda el pañuelo, lo saca de nuevo para enjugarse el cuello.

—No, padre capitán. Es decir, bien, durante la lucha, el suéter del hombre se rasgó. Lo suficiente para que yo notara que él no era como usted y como yo, padre capitán.

De Soya enarca las cejas.

—Quiero decir que no era de la cruz —continúa Powl—. No tenía cruciforme. No le di mucha importancia en el momento. La mayoría de estos cazadores aborígenes no están bautizados. De lo contrario, no serían cazadores furtivos, ¿verdad?

De Soya ignora la pregunta. Aproximándose al sudoroso capitán, dice:

—¿Y el hombre bajó a la pasarela inferior y escapó?

—No escapó, señor. Sólo abordó un aparato volador que debía de haber escondido allí. Toqué la alarma, por supuesto. Toda la guarnición se presentó, respondiendo a su entrenamiento.

—¿Pero el hombre hizo volar ese... aparato? ¿Y despegó de la plataforma?

—Sí —dice el director, enjugándose la frente de nuevo y pensando nerviosamente en su futuro o falta de él—. Pero sólo por un minuto. Lo vimos por el radar y luego con nuestras gafas nocturnas. Esa alfombra podía volar, pero cuando abrimos fuego, regresó hacia la plataforma...

—¿A qué altura estaba entonces, capitán Powl?

—¿Altura? —El director frunce la frente sudada—. Calculo que a veinticinco, treinta metros del agua. Al nivel de nuestra cubierta principal. Venía directamente hacia nosotros, padre capitán. Como si pudiera bombardear la plataforma desde una alfombra voladora. Claro que en cierto modo lo hizo. Es decir, las cargas que había puesto volaron en ese instante. Nos cagamos de miedo... perdón, padre.

—Continúe —dice De Soya. Mira a Gregorius, que está plantado detrás del director. Por la expresión del sargento, parece que le alegraría estrangular al sudoroso capitán.

—Bien, fue toda una explosión. Acudieron los equipos de control de incendios, pero el lancero marino Ament, otros centinelas y yo permanecimos en nuestro puesto de la pasarela norte.

—Muy loable —ironiza De Soya—. Continúe.

—Bien, padre capitán, no hay mucho más —dice tímidamente el hombre sudoroso.

—¿Usted ordenó disparar contra el atacante?

—Sí, señor.

—¿Y todos los centinelas dispararon de inmediato al recibir la orden?

—Sí —dice el director, los ojos vidriosos—. Creo que todos dispararon. Eran seis, además de Ament y yo.

—¿Y ustedes también dispararon? —Insiste De Soya.

—Bien, sí, la estación estaba bajo ataque. La pista estaba en llamas. Y este

terrorista volaba hacia nosotros, llevando Dios sabe qué.

De Soya cabecea, poco convencido.

—Aparte de ese hombre, ¿vio a alguien más en esa alfombra voladora?

—No, pero estaba oscuro.

De Soya mira las lunas que despuntan. Una luz naranja y brillante entra por las ventanas.

—¿Las lunas habían salido, capitán?

Powl se relame los labios de nuevo, como tentado de mentir. Sabe que De Soya y sus hombres han entrevistado al lancero marino Ament y los demás, y De Soya sabe que él sabe.

—Acababan de salir —murmura.

—¿Entonces la luz era comparable a ésta?

—Sí.

—¿Vio algo más en ese aparato volador, capitán? ¿Un paquete? ¿Una mochila? ¿Cualquier cosa que pudiera interpretarse como una bomba?

—No —dice Powl, sintiendo furia además de miedo—, pero bastó un puñado de plástico para volar dos deslizadores y tres tópteros, padre capitán.

—Muy cierto —dice De Soya. Acercándose a la ventana iluminada, añade—: ¿Sus siete centinelas, incluido el lancero Ament, portaban pistolas de dardos, capitán?

—Sí.

—También usted, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y alguno de esos dardos alcanzó al sospechoso?

Powl vacila, se encoge de hombros.

—Creo que la mayoría.

—¿Y vio usted el resultado? —murmura De Soya.

—Hicimos trizas a ese canalla, señor —dice Powl, la furia venciendo al miedo—. Vi volar sus pedazos como excremento de gaviota chocando contra un ventilador, señor. Luego cayó de esa estúpida alfombra como si alguien tirase de un cable. Cayó al mar al lado del pilote L-3. Los tiburones arco iris se acercaron y se pusieron a comer a los diez segundos.

—¿Entonces usted no recobró el cadáver?

Powl lo mira con arrogancia.

—Sí lo recobramos, padre capitán. Ordené a Ament y Kilmer que recogieran los restos con garfios, arpones y una red. Eso fue una vez que apagamos el incendio y nos cercioramos de que la plataforma no hubiera sufrido más daños.

El capitán Powl empieza a demostrar más aplomo.

De Soya asiente.

—¿Y dónde está el cuerpo, capitán?

El director forma un arco con los dedos rechonchos. Tiemblan levemente.

—Lo sepultamos. En el mar, por supuesto. La mañana siguiente desde la dársena sur. Atrajo a todo un cardumen de tiburones arco iris, y cazamos algunos para la cena.

—¿Pero usted verificó que el cuerpo fuera el del sospechoso que había arrestado antes?

Powl entorna los ojos diminutos.

—Sí, lo que quedaba de él. Sólo un cazador furtivo. Estos episodios son frecuentes en este mar violeta, padre capitán.

—¿Y los cazadores furtivos pilotan antiguas alfombras voladoras en este mar violeta, capitán Powl?

El director hace una mueca.

—¿Eso era ese artefacto?

—Usted no menciona la alfombra en su informe, capitán.

—No parecía importante.

—¿Y dice usted que ese artefacto siguió viaje? ¿Qué sobrevoló la cubierta y la pasarela y desapareció en el mar? ¿Vacío?

—Sí —dice el capitán Powl, irguiéndose en la silla, y alisándose el marchito uniforme.

De Soya da media vuelta.

—El lancero Ament dice otra cosa, capitán. El lancero Ament dice que la alfombra fue recobrada y desactivada, y que la última vez se vio en manos de usted. ¿Es verdad?

—No —dice el director, mirando a De Soya, Gregorius, Sproul, Kee y Rettig—. No, no la vi después de que siguió de largo. Ament es un mentiroso.

De Soya cabecea.

—Un artefacto tan antiguo, capaz de funcionar, valdría mucho dinero, aún en Mare Infinitus, ¿verdad, capitán?

—No lo sé —murmura Powl, quien observa a Gregorius. El sargento se acerca al armario privado del director. Es de acero y tiene llave—. Ni siquiera sabía qué era esa cosa.

De Soya está de pie junto a la ventana. La luna más grande llena el cielo del este. El arco del teleyector se perfila contra la luna.

—Se llama estera, o alfombra voladora —susurra—. En un lugar llamado el Valle de las Tumbas de Tiempo, tendría la marca de radar adecuada.

Le hace una seña a Gregorius.

El guardia suizo abre el armario de acero con un golpe de su mano enguantada. Aparta cajas, papeles, fajos de billetes, y saca una estera cuidadosamente plegada. La lleva al escritorio del director.

—Arreste a este hombre y quítelo de mi vista —murmura el capitán De Soya. El

teniente Sproul y el cabo Kee se llevan al director.

De Soya y Gregorius desenrollan la alfombra sobre el largo escritorio. Las hebras de vuelo refulgen a la luz de la luna. De Soya toca el borde del artefacto, palpando los tajos que los dardos han abierto en la tela. Por todas partes la sangre oscurece los complejos dibujos, opacando el fulgor de las hebras de monofilamento superconductor. Hay jirones de lo que podría ser carne humana apresados en las borlas de la parte trasera.

De Soya mira a Gregorius.

—¿Ha leído ese largo poema llamado los *Cantos*, sargento?

—¿Los *Cantos*? No, señor, no soy muy lector. Además, ¿no figura en la lista de libros prohibidos?

—Creo que sí, sargento —dice el padre capitán De Soya. Se aleja de la ensangrentada alfombra y mira las lunas que despuntan y el arco. «Esta es una pieza del rompecabezas —piensa—. Y cuando el rompecabezas esté completo, te atraparé, niña.»

—Creo que figura en la lista de prohibidos, sargento —repite. Da media vuelta y se dirige a la puerta, indicando a Rettig que enrolle la alfombra y la lleve—. Vamos —dice, con nueva energía en la voz—. Tenemos trabajo que hacer.

33

Mi recuerdo de los veinte minutos que pasé en ese amplio y luminoso comedor se parece mucho a esas pesadillas que todos tenemos tarde o temprano, donde nos encontramos en un lugar de nuestro pasado pero no recordamos por qué estamos allí ni el nombre de las personas que nos rodean. Cuando el teniente y sus dos hombres me llevaron al comedor, todo estaba teñido con ese desplazamiento onírico de lo familiar. Digo familiar porque había pasado buena parte de mis veintisiete años en campamentos de cazadores y comedores militares, en casinos y en la cocina de viejas barcas. Estaba acostumbrado a la compañía de los hombres: demasiado acostumbrado, habría dicho entonces, pues los elementos que detectaba en esta sala —alarde, fanfarronería y el olor a transpiración de nerviosos tíos de ciudad entregados a la venturera camaradería masculina— me habían cansado tiempo atrás. Pero pronto la familiaridad quedó desmentida por la extrañeza (los acentos dialectales, las sutiles diferencias de vestimenta, el tufo de los cigarrillos) y por el conocimiento de que me delataría de inmediato si era preciso aludir a su dinero, su cultura o su conversación.

Había una cafetera alta en la mesa más alejada —nunca había estado en un comedor donde no la hubiera— y me dirigí allá, tratando de actuar con desenvoltura. Encontré una taza relativamente limpia y me serví café. Entretanto observaba al teniente y sus dos hombres, que me observaban a mí. Cuando parecieron convencidos de que yo estaba donde debía estar, se marcharon. Bebí un café espantoso, noté que la mano con que sostenía la taza no temblaba pese al huracán de emociones que sentía y traté de decidir qué haría a continuación.

Asombrosamente, aún tenía mis armas —cuchillo y pistola— y mi radio. Con la radio podía detonar el explosivo plástico en cualquier momento y correr hacia la alfombra voladora en medio de la confusión. Ahora que había visto a los centinelas de Pax, sabía que necesitaría alguna distracción si quería que la balsa pasara junto a la plataforma sin ser vista. Caminé hacia la ventana; daba a la dirección que habíamos considerado norte, pero veía que el cielo del este fulguraba con el inminente despuntar de las lunas. El arco del teleyector estaba a la vista. Palpé la ventana, pero estaba trabada con un pestillo o clavada. El techo de acero corrugado de otro módulo estaba un metro debajo de la ventana, pero no parecía haber modo de llegar allí.

—¿Con quién estás, hijo?

Di media vuelta. Cinco hombres del grupo más cercano se habían aproximado, y el que me hablaba era el más bajo y el más gordo. Estaba equipado para estar al aire libre: camisa de franela a cuadros, pantalones de lona, un chaleco parecido al mío y un cuchillo para escamar pescado. Comprendí que los soldados de Pax habrían visto la punta de mi funda sobresaliendo bajo el chaleco, pero habrían pensado que era la

vaina de un cuchillo.

Este hombre también hablaba en dialecto, pero era muy diferente del que usaban los guardias de Pax. Recordé que los pescadores debían de ser forasteros, así que mi extraño acento no sería del todo sospechoso.

—Klingman —dije, bebiendo otro sorbo de ese café repugnante. Esa palabra había funcionado con los soldados.

No funcionó con estos hombres. Se miraron un instante, y el gordo habló de nuevo.

—Nosotros vinimos con el grupo de Klingman, muchacho. Desde Santa Teresa. Tú no estabas en el hidrofoil. ¿A qué estás jugando?

Sonreí.

—A nada. Se suponía que estaba con ese grupo, pero lo perdí en Santa Teresa. Vine aquí con las Nutrias.

Aún no había acertado. Los cinco hombres cuchichearon. Les oí hablar varias veces de «cazadores furtivos». Dos de ellos salieron. El gordo me encañonó con un dedo rechoncho.

—Yo estaba sentado allá con el guía Nutria. Él tampoco te ha visto nunca. Quédate aquí, hijo.

Era precisamente lo que no haría. Dejando la taza en la mesa, dije:

—No, usted espere aquí. Yo iré a hablar con el teniente para aclarar las cosas. No se mueva.

Esto pareció confundir al gordo, que se quedó en su sitio mientras yo cruzaba el comedor, ahora silencioso, abría la puerta y salía a la pasarela.

No había adónde ir. A mi derecha, los dos soldados de Pax con pistolas de dardos estaban plantados frente a la baranda. A mi izquierda, el delgado teniente con quien había tropezado venía por la pasarela con los dos civiles y lo que parecía un rollizo capitán de Pax.

—Maldición —dije en voz alta. Subvocalizando, expliqué—: Pequeña, estoy en apuros. Tal vez me capturen. Dejaré el micrófono externo abierto para que oigas. Id directamente hacia el portal. ¡No respondáis!

Lo último que necesitaba en esta conversación era una vocecilla que gorjeara por mi auricular.

—¡Oiga! —dije, dirigiéndome hacia el capitán y alzando las manos como si fuera a estrechar la suya—. Lo estaba buscando a usted.

—Es él —exclamó uno de los dos pescadores—. No vino con nosotros ni con el grupo Nutria. Es uno de esos malditos cazadores furtivos de que nos hablaban.

—Espóselo —le ordenó el capitán al teniente, y antes de que yo pudiera zafarme, los soldados me habían aferrado por detrás y el oficial delgado me había puesto las esposas. Eran de las anticuadas, de metal, pero funcionaban muy bien, aferrándome

las muñecas por delante y cortándome la circulación.

En ese momento comprendí que nunca serviría para espía. Mi incursión en la plataforma había sido desastrosa. Los hombres de Pax eran chapuceros —se apiñaban contra mí cuando deberían haber mantenido distancia apuntándome con sus armas mientras me cacheaban, y esposarme luego, cuando estuviera desarmado— pero en pocos segundos me registrarían.

Decidí no darles esos segundos. Subiendo rápidamente las manos esposadas, cogí al rollizo capitán por la camisa y lo arrojé contra los dos civiles. Hubo un momento de gritos y empellones durante el cual di media vuelta, pateé a un soldado en los testículos y cogí al otro por el arma que aún llevaba colgada del hombro. El soldado gritó y aferró el arma con ambas manos mientras yo tiraba de la correa y empujaba hacia abajo y a la derecha. El soldado cayó con el arma, se estrelló de cabeza contra la pared y cayó sentado. El primero, el que yo había pateado y que todavía estaba de rodillas, aferrándose la entrepierna, alzó la mano libre y me desgarró el frente del suéter, arrancándome las gafas nocturnas. Le pateé la garganta y cayó.

El teniente había desenfundado la pistola de dardos, notó que no podía dispararme sin matar a los dos soldados y me asestó un culatazo en la cabeza.

Las pistolas de dardos no son tan pesadas. Ésta me hizo ver chispas y me abrió un tajo. Además me enfureció.

Me volví y le di un puñetazo en la cara. El teniente giró encima de la baranda, agitando los brazos, y siguió viaje. Todos se quedaron de una pieza mientras el hombre caía gritando al agua.

Mejor dicho, todos se quedaron de una pieza menos yo, pues mientras las suelas del teniente aún eran visibles desde la baranda, di la vuelta, brinqué sobre el soldado caído, abrí el cancel y entré corriendo en el comedor. Los hombres se dirigieron hacia las puertas y ventanas para averiguar a qué venía ese revuelo, pero yo me abrí paso entre ellos con gambetas de jugador experto. Oí que a mis espaldas el capitán o un soldado gritaban:

—¡Abajo! ¡Fuera del paso! ¡Apartaos!

Sentí otro hormigueo en la espalda al pensar en esos miles de dardos volando hacia mí, pero no reduje la velocidad mientras brincaba a una mesa, me cubría el rostro con las muñecas esposadas y volaba por la ventana, amortiguando el impacto con el hombro derecho.

Aún mientras saltaba, se me ocurrió que si la ventana era de pérspex o cristal resistente mi aventura terminaría en farsa. Rebotaría hacia el comedor para ser acribillado o capturado. Tenía sentido que esa plataforma usara material irrompible en vez de vidrio. Pero me había parecido que era vidrio al tocarla con los dedos unos minutos antes.

Se rompió.

Choqué contra el acero corrugado del techo y seguí rodando, mientras las astillas de vidrio volaban a mi alrededor o crujían debajo de mí. Me había llevado parte del armazón de la ventana y tenía maderas y vidrios rotos clavados en el chaleco y el suéter deshilachado, pero no me detuve para quitármelos. En el borde del techo tenía una opción: el instinto me instaba a seguir rodando, perderme de vista antes de que aparecieran esos hombres armados, y contar con que hubiera otra pasarela abajo; la lógica me instaba a detenerme y mirar antes de seguir rodando; la memoria sugería que no había pasarelas en el linde norte de la plataforma.

Busqué una solución intermedia. Salí rodando por el borde pero me aferré al reborde, mirando hacia abajo mientras mis dedos resbalaban. No había cubierta ni plataforma abajo, sólo veinte metros de aire entre mis botas y las olas violáceas. Las lunas despuntaban y el mar titilaba.

Me alcé para mirar la ventana que había atravesado, vi que los soldados se reunían allí y bajé la cabeza justo cuando uno disparaba. La nube de dardos pasó a un par de centímetros de mis dedos y temblé al oír el furibundo zumbido de abeja de las agujas de acero. No había cubierta abajo, pero vi un tubo horizontal en el costado del módulo. Tenía seis u ocho centímetros de diámetro. Había un hueco angosto entre el interior del tubo y la pared del módulo, tal vez con suficiente anchura para enganchar los dedos, siempre que el tubo no se partiera bajo mi peso, siempre que el choque no me dislocara los hombros, siempre que no me fallaran las manos esposadas, siempre que... No pensé más. Caí. Mis antebrazos y las esposas de acero chocaron contra el tubo, dándome una sacudida, pero mis dedos estaban preparados y se aferraron, deslizándose por el interior del tubo pero sosteniendo mi peso.

La segunda andanada de dardos hizo pedazos el reborde del techo y perforó la pared externa. Astillas y esquirlas de acero volaron en el claro de luna mientras los hombres gritaban y maldecían. Oí pasos en el techo.

Me hamaqué hacia la izquierda. Una cubierta sobresalía bajo la esquina del módulo, tres metros hacia abajo y cinco metros hacia el este. Avancé con enloquecedora lentitud. Mis hombros chillaban de dolor, mis dedos se entumecían por falta de circulación. Sentía astillas de vidrio en el cabello y el cuero cabelludo, y sangre en los ojos.

Los hombres que estaban encima de mí tratarían de llegar al borde del techo antes de que yo pudiera alcanzar un punto por encima de la plataforma.

De repente oí gritos y maldiciones, y un sector del techo se hundió. La andanada de dardos había socavado ese sector del techo y el peso de los hombres lo estaba desmoronando. Oí que retrocedían, maldecían y encontraban otros caminos hacia el borde.

Esta demora me dio sólo diez segundos más, pero fue suficiente para permitirme llegar al extremo del tubo, hamacar el cuerpo un par de veces, soltarme en el tercer

vaivén y caer en la plataforma, rodando contra la baranda este y chocando con un golpe que me quitó el aliento.

Sabía que no podía quedarme a recobrarlo. Me desplacé rápidamente, rodando hacia el sector oscuro de la cubierta, bajo el módulo. Dos pistolas dispararon. Una erró y acribilló las aguas quince metros más abajo, la otra acribilló el extremo de la cubierta como cien martillos automáticos golpeando al unísono. Me puse de pie y corrí, esquivando las vigas bajas y tratando de ver a través del laberinto de sombras. Sonaron pisadas arriba. Ellos tenían la ventaja de conocer la configuración de las cubiertas y escaleras, pero sólo yo sabía adónde me dirigía.

Me dirigía a la cubierta más oriental y más baja, donde había dejado la alfombra, pero esta cubierta de mantenimiento daba a una larga pasarela que iba de norte a sur. Cuando hube recorrido la distancia suficiente para estar a la altura de la cubierta este, me colgué de una viga de seis centímetros de anchura, agité los brazos esposados a izquierda y derecha para equilibrarme y crucé un sector abierto hasta llegar al próximo poste vertical. Lo hice de nuevo, yendo hacia el norte o el sur cuando terminaban las vigas, pero siempre encontrando otra viga que iba hacia el este.

Se abrían escotillones y sonaban pasos en las pasarelas, bajo la cubierta principal, pero llegué primero a la cubierta este. Salté, encontré la alfombra donde la había dejado, la desenrollé, toqué las hebras de vuelo y estuve en el aire justo cuando se abría un escotillón encima del tramo de escaleras que bajaba a cubierta. Me tendí de bruces en la alfombra, tratando de ofrecer poco blanco contra las lunas o las relucientes olas, tocando las hebras de vuelo torpemente a causa de las esposas.

Mi instinto me aconsejaba volar hacia el norte, pero comprendí que sería un error. Las pistolas de dardos sólo serían precisas a sesenta o setenta metros de distancia, pero alguien podía tener un rifle de plasma o su equivalente. Toda la atención se concentraba ahora en el lado este de la plataforma. Lo mejor era dirigirme al oeste o al sur.

Viré a la izquierda, descendí por debajo de las vigas y pasé a poca distancia de las olas, dirigiéndome al oeste bajo el borde protector de la plataforma. Sólo una cubierta sobresalía tanto —la cubierta adonde yo había saltado— y vi que estaba vacía en el extremo norte. Además los dardos la habían destrozado y quizá fuera peligroso pararse encima. Volé debajo de ella y continué hacia el oeste. Resonaban botas en las pasarelas superiores, pero si alguien me veía tendría problemas para apuntarme a causa de la cantidad de pilotes y vigas.

Me dirigí hacia la sombra de la plataforma —las lunas se habían elevado— y permanecí a milímetros del agua, tratando de ocultarme detrás del oleaje. Estaba a cincuenta o sesenta metros de la plataforma y dispuesto a suspirar de alivio cuando oí chapoteos y toses unos metros a la derecha, más allá de una ola.

Supe al instante qué era. Quién era. El teniente que había arrojado por la borda.

Tuve el impulso de seguir volando. La plataforma era pura confusión a estas alturas —hombres gritando, otros disparando desde el norte, más hombres chillando al este, por donde yo había escapado— pero me pareció que nadie me había visto aquí. Este sujeto me había golpeado la cabeza con su pistola y me habría matado con gusto si sus amigotes no hubieran estado en el camino. Si la corriente lo había arrastrado lejos de la plataforma, mala suerte para él: no había nada que yo pudiera hacer.

«Puedo soltarlo en la base de la plataforma, tal vez en una de las vigas de soporte. Una vez me escapé así. Puedo hacerlo de nuevo. El hombre sólo hacía su trabajo. No merece morir por ello.»

Es justo decir que odiaba mi conciencia en esos momentos, aunque no he tenido tantos momentos así.

Detuve la alfombra encima de las olas. Todavía estaba tendido de bruces, bajando la cabeza y los hombros para que los hombres de la plataforma no me localizaran. Me asomé y me estiré a la derecha para localizar los carraspeos y chapoteos.

Primero vi los peces. Tenían aletas dorsales como en esos holos de los tiburones de Vieja Tierra, o los lomos de sable caníbales del mar meridional de Hyperion, pero dos aletas en vez de una. Los vi nítidamente en el claro de luna; parecían relucir con una docena de colores, desde las aletas hasta el largo vientre. Tenían tres metros de longitud, se desplazaban con potentes coletazos de depredadores y tenían dientes muy blancos.

Siguiendo a uno de esos asesinos por encima de las olas, vi al teniente. Chapoteaba y luchaba para mantener la cabeza por encima del agua, mientras giraba tratando de mantener a raya a los peces multicolores.

Una de esas criaturas se lanzó hacia él por el agua violeta, y el teniente la pateó, tratando de golpearle la cabeza o la aleta con la bota. El pez dio una dentellada y se alejó. Otros se estaban acercando. El oficial estaba obviamente agotado.

—Maldición —jadeé.

No podía dejarlo allí.

Tecleé el código que anulaba el campo de deflexión, el minicampo de contención destinado a proteger del viento a los ocupantes de la alfombra. Si quería rescatar a ese hombre, no había razón para dejar que luchara contra el campo EM. Me dirigí hacia él y detuve la alfombra.

Ya no estaba ahí. El hombre se había hundido. Pensé en buscarlo a nado, y entonces vi sus brazos forcejeando bajo las olas. Los tiburones se aproximaban, pero sin atacarlo por el momento. Tal vez la sombra de la alfombra los desconcertó.

Tendí mis manos esposadas, encontré su muñeca derecha y lo alcé. Su peso casi me tiró de la alfombra, pero me eché hacia atrás, recobré el equilibrio y lo subí hasta que pude aferrarle los pantalones y arrojarlo sobre la estera.

El pálido teniente temblaba de frío y eructaba agua salada, pero pronto respiró

normalmente. Eso me alegró: no sabía si mi generosidad llegaría al extremo de darle respiración boca a boca. Cerciorándome de que estuviera tendido en la alfombra de modo que los peces no brincaran para arrancarle las piernas, me volví hacia los controles. Fijé un curso de regreso hacia la plataforma, incorporándome levemente. Tanteando en mi chaleco, encontré la unidad de comunicaciones y tecleé el código necesario para detonar el explosivo plástico que había colocado en las cubiertas de deslizadores y tópteros. Nos aproximaríamos a la plataforma desde el sur, donde podría asegurarme de que no hubiera gente en las cubiertas. Entonces transmitiría el código oprimiendo el botón y, durante la batahola, giraría para regresar desde el oeste y dejar al teniente en el primer lugar seco que pudiera encontrarle.

Giré para ver si el hombre aún respiraba y atiné a ver que el oficial de Pax se había incorporado y empuñaba un objeto reluciente.

Me apuñaló el corazón.

O lo habría hecho si yo no me hubiera movido en la fracción de segundo que tardó el cuchillo en atravesar mi chaleco, mi suéter y mi carne. La corta hoja me penetró en el costado y raspó una costilla. En el momento sentí menos dolor que shock, un shock eléctrico literal. Jadeé y le aferré la muñeca. Me lanzó otra puñalada, y mis manos —empapadas de agua marina y sangre— patinaron por su muñeca. Lo único que pude hacer fue tirar hacia abajo, usando el metal que unía las esposas para bajarle el brazo mientras él me apuñalaba de nuevo, con un golpe que me habría acertado en la misma costilla y me habría atravesado el corazón si mi brazo y la unidad de comunicaciones que llevaba en el bolsillo no hubieran desviado la hoja. Aun así, me raspó de nuevo el costado y caí hacia atrás, tratando de conservar el equilibrio.

Oí explosiones a mis espaldas: el cuchillo debió de tocar el botón de transmisión. No giré para mirar mientras recobraba el equilibrio, separando los pies. La alfombra seguía en ascenso. Estábamos a diez metros del mar y continuábamos subiendo.

El teniente también se había puesto de pie, adoptando la postura arqueada de un luchador nato. Siempre odié las armas blancas. He despellejado animales y destripado peces. Aun cuando estaba en la Guardia, no entendía cómo los humanos podían hacer eso a otros humanos. Tenía un cuchillo en el cinturón, pero sabía que no podía competir con ese hombre. Mi única esperanza consistía en desenfundar la automática, pero era un movimiento engorroso.

La pistola estaba en mi cadera izquierda, la culata hacia atrás, de modo que hubiera podido desenfundar pasando la mano delante del cuerpo, pero ahora tenía que pasar ambas manos, apartar el chaleco, levantar la funda, extraerla, apuntar...

Me lanzó un tajo de izquierda a derecha. Retrocedí hasta el frente de la alfombra, pero demasiado tarde. La filosa hoja cortó carne y músculo en mi brazo derecho mientras yo trataba de sacar la pistola. Sentí dolor y grité. El teniente sonrió,

mostrando dientes mojados y brillantes. Agazapado, sabiendo que yo no podía ir a ninguna parte, avanzó y alzó el cuchillo en un arco destinado a despanzurrarme.

Mantuve mi posición anterior y salté de la alfombra en una zambullida, mis manos esposadas frente a mí mientras penetraba en el agua. El mar estaba salado y oscuro. Yo no había aspirado profundamente antes de caer, y por un terrible instante no supe para dónde era arriba. Vi el fulgor de las tres lunas y nadé en esa dirección. Mi cabeza asomó a tiempo para ver que el teniente aún estaba de pie sobre la alfombra, más cerca de la plataforma y a veinticinco metros de altura. Estaba agazapado y mirando hacia mí, como si esperase mi regreso para continuar la pelea.

Yo no regresaría, pero sí quería terminar la pelea. Buscando la automática bajo el agua, abrí la funda, extraje la pistola y traté de flotar de espaldas para poder apuntar. Mi blanco subía y desaparecía, pero todavía estaba recortado contra esa luna imposible mientras yo martillaba y estabilizaba los brazos.

El teniente había desistido y observaba lo que sucedía en la plataforma cuando los hombres dispararon. Se me adelantaron por un par de segundos. No sé si yo le hubiera acertado a esa distancia, pero ellos no podían fallar.

Tres andanadas de dardos lo embistieron al mismo tiempo, haciéndole caer de la alfombra como un bulto de ropa sucia que alguien hubiera arrojado al aire. Vi la luz de la luna a través de su cuerpo acribillado mientras caía hacia las olas. Un segundo después uno de esos tiburones multicolores me rozó, dándome un empellón en su afán de llegar a esa masa de carnada sanguinolenta que había sido el teniente de Pax.

Floté allí un instante, mirando la alfombra voladora hasta que alguien la manoteó desde la plataforma. Había abrigado la infantil esperanza de que la alfombra girase y regresara a buscarme, me levantara del mar y me llevara de regreso a la balsa, que estaría un par de kilómetros al norte. Le había cobrado afecto a la alfombra —me agradaba formar parte del mito y la leyenda que representaba— y verla irse para siempre de ese modo me causó una sensación de náusea.

Y es que tenía náusea. Entre las heridas y el agua que había tragado, por no mencionar el efecto del agua salada en las heridas, la sensación era real. Seguí flotando en el mar salobre, pataleando para mantener la cabeza y los hombros por encima del agua, la pesada automática en ambas manos.

Si iba a nadar, tenía que volar las esposas de un disparo. ¿Pero cómo hacerlo? La malla de acero que unía ambos grillos tenía sólo la mitad del grosor de mi muñeca; por mucho que me contorsionara, no podía apuntar el arma de tal modo que partiera la malla de un balazo.

Entretanto, las aletas dorsales se alejaban del lugar donde había caído el teniente. Yo sabía que estaba sangrando. Sentía la humedad más densa en el costado y en el brazo, donde la salada sangre se vertía en el salado mar. Si esas criaturas se parecían a los lomos de sable y los tiburones, podían oler la sangre a kilómetros. Tenía que

dirigirme a la plataforma, usar la pistola contra las primeras aletas que se acercaran y tratar de llegar a un pilote y salir del agua o pedir auxilio. Era mi única esperanza.

Me eché hacia atrás, pateé, roté sobre mi estómago y me puse a nadar hacia el norte, hacia el océano. Había estado en la plataforma una vez durante ese largo día. Era suficiente.

34

Nunca había tratado de nadar con las manos atadas frente a mí. Espero fervientemente no tener que intentarlo de nuevo. Sólo la fuerte salinidad del océano de este mundo me mantenía a flote mientras pataleaba y braceaba rumbo al norte. No abrigaba auténticas esperanzas de llegar a la balsa; la corriente comenzaba a ser más fuerte a un kilómetro de la plataforma, y nuestro plan era mantener la balsa a la mayor distancia posible de la estructura sin alejarnos del río dentro del mar.

A los pocos minutos los tiburones multicolores comenzaron a acercarse. Sus colores vibrantes y eléctricos, tan visibles bajo las olas, y cuando uno se lanzó al ataque, dejé de nadar y le pateé la cabeza tal como había visto que hacía el difunto teniente. Parecía dar resultado. Esos peces eran mortíferos pero estúpidos. Atacaban uno por vez, como si siguieran un orden jerárquico, yo les pateaba el hocico uno por vez. Pero era agotador. Estaba por quitarme las botas justo antes del ataque del primer tiburón —el pesado cuero me estaba demorando— pero la idea de patear con los pies descalzos esas ahusadas y dentudas cabezas me había hecho dudar. Además comprendí que no podía nadar empuñando la pistola. Las criaturas se sumergían para atacarme, siempre viniendo desde abajo, y dudé que una bala de esa vieja pistola sirviera de algo en un par de metros de agua. Enfundé la pistola, aunque pronto deseé haberla soltado. Flotando, girando para mantener las aletas dorsales a la vista, logré quitarme las botas y las dejé caer a las profundidades. Cuando atacó el próximo tiburón, pateé con más fuerza, sintiendo la aspereza de lija de la piel que cubría su diminuto cerebro. Me lanzó una dentellada pero se alejó y siguió nadando en círculos.

Así fue como nadé hacia el norte, deteniéndome, flotando, pateando, maldiciendo, avanzando unos metros, deteniéndome de nuevo para girar en círculos para aguardar un nuevo ataque. Si no hubiera sido por la combinación de las brillantes lunas y la reluciente piel de esas criaturas, una de ellas me habría arrastrado hacia abajo. En cambio, pronto llegué al punto en que estaba demasiado exhausto para seguir nadando. Sólo podía flotar de espaldas, aspirar aire, defenderme a patadas de esos dientes blancos cada vez que veía la cercanía de esos lomos multicolores.

Las heridas de cuchillo comenzaban a dolerme. Sentía el tajo de las costillas como una terrible quemazón combinada con una sensación pegajosa. Estaba seguro de que me estaba desangrando, y una vez, cuando las aletas dorsales se mantuvieron a suficiente distancia por un momento, bajé las manos hasta mi costado. Cuando las saqué del agua estaban rojas. Me sentía cada vez más débil, y comprendí que mi hemorragia era mortal. El agua se estaba entibiando, como si mi sangre la calentara, y la tentación de cerrar los ojos y hundirme en esa tibieza era cada vez más fuerte.

Cada vez que el oleaje me elevaba, miraba por encima del hombro en busca de la balsa, en busca de un milagro. No veía nada. En parte me complacía: tal vez la balsa

hubiera atravesado el portal teleyector sin ser interceptada. Yo no había visto deslizadores ni tópteros en el aire, y la plataforma era una llamarada menguante hacia el sur. Comprendí que lo mejor sería que me recogiera un tóptero de rescate, ahora que la balsa se había ido, pero la idea de semejante rescate no me alegraba. Ya había estado una vez en la plataforma.

Flotando de espaldas, torciendo la cabeza y el cuello para mantener las aletas dorsales a la vista, pataleé con rumbo al norte, alzándome con cada movimiento del mar violáceo, cayendo en anchos valles cuando el mar se entreabría. Rodé sobre mi estómago y traté de patear con más fuerza, con las manos esposadas delante, pero estaba demasiado agotado para mantener la cabeza encima del agua.

Mi brazo derecho parecía sangrar más y lo sentía tres veces más pesado que el izquierdo. Sospeché que el cuchillo del teniente habría cortado algunos tendones.

Al fin desistí de nadar y me concentré en flotar, pateando para mantener la cabeza y los hombros por encima del agua. Los peces parecían intuir mi debilidad; se aproximaban por turnos, la bocaza abierta. Yo alzaba las piernas y pateaba, tratando de acertarles en el hocico o la cabeza con los talones sin que me arrancaran los pies. Su piel rugosa me había raspado las plantas de los pies al punto de que estaba añadiendo más sangre a la esfera que sin duda me rodeaba. Eso incitó a los peces. Sus ataques se volvieron más continuos. Uno de ellos me rasgó la pernera derecha de la rodilla al tobillo, arrancando una capa de piel al alejarse con un coletazo triunfal.

Entretanto una parte de mi fatigada mente se dedicaba a las meditaciones teológicas. No rezaba, sino que se preguntaba por qué un Dios Cósmico permitía que Sus criaturas se torturasen entre sí de esta manera. ¿Cuántos homínidos, mamíferos y billones de otras criaturas habían pasado sus últimos minutos en las garras del espanto, el corazón palpitante, agotadas por el flujo de adrenalina, buscando en vano una escapatoria? ¿Cómo podía un dios describirse como Dios de la Misericordia y llenar el universo de criaturas dentudas como éstas?

Recordé que Grandam me había contado que un científico de vieja Tierra, un tal Charles Darwin —que había elaborado una de las primeras teorías de la evolución, la gravitación o lo que fuera, y que se había criado como cristiano devoto aun antes de la recompensa del cruciforme, se había vuelto ateo estudiando una avispa que paralizaba una especie grande de araña, le plantaba su embrión y dejaba que la araña se recobrara y siguiera su camino... hasta que las larvas de avispa salían por el abdomen de la araña viva.

Me saqué el agua de los ojos y pateé dos aletas dorsales que se aproximaban. Le erré a la cabeza pero acerté en una de las sensibles aletas. Logré arquearme para evitar esa mandíbula batiente. Por un instante dejé de flotar, descendí un par de metros bajo una ola, tragué agua salada y salí jadeante y ciego. Más aletas se aproximaron. Tragando agua de nuevo, luché con las manos entumecidas bajo el agua

y saqué la pistola. Comprendí que sería más fácil apoyarme el cañón en la garganta y halar el gatillo que usarla contra esos asesinos del mar. Bien, quedaban bastantes municiones —no la había usado durante la batahola de las dos últimas horas— así que siempre era una opción.

Girando, viendo cómo se acercaba una aleta, recordé una historia que Grandam me había leído cuando yo era niño. También era un antiguo clásico, un relato de Stephen Crane llamado *El bote abierto*; trataba sobre varios hombres que habían sobrevivido al naufragio de un buque y pasaban varios días en el mar sin agua, sólo para encallar a pocos cientos de metros de la tierra firme, rodeados por olas demasiado altas para cruzarlas sin volcar. Uno de los hombres —no recuerdo qué personaje— había pasado por todos los círculos de la suposición teológica: rezar, creer que Dios era una deidad misericordiosa que se pasaba las noches preocupándose por él, creer que Dios era un canalla cruel, y decidir que nadie estaba escuchando. Comprendí que no había entendido esa historia, a pesar de las socráticas preguntas de Grandam. Recordé el peso de la epifanía que había experimentado ese personaje al comprender que tendría que salvarse a nado y no todos podrían sobrevivir. Había querido que la naturaleza —pues así veía ahora el universo— fuera un enorme edificio de cristal, para poder arrojarle piedras. Pero hasta eso era inútil.

«El universo es indiferente a nuestro destino.» Este era el peso aplastante que sobrellevaba ese personaje mientras avanzaba en el oleaje hacia la supervivencia o la extinción. «Al universo le importa un bledo.»

Noté que estaba llorando y riendo al mismo tiempo, gritando maldiciones e invitaciones a los peces que estaban a un par de metros. Alcé la pistola y le disparé a la aleta más próxima. Asombrosamente, la empapada pistola disparó, y el ruido que me había parecido tan estruendoso en la balsa ahora fue devorado por las olas y la inmensidad del mar. El pez se alejó. Otros dos me atacaron. Le disparé a uno, pateé al otro, justo cuando algo me pegaba en la nuca.

No estaba tan sumido en la teología y la filosofía como para disponerme a morir. Giré rápidamente, sin saber si me habían herido gravemente pero resuelto a dispararle al maldito pez en la boca si era necesario. Tenía la pistola amartillada y apuntada cuando vi el rostro de la niña a medio metro del mío. Tenía el cabello pegado a la cabeza y sus ojos oscuros brillaban en el claro de luna.

—¡Raul! —Debía de estar llamándome por el nombre, pero yo no lo había oído en medio de los estampidos y el zumbido de mis oídos.

Pestañeé. Esto no podía ser cierto. Cielos, ¿por qué estaba ahí, lejos de la balsa?

—¡Raul! —repitió Aenea—. Flota de espaldas. Usa el arma para mantener alejados a esos peces. Te llevaré.

Sacudí la cabeza. No entendía. ¿Por qué había dejado al vigoroso androide en la balsa y había venido a buscarme? ¿Cómo podía...?

La calva azul de A. Bettik se hizo visible en la próxima ola. El androide nadaba enérgicamente, el largo machete entre los blancos dientes. Reí en medio de mis lágrimas. Parecía el pirata de un holo barato.

—¡Flota de espaldas! —insistió la niña.

Me puse de espaldas. Demasiado cansado para patear cuando un tiburón se lanzó hacia mis piernas, le disparé, acertándole entre los dos ojos negros y opacos. Las dos aletas desaparecieron bajo una ola.

Aenea me rodeó el cuello con un brazo, colocó su mano izquierda bajo mi brazo derecho para no ahogarme y se puso a nadar. A. Bettik iba al lado, nadando con un brazo y empuñando el filoso machete con el otro. Le vi sumergirse y dos aletas dorsales temblaron y viraron a la derecha.

—¿Qué estás...?

—Ahorra el aliento —jadeó la niña, metiéndose en la próxima ola y trepando la pared violácea—. Nos queda un largo trecho.

—La pistola —dije, tratando de dársela. Sentí la oscuridad que me nublaba la visión como un túnel. No quería perder el arma. Demasiado tarde. Sentí que se caía al mar—. Lo lamento —logré decir antes de que el túnel se cerrara por completo.

Mi último pensamiento consciente fue un inventario de lo que había perdido en mi expedición: la valiosa alfombra voladora, mis gafas nocturnas, la antigua pistola automática, mis botas, tal vez mi unidad de comunicaciones, y posiblemente mi vida y la de mis amigos. La oscuridad total puso fin a esta cínica especulación.

Noté vagamente que me subían a la balsa. Me quitaron las esposas. La niña me estaba respirando en la boca, bombeándome el pecho para expulsar el agua de mis pulmones. A. Bettik estaba arrodillado al lado, tirando de un grueso cable.

Después de vomitar agua durante varios minutos, dije:

—¿La balsa? ¿Cómo? Ya debería haber llegado al portal.

Aenea me apoyó la cabeza en una mochila, cortó jirones de mi camisa y mi pernera derecha con un cuchillo.

—A. Bettik preparó una especie de ancla usando la microtienda y la cuerda. Va detrás, demorando nuestro avance pero manteniéndonos en nuestro rumbo. Eso nos dio tiempo para encontrarte.

—¿Cómo? —pregunté, y de nuevo empecé a toser agua salada.

—Cállate —dijo la niña, terminando de rasgar mi camisa—. Quiero revisar tus heridas.

Hice una mueca cuando sus fuertes manos palparon el tajo de mi costado. Sus dedos encontraron la profunda herida del brazo, el lugar donde el pez me había arrancado la piel del muslo y la pantorrilla.

—Ay, Raul —suspiró con tristeza—. Te dejo solo una hora y mira lo que te haces.

La debilidad me estaba venciendo de nuevo, la oscuridad regresaba. Sabía que

había perdido mucha sangre. Tenía mucho frío.

—Lo siento —susurré.

—Silencio. —Abrió una venda—. Cállate.

—No —insistí—. He fallado. Yo debía ser tu protector... cuidarte. Lo lamento.

Grité cuando me vertió una solución antiséptica en la herida del costado. Yo había visto hombres que lloraban por esto en el campo de batalla. Ahora era uno de ellos.

Si la niña hubiera abierto mi moderno pak médico, yo habría perecido minutos o segundos después. Pero era el pak más grande, el antiguo pak de FUERZA que habíamos cogido en la nave. Yo había pensado que todos los medicamentos e instrumentos serían inútiles después de tanto tiempo, pero vi que parpadeaban luces en la superficie del pak que la niña me había puesto en el pecho. Algunas eran verdes, otras amarillas, unas pocas eran rojas. Yo sabía que esto no era bueno.

—Recuéstate —susurró Aenea, y abrió un pak de suturación esterilizado.

Me apoyó el saco en el costado y la sutura milpiés despertó y se arrastró hasta mi herida. No tuve una sensación agradable cuando esa criatura artificial se metió en las escabrosas paredes de mi herida, secretó sus secreciones antibióticas y limpiadoras y juntó sus filosas patas de milpiés en una sutura ceñida. Grité de nuevo, y otra vez cuando la niña me aplicó otra sutura en el brazo.

—Necesitamos más cartuchos de plasma —le dijo a A. Bettik mientras metía dos de los pequeños cilindros en el sistema de inyección del pak. Sentí la quemadura en el muslo cuando el plasma entró en mi organismo.

—Esos cuatro son todo lo que tenemos —dijo el androide. Estaba atareado trabajando en mí, poniéndome una máscara osmótica en la cara. El oxígeno puro empezó a penetrar en mis pulmones.

—Maldición —dijo la niña, inyectando el último cartucho de plasma—. Ha perdido demasiada sangre. Caerá en shock profundo.

Quería discutir con ellos, explicarles que mis temblores eran sólo producto del aire frío, que me sentía mucho mejor, pero la máscara osmótica me apretaba la boca, los ojos y la nariz, impidiéndome hablar. Por un momento aluciné que estábamos de vuelta en la nave y el campo de choque me sujetaba de nuevo. Creo que no toda el agua salada que en ese momento me humedecía la cara era del mar.

Cuando vi el inyector de ultramorfina en manos de la niña, empecé a resistirme. No quería perder la consciencia: si iba a morir, quería estar despierto cuando ocurriera.

Aenea me empujó contra la mochila. Entendió lo que intentaba decirle.

—Quiero que estés inconsciente, Raul —murmuró—. Entrarás en shock. Necesitamos estabilizar tus signos vitales. Será más fácil si estás inconsciente.

El inyector siseó.

Me resistí unos segundos más, derramando lágrimas de frustración. Después de

tantos esfuerzos, irme mientras estaba inconsciente... Maldición, no era justo, no estaba bien.

Desperté bajo una luz brillante y un calor agobiante. Por un instante creí que aún estábamos en el mar de Mare Infinitus, pero cuando reuní suficientes fuerzas para erguir la cabeza, noté que el sol era diferente —más grande, más tórrido— y que el cielo era mucho más claro. La balsa se desplazaba por un canal de cemento, con sólo un par de metros libres a cada lado. Veía cemento, sol y cielo azul. Nada más.

—Acuéstate —dijo Aenea, acomodándome la cabeza y los hombros en la mochila y ajustando la tela de la microtienda para protegerme el rostro del sol. Obviamente habían recobrado su «ancla».

Traté de hablar, no pude, me relamí los labios secos, que parecían pegados.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? —pregunté.

Aenea me dio un sorbo de agua de mi cantimplora.

—Treinta horas.

—¡Treinta horas! —Aunque intenté gritar, apenas me salió un chillido.

A. Bettik se aproximó y se acuclilló a la sombra con nosotros.

—Bienvenido, M. Endymion.

—¿Dónde estamos?

—A juzgar por el desierto, el sol y las estrellas de anoche —respondió Aenea—, es casi seguro que estamos en Hebrón. Al parecer viajamos por un acueducto. En este momento... Bien, tendrías que ver esto. —Me sostuvo los hombros para que pudiera ver por encima del borde del canal. Sólo aire y cerros lejanos—. Hemos recorrido cincuenta metros de este tramo del acueducto —me explicó, recostándome de nuevo —. Así ha sido durante los últimos cinco o seis kilómetros. Si hubo una brecha en el acueducto... —Sonrió amargamente—. No hemos visto a nadie... ni siquiera un buitre. Estamos esperando llegar a una ciudad.

Fruncí el ceño, sintiendo la rigidez en el costado y el brazo mientras cambiaba de posición.

—¿Hebrón? Creí que estaba...

—En manos de los éxters —concluyó A. Bettik—. Sí, era la información que teníamos. No importa. Buscaremos atención médica para ti entre los éxters. Quizá sea mejor que buscarla entre gente de Pax.

Miré el pak médico que había junto a mí. Los filamentos entraban en mi pecho, mi brazo y mis piernas. La mayoría de las luces del pak emitían una luz amarilla. Esto no era buena señal.

—Tus heridas están cerradas y limpias —dijo Aenea— Te dimos todo el plasma que había en el pak. Pero necesitas más, y parece haber una infección que los antibióticos multiespectro no pueden controlar.

Eso explicaba esa fiebre que sentía bajo la piel.

—Tal vez algún microorganismo marino de Mare Infinitus —dijo A. Bettik—. El pak no puede identificarlo. Lo sabremos en cuanto lleguemos a un hospital. Sospechamos que este tramo del Tetis nos llevará a la única ciudad grande de Hebrón...

—Nueva Jerusalén —susurré.

—Sí. Aun después de la Caída, era famosa por el centro médico Sinaí.

Quise sacudir la cabeza pero me quedé quieto al sentir dolor y mareo.

—Pero los éxters...

Aenea me pasó un paño húmedo por la frente.

—Buscaremos ayuda para ti —dijo—. Con éxters o sin éxters.

Un pensamiento trataba de emerger de mi cerebro aturdido.

Esperé a que llegara.

—Hebrón no tenía... creo que no...

—Tienes razón —dijo A. Bettik. Tocó la guía que tenía en la mano—. Según la guía, Hebrón no formaba parte del río Tetis y sólo permitía un términex teleyector en Nueva Jerusalén, aun en pleno auge de la Red. Los visitantes no podían abandonar la capital. Aquí valoraban la intimidad y la independencia.

Miré las paredes del acueducto. De repente salimos del encierro para avanzar entre altas dunas y rocas calcinadas por el sol. El calor era aplastante.

—Pero el libro debe de estar equivocado —dijo Aenea, enjugándome la frente—. El portal teleyector estaba allí... y nosotros estamos aquí.

—¿Estás segura de que es Hebrón? —susurré.

Aenea asintió. A. Bettik alzó el comlog. Me había olvidado de él.

—Nuestro amigo mecánico obtuvo una lectura fiable de las estrellas. Estamos en Hebrón, y parece que a pocas horas de Nueva Jerusalén.

Sentí un desgarrón de dolor, y no pude contener una contorsión. Aenea sacó el inyector de ultramorfina.

—No —supliqué.

—Será la última por un tiempo —susurró. Oí el siseo y sentí ese bendito aturdimiento. «Si existe Dios —pensé—, es un analgésico.»

Cuando desperté, las sombras eran largas y estábamos al pie de un edificio bajo. A. Bettik me llevaba en brazos. Cada paso me causaba dolor. Guardé silencio.

Aenea caminaba delante. La calle era ancha y polvorienta, los edificios bajos —ninguno tenía más de tres pisos— y de un material parecido al adobe. No había nadie a la vista.

—¡Hola! —llamó la niña, haciendo bocina con las manos. Las dos sílabas resonaron en la calle desierta.

Me sentía ridículo porque me llevaban como a un niño, pero a A. Bettik no parecía importarle, y yo sabía que no podría tenerme en pie aunque la vida me fuera en ello.

Aenea regresó hacia nosotros, vio mis ojos abiertos.

—Es Nueva Jerusalén, sin duda —dijo—. Según la guía, aquí vivían tres millones de personas en tiempos de la Red, y A. Bettik dice que había por lo menos un millón según sus últimas noticias.

—Éxters... —murmuré.

Aenea asintió.

—Los edificios de las orillas del canal estaban desiertos, pero da la impresión de que estuvieron habitados hasta hace pocas semanas o meses.

—Según las transmisiones que monitoreamos en Hyperion, este mundo debió de caer en manos éxters hace tres años estándar. Pero hay indicios de habitación mucho más recientes.

—La retícula energética aún está funcionando —dijo Aenea—. La comida que quedó fuera está arruinada, pero los compartimientos refrigeradores aún están fríos. En algunas casas la mesa está puesta, los holofosos zumban con estática, las radios susurran. Pero no hay gente.

—Tampoco hay señales de violencia —dijo el androide, apoyándome delicadamente en la parte trasera de un vehículo que tenía una caja chata detrás de la cabina. Aenea había puesto una manta para proteger mi piel del metal caliente. El dolor del costado me hizo ver manchas ante mis ojos.

Aenea se frotó los brazos. Tenía la carne de gallina a pesar del ardiente calor del atardecer.

—Algo terrible sucedió aquí —dijo—. Puedo sentirlo.

Yo sólo sentía dolor y fiebre. Mis pensamientos eran como mercurio. Se me escurrían antes de que pudiera atraparlos o darles cohesión.

Aenea saltó a la caja del vehículo y se acuclilló junto a mí mientras A. Bettik abría la puerta de la cabina y entraba. Asombrosamente, el vehículo arrancó enseguida.

—Puedo conducir esto —dijo el androide, poniendo el vehículo en marcha.

«También yo —pensé—. Conduje uno en Ursus. Es una de las pocas cosas del universo que sé manejar. Debe de ser una de las pocas cosas que sé hacer bien.»

Echamos a andar por la calle mayor. El dolor me hizo gritar algunas veces, a pesar de mis esfuerzos por callarme. Apreté las mandíbulas.

Aenea me sostenía la mano. Sus dedos estaban tan frescos que me hacían tiritar. Comprendí que mi piel estaba en llamas.

—Es esa maldita infección —dijo Aenea—. De lo contrario te estarías recobrando. Algo en ese mar.

—O en su cuchillo —susurré. Cerré los ojos y vi al teniente volando en pedazos cuando lo alcanzaban las nubes de dardos. Abrí los ojos para huir de esa imagen. Aquí había edificios más altos, de diez pisos, y la sombra era más profunda. Pero el calor era espantoso.

—Un amigo que mi madre conoció durante la peregrinación de Hyperion vivió aquí por un tiempo —dijo Aenea. Su voz parecía oscilar como una emisora radial mal sintonizada.

—Sol Weintraub —grazné—. El especialista en los *Cantos* del viejo poeta.

Aenea me palmeó la mano.

—Siempre olvido que la vida de mi madre se convirtió en harina para el costal de leyendas del tío Martin.

Saltamos sobre un montículo.

Apreté los dientes para no gritar.

Aenea me aferró la mano con más fuerza.

—Sí —dijo—, ojalá hubiera conocido a ese estudioso y su hija.

—Entraron... en la Esfinge. Como... tú.

Aenea se acercó, me humedeció los labios con la cantimplora, asintió.

—Sí, pero recuerdo los cuentos de mi madre sobre Hebrón y los kibbutzim.

—Judíos —susurré, y dejé de hablar. Necesitaba todas mis energías para combatir el dolor.

—Huyeron del Segundo Holocausto —dijo, mirando hacia delante mientras el vehículo doblaba una esquina—. Llamaron Diáspora a su Hégira.

Cerré los ojos: el teniente volando en pedazos, jirones de ropa y carne cayendo lentamente al mar violáceo.

De repente A. Bettik me estaba levantando. Entramos en un edificio más grande y más sinuoso que los demás, plastiacero y vidrio templado.

—El centro médico —dijo el androide.

La puerta automática se abrió con un susurro.

—Tiene energía... si la maquinaria médica estuviera intacta...

Debí de adormilarme, pues cuando abrí los ojos de nuevo, aterrado por las aletas dorsales que se acercaban cada vez más, estaba en una camilla que entraba en el largo cilindro de un autocirujano de diagnóstico.

—Hasta luego —me dijo Aenea, soltándome la mano—. Te veré del otro lado.

Permanecimos en Hebrón trece días locales, siendo cada día de veintinueve horas estándar. En los primeros tres días el autocirujano hizo lo que quiso conmigo: por lo menos ocho intervenciones quirúrgicas y doce tratamientos terapéuticos, de acuerdo con el registro digital.

Era, en efecto, un microorganismo de ese maldito océano de Mare Infinitus que

había decidido matarme, aunque al ver la resonancia magnética y los exámenes de biorradar, noté que el organismo no había sido tan micro. Fuera lo que fuese —el equipo de autodiagnóstico era ambiguo— se había aferrado al interior de mi costilla raspada y había crecido allí como un hongo de pantano hasta que empezó a ramificarse hacia mis órganos internos. Otro día estándar sin cirugía, informó el autocirujano, y al hacer la incisión inicial sólo hubiera hallado liquen y putrefacción.

Después de abrirme, limpiarme y repetir el proceso dos veces más cuando rastros infinitesimales del organismo oceánico fundaron nuevas colonias, el autocirujano dictaminó que el hongo estaba liquidado y comenzó a trabajar sobre mis heridas menores. El tajo de cuchillo habría debido de causarme una hemorragia mortal, sobre todo con los pataleos y la elevación del pulso provocados por mis amigos de las aletas dorsales. Evidentemente los cartuchos de plasma del viejo pak médico y las generosas dosis de ultramorfina de Aenea me habían mantenido con vida hasta que el cirujano pudo inyectarme otras ocho unidades de plasma.

La profunda herida del brazo no había cortado ningún tendón, como yo había temido, pero había afectado tantos músculos y nervios importantes que el autocirujano había trabajado en ellos durante la segunda y tercera operaciones. Como el hospital aún tenía energía cuando llegamos, el cirujano había tenido la iniciativa de ordenar a los tanques de órganos del sótano que desarrollaran los nervios de reemplazo que yo necesitaba. El octavo día, cuando Aenea estaba junto a mí y me contaba que el autocirujano continuamente pedía asesoramiento y autorización a los supervisores humanos, pude reírme al saber que el «doctor Bettik» autorizaba cada operación, trasplante y terapia.

La pierna que el tiburón multicolor había tratado de arrancarme resultó ser la parte más dolorosa de esa ordalía. Después de limpiar el hongo de la zona despellejada por los dientes del tiburón, la máquina había trasladado nuevo tejido dérmico y muscular. Dolía. Y cuando dejó de dolerme, picaba. Durante mi segunda semana de internación, sufrí por abstinencia de ultramorfina y habría pensado seriamente en exigirla a punta de pistola si realmente hubiera creído que la intimidación bastaría para reducir esos síntomas y la picazón. Pero la pistola ya no estaba, se había hundido en ese profundo mar violáceo.

En el octavo día, cuando pude incorporarme en la cama y comer comida —aunque sólo fuera papilla de hospital—, le hablé a Aenea de mi breve período heroico.

—En mi última noche en Hyperion, me embriagué con el viejo poeta y le prometí que haría ciertas cosas en este viaje.

—¿Qué cosas? —preguntó la niña, su cuchara en mi plato de gelatina verde.

—No demasiado. Protegerte, acompañarte a casa, encontrar Vieja Tierra y llevarla de vuelta para que él la volviera a ver antes de morir...

Aenea dejó de comer gelatina. Enarcó las oscuras cejas.

—¿Te pidió que llevaras de vuelta Vieja Tierra? Interesante.

—Eso no es todo. También debía hablar con los éxters, destruir Pax, derrocar a la Iglesia y, cita literal, «averiguar qué coño se propone el TecnoNúcleo y detenerlo».

Aenea dejó la cuchara y se secó los labios con mi servilleta.

—¿Eso es todo?

—No todo. También quería que evitara que el Alcaudón te lastimara o destruyera a la humanidad.

Aenea cabeceó.

—¿Nada más?

Me froté la sudorosa frente con mi mano sana, la izquierda.

—Eso creo. Al menos es todo lo que recuerdo. Estaba ebrio, como he dicho. —Miré a la niña—. ¿Cómo me va con esa lista?

Aenea hizo ese ademán desdeñoso con sus manos delgadas.

—No está mal. Debes recordar que hace sólo unos meses estándar que hemos empezado... menos de tres, en realidad.

—Sí —dije, mirando por la ventana las franjas de luz que bañaban el edificio de adobe que había frente al hospital. Más allá de la ciudad, la luz del atardecer enrojecía cerros rocosos—. Sí —repetí, sin fuerzas y sin humor—. Lo estoy haciendo muy bien. —Suspiré y aparté la bandeja de comida—. Hay algo que no entiendo. A pesar de la confusión, no sé por qué el radar no detectó la balsa cuando estábamos tan cerca.

—A. Bettik lo destruyó —dijo la niña, comiendo gelatina verde.

—¿Cómo dices?

—A. Bettik destruyó la antena de radar con tu rifle de plasma. —Terminó ese brebaje verde y dejó la cuchara. Durante la última semana había sido enfermera, doctora, cocinera y lavadora de frascos.

—Creí que no podía disparar contra seres humanos.

—No puede —dijo Aenea, apoyando la bandeja en un mueble—. Se lo pregunté. Pero dijo que no tenía prohibido disparar contra antenas de radar. Y eso hizo. Antes de que te avistáramos y nos zambulléramos para rescatarte.

—Eso fue un disparo de tres o cuatro kilómetros, desde una balsa en movimiento. ¿Cuántos rayos de pulsos utilizó?

—Uno —dijo Aenea, mirando el monitor que había encima de mi cabeza.

Solté un silbido.

—Espero que nunca se enfade conmigo. Ni siquiera a esa distancia.

—Creo que tendrías que ser una antena de radar para empezar a preocuparte —dijo Aenea, acomodando las sábanas limpias.

—¿Dónde está él?

Aenea se acercó a la ventana y señaló el este.

—Encontró un VEM que tenía una carga completa y estaba examinando los kibbutzim de la zona del Gran Mar Salado.

—¿Todos los demás estaban vacíos?

—Todos. Ni siquiera perros, gatos, caballos ni ardillas.

Supe que no estaba bromeando. Habíamos hablado de ello. Cuando las comunidades son evacuadas precipitadamente, o cuando ataca el desastre, los animales a menudo quedan atrás. Las manadas de perros salvajes habían sido un problema durante la revuelta de la Garra del Sur en Aquila. La Guardia Interna tenía que disparar contra las ex mascotas.

—Eso significa que tuvieron tiempo de llevarse sus animales.

Aenea se volvió hacia mí y se cruzó de brazos.

—¿Dejando su ropa? ¿Y sus ordenadores, comlogs, diarios íntimos, holos familiares... todas sus chucherías personales?

—¿Y en ningún lado dice qué sucedió? ¿No hay comentarios finales en los diarios? ¿No hay cámaras de vigilancia ni frenéticas anotaciones de último momento en los comlogs?

—No. Al principio era reacia a meterme en los comlogs privados, pero ahora he examinado docenas. Durante la última semana había las noticias habituales sobre los combates cercanos. La Gran Muralla estaba a menos de un año-luz de distancia y las naves de Pax estaban llenando el sistema. No descendían con frecuencia en el planeta, pero era evidente que Hebrón tendría que unirse al Protectorado de Pax cuando todo hubiera terminado. Entonces hubo algunas emisiones finales sobre éxters irrumpiendo por las líneas. Luego nada. Sospechábamos que Pax había evacuado a toda la población y luego los éxters avanzaron, pero no había noticias de la evacuación en los holos de noticias, ni en las anotaciones de ordenador, ni en ninguna parte. Es como si la gente hubiera desaparecido. —Aenea se frotó los brazos—. Tengo algunos discos de noticiarios, si quieres verlos.

—Quizá más tarde —dije. Estaba muy cansado.

—A. Bettik regresará por la mañana —dijo Aenea, subiéndome la manta hasta la barbilla. Más allá de las ventanas el sol se había puesto pero los cerros relucían literalmente con la luz almacenada. Era un efecto crepuscular de las piedras de este mundo, y uno nunca se cansaba de mirarlo. Pero en ese momento no podía mantener los ojos abiertos.

—¿Tienes la escopeta? —murmuré—. ¿El rifle de plasma? Bettik se ha ido... estamos solos...

—Están en la balsa —dijo Aenea—. Ahora, a dormir.

El primer día que estuve plenamente consciente traté de darles las gracias por

haberme salvado la vida. Fueron renuentes.

—¿Cómo me encontrasteis? —pregunté.

—No fue difícil —dijo la niña—. Dejaste el micrófono abierto hasta que el oficial de Pax lo rompió de una puñalada. Lo oímos todo. Y te veíamos por los binoculares.

—No tendríais que haber dejado la balsa. Fue demasiado peligroso.

—No tanto, M. Endymion —dijo A. Bettik—. Además de preparar el ancla, que redujo notablemente la velocidad de la balsa, M. Aenea tuvo la idea de sujetar una cuerda a un tronco para que ésta se arrastrara detrás de la balsa casi cien metros. Si no alcanzábamos la balsa, estábamos seguros de poder llevarte hasta la cuerda antes de que se pusiera fuera de nuestro alcance. Y así fue, como lo demuestran los hechos.

Sacudí la cabeza.

—Aun así fue estúpido.

—No hay de qué —dijo la niña.

El décimo día traté de ponerme de pie. Fue una victoria breve, pero victoria al fin.

El duodécimo día caminé por el corredor hasta el lavabo. Ésa fue una gran victoria. El decimotercer día, la energía se cortó en toda la ciudad.

Los generadores de emergencia del hospital se activaron, pero supimos que nuestra permanencia allí era limitada.

—Ojalá pudiéramos llevar al autocirujano —comenté esa última noche mientras mirábamos las umbrías avenidas desde la terraza del noveno piso.

—Cabría en la balsa —dijo A. Bettik—, pero el cable sería un problema.

—En serio —dije, tratando de no hablar como el paciente paranoico y desmoralizado que era entonces—, debemos revisar las farmacias por si encontramos algo que necesitemos.

—Hecho —dijo Aenea—. Tres paks médicos nuevos y mejorados. Un estuche de ampollas de plasma. Un diagnosticador portátil. Ultramorfina... pero no pidas, porque hoy no te daré.

Extendí la mano izquierda.

—¿Ves esto? Dejó de temblar sólo esta tarde. Pronto dejaré de pedírtela.

Aenea asintió. En el cielo, nubes plumosas resplandecían con la luz del atardecer.

—¿Cuánto crees que resistirán estos generadores? —le pregunté al androide. El hospital era uno de los pocos edificios de la ciudad que aún estaba iluminado.

—Unas semanas, quizá. La retícula energética se ha estado reparando durante meses, pero es un planeta inhóspito. Habrás visto esas tormentas de polvo que soplan desde el desierto todas las mañanas. Aunque la tecnología es avanzada por tratarse de un mundo que no pertenece a Pax, el lugar necesita humanos que lo mantengan.

—La entropía es un fastidio —dije.

—No creas —dijo Aenea, apoyada en el parapeto de la terraza—. La entropía puede ser nuestra amiga.

—¿Cuándo?

Dio media vuelta y se apoyó sobre los codos. El edificio que había a sus espaldas era un rectángulo oscuro que destacaba el fulgor de su tez tostada.

—Derrumba imperios. Y liquida despotismos.

—Esa frase es difícil de decir deprisa. ¿De qué despotismos estamos hablando?

Aenea hizo ese ademán despectivo, y por un instante pensé que no hablaría, pero al fin dijo:

—Los hunos, los escitas, los visigodos, los ostrogodos, los egipcios, los macedonios, los romanos y los asirios.

—Sí, pero...

—Los ávaros, el Wei del norte —continuó—, los mamelucos, los persas, los árabes, los abbasíes y los selyúcidas.

—De acuerdo, pero no entiendo.

—Los kurdos y los gaznawíes —continuó con una sonrisa—. Por no mencionar a los mongoles, los Sui, los Tang, los cruzados, los cosacos, los prusianos, los nazis, los soviéticos, los japoneses, los javaneses, los nordamericanos, los granchinos, los columperuanos y los nacionalistas antárticos.

Alcé una mano. Aenea calló. Mirando a A. Bettik, dije:

—Ni siquiera conozco esos planetas. ¿Tú sí?

—Creo que todos se relacionan con Vieja Tierra, M. Endymion —respondió el androide.

—Válgame.

—Creo que «válgame» es la expresión correcta en este contexto —señaló A. Bettik con voz inexpresiva. Miré a la niña.

—¿Conque éste es nuestro plan para derrocar a Pax, como pidió el poeta? ¿Ocultarnos en alguna parte y esperar a que la entropía surta efecto?

Aenea se volvió a cruzar de brazos.

—Claro que no. Normalmente habría sido un buen plan. Ocultarse unos milenios y dejar que el tiempo siga su curso... pero esos malditos cruciformes complican la ecuación.

—¿En qué sentido? —pregunté con seriedad.

—Aunque quisiéramos derrocar a Pax... cosa que yo no quiero, dicho sea de paso. Ése es tu trabajo. Pero aunque quisiéramos, la entropía ya no está de nuestra parte con ese parásito que vuelve a la gente casi inmortal.

—Casi inmortal —murmuré—. Admito que cuando me estaba muriendo pensé en el cruciforme. Habría sido mucho más fácil... y mucho menos doloroso que la cirugía

y la recuperación. Morir y dejar que esa cosa me resucitara.

Aenea me estaba mirando.

—Por eso este planeta tenía la mejor atención médica, dentro o fuera de Pax.

—¿Por qué? —pregunté. Aún estaba aturdido por los medicamentos y la fatiga.

—Eran... son... judíos —murmuró la niña—. Muy pocos aceptaron la cruz. Sólo tenían una oportunidad en la vida.

Nos quedamos un rato en silencio mientras las sombras llenaban las calles de Nueva Jerusalén y el hospital continuaba con vida eléctrica mientras aún podía.

A la mañana siguiente llegué caminando hasta el viejo vehículo que me había llevado al hospital trece días antes, y —sentado en la caja trasera, donde me habían puesto un jergón— di órdenes de encontrar una armería.

Al cabo de una hora de dar vueltas, resultó evidente que no había armerías en Nueva Jerusalén.

—De acuerdo —dije—. Una central de policía.

Había varias. Al entrar en la primera que encontramos, rehusando el ofrecimiento de la niña y del androide de actuar como muletas, pronto descubrí hasta qué punto una sociedad pacífica prescindía de las armas. No había armarios con armamento, ni siquiera rifles antidisturbios o paralizadores.

—Supongo que Hebrón no tendría ejército ni Guardia Interna.

—Creo que no —repuso A. Bettik—. Hasta la incursión éxter de hace tres años estándar, no había enemigos humanos ni animales peligrosos en el planeta.

Seguí inspeccionando de mal humor. Al fin, al abrir una gaveta con triple llave en el escritorio de un jefe de policía, encontré algo.

—Una Steiner-Ginn, creo —dijo el androide—. Una pistola que dispara rayos de plasma de carga reducida.

—Sé lo que es —respondí. Había dos cargadores en la gaveta. Eso representaba sesenta disparos. Salí, apunté el arma hacia una ladera distante y apreté el gatillo. La pistola carraspeó y un relámpago diminuto estalló en la ladera—. Bien —dije, guardándome la vieja arma en la funda vacía. Había temido que fuera un arma con signatura, que sólo podía ser usada por su dueño. La moda de esas armas iba y venía con los siglos.

—Tenemos la pistola de dardos en la balsa —dijo A. Bettik.

Sacudí la cabeza. No quería saber nada con esas armas por un buen tiempo.

A. Bettik y Aenea habían acopiado agua y alimentos mientras yo me recobraba, y cuando regresé al muelle del canal y miré nuestra balsa reaprovisionada y modificada, pude ver las nuevas cajas.

—Una pregunta. ¿Por qué continuamos con esta pila de troncos flotantes cuando hay tantas embarcaciones amarradas aquí? O podríamos coger un VEM y viajar con

aire acondicionado.

La niña y el hombre de tez azul se miraron.

—Votamos mientras te recobrabas —dijo ella—. Seguimos con la balsa.

—¿Yo no voto? —rezongué. Había querido fingir furia, pero no era fingida.

—Claro —dijo la niña, de pie en el muelle, las piernas separadas y los brazos en jarras—. Vota.

—Voto por conseguir un VEM y viajar cómodamente —dije, oyendo con disgusto mi tono petulante—. O incluso en uno de estos barcos. Voto por deshacernos de estos troncos.

—Voto registrado. A. Bettik y yo votamos por conservar la balsa. No se quedará sin energía, y flota. Uno de estos barcos habría aparecido en el radar de Mare Infinitus, un VEM no podría haber atravesado ciertos mundos. Dos votos por la balsa, uno en contra. La conservamos.

—¿Quién dijo que esto era una democracia? —pregunté, tentado de darle una zurra a esa niña.

—¿Quién dijo que era otra cosa? —dijo la niña.

A. Bettik se quedó en el borde del muelle tanteando una soga, con esa expresión que pone la mayoría de la gente cuando hay una riña entre miembros de otra familia. Usaba una túnica holgada y pantalones cortos y abombados de lino amarillo. Tenía un sombrero amarillo en la cabeza.

Aenea subió a la balsa y soltó el amarre de popa.

—Si quieres un barco, un VEM o incluso un sillón flotante, cógelo, Raul. A. Bettik y yo iremos en esto.

Eché a andar hacia un esquife amarrado al muelle.

—Espera —dije, girando sobre mi pierna fuerte—. El teleyector no funcionará si intento atravesarlo solo.

—Exacto —dijo la niña. A. Bettik había abordado la balsa, y ella aflojó la cuerda de proa. El canal era aquí mucho más ancho que en el acueducto de cemento: treinta metros de anchura al atravesar Nueva Jerusalén.

A. Bettik empuñó el timón mientras la niña cogía una de las pértigas más largas y empujaba la balsa.

—¡Espera! ¡Maldición, espera!

Corrí a trompicones por el muelle, salté el metro que me separaba de la balsa, aterricé sobre mi pierna mala y tuve que aferrarme con el brazo bueno para no caer rodando en la microtienda.

Aenea me ofreció su mano, pero la desprecié mientras me incorporaba.

—Diantre, eres una mocosa terca.

—Mira quién habla —dijo la niña, y fue a sentarse al frente de la balsa mientras nos internábamos en la corriente central.

Fuera de la sombra de los edificios, el sol de Hebrón era aún más feroz. Me puse el viejo tricornio para guarecerme y me acerqué a A. Bettik.

—Me imagino que estás de parte de ella —dije mientras nos internábamos en el desierto y el río se angostaba nuevamente.

—Soy neutral, M. Endymion.

—¡Ja! Votaste para quedarte en la balsa.

—Hasta ahora nos ha servido bien —dijo el androide, retrocediendo mientras yo me acercaba para empuñar el remo.

Miré las nuevas cajas de provisiones apiladas a la sombra de la tienda, la losa con su cubo calefactor, sus cacharros, la escopeta y el rifle de plasma —recién engrasado y guardado bajo una cubierta de lona—, nuestras mochilas, sacos de dormir, kits médicos y demás. Habían vuelto a poner el «mástil», y una de las camisas blancas de A. Bettik flameaba como un estandarte.

—Bien —dije al fin—, al cuerno.

—Precisamente —dijo el androide.

El próximo portal estaba a sólo cinco kilómetros de la ciudad. Miré el ardiente sol de Hebrón mientras atravesábamos la delgada sombra del arco, luego la línea del portal. En los otros portales teleyectores había un momento en que el aire titilaba y cambiaba, permitiéndonos echar un vistazo a lo que había delante.

Aquí reinaba una negrura absoluta. Y la negrura no cambió cuando avanzamos. La temperatura descendió unos setenta grados centígrados. Al mismo tiempo, la gravedad cambió. De pronto tuve la sensación de estar llevando sobre mis espaldas a alguien que tenía la misma masa que yo.

—¡Las lámparas! —exclamé, sosteniendo el timón en la poderosa corriente. Me esforcé para mantenerme de pie frente al aplastante aumento de gravedad. La combinación de frío, negrura y peso opresivo era aterradora.

Los dos habían encontrado faroles en Nueva Jerusalén, pero lo primero que Aenea encendió fue la vieja lámpara de mano. Su haz hendió un vapor helado, alumbró aguas negras e iluminó un techo de hielo sólido a quince metros de altura. Había estalactitas de hielo sinuoso que llegaban casi hasta el agua. Dagas de hielo sobresalían de la corriente negra en ambos costados y delante. A cien metros, donde el haz de luz se disipaba, parecía haber una sólida muralla de bloques congelados que llegaban hasta la superficie del agua. Estábamos en una caverna de hielo, sin salida a la vista. El frío me quemaba las manos, los brazos y la cara. La gravedad me pesaba en el cuello como collares de hierro.

—Maldición —dije. Trabé el timón y me dirigí hacia los paquetes. Me costaba permanecer erguido con una pierna mala y ochenta kilos sobre la espalda. A. Bettik y la niña ya estaban allí, buscando ropa aislante.

De pronto hubo un estrepitoso crujido. Miré arriba, temiendo que una estalactita

nos cayera encima, o que el techo cediera bajo ese peso abrumador, pero era sólo el mástil que se partía al chocar contra un reborde de hielo. El mástil cayó mucho más rápidamente que en la gravedad de Hyperion, precipitándose como en un holo proyectado a mayor velocidad.

Volaron astillas de madera. La camisa de A. Bettik chocó contra la balsa con estruendo. Estaba congelada y cubierta con una fina capa de escarcha.

—Maldición —repetí temblando, y busqué mi ropa interior de lana.

35

El padre capitán De Soya usa el poder del disco papal como nunca antes.

La Estación Tres-veinte-seis Litoral Medio, donde se encontró la alfombra voladora, se declara zona de delito y se pone bajo ley marcial. De Soya trae tropas y naves de la ciudad flotante de Santa Teresa y pone a la guarnición y los pescadores bajo arresto domiciliario. El prelado que gobierna Santa Teresa, el obispo Melandriano, protesta contra este atropello y cuestiona los alcances del disco papal. De Soya acude a la gobernadora planetaria, la arzobispo Jane Kelley. La arzobispo acepta la autoridad de De Soya y silencia a Melandriano amenazándolo con la excomunión.

Designando al joven teniente Sproul ayudante y enlace durante la investigación, De Soya trae expertos forenses de Pax e investigadores de Santa Teresa y las otras ciudades grandes para realizar estudios en la escena del delito. Ordena administrar la droga de la verdad y otras al capitán C. Dobbs Powl —que permanece en arresto domiciliario en la estación—, a los demás integrantes de la guarnición y a todos los pescadores que estaban presentes.

A los pocos días resulta obvio que el capitán Powl, el difunto teniente Belius y muchos otros oficiales y soldados de esta plataforma estaban ilícitamente asociados con los cazadores furtivos de la zona para permitir la captura ilegal de peces locales, para robar equipo de Pax —incluido un sumergible que habían declarado hundido por fuego rebelde— y para extorsionar a los visitantes y sacarles dinero. Nada de esto interesa al padre capitán De Soya. Sólo quiere saber qué sucedió esa noche de hace dos meses estándar.

Se acumulan pruebas forenses. La sangre y el tejido de la alfombra voladora se someten a análisis de ADN y se envían a la sección de archivos de Santa Teresa y a la base orbital de Pax. Se encuentran dos clases de sangre: la mayor parte se identifica positivamente como el patrón ADN del teniente Belius; la segunda no tiene identificación en los archivos de Pax de Mare Infinitus, a pesar de que todos los ciudadanos de ese mundo están clasificados y registrados.

—¿Y cómo terminó la sangre de Belius en la alfombra? —pregunta el sargento Gregorius—. Según el testimonio de todos los que declararon bajo la droga de la verdad, Belius cayó al agua mucho antes de que el sujeto que capturaron tratara de escapar.

De Soya asiente y entrelaza los dedos. Ha transformado la oficina del ex director en centro de mando, y la plataforma está atestada, con el triple de su población anterior. Tres grandes fragatas de Pax están ancladas frente a la plataforma, y dos de ellas son sumergibles de combate. La cubierta de deslizadores está llena de aeronaves de Pax, y se han traído ingenieros para reparar y extender la cubierta de tópteros. Esta

mañana De Soya ha ordenado traer tres naves más a la zona. Dos veces por día el obispo Melandriano transmite una protesta escrita ante el coste creciente; el padre capitán De Soya las ignora.

—Creo que el desconocido se detuvo para rescatar al teniente, para sacarlo del agua. Lucharon. El desconocido resultó herido o muerto. Belius trató de regresar a la estación. Powl y los demás lo mataron por error.

—Sí —dice Gregorius—, es la descripción más convincente que he oído.

Desde que recibieron los resultados del análisis de ADN desde Santa Teresa, han imaginado muchas otras: conspiraciones con cazadores furtivos, confabulaciones entre el desconocido y el teniente Belius, el capitán Powl matando a ex cómplices. Esta teoría es la más simple.

—Significa que el desconocido es uno de los que viajan con la niña —dice De Soya—. Y que tiene una faceta piadosa... aunque estúpida.

—También pudo haber sido un cazador furtivo —dice Gregorius—. Nunca lo sabremos.

De Soya une las yemas de los dedos.

—¿Por qué no, sargento?

—Bien, capitán, pruebas al canto —dice Gregorius, señalando con el pulgar el mar violáceo—. Los chicos de la armada dicen que tiene diez mil brazas o más... casi veinte mil metros de agua, señor. Si había cuerpos, fueron devorados por los peces. Y si era un cazador furtivo que se escabulló... bien, nunca lo sabremos. Y si era un forastero... bien, no hay registros de ADN en la central de Pax. Tendríamos que investigar los archivos de varios cientos de mundos. Jamás lo encontraremos.

El padre capitán De Soya baja las manos y sonríe.

—Es una de las raras ocasiones en que usted se equivoca, sargento.

En la semana siguiente De Soya hace capturar e interrogar con droga de la verdad a todos los cazadores furtivos en un radio de mil kilómetros a la redonda. Para capturarlos, utiliza una veintena de barcos y más de ocho mil efectivos de Pax. El coste es enorme. El obispo Melandriano pierde la paciencia y vuela a la Estación Tres-veinte-seis para detener esa locura. El padre capitán De Soya lo hace arrestar y enviar a un monasterio remoto, a nueve mil kilómetros de distancia, cerca del casquete polar.

De Soya también decide investigar el fondo del mar.

—No encontrará nada, señor —asegura el teniente Sproul—. Ahí abajo hay tantos depredadores que nada orgánico llega a cien brazas de profundidad, y mucho menos hasta el fondo. Y según nuestros sondeos de esta semana, son doce mil brazas. Además, sólo hay dos sumergibles en Mare Infinitus que puedan operar a esa profundidad.

—Lo sé —responde De Soya—. He ordenado que vengan aquí. Llegarán mañana

con la fragata *Pasión de Cristo*.

Por una vez, el teniente Sproul se queda atónito. De Soya sonríe.

—Usted recordará, hijo, que el teniente Belius era un cristiano renacido. Y su cruciforme no se recobró.

Sproul queda boquiabierto.

—Sí, señor... es decir, claro... pero para resucitarlo... ¿no deben hallar el cuerpo intacto?

—En absoluto, teniente —contesta el padre capitán De Soya—. Tan sólo un buen fragmento de la cruz que todos sobrellevamos. Muchos buenos católicos han sido resucitados con unos centímetros de cruciforme intacto y un trozo de carne que se pueda analizar por ADN y desarrollar.

Sproul sacude la cabeza.

—Pero han pasado más de nueve grandes mareas. No queda un milímetro cuadrado del teniente Belius ni de su cruciforme. Hay demasiados peces voraces, señor.

De Soya se acerca a la ventana.

—Tal vez, teniente. Tal vez. Pero es nuestro deber para con un prójimo cristiano realizar todos los intentos, ¿no es verdad? Además, si el teniente Belius recibe el milagro de la resurrección, deberá afrontar acusaciones de robo, traición e intento de homicidio, ¿verdad?

Usando las técnicas más avanzadas, los expertos forenses locales logran detectar huellas dactilares no identificadas en una taza de café del comedor a pesar de los muchos lavados que ha tenido la taza en los últimos dos meses. Miles de huellas latentes son laboriosamente identificadas como pertenecientes a la guarnición o los pescadores, salvo ésta. Se pone aparte con los datos de ADN.

—En tiempos de la Red —declara el doctor Holmer Ryum, jefe del equipo forense—, la megaesfera de datos nos habría puesto en contacto con archivos de la Hegemonía en segundos, vía ultralínea. Podríamos tener el dato casi al instante.

—Si tuviéramos queso, podríamos hacer un emparedado de jamón y queso —replica el padre capitán De Soya—, siempre que tuviéramos jamón.

—¿Qué?

—Olvídelo. Espero tener una identificación dentro de unos días.

El doctor Ryum está azorado.

—¿Cómo, padre capitán? Hemos registrado los bancos de datos planetarios. Hemos cotejado con todos los cazadores furtivos que usted capturó... y debo aclarar que nunca hubo un arresto masivo como éste en Mare Infinitus. Usted está rompiendo un delicado equilibrio de corrupción que existe aquí desde hace siglos.

De Soya se frota la nariz. No ha dormido mucho en las últimas semanas.

—No me interesan los delicados equilibrios de corrupción, doctor.

—Entiendo. Pero no comprendo cómo puede esperar una identificación dentro de días. Ni la Iglesia ni Central de Pax tienen archivos de todos los ciudadanos de varios mundos de Pax, y mucho menos de las zonas del Confín y éxters.

—Todos los mundos de Pax tienen sus propios registros —dice serenamente De Soya—. Por los bautismos y los sacramentos de la cruz. Por las bodas y las defunciones. Registros militares y policíacos.

El doctor Ryum abre las manos con impotencia.

—¿Pero dónde empezaría usted?

—Donde hay más probabilidades de encontrarlo —responde el padre capitán De Soya.

Entretanto, no encuentran restos del infortunado teniente Belius dentro de las honduras de seiscientas brazas hasta donde los dos sumergibles aceptan descender. Capturan cientos de tiburones arco iris y analizan el contenido de su estómago. Ni rastros de Belius y su cruciforme. Pescan miles de depredadores marinos en un radio de doscientos kilómetros, e identifican trozos de dos cazadores furtivos en esófagos, pero no hay rastro de Belius ni del desconocido. En la estación se celebra una misa fúnebre por el teniente, y se declara que ha sufrido la muerte verdadera y ha encontrado la inmortalidad verdadera.

De Soya ordena a los capitanes de los sumergibles que desciendan más, buscando artefactos. Los capitanes se niegan.

—¿Por qué? —pregunta el sacerdote capitán—. Los traje aquí porque sus máquinas pueden llegar al fondo ¿Por qué rehúsan?

—Los leviatanes —dice el mayor de los capitanes—. Para buscar, tenemos que usar luces. Hasta seiscientas brazas, nuestro sonar y radar profundo pueden detectarlos y podemos dejarlos atrás. Más abajo, no tenemos la menor oportunidad. No descenderemos más.

—Irán —dice el padre capitán De Soya, cuyo disco papal reluce contra la sotana negra.

El capitán mayor se le acerca.

—Puede usted arrestarme, fusilarme, excomulgarme. No llevaré a mis hombres y mi máquina a una muerte segura. Usted nunca ha visto un leviatán, padre.

De Soya apoya una mano cordial en el hombro del capitán.

—No lo haré arrestar, fusilar ni excomulgar, capitán. Y pronto veré un leviatán. Tal vez más de uno.

El capitán no entiende.

—He ordenado que traigan tres submarinos más —dice De Soya—. Encontraremos, perseguiremos y mataremos a todo leviatán y gigacanto amenazador

en un radio de quinientos kilómetros. Cuando usted se sumerja, la zona será totalmente segura.

El capitán mayor mira al otro capitán, y de nuevo a De Soya. Ambos están estupefactos.

—Padre... capitán... ¿tiene idea de cuánto vale un leviatán? Para los pescadores extranjeros y las grandes fábricas de Santa Teresa...

—Quince mil seidones de Mare Infinitus —dice De Soya—. Eso equivale a treinta y cinco mil florines de Pax. Casi cincuenta mil marcos de Mercantilus. Cada uno. —De Soya sonríe—. Y como ustedes dos recibirán el treinta por ciento de la recompensa por localizar a los leviatanes para la armada, les deseo buena cacería.

Los dos capitanes se marchan deprisa.

Por primera vez De Soya envía a otra persona en el *Rafael* para que haga sus mandados.

El sargento Gregorius viaja a solas en el Arcángel, llevando la información sobre ADN y huellas dactilares, así como hebras de la alfombra voladora.

—Recuerde —le dice De Soya por haz angosto desde la plataforma, minutos antes de que el *Rafael* se eleve al estado cuántico—, todavía hay una gran presencia de Pax en Hyperion y por lo menos dos naves-antorcha dentro del sistema. Lo llevarán a la capital de San José para una resurrección adecuada.

Amarrado a su diván de aceleración, el sargento Gregorius asiente con un gruñido.

Su rostro luce relajado y calmo en la pantalla, a pesar de la muerte inminente.

—Tres días allá, por cierto —continúa De Soya—. Y creo que no necesitará más de un día para registrar los archivos. Luego regresará.

—Entendido, capitán. No perderé el tiempo en los bares de Jacktown.

—¿Jacktown? Ah sí, el viejo apodo de la capital. Bien, sargento, si quiere pasar su única noche en Hyperion en un bar, dése el gusto. Conmigo ha pasado varios meses a secas.

Gregorius sonríe. El reloj indica treinta segundos para el salto cuántico y su dolorosa extinción.

—No me quejo, capitán.

—Muy bien. Tenga buen viaje. Y otra cosa.

—¿Sí, señor?

Diez segundos.

—Gracias, sargento.

No hay respuesta. De repente no hay nada en el otro extremo del haz angosto de taquiones. El *Rafael* ha dado el salto cuántico.

La armada persigue y mata cinco leviatanes. De Soya va a inspeccionar cada cuerpo con su tóptero de mando.

—Santo cielo, son mayores de lo que podía imaginar —le dice al teniente Sproul cuando llegan al lugar donde flota el primero.

La bestia blancuzca tiene el triple de tamaño de la plataforma: una masa de pedúnculos oculares, fauces, agallas del tamaño del tóptero, zarcillos pulsátiles de centenares de metros, antenas colgantes que llevan un «farol» de luz fría de gran brillo, aun en plena luz del día, y bocas, muchas bocas, cada cual con tamaño suficiente para engullir un submarino. Bajo la mirada de De Soya, los tripulantes se apiñan sobre el cadáver reventado por la presión, serruchando zarcillos y pedúnculos y llevando la carne blanca a recipientes portátiles antes que el caliente sol la estropee.

Una vez que la zona queda limpia de leviatanes y otros gigacantos mortíferos, los dos capitanes llevan sus sumergibles a doce mil brazas. Allí, entre bosques de lombrices tubulares del tamaño de pinos de Vieja Tierra, encuentran una asombrosa variedad de ruinas: sumergibles de cazadores furtivos aplastados por la presión, una fragata que desapareció hace más de un siglo. También encuentran botas, docenas de botas.

—Es el proceso de curtiembre —le dice el teniente Sproul a De Soya mientras ambos miran los monitores—. Es una rareza, pero también sucedía en Vieja Tierra. Algunas expediciones de rescate marino, como ocurrió con una nave llamada *Titanic*, nunca encontraron cadáveres, pues el mar es demasiado voraz, pero sí muchas botas. El proceso de curtiembre ahuyenta a las criaturas marinas.

—Que las suban —ordena De Soya por el enlace umbilical.

—¿Las botas? —responde la voz del capitán del sumergible—. ¿Todas?

—Todas.

Los monitores muestran una profusión de desechos en el fondo del mar: cosas perdidas por los tripulantes de la plataforma en casi dos siglos de desidia, pertenencias personales de cazadores y marineros ahogados, basura de metal y plástico arrojada por los pescadores y otros. La mayoría de esos artículos están corroídos y deformados por crustáceos y la inimaginable presión, pero algunos son nuevos y resistentes y se pueden identificar.

—Métalos en un saco y envíelos arriba —ordena De Soya cuando encuentran objetos brillantes que podrían ser un cuchillo, un tenedor, una hebilla, una...

—¿Qué es eso? —pregunta De Soya.

—¿Qué? —pregunta el capitán del sumergible. Está mirando los manipuladores remotos, no los monitores.

—Esa cosa brillante. Parece una pistola.

El monitor presenta otra imagen cuando el sumergible gira. Los potentes focos buscan e iluminan el objeto mientras la cámara lo amplifica.

—Es una pistola —dice el capitán—. Todavía limpia. Un poco dañada por la presión, pero básicamente intacta. —De Soya oye el clic del capturador de imágenes que copia la del monitor—. La recogeré.

De Soya quiere aconsejarle que actúe con cuidado, pero se calla. Sus años de capitán de nave-antorcha le han enseñado a dejar que la gente haga su trabajo. Observa mientras la grapa aparece en el monitor y el manipulador remoto recoge suavemente el objeto brillante.

—Podría ser la pistola de dardos del teniente Belius —dice Sproul—. Cayó con él y aún no se ha recobrado.

—Esto está a bastante distancia —murmura De Soya, mirando los cambios de imagen en el monitor.

—Aquí las corrientes son poderosas, extrañas. Pero debo admitir que no parecía una pistola de dardos. Demasiado... no sé... cuadrada.

—Sí —dice De Soya.

Los focos submarinos alumbran el áspero casco de un sumergible que estuvo sepultado durante décadas. De Soya piensa en sus años en el espacio y en cuán diferente es esa región desconocida de cualquier océano de cualquier mundo, que bulle de vida e historia. El sacerdote capitán piensa en los éxters y su extraño intento de adaptarse al espacio tal como las lombrices tubulares, los gigacantos y demás especies abisales se han adaptado a la oscuridad eterna y las terribles presiones. «Tal vez —piensa—, los éxters entiendan algo acerca del futuro de la humanidad que en Pax sólo hemos negado.»

Herejía.

De Soya ahuyenta esos pensamientos y mira a su joven oficial de enlace.

—Pronto sabremos qué es —dice—. Dentro de una hora subirán esa carga.

Gregorius regresa cuatro días después de su partida Está muerto. El *Rafael* envía una señal, una nave-antorcha le sale al encuentro a veinte minutos-luz, el cuerpo del sargento es trasladado a la capilla de resurrección de Santa Teresa. De Soya no espera la llegada del sargento. Ordena que le traigan de inmediato el saco de correo.

Los registros de Pax en Hyperion han identificado el ADN tomado de la alfombra voladora, y también la huella dactilar parcial de la taza. Ambos pertenecen al mismo hombre, Raul Endymion, nacido en el Año de Señor de 3099 en el planeta Hyperion, no bautizado, alistado a la Guardia Interna de Hyperion en el mes de Tomás del año 3115; combatió con el 23º Regimiento de Infantería Mecanizada durante el levantamiento de Ursus. Tres recomendaciones por valentía, entre ellas una, por rescatar a un camarada bajo fuego.

Apostado en Fuerte Benjing, en la región de la Garra Sur del continente de Aquila, durante ocho meses estándar; sirvió el resto de su servicio en la estación 9 del

río Kans, en Aquila, patrullando la jungla, vigilando la actividad terrorista rebelde cerca de las plantaciones de fibroplástico. Último rango, sargento. Dado de baja (retiro honorable) el 15 de cuaresma de 3119, paradero desconocido hasta menos de diez meses estándar atrás. El 23 de asunción de 3126 fue arrestado, juzgado y condenado en Puerto Romance (continente de Aquila) por el asesinato de un tal Dabid Herrig, un cristiano renacido de Vector Renacimiento. La documentación indica que Raul Endymion rechazó ofrecimientos de aceptar la cruz y fue ejecutado con vara de muerte una semana después de su arresto, el 30 de asunción de 3126. Su cadáver fue arrojado al mar. El certificado de defunción y el informe de la autopsia fueron corroborados por el inspector general de Pax.

Al día siguiente examinan las huellas latentes de la aplastada y antigua pistola automática calibre 45 que ha sido rescatada del mar: Raul Endymion y el teniente Belius.

Los restos de hebras de la alfombra voladora no son tan fáciles de identificar en los archivos de Pax en Hyperion, pero el escribiente humano que realiza la búsqueda incluye una nota manuscrita señalando que esa alfombra cumple un papel importante en los legendarios *Cantos*, compuestos por un poeta que vivió en Hyperion hasta un siglo atrás.

El sargento Gregorius resucita, descansa unas horas y vuela a la Estación Tres-veinte-seis. De Soya le comenta sus hallazgos. También informa al sargento que la veintena de ingenieros de Pax que estuvo trabajando en el portal teleyector en estas tres semanas informa que no hay señales de que se haya activado, aunque aquella noche varios pescadores vieron un relámpago repentino desde la plataforma. Los ingenieros también informan de que no hay manera de entrar en el antiguo arco construido por el Núcleo, ni de saber adónde se puede ir al atravesarlo.

—Lo mismo que en Vector Renacimiento —dice Gregorius— Pero al menos usted tiene una idea de quién ayudó a la niña a escapar.

—Quizá.

—Recorrió un largo camino para morir aquí.

El padre capitán De Soya se reclina en la silla.

—¿Pero murió aquí, sargento?

Gregorius no tiene respuesta.

—Creo que hemos terminado en Mare Infinitus —dice al fin De Soya—. O terminaremos dentro de un par de días.

El sargento asiente. En la hilera de ventanas de la oficina del director, ve el fulgor brillante que precede al despuntar de las lunas.

—¿Adónde vamos ahora, capitán? ¿Regresaremos a la búsqueda de costumbre?

De Soya también mira el este, esperando que el gigantesco disco naranja asome

sobre el oscuro horizonte.

—No estoy seguro, sargento. Ordenemos las cosas aquí, entreguemos al capitán Powl a la justicia de Pax en Órbita Siete y aplaquemos al obispo Melandriano.

—Si podemos.

—Si podemos —conviene De Soya—. Luego presentaremos nuestros respetos a la arzobispo Kelley, regresaremos al *Rafael* y decidiremos adónde ir a continuación. Tal vez sea hora de elaborar alguna teoría acerca del rumbo de esa niña y tratar de llegar allí primero, en vez de seguir el itinerario que propone *Rafael*.

—Sí, señor —dice Gregorius. Se cuadra, va hacia la puerta, vacila un momento —. ¿Y tiene usted una teoría, señor? ¿Basada en las pocas cosas que hemos encontrado aquí?

De Soya mira las tres lunas que despuntan.

—Quizá. Sólo quizá —responde sin mirar al sargento.

36

Nos apoyamos en las pértigas y detuvimos la balsa antes de estrellarnos contra la muralla de hielo. Habíamos encendido nuestros faroles y las lámparas eléctricas arrojaban sus haces contra la gélida caverna. De las negras aguas brotaba una niebla que colgaba bajo el techo escabroso como los ominosos espíritus de los ahogados. Facetas de cristal distorsionaban y reflejaban los haces de luz mortecina, profundizando las tinieblas que nos rodeaban.

—¿Por qué el río todavía está líquido? —preguntó Aenea, abrazándose y pateando para calentarse. Se había puesto todo el abrigo que llevaba, pero no era suficiente. El frío era terrible.

Me arrodillé en el borde de la balsa, me llevé un poco de agua a los labios.

—Salinidad. Es tan salado como el mar de Mare Infinitus.

A. Bettik proyectó su luz contra la muralla de hielo que estaba a diez metros.

—Llega hasta el borde del agua. Y se extiende un poco por debajo. Pero la corriente no se detiene.

Tuve un arrebato de esperanza.

—Apagad los faroles —dije, oyendo el eco de mi voz en la vaporosa oquedad de ese lugar—. Apagad las lámparas.

Esperaba ver un destello de luz a través de la muralla de hielo, un indicio de salvación, una señal de que esta caverna de hielo era finita y sólo se había derrumbado la salida.

La oscuridad era absoluta. Por mucho que esperamos, no tuvimos visión nocturna. Maldije y lamenté haber perdido mis gafas en Mare Infinitus: si funcionaban aquí, habría significado que llegaba luz de alguna parte. Aguardamos otro instante a ciegas. Oía el temblor de Aenea, sentía el vapor de nuestra respiración.

—Encended las luces— dije al fin.

No había ningún destello de esperanza.

Proyectamos los haces contra las paredes, el techo y el río. La niebla continuaba elevándose y condensándose cerca del techo. Los carámbanos caían constantemente en las aguas brumosas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Aenea, tratando en vano de que no le castañetearan los dientes.

Hurgué en mi mochila, encontré la manta térmica que había empacado en la torre de Martin Silenus tanto tiempo atrás y envolví a Aenea.

—Esto conservará el calor. No... quédatela.

—Podemos compartirla —dijo la niña.

Me acuclillé cerca del cubo calefactor, elevando su potencia al máximo. Cinco de las seis caras de cerámica se pusieron brillantes.

—La compartiremos cuando sea necesario —dije. Proyecté la luz contra la muralla de hielo que nos cerraba el paso—. Como respuesta a tu pregunta, creo que estamos en Sol Draconi Septem. Algunos de mis clientes más ricos y más recios cazaban espectros árticos aquí.

—Concuerdo —dijo A. Bettik. Cuando se acercó al farol y al cubo calefactor, su tez azul creaba la impresión de que él tenía más frío del que yo sentía. La microtienda estaba cubierta de escarcha, quebradiza como metal delgado—. Ese mundo tiene un campo gravitatorio de uno-coma-siete gravedades. Y desde la Caída y la destrucción del proyecto de terraformación de la Hegemonía, se dice que la mayor parte ha vuelto a su estado de hiperglaciación.

—¿Hiperglaciación? —repitió Aenea—. ¿Qué significa eso? —Estaba recobrando el color en las mejillas a medida que la manta térmica capturaba la tibieza de su cuerpo.

—Significa que la mayor parte de la atmósfera de Sol Draconi Septem es un sólido —dijo el androide—. Congelado.

Aenea miró en torno.

—Creo que mi madre me habló de este lugar. Una vez persiguió a alguien aquí por un caso. Era lusiana, así que estaba acostumbrada a uno-coma-cinco gravedades estándar, pero hasta ella recordaba que este mundo era incómodo. Me sorprende que el río Tetis pasara por aquí.

A. Bettik se incorporó para alumbrar y se acuclilló de nuevo junto al cubo; hasta su vigorosa espalda sufría la agobiante gravedad.

—¿Qué dice la guía? —le pregunté.

Sacó el pequeño volumen.

—Muy pocos datos. Hacía poco que el Tetis se había extendido a Sol Draconi Septem cuando se publicó el libro. Está en el hemisferio norte, más allá de la zona que la Hegemonía intentaba terraformar. La principal atracción de este tramo del río parecía consistir en avistar un espectro ártico.

—¿Es la criatura que buscaban tus amigos cazadores? —me preguntó Aenea.

Asentí.

—Es blanca. Vive en la superficie. Es rápida y mortífera. Estaba casi extinguida en tiempos de la Red, pero resurgió después de la Caída, según los cazadores que yo escuché. Evidentemente su dieta consiste en residentes humanos de Sol Draconi Septem... o lo que queda de ellos. Sólo los indígenas —los colonos de la Hégira que volvieron a la vida salvaje hace siglos— sobrevivieron a la Caída. Se supone que son primitivos. Los cazadores decían que el único animal que los indígenas pueden cazar aquí es el espectro. Y los indígenas odian a Pax. Se rumorea que matan misioneros y usan sus tendones como cuerdas para sus arcos, como si fueran los de un espectro.

—Este mundo nunca fue acogedor para las autoridades de la Hegemonía —señaló

el androide—. Según la leyenda, los lugareños quedaron muy complacidos con la caída de los teleyectores. Hasta la peste, desde luego.

—¿Peste? —preguntó Aenea.

—Un retrovirus —expliqué—. Redujo la población humana de la Hegemonía, de varios cientos de millones a menos de un millón. La mayoría perecieron a manos de los pocos miles de indígenas. Evacuaron al resto en los primeros días de Pax. —Hice una pausa para mirar a la niña. Parecía el bosquejo de una joven madonna arropada en la manta térmica, la piel reluciente a la luz del farol y del cubo—. Fueron tiempos duros en la Red después de la Caída.

—Así parece —dijo ella secamente—. No eran tan malos cuando yo me crié en Hyperion. —Miró las aguas negras que lamían la balsa, las estalactitas—. Me pregunto por qué se tomaron tantas molestias para incluir sólo unos kilómetros de caverna de hielo en la excursión.

—Eso es lo raro —dije, señalando la guía—. Dice que la principal atracción es la oportunidad de ver un espectro ártico. Pero, por lo que me han dicho, los espectros no se refugian en el hielo. Viven en la superficie.

Aenea me clavó sus ojos oscuros al comprender lo que esto significaba.

—Entonces esto no era una caverna...

—Creo que no —dijo A. Bettik. Señaló el techo de hielo—. El intento de terraformación se concentró en crear suficiente temperatura y presión de superficie en ciertas zonas bajas, para permitir que la atmósfera de bióxido de carbono y oxígeno pasara de la forma sólida a la gaseosa.

—¿No dio resultado? —preguntó la niña.

—En zonas limitadas —respondió el androide. Señaló las tinieblas—. Yo diría que esto era un descampado en los tiempos en que los turistas recorrían este breve tramo del río Tetis. O tal vez fuera un descampado excepto por campos de contención que ayudaban a retener la atmósfera y protegerse del tiempo más inclemente. Me temo que esos campos han desaparecido.

—Y nosotros estamos encerrados bajo una masa de aquello que respiraban los turistas —dije. Mirando el techo y el rifle de plasma, murmuré—: Me pregunto cuál será el grosor.

—Lo más probable es que sea de varios cientos de metros —dijo A. Bettik—. Tal vez un kilómetro vertical de hielo. Entiendo que ése era el grosor de la glaciación atmosférica al norte de las zonas terraformadas.

—Sabes mucho sobre este lugar.

—Al contrario. Acabamos de agotar la totalidad de mis conocimientos sobre la ecología, la geología y la historia de Sol Draconi Septem.

—Podríamos preguntar al comlog —sugerí, señalando mi mochila, donde ahora guardaba el brazalete.

Los tres nos miramos.

—No —dijo Aenea.

—Concuerdo —dijo A. Bettik.

—Tal vez después —sugerí, aunque mientras hablaba estaba pensando en algunas de las cosas que tenía que haber insistido en sacar del armario de herramientas extravehiculares: trajes ambientales con calefactores potentes, equipo de buceo, hasta un traje espacial habría sido preferible a la insuficiente ropa de abrigo en que ahora tiritábamos.

—Estaba pensando en disparar contra el techo, tratando de abrir un boquete, pero el riesgo de derrumbe parece mucho mayor que la probabilidad de abrir una vía de escape.

A. Bettik asintió. Se había puesto una gorra de lana con orejeras largas. El delgado androide parecía rechoncho con tanta ropa.

—Quedan explosivos plásticos en la bolsa de bengalas, M. Endymion.

—Sí, estaba pensando en eso. Queda suficiente para media docena de cargas moderadas... pero sólo tengo cuatro detonadores. Podríamos tratar de abrir un camino hacia arriba, o hacia el costado, o a través de esa muralla de hielo que nos cierra el paso. Pero sólo tenemos cuatro explosiones.

La trémula figura de madonna me miró.

—¿Dónde aprendiste a usar explosivos, Raul? ¿En la Guardia Interna de Hyperion?

—Al principio. Pero realmente aprendí a usar el anticuado plástico despejando tocones y rocas para Avrol Hume, cuando hacíamos jardinería en las fincas del Pico. —Me interrumpí, notando que sentía demasiado frío para permanecer quieto tanto tiempo. Mis dedos entumecidos enviaban esa señal—. Podríamos tratar de regresar río arriba —dije, pateando con los pies y flexionando los dedos.

Aenea frunció el ceño.

—Los teleyectores siempre están río abajo...

—Es verdad, pero tal vez haya una salida río arriba. Encontramos un poco de calor, una salida, un lugar para permanecer un tiempo, y luego nos preocupamos por atravesar el próximo portal.

Aenea asintió.

—Buena idea —dijo el androide, dirigiéndose al remo de estribor.

Antes de continuar, volví a colocar el mástil, cortándole un metro para que despejara las estalactitas más bajas, y colgué un farol allí.

Pusimos una lámpara en cada esquina de la balsa y seguimos río arriba, proyectando aureolas amarillas en la niebla helada.

El río era poco profundo —no llegaba a tres metros— y las pértigas ejercían buena tracción contra el fondo. Pero la corriente era muy fuerte y A. Bettik y yo

tuvimos que usar todas nuestras fuerzas para empujar la pesada balsa corriente arriba. Aenea cogió otra pértiga y me ayudó a impulsar la balsa desde mi lado. Detrás de nosotros, las rápidas aguas negras se hinchaban y arremolinaban sobre las planchas de popa.

Durante unos minutos este gran esfuerzo nos mantuvo calientes —yo chorreaba gotas de sudor que se congelaban contra mi ropa— pero al cabo de media hora de empujar y descansar, empujar y descansar, estábamos nuevamente helados y sólo cien metros corriente arriba.

—Mira —dijo Aenea, dejando su pértiga y cogiendo la lámpara más potente.

A. Bettik y yo nos apoyamos en nuestros remos, manteniendo la balsa en su sitio mientras mirábamos. El extremo de un portal teleyector entre los macizos carámbanos como el arco de la rueda de un vehículo terrestre atrapado en un banco de hielo. Más allá del fragmento de portal expuesto, el río se angostaba hasta convertirse en una fisura de un metro de anchura que desaparecía bajo otra pared de hielo.

—El río debía de tener cinco o seis veces la anchura de hoy —dijo A. Bettik—, si el portal se extendía de orilla a orilla.

—Sí —dije, exhausto y desalentado—. Regresemos al otro extremo.

Empuñamos las pértigas y pronto recorrimos la galería de hielo, atravesando en dos minutos lo que nos había llevado media hora corriente arriba. Los tres tuvimos que usar las pértigas para detener la balsa y no estrellarnos contra la muralla de hielo.

—Bien —dijo Aenea—. Hénos nuevamente aquí. —Alumbró las paredes verticales de hielo—. Podríamos ir a la costa, si hubiera orilla. Pero no la hay.

—Podemos crear una con los explosivos. Hacer una especie de caverna de hielo.

—¿Sería más cálida? —preguntó la niña. Sin la manta térmica, estaba tiritando de nuevo. Comprendí que tenía tan poca grasa en el cuerpo que perdía el calor.

—No —dije con franqueza. Por vigésima vez caminé hasta la tienda y hurgué en el equipo en busca de algo que fuera nuestra salvación. Bengalas. Explosivos plásticos. Las armas, con sus estuches ahora cubiertos por la escarcha que estaba tapando todo. Una manta térmica. Comida. El cubo calefactor aún resplandecía, y la niña y el hombre de tez azul se le acercaron de nuevo. En ese ámbito duraría cien horas antes de agotar su carga. Con un buen material aislante, podríamos tener una cueva acogedora para sobrevivir tres o cuatro veces ese tiempo en una gradación más baja.

No teníamos material aislante. La tela de la microtienda era resistente, pero no aislaba bien. Y la idea de esperar la muerte en una tumba de hielo mientras se agotaban nuestras lámparas y faroles —cosa que sucedería pronto con este frío— me daba dolor de estómago.

Caminé hacia el frente de la balsa, alumbré el hielo lechoso y el agua negra.

—Bien —dije—, esto es lo que haremos.

Aenea y A. Bettik me miraron desde el pequeño círculo de luz que irradiaba el cubo calefactor. Los tres estábamos tiritando.

—Cogeré explosivos plásticos, los detonadores, toda la mecha que tengamos, la cuerda, una unidad de comunicaciones y mi linterna láser. Pasaré a nado bajo esta maldita muralla, dejaré que la corriente me lleve río abajo. Espero que sea sólo un derrumbe y el río continúe más allá. Si es así, emergeré y pondré las cargas en el lugar más conveniente. Tal vez podamos abrir un boquete para la balsa. De lo contrario, dejaremos la balsa y seguiremos a nado.

—Morirás —dijo la niña sin rodeos—. Sufrirás hipotermia a los diez segundos. ¿Y cómo nadarás río arriba contra esta corriente?

—Por eso me llevo la cuerda. Si hay un lugar para mantenerme a cubierto de la explosión, me quedaré al otro lado mientras abrimos el boquete. En caso contrario, halaré la cuerda y me traeréis de vuelta. Cuando llegue a la balsa, me desnudaré y me envolveré en la manta térmica. Es ciento por ciento aislante. Si me queda calor corporal, sobreviviré.

—¿Y si todos tenemos que salir a nado? —preguntó Aenea—. La manta térmica no alcanza para los tres.

—Llevaremos el cubo calefactor. Usaremos la manta como tienda hasta calentarnos.

—¿Dónde? —preguntó la niña con angustia—. Aquí no hay orilla. ¿Por qué habría una al otro lado?

—Por eso intentaremos abrir un boquete para la balsa —expliqué pacientemente —. Si no podemos, usaré los explosivos para derribar parte de la muralla. Flotaremos en un trozo de hielo. Cualquier cosa para llegar al próximo portal teleyector.

—¿Y si usamos todos los explosivos para avanzar veinte metros más y hay otra muralla de hielo? ¿Y si el teleyector está a cincuenta kilómetros en el hielo?

Iba a responder con un ademán, pero me temblaban las manos, y no sólo de frío. Me las puse en las axilas.

—Entonces moriremos al otro lado de la muralla. Es mejor que morir aquí.

Al cabo de un instante de silencio, A. Bettik dijo:

—Ese plan parece nuestra mejor opción, M. Endymion, pero debería ser yo quien nade. Es lo más lógico. Tú te estás recuperando, debilitado por tus heridas recientes. Yo fui biofacturado para resistir temperaturas extremas.

—No tan extremas. Veo que estás temblando. Además, no sabrías dónde colocar las cargas.

—Tú puedes indicármelo, M. Endymion. Con la unidad de comunicaciones.

—No sabemos si funcionará a través del hielo. Además, será difícil. Será como tratar de cortar un diamante. Hay que poner las cargas en los sitios apropiados.

—Aun así, lo sensato es que yo...

—Será sensato —interrumpí—, pero no lo haremos así. Este trabajo es mío. Si yo fracaso, inténtalo tú. Además, necesitaré a alguien muy fuerte que me arrastre de vuelta por la corriente, de un modo u otro. —Me acerqué al hombre azul y le apoyé la mano en el hombro— Esta vez impondré mi rango, A. Bettik.

Aenea se quitó la manta térmica a pesar de sus temblores.

—¿Qué rango? —preguntó.

Me erguí y remedé una pose heroica.

—Debes saber que fui sargento lancero de tercera clase en la Guardia Interna de Hyperion.

Mis dientes castañeteaban, arruinándome un poco el discurso.

—Sargento —dijo la niña.

—Tercera clase —dije yo.

La niña me rodeó con sus brazos. Ese abrazo me sorprendió y la palmeé con torpeza.

—De acuerdo —murmuró, retrocediendo y soplándose las manos—. ¿Qué hacemos?

—Yo buscaré las cosas que necesito. ¿Por qué no me dais ese tramo de cien metros de cuerda que usasteis como ancla en Mare Infinitus? Eso debería alcanzar. A. Bettik, deja que la balsa se aproxime a la muralla de hielo de tal modo que toda la popa no quede a merced de la corriente. Tal vez metiendo el frente bajo ese reborde de hielo...

Los tres pusimos manos a la obra. Cuando nos reunimos en el frente de la balsa, bajo el mástil cortado, le dije a Aenea:

—¿Aún crees que alguien o algo nos manda a estos mundos del río Tetis por alguna razón?

La niña escrutó la oscuridad unos segundos. A nuestras espaldas otra estalactita cayó al río con un chapoteo hueco.

—Sí —respondió.

—¿Y cuál es la razón de este callejón sin salida?

Aenea se encogió de hombros. En otras circunstancias habría resultado cómico, tan abrigada como estaba.

—Una tentación —dijo.

No comprendí.

—¿Tentación para qué?

—Odio el frío y la oscuridad. Siempre los he odiado. Quizás alguien me esté tentando para que use ciertas facultades que aún no he explorado del todo. Ciertos poderes que no me he ganado.

Miré las arremolinadas aguas negras donde estaría nadando dentro de un minuto.

—Bien, pequeña, si tienes poderes o facultades que pueden sacarnos de aquí, te sugiero que los explores y los uses, háyaslos ganado o no.

Me tocó el brazo. Usaba un par de mis calcetines de lana como mitones.

—Lo estoy intentando —dijo, y el vapor de su aliento se congeló junto a su gorra—. Pero nada que yo aprenda nos sacará a los tres de aquí. Sé que eso es cierto. Quizá la tentación sea... No importa, Raul. Veamos si podemos pasar por esa muralla de hielo.

Asentí, aspiré y me quité toda la ropa salvo mis paños menores. El choque del aire frío era terrible. Anudándome la cuerda alrededor del pecho, notando que mis dedos se estaban poniendo tiesos, cogí el saco de plástico que contenía los explosivos plásticos.

—El agua estará tan fría que quizá me detenga el corazón. Si no doy un tirón fuerte en los primeros treinta segundos, traedme de vuelta.

El androide asintió. Habíamos reseñado las otras señales que usaría con la cuerda.

—Y si me traéis de vuelta y estoy en coma o muerto —dije, tratando de demostrar calma—, no olvidéis que podéis revivirme varios minutos después del paro cardíaco. El agua fría retardará la muerte cerebral.

A. Bettik asintió de nuevo. Estaba de pie con la cuerda sobre un hombro y enrollada en torno de la cintura hasta la otra mano, en clásica postura de escalador.

—De acuerdo —dije, notando que me estaba demorando y perdiendo calor corporal—. Os veré dentro de poco. —Me arrojé al agua negra.

Creo que mi corazón se detuvo un minuto, pero luego empezó a latir penosamente. La corriente me arrastró con más fuerza de la que esperaba y me impulsó varios metros a babor de la balsa. Choqué contra el filoso hielo, abriéndome un tajo en la frente y pegándome brutalmente en los antebrazos. Me aferré a un escabroso cristal con todas mis fuerzas, sintiendo que el vórtice subterráneo me chupaba las piernas, y tratando de mantener la cara fuera del agua. La estalactita que se había derrumbado detrás de nosotros se estrelló contra la muralla de hielo a mi izquierda. Si me hubiera golpeado, me habría dejado inconsciente y yo me habría ahogado sin saber lo que ocurría.

—Quizá no sea tan buena idea —jadeé, antes de aflojar las manos y ser arrastrado bajo el filoso hielo.

37

De Soya se propone abandonar el itinerario del *Rafael* y saltar directamente al primero de los sistemas capturados por los éxters.

—¿De qué serviría, señor? —pregunta el cabo Kee.

—Tal vez de nada —admite el padre capitán De Soya—. Pero si los éxters tienen algo que ver, quizás obtengamos una pista.

El sargento Gregorius se rasca la barbilla.

—También podemos ser capturados por un enjambre. Con todo respeto, señor, esta nave no es la mejor equipada en la flota de Su Santidad.

De Soya asiente.

—Pero es veloz. Tal vez podamos dejar atrás a la mayoría de las naves éxters. Y tal vez ya hayan abandonado el sistema a estas alturas. Es lo que suelen hacer. Atacar, correr, empujar la Gran Muralla de Pax, abandonar el sistema dejando una defensa simbólica después de causar la mayor cantidad posible de estragos en el mundo y su población. —De Soya se interrumpe. Sólo ha visto un mundo asolado por los éxters con sus propios ojos, Svoboda, y espera no tener que ver otro—. De cualquier modo, es lo mismo para nosotros en esta nave. Normalmente el salto cuántico allende la Gran Muralla llevaría ocho o nueve meses de tiempo de a bordo, con once o más años de deuda temporal. Para nosotros será el salto de costumbre, y tres días de resurrección.

El lancero Rettig alza la mano.

—Debemos tener eso en cuenta, señor.

—¿Qué?

—Los éxters nunca han capturado un correo clase Arcángel, señor. Quizá no sepan que existe este tipo de nave. Diantre, aun en la flota de Pax muchos ignoran que existe esta tecnología.

De Soya comprende de inmediato, pero Rettig continúa.

—Así que correríamos un gran riesgo, señor. No sólo para nosotros, sino para Pax.

Hay un largo silencio.

—Buena observación, lancero —dice al fin De Soya—. He reflexionado sobre ello. Pero Mando de Pax construyó esta nave con su nicho de resurrección automática para que pudiéramos ir más allá de Pax. Creo que se da por sentado que podríamos tener que internarnos en el Confín, en territorio éxter si es preciso. Yo he estado allá, caballeros. He incendiado sus bosques orbitales y he escapado de los enjambres por medio de la lucha. Los éxters son extraños. Sus intentos de adaptarse a ámbitos raros, incluso al espacio, son blasfemos. Quizá ya no sean humanos. Pero sus naves no son veloces. *Rafael* podrá entrar en ese espacio y regresar a velocidades cuánticas si hay

riesgo de captura. Y podemos programarlo para que se autodestruya antes de ser aprehendidos.

Los tres guardias suizos callan. Todos parecen pensar en la muerte dentro de la muerte que esto supondría: la destrucción sin advertencia de destrucción. Se dormirían en sus divanes de aceleración y resurrección como siempre y nunca despertarían, al menos no en esta vida.

El sacramento del cruciforme es realmente milagroso. Puede resucitar cuerpos despedazados, devolver la forma y el alma a cristianos renacidos que han sido acribillados, quemados, hambreados, ahogados, sofocados, apuñalados, aplastados o devorados por la enfermedad, pero tiene sus limitaciones: un tiempo excesivo de descomposición le impide actuar, al igual que la explosión termonuclear del motor de fusión de una nave.

—Estamos con usted —dice al fin el sargento Gregorius, sabiendo que el padre capitán De Soya ha pedido esta deliberación porque odia ordenar a sus hombres que corran semejante riesgo de muerte verdadera.

Kee y Rettig asienten.

—Bien —dice De Soya—, programaré el *Rafael* en consecuencia. Si no puede escapar antes de nuestra resurrección, activará sus motores de fusión. Y fijaremos cuidadosamente esos parámetros de «no escapatoria». Pero no creo que haya muchas probabilidades de que eso ocurra. Despertaremos en... Dios mío, ni siquiera he revisado qué sistema es el primer mundo del río Tetis ocupado por los éxters. ¿Es Tal Zhin?

—Negativo, señor —dice Gregorius, inclinándose sobre el mapa estelar que ha preparado *Rafael*. Su rechoncho dedo señala una región marcada con un círculo—. Es Hebrón. El mundo judío.

—De acuerdo. Vamos a nuestros divanes y dirijámonos hacia el punto de traslación. ¡El año próximo en Nueva Jerusalén!

—¿El año próximo? —pregunta el lancero Rettig, flotando sobre la mesa antes de dirigirse a su diván.

De Soya sonríe.

—Es un dicho que he oído a algunos amigos judíos. No sé qué significa.

—No sabía que aún existían judíos —dice el cabo Kee, flotando sobre su diván —. Creí que se habían liquidado entre sí en el Confín.

De Soya sacude la cabeza.

—Había algunos judíos conversos en la universidad donde yo estudié, fuera del seminario. No importa. Pronto conoceremos a alguno en Hebrón. A sujetarse, caballeros.

En cuanto se despierta, el capitán sacerdote comprende que algo anduvo mal. En

los tiempos más fogosos de la juventud, Federico de Soya se embriagaba con sus compañeros de seminario, y en una de esas salidas se había despertado en una cama extraña —solo, gracias a Dios—, pero en una cama extraña en una parte extraña de la ciudad, sin recordar quién era ni cómo había llegado allí. Este despertar es similar.

En vez de ver los nichos automáticos del *Rafael*, oliendo el ozono y los aromas de sudor reciclado de la nave, sintiendo el terror de despertar en gravedad cero, De Soya se encuentra en una cama mullida, en una habitación acogedora, en un campo de gravitación normal. Hay iconos religiosos en la pared: la Virgen María, un gran crucifijo donde un Cristo sufriente alza los ojos al cielo, una pintura del martirio de San Pablo. Una luz tenue atraviesa cortinas de encaje.

Todo esto resulta familiar para el aturdido De Soya, al igual que el amable rostro del sacerdote regordete que le trae caldo y conversación. Al fin las sinapsis del padre capitán se reactivan. El padre Baggio, el capellán de resurrección que había visto en los jardines del Vaticano con la certeza de que nunca lo vería de nuevo. Bebiendo caldo, De Soya mira por la ventana de la rectoría. Ve el cielo claro y piensa: «Pacem.» Se esfuerza por recordar cómo ha llegado allí, pero sólo recuerda una conversación con Gregorius y sus hombres, el largo ascenso desde el pozo de gravedad de Mare Infinitus y Setenta Ofiuca A, el sobresalto de la traslación.

—¿Cómo? —murmura, aferrando la manga del amable sacerdote—. ¿Por qué? ¿Cómo?

—Calma, hijo, descansa —dice el padre Baggio—. Ya habrá tiempo para hablar. Tiempo para todo.

Acunado por esa voz suave, la radiante luz y el aire rico en oxígeno, De Soya cierra los ojos y se duerme. Sus sueños son ominosos.

Con la comida del mediodía —más caldo— De Soya comprende que el afable y regordete padre Baggio no responderá a sus preguntas: no le dirá cómo llegó a Pacem, dónde y cómo están sus hombres, ni por qué no le explica nada.

—Pronto vendrá el padre Farrell —dice el capellán, como si eso lo aclarase todo. De Soya reúne sus fuerzas, se baña, se viste, trata de despejarse y espera al padre Farrell.

El padre Farrell llega por la tarde. Es un sacerdote alto, delgado y ascético, un comandante de los Legionarios de Cristo, se entera pronto De Soya, sin sorprenderse. Su voz es suave pero cortante. Los ojos de Farrell son grises y acerados.

—Es comprensible que sienta curiosidad —dice el padre Farrell—. Y sin duda aún estará un poco confundido. Es normal para los recién nacidos.

—Conozco los efectos laterales —dice De Soya con una sonrisa levemente irónica—. Pero siento curiosidad. ¿Cómo he despertado en Pacem? ¿Qué sucedió en el sistema de Hebrón? ¿Y cómo están mis hombres?

Farrell habla sin pestañear.

—La última pregunta primero, padre capitán. El sargento Gregorius y el cabo Kee están bien, recobrándose en la capilla de resurrección de la Guardia Suiza.

—¿Y el lancero Rettig? —pregunta De Soya con esa sensación ominosa que lo acosa desde que despertó.

—Muerto, me temo. Muerte verdadera. Se le administró la extremaunción, y su cuerpo fue entregado a las honduras del espacio.

—¿Cómo murió la muerte verdadera? —tartamudea De Soya. Siente ganas de llorar, pero se resiste porque no sabe si es simple pena o un efecto de la resurrección.

—Desconozco los detalles —dice Farrell. Los dos están en la sala de la rectoría, que se usa para reuniones y deliberaciones importantes. Están solos, excepto por los ojos de los santos, los mártires, Cristo y Su madre—. Parece que hubo un problema con el nicho de resurrección automática del *Rafael* al regresar del sistema de Hebrón.

—¿Al regresar de Hebrón? Me temo que no entiendo, padre. Había programado la nave para quedarse allá, a menos que la persiguieran fuerzas éxters. ¿Eso sucedió?

—Evidentemente. Como le decía, desconozco los detalles, y no soy competente en cuestiones técnicas, pero entiendo que usted programó su correo Arcángel para penetrar en espacio controlado por los éxters...

—Necesitábamos continuar nuestra misión en Hebrón —interrumpe el padre capitán De Soya.

Farrell no protesta contra la interrupción ni modifica su expresión neutra, pero De Soya mira esos ojos acerados y no vuelve a interrumpir.

—Como le decía, padre capitán, entiendo que usted programó la nave para que entrara en espacio éxter y, de no haber inconvenientes, se pusiera en órbita del planeta Hebrón.

De Soya asiente en silencio. Sus ojos oscuros enfrentan la mirada gris. Aún no hay animadversión, pero está dispuesto a defenderse de cualquier acusación.

—Entiendo que el... ¿su nave se llama *Rafael*?

De Soya asiente. Ahora comprende. Las frases cautas, las preguntas que se formulan aun sabiendo las respuestas, todo esto define a un abogado. La Iglesia tiene muchos asesores legales. E inquisidores.

—Parece que el *Rafael* cumplió su programación, no encontró oposición inmediata durante la desaceleración y se puso en órbita de Hebrón —continúa Farrell.

—¿Fue entonces cuando falló la resurrección? —pregunta De Soya.

—Entiendo que no fue así —dice Farrell. Los ojos grises dejan de mirar a De Soya un instante, recorren la habitación como evaluando los muebles y objetos de arte, no parecen encontrar nada de interés y vuelven al padre capitán—. Entiendo que los cuatro tripulantes estaban cerca de la resurrección plena cuando la nave tuvo que huir del sistema. El shock de traslación fue fatal, por supuesto. La resurrección

secundaria después de una resurrección incompleta es, como sin duda usted sabrá, mucho más difícil que la resurrección primaria. Fue aquí donde un fallo mecánico impidió la realización del sacramento.

Cuando Farrell deja de hablar, se hace un silencio. Sumido en sus reflexiones, De Soya apenas repara en el ruido de tráfico que viene desde la angosta calle, el rugido de un transporte que se eleva desde el puerto espacial cercano.

—Los nichos fueron inspeccionados y reparados mientras estábamos en órbita de Vector Renacimiento, padre Farrell —dice al fin.

El otro sacerdote cabecea apenas.

—Tenemos los registros. Creo que hubo algún error de calibración en el nicho automático del lancero Rettig. La investigación continúa en la guarnición del sistema de Renacimiento. También hemos extendido la investigación a los sistemas de Mare Infinitus, Epsilon Eridani y Epsilon Indi, el mundo de la Gracia Inevitable del sistema Lacaille 9352, Mundo de Barnard, NGC[es] 2629-4BIV, los sistemas Vega y Tau Ceti.

De Soya pestañea.

—Muy exhaustiva —dice al fin. Está pensando: «Deben de estar usando los otros dos correos Arcángel para realizar esta investigación. ¿Por qué?»

—Sí —dice el padre Farrell.

El padre capitán De Soya suspira y se apoya en los mullidos cojines del sillón de la rectoría.

—Conque nos encontraron en el sistema Svoboda y no pudieron resucitar al lancero Rettig.

Farrell hace una levísima mueca con los finos labios.

—¿Svoboda, padre capitán? No. Entiendo que su nave correo fue descubierta en el sistema Setenta Ofiuca A, mientras desaceleraba con rumbo al mundo oceánico de Mare Infinitus.

De Soya se incorpora.

—No entiendo. Había programado el *Rafael* para que se trasladara al próximo sistema de Pax de su itinerario de búsqueda original si tenía que abandonar prematuramente el sistema de Hebrón. El próximo mundo era Svoboda.

—Tal vez la persecución de naves hostiles en el sistema de Hebrón impidió ese alineamiento de traslación —dice Farrell sin énfasis—. El ordenador de la nave habrá decidido regresar a su punto de partida.

—Tal vez —dice De Soya, tratando de interpretar la expresión del otro. Es inútil —. Usted dice que el ordenador pudo haber decidido, padre Farrell. ¿No lo sabe? ¿No han examinado la bitácora?

El silencio de Farrell podría ser una afirmación o nada.

—Y si regresamos a Mare Infinitus —continúa De Soya—, ¿por qué despertamos en Pacem? ¿Qué sucedió en Setenta Ofiuca A?

Farrell sonríe. Extiende apenas los labios.

—Por coincidencia, padre capitán, el correo *Miguel* estaba en el espacio de la guarnición de Mare Infinitus cuando usted se trasladó. La capitana Wu iba a bordo del *Miguel*.

—¿Marget Wu? —pregunta De Soya, sin importarle si molesta al otro con la interrupción.

—Precisamente. —Farrell se quita una pelusa imaginaria de sus almidonados pantalones negros—. Teniendo en cuenta la consternación que su visita había causado en Mare Infinitus...

—¿Porque envié al obispo Melandriano a un monasterio para que no me estorbara? ¿Y arresté a oficiales traidores y corruptos que sin duda realizaban sus robos y asociaciones ilícitas bajo supervisión de Melandriano?

Farrell alza una mano para interrumpirlo.

—Esos hechos no están en mi campo de la investigación, padre capitán. Yo me limitaba a responder su pregunta. ¿Puedo continuar?

De Soya siente que su furia se mezcla con su pena por la muerte de Rettig, todo en medio del efecto narcótico de la resurrección.

—La capitana Wu, que ya había oído las protestas del obispo Melandriano y otros administradores de Mare Infinitus, decidió que sería conveniente que usted regresara a Pacem para su resurrección.

—¿Y nuestra resurrección fue interrumpida por segunda vez?

—No. —No hay irritación en la voz de Farrell—. El proceso de resurrección no se había iniciado en Setenta Ofiuca A cuando se tomó la decisión de traerlo a Mando de Pax y el Vaticano.

De Soya se mira los dedos. Están temblando. Se imagina el *Rafael* con su cargamento de cadáveres, el suyo incluido. Primero una excursión mortal a Hebrón, luego una desaceleración hacia Mare Infinitus, luego el viaje a Pacem. Mira a Farrell.

—¿Cuánto hace que estoy muerto, padre?

—Treinta y dos días —dice Farrell.

De Soya quiere saltar de la silla. Al fin se recuesta y dice con voz controlada:

—Si la capitana Wu decidió enviar la nave aquí antes de que se iniciara la resurrección en Mare Infinitus, padre, y si no hubo resurrección en Hebrón, tendríamos que haber estado muertos menos de setenta y dos horas en ese punto. Calculando tres días aquí... ¿dónde estuvimos los otros veintiséis días, padre?

Farrell se pasa los dedos por la raya del pantalón.

—Hubo demoras en el espacio de Mare Infinitus. La investigación inicial comenzó allí. Se presentaron protestas. El lancero Rettig fue sepultado en el espacio con todos los honores. También se cumplieron otros deberes. El *Rafael* regresó con el *Miguel*.

Farrell se pone de pie abruptamente y De Soya lo imita.

—Padre capitán —anuncia Farrell formalmente—, estoy aquí para extenderle los cumplidos del cardenal secretario Lourdusamy, su deseo de plena recuperación en salud y vida en los brazos de Cristo, y para requerir que se presente, mañana a las siete de la mañana, en las oficinas de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, en el Vaticano, para reunirse con monseñor Lucas Oddi y otros funcionarios de la Sagrada Congregación.

De Soya se queda atónito. Sólo puede entrechocar los talones y asentir. Es un jesuita y un oficial de Pax. Lo han entrenado en la disciplina.

—Muy bien —dice el padre Farrell, y se despide.

El padre capitán De Soya se queda en la sala de la rectoría unos minutos. Como mero sacerdote y oficial de línea, De Soya ha evitado muchas intrigas de la Iglesia, pero aun un cura de provincias y un guerrero conoce la estructura básica del Vaticano y su propósito.

Por debajo del Papa, hay dos categorías administrativas principales, la Curia Romana y las Congregaciones Sagradas. De Soya sabe que la Curia es una estructura administrativa compleja y laberíntica cuya forma «moderna» fue establecida por Sixto V en 1588. La Curia incluye la Secretaría de Estado, base de poder del cardenal Lourdusamy, donde obra como una especie de primer ministro con el equívoco título de secretario de Estado. Esta secretaría es una parte central de lo que a menudo se llama «Vieja Curia», usada por los papas desde el siglo dieciséis. Además existe la Nueva Curia, que inicialmente consistía en dieciséis organismos menores creados por el Segundo Concilio del Vaticano —aún conocido popularmente como Vaticano II—, que concluyó en 1965. Esos dieciséis organismos se han convertido en treinta y una entidades durante el reinado de doscientos sesenta años del papa Julio.

Pero De Soya no es convocado por esta Curia, sino por uno de sus conjuntos separados de autoridad, las Congregaciones Sagradas. Específicamente, le han ordenado que comparezca ante la Congregación Sagrada de la Doctrina de la Fe, una organización que ha cobrado —mejor dicho, recobrado— enorme poder en los dos últimos siglos. Bajo el papa Julio, la Congregación Sagrada por la Doctrina de la Fe volvió a acoger al papa como su prefecto, un cambio de estructura que revitalizó el oficio. Durante los doce siglos previos a la elección del papa Julio, esta Congregación Sagrada —conocida como Santo Oficio de 1908 a 1964— había perdido poder al extremo de ser un órgano vestigial. Ahora, bajo Julio, el poder del Santo Oficio se siente en un radio de quinientos años-luz de espacio y se remonta a tres mil años de historia.

De Soya regresa a la sala y se apoya en la silla donde estaba sentado. Siente vértigo. Sabe que no le permitirán ver a Gregorius o Kee antes de su reunión con el Santo Oficio. Quizá nunca los vea de nuevo. De Soya trata de desovillar el hilo que lo

ha conducido a esta reunión, pero se pierde en el berenjenal de la politiquería eclesiástica, los clérigos ofendidos, las luchas de poder de Pax y el torbellino de su cerebro resucitado y confundido.

Sabe que la Sagrada Congregación por la Doctrina de la Fe, antes llamada Sagrada Congregación del Santo Oficio, fue conocida muchos siglos atrás como la Sagrada Congregación de la Inquisición Universal.

Y bajo el papa Julio XIV la Inquisición ha vuelto a estar a la altura de su fama original y su sensación de terror. De Soya debe comparecer ante ella sin preparativos, asesoramiento ni conocimiento de las acusaciones que pueden esgrimir contra él.

Entra el padre Baggio, una sonrisa en sus rasgos de querubín.

—¿Has tenido una grata conversación con el padre Farrell, hijo mío?

—Sí —dice distraídamente De Soya—. Muy grata.

—Bien. Pienso que es hora de un poco de caldo y un poco de oración... el ángelus, creo. Luego a acostarse temprano. Debemos estar frescos para lo que nos depare el nuevo día, ¿eh?

38

Cuando era un niño que escuchaba el incesante caudal de versos de Grandam, había una pieza breve que le pedía una y otra vez: «Algunos dicen que el mundo terminará en fuego, algunos dicen que en hielo.» Grandam ignoraba el nombre del autor. Creía que podía ser un poeta pre-Hégira llamado Frost, pero aun a esa tierna edad yo pensaba que eso era demasiada coincidencia para un poema sobre el fuego y el hielo[1]

. Aun así, la idea de que el mundo terminara en fuego o hielo se había grabado en mi memoria, tan indeleble como el ritmo de sonsonete de esos sencillos versos.

Mi mundo parecía terminar en hielo.

Estaba oscuro debajo de la muralla de hielo, y no encuentro palabras para describir el frío. Una vez me había quemado —una cocina de gas había estallado en una barca del Kans y yo había recibido leves pero dolorosas quemaduras en los brazos y el pecho—, así que conocía la intensidad del fuego. Este frío parecía igualmente intenso, llamas en cámara lenta desgarrándome la carne.

Llevaba la soga bajo los brazos. La poderosa corriente pronto me hizo girar y caí con los pies para delante en el túnel negro, alzando las manos para protegerme la cara mientras A. Bettik me frenaba con la cuerda. Pronto el filoso hielo me raspó las rodillas mientras la corriente seguía llevando mi cuerpo hacia arriba, golpeándome contra el escabroso techo como si me arrastraran por un terreno pedregoso.

Había llevado medias pensando en el hielo, no en el frío, pero no parecían proteger mis pies mientras me golpeaba contra las protuberancias de hielo. También usaba calzas y camiseta, pero no me protegían contra los aguijonazos del frío. Llevaba colgada del cuello la unidad de comunicaciones, con micrófonos adhesivos apretados contra la garganta para transmisión vocal o subvocal, el auricular en su sitio. Sobre el hombro, adherido con cinta, llevaba el saco hermético con los explosivos, detonadores, mechas y dos bengalas que había metido a último momento. Pegada a mi muñeca iba la linterna láser, y su haz hendía las negras aguas y rebotaba en el hielo, dando poca iluminación. Había usado poco la linterna desde el Laberinto de Hyperion: las lámparas manuales alumbraban más y requerían menos carga. El láser era inútil como arma cortante, pero serviría para abrir agujeros en el hielo donde insertar los explosivos.

Si vivía el tiempo suficiente para abrir agujeros.

El único método que había en esta locura de dejarme arrastrar por el río subterráneo había sido el conocimiento adquirido durante mi entrenamiento en la Guardia, en el casquete de hielo del continente Ursus. Allí, en el Mar Glacial de la Zarpa de Oso, donde el hielo se congelaba y volvía a congelar casi a diario durante el breve verano antártico, el riesgo de romper la delgada superficie era muy alto. Nos

habían enseñado que, aunque cayéramos bajo el hielo más grueso, siempre había una delgada capa de aire entre el mar y el techo helado. Debíamos elevarnos hasta esa capa, meter la nariz en ella aunque tuviéramos sumergido el resto de la cara, y movernos por el hielo hasta llegar a una rajadura o una lámina delgada que nos permitiera emerger.

Así era en teoría. Mi única verificación real había sido como miembro de una cuadrilla que había salido en busca de un piloto de escarabajo que había bajado de su vehículo, caído a dos metros de donde el hielo soportaba su máquina de cuatro toneladas, y desaparecido. Yo fui uno de los que lo encontró, a seiscientos metros del escarabajo y el hielo seguro. Había usado esa técnica de respiración. Aún tenía la nariz apretada contra el grueso hielo cuando lo encontré, la boca abierta bajo el agua, el rostro blanco como la nieve que barría el glaciar, los ojos sólidos como cojinetes de bolas. Traté de no pensar en ello mientras ascendía a la superficie contra la corriente, tiraba de la soga para indicar a A. Bettik que me detuviera y me raspaba la cara contra astillas de hielo para encontrar aire.

Había varios centímetros de espacio entre el agua y el hielo, más donde las fisuras cruzaban el glaciar de atmósfera congelada como grietas invertidas. Aspiré el aire frío, alumbré las grietas con la linterna y moví el haz rojo de aquí para allá por el angosto túnel de hielo.

—Descansaré un minuto —jadeé—. Estoy bien. ¿A qué distancia he llegado?

—Ocho metros —susurró A. Bettik.

—Maldición —murmuré, olvidando que la unidad de comunicaciones enviaría el subvocal. Había creído que eran veinte o treinta metros—. Está bien. Pondré la primera carga aquí.

Mis dedos aún tenían flexibilidad suficiente para poner la linterna láser en alta intensidad y abrir un orificio en el flanco de la fisura. Había premodelado el plástico, así sólo me restaba amasarlo, orientarlo e insertarlo. Era un explosivo vectorial, es decir, la explosión se propagaría en la dirección que yo deseara, siempre que mis preparativos fueran correctos. Había hecho casi todo el trabajo con antelación, sabiendo que la explosión debía ir hacia arriba y hacia atrás, contra la pared de hielo. Apunté esa fuerza explosiva en zarcillos precisos: la misma tecnología que permitía que un rayo de plasma atravesara una lámina de acero como mantequilla enviaría esos zarcillos a través de la masa helada. Despedazaría ese tramo de ocho metros de hielo arrojándolo bonitamente al río. Contábamos con que los generadores de atmósfera, durante los años de terraformación, hubieran añadido a la atmósfera suficiente nitrógeno y CO_2 como para impedir que la explosión se convirtiera en una arrolladora ola de oxígeno ardiente.

Como sabía adónde apuntar la fuerza de la explosión, tardé menos de cuarenta y cinco segundos en preparar las cargas. Aun así, estaba temblando y entumecido

cuando terminé de instalar los detonadores. Como sabía que las unidades de comunicaciones no tenían problemas para penetrar esta cantidad de hielo, sintonicé los detonadores en un código prefijado e ignoré los cables que llevaba en el saco.

—De acuerdo —jadeé, bajando en el agua—, afloja la cuerda.

El frenético viaje empezó de nuevo, la corriente arrastrándome a la negrura y golpeándome contra el techo de cristal, la frenética búsqueda de aire, las órdenes entrecortadas, la lucha para ver y trabajar mientras mi cuerpo perdía calor.

El hielo continuaba treinta metros más, en los límites del alcance de los explosivos. Puse cargas en dos lugares más, otra fisura y un tubo angosto que abrí en el sólido hielo del techo. Tenía las manos totalmente ateridas durante la última instalación —era como usar guantes de hielo— pero dirigí las cargas hacia arriba y corriente abajo, en los vectores apropiados. Si esa muralla de hielo no terminaba pronto, todo esto sería en vano. A. Bettik y yo habíamos pensado en astillar el hielo con el hacha, pero los hachazos sólo nos abrirían paso por unos metros.

A los cuarenta y un metros emergí y aspiré. Al principio temí que fuera otra fisura, pero cuando apunté la linterna láser, el haz rojo recorrió una cámara más larga y ancha que aquella donde estaba la balsa. Habíamos discutido esto y decidido que no detonaríamos los explosivos si yo podía ver el final de una segunda cámara, pero cuando bajé el haz a lo largo del negro río, iluminando la bruma y las estalactitas, vi que el río —que ahora tenía treinta metros de anchura— doblaba perdiéndose de vista a unos cientos de metros. No había más costas ni túneles visibles que en nuestro tramo inicial, pero al menos el río parecía continuar.

Quería ver qué hacía el río después del recodo, pero no tenía la cuerda ni el calor corporal que necesitaba para llegar tan lejos, pasar un informe y regresar con vida.

—¡Arrástrame de vuelta! —jadeé.

Durante los dos minutos siguientes me aferré —o traté de aferrarme, pues mis manos ya no funcionaban— mientras el androide me arrastraba contra esa terrible corriente, deteniéndose ocasionalmente mientras yo flotaba de espaldas y aspiraba el gélido aire de las grietas. Luego el viaje negro se reanudaba.

Si A. Bettik hubiera estado en el agua y yo tirando —o si hubiera sido la niña—, yo no habría podido recobrarlos en esa pesada corriente ni siquiera en el cuádruple del tiempo que tardó A. Bettik. El era fuerte, pero no era un superhombre dotado de fuerza milagrosa, aunque ese día reveló un vigor sobrehumano. No sé qué reservas de energía usó para hacerme volver tan rápidamente a la balsa.

Ayudé como pude, cortándome las manos al empujarme por el techo y apartar los cristales más filosos, pateando débilmente contra la corriente.

Cuando asomé la cabeza, viendo la borrosa luz de los faroles y la silueta de mis dos compañeros, no tuve fuerzas para alzar los brazos y subirme a la balsa. A. Bettik me cogió por las axilas y me subió suavemente. Aenea aferró mis piernas

chorreantes, y ambos me llevaron a popa. Mi aturdido cerebro recordó la iglesia católica donde nos deteníamos a veces en la aldea de Latinos (la localidad donde comprábamos nuestros alimentos y simples provisiones de pastores) y una de las grandes pinturas religiosas de la pared sur de esa iglesia: bajaban a Cristo de la cruz, un discípulo sosteniéndole los brazos flojos, la Virgen sosteniéndole los pies mutilados.

«No te des ínfulas», dijo un pensamiento involuntario en medio de mi niebla mental. Hablaba con la voz de Aenea.

Me llevaron a la tienda cubierta de escarcha, donde la manta térmica estaba preparada sobre una pila de sacos de dormir y una estera delgada. El cubo calefactor relucía cerca de este nido. A. Bettik me quitó la ropa empapada, el saco de bengalas y la unidad de comunicaciones. Desprendió la linterna láser, la apoyó en mi mochila, me depositó sobre un saco de dormir, me arropó con la manta térmica y abrió un pak médico. Pegándome los biomonitores en el pecho, el interior del muslo, la muñeca izquierda y la sien, echó un vistazo a las lecturas y me inyectó una ampolla de adrenonitrotalina, como habíamos planeado.

«Debéis de estar cansados de sacarme del agua», quise decir, pero mis mandíbulas, mi lengua y mi aparato vocal no respondían. Tenía tanto frío que ni siquiera temblaba. La conciencia era una hilacha que me conectaba con la luz y fluctuaba en medio del viento helado que me atravesaba.

A. Bettik se aproximó.

—M. Endymion, ¿las cargas están colocadas?

Logré asentir con un gesto. Era todo lo que hacía falta, pero era como si manipulara un títere.

Aenea se arrodilló junto a mí.

—Yo lo cuidaré —le dijo a A. Bettik—. Encárgate de sacarnos de aquí.

El androide salió de la tienda para alejarnos de la muralla de hielo e impulsarnos corriente arriba, usando el remo de ese extremo de la balsa.

Después del derroche de energía que había hecho para arrastrarme contra la corriente, era increíble que tuviera fuerzas para mover la balsa río arriba.

Comenzamos a movernos. Vi el fulgor del farol en la niebla y el distante techo a través de la abertura triangular de la tienda. La niebla y las estalactitas se desplazaban despacio por ese triángulo diminuto, como si espiase el noveno círculo del Infierno de Dante por un orificio de la realidad.

Aenea miraba los monitores médicos.

—Raul, Raul —susurró.

La manta térmica retenía todo el calor que yo producía, pero tenía la sensación de no estar produciendo más calor. El frío me mordía los huesos, pero mis helados nervios no transmitían el dolor. Sentía mucho sueño.

Aenea me sacudió para despertarme.

—¡Quédate conmigo, maldición!

«Lo intentaré», pensé. Estaba mintiendo. Sólo quería dormir.

—¡A. Bettik! —exclamó la niña, y noté vagamente que el androide entraba en la tienda y consultaba el pak. Las palabras de ambos eran un zumbido distante e ininteligible.

Estaba muy lejos cuando sentí un cuerpo junto a mí. A. Bettik se había ido a impulsar la balsa corriente arriba. La niña Aenea se había acostado conmigo bajo la manta térmica y el borde del saco de dormir. Al principio el calor de su cuerpo flaco no penetró en las capas de escarcha que me cubrían, pero sentí su respiración, la angulosa intrusión de sus codos y rodillas en el espacio de la tienda.

«No, no —pensé—. Yo soy tu protector, yo soy el hombre fuerte a quien contrataron para salvarte.» La fría somnolencia me impedía hablar en voz alta.

No recuerdo si me abrazó. Sé que yo reaccionaba con la rigidez de un tronco escarchado, que era tan receptivo como las estalactitas que se desplazaban por mi campo triangular de visión iluminadas por el farol y se perdían en la oscuridad y la niebla como mi mente.

Al fin empecé a sentir la temperatura que irradiaba su cuerpecito. No percibía el calor, sino que mi piel sentía hormigueos de dolor en los sitios donde su tibieza pasaba de su piel a la mía. Quise decirle que se apartara y me dejara dormir en paz.

Más tarde —quince minutos o dos horas después— A. Bettik regresó a la tienda. Yo estaba algo consciente y comprendí que debía de haber seguido nuestro plan: «anclar» la balsa con las pértigas y el timón para dirigirnos hacia la parte de la caverna de hielo donde se veía un fragmento de teleyector. Nuestra teoría era que el arco de metal nos protegería de un alud cuando detonaran las cargas.

«Vuela las cargas», quise decirle. Sin embargo, en vez de teclear el código, el androide se desnudó hasta quedar en pantalones cortos y camisa y se metió bajo la manta térmica con la niña y conmigo.

Esto debía de resultar cómico —y quizá te resulte cómico mientras lo lees—, pero nada en mi vida me había emocionado tanto como este acto de compartir el calor de mis dos compañeros de viaje. Ni siquiera su valiente rescate en el mar violáceo me había conmovido así. Los tres nos quedamos allí, Aenea a mi izquierda, el brazo izquierdo sobre mí, A. Bettik a mi derecha, el cuerpo acurrucado contra el frío que penetraba bajo la punta de la manta térmica. A los pocos minutos yo lloraría por el dolor que me causaba la vuelta de mi circulación, pero en ese momento lloré ante el íntimo don que era el calor de la vida fluyendo de la niña y el hombre azul, de su sangre y su carne a la mía. Lloro ahora, al contarlo.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. Nunca se lo pregunté y nunca hablaron de ello. Debió de pasar por lo menos una hora. Fue como una vida entera de calor y

dolor, y la abrumadora alegría del retorno de la vida.

Al fin empecé a tiritar, a temblar levemente, luego espasmódicamente. Mis amigos me sostuvieron, sin permitir que escapara del calor. Creo que Aenea también lloraba, aunque nunca se lo pregunté y ella nunca lo mencionó después.

Una vez que pasaron el dolor y los espasmos, A. Bettik se levantó, consultó el pak y habló con la niña en un idioma que yo volvía a comprender.

—Todo está en verde —murmuró—. No hay lesión permanente.

Aenea se levantó y me ayudó a incorporarme, poniendo dos mochilas detrás de mi espalda y mi cabeza. Puso a hervir agua en el cubo, preparó té y me llevó una taza a los labios. Yo ya podía mover las manos y flexionar los dedos, pero el inmenso dolor me impedía agarrar las cosas bien.

—M. Endymion —dijo A. Bettik, asomándose en la tienda—. Estoy preparado para emitir el código de detonación.

Asentí.

—Quizá caigan algunos escombros —añadió.

Asentí de nuevo. Habíamos comentado ese riesgo. Las cargas despedazarían las murallas de hielo que estaban delante, pero las vibraciones sísmicas resultantes bien podían derrumbar todo ese glaciar de atmósfera congelada, arrastrando la balsa al fondo y sepultándonos. Habíamos considerado que el riesgo valía la pena. Miré el escarchado interior de la microtienda y sonreí ante la idea de que esto fuera nuestro refugio. Asentí por tercera vez, instándolo a seguir adelante.

El ruido de la explosión fue más sordo de lo que había esperado, menos estruendoso que el derrumbe de bloques de hielo y estalactitas y la salvaje turbulencia del río. Por un segundo pensé que se elevaría, aplastándonos contra el techo de la caverna, pues olas de agua empujadas por la presión y el desplazamiento del hielo pasaban bajo la balsa. Nos acurrucamos en nuestra losa, tratando de alejarnos de las gélidas aguas, montados en los oscilantes troncos como pasajeros de un bote salvavidas en la tormenta.

Al fin las olas y el estruendo se apaciguaron. Las violentas maniobras habían partido el remo y alejado una pértiga, arrancándonos de nuestro refugio y llevándonos río abajo hacia la muralla de hielo.

Pero ya no había muralla.

Las cargas habían cumplido su función, tal como habíamos planeado: la caverna que habían creado era baja y escabrosa pero conducía hacia el canal abierto. Aenea lanzó una ovación. A. Bettik me palmeó la espalda. Me avergüenza admitir que lloré de nuevo.

No fue una victoria tan fácil como parecía al principio. Algunos bloques y columnas de hielo aún nos estorbaban el paso, y cuando disminuyó el torrente en la brecha, tuvimos que impulsarnos con la pértiga restante y hacer frecuentes pausas

mientras A. Bettik partía el hielo a hachazos.

A la media hora fui al frente de la maltrecha balsa y di a entender que era mi turno con el hacha.

—¿Estás seguro, M. Endymion? —preguntó el hombre azul.

—Seguro —respondí, obligándome a pronunciar correctamente a pesar del entumecimiento que sentía en la lengua y en los labios.

Pronto entré en calor trabajando con el hacha, al punto de que dejé de temblar. Sentía las magulladuras y raspones que me había causado el techo de hielo, pero más tarde me encargaría de esos dolores.

Nos abrimos paso entre las últimas barras de hielo, hasta flotar en la corriente. Los tres chocamos nuestros calcetines-mitones empapados y nos fuimos a acurrucar cerca del cubo calefactor para alumbrar con las lámparas el nuevo paisaje.

El nuevo paisaje era idéntico al viejo: paredes verticales de hielo en ambos lados, estalactitas que amenazaban con derrumbarse en cualquier momento, la torrentosa agua negra.

—Tal vez permanezca despejado hasta el próximo arco —dijo Aenea, y la niebla de su aliento permaneció en el aire como una promesa.

Nos levantamos cuando la balsa dobló el recodo del río. Hubo un instante de confusión mientras A. Bettik usaba la pértiga y yo usaba el tronchado timón para esquivar la pared de hielo de babor. Luego estuvimos nuevamente en la corriente central, aumentando la velocidad.

—Oh —dijo la niña desde su puesto del frente de la balsa. Su tono lo decía todo.

El río continuaba sesenta metros, se angostaba y terminaba en una segunda muralla de hielo.

Aenea tuvo la idea de enviar el comlog como explorador.

—Tiene una microcámara —dijo.

—Pero no tenemos monitor. Y no puede enviar las imágenes a la nave.

Aenea sacudió la cabeza.

—No, pero el comlog mismo puede ver. Puede contarnos lo que hace.

—Sí —dije, comprendiendo al fin—, ¿pero es inteligente sin que la IA de la nave comprenda lo que él ve?

—¿Se lo preguntamos? —sugirió A. Bettik, que había sacado el brazalete de mi mochila.

Activamos el comlog y le preguntamos. Nos aseguró, con la petulante voz de la nave, que era capaz de procesar sus datos visuales y retransmitir sus análisis por la banda de comunicaciones. También nos aseguró que aunque no podía flotar ni sabía nadar, era totalmente impermeable.

Aenea cortó el extremo de un tronco con la linterna láser, martilló clavos y pernos

para sostener el brazalete y añadió una argolla para la cuerda. Usó un nudo doble para asegurar la soga.

—Tendríamos que haber usado esto con la primera muralla de hielo —dije.

Aenea sonrió. Le colgaban carámbanos de la gorra cubierta de escarcha.

—El brazalete habría tenido problemas para instalar las cargas —comentó con aire de fatiga.

—Buena suerte —dije estúpidamente mientras arrojábamos el tronco con el brazalete al río. El comlog tuvo la deferencia de no responder. Al instante se hundió bajo la muralla de hielo.

Llevamos el cubo calefactor adelante y nos acuclillamos alrededor mientras A. Bettik aflojaba la cuerda. Aumenté el volumen de los altavoces, y nadie dijo una palabra mientras la soga se desenrollaba y la voz de hojalata del comlog nos informaba.

—Diez metros. Grietas arriba, pero ninguna más ancha de seis centímetros. El hielo no termina.

»Veinte metros. El hielo continúa.

»Cincuenta metros. Hielo.

»Setenta y cinco metros. No hay final a la vista.

»Cien metros. Hielo.

La cuerda había llegado a su extremo. Añadimos nuestro último tramo de cuerda de escalar.

—Ciento cincuenta metros. Hielo.

»Ciento ochenta metros. Hielo.

»Doscientos metros. Hielo.

Estábamos sin cuerda y sin esperanzas. Comencé a recobrar el comlog. Aunque mis manos funcionaban bastante bien, me costaba arrastrar ese brazalete liviano corriente arriba, tan fuerte era la corriente y tan pesada la soga cargada de hielo. Una vez más me costó imaginar el esfuerzo que A. Bettik había hecho para salvarme.

La cuerda estaba tan rígida que apenas se curvaba. Tuvimos que limpiar el hielo que rodeaba el comlog cuando al fin lo subimos a bordo.

—Aunque el frío agota mi potencia y el hielo cubre mis antenas visuales —gorjeó el brazalete—, estoy dispuesto a continuar la exploración.

—No, gracias —dijo cortésmente A. Bettik, apagando el aparato y devolviéndomelo. Sentí el metal helado, a pesar de los mitones. Lo guardé en la escarchada mochila.

—No habríamos tenido suficientes explosivos plásticos para cincuenta metros de hielo —comenté con calma. Había dejado de tiritar, y comprendí que mi serenidad obedecía a la absoluta claridad de la sentencia de muerte que acababan de dictarnos.

Y había, comprendo ahora, otro motivo para el oasis de paz que surgió en medio

de ese desierto de dolor y desesperanza. Era el calor. El calor recordado. El flujo de la vida de esas dos personas hacia mí, mi aceptación, el sentido de sagrada comunión que había en ello. Bajo la mortecina luz de los faroles, continuamos con el urgente asunto de tratar de sobrevivir, mencionando opciones imposibles tales como usar el rifle de plasma para abrir un boquete, desechando unas opciones y discutiendo otras. Pero entretanto, en ese frío y negro pozo de confusión y creciente desesperanza, el calor que me habían brindado estos dos amigos me mantenía sereno, tal como su proximidad humana me había mantenido con vida. En los difíciles tiempos que vendrían —y aún ahora, mientras escribo esto, mientras espero la sigilosa llegada de la muerte por cianuro con cada bocanada de aire que aspiro— ese recuerdo de calor común, esa vitalidad compartida, me mantiene firme y sereno en medio de la tormenta de temores humanos.

Decidimos retroceder por el nuevo canal, buscando una grieta, nicho o conducto que hubiéramos pasado por alto. No era una gran esperanza, pero era mejor que dejar la balsa apoyada contra esa muralla terminal.

Encontramos la grieta debajo del sitio donde el río doblaba bruscamente a la derecha. Evidentemente habíamos estado demasiado ocupados esquivando las paredes de hielo y retomando la corriente central para reparar en la angosta rajadura del lado de estribor. Aunque buscáramos con atención, no habríamos descubierto la estrecha abertura sin el haz de la linterna láser: la luz del farol, distorsionada por las facetas de cristal y el hielo colgante, resbaló encima de ella. El sentido común nos indicaba que era sólo otro pliegue en el hielo, un equivalente horizontal de las grietas verticales que habíamos visto en el techo de hielo, un respiradero que no conducía a ninguna parte. Nuestra necesidad de esperanza rogaba que el sentido común se equivocara.

La abertura, pliegue o lo que fuera tenía menos de un metro de anchura y estaba a dos metros de la superficie del río. A la luz del láser, vimos que la abertura terminaba o su angosto corredor se curvaba a menos de tres metros. El sentido común nos decía que era el final de un helado callejón sin salida. Una vez más ignoramos el sentido común.

Mientras Aenea se apoyaba en la larga pértiga tratando de mantener la balsa en su lugar en las caudalosas aguas, A. Bettik me alzó. Usé la parte curva del martillo como herramienta de escalada, clavándola en el suelo de hielo del angosto boquete y trepando impulsado por la desesperación. Una vez que estuve allí, a gatas, jadeante y débil, contuve el aliento, me puse de pie y con una seña indiqué a los otros que aguardaran mi informe.

El angosto túnel se curvaba bruscamente a la derecha. Apunté el láser al segundo corredor con crecientes esperanzas. La luz rebotó en otra pared de hielo, pero esta vez no parecía haber un recodo en el túnel. Sin embargo... Al avanzar por el segundo

corredor, agachándome a medida que bajaba el techo de hielo, comprendí que el túnel se elevaba bruscamente después. El láser estaba alumbrando el piso de esa rampa helada. Aquí no había percepción de profundidad.

Arrastrándome por ese espacio estrecho, avancé una docena de metros, clavando las botas en el hielo. Recordé la tienda de la desierta Nueva Jerusalén donde había «comprado» esas botas, dejando mis pantuflas de hospital y un puñado de monedas de Hyperion en el mostrador, y traté de recordar si había zapatones de hielo en venta en la sección de camping. Demasiado tarde.

En un punto tuve que deslizarme de bruces, nuevamente seguro de que el corredor terminaría un metro después, pero esta vez viró a la izquierda y siguió en línea recta, internándose otros veinte metros en el hielo, antes de doblar a la derecha y subir de nuevo. Avancé cuesta abajo, corriendo, patinando y clavando el martillo, hasta la abertura. El haz láser alumbraba un sinfín de reflejos de mi agitada expresión en el claro hielo.

Aenea y A. Bettik se habían puesto a empacar el equipo necesario en cuanto yo me perdí de vista. La niña ya había subido al nicho de hielo y ordenaba utensilios mientras A. Bettik se los arrojaba. Nos gritamos instrucciones y sugerencias. Todo parecía útil. Sacos de dormir, manta térmica, la tienda plegada —que sólo se podía reducir a un tercio de su diminuto tamaño anterior, a causa del hielo y la escarcha—, el cubo calefactor, alimentos, brújula inercial, armas, lámparas de mano.

Al fin pusimos la mayor parte del equipo en ese rellano. Discutimos un poco más, un ejercicio que nos mantuvo en calor por un minuto, escogimos sólo lo que era imprescindible y cabía en nuestras mochilas y bolsas. Me calcé la pistola en el cinturón y apoyé el rifle de plasma en mi mochila. A. Bettik aceptó llevar la escopeta. Por suerte no había ropa en las mochilas —estábamos usando toda la que llevábamos — así que cargamos los paks de alimentos y los utensilios. Aenea y el androide llevaban las unidades de comunicaciones; yo me calcé el helado comlog en la muñeca. A pesar de esta precaución, no teníamos intenciones de perdernos de vista.

Me preocupaba que la balsa se alejara —la pértiga trabada y el timón partido no resistirían mucho—, pero A. Bettik lo resolvió en un santiamén, anudando sogas a proa y a popa, abriendo boquetes en el hielo con el láser, y sujetando las cuerdas a sólidas clavijas de hielo.

Antes de internarnos en el angosto corredor de hielo, eché un último vistazo a nuestra fiel balsa, dudando que la viéramos de nuevo. Era un espectáculo patético: la losa aún estaba en su sitio, pero el timón estaba astillado, el mástil de proa roto y rajado, los bordes carcomidos y los troncos de ambos flancos despedazados, la popa estaba hundida, y toda la embarcación estaba cubierta de hielo y oculta por gélidas volutas de vapor. Me despedí con gratitud de la desvencijada balsa, di media vuelta y precedí la marcha, empujando la mochila y la bolsa delante de mí durante el tramo

más bajo y más angosto.

Había temido que el corredor terminara a pocos metros del sitio que yo había explorado, pero a los treinta minutos de trepar, arrastrarnos, resbalar y gatear llegamos a otros túneles, otros recodos, y siempre subíamos. Aunque el esfuerzo nos mantenía vivos, todos sentíamos la paulatina invasión del frío. Tarde o temprano el agotamiento nos vencería y tendríamos que detenernos, tender nuestras esteras y sacos y ver si despertábamos después de dormir en semejante frío. Pero todavía no.

Pasando barras de chocolate hacia atrás, deteniéndome para derretir el hielo de nuestras cantimploras con el láser sintonizado en su mayor anchura, dije:

—No falta mucho.

—¿No falta mucho para qué? —preguntó Aenea—. No podemos estar cerca de la superficie. No hemos subido tanto.

—No falta mucho para algo interesante —dije. En cuanto hablé, el vapor de mi aliento se congeló, adhiriéndose al frente de mi chaqueta y mi barba crecida. Mis cejas goteaban hielo.

—Interesante —repitió dubitativamente la niña. Comprendí. Hasta ahora, interesante había significado todo aquello que podía matarnos.

Una hora después nos detuvimos para calentar comida en el cubo. Había que colocarlo con cuidado para que no derritiera el suelo de hielo mientras calentaba nuestro guisado, y consulté la brújula inercial para tener una idea de cuánto habíamos recorrido y a qué altura habíamos trepado.

—¡Silencio! —dijo A. Bettik.

Los tres contuvimos el aliento.

—¿Qué? —susurró Aenea—. No oigo nada.

Era un milagro que pudiéramos oírnos con la cabeza enfundada en nuestras improvisadas bufandas y gorras. A. Bettik frunció el ceño y se llevó el dedo a los labios.

—Pisadas —susurró al cabo—. Y vienen hacia aquí.

39

El principal centro de interrogatorio de Pacem no está en el Vaticano propiamente dicho, sino en el gran cúmulo de piedra llamado Castel Sant'Angelo, un macizo fuerte circular que comenzó como tumba de Adriano en el 135 de la era cristiana y se conectó a la Muralla Aureliana en el 271 para convertirse en la más importante fortaleza de Roma, y en uno de los pocos edificios romanos que se mudó con el Vaticano cuando la Iglesia evacuó sus oficinas de Vieja Tierra, poco antes de que el planeta se derrumbara en el agujero negro que la devoraba por dentro. El castillo —un monolito cónico de piedras rodeadas por un foso— fue importante para la Iglesia durante el Año de la Peste de 587, cuando Gregorio Magno, mientras encabezaba una procesión para rogar a Dios que pusiera fin a la plaga, tuvo una visión de Miguel Arcángel sobrevolando la tumba. Más tarde el Castel Sant'Angelo protegió a varios papas de turbas furibundas, ofreció sus húmedas celdas y cámaras de tortura a presuntos enemigos de la Iglesia como Benvenuto Cellini y, en sus casi tres mil años de existencia, resistió tanto las invasiones bárbaras como la explosión nuclear. Ahora se yergue sobre una montaña baja y gris en el centro del único terreno abierto que permanece dentro del atareado triángulo de autopistas, edificios y centros administrativos que unen el Vaticano, las oficinas de Pax y el puerto espacial.

El padre capitán De Soya se presenta veinte minutos antes de su cita de las siete y recibe una placa que lo guiará por las sudorosas y oscuras bóvedas del castillo. Los frescos, los bellos muebles y las aireadas logias que legaron los papas medievales están desleídos y estropeados. El Castel Sant'Angelo ha recobrado su aspecto de tumba y fortaleza. De Soya sabe que se trajo desde Vieja Tierra un pasaje fortificado que iba del Vaticano al castillo, y que uno de los propósitos del Santo Oficio en los dos últimos siglos ha consistido en dotar al Castel Sant'Angelo con armas y defensas modernas para que ofrezca un rápido refugio para el Papa en caso de que la guerra interestelar llegue a Pacem.

La caminata dura veinte minutos, y De Soya debe atravesar muchos puestos de guardia y puertas de seguridad. No los custodia la policía de la Guardia Suiza, con sus atuendos brillantes, sino las fuerzas de seguridad del Santo Oficio, con sus uniformes negros y plateados.

La celda de interrogación es mucho menos sórdida que los antiguos corredores y escaleras que conducen allí: dos de las tres paredes interiores de piedra están iluminadas por paneles de cristal que irradian un fulgor amarillo; dos faroles proyectan luz solar desde su colector del techo, que está treinta metros más arriba; hay una mesa moderna en la austera habitación. La silla de De Soya se encuentra frente a los cinco inquisidores, pero es idéntica a las de ellos en diseño y confort, y contra una pared hay un centro oficinesco estándar, con teclados, pantallas, placa

lectora de discos y entradas virtuales, y un aparador con una cafetera y panecillos.

De Soya sólo debe esperar un minuto. Los cardenales inquisidores —un jesuita, un dominicano y tres legionarios de Cristo— llegan, se presentan y se dan la mano. De Soya lleva el negro uniforme de gala de Pax con el cuello romano, el cual contrasta con las túnicas carmesí del Santo Oficio y sus cuellos negros. Intercambian cortesías: una breve conversación sobre la salud y resurrección de De Soya, ofrecimientos de comida y café. De Soya acepta el café. Se sientan.

En la tradición de los viejos días del Santo Oficio, y según la costumbre de la Iglesia Renovada cuando somete a sus sacerdotes a interrogatorio, la conversación se entabla en latín. Sólo habla uno de los cinco cardenales. Las corteses y formales preguntas se formulan invariablemente en tercera persona. Al final de la entrevista, el sujeto de la entrevista recibe transcripciones en latín y en inglés de la Red.

INQUISIDOR: ¿El padre capitán De Soya ha logrado encontrar y detener a la niña llamada Aenea?

F. C. DE SOYA: He tenido contacto con la niña. No he logrado detenerla.

INQUISIDOR: Que el padre capitán explique qué significa «contacto» en este contexto.

F. C. DE SOYA: Intercepté dos veces la nave que se llevó a la niña de Hyperion. Una vez en el sistema de Parvati, y otra en Vector Renacimiento.

INQUISIDOR: Estos frustrados intentos de capturar a la niña están registrados y constan debidamente en actas. ¿Alega el padre capitán que la niña habría muerto por su propia mano en el sistema de Parvati, antes de que los efectivos especiales de la Guardia Suiza que lo acompañaban pudieran abordar la nave y capturar a la niña?

F. C. DE SOYA: Eso creí en el momento. Pensé que el riesgo era demasiado grande.

INQUISIDOR: Y, según su conocimiento, el comandante de los guardias suizos a cargo de la operación de abordaje, un tal sargento Gregorius, concuerda con el padre capitán en que era conveniente anular la operación.

F. C. DE SOYA: Desconozco cuál fue la opinión del sargento Gregorius una vez que se canceló la operación. En su momento, él deseaba continuarla.

INQUISIDOR: ¿El padre capitán conoce la opinión de los otros dos guardias que participaron en la operación de abordaje?

F. C. DE SOYA: En el momento deseaban ir. Se habían entrenado con tenacidad y estaban preparados. Empero, según mi parecer del momento, el riesgo de dañar a la niña era demasiado grande.

INQUISIDOR: ¿Y fue por esta razón que el padre capitán no interceptó la nave fugitiva antes de que entrara en la atmósfera del mundo llamado Vector Renacimiento?

F. C. DE SOYA: No. En ese caso la niña dijo que aterrizaría en el planeta. Parecía más seguro para todos los afectados permitirle descender antes de aprehenderla.

INQUISIDOR: No obstante, cuando la antedicha nave se aproximó al portal teleyector de Vector Renacimiento, el padre capitán ordenó que varias naves de la flota y la fuerza aérea disparasen contra la nave de la niña. ¿Es correcto?

F. C. DE SOYA: Sí.

INQUISIDOR: ¿Alega el padre capitán, pues, que esta orden no implicaba el riesgo de dañar a la niña?

F. C. DE SOYA: No. Yo sabía que existía ese riesgo. No obstante, cuando advertí que la nave de la niña se dirigía hacia el portal teleyector, tuve la convicción de que la perderíamos si no intentábamos averiar su nave.

INQUISIDOR: ¿El padre capitán sabía que el portal teleyector del río se activaría después de casi tres siglos de inactividad?

F. C. DE SOYA: No, no lo sabía. Fue una intuición, una corazonada.

INQUISIDOR: ¿El padre capitán está acostumbrado a apostar el éxito o fracaso de una misión, una misión que el Santo Padre ha considerado de máxima prioridad, a una corazonada?

F. C. DE SOYA: No estoy acostumbrado a que el Santo Padre me envíe en misiones de máxima prioridad. En ciertos casos en que mis naves estaban en combate, tomé decisiones de mando basándome en intuiciones que no habrían parecido del todo lógicas fuera del contexto de mi experiencia y entrenamiento.

INQUISIDOR: ¿Alega el padre capitán que el conocimiento de que un teleyector reanudaría su actividad doscientos setenta y cuatro años después de la Caída de la Red está dentro del contexto de su experiencia y entrenamiento?

F. C. DE SOYA: No. Fue... una corazonada.

INQUISIDOR: ¿El padre capitán está al corriente del coste de la operación combinada de la flota en el sistema de Renacimiento?

F. C. DE SOYA: Sé que fue elevado.

INQUISIDOR: ¿Sabe el padre capitán que varias naves de línea demoraron el cumplimiento de órdenes del Mando de la Flota de Pax, órdenes que las enviaban a zonas problemáticas y vitales de la Gran Muralla de nuestro perímetro defensivo contra los invasores éxters?

F. C. DE SOYA: Sé que algunas naves se demoraron en el sistema de Renacimiento por orden mía. Sí.

INQUISIDOR: En el mundo de Mare Infinitus, el padre capitán consideró pertinente arrestar a varios oficiales de Pax.

F. C. DE SOYA: Sí.

INQUISIDOR: Y administrar droga de la verdad y otros fármacos psicotrópicos

restringidos a estos oficiales, al margen de las normas procesales y el consejo de las autoridades de Pax y la Iglesia en Mare Infinitus.

F. C. DE SOYA: Sí.

INQUISIDOR: ¿Alega el padre capitán que el disco papal que se le entregó para llevar a cabo la misión de encontrar a la niña también lo autorizaba a arrestar a oficiales de Pax y realizar semejante interrogatorio sin recurrir a los tribunales militares ni proveer de defensor a los acusados?

F. C. DE SOYA: Sí. Era y es mi entendimiento que el disco papal me otorga... me otorgaba... plena autorización en cualesquiera decisiones de mando que yo considerase necesarias para el cumplimiento de esta misión.

INQUISIDOR: ¿Alega el padre capitán, pues, que el arresto de estos oficiales de Pax conduciría a la aprehensión de la niña llamada Aenea?

F. C. DE SOYA: Mi investigación era necesaria para determinar la verdad de los acontecimientos que rodean el probable tránsito de la niña por Mare Infinitus. Durante el curso de la investigación, fue evidente que el director de la plataforma donde sucedieron los hechos había mentido a sus superiores, encubriendo elementos del episodio relacionados con un compañero de viaje de la niña, y también había participado en tratos ilícitos con los cazadores furtivos de esas aguas. Al final de nuestra investigación, arresté a los oficiales y soldados de la guarnición de Pax para que fueran debidamente juzgados dentro del código de justicia militar de la flota.

INQUISIDOR: ¿Y entiende el padre capitán que su tratamiento del obispo Melandriano también se justifica bajo los requerimientos de la investigación?

F. C. DE SOYA: Aunque le expliqué que era necesaria una acción rápida, el obispo Melandriano objetó nuestra investigación de la plataforma Tres-veinte-seis. Trató de obstaculizar la investigación a pesar de que su superiora, la arzobispo Jane Kelley, le había impartido órdenes directas de colaborar.

INQUISIDOR: ¿Alega el padre capitán que la arzobispo Kelley ofreció su ayuda al solicitar la colaboración del obispo Melandriano?

F. C. DE SOYA: No. Yo busqué su ayuda.

INQUISIDOR: ¿Acaso el padre capitán no invocó la autoridad del disco papal al obligar a la arzobispo Kelley a interceder a favor de la investigación?

F. C. DE SOYA: Sí.

INQUISIDOR: ¿Puede el padre capitán exponer los sucesos que ocurrieron cuando el obispo Melandriano fue en persona a la plataforma Tres-veinte-seis?

F. C. DE SOYA: El obispo Melandriano estaba furioso. Ordenó a los efectivos de Pax que yo había llamado que liberasen al capitán Powl y los demás. Yo anulé esa orden. El obispo Melandriano rehusó reconocer la autoridad en mí delegada por el disco papal. Tuve que arrestar temporalmente al obispo y enviarlo al monasterio jesuita que se encuentra en una plataforma que está a seiscientos kilómetros del polo

sur del planeta. Las tormentas y otras contingencias impidieron que el obispo se marchara en varios días. Cuando se marchó, la investigación había concluido.

INQUISIDOR: ¿Y qué resultados arrojó la investigación?

F. C. DE SOYA: Entre otras cosas, demostró que el obispo Melandriano había recibido grandes pagos en efectivo de los cazadores furtivos de la jurisdicción de la plataforma Tres-veinte-seis. También demostró que Powl, director de la plataforma, había seguido instrucciones del obispo Melandriano al realizar actividades ilegales con los cazadores y al extorsionar a los pescadores visitantes.

INQUISIDOR: ¿El padre capitán presentó estas acusaciones al obispo Melandriano?

F. C. DE SOYA: No.

INQUISIDOR: ¿Las presentó ante la arzobispo Kelley?

F. C. DE SOYA: No.

INQUISIDOR: ¿Las presentó ante el comandante de la guarnición de Pax?

F. C. DE SOYA: No.

INQUISIDOR: ¿Puede el padre capitán explicar estas omisiones a los requerimientos del código de conducta de la Flota de Pax y las reglas de la Iglesia y la Sociedad de Jesús?

F. C. DE SOYA: La participación del obispo en estos delitos no era el eje de mi investigación. Entregué al capitán Powl y los demás al comandante de la guarnición porque sabía que sus causas se tratarían con celeridad e imparcialidad bajo el código de justicia militar de la flota. También sabía que mis denuncias contra el obispo Melandriano, ya estuvieran encuadradas dentro del código civil de Pax o de los procedimientos judiciales de la Iglesia, requerirían mi presencia en Mare Infinitus durante semanas o meses. La misión no podía esperar tanto. Juzgué que la corrupción del obispo era menos importante que perseguir a la niña.

INQUISIDOR: ¿Comprende el padre capitán la gravedad de estas acusaciones no sustanciadas ni documentadas contra un obispo de la Iglesia Católica Romana?

F. C. DE SOYA: Sí.

INQUISIDOR: ¿Y qué lo indujo a abandonar su anterior itinerario de búsqueda y llevar el correo *Rafael* al sistema de Hebrón, controlado por los éxters?

F. C. DE SOYA: De nuevo, una corazonada.

INQUISIDOR: Que el padre capitán se explaye.

F. C. DE SOYA: No sabía adónde se había teleyectado la niña después de Vector Renacimiento. La lógica indicaba que la nave había quedado atrás y ellos habían continuado por el río Tetis con otros medios, tal vez la alfombra voladora, más probablemente un barco o balsa. Ciertas pruebas recogidas en la investigación del vuelo de la niña antes y después del cruce de Mare Infinitus sugerían una conexión con los éxters.

INQUISIDOR: Que el padre capitán se explaye.

F. C. DE SOYA: Primero, la nave espacial. Era de diseño de la Hegemonía, una nave interestelar particular, aunque semejante cosa resulte increíble. Sólo se entregaron algunas durante la historia de la Hegemonía. La más parecida a esta nave fue obsequiada a un cónsul de la Hegemonía décadas antes de la Caída. Este cónsul fue inmortalizado en aquel poema épico, los *Cantos*, compuesto por el ex peregrino de Hyperion Martin Silenus. En los *Cantos* el cónsul cuenta una historia donde traiciona a la Hegemonía haciéndose espía de los éxters.

INQUISIDOR: Que el padre capitán continúe.

F. C. DE SOYA: Había otras conexiones. El sargento Gregorius fue enviado al mundo de Hyperion con pruebas forenses que identificaban al hombre que presuntamente viajaba con la niña. Se trata de un tal Raul Endymion, nativo de Hyperion y ex integrante de la Guardia Interna de Hyperion. Hay ciertos contactos entre el nombre Endymion y obras del padre de la niña, el abominable cíbrido Keats. Una vez más llegamos a los *Cantos*.

INQUISIDOR: Que el padre capitán continúe.

F. C. DE SOYA: Bien, había otra conexión. El dispositivo volante capturado después de la fuga y presunta muerte de Raul Endymion en Mare Infinitus...

INQUISIDOR: ¿Por qué el padre capitán habla de «presunta muerte»? Los informes de todos los testigos oculares de la plataforma dicen que el sospechoso recibió disparos y cayó al mar.

F. C. DE SOYA: El teniente Belius había caído antes al mar, pero hallaron sangre y fragmentos de tejido del teniente en la alfombra voladora. Sólo una pequeña cantidad de sangre cuyo ADN se corresponde con el de Raul Endymion se encontró en la alfombra voladora. Mi teoría es que Endymion intentó rescatar al teniente Belius, o bien que éste lo sorprendió de alguna manera, que ambos lucharon en la alfombra, que el sospechoso Raul Endymion fue herido y cayó de la alfombra antes de que disparasen los guardias. Creo que fue el teniente Belius quien fue abatido por el fuego de los dardos.

INQUISIDOR: ¿Tiene el padre capitán alguna otra prueba, aparte de la sangre y las muestras de tejido, que indiquen que Raul Endymion se demoró en su fuga el tiempo suficiente para asesinar al teniente Belius?

F. C. DE SOYA: No.

INQUISIDOR: Que el padre capitán continúe.

F. C. DE SOYA: El otro motivo por el cual sospechaba una conexión con los éxters era la alfombra voladora. Los estudios forenses indican que era muy antigua, tanto como para ser la famosa alfombra que usaron Merin Aspic y Siri en el mundo de Alianza-Maui. Una vez más, hay una conexión con la peregrinación de Hyperion y las historias que se relatan en los *Cantos* de Silenus.

INQUISIDOR: Que el padre capitán continúe.

F. C. DE SOYA: Eso es todo. Pensé que podríamos llegar a Hebrón sin toparnos con un enjambre éxter. A menudo abandonan los sistemas que conquistan en combate. Obviamente, mi corazonada fue errónea en esta ocasión. Costó la vida del lancero Rettig, lo cual lamento profunda y sinceramente.

INQUISIDOR: ¿Alega pues el padre capitán que el resultado de la investigación que llevó a cabo con tan alto coste y tanto dolor y bochorno para el obispo Melandriano tuvo éxito porque varios datos parecen indicar una relación con el poema llamado los *Cantos*, que a su vez tiene una leve relación con los éxters?

F. C. DE SOYA: Esencialmente, sí.

INQUISIDOR: ¿Sabe el padre capitán que el poema llamado los *Cantos* figura en el Index de Libros Prohibidos desde hace más de un siglo y medio?

F. C. DE SOYA: Sí.

INQUISIDOR: ¿Admite haber leído ese libro?

F. C. DE SOYA: Sí.

INQUISIDOR: ¿Recuerda el padre capitán el castigo que inflinge la Compañía de Jesús a quienes infringen a sabiendas el Index de Libros Prohibidos?

F. C. DE SOYA: Sí, la expulsión de la Compañía.

INQUISIDOR: ¿Y recuerda el padre capitán la pena máxima citada por el Canon Eclesiástico de Paz y justicia para quienes en el Cuerpo de Cristo infringen a sabiendas las restricciones establecidas por el Index de Libros Prohibidos?

F. C. DE SOYA: La excomunión.

INQUISIDOR: El padre capitán puede retirarse a sus aposentos de la Rectoría Vaticana de los Legionarios de Cristo. Permanecerá allí hasta que se lo convoque para nuevas declaraciones ante esta junta o se le impartan nuevas órdenes. Así refréndase, júrase, prométese y comprométese a nuestro hermano en Cristo; por el poder de la Santa, Católica y Apostólica Iglesia Romana te exhortamos y obligamos, en nombre de Jesús hablamos.

F. C. DE SOYA: Gracias, eminentísimos y reverendísimos señores cardenales e inquisidores. Aguardaré nuevas órdenes.

40

Pasamos tres semanas con los chitchatuk en el mundo congelado de Sol Draconi Septem, y en ese período descansamos, nos recobramos, recorrimos los congelados túneles de la congelada atmósfera, aprendimos algunas palabras y frases de su difícil idioma, visitamos al padre Glaucus en la ciudad sepultada, enfrentamos espectros árticos y emprendimos la última y terrible migración río abajo.

Pero me estoy adelantando. Es fácil apresurarse, especialmente con la creciente probabilidad de inhalar cianuro en mi próximo aliento. Así sea. Este relato tendrá un final abrupto cuando yo tenga el mío, no antes, y poco importa si es aquí, allá o en otra parte. Lo contaré tal como es, siempre que se me permita contarlo.

Nuestro primer encuentro con los chitchatuk casi terminó en tragedia para ambas partes. Habíamos bajado nuestras lámparas y nos agazapábamos en la densa oscuridad de ese corredor de hielo, el rifle de plasma cargado y preparado, cuando una luz mortecina asomó en un recodo del túnel y siluetas grandes e inhumanas doblaron la curva. Encendí la lámpara y su haz opaco alumbró una visión aterradora: tres o cuatro bestias fornidas, de pelambre blanca, con zarpas negras y largas como mi mano, dientes blancos aún más largos, ojos rojos y relucientes. Las criaturas se desplazaban en la niebla de su propio aliento. Alcé el rifle de plasma y puse el selector en fuego rápido.

—¡No dispares! —exclamó Aenea, aferrándome el brazo—. ¡Son humanos!

Su grito no sólo detuvo mi mano sino la de los chitchatuk. Largas lanzas de hueso habían asomado por los pliegues de pelambre blanca, y nuestros haces iluminaron puntas afiladas y brazos pálidos que se echaban hacia atrás para arrojarlas. Pero la voz de Aenea nos detuvo cuando apenas faltaba una contracción muscular para que estallara la violencia.

Entonces vi los rostros pálidos que había bajo las viseras de dientes de espectro: anchos, de nariz roma, arrugados, pálidos al extremo del albinismo, pero totalmente humanos, al igual que los ojos oscuros y relucientes. Bajé la luz para que ésta no les deslumbrara.

Los chitchatuk eran robustos y musculosos —bien adaptados a la aplastante gravedad de 1,7 de Sol Draconi Septem— y parecían aún más fornidos y poderosos con las capas de piel de espectro en que se arropaban. Pronto aprenderíamos que usaban la mitad delantera del cuero del animal, la cabeza incluida, de modo que las negras zarpas colgaban delante de las manos, y los dientes les cubrían el rostro como filosos rastrillos. También supimos que la lente del negro ojo del espectro —aun sin la complicada óptica y los nervios que permitían a esos monstruos ver en plena oscuridad— aún funcionaban como sencillas gafas de visión nocturna. Todo aquello que los chitchatuk llevaban y vestían procedía de los espectros: lanzas de hueso,

correas de cuero hechas de tripas y tendones, sacos de agua confeccionados con intestinos trenzados, las mantas de dormir y los cubos, aun los dos artefactos que transportaban, un brasero con forma de mitra hecho de hueso, con correas de cuero, que sostenía las relucientes ascuas que les alumbraban la marcha, y un complejo cuenco de hueso con embudo, que derretía el hielo encima del brasero. Sólo después supimos que sus grandes cuerpos se veían aún más abultados por los sacos de agua que llevaban bajo la túnica, usando el calor corporal para mantener el agua en estado líquido.

El momento de vacilación debió de durar más de un minuto, hasta que Aenea avanzó hacia ellos y el chitchatuk que luego conoceríamos como Cuchiat avanzó hacia nosotros. Cuchiat habló el primero, un torrente de ruidos toscos que evocaba grandes carámbanos estrellándose contra una superficie dura.

—Lo lamento —dijo Aenea—. No entiendo.

Nos miró a nosotros. Yo miré a A. Bettik.

—¿Reconoces este dialecto?

El inglés de la Red había sido estándar durante tantos siglos que era chocante oír palabras que no se entendían. Tres siglos después de la Caída, según los forasteros que visitaban Hyperion, la mayoría de los dialectos planetarios y regionales aún eran comprensibles.

—No, no lo entiendo —dijo A. Bettik—. M. Endymion, ¿puedo sugerir que uses el comlog?

Asentí y saqué el brazalete.

Los chitchatuk miraron cautamente, los ojos alerta. Sólo bajaron las lanzas cuando alcé el brazalete hasta mi ojo y lo activé.

—Estoy activado y aguardo tu pregunta u orden —gorjeó el escarchado brazalete.

—Escucha —dije mientras Cuchiat empezaba a parlotear de nuevo—. Dime si puedes traducir esto.

El guerrero vestido con pieles de espectro pronunció un breve y cortante discurso.

—¿Y bien? —le pregunté al comlog.

—Este idioma o dialecto no me resulta familiar —gorjeó el comlog—. Conozco varios idiomas de Vieja Tierra, entre ellos el inglés anterior a la Red, el alemán, el francés, el holandés, el japonés.

—No importa —dije.

Los chitchatuk miraban fijamente el comlog, pero no había miedo ni superstición en esos ojos grandes y oscuros, sólo curiosidad.

—Sugiero que me mantengas activado varias semanas o meses —continuó el comlog—, mientras se habla este idioma. Así podría preparar una base de datos a partir de la cual podré construir un léxico simple. También sería preferible...

—Gracias por nada —dije, y lo apagué.

Aenea se aproximó un paso más a Cuchiat y por señas le dio a entender que sentíamos frío y fatiga. Hizo gestos que aludían a la comida, a cubrirse con una manta, al sueño.

Cuchiat gruñó y deliberó con los demás. Ahora había siete chitchatuk en el túnel de hielo. (Luego aprenderíamos que sus partidas de caza siempre viajaban en números primos, al igual que sus bandas más numerosas.) Por último, después de dialogar separadamente con cada uno de sus hombres, Cuchiat nos habló brevemente, echó a andar por el corredor ascendente y nos indicó que lo siguiéramos.

Tiritando, encorvados bajo el peso de la gravedad de ese mundo, procurando ver la mortecina luz de esas ascuas una vez que apagamos las lámparas para conservar las baterías, asegurándonos de que la brújula inercial funcionara y dejara su rastro de migajas digitales, seguimos a Cuchiat y sus hombres hacia el campamento chitchatuk.

Eran un pueblo generoso. Nos dieron túnicas de espectro para vestirnos, pieles para dormir, caldo de espectro calentado en el pequeño brasero, agua de sus sacos entibiados con el cuerpo, y su confianza. Pronto supimos que los chitchatuk no guerreaban entre sí. La idea de matar a otro ser humano les era ajena. Los chitchatuk —indígenas que se habían adaptado al hielo durante un milenio— eran los únicos sobrevivientes de la Caída, las pestes víricas y los espectros. Tomaban de los monstruosos espectros todo lo que necesitaban y —por lo que pudimos colegir— los espectros dependían únicamente de los chitchatuk para alimentarse. Todas las demás formas de vida, siempre marginales, habían quedado por debajo del umbral de supervivencia después de la Caída y del fracaso de la terraformación.

Pasamos esos primeros días durmiendo, comiendo y tratando de comunicarnos. Los chitchatuk no tenían aldeas permanentes en el hielo: dormían unas horas, plegaban sus túnicas y se desplazaban por el conejar de túneles. Cuando calentaban hielo para tener agua —el único uso que hacían del fuego, pues las brasas no bastaban para calentarlos y comían la carne cruda— colgaban el brasero del techo de hielo con tres correas para que no dejara una huella delatora en el hielo.

Había veintitrés en la tribu, banda, clan o como se llamara, y al principio no pudimos discernir si incluía mujeres. Los chitchatuk usaban túnicas en todo momento, y sólo las alzaban para no ensuciarlas cuando orinaban o defecaban en las fisuras del hielo. Comprobamos que había mujeres en la banda en nuestro tercer período de sueño, cuando vimos a la mujer llamada Chatchia copulando con Cuchiat.

Poco a poco, caminando y hablando con ellos en la inmutable penumbra de los túneles durante los dos próximos días, aprendimos a reconocer sus rostros y sus nombres. El jefe Cuchiat era —a pesar de su voz tumultuosa— un hombre afable que sonreía con sus finos labios y sus ojos negros. Chiaku, su lugarteniente, era el más alto de la banda y usaba una túnica de espectro con una estría de sangre, lo cual era

una marca de honor, como supimos luego. Aichacut era iracundo, malhumorado y distante. Creo que si Aichacut hubiera sido jefe de la partida de caza cuando nos encontramos con ellos, ese día habrían quedado cadáveres en el hielo.

Cuchtu parecía ser una especie de médico brujo, y su tarea era trazar un círculo en el nicho o túnel de hielo donde dormíamos, murmurando encantamientos y quitándose los guantes de cuero de espectro para apretar las palmas contra el hielo. Sospeché que así ahuyentaba los malos espíritus. Aenea sugirió con sorna que tal vez estuviera haciendo lo que hacíamos nosotros, tratando de encontrar una salida en ese laberinto de hielo.

Chichticu era el portador del fuego, y se enorgullecía de haber obtenido ese honor. Las ascuas eran un misterio para nosotros: resplandecían y daban lumbre durante semanas, pero nunca las revolvían ni las cambiaban. Sólo desciframos este acertijo cuando conocimos al padre Glaucus.

No había niños en la banda, y costaba diferenciar la edad de los chitchatuk que conocimos. Cuchiat era mayor que la mayoría —su rostro era una telaraña de arrugas que nacían en el puente de su nariz ancha y filosa pero nunca logramos hablar de la edad con ninguno de ellos. Reconocían a Aenea como niña —o al menos como joven adulta— y la trataban como tal. Las mujeres, según notamos después de identificar a tres de ellas, se turnaban con los hombres en el papel de cazador y centinela. Aunque nos honraron a A. Bettik y a mí con la tarea de montar guardia mientras la banda dormía —siempre permanecían despiertas tres personas armadas— nunca pidieron a Aenea que realizara esa tarea. Pero obviamente le tenían simpatía y gustaban de hablar con ella, usando esa combinación de palabras simples y gestos complejos que han servido para franquear la brecha entre los pueblos desde el paleolítico.

El tercer día Aenea logró pedirles que regresaran al río con nosotros. Al principio estaban desconcertados, pero sus señas y las pocas palabras que ella había aprendido pronto comunicaron el concepto: el río, la balsa flotante, el arco congelado del teleyector (esto provocó exclamaciones), la muralla de hielo y nuestra excursión por el túnel antes de encontrarnos con nuestros amigos los chitchatuk.

Cuando Aenea sugirió que regresáramos juntos al río, la banda recogió las mantas de dormir, las guardó en las mochilas de cuero de espectro y se puso en marcha. Esta vez encabecé la marcha, y la reluciente esfera de la brújula inercial rastreó los muchos virajes, recodos, ascensos y descensos que habíamos realizado en nuestros tres días de vagabundeo.

Debo aclarar que, de no ser por nuestros cronómetros, el tiempo habría desaparecido en los túneles de hielo de Sol Draconi Septem. El inmutable y tenue fulgor del brasero de hueso, el destello de las paredes de hielo, la oscuridad que había delante y detrás, el frío punzante, los breves períodos de sueño y las incesantes horas de ascenso bajo el peso de esa gravedad, todo se combinaba para descalabrar la

percepción del tiempo. Según el cronómetro, era el anochecer del tercer día desde que abandonamos la balsa cuando descendimos por el último tramo del estrecho corredor y regresamos al río.

Era un triste espectáculo: el mástil astillado y los troncos carcomidos, la popa sumergida en el hielo, los faroles cubiertos de escarcha, la embarcación vacía. Los fascinados chitchatuk demostraron mayor entusiasmo que nunca desde que los habíamos conocido. Usando sogas de cuero trenzado, Cuchiat y otros bajaron a la balsa y examinaron los detalles: la losa central, el metal de los faroles, la cuerda de nylon que habíamos usado para atar los troncos. Su interés era manifiesto, pues en una sociedad donde la materia prima para construir armas y ropas procedía de un solo animal —para colmo un habilidoso depredador— la balsa debía de representar un tesoro de recursos.

Podrían haber intentado matarnos o abandonarnos para quedarse con esa fortuna, pero los chitchatuk eran un pueblo generoso, y ni siquiera la codicia alteraba su opinión de que todos los humanos eran aliados, así como todos los espectros eran enemigos y presas. Todavía no habíamos visto un espectro, salvo por las pieles que usábamos sobre nuestra ropa tropical, pues las túnicas eran increíblemente abrigadas, rivalizando con la manta térmica en su eficiencia aislante, así que pudimos empacar la mayor parte de las prendas. Pero si bien desconocíamos el vigor y la voracidad del espectro, no conservaríamos esa inocencia durante mucho tiempo.

Una vez más Aenea comunicó la idea de viajar río abajo. Señaló la muralla de hielo y representó una travesía hasta el segundo arco.

Cuchiat y su banda se entusiasmaron aún más y trataron de hablarnos sin señas. Sus toscas palabras y frases nos cayeron en los oídos como una carga de grava. Como no entendíamos, se pusieron a hablar animadamente entre sí. Al fin Cuchiat se adelantó y nos dijo una breve oración. Oímos que repetía la palabra glaucus. La habíamos oído antes en sus parlamentos, pues la palabra destacaba como ajena a su idioma. Cuando Cuchiat señaló hacia arriba y repitió la seña de que subiríamos a la superficie, asentimos ávidamente.

Así fue como, arropados en nuestras pieles de espectro, la espalda encorvada bajo el peso de las mochilas en esa extenuante gravedad, emprendimos la marcha hacia la ciudad sepultada en el hielo para reunirnos con el sacerdote.

41

Cuando llega la orden de liberar al padre capitán De Soya de su virtual arresto domiciliario en la Rectoría de los Legionarios de Cristo, no la imparte el Santo Oficio de la Inquisición, como se esperaba, sino monseñor Lucas Oddi, subsecretario de su excelencia el cardenal Simon Augustino Lourdusamy.

La caminata por la ciudad y los jardines del Vaticano es abrumadora para De Soya. Todo lo que ve y oye —los claros cielos de Pacem, el aleteo de pinzones en los huertos, el suave tañido de las campanas llamando a vísperas— le causa tanta emoción que debe esforzarse para contener las lágrimas. Monseñor Oddi charla mientras caminan, mezclando los chismes del Vaticano con ciertos halagos que hacen zumbar los oídos de De Soya mucho después de haber pasado aquel sector del jardín donde zumban abejas entre las flores.

De Soya estudia al anciano que lo lleva a paso tan vivaz. Oddi es muy alto y parece deslizarse. Sus piernas apenas hacen ruido dentro de la larga sotana. Tiene rostro delgado y anguloso, con arrugas talladas por muchas décadas de buen humor, y su nariz larga y ganchuda parece olfatear el aire del Vaticano en busca de rumores y humoradas. De Soya ha oído bromas acerca de monseñor Oddi y el cardenal Lourdusamy, el hombre alto y gracioso y el hombre obeso y artero. Los rumores dicen que resultarían cómicos de no ser por el poder aterrador que poseen.

De Soya se sorprende cuando salen del jardín y abordan uno de los ascensores externos que suben a las logias del Palacio Vaticano. Los guardias suizos, esplendorosos en sus antiguos uniformes de franjas rojas, azules y anaranjadas, se cuadran cuando ellos entran y salen del ascensor. Los guardias empuñan largas picas, pero De Soya recuerda que esas picas pueden usarse como rifles de pulsos.

—Recordará que Su Santidad, durante su primera resurrección, decidió ocupar nuevamente este piso porque simpatizaba con su tocayo, Julio II —dice monseñor Oddi, señalando el largo corredor con un grácil ademán.

—Sí —dice De Soya. Su corazón palpita desbocadamente. El papa Julio II, el famoso papa guerrero que encargó el techo de la Capilla Sixtina durante su reinado de 1503-1513, había sido el primero en vivir en esos aposentos. Si aquel primer papa guerrero había reinado por una década, el actual papa Julio (en todas sus encarnaciones, de Julio VI a Julio XIV) ha vivido y gobernado aquí casi doscientos setenta años. ¡Por cierto, no irá a encontrarse con el Santo Padre! De Soya logra aparentar calma mientras atraviesan el vasto corredor, pero tiene las palmas húmedas y respira agitadamente.

—Iremos a ver al secretario, por cierto —dice Oddi con una sonrisa—, pero si usted no ha visto los apartamentos papales, es un grato paseo. Su Santidad se reunirá con el sínodo interestelar de obispos en la sala más pequeña del edificio Nervi, todo

el día.

De Soya asiente, pero en verdad concentra la atención en las *stanze* de Rafael que ve por las puertas abiertas de los apartamentos papales. Conoce la historia a grandes rasgos: el papa Julio II se había cansado de los «anticuados» frescos de genios menores como Piero della Francesca y Andrea del Castagno, así que en el otoño de 1508 mandó buscar a un genio de veintiséis años oriundo de Urbino, Raffaello Sanzio. En una habitación De Soya ve la *Stanza della Segnatura*, un fresco abrumador que representa el triunfo de la verdad religiosa, en contraste con el triunfo de la verdad filosófica y científica.

—Ah —dice monseñor Oddi, deteniéndose para que De Soya pueda mirar—. Le gusta, ¿verdad? ¿Ve a Platón entre los filósofos?

—Sí.

—¿Sabe a quién se parece en verdad, quién fue el modelo?

—No.

—Leonardo da Vinci —dice el sonriente monseñor—. ¿Y ve a Heráclito? ¿Sabe a quién retrató Rafael?

De Soya niega con la cabeza. Está recordando la diminuta capilla mariana de adobe de su mundo natal, con la arena entrando siempre por las puertas y arremolinándose bajo la sencilla estatua de la Virgen.

—Heráclito es Miguel Ángel —dice monseñor Oddi—. Y Euclides es Bramante. Venga, acérquese.

De Soya apenas soporta pisar el rico tapiz de la alfombra.

Los frescos, estatuas, molduras doradas y altas ventanas de la habitación parecen girar alrededor de él.

—¿Ve esas letras en el cuello de Bramante? Venga, acérquese. ¿Puede leerlas, hijo mío?

—R-U-S-M —lee De Soya.

—Sí, sí —ríe monseñor Lucas Oddi—. *Raphael Urbinus Sua Manu*. Venga, hijo mío. Traduzca para un viejo. Creo que esta semana ha tenido su lección de repaso de latín.

—Rafael de Urbino —traduce De Soya en un murmullo—, por su mano.

—Sí. Venga. Cogeremos el ascensor papal para bajar a los apartamentos. No debemos hacer esperar al secretario.

El apartamento Borgia ocupa gran parte de la planta baja de esta ala del palacio. Entran por la diminuta capilla de Nicolás V, y el padre capitán De Soya cree que nunca ha visto una obra humana más encantadora que esta pequeña habitación. Los frescos fueron pintados por Fra Angelico entre 1447 y 1449 y son la esencia de la sencillez, la encarnación de la pureza.

Más allá de la capilla, las habitaciones del apartamento Borgia se vuelven más

oscuras y ominosas, así como la historia de la Iglesia fue más oscura bajo los papas Borgia. Pero en la cuarta habitación —el estudio del papa Alejandro, consagrado a las ciencias y las artes liberales— De Soya comienza a apreciar el poder del radiante color, las extravagantes aplicaciones del pan de oro y el suntuoso uso del estuco. La quinta habitación explora la vida de los santos con frescos y estatuas, pero tiene un aire estilizado e inhumano que De Soya asocia con antiguas pinturas del arte egipcio de Vieja Tierra. La sexta habitación, el comedor del Papa, según explica el monseñor, explora los misterios de la fe en una explosión de color y figuras que deja a De Soya sin aliento.

Monseñor Oddi se detiene ante un enorme fresco de la Resurrección y señala con dos dedos una figura secundaria cuya intensa piedad se siente a pesar de los siglos y del óleo desleído.

—El papa Alejandro VI —murmura Oddi—. El segundo de los papas Borgia. —Señala con displicencia a dos hombres que están cerca de él en el atestado fresco. Ambos tienen una luz y una expresión propias de los santos—. Cesare Borgia, el hijo bastardo del papa Alejandro. El hombre que está al lado es el hermano de Cesare, a quien él asesinó. La hija del Papa, Lucrecia, estaba en la quinta habitación... tal vez usted la haya pasado por alto. La santa virgen Catalina de Alejandría.

De Soya mira azorado. En el techo ve el diseño que se ha repetido en cada una de estas habitaciones, el brillante toro y la corona que eran emblema de los Borgia.

—Pinturicchio pintó todo esto —dice monseñor Oddi, nuevamente en marcha—. Su verdadero nombre era Bernardino di Betto, y estaba loco de atar. Quizá fuera un servidor de las tinieblas. —El monseñor se detiene para echar otro vistazo a la habitación mientras los guardias suizos se cuadran—. Y ciertamente era un genio —murmura—. Venga, es hora de su reunión.

El cardenal Lourdusamy aguarda detrás de un escritorio largo y bajo en la habitación sexta, la *Sala dei Pontifici*. No se levanta, sino que se mueve en la silla cuando anuncian al padre capitán De Soya. El padre capitán se arrodilla y besa el anillo del cardenal. Lourdusamy palmea la cabeza del sacerdote capitán y desecha las formalidades con un gesto.

—Siéntate en esa silla, hijo mío. Ponte cómodo. Te aseguro que esa pequeña silla es más cómoda que este trono de respaldo recto que han encontrado para mí.

De Soya había olvidado la potencia de la voz del cardenal: es un bajo profundo que no sólo parece surgir del cuerpo del hombre sino de la tierra misma. Lourdusamy es enorme, una gran masa de seda roja, lino blanco y terciopelo carmesí, un macizo geológico que culmina en una enorme cabeza sobre capas de papadas, con boca diminuta, ojos vivaces y un cráneo casi calvo coronado por el birrete carmesí.

—Federico —truena el cardenal—, me deleita que hayas salido ileso de tantas muertes y problemas. Se te ve bien, hijo mío. Cansado, pero bien.

—Gracias, excelencia —dice De Soya.

Monseñor Oddi se ha sentado a la izquierda de él, a cierta distancia del escritorio del cardenal.

—Y entiendo que ayer comparecíste ante el tribunal del Santo Oficio —dice el cardenal Lourdusamy, escrutando a De Soya.

—Sí, excelencia.

—Sin tenacillas, espero. Sin vírgenes de hierro ni hierros candentes. ¿O te pusieron en el potro? —La risa del cardenal retumba en su enorme pecho.

—No, excelencia. —De Soya atina a sonreír.

—Bien, bien —dice el cardenal, y la luz de un candelabro resplandece en su anillo. Se inclina y sonríe—. Cuando Su Santidad ordenó al Santo Oficio que recobrara su viejo nombre de Inquisición, algunos incrédulos pensaron que los días de locura y terror habían regresado dentro de la Iglesia. Pero no es así, Federico. El único poder del Santo Oficio consiste en dar consejo a las órdenes de la Iglesia, y el único castigo que aplica es recomendar la excomunión.

De Soya se relame los labios.

—Pero ese castigo es terrible, excelencia.

—Sí —concede el cardenal Lourdusamy, esta vez sin socarronería—. Terrible. Pero tú no tienes que preocuparte por eso, hijo mío. Este incidente ha terminado. Tu nombre y tu reputación están totalmente a salvo. El informe que el tribunal enviará a Su Santidad te libera de toda culpa, con la posible excepción de cierta insensibilidad a los sentimientos de un obispo provincial que tiene suficientes amigos en la Curia como para exigir esta audiencia.

De Soya aún no está del todo tranquilo.

—El obispo Melandriano es un ladrón, excelencia.

Lourdusamy echa una ojeada a monseñor Oddi y vuelve a mirar al padre capitán.

—Sí, sí, Federico. Lo sabemos. Hace tiempo que lo sabemos. El buen obispo de esa remota ciudad flotante de aquel mundo acuoso tendrá que comparecer a su tiempo ante los cardenales del Santo Oficio, te lo aseguro. Y también te aseguro que en su caso las recomendaciones no serán tan benévolas. —El cardenal se reclina en su silla. La antigua madera cruje—. Pero debemos hablar de otras cosas, hijo mío. ¿Estás dispuesto a reanudar tu misión?

—Sí, excelencia. —De Soya se sorprende de la rapidez y sinceridad de su respuesta. Hasta ese momento había creído mejor terminar con esa parte de su vida y su servicio.

El cardenal Lourdusamy adopta una expresión más grave. Las papadas cobran firmeza.

—Excelente. Ahora bien, entiendo que uno de tus hombres murió durante la expedición a Hebrón.

—Un accidente durante la resurrección, excelencia.

Lourdusamy sacude la cabeza.

—Terrible, terrible.

—El lancero Rettig —añade De Soya, sintiendo que es preciso mencionar el nombre—. Era buen soldado.

Los ojillos del cardenal destellan, como si lagrimeara. Mira directamente a De Soya.

—Sus padres y su hermana recibirán las atenciones pertinentes. El lancero Rettig tenía un hermano que llegó al rango de sacerdote comandante en Bressia. ¿Lo sabías, hijo?

—No, excelencia.

Lourdusamy asiente.

—Una gran pérdida.

El cardenal suspira y apoya una mano regordeta en el escritorio vacío. De Soya ve los hoyuelos en el dorso de la mano y la mira como si fuera una entidad aparte, una criatura marítima sin huesos.

—Federico, tenemos una sugerencia para que alguien llene en tu nave el vacío que dejó la muerte del lancero Rettig. Pero antes debemos comentar el motivo de esta misión. ¿Sabes por qué debemos encontrar y detener a esta niña?

De Soya se yergue en su asiento.

—Su excelencia me explicó que la niña era hija de una abominación, un cíbrido. Que constituye una amenaza para la Iglesia. Que quizá sea una agente del TecnoNúcleo.

Lourdusamy cabecea.

—Todo eso es cierto, Federico. Pero no te contamos en qué sentido ella es una amenaza, no sólo para la Iglesia y para Pax, sino para toda la humanidad. Si hemos de enviarte de vuelta en esta misión, hijo mío, tienes derecho a saberlo.

Sofocados por las ventanas y murallas del palacio, llegan dos ruidos repentinos. En el mismo instante disparan el cañonazo de mediodía desde la colina Janiculum, a orillas del río, en Tratevere, y los relojes de San Pedro comienzan a dar las doce.

Lourdusamy hace una pausa, extrae un antiguo reloj de los pliegues de su túnica carmesí, asiente con satisfacción, le da cuerda y lo guarda.

De Soya espera.

42

Nos llevó poco más de un día atravesar los túneles de hielo para llegar a la ciudad sepultada, pero durante el trayecto hubo tres breves períodos de sueño, y el viaje en sí —oscuridad, frío, pasajes angostos en el hielo— habría sido olvidable si aquel espectro no hubiera matado a uno de nuestro grupo.

Como sucede con los auténticos actos de violencia, fue demasiado rápido para observarlo. Trajinábamos por el túnel —Aenea, el androide y yo a la retaguardia de la hilera de chitchatuk— cuando de pronto hubo una explosión de hielo y movimiento. Me quedé petrificado, pensando que había estallado una mina, y el hombre que caminaba a dos hombres de distancia de Aenea desapareció sin un grito.

Yo todavía estaba petrificado, el rifle de plasma en las manos, inservible con el seguro puesto, cuando el chitchatuk más próximo se puso a ulular de rabia e impotencia, y los cazadores más cercanos se internaron en el nuevo corredor que se había abierto donde un segundo antes no había ninguno.

Aenea ya alumbraba con su lámpara el pozo casi vertical cuando me acerqué a ella empuñando mi arma. Dos chitchatuk se habían arrojado por el conducto, frenando la caída con las botas y los cuchillos de hueso, arrojando astillas de hielo; yo estaba por meterme cuando Cuchiat me aferró el hombro.

—¡*Ktchey*! —exclamó—. ¡*Ku tcheta chitchatuk*!

Era el cuarto día, y yo ya entendía que me estaba ordenando que no fuera. Obedecí, pero saqué la linterna láser para iluminar el camino a los cazadores aullantes que ya estaban a veinte metros y fuera de nuestra vista, pues el nuevo túnel se ponía horizontal. Al principio creí que era un efecto del rojo haz del láser, pero luego vi que el pozo estaba casi totalmente pintado de brillante sangre.

Los gritos de los chitchatuk continuaron cuando los cazadores regresaron con las manos vacías. Comprendí que no habían visto al espectro ni hallado a la víctima, salvo la sangre, los jirones de la túnica y el meñique de la mano derecha. Cuchtu, el hombre a quien considerábamos el médico brujo, se arrodilló, besó el dígito cortado, se pasó un cuchillo de hueso por el antebrazo, derramó su propia sangre sobre el dedo sanguinolento y luego, con reverencia, guardó el dedo en su saco de cuero. Los chitchatuk dejaron de ulular. Chiaku, el hombre alto de túnica ensangrentada —ahora doblemente ensangrentada, pues era uno de los cazadores que se habían arrojado por el pozo—, nos habló gravemente mientras los demás cargaban sus bártulos, guardaban sus lanzas y reanudaban la marcha.

Mientras seguíamos andando por el túnel, miré atrás y vi que el boquete por donde había entrado el espectro se perdía en aquella negrura que parecía seguirnos. Pensando que esos animales vivían en la superficie y bajaban para cazar, no me había sentido nervioso. Pero ahora el hielo del suelo parecía traicionero, las facetas de hielo

y los rebordes de las paredes y los techos eran meras ventanas donde acechaba otro espectro. Noté que trataba de caminar ligeramente, como si eso me impidiera caer al lugar donde aguardaba el asesino. No era fácil caminar ligeramente en Sol Draconi Septem.

—M. Aenea —dijo A. Bettik—, no entendí lo que decía M. Chiaku. ¿Algo sobre números?

El rostro de Aenea estaba hundido bajo los dientes de espectro de la túnica. Yo sabía que confeccionaban estas túnicas con cachorros de espectro, pero la vislumbre de esos brazos blancos del grosor de mi torso atravesando el hielo, las garras negras de la longitud de mi antebrazo, me hicieron comprender el tamaño de esas criaturas. A veces, comprendí, destrabando el seguro de mi rifle de plasma, tratando de caminar ligeramente en el peso aplastante de Sol Draconi Septem, el camino más corto hacia el coraje es la ignorancia absoluta.

—Así que pienso que hablaba del hecho de que la banda ya no suma un número primo —le decía Aenea a A. Bettik—. Hasta que ella... fue capturada... éramos veintiséis, lo cual estaba bien, pero ahora tienen que hacer algo pronto o... no sé... más mala suerte.

Por lo que pude entender, resolvieron el intríngulis del número primo enviando a Chiaku delante como explorador. O quizá tan sólo se ofreció como voluntario para estar lejos del grupo hasta llegar a la ciudad congelada. Veinticinco, siendo un número impar, se podía tolerar brevemente, pero sin nosotros la banda pronto volvería a ser de veintidós, todavía un número inaceptable.

Olvidé todas mis reflexiones sobre la preocupación de los chitchatuk por los números primos cuando llegamos a la ciudad.

Primero vimos la luz. Al cabo de varios días, nuestros ojos se habían acostumbrado tanto al fulgor ambarino del chuchkituk —el brasero de hueso— que aun el resplandor ocasional de nuestras lámparas nos encandilaba. La luz de la ciudad congelada era dolorosa.

En un tiempo, el edificio había sido de acero o plastiacero y cristal, tal vez de setenta pisos de altura, y debía de dar sobre un grato valle verde y terraformado, quizás hacia el sur, donde el río pasaba a medio kilómetro. Ahora nuestro túnel de hielo desembocaba en un agujero del cristal, hacia el piso cincuenta y ocho, y las lenguas del glaciar atmosférico habían deformado la estructura de acero penetrando en varios niveles.

Pero el rascacielos aún se mantenía en pie, quizá con sus pisos superiores asomando al negro vacío de la superficie. Y todavía irradiaba su luz resplandeciente.

Los chitchatuk se detuvieron en la entrada, protegiéndose los ojos del resplandor y ululando en un tono distinto del gemido fúnebre del túnel. Era una señal. Mientras

aguardábamos, miré el esqueleto de acero y cristal, las docenas de lámparas encendidas que colgaban por doquier, piso tras piso, de modo que podíamos ver bajo nuestros pies, a través del hielo, los pisos inferiores y las ventanas iluminadas.

El padre Glaucus se aproximó por un recinto que era a medias caverna de hielo y a medias oficina. Llevaba la larga sotana negra y el crucifijo que yo asociaba con los jesuitas del monasterio de Puerto Romance. Era evidente que el anciano era ciego —tenía ojos lechosos, con cataratas, inexpresivos como piedras— pero eso no fue lo primero que me llamó la atención en él: era viejo, antiguo, venerable, barbado como un patriarca. Cuando Cuchiat lo llamó, sus rasgos cobraron vida y pareció despertar de un trance, enarcando las níveas cejas, y su amplia frente se cubrió de arrugas. Sus labios cuarteados se curvaron en una sonrisa. Aunque esta descripción puede parecer grotesca, no había nada extravagante en el padre Glaucus, ni su ceguera, ni su barba blanca y deslumbrante, ni la curtida y manchada piel ni sus labios agrietados. Todo en él era tan personal que ninguna comparación le haría justicia.

Yo tenía muchas reservas en cuanto a conocer a este «glauco», temiendo que estuviera asociado con Pax. Ahora, viendo que era sacerdote, habría cogido a la niña y A. Bettik y me hubiera ido con los chitchatuk. Pero ninguno de los tres tuvo ese impulso. Este anciano no era hombre de Pax, era sólo el padre Glaucus. Supimos esto pocos minutos después de nuestro encuentro.

Pero antes de que ninguno hablara, el sacerdote ciego pareció detectar nuestra presencia. Después de conversar con Cuchiat y Chichitcia en su lengua, giró hacia nosotros, alzando una mano como si su palma sintiera nuestro calor. Se aproximó al límite que separaba la caverna de hielo de la habitación.

Caminó directamente hacia mí, me apoyó la mano huesuda en el hombro y dijo, en voz alta y nítido inglés de la Red:

—¡He aquí el hombre!

Tardé años en poner ese comentario en perspectiva. En ese momento sólo pensé que el viejo sacerdote estaba loco además de ciego.

El arreglo fue que nosotros nos quedaríamos unos días con el padre Glaucus en el rascacielos mientras los chitchatuk se iban a atender asuntos de los chitchatuk. Aenea y yo supusimos que lo más urgente para ellos era resolver el problema de los números primos, y que luego regresarían a vernos. Habíamos logrado comunicarles por señas que deseábamos desmantelar la balsa y llevarla río abajo hasta el próximo portal teleyector. Los chitchatuk parecían entender. Al menos habían asentido usando su palabra de aprobación —*chia*— cuando les describimos con señas el segundo arco y la balsa pasando debajo. Si yo había entendido su respuesta gestual y verbal, el viaje hasta el segundo teleyector requeriría ir por la superficie, duraría varios días y atravesaría una zona de muchos espectros árticos. Creí entender que hablaríamos

nuevamente sobre ello una vez que hubieran satisfecho su necesidad inmediata de salir «en busca del equilibrio insoluble»; supongo que hablaban de encontrar a otro miembro de la banda, o perder tres. Este pensamiento me produjo escalofríos.

En todo caso, nosotros debíamos quedarnos con el padre Glaucus hasta que regresara la banda de Cuchiat. El sacerdote ciego habló animadamente con los cazadores, y luego se paró en la entrada de la caverna de hielo, escuchando, hasta que el fulgor del brasero de hueso desapareció.

El padre nos saludó de nuevo, palpándonos el rostro, los hombros, los brazos y las manos. Confieso que nunca había experimentado una presentación semejante. Cuando palpó la cara de Aenea con sus manos huesudas, el anciano dijo:

—Una niña humana. Creí que nunca volvería a ver el rostro de una niña humana.

No comprendí.

—¿Qué hay de los chitchatuk? —pregunté—. Ellos son humanos. Ellos deben de tener hijos.

El padre Glaucus se había internado en el rascacielos, subiendo por una escalera hasta una habitación más cálida antes de nuestra «presentación». Aquí era donde vivía. En los faroles y braseros ardían las mismas ascuas relucientes que usaban los chitchatuk, sólo que había cientos más. Los muebles eran confortables; había un antiguo reproductor de discos de música y las paredes internas estaban cubiertas de libros, algo que me pareció incongruente en la casa de un ciego.

—Los chitchatuk tienen hijos —dijo el viejo sacerdote—, pero no les permiten ir con las bandas que merodean por aquí, tan al norte.

—¿Por qué?

—Los espectros —dijo el padre Glaucus—. Hay muchos espectros al norte de la vieja frontera de terraformación.

—Pensé que los chitchatuk vivían de los espectros.

El viejo asintió y se acarició la barba. Era una barba poblada y blanca, tan larga que ocultaba su cuello romano. La sotana tenía muchos remiendos y costuras, pero aun así estaba deshilachada.

—Mis amigos los chitchatuk viven de los cachorros de espectros. El metabolismo de los adultos hace que su piel y huesos sean inservibles para la banda.

No entendí esto, pero no interrumpí.

—Los espectros, por otra parte, aman a los niños chitchatuk. Por eso los chitchatuk y los demás están tan intrigados por la presencia de nuestra joven amiga tan al norte.

—¿Dónde están sus hijos? —preguntó Aenea.

—Cientos de kilómetros al sur. Con las bandas de crianza. Allí hay un clima tropical. El hielo tiene sólo treinta o cuarenta metros de grosor y la atmósfera es más respirable.

—¿Por qué los espectros no cazan a los niños allí? —pregunté.

—Es mal terreno para los espectros... demasiado caluroso.

—¿Entonces por qué los chitchatuk no eligen la seguridad y se mudan al sur...? —Me interrumpí. El frío y la abrumadora gravedad debían de haberme vuelto más estúpido que de costumbre.

—Exacto —dijo el padre Glaucus, interpretando bien mi repentino silencio—. Los chitchatuk viven de los espectros. Los grupos de cazadores, como el de nuestro amigo Cuchiat, corren grandes riesgos para llevar carne, pieles y herramientas a las bandas de crianza. Las bandas de crianza corren el riesgo de morirse de hambre si no llega la comida. Los chitchatuk tienen pocos hijos, pero éstos son muy valiosos para ellos. O, como dirían ellos, *Utchai tuk aichit chacutkuchit.*

—Más sagrados que el calor —tradujo Aenea.

—Precisamente. Pero estoy olvidando mis modales. Os mostraré vuestros aposentos. Tengo varias habitaciones amuebladas y con calefacción, aunque vosotros sois mis primeros huéspedes no chitchatuk en... cinco décadas estándar, creo. Mientras os acomodáis, calentaré la cena.

43

Mientras explica el verdadero motivo de la misión de De Soya, el cardenal Lourdusamy se reclina en su trono y señala el distante techo con su mano regordeta.

—¿Qué piensas de esta habitación, Federico?

El padre capitán De Soya, dispuesto a oír algo de importancia vital, pestañea y yergue el rostro. Esta gran sala tiene ornamentos tan profusos como las otras del apartamento Borgia, o más. Los colores son más vivos, más vibrantes, y el padre capitán repara en la diferencia: estos tapices y frescos son más actuales. Uno presenta al papa Julio VI recibiendo el cruciforme de un ángel del Señor, y otro muestra a Dios estirando el brazo —en un eco del techo de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina— para entregar a Julio el Sacramento de la Resurrección. Un Arcángel expulsa al malvado antipapa, Teilhard I, con su espada flamígera. Otras imágenes del techo y tapices de la pared proclaman la gloria del primer siglo de la resurrección de la Iglesia y la expansión de Pax.

—El techo original se desmoronó en el 1500 —explica el cardenal Lourdusamy—, y por poco mató al papa Alejandro. Casi todo el decorado original fue destruido. León X lo hizo reemplazar después de la muerte de Julio II, pero la obra era inferior a la original. Su Santidad encomendó la nueva obra hace ciento treinta años estándar. Fíjate en el fresco central, obra de Halaman Ghena de Vector Renacimiento. El *Tapiz de Pax Ascendiente*, por allá, es obra de Shiroku. La restauración arquitectónica fue obra de la crema de los artesanos de Pacem, entre ellos Peter Baines Cort-Bilgruth.

De Soya asiente cortésmente, sin saber cómo se relaciona esto con el tema que trataban. Quizás el cardenal, como ocurre con muchos poderosos, se haya habituado a divagar porque sus subalternos nunca le reprochan sus digresiones.

Como leyendo la mente del padre capitán, Lourdusamy ríe entre dientes y apoya su blanda mano en la superficie de cuero de la mesa.

—Menciono esto por una razón, Federico. ¿Convendrías en que la Iglesia y Pax han traído una era de paz y prosperidad sin precedentes para la humanidad?

De Soya titubea. Ha leído historia, pero no está seguro de que esta era no tenga precedentes. Y en cuanto a la «paz»... El recuerdo de bosques orbitales incinerados y mundos arrasados aún puebla sus sueños.

—La Iglesia y sus aliados de Pax sin duda han mejorado la situación de la mayoría de los ex mundos de la Red que he visitado, excelencia, y nadie puede negar que el don de la resurrección no tiene precedentes.

—¡Válgame! ¡Un diplomático! —estalla Lourdusamy, frotándose el fino labio superior con aire divertido—. Sí, sí, tienes toda la razón, Federico. Toda época tiene sus desventajas, y la nuestra incluye una constante lucha contra los éxters y una lucha aún más urgente para establecer el reinado de Nuestro Señor y Salvador en el corazón

de todos los hombres y mujeres. Pero, como ves —señala una vez más los frescos y tapices—, estamos en medio de un Renacimiento tan real como el que imbuyó el espíritu del primer Renacimiento, que nos dio la capilla de Nicolás V y otras maravillas que viste al entrar. Y este Renacimiento es en verdad del espíritu, Federico.

De Soya aguarda.

—Esta abominación destruirá todo eso —dice gravemente Lourdusamy—. Como te dije hace un año, lo que buscamos no es una niña, sino un virus. Y sabemos de dónde viene ese virus.

De Soya escucha.

—Su Santidad ha tenido una de sus visiones —continúa el cardenal con una voz que es apenas más que un susurro—. ¿Sabes, Federico, que el Santo Padre a menudo tiene sueños enviados por Dios?

—He oído rumores, excelencia.

Este aspecto mágico de la Iglesia nunca ha atraído a De Soya. Espera, y Lourdusamy agita la mano como si desechara los rumores más tontos.

—Claro que Su Santidad ha recibido revelaciones vitales después de mucho orar, mucho ayunar, y demostrar una suprema humildad. Esa revelación fue la fuente de nuestro conocimiento acerca de cuándo y dónde la niña aparecería en Hyperion. Su Santidad tuvo razón en el momento, ¿verdad?

De Soya inclina la cabeza.

—Y una de estas revelaciones sagradas instó al Santo Padre a pedir tus servicios, Federico. El vio que tu destino y la salvación de nuestra Iglesia y nuestra sociedad estaban inextricablemente entrelazados.

El padre capitán De Soya no pestañea.

—Y ahora, la amenaza para el futuro de la humanidad se ha revelado en mayor detalle.

El cardenal se pone de pie, pero cuando De Soya y monseñor Oddi se apresuran a levantarse, él les indica que se sienten. De Soya se sienta y mira la gigantesca masa roja y blanca moviéndose entre los estanques de luz de la oscura habitación, las relucientes mejillas del cardenal, sus ojillos perdidos en las sombras.

—Éste es, en verdad, el gran intento de destrucción del TecnoNúcleo, Federico. El mismo mal mecánico que destruyó Vieja Tierra, que explotó las mentes y almas de la humanidad con sus parasitarios teleyectores, y que provocó el ataque éxter que precedió a la Caída... ese mismo mal vuelve a hostigarnos. La hija del cíbrido, Aenea, es su instrumento. Por eso los teleyectores funcionan para ella cuando no admiten a nadie más. Por eso el demonio Alcaudón ha matado a miles de los nuestros y quizá pronto mate millones o miles de millones. A menos que lo detengan, este súcubo logrará devolvernos al dominio de la máquina.

De Soya mira la silueta roja del cardenal. Nada de esto es nuevo.

Lourdusamy se detiene.

—Pero Su Santidad ahora sabe que la hija del cíbrido no es sólo la agente del Núcleo, Federico. Es el instrumento del Dios Máquina.

De Soya entiende. Cuando la Inquisición lo interrogó acerca de los *Cantos*, sintió que las entrañas se le hacían gelatina por temor al castigo por haber leído el poema prohibido. Pero aun este libro que figura en el Index admite que ciertos elementos del Núcleo IA han trabajado durante siglos para producir una Inteligencia Máxima, una deidad cibernética que propagaría su poder hacia atrás en el tiempo para dominar el universo. Tanto los *Cantos* como la historia oficial de la Iglesia reconocen la batalla en el tiempo entre este falso dios y Nuestro Señor. El cíbrido Keats —los cíbridos, en verdad, pues hubo un reemplazo cuando una secta del Núcleo destruyó al primero en la megaesfera— fue falsamente representado como mesías de la IM —ese blasfemo concepto teilhardiano de un dios evolucionado a partir de los humanos— en los prohibidos *Cantos*. El poema decía que la empatía era la clave de la evolución espiritual humana. La Iglesia había corregido eso, señalando que obedecer la Voluntad de Dios era la fuente de la revelación y la salvación.

—A través de la revelación —dice Lourdusamy—, Su Santidad sabe dónde están la hija del cíbrido y sus cómplices en este preciso momento.

De Soya se inclina hacia delante.

—¿Dónde, excelencia?

—En el mundo helado de Sol Draconi Septem. Su Santidad es muy claro en cuanto a eso. Y es muy claro en cuanto a las consecuencias que habrá si esa niña no es detenida. —Lourdusamy rodea el largo escritorio y se planta frente al sacerdote capitán. De Soya mira el resplandor rojo y blanco, los ojillos que lo escudriñan—. Ahora ella busca aliados —afirma fervientemente el cardenal—. Aliados que la ayuden en la destrucción de Pax y la desecración de la Iglesia. Hasta este momento ha sido como un virus mortal en una región desierta, un peligro potencial, pero contenible. Pronto, si se nos escapa, alcanzará la madurez y el pleno poder... el pleno poder del Maligno.

Por encima del reluciente hombro del cardenal, De Soya ve las figuras que se arquean en el fresco del techo.

—Todos los portales teleyectores se abrirán simultáneamente —continúa el cardenal—. El demonio Alcaudón, en un millón de iteraciones, saldrá para exterminar a los cristianos. Los éxters contarán con armas del TecnoNúcleo y espeluznantes tecnologías IA. Ya han usado máquinas subcelulares para convertirse en algo más que humanos. Ya han vendido sus almas inmortales por máquinas para adaptarse al espacio, para devorar la luz del sol, para existir como... como plantas en la oscuridad. Su capacidad guerrera aumentará mil veces merced a las máquinas

secretas del Núcleo. Esa fuerza maligna no será detenida, ni siquiera por la Iglesia. Miles de millones morirán la muerte verdadera, perderán su cruciforme, el alma arrancada del cuerpo como si les arrancaran el corazón del pecho. Decenas de miles de millones perecerán. Los éxters se abrirán paso en los dominios de Pax, sembrando desolación como los vándalos y los visigodos, destruyendo Pacem, el Vaticano y todo lo que conocemos. Matarán la paz. Negarán la vida y desecrarán nuestro principio de la dignidad del individuo.

De Soya espera.

—Esto no tiene que suceder —dice Lourdusamy—. Su Santidad ora todos los días para que no suceda. Pero son tiempos peligrosos, Federico, para la Iglesia, para Pax, para el futuro de la raza humana. Él ha visto lo que puede ocurrir y ha consagrado nuestras vidas y nuestro sagrado honor de príncipes de la Iglesia a impedir el nacimiento de una realidad tan nefasta.

De Soya mira al cardenal, que se inclina hacia él.

—Ahora, Federico, debo revelarte algo que nuestros miles de millones de fieles sólo sabrán dentro de meses. Hoy, a esta hora, en el sínodo interestelar de obispos, Su Santidad anuncia una cruzada.

—¿Una cruzada? —repite De Soya. Hasta el inmutable monseñor Oddi carraspea.

—Una cruzada contra la amenaza éxter —declara el cardenal Lourdusamy—. Durante siglos nos hemos defendido. La Gran Muralla es una estratagema defensiva que pone cuerpos, naves y vidas cristianas en el camino de la agresión éxter. Pero a partir de hoy, por gracia de Dios, la Iglesia y Pax pasamos a la ofensiva.

—¿Cómo? —pregunta De Soya. Sabe que ya se libran batallas en la tierra de nadie, aquel espacio gris que media entre las regiones de Pax y éxters, llenando miles de pársecs con las maniobras, embates y retiradas de las flotas. Pero con la deuda temporal (un viaje desde Pacem hasta los confines más remotos de la Gran Muralla demora dos años de tiempo de a bordo, una deuda temporal de más de veinte años) es imposible coordinar la ofensiva con la defensa.

Lourdusamy sonríe gravemente.

—Aun mientras hablamos —responde—, se solicita, se ordena a todos los mundos de Pax y el Protectorado que consagren sus recursos planetarios a construir una gran nave, una nave por cada mundo.

—Tenemos miles de naves...

—Sí. Pero estas naves usarán la nueva tecnología Arcángel. No serán como el *Rafael*, un correo con poco armamento, sino los cruceros de batalla más mortíferos que haya visto este brazo en espiral. Capaces de trasladarse a cualquier parte de la galaxia en menos tiempo del que tarda una lanzadera en ponerse en órbita. Cada nave llevará el nombre de su mundo natal, y será tripulada por oficiales de Pax devotos como tú, hombres y mujeres dispuestos a sufrir la muerte y recibir la resurrección, y

cada cual será capaz de destruir enjambres enteros.

De Soya asiente.

—¿Ésta es la respuesta del Santo Padre a la revelación que tuvo acerca de la amenaza de la niña, excelencia?

Lourdusamy rodea el escritorio y se acomoda en su trono como si estuviera exhausto.

—En parte, Federico. En parte. Estas nuevas naves se empezarán a construir en la próxima década estándar. La tecnología es difícil... muy difícil. En el ínterin, el súcubo del cíbrido continúa propagando la enfermedad como un virus. Esa parte depende de ti... de ti y tu mejorada tripulación de buscadores de virus.

—¿Mejorada? —repite De Soya—. ¿El sargento Gregorius y el cabo Kee aún pueden viajar conmigo?

—Sí, ya han sido asignados.

—¿Y cuál es la mejora?—pregunta De Soya, temiendo que un cardenal del Santo Oficio sea incluido en su misión.

El cardenal Lourdusamy abre los gordos dedos como si levantara la tapa del cofre del tesoro.

—Sólo una adición, Federico.

—¿Un funcionario de la Iglesia? —pregunta De Soya, temiendo que entreguen el disco papal a otro comandante.

Lourdusamy sacude la cabeza. Su gran papada ondula con el movimiento.

—Un simple guerrero, padre capitán De Soya. Una nueva raza de guerreros, criada para el renovado ejército de Cristo.

De Soya no entiende. Parece que la Iglesia está respondiendo a la nanotecnología éxter con sus propias biomodificaciones. Eso atentaría contra toda la doctrina eclesiástica que le han enseñado a De Soya.

Una vez más, el cardenal parece leer los pensamientos del sacerdote capitán.

—Nada de eso, Federico. Algunos... realces... y mucho entrenamiento en una nueva rama de las fuerzas armadas de Pax, pero todavía totalmente humano... y cristiano.

—¿Un soldado? —pregunta De Soya, desconcertado.

—Un guerrero. No está dentro de la jerarquía de mando de Pax. El primer miembro de las legiones de elite que serán la punta de lanza de la cruzada que Su Santidad anunciará hoy.

De Soya se frota la barbilla.

—¿Y estará bajo mi mando directo, como Gregorius y Kee?

—Desde luego —responde Lourdusamy, reclinándose y entrelazándose las manos sobre el ancho vientre—, Habrá un solo cambio, pues así lo juzgó necesario Su Santidad en consejo con el Santo Oficio. Ella tendrá su propio disco papal, con

autoridad aparte en ciertas decisiones militares y aquellos actos que se juzguen necesarios para la conservación de la Iglesia.

—Ella —repite De Soya, tratando de entender. Si él y esta misteriosa «guerrera» tienen igual autoridad papal, ¿cómo podrán tomar decisiones? Hasta ahora cada aspecto de la búsqueda de la niña ha tenido facetas e implicaciones militares. Cada decisión que él ha tomado estaba consagrada a la preservación de la Iglesia. La expulsión y el reemplazo serían preferibles a este falso reparto de poder.

El cardenal Lourdusamy no le da tiempo a replicar.

—Federico, Su Santidad aún te ve como partícipe... y como principal responsable. Pero Nuestro Señor ha revelado una terrible necesidad que el Santo Padre procura apartar de tus manos, sabiendo que eres hombre de conciencia.

—¿Terrible necesidad? —dice De Soya, comprendiendo con angustia qué es.

Los rasgos de Lourdusamy son luz brillante y sombras profundas cuando se inclina sobre el escritorio.

—El súcubo engendrado por el cíbrido debe ser exterminado. Destruido. El virus debe ser erradicado del Cuerpo de Cristo como primer paso hacia la cirugía correctiva que vendrá.

De Soya cuenta hasta ocho antes de hablar.

—Yo encuentro a la niña —dice—. Esta guerrera... la mata.

—Sí —dice Lourdusamy. No se discute si el padre capitán De Soya aceptará esta misión modificada. Los cristianos renacidos, los sacerdotes, los jesuitas y oficiales de Pax, no vacilan cuando el Santo Padre y la Santa Madre Iglesia les asignan un deber.

—¿Cuándo conoceré a esta guerrera, excelencia? —pregunta De Soya.

—El *Rafael* se trasladará a Sol Draconi Septem esta misma tarde —gorjea monseñor Oddi desde su silla— La nueva integrante de la tripulación ya está a bordo.

—¿Puedo preguntar su nombre y rango? —dice De Soya, volviéndose hacia el alto monseñor.

El cardenal Simon Augustino Lourdusamy responde:

—Aún no tiene rango formal, padre capitán De Soya. Con el tiempo será oficial de las nuevas Legiones de la Cruzada. A partir de ahora, tú y tus hombres podéis llamarla por su nombre.

De Soya espera.

—Que es Nemes —continúa el cardenal—. Rhadamanth Nemes. —Mira a Lucas Oddi, quien se pone de pie. De Soya se apresura a imitarlo. Obviamente la audiencia ha terminado.

Lourdusamy alza su mano regordeta para bendecirlo con tres dedos. De Soya inclina la cabeza.

—Que Nuestro Señor y Salvador Jesucristo te guarde y te preserve y te dé el éxito en este viaje de suprema importancia. Lo pedimos en el nombre de Jesús.

—Amén —murmura el monseñor Lucas Oddi.
—Amén —dice De Soya.

44

No se trataba de un solo edificio, sino que toda una ciudad estaba sepultada en la atmósfera resublimada de Sol Draconi Septem, un fragmento de la arrogancia de la Hegemonía congelada como un antiguo insecto apresado en ámbar.

El padre Glaucus era un hombre afable, bienhumorado y generoso. Pronto supimos que lo habían desterrado a Sol Draconi Septem como castigo por pertenecer a una de las últimas órdenes teilhardianas de la Iglesia.

Aunque su orden había rechazado los fundamentos básicos de Teilhard cuando Julio VI emitió una bula proclamando que la filosofía del antipapa era blasfema, la orden fue disuelta y sus miembros excomulgados o enviados a los confines de los dominios de Pax. El padre Glaucus no se refería a su permanencia de cincuenta y siete años estándar en esa tumba helada como exilio. La consideraba su misión.

Aunque admitía que los chitchatuk no habían demostrado el menor interés en convertirse, confesaba que él tenía poco interés en convertirlos. Admiraba su coraje, respetaba su honestidad y estaba fascinado por su cultura de supervivencia. Antes de perder la vista —ceguera de nieve, lo llamaba él, no cataratas; una combinación de frío, vacío y radiación dura en la superficie— el padre Glaucus había viajado con muchas bandas chitchatuk.

—Entonces eran más —comentó mientras estábamos en su iluminado estudio—. El desgaste ha cobrado su precio. Hace cincuenta años había decenas de miles de chitchatuk, hoy sólo sobreviven unos centenares.

En los primeros días, mientras Aenea, A. Bettik y el sacerdote ciego conversaban, me dediqué a explorar la ciudad congelada.

El padre Glaucus alumbraba cuatro pisos de un edificio alto con los faroles alimentados con esas cápsulas que parecían ascuas.

—Para ahuyentar a los espectros —señaló—. Odian la luz.

Encontré una escalera y descendí en la oscuridad con una lámpara y el rifle. Veinte pisos más abajo, un laberinto de túneles conducía a los demás edificios de la ciudad. Décadas antes, el padre Glaucus había marcado la entrada de esos edificios sepultados con una pluma: DEPÓSITO, TRIBUNAL, CENTRO DE COMUNICACIONES, DOMO DE LA HEGEMONÍA, HOTEL, y así sucesivamente. Exploré algunos, viendo indicios de visitas más recientes del sacerdote. En mi tercera exploración encontré las profundas bóvedas donde estaban almacenadas las cápsulas de combustible. Eran fuente de calor y de luz para el viejo sacerdote, y también su principal arma de negociación para que los chitchatuk lo visitaran.

—Los espectros les dan todo excepto material combustible —me había dicho—. Las cápsulas les dan luz y un poco de calor. Disfrutamos del trueque. Ellos me dan

carne y cueros de espectro, yo les doy lumbre y buena conversación. Creo que al principio se interesaron por mí porque mi banda consistía en el número primo más elegante... ¡el uno! En los primeros tiempos yo ocultaba la posición del depósito. Hoy sé que los chitchatuk jamás me robarían. Aunque en ello les fuera la vida. Aunque en ello les fuera la vida de sus hijos.

Había poco para ver en la ciudad sepultada. La oscuridad era absoluta, y mi lámpara apenas lograba disipar las sombras. Si yo había abrigado esperanzas de encontrar un modo fácil de llegar hasta el segundo arco —un soplete gigante, o un taladro de fusión—, las perdí muy pronto. La ciudad, con excepción de los cuatro pisos de muebles, libros, luz, alimentos, calor y conversación del padre Glaucus, estaba tan fría y muerta como el noveno círculo del infierno.

En nuestro tercer o cuarto día, poco antes de la comida, me reuní con los demás en el estudio del sacerdote. Ya había revisado los libros del anaquel: volúmenes de filosofía y teología, novelas de misterio, textos de astronomía, estudios de etnología, volúmenes de neoantropología, novelas de aventuras, guías de carpintería, textos médicos, libros de zoología.

—Mi mayor tristeza, cuando quedé ciego hace treinta años —me había dicho el padre Glaucus el día en que mostró orgullosamente su biblioteca— fue que ya no pude leer mis queridos libros. Soy un Próspero negado. No puedes imaginar cuánto tiempo me llevó trasladar estos tres mil volúmenes desde la biblioteca que está cincuenta pisos más abajo.

Por las tardes, mientras yo exploraba y A. Bettik se ponía a leer, Aenea le leía en voz alta al viejo sacerdote.

Una vez, cuando entré en la habitación sin golpear, vi lágrimas en las mejillas del misionero.

Aquel día, cuando me reuní con ellos, el padre Glaucus hablaba de Teilhard, el jesuita original, no el antipapa a quien Julio VI había suplantado.

—Fue camillero durante la Primera Guerra Mundial —decía el padre Glaucus—. Pudo haber sido capellán y permanecer fuera de la línea de fuego, pero optó por ser camillero. Le dieron medallas por su valor, incluida una que se llamaba la Legión de Honor.

A. Bettik se aclaró la garganta cortésmente.

—Excúseme, padre. ¿Es correcta mi presunción de que la Primera Guerra Mundial fue un conflicto anterior a la Hégira que se limitó a la Vieja Tierra?

El barbado sacerdote sonrió.

—Precisamente, querido amigo. Principios del siglo veinte. Un conflicto terrible. Terrible. Y Teilhard estuvo en pleno combate. El odio a la guerra le duró toda la vida.

El padre Glaucus se había construido una mecedora, y ahora se hamacaba frente

al fuego que ardía en un tosco hogar. Las ascuas doradas arrojaban largas sombras y más calor del que habíamos disfrutado desde que habíamos cruzado el portal teleyector.

—Teilhard era geólogo y paleontólogo. En China, un estado-nación de Vieja Tierra, en la década de 1930, elaboró la teoría de que la evolución era un proceso incompleto, pero que tenía un propósito. Veía el universo como un designio de Dios para unir al Cristo de la Evolución, lo Personal y lo Universal en una sola entidad consciente. Teilhard de Chardin veía cada paso de la evolución como una señal de esperanza, siendo aun las extinciones masivas causa de alegría. La cosmogénesis (el término que él usaba) ocurriría cuando la humanidad fuera central para el universo, la noogénesis era la evolución continua de la mente del hombre, y la hominización y la ultrahominización eran las etapas del Homo sapiens evolucionando hacia la verdadera humanidad.

—Disculpe, padre —me oí decir, apenas consciente de la incongruencia de esta conversación abstracta en medio de la ciudad congelada, bajo una atmósfera congelada, bajo el asedio de los espectros y del frío—, ¿pero la herejía de Teilhard no decía que el género humano evolucionaría hasta ser Dios?

El sacerdote ciego sacudió la cabeza con expresión afable.

—Durante su vida, hijo mío, Teilhard no fue condenado por herejía. En 1962 el Santo Oficio, que entonces era muy diferente, emitió un *monitum*...

—¿Un qué? —preguntó Aenea, sentada en la alfombra junto al fuego.

—Un *monitum* es una advertencia contra la aceptación acrítica de sus ideas. Y Teilhard no decía que los seres humanos se convertirían en Dios, sino que todo el universo consciente formaba parte de un proceso de evolución hacia el día, que él llamaba Punto Omega, en que toda la creación, la humanidad incluida, sería una con la Deidad.

—¿Teilhard habría incluido el TecnoNúcleo en esa evolución? —preguntó Aenea, abrazándose las rodillas.

El sacerdote ciego dejó de hamacarse y se pasó los dedos por la barba.

—Los estudiosos lo han discutido durante siglos, querida. Yo no soy un estudioso, pero estoy seguro de que él habría incluido al Núcleo, en su optimismo.

—Pero los miembros del Núcleo descienden de máquinas —intervino A. Bettik —. Y su concepto de una Inteligencia Máxima es muy diferente del cristiano... una mente fría y desapasionada, un poder predictivo capaz de absorber todas las variables.

El padre Glaucus cabeceó.

—Pero piensan, hijo mío. Sus primeros progenitores autoconscientes fueron diseñados con ADN viviente.

—Diseñados con ADN para computar —dije, pasmado ante la idea de que las

máquinas del Núcleo recibieran el beneficio de la duda cuando se hablaba del alma.

—¿Y para qué fue diseñado nuestro ADN en los primeros cientos de millones de años, hijo mío? ¿Comer? ¿Matar? ¿Procrear? ¿Acaso fuimos menos innobles en nuestros comienzos que el silicio anterior a la Hégira y las IAs con base de ADN? Como diría Teilhard, es la conciencia que Dios ha creado para acelerar la autopercepción del universo, como medio para comprender Su voluntad.

—Las IAs querían usar a la humanidad como parte de su proyecto IM —dije—, y luego destruirnos.

—Pero no lo hicieron.

—No gracias al Núcleo.

—La humanidad ha evolucionado, en la medida en que lo ha hecho, no gracias a sus predecesores ni a sí misma. La evolución genera seres humanos. Los seres humanos, por medio de un largo y doloroso proceso, generan humanidad.

—Empatía —murmuró Aenea.

El padre Glaucus volvió los ojos ciegos hacia ella.

—Precisamente, querida. Pero no somos las únicas encarnaciones de la humanidad. Una vez que nuestros ordenadores alcanzaron la autoconciencia, formaron parte de este designio. Pueden resistirse. Pueden tratar de desbaratarlo por sus propios motivos. Pero el universo continúa urdiendo su propio designio.

—Usted habla del universo y sus procesos como si fueran una máquina —dije—. Programada, inexorable, inevitable.

El viejo sacudió la cabeza lentamente.

—No, no... nunca una máquina. Y nunca inevitable. Si algo nos enseñó la venida de Cristo es que nada es inevitable. El resultado siempre está en duda. Las decisiones a favor de la luz o de la oscuridad siempre dependen de nosotros... de nosotros y de cada entidad consciente.

—¿Teilhard pensaba que la conciencia y la empatía triunfarían? —preguntó Aenea.

El padre Glaucus señaló la biblioteca con su mano huesuda.

—Allí hay un libro, en el tercer estante... Tenía un señalador azul la última vez que miré, hace más de treinta años. ¿Lo ves?

—*Diarios, notas y correspondencia de Teilhard de Chardin* —leyó Aenea.

—Sí, sí. Ábrelo donde está el señalador azul. ¿Ves el pasaje que he anotado? Es una de las últimas cosas que vieron estos viejos ojos antes de la oscuridad.

—¿El pasaje del 12 de diciembre de 1919?

—Sí. Léelo, por favor.

Aenea aproximó el libro a la luz del fuego.

—«Nótese bien —leyó—. No atribuyo valor definitivo absoluto a las diversas construcciones del hombre. Creo que desaparecerán, fundidas en una nueva totalidad

que aún no podemos concebir. Al mismo tiempo admito que tienen un papel provisional esencial, que son fases necesarias e inevitables que nosotros (nosotros o la raza) debemos atravesar en el curso de nuestra metamorfosis. Lo que amo en ellas no es su forma particular sino su función, que consiste en construir, de una manera misteriosa, primero algo divinizable y luego, con el auxilio de la gracia de Cristo en nuestros esfuerzos, algo divino.»

Hubo un momento de silencio sólo interrumpido por el siseo del fuego y el crujido de los millones de toneladas de hielo que nos rodeaban. Al fin el padre Glaucus dijo:

—Esa esperanza fue la herejía de Teilhard a ojos del papa actual. Creer en la esperanza fue mi gran pecado. Este —señaló la pared externa donde el hielo y la oscuridad se apiñaban contra el cristal— es mi castigo.

Callamos un instante.

El padre Glaucus se echó a reír y se apoyó las huesudas manos en las rodillas.

—Pero mi madre me enseñó que no hay castigo ni dolor cuando hay amigos, comida y conversación. Y aquí tenemos todo eso. ¡M. Bettik! Y digo «M. Bettik» porque tu título no te honra, amigo. Te aparta de la humanidad al inventar falsas categorías. ¡M. Bettik!

—¿Padre?

—¿Le harías a este viejo el favor de ir a la cocina a buscar el café, que ya debe de estar listo? Cuidaré el guisado y el pan, que se están calentando. ¿M. Endymion?

—¿Sí, padre?

—¿Bajarías a la bodega para escoger la mejor cosecha disponible?

Sonreí, sabiendo que el sacerdote no podía verme.

—¿Y cuántos pisos debo bajar para encontrar la bodega, padre? Espero que no sean cincuenta y nueve.

El viejo mostró los dientes.

—Bebo vino con todas las comidas, hijo mío, así que me encontraría en mucho mejor estado físico si así fuera. No, perezoso de mí, guardo el vino en el armario que está en el piso de abajo. Cerca de la escalera.

—Lo encontraré —dije.

—Yo pondré la mesa —dijo Aenea—. Y mañana por la noche cocinaré yo.

Todos fuimos a realizar nuestras tareas.

45

El *Rafael* llega al sistema de Sol Draconi. A pesar de las explicaciones recibidas por el padre capitán De Soya y otros que viajan en naves Arcángel, su mecanismo de impulso no es una modificación del antiguo motor Hawking, que ha desafiado la barrera de la velocidad de la luz desde antes de la Hégira. El motor del *Rafael* es en gran medida un engaño: cuando llega a velocidades cuasicuánticas, emite una señal en un medio antes conocido como el Vacío Que Vincula. Una fuente energética que está en Otra Parte activa un dispositivo remoto que perfora un subplano de ese medio, rasgando la urdiembre del espacio y del tiempo. Esa ruptura es instantáneamente fatal para la tripulación humana, que muere dolorosamente: las células se desgarran, los huesos se hacen polvo, las sinapsis se anulan, las tripas se vacían, los órganos se licúan. Nunca conocerán los detalles: todo recuerdo de los últimos microsegundos de horror y muerte se borra durante la reconstrucción del cruciforme y la resurrección.

El *Rafael* inicia su trayectoria de frenado, dirigiéndose a Sol Draconi Septem, y su motor de fusión detiene la nave bajo doscientas toneladas de tensión. En sus divanes de aceleración y sus nichos de resurrección, el padre capitán De Soya, el sargento Gregorius y el cabo Kee yacen muertos; sus cuerpos desgarrados son pulverizados por segunda vez, porque la nave conserva automáticamente la energía al no inicializar los campos internos hasta que la resurrección haya comenzado. Además de los tres humanos muertos, hay a bordo otro par de ojos. Rhadamanth Nemes ha abierto la tapa de su nicho de resurrección y se encuentra en el diván expuesto. La brutal desaceleración azota su cuerpo compacto sin dañarlo. Siguiendo la programación estándar, el sistema de soporte vital de la cabina está apagado: no hay oxígeno, la presión atmosférica es demasiado baja para permitir que un humano sobreviva sin traje espacial y la temperatura es de treinta grados centígrados bajo cero. Nemes no se inmuta. Acostada en el diván, vestida con su mono carmesí, mira los monitores, interrogando a la nave y recibiendo respuestas por enlace de fibrohebra.

Seis horas después de antes que se enciendan los campos internos y los cuerpos comiencen a ser reparados en sus complejos sarcófagos, aun mientras la cabina está en el vacío, Nemes se pone de pie, soporta impasiblemente doscientas gravedades y camina al cubículo de conferencias y la mesa de rastreo. Pide un mapa de Sol Draconi Septem y pronto encuentra el itinerario anterior del río Tetis. Ordenando a la nave que transmita imágenes visuales de largo alcance, acaricia la imagen holográfica de tajos, dunas y grietas en el hielo. La cúspide de un edificio asoma en el glaciar atmosférico. Nemes chequea el mapa: está a treinta kilómetros del río sepultado.

Al cabo de once horas de frenado, el *Rafael* entra en órbita en torno de la reluciente y nívea esfera de Sol Draconi Septem. Los campos internos ya están

activados, los sistemas de soporte vital en funcionamiento, pero Rhadamanth Nemes les presta tan poca atención como al peso y al vacío. Antes de abandonar la nave, chequea los monitores de los nichos de resurrección. Faltan más de dos días para que De Soya y sus guardias se muevan en los nichos.

Abordando la nave de descenso, Nemes activa un enlace de fibra óptica entre su muñeca y la consola, ordena la separación y guía la nave por el terminador, entrando en la atmósfera sin consultar instrumentos ni controles. Dieciocho minutos después la nave se posa en la superficie, a doscientos metros de la rechoncha torre cubierta de hielo.

La luz del sol brilla sobre el glaciar escalonado, pero el cielo es negro. No se ven estrellas. Aunque la atmósfera es casi inexistente, los sistemas térmicos del planeta, fluyendo de polo a polo, generan «vientos» incesantes que impulsan los cristales de hielo a cuatrocientos kilómetros por hora. Ignorando los trajes espaciales y atmosféricos que cuelgan en la cámara de presión, Rhadamanth Nemes abre las puertas. Sin esperar el descenso de la escalerilla, salta tres metros hasta la superficie, cayendo erguida en el campo gravitatorio de uno-coma-siete. Agujas de hielo la acribillan como dardos.

Nemes enciende una fuente interna que activa un campo biomórfico a cero-coma-ocho milímetros de su cuerpo. Para un observador externo, esta compacta mujer de cabello negro y corto y ojos negros y chatos se convierte súbitamente en una escultura de mercurio con forma humana. Corre por el hielo a treinta kilómetros por hora, se detiene ante el edificio, no encuentra la entrada, destroza un panel de plastiacero con el puño. Atravesando la hendidura, recorre el resplandor del hielo hasta llegar al pozo del ascensor. Abre las puertas a manotazos. Hace tiempo que los ascensores han caído al sótano, que está ochenta pisos más abajo.

Rhadamanth Nemes entra en el pozo abierto y cae a treinta metros por segundo en la oscuridad. Cuando ve pasar una luz, aferra una viga de acero para detenerse. Y ha llegado a su velocidad terminal de más de quinientos kilómetros por hora y desacelera hasta cero en menos de tres centésimas de segundo.

Nemes sale del ascensor, entra en la sala, mira los muebles, los faroles, los anaqueles. El viejo está en la cocina. Yergue la cabeza al oír los rápidos pasos.

—¿Raul? —pregunta—. ¿Aenea?

—Exacto —dice Rhadamanth Nemes, insertando dos dedos en el pecho del viejo sacerdote y levantándolo del piso—. ¿Dónde está la niña Aenea? ¿Dónde están todos?

Asombrosamente, el sacerdote ciego no grita de dolor. Aprieta los dientes carcomidos y fija los ojos ciegos en el techo, pero sólo dice:

—No lo sé.

Nemes asiente y lo deja caer al suelo. Montándose en su pecho, le apoya el índice

en el ojo e inserta un micro filamento de búsqueda en el cerebro. La sonda llega hasta una región precisa del córtex cerebral.

—Ahora, padre, probemos de nuevo. ¿Dónde está la niña? ¿Con quién?

Las respuestas circulan por el microfilamento como borbotones codificados de energía neural moribunda.

46

Nuestros cuatro días con el padre Glaucus fueron memorables por su calidez, su tranquilidad y sus conversaciones. Lo que más recuerdo son las conversaciones.

Poco antes del regreso de los chitchatuk conocí una de las razones por las que A. Bettik realizaba este viaje.

—¿Tienes hermanos, M. Bettik? —le preguntó el padre Glaucus, aún negándose a usar el honorífico de androide.

Para mi asombro, A. Bettik respondió que sí. ¿Cómo era posible? Los androides eran diseñados y biofacturados, cultivados en artesas a partir de elementos genéticos, como los órganos para trasplantes.

—Durante nuestra biofacturación —continuó A. Bettik— los androides eran tradicionalmente clonados en colonias de cinco, habitualmente cuatro varones y una mujer.

—Quintillizos —dijo el padre Glaucus desde su mecedora—. Tienes tres hermanos y una hermana.

—Sí.

—Pero sin duda no fuisteis... —empecé, y me interrumpí, frotándome la barbilla. Acababa de afeitarme (parecía lo más civilizado en el hogar del padre Glaucus) y el contacto de la piel lisa me sobresaltó—. Pero sin duda no crecisteis juntos. Es decir, ¿los androides no eran...?

—¿Biofacturados con forma adulta? —dijo A. Bettik con su sonrisa leve—. No, nuestro proceso de crecimiento era acelerado. Alcanzábamos la madurez a los ocho años estándar, pero había un período de infancia. Esta demora era uno de los motivos por los cuales la biofacturación de androides era prohibitivamente costosa.

—¿Cómo se llaman tus hermanos? —preguntó el padre Glaucus.

A. Bettik cerró el libro que estaba hojeando.

—La tradición era llamar a cada miembro del grupo de cinco en orden alfabético —dijo—. Mis hermanos eran A. Anttibe, A. Corresson, A. Darria y A. Evvik.

—¿Cuál era la mujer? —preguntó Aenea—. ¿Darria?

—Sí.

—¿Y cómo fue tu infancia?

—Ante todo consistió en recibir educación, entrenamiento y definición de parámetros de servicio.

Aenea estaba acostada en la alfombra, la barbilla en las manos.

—¿Ibas a la escuela? ¿Jugabas?

—Nos instruían en la fábrica, aunque la mayor parte de nuestros conocimientos llegaban por transferencia ARN. Y si por «jugar» te refieres a compartir ratos de distensión con mis hermanos, la respuesta es sí.

—¿Qué sucedió con tus hermanos? —preguntó Aenea.

A. Bettik sacudió la cabeza.

—Al principio nos transfirieron juntos, pero poco después nos separaron. Yo fui comprado por el reino de Mónaco-en-Exilio y embarcado a Asquith. En ese momento entendí que cada uno de nosotros prestaría servicios en diferentes partes de la Red o el Confín.

—¿Y nunca más oíste hablar de ellos? —pregunté.

—No —dijo A. Bettik—. Aunque importaron mucha mano de obra androide para la construcción de la Ciudad de los Poetas durante la transferencia de la colonia del rey Guillermo XXIII a ese mundo, la mayoría había prestado servicios en Asquith antes que yo, y nadie había conocido a mis hermanos durante los períodos de trasbordo.

—En tiempos de la Red —dije—, habría sido fácil investigar los otros mundos por teleyector y esfera de datos.

—Sí —confirmó A. Bettik—, salvo que la ley y los inhibidores ARN prohibían a los androides viajar por teleyector o tener acceso directo a la esfera de datos. Y poco después de mi creación se hizo ilegal biofacturar o poseer androides dentro de la Hegemonía.

—Así que trabajabas en el Confín. En mundos lejanos como Hyperion.

—Precisamente, M. Endymion.

—¿Y por eso deseabas realizar este viaje? ¿Para encontrar a tus hermanos?

A. Bettik sonrió.

—Las probabilidades en contra son astronómicas, M. Endymion. No sólo sería improbable la coincidencia, sino que es improbable que hayan sobrevivido a la destrucción general de androides que siguió a la Caída. Pero... —A. Bettik se interrumpió y abrió las manos, como explicando su necedad.

En la noche anterior al regreso de la banda oí que Aenea exponía por primera vez su teoría del amor. Empezó hablando de los *Cantos* de Martin Silenus.

—Bien —dijo—, entiendo que pasaba al Index de Libros Prohibidos en cuanto Pax se hacía cargo, ¿pero qué hay de los mundos que Pax aún no había absorbido cuando se publicó? ¿Recibió los elogios críticos que él siempre había querido?

—Recuerdo que comentábamos los *Cantos* en el seminario —rió el padre Glaucus—. Sabíamos que estaba prohibido, pero eso lo hacía más tentador. Nos resistíamos a leer a Virgilio, pero esperábamos nuestro turno para leer esa ajada compilación de patrañas que eran los *Cantos*.

—¿Patrañas? —preguntó Aenea—. Siempre consideré al tío Martin un gran poeta, pero sólo porque él me dijo que lo era. Mi madre decía que era un tío insufrible.

—Los poetas pueden ser ambas cosas —dijo el padre Glaucus. Rió de nuevo—. En verdad, a menudo lo son. Por lo que recuerdo, la mayoría de los críticos despreció los *Cantos* en los pocos círculos literarios que existían antes de que la Iglesia los absorbiera. Algunos lo tomaban en serio... como poeta, no como cronista de lo que realmente sucedió en Hyperion antes de la Caída. Pero la mayoría se burlaba de su apoteosis del amor hacia el final del segundo volumen.

—Lo recuerdo —dije—. El personaje de Sol, el viejo estudioso cuya hija ha envejecido al revés, descubre que el amor es la respuesta a lo que él llama el dilema de Abraham.

—Recuerdo que un crítico mordaz que reseñó el poema en nuestra ciudad capital citó algunos graffiti encontrados en la pared de una ciudad de Vieja Tierra anterior a la Hégira. «Si el amor es la respuesta, ¿cuál era la pregunta?»

Aenea me miró buscando una explicación.

—En los *Cantos* —dije—, Sol descubre que aquello que el Núcleo IA denominaba el Vacío Que Vincula es el amor. Ese amor es una fuerza básica del universo, como la gravedad y el electromagnetismo, como la fuerza nuclear fuerte y débil. En el poema Sol ve que la Inteligencia Máxima del Núcleo nunca será capaz de comprender que la empatía es inseparable de esa fuente, del amor. El viejo poeta describe el amor como «la imposibilidad subcuántica que llevaba información de fotón en fotón».

—Teilhard no habría disentido, aunque lo habría dicho de otra manera.

—De cualquier modo, la reacción general ante el poema, según Grandam, fue que su sensiblería le quitaba fuerza.

Aenea sacudió la cabeza.

—El tío Martin tenía razón. El amor es una de las fuerzas básicas del universo. Sé que Sol Weintraub creía sinceramente que él lo había descubierto. Se lo dijo a mi madre antes de que él y su hija desaparecieran dentro de la Esfinge, dirigiéndose hacia el futuro de la niña.

El sacerdote ciego dejó de hamacarse y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas huesudas. Su sotana acolchada habría resultado cómica en un hombre menos digno.

—¿Esto es más complicado que decir que Dios es amor? —preguntó.

—Sí —respondió Aenea, de pie frente al fuego. En ese momento me pareció mayor, como si hubiera crecido y madurado en los meses que habíamos compartido —. Los griegos veían la gravedad en funcionamiento, pero la explicaban diciendo que uno de los cuatro elementos, la tierra, «regresaba a su familia». Lo que vislumbró Sol Weintraub fue la física del amor... dónde reside, cómo funciona, cómo se la puede comprender y dominar. La diferencia entre «Dios es amor» y aquello que vio Sol Weintraub, aquello que el tío Martin intentó explicar, es la diferencia entre la

explicación griega de la gravedad y las ecuaciones de Isaac Newton. Una es una frase perspicaz. La otra ve la cosa misma.

—Lo haces sonar cuantificable y mecánico, querida —objetó el padre Glaucus.

—No —dijo Aenea, con un vigor que le desconocía—. Así como usted explicó que Teilhard sabía que la evolución del universo hacia una mayor conciencia no podía ser puramente mecánica, que las fuerzas no eran desapasionadas como suponía la ciencia, sino que derivaban de la pasión absoluta de la divinidad, bien, de la misma manera una comprensión del aspecto amoroso del Vacío Que Vincula nunca puede ser mecánica. En cierto sentido, es la esencia de la humanidad.

Contuve el impulso de reírme.

—¿Estás diciendo que se requiere otro Isaac Newton para explicar la física del amor? —dije—. ¿Que nos dé sus leyes de la termodinámica, sus reglas de entropía? ¿Que nos muestre el cálculo del amor?

—Sí —afirmó la niña.

El padre Glaucus aún estaba inclinado hacia delante, las manos sobre las rodillas.

—¿Eres tú esa persona, joven Aenea de Hyperion?

Aenea se alejó, caminando hacia la oscuridad y el hielo que había al otro lado del cristal antes de dar media vuelta para regresar lentamente al círculo de luz. Estaba cabizbaja, lagrimeaba.

—Sí —dijo con voz trémula—. Me temo que sí. No quiero serlo. Pero lo soy. O podría serlo... si sobrevivo.

Esto me provocó un escalofrío. Lamenté que hubiéramos entablado esta conversación.

—¿Nos lo revelarás ahora? —dijo el padre Glaucus, con la voz suplicante de un niño.

Aenea irguió el rostro.

—No puedo. No estoy preparada. Lo lamento, padre.

El sacerdote ciego se reclinó en la silla y de pronto pareció muy viejo.

—Está bien, niña. Te he conocido. Eso es suficiente.

Aenea se le acercó y lo abrazó un largo minuto.

Cuchiat y su banda regresaron antes de que despertáramos y nos levantáramos a la mañana siguiente. Durante nuestra permanencia entre los chitchatuk, nos habíamos acostumbrado a dormir pocas horas consecutivas y a reanudar la marcha en la eterna sombra del hielo, pero con el padre Glaucus seguíamos su sistema y atenuábamos las luces de las habitaciones internas para tener ocho horas de «noche». Observé que uno siempre estaba cansado en un entorno de uno-coma-siete gravedades.

A los chitchatuk les disgustaba internarse en el edificio, así que se quedaron en la ventana y se pusieron a ulular hasta que nos vestimos y fuimos a la carrera.

La banda había vuelto al saludable número primo veintitrés, aunque el padre Glaucus no preguntó dónde habían encontrado una nueva integrante y los demás nunca lo sabríamos. Cuando entré en la habitación, la imagen me impresionó tanto que nunca he podido olvidarla: los vigorosos chitchatuk en cuclillas, el padre Glaucus hablando con Cuchiat, la remendada sotana extendida sobre el hielo como una flor negra, el fulgor de los faroles resbalando sobre los cristales de la entrada y, mas allá del cristal, la opresiva presencia del hielo, el peso y la oscuridad.

Habíamos pedido al padre Glaucus que oficiara de intérprete para formular nuestra solicitud de ayuda a los indígenas, y el viejo abordó el tema, pidiendo a los chitchatuk que nos ayudaran a llevar nuestra balsa río abajo.

Los chitchatuk respondieron, cada cual esperando para interpelar individualmente al padre Glaucus y a nosotros, y cada cual diciendo esencialmente lo mismo: estaban dispuestos a efectuar el viaje.

No era un viaje sencillo. Cuchiat confirmó que había túneles que descendían hasta el río en el segundo arco, casi doscientos metros más abajo que donde estábamos ahora, y que había una extensión de aguas abiertas donde el río pasaba bajo el segundo teleyector, pero...

No había túneles entre este lugar y el segundo arco, veintiocho kilómetros al norte.

—Quería preguntar por el origen de estos túneles —le dijo Aenea—. Son demasiado redondos y regulares para ser grietas o fisuras. ¿Los crearon los chitchatuk en algún momento del pasado?

El padre Glaucus miró a la niña con incredulidad.

—¿Quieres decir que no lo sabes? —dijo.

Habló con los chitchatuk, cuya reacción fue explosiva: un animado parloteo, esos ladridos que asociábamos con la risa.

—Espero no haberte ofendido, querida —dijo el risueño sacerdote—. Es algo tan común en nuestra vida que tanto para mí como para el Pueblo Indivisible resulta muy cómico que alguien atraviese el hielo sin saberlo.

—¿El Pueblo Indivisible? —preguntó A. Bettik.

—Chitchatuk —dijo el padre Glaucus—. Significa «indivisible», o quizá se acerque más al matiz de la palabra que significa «incapaz de mayor perfección».

Aenea sonrió.

—No me siento ofendida. Pero me gustaría participar de la broma. ¿Quién creó los túneles?

—Los espectros —intervine antes de que hablara el sacerdote.

Él se volvió hacia mí.

—Precisamente, amigo Raul. Precisamente.

Aenea frunció el ceño.

—Sus zarpas son temibles, pero ni siquiera los adultos podrían abrir túneles tan grandes en hielo tan sólido ¿verdad?

Sacudí la cabeza.

—Creo que no hemos visto a los adultos.

—Precisamente. —El viejo cabeceaba—. Raul está en lo cierto, querida. Los chitchatuk cazan los cachorros más jóvenes. Los cachorros más grandes cazan a los chitchatuk. Pero los espectros que ves son etapas larvales de la criatura. Durante ese período se alimentan y merodean por la superficie, pero al cabo de tres órbitas de Sol Draconi Septem...

—Serían veintinueve años estándar —murmuró A. Bettik.

—Precisamente. Al cabo de tres años locales, veintinueve estándar, el espectro inmaduro, el «cachorro» (aunque esta palabra se suele usar para mamíferos), sufre varias metamorfosis y se convierte en el auténtico espectro, que horada el hielo a veinte kilómetros por hora. Tiene unos quince metros de longitud y... bien, quizá veas uno en tu viaje hacia el norte.

Me aclaré la garganta.

—Creo que Cuchiat y Chiaku estaban explicando que no había más túneles que conectaran esta zona con el teleyector, veintiocho kilómetros al norte.

—Ah sí —dijo el padre Glaucus, y reanudó su conversación en el crepitante idioma chitchatuk. Cuando Cuchiat le respondió, el ciego explicó—: Veinticinco kilómetros por la superficie, que es más de lo que el Pueblo Indivisible suele recorrer de un tirón. Y Aichacu observa que la zona está llena de espectros, tanto cachorros como adultos, que los chitchatuk que han vivido allí durante siglos hoy son collares de cráneos para los espectros. Observa que las tormentas estivales arrasan la superficie este mes. Pero por vosotros, amigos míos, están dispuestos a emprender el viaje.

Sacudí la cabeza.

—No entiendo. En la superficie no hay aire, ¿verdad?

—Ellos tienen todos los materiales que necesitaréis para el viaje, hijo mío.

Aichacut gruñó. Cuchiat añadió algo más, en tono templado.

—Están dispuestos a partir cuando lo deseéis, amigos. Cuchiat dice que necesitaréis dos sueños y tres marchas para regresar a vuestra balsa. Luego os dirigiréis hacia el norte hasta que se acaben los túneles.

El viejo sacerdote hizo una pausa.

—¿Qué sucede? —preguntó Aenea con preocupación. El padre Glaucus sonrió forzadamente, pasándose los dedos huesudos por la barba.

—Os echaré de menos. Ha pasado un largo tiempo desde que... Bah, me estoy poniendo senil. Venga, os ayudaré a empacar, desayunaremos y veré si puedo completar vuestras provisiones con algunas cosas del depósito.

La despedida fue dolorosa. La idea de que el anciano se quedara nuevamente solo en el hielo, enfrentando los espectros y ese glaciar planetario con sólo unas lámparas encendidas, me estrujaba el pecho. Aenea lloró. Cuando A. Bettik fue a estrechar la mano del sacerdote, el padre Glaucus abrazó fervorosamente al sorprendido androide.

—Tu día llegará, amigo M. Bettik. Lo sé. Lo presiento.

A. Bettik no respondió, pero más tarde, mientras seguíamos a los chitchatuk, noté que el hombre azul miraba la alta silueta recortada contra la luz hasta que doblamos un recodo del túnel y el edificio, la luz y el viejo sacerdote se perdieron de vista.

Necesitamos tres marchas y dos períodos de sueño para llegar a la cuesta final de hielo, atravesar una grieta y bajar adonde estaba amarrada la balsa. Yo no veía manera de transportar los troncos en las curvas de esos túneles incesantes, pero esta vez los chitchatuk no perdieron tiempo en admirar la embarcación, sino que se pusieron de inmediato a desatarla y a separar tronco por tronco.

Toda la banda había admirado nuestra hacha en la primera visita, y ahora pude mostrarles cómo funcionaba, mientras reducía cada tronco a fragmentos de sólo un metro y medio.

Usando la linterna láser, A. Bettik y Aenea hacían lo mismo en nuestra improvisada línea de montaje, mientras los chitchatuk limpiaban el hielo de la embarcación casi hundida, cortaban o desataban nudos y subían los segmentos para que los cortáramos y apiláramos. Una vez que terminamos, la losa, los faroles y el hielo quedaron en el reborde de hielo y la madera quedó apilada en el largo túnel como si fuera leña.

Al principio me divirtió la idea, pero luego pensé que ésta sería una bienvenida reserva de combustible para los chitchatuk: calor y luz para ahuyentar a los espectros. Miré nuestra balsa desmantelada con otros ojos. Bien, si no lográbamos atravesar el segundo portal...

Usando a Aenea como traductora, comunicamos a Cuchiat que nos gustaría dejarles el hacha, la losa y otros elementos. Los chitchatuk quedaron estupefactos. Dieron vueltas, abrazándonos y palmeándonos la espalda hasta dejarnos sin aliento. Incluso el huraño Aichacut nos palmeó con algo semejante a un tosco afecto.

Cada miembro de la banda se sujetó tres o cuatro troncos a la espalda. A. Bettik, Aenea y yo hicimos lo mismo —en este campo gravitatorio eran pesados como cemento— e iniciamos la larga travesía ascendente hacia la superficie, el vacío, la tormenta y los espectros.

47

Rhadamanth Nemes tarda menos de un minuto en realizar el sondeo neural del cerebro del padre Glaucus. En una combinación de imágenes visuales, lenguaje y datos químicos sinápticos, Nemes obtiene una imagen cabal de la visita de Aenea a la ciudad congelada. Extrae el microfilamento y se concede unos segundos para evaluar los datos.

Aenea, su compañero humano Raul y el androide partieron hace tres días y medio estándar, pero al menos uno de esos días se habrá perdido en el desmantelamiento de la balsa. El segundo teleyector está unos treinta kilómetros al norte, y los chitchatuk los guiarán por la superficie, un viaje lento y peligroso. Es probable que Aenea no haya sobrevivido al viaje por la superficie. Nemes ha visto en la mente del sacerdote los toscos medios con que el Pueblo Indivisible enfrenta la intemperie.

Rhadamanth Nemes sonríe.

No dejará las cosas libradas al azar.

El padre Glaucus gime débilmente.

Nemes se detiene, la rodilla en el pecho del viejo sacerdote. La sonda neural ha causado pocos daños: un kit médico sofisticado podría cerrar el orificio que el filamento abrió entre el ojo y el cerebro del viejo. Y él ya estaba ciego cuando ella llegó.

Nemes reflexiona. Encontrarse con un sacerdote de Pax en este mundo no formaba parte de la ecuación. Cuando el padre Glaucus se mueve, llevándose las huesudas manos al rostro, Nemes sopesa la situación. Dejar al sacerdote con vida implica muy poco riesgo; es un misionero olvidado en el exilio, destinado a morir en este sitio. Por otra parte, dejarlo sin vida implica cero riesgo. Es una ecuación simple.

—¿Quién eres? —gime el sacerdote cuando Nemes lo levanta y lo lleva de la cocina al comedor, del comedor a la biblioteca, de la biblioteca al pasillo y al centro del edificio.

Aun aquí hay faroles encendidos para ahuyentar a los espectros.

—¿Quién eres? —repite el sacerdote ciego, forcejeando como un bebé en manos de un adulto fuerte—. ¿Por qué haces esto? —pregunta el viejo mientras Nemes abre las puertas del ascensor de un puntapié y lo sostiene un instante.

Una ráfaga de aire helado baja de la superficie a las honduras del glaciar. Es un ruido estridente, como si el planeta congelado aullara. En el último momento el padre Glaucus comprende lo que sucede.

—Ah, querido Jesús, Señor —susurra, con un temblor en los labios—. Ah, san Teilhard, querido Jesús...

Nemes suelta al viejo en el pozo del ascensor y se aleja, apenas sorprendida de no oír un alarido a sus espaldas. Sube a la superficie por la escalera escarchada, saltando

cinco escalones por vez en la opresiva gravedad. Una vez arriba, astilla a puñetazos una cascada de atmósfera congelada que cubre cinco o seis tramos de escalera. De pie en el techo del edificio, bajo un cielo negro y una ventisca que le azota el rostro con cristales de hielo, activa el campo de fases y corre hacia la nave.

Tres espectros inmaduros están inspeccionando la nave. En un segundo Nemes estudia a las criaturas: no mamíferos, con una «piel» blanca que en realidad consiste en escamas tubulares capaces de retener la atmósfera gaseosa, lo cual conserva el calor del cuerpo, ojos que operan en infrarrojo, capacidad pulmonar redundante, lo cual les permite andar más de doce horas sin oxígeno, más de cinco metros de longitud, patas delanteras vigorosas, patas traseras diseñadas para cavar y destripar, bestias muy rápidas.

La miran y ella se aproxima. Vistos contra el fondo negro, los espectros parecen inmensas comadrejas o iguanas blancas. Sus cuerpos alargados se mueven con celeridad.

Nemes piensa en sortearlos, pero si atacan la nave podría tener complicaciones durante el despegue. Pasa a tiempo rápido. Los espectros se petrifican en su movimiento. Los arremolinados cristales de hielo cuelgan suspendidos contra el cielo negro.

Usando la mano derecha y el filo diamantino de su antebrazo, descuartiza a los tres animales. Durante la faena, dos cosas la sorprenden levemente: cada espectro tiene dos enormes corazones de cinco cámaras, y las bestias parecen capaces de seguir luchando con uno solo intacto; usan un collar de cráneos humanos. Una vez que termina y vuelve a tiempo lento, con los tres espectros caídos en el hielo como costales de tripas, Nemes inspecciona los collares. Cráneos humanos. Quizá niños humanos. Interesante.

Nemes activa la nave y vuela al norte valiéndose de los propulsores de reacción, pues las rechonchas alas no encuentran sostén en este vacío. Sondea el hielo con radar hasta encontrar el río. Encima del río hay cientos de kilómetros de túneles. Los espectros han estado muy activos en esta zona.

En la pantalla de radar, el arco de metal del portal teleyector destaca como una luz brillante en niebla oscura. El instrumento, sin embargo, es menos preciso para localizar criaturas vivientes. Varios ecos muestran huellas de espectros adultos que abren túneles en el glaciar atmosférico, pero estos sonidos están varios kilómetros al norte y al este.

Nemes desciende sobre el portal teleyector y estudia la superficie buscando la entrada de una caverna. Encuentra una, entra en el glaciar, abandona el escudo biomórfico cuando la presión sube por encima de tres psi y la temperatura llega a treinta grados bajo cero.

El laberinto de túneles es desconcertante, pero ella se orienta usando como

referencia el portal y al cabo de una hora se aproxima al nivel del río. La oscuridad casi absoluta le impide usar amplificación por luz infrarroja y no ha traído linterna, pero abre la boca y un brillante haz de luz amarilla alumbra el túnel y la niebla.

Oye que se acercan mucho antes que los faroles estén a la vista en el largo corredor descendente. Apagando la luz, Rhadamanth Nemes aguarda en el túnel. Cuando rodean el recodo, parecen más una manada de espectros diminutos que una banda de seres humanos, pero Rhadamanth Nemes los reconoce por los recuerdos del padre Glaucus: los chitchatuk de Cuchiat. Se detienen sorprendidos al ver en el túnel a una mujer solitaria sin túnica ni aislamiento.

Cuchiat se adelanta y habla deprisa.

—El Pueblo Indivisible saluda a la guerrera/cazadora/exploradora que viaja en el fulgor de la casi perfecta indivisibilidad. Si necesitas calor, comida, armas o amigos, habla, pues nuestra banda ama a quienes caminan en dos pies y respetan la senda del primo.

En el idioma chitchatuk que ha aprendido del viejo sacerdote, Rhadamanth Nemes responde:

—Busco a mis amigos, Aenea, Raul y el hombre azul. ¿Ya han pasado por el arco de metal?

Los veintitrés chitchatuk parlotean entre sí, asombrados de que la forastera domine su idioma. Razonan que debe de ser una amiga o pariente del glauco, pues esta persona utiliza el mismo dialecto que el ciego vestido de negro que comparte su calor con los visitantes. Aun así, Cuchiat habla con suspicacia.

—Han pasado bajo el hielo y se perdieron de vista al cruzar el arco. Nos desearon buena suerte y nos entregaron regalos. Nosotros te deseamos buena suerte y te ofrecemos regalos. ¿Desea tu casi perfecta indivisibilidad viajar por el río mágico con tus amigos?

—Dentro de un momento —dice Rhadamanth Nemes, sonriendo. Este encuentro supone la misma ecuación que el dilema del viejo sacerdote. Avanza un paso. Los veintitrés chitchatuk exclaman con deleite infantil mientras ella cambia de fase y se convierte en mercurio líquido. Ella sabe que la luz de las ascuas que se refleja en el hielo ahora debe de reproducirse en su superficie. Pasando a tiempo rápido, mata a los veintitrés hombres y mujeres sin desperdiciar movimientos ni esfuerzos.

Saliendo de tiempo rápido, escoge el cadáver más próximo e inserta una sonda neural por el rabillo del ojo. La red neural del cerebro se está desmoronando por falta de sangre y oxígeno, creando ese torrente de alucinaciones y creatividad desenfrenada común a la muerte de esas redes, humanas o IA, pero en medio de la reproducción sináptica de imágenes de nacimiento —un largo túnel, una luz cálida y brillante— detecta las imágenes evanescentes de la niña, el hombre alto y el androide empujando la balsa reconstruida, agachando la cabeza mientras pasan bajo el arco.

—Maldición —jadea Nemes.

Dejando los cuerpos apilados en el túnel, corre hasta el nivel del río.

Hay pocas aguas abiertas aquí, y el portal teleyector es apenas una curva de metal en el hielo escabroso. Aureolas de niebla la rodean en la explanada de hielo donde las huellas térmicas muestran el sitio donde los chitchatuk se reunieron para despedirse de sus amigos.

Nemes desea interrogar al teleyector, pero para llegar al arco tiene que taladrar muchos metros de hielo o trepar por el techo hasta el sector expuesto, a treinta metros de altura. Cambia de fase sólo las manos y los pies. Trepa, cavando agarraderas en el hielo.

Colgada cabeza abajo desde el arco, apoya la mano en un panel y espera a que el metal escarchado se pliegue sobre sí mismo como la piel de una herida. Extendiendo microfilamentos y una sonda de fibra óptica, establece contacto con el módulo de interfaz que la comunica con el teleyector. Un susurro que circula por encima de su nervio auditivo le indica que los Tres Sectores de Confluencia están monitoreando y deliberando.

Durante los siglos de la Hegemonía del Hombre, todos pensaban que había millones de portales teleyectores creados por el TecnoNúcleo, desde las puertas pequeñas hasta los grandes arcos del río Tetis y los enormes portales espaciales.

Todos estaban equivocados. Hay un solo portal teleyector, pero está en todas partes.

Usando el módulo de interfaz, Rhadamanth Nemes interroga al único teleyector verdadero, viviente y palpitante dentro de su camuflaje de metal, sus dispositivos electrónicos y su escudo de fusión. Durante siglos, los humanos que recorrían la Red por teleyector —en su cúspide, un analista humano sugirió que había más de mil millones de saltos por segundo— sirvieron a los Máximos, esos elementos del TecnoNúcleo que existían para crear una IA más avanzada, la Inteligencia Máxima, cuya conciencia absorbería la galaxia, quizás el universo. Cada vez que un humano tenía acceso a las esferas de datos conectadas por ultralínea o se teleyectaba, sus sinapsis y ADN se sumaban a la potencia de la red neural construida por el Núcleo. Al Núcleo no le importaba el impulso visceral de la humanidad de desplazarse, de viajar sin gasto de energía ni brecha temporal, pero la Red de teleyectores era el anzuelo perfecto para urdir una estructura útil a partir de esos cientos de miles de millones de cerebros primitivos y orgánicos. Cuando Meina Gladstone y sus malditos peregrinos de Hyperion lo dejaron encerrado en los intersticios del espacio-tiempo, cuando fue atacado por la vara de muerte que el Núcleo había ayudado a la humanidad a construir, cuando poderes que estaban más allá del círculo conocido de la megaesfera desbarataron sus conexiones de ultralínea, todas las facetas del omnipresente portal teleyector quedaron muertas e inutilizadas.

Salvo ésta. Acaban de usarla. El módulo de interfaz le comunica lo que ella y todos los Sectores ya saben. La faceta ha sido activada por Otra Cosa. Desde Otra Parte.

El portal aún guarda sus puntos de conexión en el espacio-tiempo real en su memoria de neutrinos modulados. Nemes obtiene acceso a esta memoria.

Aenea y los demás se han teleyectado a Qom-Riyadh. Nemes debe descifrar otro acertijo. Puede volar en su nave hasta el *Rafael* y estar en Qom-Riyadh en pocos minutos. Pero tendrá que interrumpir la resurrección de De Soya y los demás, y ofrecer una explicación plausible para el cambio. Además, Qom-Riyadh es un sistema que Pax ha puesto en cuarentena: la lista oficial lo muestra como arrasado por los éxters, pero es uno de los primeros proyectos de justicia y Paz. Al igual que con Hebrón, ni Pax ni sus asesores pueden permitir que De Soya y sus hombres vean la verdad que el planeta representa. Por último, Nemes sabe que el río Tetis tiene pocos kilómetros, atravesando un desierto de roca roja del hemisferio meridional y pasando frente a la gran mezquita de Mashhad. Si permite que el ciclo de resurrección del *Rafael* se complete, De Soya y los demás no estarán activos durante tres días estándar, lo cual permitirá que Aenea y sus secuaces recorran ese tramo del Tetis. Una vez más la ecuación exige que Nemes liquide a De Soya y los demás y continúe sola. Pero sus instrucciones le dictan que evite esa posibilidad a menos que sea absolutamente necesario. La participación de De Soya en la captura de La Que Enseña, la amenaza Aenea, se ha registrado en demasiadas simulaciones, se ha grabado en muchos análisis prospectivos de los Sectores como para ser ignorada sin riesgos. La trama del espacio-tiempo se parece a uno de esos complejos tapices del Vaticano, piensa Nemes, y si alguien empieza a tirar de las hebras sueltas corre el riesgo de deshilachar todo el tapiz.

Nemes reflexiona. Al fin inserta un filamento de red neural en las sinapsis del módulo de interfaz. Allí está toda la ruta de activación del teleyector, pasada y presente. El recuerdo de Aenea y sus cómplices es una burbuja fugaz, pero Nemes puede ver las aberturas del pasado reciente y del futuro. Sólo hay otras dos posibilidades, río abajo, en el futuro previsible. Después de Qom-Riyadh, la Otra Cosa ha estructurado los portales para que conduzcan sólo a Bosquecillo de Dios, y luego...

Nemes jadea y extrae el microfilamento antes de que el peso de la última activación la incinere. Ésta es obviamente la meta de Aenea, o mejor dicho la meta de la Otra Cosa que le abre el paso. Y es inaccesible para Pax y los Tres Sectores.

Pero la sincronización pronto será correcta. Nemes puede mantener a De Soya y sus hombres con vida mientras salta al sistema de Bosquecillo de Dios. Ya ha pensado en una explicación creíble. Suponiendo dos días de tránsito para Qom-Riyadh y otro día para Bosquecillo de Dios, aún podrá interceptar la balsa y cumplir

su cometido antes de la resurrección de De Soya. Incluso tendrá un par de horas para ordenar las cosas, de modo que cuando llegue a Bosquecillo de Dios con el padre capitán y los guardias suizos no habrá nada a la vista salvo signos de que la niña y sus amigos han pasado por allí y se han vuelto a teleyectar.

Nemes extrae la sonda, corre a la superficie, sube en su nave al *Rafael*, borra del ordenador todo registro de que ha despertado o usado la nave de descenso, introduce un mensaje falso en el ordenador y se acuesta en el nicho de resurrección. Mientras estaba en el sistema de Pacem, había aislado el nicho del sistema de resurrección y presentado las lecturas para que simularan actividad. Se tiende en el zumbante ataúd y cierra los ojos. Los saltos a tiempo rápido y el uso excesivo de la piel de movimiento de fases la fatigan. Necesita ese descanso antes que De Soya y los demás regresen de la muerte.

Recordando ese detalle con una sonrisa, Rhadamanth Nemes activa un guante de cambio de fase y se lo apoya entre los senos, enrojeciendo y reordenando la piel para simular un cruciforme. Ella no lleva el parásito, pero los hombres de la nave pueden verla desnuda, y no piensa revelar nada por una estúpida falta de atención a los detalles.

El *Rafael* sigue girando alrededor del resplandeciente mundo helado de Sol Draconi Septem mientras tres tripulantes yacen en sus ataúdes y las luces de monitoreo registran su lento ascenso desde la muerte. La otra pasajera duerme. No sueña.

48

Mientras flotábamos en aquel mundo desierto, parpadeando bajo la dura luz de ese sol G2 y bebiendo agua de los sacos de tripa de espectro, nuestros últimos dos días en Sol Draconi Septem parecían un sueño evanescente.

Cuchiat y su banda se habían detenido a cincuenta metros de la superficie —habíamos notado que el aire era mucho más tenue en los túneles— y allí, en el corredor de hielo, nos habíamos preparado para nuestra expedición. Para nuestro asombro, los chitchatuk se desnudaron. Aunque desviamos los ojos con embarazo, notamos que sus cuerpos eran musculosos y compactos. Cuchiat y la guerrera Chatchia se aproximaron para supervisar cómo nos desnudábamos y preparábamos para la superficie, mientras Chiaku y los demás sacaban enseres de sus mochilas.

Observamos e imitamos a los chitchatuk con ayuda de Cuchiat y Chatchia. Durante los pocos segundos que estuvimos desnudos —apoyados en las túnicas de espectro, para no congelarnos los pies— el frío nos quemó. Nos pusimos un material delgado y membranoso —una piel interior del espectro, nos informaron luego— que estaba preparado para los brazos, las piernas y la cabeza. Pero, obviamente, para brazos, piernas y cabezas más pequeñas. La membrana era ceñida y sofocante. Comprendí que esto era el equivalente chitchatuk de los trajes de presión, o bien de los sofisticados dermotrajes que las fuerzas armadas de la Hegemonía usaban en el espacio. Las membranas dejaban pasar el sudor y generaban calor y frío mientras servían para impedir que los pulmones explotaran en el vacío, la piel se magullara o la sangre hirviera. Usábamos las membranas como cogullas, dejando los ojos, la nariz y la boca al descubierto.

Cuchiat y Chatchia sacaron máscaras membranosas de la mochila. Los otros chitchatuk ya se habían puesto las suyas. No eran objetos naturales, era evidente. La máscara estaba hecha de la misma piel interior que el traje de presión, con un acolchado de cuero de espectro. Las antiparras estaban hechas con la lente externa de los ojos del animal, ofreciendo acceso infrarrojo limitado, como los ojos de nuestras túnicas. De la nariz de la máscara salía un rollo de intestinos de espectro cuyo extremo Cuchiat insertó en un saco de agua.

No era sólo un saco de agua, como comprendí cuando los chitchatuk comenzaron a respirar por su máscara.

El brasero de cápsulas derretía el hielo formando agua y gas atmosférico. Filtraban esta mezcla hasta obtener cantidades adecuadas de aire respirable. Traté de respirar por la máscara. Los otros componentes, metano y tal vez un poco de amoníaco, me hacían lagrimear, pero era respirable. Calculé que tendríamos un par de horas de aire en el saco.

Con los trajes puestos, nos pusimos las túnicas. Cuchiat bajó la cabeza de la

túnica más que de costumbre, trabajando los dientes de tal modo que mirábamos por las lentes, la cabeza actuando como tosco casco sobre el traje de presión. Después nos calzamos un par de botines de cuero que se acordonaban sobre la pantorrilla, casi hasta la rodilla. Chiaku cosió la túnica externa con su aguja de hueso. El saco de agua y aire colgaba de correas, cerca de una solapa que se podía descoser y abrir rápidamente cuando era preciso llenar las bolsas. Chichticu, el portador del fuego, derretía hielo aun mientras marchábamos, y entregaba los sacos de reemplazo en orden preciso, desde Cuchiat, el primero, hasta mí, el último. Al menos ahora comprendía el orden jerárquico de la banda. También comprendía por qué, cuando el peligro amenazaba en la superficie, la banda formaba un círculo protector con Chichticu, el portador del fuego, en el centro. No era sólo que tuviera una importancia religiosa y simbólica. Su constante vigilancia y trajín nos mantenían con vida.

Hubo un añadido más a nuestro guardarropa cuando salimos de la caverna al viento arremolinado y la superficie helada. De una cavidad cercana a la entrada, Chiaku y los demás sacaron objetos largos y negros cuya parte inferior tenía un filo de navaja y cuya parte superior era chata y ancha, para apoyar los pies. Se sujetaban con correas de cuero de espectro. Estos objetos combinaban el patín con el esquí, y anduve torpemente diez metros por el glaciar hasta comprender que estábamos esquiando sobre garras de espectro.

Temía caerme en esa gravedad, pues cada caída equivalía a que siete décimos de otro Raul Endymion cayeran sobre mí, pero pronto aprendimos el movimiento, y nuestro acolchado amortiguaba los golpes. Terminé por usar uno de los troncos de la balsa como bastón de esquí cuando la superficie era demasiado desigual y me impulsaba como si yo mismo fuera una balsa.

Ojalá tuviera una holoimagen o fotografía de nuestro grupo durante esa salida. Con las pieles de espectro, los trajes de piel, los sacos de aire, los tubos de intestinos, las lanzas, el rifle de plasma, las mochilas y los esquíes de garras, debíamos parecer astronautas del paleolítico de Vieja Tierra.

Todo funcionó. Nos movíamos más deprisa en la nieve cristalizada que en los túneles de hielo. Y cuando el viento soplaba desde el sur, podíamos extender los brazos y dejarnos impulsar como veleros.

La superficie de la congelada atmósfera de Sol Draconi Septem tenía una belleza tosca pero memorable. El cielo era vacío y negro cuando el sol estaba alto, pero un instante después del poniente despuntaban miles de estrellas, como en una explosión. Nuestras túnicas y trajes internos resistían bien las extremas temperaturas diurnas, pero era obvio que ni siquiera los chitchatuk podían sobrevivir al frío por la noche. Afortunadamente nos desplazamos a suficiente velocidad como para tener un solo

período de seis horas de oscuridad, y los chitchatuk habían planeado nuestra partida de tal modo que tuvimos un día entero de luz solar antes de ese anochecer.

No había montañas ni otros rasgos de superficie aparte de riscos y ríos de hielo, salvo en las primeras horas, cuando el sol del amanecer alumbró un objeto hacia el sur. Comprendí que era la punta del rascacielos del padre Glaucus, sobresaliendo del hielo a muchos kilómetros. Aparte de eso, la superficie era tan lisa que me pregunté cómo se orientaban los chitchatuk, pero vi que Cuchiat miraba el sol y luego su propia sombra. Continuamos esquiando hacia el norte durante el breve día.

Los chitchatuk se desplazaban en una formación defensiva, con el portador del fuego y hechicero en el centro, guerreros con lanzas en los flancos, Cuchiat a la cabeza y Chiaku —obviamente el lugarteniente— a retaguardia. Todos llevábamos un rollo de soga de espectro en torno de la túnica y comprendí mejor el propósito de esa soga cuando Cuchiat se detuvo abruptamente y patinó hacia el este para evitar varias grietas que yo no había visto. Miré hacia abajo. Ese abismo parecía caer en una oscuridad eterna. Traté de imaginar cómo habría sido esa caída. Al caer la tarde un guerrero desapareció en un silencioso estallido de cristales de hielo, y reapareció poco después cuando Chiaku y Cuchiat preparaban sus sogas de rescate. El guerrero había detenido su caída, se había quitado los patines y los había usado como herramientas para escalar, trepando por la abrupta pared de la grieta. Yo estaba aprendiendo a no subestimar a los chitchatuk.

No vimos espectros ese primer día. Al caer el sol notamos que Cuchiat y los demás habían dejado de patinar hacia el norte y andaban en círculos, escrutando el hielo como si buscaran algo. Entretanto, los aullantes vientos nos arrojaban cristales de hielo. Si hubiéramos usado trajes espaciales, el visor se habría cubierto de raspones y manchas. Las túnicas y lentes no revelaban ningún daño.

Al fin Aichacut nos llamó con señas desde el oeste —no había comunicación verbal con las máscaras y el vacío— y todos patinamos en esa dirección, deteniéndonos en un sitio que no parecía diferente del resto de la superficie. Cuchiat nos hizo retroceder, desató el hacha que le habíamos regalado y se puso a picar el hielo. Cuando la capa de la superficie se rajó, vimos que no era otra grieta sino la angosta entrada de una caverna. Cuatro guerreros aprontaron sus lanzas, Chichticu se les unió con su lámpara de ascuas y, con Cuchiat a la cabeza, el grupo entró en el agujero mientras los demás esperábamos en un círculo defensivo.

Poco después Cuchiat asomó la cabeza y nos llamó con señas. Todavía empuñaba el hacha, y lo imaginé sonriendo detrás de su visera de dientes de espectro y su máscara. El hacha había sido un regalo importante.

Pernoctamos en la guarida de espectro. Ayudé a Chiaku a tapar la entrada con nieve y hielo, cubrimos otro metro del túnel de entrada con cristal de hielo y fragmentos más grandes y entramos. Chichticu calentó bloques de hielo hasta que la

guarida tuvo atmósfera suficiente para respirar. Dormimos amontonados, los veintitrés miembros del Pueblo Indivisible y los tres viajeros indivisibles, siempre usando las túnicas y las membranas de presión, pero sin las máscaras, respirando el bienvenido olor del sudor de los demás. Ese amontonamiento nos mantuvo con vida mientras fuera el vendaval impulsaba cristales de hielo a la velocidad del sonido... si el sonido hubiera sido posible en ese vacío.

Recuerdo otro detalle acerca de nuestra última noche con los chitchatuk. La guarida del espectro estaba revestida con cráneos y huesos humanos, encastrados en la pared circular con lo que parecía una minuciosidad de artista.

No vimos espectros durante el siguiente día de viaje, y poco antes del poniente nos quitamos y guardamos los patines y entramos en los túneles que estaban encima del segundo teleyector. Cuando estuvimos a suficiente profundidad, nos quitamos las máscaras y las membranas y se las devolvimos a Chatchia con cierta renuencia. Era como si entregáramos nuestras insignias de pertenencia al Pueblo Indivisible.

Cuchiat habló brevemente. Yo no pude seguir las rápidas sílabas, pero Aenea tradujo:

—Dice que tuvimos suerte, que es muy inusitado no tener que luchar contra los espectros cuando se cruza la superficie... pero que la suerte de un día siempre conduce a la mala suerte del día siguiente.

—Dile que espero que se equivoque —dije.

Era desconcertante ver el río con su bruma flotante y su techo de hielo. Aunque estábamos exhaustos, pusimos manos a la obra de inmediato. Ensamblar la balsa era difícil con los mitones puestos, pero los chitchatuk colaboraron, y al cabo de dos horas teníamos una versión torpe y reducida de nuestra embarcación anterior, sin el mástil, sin la tienda y sin la losa. Pero el timón estaba en su sitio, y aunque las pértigas eran más cortas, pensamos que funcionarían en este tramo poco profundo del Tetis.

La despedida fue más triste de lo que pensé. Todos se abrazaron por lo menos dos veces. Había hielo en las largas pestañas de Aenea, y yo sentía un nudo en la garganta.

Luego nos internamos en la corriente. Era extraño viajar sin mover las piernas. Yo aún sentía el eco del movimiento de los patines en los músculos y la mente. Nos aproximamos al portal teleyector y la muralla de hielo, nos agachamos para esquivar un reborde y de pronto estuvimos en otra parte.

Amanecía. El río era ancho y liso, la corriente lenta pero firme. Las riberas eran de roca roja, escalonadas como peldaños que subieran del agua; el desierto era de

roca roja con chaparrales amarillos; las distantes colinas también eran de piedra lisa y roja. El enorme sol rojo que despuntaba a nuestra izquierda encendía el rojo paisaje. La temperatura ya superaba muchísimo la que habíamos tenido en la caverna de hielo. Nos protegimos los ojos y nos quitamos las túnicas de espectro, apilándolas como felpudos blancos cerca de la popa. La capa de hielo de los troncos relucía y se derretía bajo el sol de la mañana.

Llegamos a la conclusión de que estábamos en Qom-Riyadh mucho antes de consultar el comlog o la guía del Tetis. El rojo desierto nos lo indicaba: puentes de piedra arenisca roja, columnas de roca roja contra el cielo rosado, delicados y rojos arcos más grandes que el portal teleyector. El río circuló por desfiladeros en cuyas alturas se arqueaban puentes de piedra roja, luego se internó en un valle donde el viento tórrido mecía arbustos amarillos y levantaba una polvareda roja que se metía en los largos y tubulares «pelos» de las túnicas de espectro, en la boca y los ojos. Al mediodía atravesamos un valle más fértil. Vimos canales de irrigación perpendiculares a nuestro río. Cortas palmeras amarillas y arbustos color magenta bordeaban los cauces. Pronto avistamos edificios pequeños, y una aldea entera de casas rosadas y ocres, pero ni una persona.

—Es como Hebrón —susurró Aenea.

—No lo sabemos. Tal vez estén trabajando en otra parte.

Pero pasó el mediodía, llegó la tarde —el día de Qom-Riyadh tenía veintidós horas, según la guía— y, aunque los canales se multiplicaban, la vegetación proliferaba y las aldeas eran más frecuentes, no había indicios de los humanos ni de sus animales domésticos. Dos veces fuimos a la costa, una para sacar agua de un pozo artesiano y otra para explorar una aldea donde habíamos oído martillazos. Era un toldo roto que flameaba en el viento del desierto.

De repente Aenea se arqueó con un grito de dolor. Me arrodillé y apunté la pistola de plasma hacia la calle mientras A. Bettik corría a atenderla. No había nadie en la calle ni en las ventanas.

—Está bien —jadeó la niña—. Un dolor repentino...

Corrí hacia ella, sintiéndome tonto por haber desenfundado el arma. Metiéndola en la funda, me arrodillé y le cogí la mano.

—¿Qué sucede, pequeña?

Ella estaba sollozando.

—No sé. Ha sucedido algo terrible... No sé.

La llevamos de vuelta a la balsa.

—Por favor —susurró Aenea, con un castañeteo de dientes a pesar del calor—. Vámonos. Vámonos de aquí.

A. Bettik instaló la microtienda, aunque ocupaba casi toda nuestra balsa acortada. Pusimos las túnicas de espectro a la sombra, acostamos a la niña sobre ellas y le

dimos agua.

—¿Es esta aldea? —pregunté—. ¿Había algo...?

—No —dijo Aenea entre sollozos secos, luchando contra las olas de emoción que la arrasaban—. No... algo espantoso... en este mundo, pero también detrás de nosotros.

—¿Detrás de nosotros? —Miré río arriba y sólo vi el valle, el ancho río y la aldea con sus palmeras amarillas meciéndose al viento.

—¿En el mundo de hielo? —murmuró A. Bettik.

—Sí —balbució Aenea arqueándose de dolor—. Duele.

Le apoyé la palma en la frente y el vientre desnudo. Tenía la piel más caliente de lo debido, aun en ese clima tórrido. Sacamos un kit médico de mi mochila y le coloqué un paño de diagnóstico. Indicó fiebre alta, dolor en grado tres, calambres y un electroencefalograma extraño. Recomendaba agua, medicación y tratamiento.

—Allá hay una ciudad —dijo el androide cuando el río dobló un peñasco.

Salí de la tienda para ver. Las torres rosadas, las cúpulas y minaretes aún estaban a quince kilómetros, y la corriente del río no llevaba prisa.

—Quédate con ella —dije, y fui a estribor para remar. Nuestra balsa abreviada era mucho más liviana que la anterior, y nos desplazamos rápidamente en la corriente.

A. Bettik y yo consultamos la ajada guía y llegamos a la conclusión de que la ciudad era Mashhad, capital del continente sur y sede de la Gran Mezquita, cuyos minaretes veíamos claramente mientras el río atravesaba aldeas cada vez más grandes, suburbios y zonas industriales y al fin entraba en la ciudad. Aenea dormía profundamente. Tenía más temperatura, y las luces rojas que parpadeaban en el kit exigían una intervención médica.

Mashhad estaba tan ominosamente desierta como Nueva Jerusalén.

—Creo recordar el rumor de que los éxters conquistaron el sistema de Qom-Riyadh cuando capturaron el Saco de Carbón —dije.

A. Bettik comentó que en la ciudad universitaria habían oído lo mismo cuando monitoreaban el tráfico radial de Pax.

Amarramos la balsa a un muelle bajo, y llevé a la niña a la sombra de las calles de la ciudad. Esto era una repetición de Hebrón, sólo que esta vez yo gozaba de buena salud y la niña estaba inconsciente. Pensé que de ahora en adelante no visitaría mundos desérticos si podía evitarlo.

Las calles eran más caóticas que en Nueva Jerusalén: vehículos terrestres aparcados en ángulos irregulares y abandonados en las aceras, desechos, ventanas y puertas abiertas, alfombras en las aceras, jardines moribundos. Me detuve ante el primer montón de alfombras que encontramos, pensando que quizá fueran alfombras voladoras. Eran sólo alfombras, y todas estaban orientadas en la misma dirección.

—Alfombras para rezar —dijo A. Bettik mientras regresábamos a la sombra. Los edificios no eran muy altos, y ninguno era tan alto como los minaretes que se elevaban desde un parque con árboles tropicales—. La población de Qom-Riyadh era casi cien por cien islámica. Se dice que Pax no pudo convertir a nadie, ni siquiera con la promesa de la resurrección. La población no quería saber nada del Protectorado.

Doblé la esquina, siempre buscando un hospital o un letrero que nos llevara a uno. Sentía la caliente frente de Aenea contra el cuello. Su respiración era rápida y entrecortada.

—Creo que este lugar se menciona en los *Cantos* —dije. La niña no parecía tener peso.

A. Bettik asintió.

—M. Silenus escribió sobre la victoria del coronel Kassad sobre alguien a quien llamaban el Nuevo Profeta, hace unos trescientos años.

—Los chiítas recobraron el poder cuando cayó la Red, ¿verdad? —dije. Miramos por una calle lateral. Yo buscaba una medialuna roja en vez del símbolo universal de ayuda médica, la cruz roja.

—Sí —dijo A. Bettik—, y se han opuesto violentamente a Pax. Se supone que recibieron bien a los éxters cuando la flota de Pax se retiró de este sector.

Miré las calles desiertas.

—Bien, parece que los éxters no agradecieron la bienvenida. Esto es como Hebrón. ¿Adónde habrán ido todos? ¿Pueden haber tomado como rehenes a todos los habitantes de un planeta y...?

—Mira, un caduceo —interrumpió A. Bettik.

En la ventana de un edificio alto se veía el antiguo símbolo del cetro alado rodeado por dos serpientes entrelazadas. El interior estaba sucio y desordenado, pero parecía más un edificio de oficinas que un hospital. A. Bettik se dirigió a un letrero digital que presentaba líneas de texto en árabe y murmuraba con voz de máquina.

—¿Lees árabe? —pregunté.

—Sí —dijo el androide—. También entiendo un poco el idioma hablado, que es farsi. Hay una clínica privada en el décimo piso. Tal vez tenga un centro de diagnósticos y un autocirujano.

Me dirigí a la escalera con Aenea en brazos, pero A. Bettik probó suerte con el ascensor. El pozo de cristal zumbó, y una cabina de levitación se detuvo en nuestro nivel.

—Es raro que aún haya energía —comenté.

Subimos al décimo piso. Aenea despertó gimiendo cuando atravesamos el pasillo embaldosado y una terraza abierta donde palmeras amarillas y verdes susurraban en el viento. Entramos en una aireada habitación con hileras de camas, autocirujanos y equipo de diagnóstico centralizado. Escogimos la cama más cercana a la ventana,

dejamos a la niña en ropa interior y la pusimos entre sábanas limpias. Reemplazando los paños del kit por filamentos, aguardamos los paneles de diagnóstico. La voz sintética hablaba en árabe y farsi, al igual que la pantalla, pero había una banda en inglés de la Red y la sintonizamos.

El autocirujano diagnosticó agotamiento, deshidratación y un patrón EEG inusitado, que parecía derivar de un fuerte golpe en la cabeza. A. Bettik y yo nos miramos. Aenea no había recibido ningún golpe en la cabeza. Autorizamos tratamiento para el agotamiento y la deshidratación. Retrocedimos cuando la cama extendió sujetadores de flujoespuma, palpó la vena de Aenea con seudodedos y le introdujo una intravenosa con un sedante y una solución salina.

A los pocos minutos la niña dormía apaciblemente. El panel de diagnóstico habló en árabe, y A. Bettik tradujo antes de que yo pudiera ir a leer el monitor.

—Dice que la paciente dormirá toda la noche y estará mejor por la mañana.

Cogí el rifle de plasma. Nuestras polvorientas mochilas estaban en una silla. Acercándome a la ventana, dije:

—Registraré la ciudad antes de que oscurezca. Me aseguraré de que estamos solos.

A. Bettik se cruzó de brazos y miró el gran sol rojo que rozaba los edificios de enfrente.

—Creo que estamos muy solos. Sólo que aquí tardó un poco más.

—¿Qué cosa tardó más?

—Aquello que se llevó a la gente. En Hebrón no había indicios de pánico ni de lucha. Aquí la gente tuvo tiempo para abandonar los vehículos. Pero las alfombras para rezar son la señal más segura.

Noté que había finas arrugas en la frente azul del androide, en torno de sus ojos y su boca.

—¿Señal más segura de qué?

—Supieron que algo les ocurría, y pasaron los últimos minutos orando.

Apoyé el rifle de plasma junto a la silla y abrí la funda de la pistola.

—Aun así echaré un vistazo. Vigílala por si despierta, ¿de acuerdo? —Saqué las dos unidades de comunicaciones de mi mochila, le di una al androide y me calcé la otra en el cuello—. Deja abierta la frecuencia común. Me mantendré en contacto. Llámame si hay algún problema.

A. Bettik estaba de pie junto a la cama. Su gran mano tocó suavemente la frente de la niña dormida.

—Estaré aquí cuando ella despierte, M. Endymion.

Es raro que recuerde tan nítidamente mi paseo de esa noche por la ciudad abandonada. El letrero digital de un banco indicaba cuarenta grados centígrados, pero

el viento del rojo desierto secaba la transpiración, y el crepúsculo rojo y rosado surtía un efecto sedante. Quizá recuerde ese anochecer porque después de esa noche todo cambiaría para siempre.

Mashhad era una extraña mezcla de ciudad moderna y de bazar de las *Mil y una noches*, una maravillosa compilación de los cuentos que Grandam me contaba bajo el estrellado cielo de Hyperion. Era un lugar romántico. En una esquina había un quiosco de periódicos y un cajero automático, pero al doblar la esquina aparecían puestos callejeros con toldos de franjas brillantes y pilas de frutas pudriéndose en cajas. Me imaginé el bullicio y el movimiento: camellos, caballos u otras bestias pre-Hégira dando vueltas, perros ladrando, vendedores pregonando, compradores regateando, mujeres con chador negro y *burqas* o velos siguiendo de largo, y en ambos lados los barrocos e ineficaces vehículos gruñendo y escupiendo monóxido de carbono, acetona o como se llamara la suciedad que los viejos motores de combustión interna arrojaban a la atmósfera...

Desperté de mi ensueño al oír la melodiosa llamada de una voz masculina, palabras que rebotaban en las calles de piedra y acero. Parecía venir del parque, un par de manzanas a la izquierda, y corrí en esa dirección, la mano en la culata de la pistola.

—¿Oyes esto? —pregunté por el micrófono.

—Sí —respondió A. Bettik—. Tengo abierta la puerta de la terraza y el sonido es muy claro.

—Parece árabe. ¿Puedes traducir?

Corrí las dos manzanas y llegué al parque donde se erguía la mezquita. Momentos antes había mirado por una de las calles intermedias y había vislumbrado el último resplandor del rojo poniente pintando el costado de un minarete, pero ahora la torre de piedra estaba gris y sólo unos cirros altos recibían la luz.

—Sí —dijo A. Bettik—. Es la llamada del almuecín para la plegaria nocturna.

Saqué los binoculares y escudriñé los minaretes. La voz del hombre llegaba desde los altavoces de un balcón que rodeaba cada torre. No había señales de movimiento. De pronto el rítmico grito cesó y parlotearon aves en las ramas del parque.

—Sin duda es una grabación —dijo A. Bettik.

—Quiero verificarlo.

Dejando los binoculares, seguí una senda de piedra entre el césped y las amarillentas palmeras, hasta la entrada de la mezquita. Atravesé un patio y me detuve en la entrada. En el interior había cientos de alfombras. Elegantes columnas soportaban complejos arcos de piedra rayada, y en la otra pared un bello arco conducía a un nicho semicircular. A la derecha del nicho había una escalera con un exquisito balaustre de piedra tallada, y arriba una plataforma con dosel de piedra. Sin entrar en el recinto, se lo describí a A. Bettik.

—El nicho es el *mihrab* —respondió—. Está reservado para el jefe espiritual, el imán. El balcón de la derecha es el *minbar*, el púlpito. ¿Hay alguien allí?

—No. —Vi el polvo rojo en las alfombras y la escalinata.

—Entonces no hay duda de que la llamada del almuecín era una grabación sincronizada.

Sentí la necesidad de entrar en el gran recinto de piedra, pero me detuvo mi reticencia a profanar una casa sagrada. Cuando era niño había sentido lo mismo en la catedral católica de Fin del Pico, y como adulto cuando un amigo de la Guardia Interna quiso llevarme a uno de los últimos templos gnósticos zen de Hyperion. Desde niño había comprendido que siempre sería un forastero en los lugares sagrados, sin tener nunca el propio, sin sentirme cómodo en los ajenos. No entré.

Regresando por las frescas y oscuras calles, encontré un bulevar con palmeras que atravesaba un bonito sector. Había carros de venta de comida y juguetes. Me detuve frente a un carro de pasta frita y olí las rosquillas. Hacía días que se encontraban en mal estado, no semanas ni meses.

El bulevar llegaba a la orilla del río, y giré a la izquierda, caminando por la explanada hacia la calle que me llevaría de vuelta a la clínica. De cuando en cuando llamaba a A. Bettik. Aenea aún dormía profundamente. El polvo borroneaba las estrellas cuando la noche se asentó sobre la ciudad. Sólo algunos edificios céntricos estaban iluminados —el acontecimiento que se había llevado a la población tenía que haber ocurrido de día— pero majestuosos y antiguos faroles alumbraban la explanada y fulguraban con luz de gas. Si no hubiera habido uno de esos faroles cerca del muelle donde habíamos amarrado la balsa, tal vez habría regresado a la clínica sin verlo. En cambio, la luz me permitió avistarlo a más de cien metros.

Alguien estaba en nuestra balsa, una figura inmensa y altísima que parecía usar un traje de plata. La luz del farol relucía sobre la superficie de esa silueta como si usara un traje espacial de cromo.

Murmurándole a A. Bettik que cuidara a la niña, pues había un intruso en la balsa, desenfundé la pistola y saqué los binoculares. En cuanto enfoqué los binoculares, la reluciente forma plateada movió la cabeza hacia mí.

49

El padre capitán De Soya despierta en el cálido nicho del *Rafael*. Después de los primeros instantes de desorientación, se levanta del diván y flota desnudo.

Todo está como es debido: en órbita de Sol Draconi Septem, una esfera blanca y cegadora en las ventanas, velocidad de frenado, los otros tres nichos a punto de despertar su valiosa carga humana, el campo interno en cero gravedad hasta que todos recobren las fuerzas, temperatura interna y atmósfera óptimas para el despertar, la nave en órbita geosincrónica. El sacerdote capitán imparte la primera orden de su nueva vida: café para todos en el cubículo de la sala. Al resucitar piensa siempre en su bulbo de café, guardado en la mesa de la sala, llenándose con la caliente bebida negra.

El ordenador de la nave parpadea anunciando un mensaje prioritario. No había llegado ningún mensaje mientras él estaba consciente en el sistema de Pacem, y es improbable que alguien los ha encontrado en este remoto sistema.

No hay presencia de Pax en Sol Draconi —a lo sumo, las naves-antorcha en tránsito usan las tres gigantes gaseosas del sistema para reaprovisionarse de combustible— y unas breves preguntas al ordenador confirman que no hubo contacto con otra nave durante los tres días de frenado e inserción en órbita. También confirman que no hay misión de la Iglesia en el planeta, pues el último contacto con un misionero se perdió hace más de cincuenta años estándar.

De Soya reproduce el mensaje. Autoridad papal, vía flota de Pax. Según los códigos, el mensaje llegó centésimas de segundo antes de que el *Rafael* efectuara el salto cuántico desde el espacio de Pacem. Es un mensaje breve, texto solamente: SU SANTIDAD ANULA MISIÓN SOL DRACONI SEPTEM. NUEVO OBJETIVO BOSQUECILLO DE DIOS. IR DE INMEDIATO. AUTORIZACIÓN LOURDUSAMY Y MARUSYN. FIN MENSAJE.

De Soya suspira. Este viaje, estas muertes y resurrecciones, han sido en vano. Por un instante el sacerdote capitán permanece sentado y desnudo en el diván de mando, examinando la curva blanca y resplandeciente del planeta de hielo. Suspira y va a ducharse, deteniéndose en el cubículo para probar el café. Extiende la mano hacia el bulbo mientras teclea órdenes en la consola de la ducha: chorros finos y calientes. Recuerda que debe encontrar batas de baño. Ya no hay sólo varones en la tripulación.

De Soya se detiene irritado. Su mano no encuentra el asa del bulbo de café. Alguien lo ha movido.

La nueva recluta, la cabo Rhadamanth Nemes, es la última en salir del nicho. Los tres hombres desvían los ojos mientras ella se levanta del nicho y se dirige al cubículo

de la ducha, pero en la atestada burbuja de mando del *Rafael* hay suficientes superficies reflectantes para que todos entrevean el cuerpo firme de esa mujer menuda, su tez clara, el lívido cruciforme entre sus pechos pequeños.

La cabo Nemes toma la comunión con ellos y parece desorientada y vulnerable mientras beben el café y suben los campos internos a un sexto de gravedad.

—¿Su primera resurrección? —pregunta afablemente De Soya.

La cabo asiente. Tiene pelo negro y corto, bucles sobre la frente pálida.

—Me gustaría decir que uno se acostumbra —dice el padre capitán—, pero lo cierto es que cada despertar es como el primero... difícil y emocionante.

Nemes bebe café. Parece vacilar en la microgravedad. Su uniforme carmesí y negro acentúa la palidez del cutis.

—¿No deberíamos partir de inmediato hacia Bosquecillo de Dios? —pregunta.

—Pronto —responde el padre capitán De Soya—. He ordenado al *Rafael* que salga de esta órbita dentro de quince minutos. Aceleraremos hasta el punto de traslación más próximo a dos gravedades, así podremos recobrarnos unas horas antes de regresar a los nichos.

La cabo Nemes parece tiritar al pensar en otra resurrección. Como ansiando cambiar de tema, mira la curva cegadora del planeta que se ve en las ventanas y la pantalla.

—¿Cómo se puede atravesar un río en todo ese hielo?

—Por debajo, supongo —dice el sargento Gregorius. El robusto soldado observa atentamente a Nemes—. Lo que se congeló después de la Caída es la atmósfera. El Tetis debe de circular debajo de ella.

La cabo Nemes demuestra sorpresa.

—¿Y cómo es Bosquecillo de Dios?

—¿No lo sabe? —pregunta Gregorius—. Creí que en Pax todos habían oído hablar de Bosquecillo de Dios.

Nemes sacude la cabeza.

—Yo me crié en Esperance. Es un mundo de labranza y pesca. La gente no tiene mucho interés en otros sitios. Ni en otros mundos de Pax ni en viejas historias de la Red. La mayoría estamos ocupados sobreviviendo con los frutos de la tierra o del mar.

—Bosquecillo de Dios es el viejo mundo de los templarios —dice el padre capitán De Soya, dejando su bulbo de café en su nicho de la mesa—. Fue arrasado por las llamas durante la invasión éxter previa a la Caída. Era hermoso en su época.

—Sí —conviene el sargento Gregorius—. La Hermandad Templaria del Muir era una especie de culto de la naturaleza. Transformaron Bosquecillo de Dios en un mundo boscoso, con árboles más altos y más bellos que los pinos rojos y las secuoyas de Vieja Tierra. Veinte millones de templarios vivían en ciudades y plataformas en

esos encantadores árboles. Pero en la guerra se equivocaron de bando.

La cabo Nemes deja de beber café.

—¿Eran aliados de los éxters? —La idea parece escandalizarla.

—En efecto, muchacha —dice Gregorius—. Tal vez porque tenían árboles espaciales en esos días.

Nemes ríe. Es un sonido breve y quebradizo.

—Él habla en serio —interviene el cabo Kee—. Los templarios usaban ergs, dominadores de energía de Aldebarán, para encerrar los árboles en un campo de contención clase nueve y obtener impulso de reacción para viajes interplanetarios. Incluso usaban motores Hawking para vuelos interestelares.

—Árboles volantes —dice la cabo Nemes, y ríe ásperamente una vez más.

—Algunos huyeron en esos árboles cuando los éxters retribuyeron su lealtad con un ataque contra Bosquecillo de Dios —continúa Gregorius—, pero la mayoría ardió, al igual que casi todo el planeta. Dicen que durante un siglo la mayor parte de ese mundo fue cenizas. Las nubes de humo crearon un efecto de invierno nuclear.

—¿Invierno nuclear? —pregunta Nemes.

De Soya observa a la joven, preguntándose por qué una persona tan ingenua fue escogida para usar el disco papal en ciertas circunstancias.

¿La ingenuidad era parte de su fuerza para matar, si se presentaba la necesidad?

—Cabo —dice, hablándole a la mujer—, usted dice que se crió en Esperance. ¿Se alistó en la Guardia Interna de ese mundo?

Ella niega con la cabeza.

—Entré directamente en el ejército de Pax, padre capitán. Había hambruna por falta de patatas... los oficiales de reclutamiento ofrecían viajes a otros mundos y... bien...

—¿Dónde prestó servicio? —pregunta Gregorius.

—Sólo adiestramiento en Freeholm.

Gregorius se apoya sobre los codos. La gravedad de un sexto de g facilita esa postura.

—¿Qué brigada?

—Vigesimotercera —responde la mujer—. Sexto Regimiento.

—Las Águilas Aullantes —dice el cabo Kee—. Tuve una compañera a quien transfirieron allí. ¿El comandante era Coleman?

Nemes vuelve a negar con la cabeza.

—El comandante Deering estaba al mando cuando yo estuve allí. Sólo pasé diez meses locales... ocho y medio estándar, creo. Fui entrenada como especialista general en combate. Luego pidieron voluntarios para la Primera Legión... —Se interrumpe, como si esta información fuera confidencial.

Gregorius se rasca la barbilla.

—Es raro que yo no oyera hablar de esta organización en el edificio. En las fuerzas armadas nada permanece en secreto mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo se entrenó en esta legión?

Nemes clava los ojos en el sargento.

—Dos años estándar, sargento. Y ha sido secreta... hasta ahora. Nos entrenamos en Lee Tres y los territorios del Anillo de Lambert.

—Lambert —repite el sargento—. Así que ha tenido bastante entrenamiento en baja gravedad y gravedad cero.

—Más que bastante —conviene la cabo Rhadamanth Nemes con una sonrisa socarrona—. En Anillo de Lambert nos entrenamos cinco meses en el Cúmulo de las Troyanas Peregrinas.

El padre capitán De Soya nota que la conversación se está convirtiendo en interrogatorio. No quiere que la nueva camarada se sienta agredida, pero siente tanta curiosidad como Kee y Gregorius. Además intuye que algo no está bien.

—¿De modo que las legiones tendrán una función similar a la infantería de marina? —pregunta—. ¿Combates nave a nave?

Nemes niega con la cabeza.

—No, capitán. No sólo táctica de combate en cero gravedades de nave a nave. Las legiones tendrán la misión de llevar la guerra al enemigo.

—¿Qué significa eso, cabo? —murmura De Soya—. En todos los años que pasé en la flota, el noventa por ciento de nuestras batallas se libró en territorio éxter.

—Sí —dice Nemes, sonriendo de nuevo—, pero la flota atacaba y huía. Las legiones ocuparán.

—Pero la mayoría de los baluartes éxters están en el vacío —señala Kee—. Asteroides, bosques orbitales, el espacio profundo...

—Exacto —dice Nemes, sin dejar de sonreír—. Las legiones los combatirán en su propio terreno... o su propio vacío, si usted quiere.

Gregorius nota que De Soya lo silencia con la mirada, pero el sargento sacude la cabeza e insiste.

—Bien, no sé qué aprenden estas dichosas legiones que los guardias suizos no hayan hecho, y muy bien, durante dieciséis siglos.

De Soya se levanta.

—Aceleración dentro de dos minutos. Vayamos a nuestros nichos. Ya hablaremos de Bosquecillo de Dios y de nuestra misión durante nuestro viaje al punto de traslación.

El *Rafael* necesitó once horas de desaceleración a doscientas gravedades para salir de velocidad cuasi lumínica al entrar en el sistema, pero el ordenador ha localizado un buen punto de traslación para Bosquecillo de Dios a sólo treinta y cinco

millones de kilómetros de Sol Draconi Septem. La nave podría acelerar a una gravedad y llegar a ese punto en veinticinco horas, pero De Soya le ha ordenado que se eleve desde el pozo de gravedad del planeta a una constante de dos gravedades durante seis horas antes de usar más energía para activar los campos internos durante el impulso de cien gravedades de la última hora.

Cuando se activan los campos, el equipo realiza el chequeo final para Bosquecillo de Dios: tres días para la resurrección, descenso inmediato con el sargento Gregorius al mando del grupo de tierra, inspección del tramo de cincuenta y ocho kilómetros del río Tetis y preparativos finales para la captura de Aenea y su grupo.

—Después de todo esto, ¿por qué Su Santidad empieza a guiarnos en la búsqueda? —pregunta el cabo Kee mientras se dirigen a sus nichos.

—Revelación —dice el padre capitán De Soya—. De acuerdo, todos a acostarse. Yo vigilaré los tableros.

Durante los últimos minutos previos a la traslación, tienen por costumbre cerrar los nichos. Sólo el capitán permanece en guardia.

En los pocos minutos que está solo ante el tablero de mando, De Soya examina los registros de su entrada abortada en el sistema de Hebrón. Los había mirado antes de salir del sistema de Pacem, pero ahora revisa de nuevo los datos y registros visuales. Todo parece correcto: las tomas desde la órbita de Hebrón mientras él y sus dos hombres aún estaban en el nicho, las ciudades ardientes, el paisaje de cráteres, las destrozadas y humeantes aldeas de Hebrón, Nueva Jerusalén en ruinas radiactivas, la localización de tres cruceros éxters por radar. El *Rafael* abortó los ciclos de resurrección y escapó, elevándose a las doscientas ochenta gravedades que le permitía su motor de fusión mejorado. Los éxters, por otra parte, tenían que desviar la energía hacia sus campos internos o morir —los paganos no tenían resurrección— y no podían sumar más de ochenta gravedades durante la persecución.

Ahí estaban las imágenes: las largas colas verdes de los motores de fusión éxters, sus intentos de bombardear el *Rafael* a una UA, los escudos de defensa rechazando sin problemas los rayos de energía a esa distancia, la traslación al sistema de Mare Infinitus, punto de salto más próximo...

Todo tiene sentido. Las imágenes son elocuentes. De Soya no las cree.

El padre capitán no sabe por qué es tan escéptico. Los registros visuales no significan nada; durante más de mil años, desde el comienzo de la Era Digital, un niño con un ordenador personal ha podido fraguar imágenes visuales falsas pero convincentes. Pero los registros de una nave requerirían un esfuerzo gigantesco, una conspiración técnica. ¿Por qué no confía en la memoria del *Rafael*?

A pocos minutos de la traslación, De Soya pide los registros del salto a Sol Draconi Septem. Echa un vistazo desde el diván de mando. Los tres nichos están sellados y silenciosos, sus indicadores en verde. Gregorius, Kee y Nemes todavía

están despiertos, aguardando la traslación y la muerte. De Soya sabe que el sargento reza en esos últimos minutos. Kee habitualmente lee un libro por el monitor del nicho. De Soya ignora qué hace la mujer dentro de su cómodo ataúd.

Sabe que su conducta es paranoica. «El bulbo de café no estaba en su sitio. El asa estaba movida.» Durante sus horas de vigilia De Soya ha intentado recordar si alguien pudo estar en el cubículo y mover el bulbo en el sistema de Pacem. No. No usaron el cubículo al salir del pozo de gravedad de Pacem. La mujer, Nemes, había estado a bordo antes que los demás, pero De Soya había usado el bulbo y lo había puesto en su sitio cuando ella se metió en su nicho. De Soya está seguro. Fue el último en acostarse, como de costumbre. La aceleración y la desaceleración pueden destruir bulbos no diseñados para muchas gravedades, pero el vector de desaceleración del *Rafael* coincide con la línea de viaje de la nave correo y no habría movido las cosas lateralmente. El nicho del bulbo está diseñado para mantener las cosas en su sitio.

El padre capitán De Soya forma parte de un milenario linaje de navegantes del mar y del espacio que se vuelven fanáticos acerca del lugar de cada cosa. Es un hombre del espacio. Después de dos décadas de prestar servicio en fragatas, destructores y naves-antorcha, sabe que cualquier cosa que deje fuera de lugar se le irá encima cuando la nave llegue a gravedad cero. Más aún, tiene la tradicional necesidad del navegante de poder encontrar todo sin mirar, en medio de la oscuridad o la tormenta.

Claro que el alineamiento del asa del bulbo no es importante... pero sí lo es. Cada hombre ha aprendido a usar un nicho de la mesa que usan para los mapas y para comer en el hacinado módulo de mando. Cuando usan la mesa para trazar derrotas o mirar mapas planetarios, cada uno de ellos —incluido Rettig cuando vivía— ocupa el sitio habitual. Está en la naturaleza humana. Los hábitos pulcros y predecibles son una segunda naturaleza en los navegantes.

Alguien movió el bulbo de café, tal vez al doblar la rodilla para sostenerse en gravedad cero. Paranoia. Definitivamente.

Para colmo, está esa turbadora noticia que el sargento Gregorius le susurró poco antes que la cabo Nemes despertara.

—Tengo un amigo en la Guardia Suiza del Vaticano, capitán. Bebí un trago con él la noche anterior a la partida. Él nos conocía a todos, y juró haber visto que trasladaban al lancero Rettig inconsciente, en camilla, a una ambulancia, desde la enfermería del Vaticano.

—Imposible —dijo De Soya—. El lancero Rettig murió por complicaciones en su resurrección y fue sepultado en el espacio de Mare Infinitus.

—Sí —gruñó Gregorius—, pero mi amigo afirmaba que el de la ambulancia era Rettig. Inconsciente, con paks de soporte vital, máscara de oxígeno y demás, pero

Rettig.

—No tiene sentido —respondió De Soya. Siempre ha desconfiado de las teorías conspiratorias, sabiendo por experiencia personal que los secretos compartidos por más de dos personas rara vez son secretos por mucho tiempo—. ¿Por qué Pax y la Iglesia nos mentirían sobre Rettig? ¿Y dónde está si estaba vivo en Pacem?

Gregorius se encogió de hombros.

—Tal vez no fuera él, capitán. Eso me he dicho a mí mismo. Pero la ambulancia...

—¿Qué pasa con ella? —preguntó bruscamente De Soya.

—Se dirigía al Castel Sant'Angelo, señor —dijo Gregorius—. Cuartel general del Santo Oficio. Paranoia.

Los registros de las once horas de desaceleración son normales: frenado en alta gravedad, ciclo de resurrección de tres días para garantizar una buena recuperación. De Soya mira las cifras de inserción orbital y reproduce el vídeo de la lenta rotación de Sol Draconi Septem. Siempre le intrigan esos días perdidos en que el *Rafael* realiza sus sencillas tareas mientras él y los demás reviven. Le intriga el ominoso silencio que debe de llenar la nave.

—Tres minutos para traslación —dice la tosca voz sintética de *Rafael*—. Todo el personal debería estar en su nicho.

De Soya ignora la advertencia y pide datos sobre los dos días y medio que la nave pasó en la órbita de Sol Draconi Septem. No sabe qué busca. No hay datos sobre uso de la nave de descenso, ni indicios de activación prematura del soporte vital; todos los monitores indican un ciclo regular, con señas vitales iniciales en las últimas horas del tercer día, todos los registros orbitales normales. ¡Espera!

—Dos minutos para traslación —dice la nave.

En el primer día, poco después de alcanzar la órbita geosincrónica, y de nuevo cuatro horas después. Todo normal excepto los secos detalles de la activación de cuatro pequeños reactores. Para alcanzar y mantener una órbita geosincrónica perfecta, una nave como el *Rafael* dispara decenas de chorros. Pero la mayoría de esos ajustes recurren a los grandes propulsores de popa, cerca del motor de fusión, y del botalón del módulo de mando, en la proa de la torpe nave correo. Estos chorros son similares: primero dos disparos para estabilizar la nave, para que el módulo de mando no mire hacia el planeta y difunda el calor solar en forma uniforme sin usar congelante de campo. Pero sólo minutos aquí, y aquí. Y después del giro, esos chorros de reacción en pares. Dos y dos. Luego otros pares, que podrían acompañar los chorros más prolongados que harían girar la nave de vuelta, con las cámaras del módulo de mando apuntadas hacia el planeta. Luego, cuatro horas y ocho minutos después, se repite la secuencia. Hay treinta y ocho secuencias de disparo para mantener la posición, y ningún chorro que signifique un giro de toda la nave, pero esos interludios gemelos de cuatro chorros llaman la atención del ojo entrenado de De

Soya.

—Un minuto para traslación —advierte el *Rafael*.

Los generadores de campo gimen, preparándose para activar el sistema Hawking modificado que matará a De Soya dentro de cincuenta y seis segundos. No les presta atención. Su diván de mando llevará el cadáver al nicho después de la traslación si él no se mueve ahora. Así está diseñada la nave. Descuidado, pero necesario.

El padre capitán Federico de Soya ha sido capitán de nave-antorcha durante muchos años. Ha realizado más de una docena de saltos en el correo Arcángel. Conoce esa secuencia —doble chorro, giro, doble chorro— en el registro de un propulsor. Aunque el giro esté borrado de los registros, las huellas de la maniobra resaltan. Ese giro es para orientar la nave de descenso, que está amarrada en el lado opuesto al módulo de mando, hacia la atmósfera del planeta. El segundo es para contrarrestar las descargas de combustible que separan la nave de descenso del centro del *Rafael*. El doble disparo final estabiliza la nave cuando vuelve a su posición normal, apuntando nuevamente las cámaras del módulo hacia el planeta.

Nada de ello es tan obvio como parece, pues toda la estructura gira continuamente, y hay chorros ocasionales para alinearla para mejor calentamiento o enfriado. Pero para De Soya es inequívoco. Teclea instrucciones para examinar de nuevo los demás registros. Uso de la nave de descenso: negativo. Giro para envío de nave de descenso: negativo. Inmovilidad de la nave de descenso: positiva. Activación de soporte vital antes de la resurrección de todos unas horas antes: negativo. Registros de vídeo con imágenes de nave de descenso moviéndose hacia la atmósfera: negativo. Imágenes constantes de la nave de descenso amarrada y vacía.

La única anomalía consiste en dos secuencias de disparo de ocho minutos con cuatro horas de diferencia. Ocho minutos de giro permitirían que la nave de descenso entrara en la atmósfera sin registro visual de la cámara principal. O que reapareciera y se conectara. Las cámaras y el radar del botalón habrían registrado el suceso a menos que les ordenaran ignorarlo antes de la separación. Eso habría requerido menos distorsiones en el registro. Si alguien hubiera ordenado que el ordenador de la nave borrara todos los registros de uso de la nave de descenso, la limitada IA del *Rafael* habría alterado los datos precisamente de esta manera, sin advertir que los disparos de los propulsores dejan huellas. Y alguien menos experimentado que un veterano capitán de nave-antorcha no lo habría notado. Si De Soya tuviera una hora para revisar todos los datos de combustible de hidrógeno, cotejar las necesidades de reaprovisionamiento de la nave de descenso y los requerimientos para ingreso en el sistema, luego cotejar con el colector de hidrógeno Bussard durante la desaceleración, sabría si hubo maniobras de giro y descenso. Si tuviera una hora.

—Treinta segundos para traslación.

De Soya no tiene tiempo para llegar al nicho. Sí tiene tiempo para invocar una

secuencia especial de operaciones, teclear su código de anulación, confirmarlo, cambiar parámetros de monitoreo y hacerlo dos veces más. Acaba de oír la tercera confirmación cuando la nave efectúa el salto cuántico.

La traslación despedaza a De Soya en su diván. Muere sonriendo fieramente.

50

—¡Raul!

Faltaba una hora para el amanecer de Qom-Riyadh. A. Bettik y yo estábamos sentados en la habitación donde Aenea dormía. Yo me había adormilado. A. Bettik estaba despierto, como de costumbre, pero yo llegué primero a la cama de la niña. La única iluminación venía de la pantalla del biomonitor. Fuera, la tormenta de polvo había aullado durante horas.

—Raul...

La pantalla indicaba que había bajado la fiebre, que sólo quedaba ese EEG errático.

—Aquí estoy, pequeña. —Le cogí la mano derecha. Sus dedos ya no parecían febriles.

—¿Viste al Alcaudón?

Esto me sorprendió, pero comprendí al instante que no se trataba de adivinación ni telepatía. Yo le había hablado a A. Bettik por radio. Él debía de tener los altavoces encendidos, Aenea estaba despierta y lo había registrado.

—Sí. Pero no te alarmes. No está aquí.

—Pero lo viste.

—Sí.

Aenea me aferró con ambas manos y se incorporó. Sus ojos oscuros resplandecían en la luz tenue.

—¿Dónde, Raul? ¿Dónde lo viste?

—En la balsa. —Usé la mano libre para recostarla en la almohada.

La funda de la almohada y su ropa interior estaban empapadas de sudor.

—Está muy bien, pequeña. No hizo nada. Estaba allí cuando me marché.

—¿Volvió la cabeza, Raul? ¿Te miró a ti?

—Bien, sí, pero... —Me interrumpí. Aenea gemía suavemente, moviendo la cabeza—. Aenea, está todo bien...

—No, no está bien. Por Dios, Raul. Le pedí que viniera conmigo. Esa última noche. ¿Sabías que le pedí que viniera? Él dijo que no.

—¿Quién dijo que no? ¿El Alcaudón? —A. Bettik se acercó. La arena roja chocaba contra las ventanas y la puerta.

—No, no, no —dijo Aenea. Tenía las mejillas húmedas, aunque no distinguí si era llanto o sudor—. El padre Glaucus. Esa última noche pedí al padre Glaucus que nos acompañara. No debí pedírselo, Raul... no era parte de mis sueños... pero se lo pedí, y debí de haber insistido.

—Está bien —dije, apartándole un mechón de pelo húmedo de la frente—. El padre Glaucus está bien.

—No, no está bien. La cosa que nos persigue lo mató. A él y a los chitchatuk.

Miré de nuevo el monitor. Todavía indicaba una mejoría, a pesar de los delirios. Miré a A. Bettik, pero el androide clavaba los ojos en la niña.

—¿Quieres decir que los mató el Alcaudón? —pregunté.

—No, no fue el Alcaudón —murmuró Aenea—. No lo creo. No, no fue el Alcaudón. —Me aferró con fuerza la mano—. Raul, ¿me amas?

Me quedé estupefacto. Sin apartar la mano, respondí:

—Claro, pequeña...

Aenea pareció mirarme por primera vez desde que se había despertado.

—No, cállate. —Rió suavemente—. Lo lamento. Me despegué del tiempo por un momento. Claro que no me amas. Me olvidé del cuándo... de lo que éramos ahora.

—Está bien —respondí sin entender. Le palmeé la mano—. Siento afecto por ti, niña. También A. Bettik, y vamos a...

—Cállate —repitió Aenea. Liberó su mano y me llevó un dedo a los labios—. Cállate. Me desorienté por un momento. Creí que éramos... nosotros. Tal como seremos... —Se recostó en la almohada y suspiró—. Por Dios, es la noche anterior a Bosquecillo de Dios. Nuestra última noche de viaje.

Aún no sabía si Aenea estaba en sus cabales. Esperé.

—M. Aenea —preguntó A. Bettik—, ¿Bosquecillo de Dios es nuestro próximo destino en el río?

—Creo que sí —respondió Aenea, hablando más como la niña que yo conocía—. Sí. No lo sé. Todo se evapora... —Se incorporó de nuevo—. No nos persigue el Alcaudón. Tampoco Pax.

—Claro que es Pax —dije, procurando que recobrara el contacto con la realidad —. Nos han perseguido desde...

Aenea sacudió la cabeza en una negativa rotunda. Su pelo colgaba en mechones húmedos.

—No —murmuró con firmeza—. Pax nos persigue porque el Núcleo le dice que somos peligrosos para ellos.

—¿El Núcleo? Pero desde la Caída está...

—Vivo, y es peligroso. Cuando Gladstone y los demás destruyeron el sistema teleyector que brindaba al Núcleo su red neural, se replegó... pero no fue demasiado lejos, Raul. ¿No lo entiendes?

—No. No lo entiendo. ¿Dónde ha estado si no se fue demasiado lejos?

—Pax —dijo la niña—. Mi padre, su personalidad residente en el bucle Schron de mi madre, me lo explicó antes de que yo naciera. El Núcleo esperó a que la Iglesia recobrara vitalidad bajo Paul Duré... el papa Teilhard I. Duré era un buen hombre, Raul. Mi madre y el tío Martin lo conocieron. Él llevaba dos cruciformes... el suyo y el del padre Lenar Hoyt. Pero Hoyt era débil.

Le palmeé la muñeca.

—¿Qué tiene que ver esto con...?

—¡Escucha! —exclamó la niña, apartando el brazo—. Mañana en Bosquecillo de Dios puede suceder cualquier cosa. Yo puedo morir. Todos podemos morir. El futuro nunca está escrito, sólo esbozado. Si yo muero pero tú sobrevives, quiero que le expliques al tío Martin, a quienquiera que te escuche...

—No vas a morir, Aenea.

—Sólo escucha —suplicó la niña. De nuevo estaba llorando. Asentí y escuché. Hasta el aullido del viento pareció amainar—. Teilhard fue asesinado en su noveno año de reinado. Mi padre lo predijo. No sé si fueron agentes del TecnoNúcleo... ellos usan cíbridos... o meros políticos del Vaticano, pero cuando Lenar Hoyt resucitó a partir de sus cruciformes compartidos, el Núcleo intervino. El Núcleo brindó la tecnología para permitir que el cruciforme reviviera a los humanos para no volverlos asexuados e idiotas, como la tribu bikura de Hyperion.

—¿Pero cómo? ¿Cómo pudieron las IAs del TecnoNúcleo saber cómo dominar el cruciforme?

Vi la respuesta antes de que ella hablara.

—Ellos crearon los cruciformes. No el Núcleo actual, sino la IM que crearán en el futuro. Ella envió esas cosas hacia el pasado en Hyperion, tal como hizo con las Tumbas de Tiempo. Probó los parásitos en la tribu perdida, los bikura, vio los problemas.

—Problemas pequeños, como que la resurrección destruyera los órganos reproductores y la inteligencia.

—Sí —dijo Aenea, cogiéndome de nuevo la mano—. El Núcleo pudo corregir esos problemas con su tecnología. La tecnología que cedió a la Iglesia bajo el nuevo papa, Lenar Hoyt, Julio VI.

Comencé a entender.

—Un pacto fáustico.

—El pacto fáustico. Lo único que debía hacer la Iglesia para ganar el universo era vender su alma.

—Y así nació el Protectorado de Pax —murmuró A. Bettik—. El poder político por medio de un parásito...

—Es el Núcleo el que nos persigue... el que me persigue —continuó Aenea—. Soy una amenaza para ellos, no sólo para la Iglesia.

Sacudí la cabeza.

—¿Por qué eres una amenaza para el Núcleo? Eres una niña...

—Una niña que estuvo en contacto con un cíbrido renegado antes de nacer. Mi padre estaba suelto, Raul. No sólo en la esfera de datos o la megaesfera... sino en la metaesfera. Suelto en la red psicocibernética que hasta el Núcleo temía...

—Leones, tigres y osos —murmuró A. Bettik.

—Exacto —dijo Aenea—. Cuando la personalidad de mi padre penetró la megaesfera del Núcleo, preguntó a la IA Ummon de qué tenía miedo el Núcleo. Ellos decían que no se expandían más en la metaesfera porque estaba llena de leones, tigres y osos.

—No entiendo. Estoy confundido.

Aenea me estrujó la mano.

—Raul, tú conoces los *Cantos* del tío Martin. ¿Qué sucedió con la Tierra?

—¿Vieja Tierra? —pregunté estúpidamente—. En los *Cantos* la IA Ummon decía que los tres elementos del TecnoNúcleo estaban en guerra. Hemos hablado de esto.

—Repítelo.

—Ummon le dijo a la personalidad Keats, tu padre, que los Volátiles querían destruir a la humanidad. Los Estables, el grupo de Ummon, querían salvarla. Fingieron que el agujero negro había destruido Vieja Tierra y se la llevaron a las Nubes Magallánicas o el Cúmulo de Hércules. A los Máximos, el tercer grupo, les importaba un bledo qué sucedía con Vieja Tierra o la humanidad mientras pudieran llevar a cabo su proyecto de la Inteligencia Máxima.

Aenea aguardó.

—Y la Iglesia sostiene lo que creen todos los demás —continué sin entusiasmo —. Que Vieja Tierra fue devorada por el agujero negro y murió cuando se supone que murió.

—¿Qué versión crees, Raul?

—No sé. Me gustaría que existiera Vieja Tierra, pero no me parece tan importante.

—¿Y si hubiera una tercera posibilidad?

Las puertas de vidrio crujieron y temblaron. Llevé la mano a la pistola de plasma, temiendo que el Alcaudón estuviera raspando el vidrio. Sólo era el viento del desierto.

—¿Una tercera posibilidad? —repetí.

—Ummon mintió. La IA le mintió a mi padre. Ningún elemento del Núcleo desplazó la Tierra... ni los Estables, ni los Volátiles, ni los Máximos.

—Entonces sí fue destruida.

—No. Mi padre no les entendió entonces. Les entendió después. Vieja Tierra fue trasladada a las Nubes Magallánicas, en efecto, pero no por elementos del Núcleo. No poseían la tecnología ni los recursos energéticos para semejante nivel de control del Vacío Que Vincula. El Núcleo ni siquiera puede viajar a la Nube Magallánica. Está demasiado lejos.

—¿Quién, entonces? ¿Quién robó Vieja Tierra?

Aenea se recostó en la almohada.

—No lo sé. Y creo que el Núcleo tampoco lo sabe. Pero no quiere saberlo, y teme que nosotros lo averigüemos.

A. Bettik se aproximó.

—¿Entonces no es el Núcleo el que activa los teleyectores en nuestro viaje?

—No.

—¿Averiguaremos quién es?

—Si sobrevivimos. Si sobrevivimos. —Ahora los ojos de Aenea se veían cansados, no febriles—. Mañana nos estarán esperando, Raul. Y no me refiero a ese sacerdote capitán ni a sus hombres. Alguien del Núcleo nos estará esperando.

—Esa cosa que según crees mató al padre Glaucus, Cuchiat y los demás.

—Sí.

—¿Es como una visión? —pregunté—. Me refiero a lo que sabes del padre Glaucus.

—No es una visión —dijo la niña—. Sólo un recuerdo del futuro.

Miré la tormenta que amainaba.

—Podemos quedarnos aquí —sugerí—. Podemos conseguir un deslizador o un VEM que funcione, viajar al hemisferio norte y ocultarnos en Al, o una de las grandes ciudades que menciona la guía. No tenemos que seguirles el juego y atravesar ese portal teleyector.

—Sí, debemos —dijo Aenea.

Iba a protestar, pero me callé. Al cabo de un rato dije:

—¿Y qué función cumple el Alcaudón?

—No lo sé. Depende de quién lo haya enviado esta vez. O quizás esté actuando por su cuenta. No lo sé.

—¿Por su cuenta? Creí que era sólo una máquina.

—No, no es sólo una máquina.

Me froté la mejilla.

—No entiendo. ¿Podría ser un amigo?

—Jamás —dijo la niña. Se incorporó y me apoyó la mano en la mejilla—. Lo lamento, Raul. No quiero hablar en círculos. Es sólo que no lo sé. Nada está escrito. Todo es fluido. Y cuando llego a vislumbrar cosas en movimiento, es como mirar una hermosa pintura hecha de arena un segundo antes de que el viento la disperse... —Las últimas ráfagas de la tormenta sacudieron las ventanas como para aclarar el símil. Aenea sonrió—. Lamento que hace un rato me haya despegado del tiempo...

—¿Despegado?

—Cuando te pregunté si me amabas. A veces me olvido del dónde y del cuándo.

—No importa, pequeña —respondí desconcertado—. Te amo. Y no permitiré que te lastimen mañana. Ni la Iglesia, ni el Núcleo, ni nadie.

—Yo también lucharé para impedir semejante cosa, M. Aenea —dijo A. Bettik.

La niña sonrió y nos tocó las manos.

—El Hombre de Hojalata y el Espantapájaros. No merezco tales amigos.

—¿Y dónde está el León Cobarde? —pregunté, sonriendo a mi vez.

La sonrisa de Aenea se disipó.

—Ésa soy yo —murmuró—. Yo soy la cobarde.

Ninguno de nosotros durmió más esa noche. Cargamos nuestros bártulos y fuimos hacia la balsa en cuanto el primer fulgor del alba tocó las rojas colinas que rodeaban la ciudad.

51

Dada la velocidad relativamente baja del *Rafael* en el punto de traslación del sistema de Sol Draconi, debe reducir menos la velocidad cuando entra en el espacio de Bosquecillo de Dios. La desaceleración es moderada —nunca supera las veinticinco gravedades— y dura sólo tres horas. Rhadamanth Nemes aguarda en su nicho de resurrección.

Cuando la nave entra en órbita, Nemes abre la puerta del ataúd y se dirige al cubículo para vestirse. Antes de salir del módulo de mando para entrar en el tubo de la nave de descenso, chequea los monitores y establece contacto directo con el nivel operativo de la nave. Los otros tres nichos funcionan normalmente, programados para el período de resurrección de tres días. Cuando De Soya y sus hombres hayan despertado, esta cuestión estará zanjada. Usando el microfilamento para comunicarse con el ordenador principal, instala las mismas directivas de programación y anulación de registros que usó en el sistema de Sol Draconi. La nave recibe el programa de giro de la nave de descenso y se dispone a olvidarlo.

Antes de entrar en el tubo, Nemes teclea la combinación de su armario. Además de mudas de ropa y enseres personales falsos —holos de «familiares» y «cartas» de su ficticio hermano—, lo único que hay dentro es un cinturón con morrales. Alguien que examinara esos morrales sólo encontraría un ordenador jugador de naipes, como los que se compran en cualquier tienda por ocho o diez florines, un rollo de hilo, tres frascos de píldoras y un paquete de tampones. Se pone el cinturón y se dirige a la nave de descenso.

Aun desde una órbita de treinta mil kilómetros, Bosquecillo de Dios —las partes que son visibles a través de las gruesas capas de nubes— se revela como el mundo lacerado que es. En vez de estar dividido en continentes y océanos, el planeta ha evolucionado tectónicamente como una sola masa terrestre con miles de «lagos» de agua salada en medio del paisaje, como zarpazos en una verde mesa de billar. Además de los lagos y el sinfín de lagunas que ocupan las grietas de las verdes masas terrestres, ahora hay miles de raspones pardos, vestigios del bombardeo que los éxters —según creen los humanos— lanzaron contra esa apacible tierra hace casi tres siglos.

Mientras la nave atraviesa la capa de ionización, penetrando en la sólida atmósfera con un triple estruendo, Nemes mira el paisaje que se extiende bajo las masas nubosas. La mayor parte de los bosques de pinos y secuoyas de doscientos metros de altura que habían atraído a la Hermandad del Muir ha desaparecido, abrasada en un incendio forestal planetario que luego provocó un invierno nuclear. Grandes segmentos de los hemisferios norte y sur aún emiten un resplandor blanco, por la nevisca y la radiación, que sólo ahora comienza a atenuarse, a medida que la capa de nubes retrocede desde una franja de mil kilómetros a cada lado del ecuador.

Nemes se dirige a esa zona ecuatorial en recuperación.

Tomando el control manual de la nave, Nemes inserta el filamento. Examina los mapas planetarios que ha copiado de la biblioteca principal del *Rafael*. Allí está. El río Tetis recorría antaño ciento sesenta kilómetros de oeste a este, rodeando las raíces del Arbolmundo de Bosquecillo de Dios y pasando frente al Museo Muir. La mayor parte de la excursión del Tetis seguía un gigantesco arco semicircular. El río serpentea en torno de una pequeña muesca en la circunferencia norte del Arbolmundo. Los templarios se consideraban la conciencia ecológica de la Hegemonía, y siempre interponían su indeseada opinión en todo proyecto de terraformación de la Red o del Confín. El Arbolmundo era el símbolo de su arrogancia. A decir verdad, ese árbol era único en el universo conocido: con un tronco de ochenta kilómetros de diámetro y ramas de quinientos kilómetros de diámetro, similares a la base del legendario Olympus Mons de Marte, ese organismo viviente clavaba su ramaje superior en los lindes del espacio.

Ya no existe, desde luego. Fue despedazado e incendiado por la flota «éxter» que incineró el planeta antes de la Caída. En vez del glorioso y viviente Árbol, sólo queda el Tocónmundo, una pila de cenizas y carbón semejante a los restos erosionados de un antiguo volcán.

Como los templarios murieron o huyeron en sus naves-árbol el día del ataque, Bosquecillo de Dios ha estado en barbecho más de dos siglos y medio. Nemes sabe que Pax pudo haber recolonizado ese mundo si el Núcleo no le hubiera ordenado que desistiera: las IAs tienen sus propios planes para Bosquecillo de Dios, y esos planes no incluyen misioneros ni colonias humanas.

Nemes encuentra el teleyector río arriba —diminuto en comparación con las cenicientas laderas del Tocónmundo al sur— y revolotea sobre él.

Una vegetación secundaria puebla las orillas del río y las erosionadas cuestas de ceniza, y parecen malezas comparadas con los viejos bosques, pero aún tienen árboles de veinte metros de altura, y Nemes ve algunas marañas de tupido sotobosque. No es buen sitio para una emboscada. Nemes desciende en la ribera norte del río y camina hasta el arco teleyector.

Desechando un panel de acceso, encuentra un módulo de interfaz y se arranca la carne humana de la mano y la muñeca derechas. Guardando la piel para su regreso al *Rafael*, se conecta con el módulo y revisa los datos. Este portal no se ha activado desde la Caída. El grupo de Aenea aún no ha pasado.

Nemes regresa a la nave y vuela río abajo, tratando de encontrar el lugar perfecto. Debería ser un sitio del que no se pueda escapar por tierra: suficiente vegetación como para ocultar a Nemes y sus trampas, no tanta como para brindar refugio a Aenea y sus compañeros. Además, un lugar donde Nemes pueda hacer limpieza cuando todo haya terminado, idealmente una superficie rocosa.

Encuentra el sitio perfecto quince kilómetros río abajo. Aquí el Tetis entra en una garganta rocosa, una serie de rápidos creados por los rayos éxters y los consecuentes aludes. Nuevos árboles han crecido en las cuestas de ceniza y a lo largo de las angostas barrancas. El estrecho desfiladero está bordeado por pedrejones caídos y por las grandes franjas de lava negra que descendieron durante el bombardeo éxter, formando terrazas al enfriarse. No hay vados en ese tosco terreno, y quien guíe una balsa por estos rápidos se concentrará en timonear por aguas blancas y tendrá poco tiempo para observar las rocas o las orillas. Desciende un kilómetro al sur, saca un espécimen encerrado en vacío del armario de objetos extravehiculares, se lo calza en el cinturón, oculta la nave bajo el ramaje y regresa corriendo al río.

Nemes saca el rollo de hilo, arroja el hilo y extrae cientos de metros de monofilamento invisible. Lo entrecruza sobre los rápidos como una telaraña, untando con una gelatina transparente de policarbono los objetos donde sujeta el filamento, no sólo para tener una referencia visual sino para impedir que el filamento los corte. Si alguien estuviera de excursión por las rocas y los campos de lava, la gelatina luciría como una tenue línea de savia o liquen. La telaraña cortaría el *Rafael* en pedazos si alguien intentara descender allí con la nave espacial.

Una vez tendida la trampa, Nemes va río arriba por un reborde chato, abre su caja de píldoras y desparrama cientos de minas en el suelo y entre los árboles. Los microexplosivos adoptan de inmediato el color y la textura de la superficie donde han caído. Cada mina saltará hacia el blanco ambulante antes de estallar, y la explosión está programada para ser penetrante. Las minas son activadas por la proximidad del pulso, las exhalaciones de bióxido de carbono y el calor corporal, así como por la presión de una pisada a diez metros.

Nemes evalúa el terreno. Esta zona chata es el único tramo de la orilla de los rápidos por donde una persona puede retirarse a pie, y con las minas diseminadas esa persona no podrá sobrevivir. Nemes regresa al campo de rocas y activa los sensores de las minas con un código.

Para impedir que alguien regrese río arriba a nado, abre los estuches de tampones y siembra el fondo del río con huevos de tijereta forrados con cerámica. En el fondo del río son iguales a los guijarros que los rodean. Se activan cuando un ser viviente pasa por encima de ellos. Si alguien intenta regresar río arriba, las tijeretas saldrán de sus huevos de cerámica y atravesarán el agua o el aire para taladrar el cráneo del blanco, abriéndose en un estallido de filamentos al tocar el tejido cerebral.

Rhadamanth Nemes espera en una roca a diez metros de los rápidos. Los dos artículos que le quedan en el cinturón son el ordenador jugador de naipes y el saco de especímenes.

El «ordenador» es el ítem más avanzado que ha traído en esta excursión de caza. Las entidades que lo crearon lo llaman «trampa de la esfinge», en homenaje a la

Esfinge de Hyperion, que fue creada por la misma especie de IAs. Es capaz de crear una burbuja de cinco metros de mareas antientrópicas o hiperentrópicas. La energía requerida para crear la burbuja podría alimentar un planeta habitado como Vector Renacimiento durante una década, pero Nemes sólo necesita tres minutos de desplazamiento temporal. Tocando la tarjeta chata, Nemes piensa que habría que llamarla «trampa del Alcaudón».

La mujer mira río arriba. En cualquier momento. Aunque el portal está a quince kilómetros, pronto recibirá una advertencia. Nemes es sensible a la distorsión teleyectora. Espera que el Alcaudón venga con ellos y prevé que la tratará como adversaria. En realidad, se sentiría defraudada si el Alcaudón no viniera y no fuera su enemigo.

Rhadamanth Nemes toca el último artículo que lleva en el cinturón. El saco de especímenes es lo que parece: un saco al vacío. Allí llevará la cabeza de la niña al *Rafael*, donde la almacenará en el armario secreto, detrás del panel de acceso del motor de fusión. Sus amos quieren una prueba.

Sonriendo, Nemes se recuesta en la negra lava, cambia de posición para que el sol de la tarde le entibie el rostro, se cubre los ojos con la muñeca y se permite una breve siesta. Todo está a punto.

52

Esperaba que el Alcaudón se hubiera ido cuando llegamos a la calle costera de Mashhad, poco antes del alba de ese último y ominoso día. No se había ido.

Nos paramos en seco al ver esa escultura de cromo de tres metros de altura en nuestra balsa. Estaba en la misma posición que yo la había visto la noche anterior. Entonces yo había retrocedido cautelosamente, apuntando con el rifle. Ahora me aproximé cautelosamente, alzando el rifle.

—Calma —dijo Aenea, apoyándome la mano en el brazo.

—¿Qué diantres quiere? —dije, quitando el seguro del rifle. Metí un cartucho de plasma en la recámara.

—No lo sé —dijo Aenea—. Pero tu arma no lo lastimará.

Me relamí los labios y miré a la niña. Quería decirle que un rayo de plasma lastimaría cualquier cosa que no estuviera envuelta en veinte centímetros de blindaje de impacto de tiempos de la Red. Aenea estaba pálida y tensa. Tenía ojeras. No dijo nada.

—Bien —dije, bajando el rifle—, no podemos abordar la balsa mientras esa cosa esté allí.

Aenea me estrujó el brazo y lo soltó.

—Tenemos que hacerlo.

Echó a andar hacia el muelle de hormigón.

Miré a A. Bettik, a quien la idea parecía gustarle tan poco como a mí. Ambos echamos a trotar para alcanzar a la niña.

De cerca el Alcaudón era aún más aterrador que visto a distancia. Antes usé la palabra escultura, y la criatura tenía ese aire, si podemos imaginar una escultura hecha de pinchos de cromo, alambre cortante, hojas, espinas y un liso caparazón de metal. Era enorme, más de un metro más alta que yo, y yo no soy bajo. Su forma era complicada: piernas macizas con articulaciones envueltas en bandas tachonadas de espinas; un pie chato con hojas curvas en vez de dedos y una hoja con forma de cuchara en el talón, que podía ser un utensilio perfecto para destripar; un complejo caparazón de cromo liso entrecruzado por bandas de alambre filoso. Tenía un par de brazos largos y un par de brazos más cortos debajo; cuatro manazas filosas colgaban a los costados.

En el cráneo liso y alargado, una mandíbula de excavadora presentaba una hilera tras otra de dientes de metal. En la frente tenía una hoja curva, y otra en el cráneo blindado. Los ojos eran grandes, profundos y rojos.

—¿Quieres abordar la balsa con esa cosa? —le susurré a Aenea cuando estábamos a cuatro metros. El Alcaudón no había vuelto la cabeza para mirarnos, y sus ojos parecían muertos como reflectores, pero el impulso de alejarme de él y echar

a correr era muy fuerte.

—Tenemos que abordar la balsa —susurró la niña—. Tenemos que salir de aquí hoy. Hoy es el último día.

Sin apartar los ojos del monstruo, eché una ojeada al cielo y los edificios. Con la frenética tormenta de polvo de la noche anterior, cualquiera hubiera esperado que el cielo estuviera más rosado, con más arena en el aire. Aún aleteaban nubes rojizas en la última brisa del desierto, pero el cielo estaba más azul que el día anterior. La luz del sol rozaba la parte superior de los edificios más altos.

—Quizá podamos encontrar un VEM que funcione y viajar cómodamente —susurré—. Algo que no tenga ese adorno en el capó. —Ni siquiera a mí me causó gracia esta broma, pero requirió todas las agallas que tenía.

—Vamos —respondió Aenea.

Bajamos por la escalerilla de hierro del muelle y subimos a la maltrecha balsa. Me apresuré a acompañarla, siempre apuntando el rifle hacia esa pesadilla de cromo mientras con la otra mano aferraba la escalerilla. A. Bettik nos siguió sin decir palabra.

No había advertido cuán maltrecha estaba la balsa.

Los troncos acortados estaban astillados en varios sitios, el agua llegaba hasta el tercero de proa y lamía los enormes pies del Alcaudón, y la roja arena de la tormenta llenaba la tienda. El soporte del timón parecía a punto de descalabrarse en cualquier momento, y el equipo que habíamos dejado a bordo tenía un aire de abandono. Guardamos las mochilas en la tienda y nos pusimos de pie titubeando, mirando la espalda del Alcaudón y esperando un movimiento: tres ratones que se habían subido al felpudo donde dormía el gato.

El Alcaudón no se volvió. La espalda era tan poco tranquilizadora como el frente, salvo que no veíamos los ojos rojos y opacos.

Aenea suspiró y caminó hacia el monstruo. Alzó una mano, pero no tocó ese hombro filoso.

—Está bien. Vámonos —nos dijo.

—¿Cómo puede estar bien? —rezongué en un susurro. No sé por qué susurraba, pero por algún motivo era imposible hablar normalmente cerca de esa cosa.

—Si hoy fuera a matarnos, ya estaríamos muertos —afirmó la niña. Fue a babor, el rostro pálido y los hombros flojos, y cogió una pértiga—. Corta las amarras, por favor —le pidió a A. Bettik—. Tenemos que irnos.

El androide no tembló cuando se aproximó al Alcaudón para desatar la soga de proa y enrollarla. Yo desaté la soga de popa con una mano, sosteniendo el rifle con la otra. La balsa se hundía un poco más con esa maciza criatura en el frente, y el agua llegaba casi hasta la tienda. Varios troncos del frente y de babor estaban flojos.

—Tenemos que reparar la balsa —dije, cogiendo el timón y dejando el rifle.

—No en este mundo —replicó Aenea, moviendo la pértiga para llevarnos hacia la corriente central—. Después de cruzar el portal.

—¿Sabes adónde vamos?

La niña negó con la cabeza. Tenía el cabello opaco esa mañana.

—Sólo sé que hoy es el último día.

Lo había dicho unos minutos antes, y yo había sentido la misma alarma que sentí ahora.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Pero no sabemos adónde vamos.

—No. No exactamente.

—¿Qué sabes? Quiero decir...

Ella sonrió tímidamente.

—Sé qué quieres decir, Raul. Sé que si sobrevivimos a las próximas horas, buscaremos el edificio que he visto en sueños.

—¿Qué aspecto tiene?

Aenea abrió la boca para hablar pero se apoyó contra la pértiga un momento. Nos desplazábamos rápidamente por el centro del río. Los altos edificios céntricos dieron paso a pequeños parques y veredas en ambas márgenes.

—Conoceré el edificio cuando lo vea. —Dejó la pértiga y se me acercó. Me agaché para oír sus susurros—. Raul, si yo no sobrevivo y tú sí, regresa a casa para hablarle al tío Martin de lo que dije. De los leones, los tigres y los osos, y de lo que el Núcleo se trae entre manos.

Le aferré el delgado hombro.

—No hables así. Todos sobreviviremos. Tú se lo contarás a Martin cuando le veamos.

Aenea asintió sin convicción y volvió junto a la pértiga. El Alcaudón seguía mirando hacia delante. El agua le lamía los pies y la luz de la mañana centelleaba sobre sus espinas y sus filosas superficies.

Pensaba que nos internaríamos en el desierto después de la ciudad de Mashhad, pero una vez más mis expectativas fueron erradas. Los parques y veredas estaban más cubiertos de vegetación: siempreazules, árboles de hojas caducas de Vieja Tierra y una proliferación de palmeras amarillas y verdes. Pronto los edificios de la ciudad quedaron atrás y el ancho y recto río atravesó un poblado bosque. Aún era temprano, pero el calor del sol era agobiante. El timón no era necesario en la corriente central. Lo trabé, me quité la camisa, la plegué encima de mi mochila y reemplacé a la exhausta Aenea en su puesto. Ella me miró con sus ojos oscuros pero no se opuso.

A. Bettik había desarmado la microtienda y la había sacudido para quitarle la

arena. Se sentó junto a mí mientras la corriente nos impulsaba por una ancha curva, hacia un bosque tropical aún más tupido. Usaba la camisa abombada y los cortos y raídos pantalones amarillos que le había visto en Hebrón y Mare Infinitus. Tenía el sombrero de paja a sus pies. Asombrosamente, se fue al frente de la balsa para sentarse junto al inmóvil Alcaudón mientras nos internábamos en la jungla.

—Esto no puede ser nativo —dije, enderezando la balsa mientras la corriente la empujaba de costado—. En este desierto no hay precipitaciones suficientes para mantener todo esto.

—Creo que era un gran jardín plantado por los peregrinos religiosos chiítas, M. Endymion —dijo A. Bettik—. Escuche.

Escuché. El bosque hervía con el susurro de las aves y el viento. Por debajo de esos ruidos se oía el siseo de los sistemas de riego.

—Es increíble que usaran esa preciosa agua para mantener este ecosistema —comenté—. Debe de tener kilómetros.

—El paraíso —dijo Aenea.

—¿Cómo dices?

—Muchos musulmanes eran gentes del desierto en Vieja Tierra. El agua y el verdor eran su idea del paraíso. Mashhad era un centro religioso. Tal vez esto estuviera destinado a dar a los fieles una vislumbre de lo que sucedería si obedecían las enseñanzas que Alá dejó en el Corán.

—Un costoso preestreno —comenté, arrastrando la pértiga mientras virábamos de nuevo a la izquierda y el río se ensanchaba—. Me pregunto qué habrá sucedido con la gente.

—Pax —dijo Aenea.

—¿Qué? Estos mundos... Hebrón, Qom-Riyadh... estaban bajo control éxter cuando desapareció la población.

—Eso dice Pax.

Pensé en ello.

—¿Qué tienen en común ambos mundos, Raul?

No tardé mucho en responder.

—Ambos se negaban a convertirse al cristianismo. Ambos se negaban a aceptar la cruz. Judíos y musulmanes.

Aenea no dijo nada.

—Es una idea escalofriante —comenté. Me dolía el estómago—. La Iglesia puede errar en sus criterios, Pax puede ser arrogante con su poder, pero... —Me enjugué el sudor de los ojos—. Por Dios... ¿Genocidio?

Aenea se volvió hacia mí.

Detrás de ella las filosas piernas del Alcaudón reflejaron la luz.

—No lo sabemos —murmuró—. Pero hay elementos de la Iglesia y de Pax que

estarían dispuestos a hacerlo, Raul. Recuerda que el Vaticano necesita al Núcleo para conservar el control de la resurrección y, por medio de éste, el control de los pobladores de todos los mundos.

Sacudí la cabeza.

—¿Genocidio? No puedo creerlo. —Ese concepto pertenecía a las leyendas de Horace Glennon-Height y Adolf Hitler, no a las personas e instituciones que yo había visto en mi vida.

—Está sucediendo algo espantoso —dijo Aenea—. Ése debe de ser el motivo por el cual nos llevaron por este camino... Hebrón y Qom-Riyadh.

—Lo has dicho antes —respondí, empujando la pértiga—. Nos llevaron. Pero no el Núcleo. ¿Entonces quién? —Miré la espalda del Alcaudón. Sudaba a mares en el calor del día. La acechante criatura era todo filo y espinas.

—No lo sé —dijo Aenea. Dio media vuelta y se apoyó los brazos en las rodillas —. Allá está el teleyector.

El oxidado portal, cubierto de lianas, se elevaba sobre la exuberante jungla. Si esto aún era el paradisíaco parque de Qom-Riyadh, se había descontrolado. Sobre la techumbre verde, el viento empujaba nubes de polvo rojo en el cielo azul. Enfilé al centro del río, dejé la pértiga y fui a buscar el rifle. Se me hacía un nudo en el estómago con sólo pensar en el genocidio. El nudo se cerró aún más cuando pensé en cavernas de hielo, cascadas, mundos oceánicos y el despertar del Alcaudón.

—Aferraos —advertí innecesariamente cuando pasamos bajo el arco de metal.

El paisaje se diluyó como si nos rodeara una vaharada de calor. De repente la luz cambió, la gravedad cambió, nuestro mundo cambió.

53

El padre capitán De Soya despierta gritando. Tarda unos minutos en comprender que es él quien grita.

Abriendo el ataúd, se incorpora. En el monitor parpadean luces rojas y amarillas, aunque todas las indicaciones esenciales están en verde. Gimiendo de dolor y confusión, De Soya trata de levantarse. Su cuerpo flota sobre el nicho abierto, sus manos aletean. Nota que sus manos y brazos están rojas y rosados, como si le hubieran quemado la piel.

—Santa Madre de Dios... ¿dónde estoy? —solloza. Las lágrimas cuelgan frente a sus ojos—. Gravedad cero. ¿Dónde estoy? ¿El *Baltasar*? ¿Qué ha sucedido? ¿Batalla espacial? ¿Quemadura?

No. Está a bordo del *Rafael*. Poco a poco las vejadas dendritas de su cerebro empiezan a funcionar. Está flotando en una oscuridad iluminada por instrumentos. El *Rafael*. Debería estar en órbita de Bosquecillo de Dios. Había fijado los ciclos para Gregorius, Kee y él en unas peligrosas seis horas en vez de los tres días habituales, «jugando a Dios con la vida de mis hombres», recuerda que pensó. Este ritmo acelerado aumenta las probabilidades de que fracase la resurrección. De Soya recuerda al segundo correo que le había llevado órdenes al *Baltasar*. El padre Gawronski. Parecen décadas atrás. El padre no había logrado una buena resurrección. El capellán del *Baltasar*... ¿cómo se llamaba ese cretino...? El padre Sapieha había dicho que el padre Gawronski tardaría semanas o meses en resucitar después de ese fracaso inicial. Un proceso lento y doloroso, había dicho acusador el capellán.

El padre capitán De Soya se despabila mientras flota sobre el nicho. Todavía en caída libre, como había programado. Recuerda haber pensado que quizá no estuviera en condiciones de caminar en gravedad uno. No lo está. Dirigiéndose al cubículo, se mira en el espejo. Su cuerpo reluce como una víctima de quemaduras, y el cruciforme es una cuña vívida en esa carne rosada y cruda.

De Soya cierra los ojos y se pone la ropa interior y la sotana. El algodón le lastima la piel inflamada, pero él ignora el dolor. El café se ha filtrado tal como lo programó. Saca el bulbo de la mesa y se dirige a la sala común.

El nicho del cabo Kee emite un fulgor verde en los últimos segundos de resurrección. El nicho de Gregorius emite luces de advertencia. De Soya murmura un juramento y desciende hacia el panel del sargento. El ciclo de resurrección está abortado. El ciclo acelerado ha fracasado.

—Maldito sea Dios —susurra De Soya, y luego ofrece un acto de contrición por tomar el nombre del Señor en vano. Necesitaba a Gregorius.

Kee resucita sin inconvenientes, aunque confundido y dolorido. De Soya lo levanta, lo lleva al cubículo para enjugarle la piel inflamada y ofrecerle zumo de

naranja. Al cabo de unos minutos Kee empieza a comprender.

—Algo salió mal —explica De Soya—. Tuve que correr este riesgo para ver qué se proponía la cabo Nemes.

Kee asiente. Aunque está vestido y la temperatura de la cabina es elevada, el cabo tiembla espasmódicamente.

De Soya lo conduce al módulo de mando. El nicho del sargento Gregorius emite luces amarillas mientras el ciclo entrega al sargento a la muerte. El nicho de la cabo Rhadamanth Nemes muestra luces verdes para el ciclo normal de tres días.

Las pantallas indican que ella está dentro, sin vida, recibiendo el Sacramento de la Resurrección. De Soya teclea el código de apertura.

Parpadean luces de advertencia.

—No se permite apertura del nicho durante el ciclo de resurrección —dice la voz chata de *Rafael*—. Cualquier intento de abrir el nicho ahora produciría la muerte verdadera.

De Soya ignora las luces y los zumbidos de advertencia y empuja la tapa. Permanece cerrada.

—Déme esa barra —le ordena a Kee.

El cabo le arroja una barra de hierro. De Soya encuentra una rendija para insertar la barra, reza en silencio, esperando no estar equivocado y paranoico, y abre la tapa. Suenan alarmas.

El nicho está vacío.

—¿Dónde está la cabo Nemes? —le pregunta De Soya a la nave.

—Todos los instrumentos y sensores muestran que está en el nicho —dice el ordenador.

—Ajá —murmura De Soya, soltando la barra, que cae en un rincón con la lentitud de la gravedad cero—. Vamos —le dice al cabo, y los dos regresan al cubículo. La ducha está vacía. En la sala común no hay lugar donde ocultarse. De Soya se dirige a su silla de mando mientras Kee se dirige al tubo de conexión.

Las luces de status muestran una órbita geosincrónica a treinta mil kilómetros. De Soya mira por la ventana y ve un mundo de nubes arremolinadas excepto una franja ancha en el ecuador, donde el terreno verde y pardo está cubierto de tajos. Los instrumentos muestran que la nave de descenso sigue enganchada y desactivada. La nave, interrogada, confirma que la nave de descenso está en su sitio, y que la cámara de presión no se ha usado desde la traslación.

—Cabo Kee —dice De Soya por el interfono. Se concentra, aprieta las mandíbulas. Siente un dolor intenso, como si tuviera la piel en llamas. Quiere cerrar los ojos y dormir—. Informe.

—La nave de descenso no está, capitán —responde Kee desde el túnel de acceso —. Todas las luces de conexión están verdes, pero si yo abriera la cámara de presión,

respiraría vacío. Desde aquí veo que la nave no está.

—*Merde* —susurra De Soya—. De acuerdo, regrese aquí. —Estudia los demás instrumentos mientras espera. El registro muestra esos dobles disparos, hace tres horas. Pidiendo el mapa de la región ecuatorial de Bosquecillo de Dios, De Soya inicia una búsqueda por telescopio y radar en el tramo del río que rodea el tocón del Arbolmundo—. Encuentra el primer portal teleyector y muéstrame todos los tramos intermedios del río. Infórmame de la posición del repetidor de la nave de descenso.

—Los instrumentos indican que la nave de descenso está amarrada al botalón del módulo de mando —responde la nave—. El repetidor lo confirma.

—De acuerdo —dice De Soya, ansiando arrancarle chips de silicio como si fueran dientes—, ignora la señal de la nave. Sondea esta región con telescopio y radar. Informa sobre cualquier forma de vida o artefacto. Todos los datos en pantallas principales.

—Enterado —dice el ordenador. La pantalla fluctúa mientras inicia una magnificación telescópica. De Soya ve un portal teleyector a sólo cientos de metros de distancia—. Planea río abajo.

—Enterado.

El cabo Kee entra y se sujeta al asiento del copiloto.

—Sin la nave de descenso, no podemos bajar.

—Trajes de combate —dice De Soya en medio de las oleadas de dolor que lo sacuden—. Tienen escudo ablativo... cientos de microcapas de ablativo de colores para resistir una descarga de luz coherente, ¿verdad?

—Correcto, pero...

—Mi plan era que usted y el sargento Gregorius usaran el ablativo para la reentrada —continúa De Soya—. Puedo llevar el *Rafael* a la órbita más baja posible. Usted usará un pak auxiliar de retropropulsión. Los trajes deberían soportar una reentrada, ¿verdad?

—Posiblemente, pero...

—Utilizará los repulsores EM para encontrar a esta... mujer. La encuentra y la detiene. Después usa la nave para regresar.

El cabo Kee se frota los ojos.

—Sí, señor. Pero he revisado los trajes. Todos tienen brechas de integridad.

—¿Integridad? —repite estúpidamente De Soya.

—Alguien cortó el blindaje ablativo. No se nota a simple vista, pero efectué un diagnóstico de integridad clase tres. Estaríamos muertos antes del apagón de ionización.

—¿Todos los trajes?

—Todos, señor.

El sacerdote capitán contiene el impulso de maldecir una vez más.

—De todos modos, haré descender el *Rafael*, cabo.

—¿Para qué, señor? Siempre estaremos a cientos de kilómetros, y no podremos hacer nada.

De Soya asiente pero teclea parámetros para el módulo de guía. Su desconcertado cerebro comete muchos errores —uno solo bastaría para que ardieran en la atmósfera — pero la nave los detecta. De Soya reconfigura los parámetros.

—Aconsejo no descender a una órbita tan baja —dice la voz asexuada de la nave —. Bosquecillo de Dios tiene una atmósfera superior volátil, y trescientos kilómetros no es suficiente para satisfacer los requerimientos de seguridad que...

—Cállate y hazlo —gruñe el padre capitán De Soya.

Cierra los ojos cuando se activan los propulsores principales. El retorno del peso agudiza el dolor. Kee gruñe en el asiento del copiloto.

—La activación del campo de contención interna aliviará las incomodidades de la desaceleración de cuatro gravedades —dice la nave.

—No —responde De Soya. Quiere ahorrar energía.

El ruido, las vibraciones y el dolor continúan. La curva de Bosquecillo de Dios crece en la ventana.

«¿Y si esa traidora ha programado la nave para que se interne en la atmósfera en caso de que despertemos e intentemos alguna maniobra? —piensa de pronto De Soya. Sonríe a pesar de la aplastante gravedad—. Entonces tampoco ella regresará a casa.»

El castigo continúa.

54

El Alcaudón había desaparecido cuando atravesamos el portal.

Bajé el rifle y miré en torno. El río era ancho y poco profundo. El cielo era profundamente azul, más oscuro que el de Hyperion, y al norte se veían imponentes estratocúmulos. Las columnas de nubes parecían recibir la luz del atardecer, y al mirar atrás vimos un sol bajo y enorme. Tuve la sensación de que era el poniente y no el alba.

Las orillas mostraban rocas, malezas y un suelo ceniciento. El aire mismo olía a cenizas, como si atravesáramos una región arrasada por un incendio forestal. La baja vegetación confirmaba esta impresión. A nuestra derecha, un volcán se erguía a muchos kilómetros.

—Bosquecillo de Dios, creo —dijo A. Bettik—. Aquéllos son los restos del Arbolmundo.

Miré de nuevo el negro cono volcánico. Ningún árbol podía haber alcanzado ese tamaño.

—¿Dónde está el Alcaudón? —pregunté.

Aenea se levantó y caminó hacia el lugar donde la criatura se encontraba un instante antes. Pasó la mano por el aire, como si el monstruo se hubiera hecho invisible.

—¡Aferraos! —advertí de nuevo. La balsa se dirigía hacia un modesto conjunto de rápidos. Regresé al timón y lo desaté mientras el androide y la niña cogían las pértigas. Saltamos y viramos, pero pronto habíamos pasado las ondas blancas.

—¡Eso fue divertido! —exclamó Aenea. Hacía tiempo que no la veía tan animada.

—Sí, divertido. Pero la balsa se está despedazando. —Era una leve exageración, pero no una hipérbole. Los troncos flojos del frente se estaban desatando. Nuestro equipo rodaba sobre la tela de la microtienda.

—Hay un lugar plano donde desembarcar —dijo A. Bettik, señalando una zona herbosa a la derecha—. Las colinas lucen más inhóspitas hacia delante.

Saqué los binoculares y estudié esos riscos negros.

—Tienes razón. Tal vez haya verdaderos rápidos más adelante, y pocos lugares donde atracar. Hagamos las reparaciones aquí.

La niña y el androide remaron hacia la orilla. Bajé de un salto y arrastré la balsa hacia la orilla lodosa. Los daños no eran graves en el frente y a estribor, sólo unas correas sueltas y algunos tablones rajados. Miré río arriba. El sol estaba más bajo, aunque parecía que tendríamos una hora más de luz.

—¿Acampamos esta noche? —sugerí, pensando que tal vez éste fuera el último lugar apropiado—. ¿O seguimos adelante?

—Seguimos adelante —dijo Aenea.

Comprendí su afán. Aún era de mañana, según la hora de Qom-Riyadh.

—No quiero estar en aguas blancas después del anochecer —le dije.

Aenea echó una ojeada al sol.

—Y yo no quiero estar aquí después del anochecer. Lleguemos tan lejos como podamos. —Cogió los binoculares y estudió los riscos negros de la derecha, los oscuros cerros de la izquierda del río—. No habrían puesto el sector del Tetis en un río que tuviera rápidos peligrosos, ¿verdad?

A. Bettik se aclaró la garganta.

—Sospecho que gran parte de ese flujo de lava se creó durante el ataque éxter. Pueden haber surgido rápidos muy peligrosos con las perturbaciones que causaría el bombardeo.

—No fueron los éxters —murmuró Aenea.

—¿Qué dices, pequeña?

—No fueron los éxters —repitió con firmeza—. Fue el TecnoNúcleo. Construyó naves para atacar la Red y simuló una invasión éxter.

—De acuerdo —dije. Había olvidado que Martin Silenus decía lo mismo al final de los *Cantos*. No había comprendido bien esa parte cuando estaba aprendiendo el poema. Ahora nada tenía importancia—. Pero las colinas derretidas aún están allí, y puede haber aguas caudalosas. O cataratas. Es posible que la balsa no pueda pasar.

Aenea asintió y guardó los binoculares en mi mochila.

—Si no se puede, no se puede. Caminaremos y atravesaremos el próximo portal a nado. Pero reparemos la balsa pronto y recorramos la mayor distancia posible. Si vemos rápidos peligrosos, nos dirigiremos a la orilla más próxima.

—Tal vez sólo haya peñascos. Esa lava no parece prometedora.

Aenea se encogió de hombros.

—Pues escalaremos y seguiremos a pie.

Admito que admiré a esa chiquilla esa noche. Estaba cansada, enferma, abrumada por emociones que yo no comprendía, muerta de miedo. Pero no estaba dispuesta a renunciar.

—Bien, al menos el Alcaudón se ha ido. Ésa es buena señal.

Aenea me miró con desgana. Pero trató de sonreír.

Las reparaciones nos llevaron sólo veinte minutos. Reforzamos las ataduras, pasamos al frente algunos soportes del centro y extendimos la microtienda como una especie de forro para mantener secos los pies.

—Si hemos de viajar en la oscuridad —dijo Aenea—, deberíamos instalar de nuevo el mástil con el farol.

—Sí —dije. Había reservado un poste alto para ese propósito. Lo calcé en la base

y lo sujeté. Con el cuchillo abrí una muesca para la manija del farol—. ¿Lo enciendo?

—Todavía no —dijo Aenea, mirando el poniente.

—De acuerdo. Si vamos a botar en aguas blancas, debemos mantener el equipo en las mochilas y guardar los elementos más importantes en los sacos impermeables.

Pusimos manos a la obra. En mi saco guardé una camisa extra, otro rollo de soga, el rifle de plasma plegado, una lámpara de mano y la linterna láser. Iba a guardar el comlog en la mochila, pero pensé que, aunque fuera inservible, no pesaba nada, así que me lo sujeté a la muñeca. Habíamos recargado las baterías del comlog, el láser y la lámpara en la clínica de Qom-Riyadh.

—¿Todo listo? —pregunté, dispuesto a lanzarme nuevamente a la corriente. La balsa parecía mejor con su suelo nuevo y su mástil, los bártulos amarrados, el farol de proa preparado.

—Listo —dijo Aenea.

A. Bettik asintió y se apoyó en la pértiga. Nos internamos en el río.

La corriente era rápida —al menos veinte o treinta kilómetros por hora— y el sol aún estaba encima del horizonte cuando nos internamos en la región de lava negra. Ambas orillas se tornaron acantilados, y botamos en olas de aguas blancas, siempre saliendo bien librados. Empecé a escudriñar las orillas en busca de sitios donde atracar en caso de que oyéramos rugido de cataratas o rápidos muy violentos. Había lugares —caletas y zonas planas— pero delante el terreno era visiblemente más escabroso.

Noté que en las barrancas había más vegetación —siempreazules y pinos achaparrados— y el sol bajo pintaba con radiante luz las ramas más altas. Estaba pensando en sacar nuestro almuerzo, cena o lo que fuera de las mochilas y preparar algo caliente cuando A. Bettik advirtió:

—Rápidos enfrente.

Me apoyé en el timón y miré. Rocas en el río, aguas blancas, espuma. Mis años de barquero en el Kans me ayudaron a evaluar ese tramo de rápidos.

—Todo saldrá bien. Afirmad las piernas, moveos hacia el centro si se zamarrea demasiado. Empujad cuando os lo diga. El truco consiste en mantener la proa bien orientada, pero podemos lograrlo. Si os caéis, nadad hacia la balsa. Tengo una soga preparada. —Tenía un pie apoyado sobre la soga enrollada.

No me gustaban los peñascos de lava negra y los pedrejones de la orilla derecha, pero el río parecía más ancho y más apacible más allá de estas aguas encrespadas. Si esto era todo, quizá pudiéramos continuar el viaje durante la noche, usando el farol y el láser para alumbrar nuestro camino.

Alineamos la balsa para entrar en los rápidos, tratando de esquivar los pedrejones que asomaban en las espumosas aguas, cuando todo empezó. Si no hubiera sido por

un remolino que nos hizo girar dos veces, todo habría terminado antes de que yo me diera cuenta.

Aenea gritaba de alegría. Yo sonreía. Hasta A. Bettik sonreía. Era un efecto de las aguas blancas moderadas, lo sabía por experiencia. Los rápidos clase cinco habitualmente aterran a la gente, pero los saltos inofensivos son divertidos. «¡Empujad! ¡A la derecha! ¡Esquivad esa roca!», nos gritábamos. Acabábamos de eludir una gran roca cuando vi que el mástil y el farol eran despedazados.

—¿Qué diablos...? —atiné a exclamar, y entonces despertaron mis viejos recuerdos, y con ellos los reflejos que creía atrofiados años atrás.

Estábamos girando hacia mi izquierda. Grité «¡Abajo!» a todo pulmón, abandoné el timón y me arrojé sobre Aenea. Ambos caímos de la balsa.

A. Bettik había reaccionado al instante, corriendo a popa, y los monofilamentos que habían cortado el mástil y el farol como mantequilla le erraron por milímetros. Emergí pisando roca y abrazando a Aenea, a tiempo para ver que los monofilamentos que había debajo del agua cortaban la balsa en dos, y volvían a cortarla a medida que el remolino hacía girar los troncos. Los filamentos eran invisibles, pero esa potencia de corte sólo podía significar una cosa. Yo había visto usar ese truco contra camaradas míos en la brigada de Ursus; los rebeldes habían colocado monofilamento en la carretera, y cortaron un autobús que trasladaba a treinta tíos desde el cine de la ciudad; los treinta fueron decapitados.

Traté de avisar a A. Bettik, pero las rugientes aguas me llenaron la boca. Manoteé una roca, resbalé, apoyé los pies en el fondo, cogí la roca siguiente. Se me estrujó el escroto al pensar en los filamentos que podía haber debajo del agua, frente a mi rostro.

El androide vio que la balsa era despedazada por tercera vez y se zambulló. Tapado por la corriente, alzó instintivamente el brazo izquierdo. Una bruma sanguinolenta tiñó el río cuando el filamento le cercenó el brazo por debajo del codo. Bettik asomó la cabeza en silencio mientras aferraba una roca filosa con la mano derecha. El brazo izquierdo se perdió río abajo con su espasmódica mano.

—¡Santo cielo! —grité—. ¡Maldición!

Aenea asomó la cabeza y me miró con intensidad, pero sin pánico.

—¿Estás bien? —grité en medio del estruendo. Un monofilamento tiene un corte tan limpio que uno puede perder la pierna y tardar medio minuto en enterarse.

Aenea asintió.

—¡Aférrate a mi cuello! —grité. Necesitaba liberar el brazo izquierdo. Aenea se aferró a mí, la piel fría por el agua congelada.

—Maldición, maldición, maldición —repetí como un mantra mientras hurgaba en mi saco con la mano izquierda. Tenía la pistola en la funda, apretada bajo mi cadera derecha contra el fondo del río. Aquí había poca profundidad, menos de un metro en

ciertos lugares, muy poca agua para cubrirse cuando el francotirador comenzara a disparar. Pero eso no importaba. Todo intento de zambullirnos nos arrastraría río abajo, hacia los filamentos.

Vi que A. Bettik asía su roca ocho metros río abajo. Alzó el brazo izquierdo. Brotaba sangre del muñón. Hizo una mueca y vaciló al sentir el aguijonazo del dolor después del shock. «¿Los androides mueren como los humanos?» Ahuyenté ese pensamiento. Su sangre era muy roja.

Escruté los flujos de lava y los campos de roca buscando el destello del sol sobre metal. Pronto recibiríamos la bala o el rayo del francotirador. No lo oiríamos. Era una maravillosa emboscada, de manual. Y yo había caído como un incauto. Encontré la linterna láser, solté el saco y apreté el cilindro entre los dientes. Tanteando bajo el agua con la mano izquierda, me desabroché el cinturón, lo saqué del agua, indiqué a Aenea que cogiera la pistola con la mano libre.

Aferrándose de mi cuello con el brazo izquierdo, ella abrió la funda y extrajo la pistola. Yo sabía que ella nunca la usaría, pero ahora ya no importaba. Necesitaba el cinturón. Me puse el láser bajo la barbilla, sosteniéndolo mientras enderezaba el cinturón con la mano izquierda.

—¡Bettik! —grité.

El androide me miró con ojos doloridos.

—¡Ataja! —grité, arrojándole el cinturón de cuero. Con esa maniobra casi perdí la linterna, pero logré recobrarla con la mano izquierda.

El androide no podía apartar la mano derecha de la roca, y había perdido la izquierda, pero usó el muñón sangrante y el pecho para detener el cinturón. Había sido un tiro perfecto, mi única oportunidad.

—¡Kit médico! —expliqué—. ¡Torniquete, ya!

Creo que no me oyó, pero no era necesario. Apoyándose en la roca para que el agua no lo arrastrara, se puso el cinturón en el brazo izquierdo y ciñó la correa con los dientes. No había orificio en esa parte del cinturón, pero él lo ciñó con un tirón de la cabeza, le dio otra vuelta y lo volvió a anudar.

Yo había logrado encender la linterna láser. Puse el haz en dispersión máxima y lo proyecté por encima del río.

El cable era monofilamento, pero no superconductor. En tal caso no habría destellado como lo hizo. Una red de cables calientes relucía como rayos láser entrecruzados. A. Bettik había pasado flotando debajo de uno de ellos. Otros se sumergían en el agua a su izquierda y su derecha. Los primeros filamentos empezaban a un metro de los pies de Aenea.

Moví el haz a izquierda y derecha. Nada relucía allí. Los cables que había encima de A. Bettik relucieron unos segundos al disipar el calor y desaparecieron como si nunca hubieran existido. Moví nuevamente el láser, alumbrándolos de nuevo, angosté

el haz. El filamento al que apunté destelló pero no se derritió. No era superconductor, pero no se derretiría con la baja energía que podía dirigirle con una linterna láser.

«¿Dónde está el francotirador?» Quizá sólo fuera una trampa pasiva. Viejo truco. Nadie al acecho.

No lo creí ni por un segundo. Noté que A. Bettik perdía su contacto con la roca a medida que lo empujaba la corriente.

—Mierda —dije. Calzándome el láser en la cintura, aferré a Aenea con el brazo izquierdo—. Agárrate.

Con el brazo derecho trepé a la resbaladiza roca. Tenía forma triangular y era muy lisa. Afirmando el cuerpo contra la corriente, subí a Aenea. La corriente me molía a puñetazos.

—¿Puedes sostenerte? —pregunté.

—Sí.

Aenea tenía la cara blanca, el pelo pegado a la coronilla. Vi raspones en su mejilla y su sien, y una magulladura cerca de la barbilla, pero ninguna otra lesión.

Le palmeé el hombro, me cercioré de que estuviera bien sujeta y me solté. Corriente abajo vi la balsa hecha trizas, rodando en la curva de aguas blancas junto a los peñascos de lava.

Rebotando en el fondo, abofeteado por la corriente, logré llegar a la roca de A. Bettik sin golpear al androide.

Lo sujeté, notando que las filosas rocas y la corriente le habían desgarrado la camisa. Manaba sangre de varios raspones de su piel azul, pero yo quería ver su brazo izquierdo. Gimió cuando le alcé el brazo.

El torniquete ayudaba a detener la hemorragia, pero no lo suficiente. Estrías rojas rodaban en el agua. Pensé en los tiburones arco iris de Mare Infinitus y tirité.

—Vamos —dije, alzándolo, apartando su mano fría de la roca—. Larguémonos de aquí.

El agua me llegaba a la cintura cuando me levanté, pero tenía la potencia de varias mangueras de bomberos. A pesar del shock y la hemorragia, A. Bettik me ayudó. Nuestras botas rasparon las cortantes piedras del fondo del río.

«¿Dónde está el rayo del francotirador?» Me dolían los hombros de la tensión.

La ribera más próxima estaba a la derecha, una extensión plana y herbosa que era el único sitio accesible. Invitaba a ir allí.

Una invitación demasiado evidente.

Además, Aenea aún se aferraba a la roca ocho metros corriente arriba.

Con el brazo bueno de A. Bettik sobre el hombro, avancé corriente arriba, tambaleando, nadando, gateando mientras el agua nos pegaba y nos salpicaba. Yo estaba medio ciego cuando llegamos a la roca de Aenea. La niña tenía los dedos blancos de frío y nerviosismo.

—¡La orilla! —gritó ella mientras la ayudaba a incorporarse. Caímos en un pozo y la corriente le pegó en el pecho y el cuello, cubriéndole la cara de espuma blanca.

Sacudí la cabeza.

—¡Río arriba! —grité, y los tres nos internamos en la espumosa corriente. Sólo mi fuerza maniática nos mantuvo en pie y en movimiento. Cada vez que la corriente amenazaba con tumbarnos, yo me imaginaba tan sólido como el Arbolmundo que antaño se erguía al sur, hundiendo sus raíces en el cauce rocoso. Había un tronco caído a veinte metros, sobre la orilla derecha. Si podíamos refugiarnos detrás de él... Tenía que aplicar el torniquete del kit médico en el brazo de A. Bettik dentro de pocos minutos, pues de lo contrario él moriría. Si intentábamos detenernos en el río, la corriente podía arrastrar el kit, el saco y todo lo demás. Pero no quería permanecer expuesto en esa acogedora ribera herbosa...

«Monofilamentos.» Saqué la linterna láser y alumbré el aire. No había cables. Pero podían estar debajo del agua, acechando para cortarnos los tobillos.

Tratando de calmar mi imaginación, los guié río arriba. La linterna láser se me resbalaba. A. Bettik me aferraba el hombro con menos fuerza. Aenea me aferraba el brazo izquierdo como si yo fuera su única salvación. Era su única salvación.

Habíamos avanzado menos de diez metros cuando las aguas estallaron delante. Tambaleé. La cabeza de Aenea se hundió y la levanté, aferrándole la camisa empapada con dedos frenéticos. A. Bettik cayó contra mí.

El Alcaudón emergió del río, los ojos rojos y llameantes, alzando los brazos.

—¡Mierda! —gritó uno de nosotros. O quizá los tres.

Giramos, mirando por encima del hombro, mientras sus dedos acerados hendían el aire.

A. Bettik cayó. Le cogí la axila y lo levanté. La tentación de sucumbir a la corriente y dejarse arrastrar río abajo era muy grande. Aenea tropezó, se incorporó, señaló la orilla derecha. Asentí y fuimos en esa dirección.

A nuestras espaldas, el Alcaudón se erguía en medio del río, agitando los brazos como colas de un escorpión de metal. Cuando miré de nuevo, había desaparecido.

Caímos varias veces antes de que mis pies sintieran lodo en vez de roca. Empujé a Aenea a la orilla, ayudé a A. Bettik a tenderse en la hierba. El río aún rugía contra mi cintura. Sin salir del agua, arrojé el saco sobre la hierba.

—El kit médico —jadeé, tratando de salir. Apenas podía mover los brazos. Tenía el torso entumecido por el agua helada.

Los dedos de Aenea también estaban fríos. Le costó sacar el torniquete del pak médico, pero lo consiguió. A. Bettik estaba inconsciente cuando ella le colocó los paños de diagnóstico, desanudó mi cinturón de cuero y rodeó el brazo mutilado con la manga. La manga se ciñó con un siseo, y siseó de nuevo cuando le inyectó un analgésico o estimulante. Las luces del monitor parpadearon.

Probé de nuevo, logré encaramarme a la orilla, salir del río. Me castañeteaban los dientes.

—¿Dónde está la pistola? —le pregunté a Aenea. Ella sacudió la cabeza. También le castañeteaban los dientes.

—La perdí cuando apareció el Alcaudón.

Apenas atiné a asentir. El río estaba vacío.

—Tal vez se haya ido —dije, apretando los dientes.

¿Dónde estaba la manta térmica? El río se la había llevado. Habíamos perdido todo lo que no estaba en mi saco.

Erguí la cabeza, miré río abajo. El poniente iluminaba las copas de los árboles, pero las sombras ya cubrían el desfiladero. Una mujer caminaba hacia nosotros por las rocas de lava.

Alcé la linterna láser y seleccioné HAZ ANGOSTO.

—No usarás eso contra mí, ¿verdad? —preguntó la mujer con tono burlón.

Aenea dejó de mirar el monitor médico para volverse hacia la mujer. La mujer usaba un uniforme negro y carmesí que yo no conocía. Era de baja estatura, tenía cabello corto y oscuro, rostro pálido en la luz evanescente. Parecía tener huesos de fibrocarbono encastrados en la despellejada mano derecha.

Aenea se puso a temblar, pero no era miedo sino una emoción más profunda.

Entornó los ojos, y en ese momento la expresión de la niña me pareció entre salvaje y temeraria. Apretó los puños.

La mujer se echó a reír.

—No sé por qué, pero esperaba algo más interesante —dijo, saltando de la roca a la hierba.

55

Ha sido una tarde larga y aburrida para Nemes. Ha dormido unas horas, despertando cuando sintió la distorsión de desplazamiento, al activarse el portal quince kilómetros río arriba. Sube unos metros, se oculta detrás de unas rocas, espera el próximo acto.

El próximo acto es dramático. Ve los forcejeos en medio del río, el torpe rescate del hombre artificial —«hombre artificial menos brazo artificial», corrige— y luego, con cierto interés, la extraña aparición del Alcaudón. Sabía que el Alcaudón estaba en las inmediaciones, pues los temblores de desplazamiento que causa al atravesar el continuo no son tan diferentes de la apertura del portal. Incluso ha pasado a tiempo rápido para ver cómo el monstruo se mete en el río y asusta a los humanos. Eso le divierte. ¿Qué hace esa criatura obsoleta? ¿Impide que los humanos caigan en la trampa de las tijeretas o los arrea hacia ella como un buen perro pastor? Nemes sabe que la respuesta depende de qué poderes hayan enviado al monstruo en esta misión. Pero no tiene importancia. En el Núcleo se piensa que una iteración temprana de la IM creó y envió el Alcaudón hacia atrás en el tiempo. Se sabe que el Alcaudón ha fracasado y que será derrotado nuevamente en las futuras luchas entre la floreciente IM humana y el Dios Máquina. Fuera como fuese, el Alcaudón es un fracaso, una nota al pie en este viaje. Nemes sólo estudia a la criatura con la vaga esperanza de que resulte ser un adversario interesante.

Observando a los humanos exhaustos y al comatoso androide tendido en la hierba, se aburre de su pasividad. Metiéndose el saco de especímenes en el cinturón e insertándose en la muñeca la tarjeta de la trampa esfinge, baja por la roca.

El joven Raul está arrodillado, ajustando un láser de baja potencia. Nemes no puede contener una sonrisa.

—No usarás eso contra mí, ¿verdad?

El hombre no responde. Alza el láser. Si lo usa, en un intento de encandilarla, Nemes pasará a fase rápida y se lo meterá en el colon hasta el intestino, sin apagar el rayo.

Aenea la mira por primera vez. Nemes entiende por qué el Núcleo teme el potencial de esta joven humana. Elementos de acceso del Vacío Que Vincula titilan en torno de la niña como electricidad estática. También advierte que a la niña le faltan años para usar ese potencial. Tanto revuelo y alharaca han sido en vano. La niña humana no sólo es inmadura en el uso de poderes, sino que ignora para qué sirven.

Nemes temía que la niña planteara un problema en sus segundos finales, conectándose con una interfaz del Vacío y creando dificultades. Reconoce que su preocupación era un error. Extrañamente, esto la decepciona.

—No sé por qué, pero esperaba algo más interesante —dice, avanzando otro paso.

—¿Qué quieres? —pregunta el joven Raul, incorporándose. Nemes comprende que el joven está agotado después de rescatar a sus amigos.

—No quiero nada de ti. Ni de tu moribundo amigo azul. En cuanto a Aenea, sólo necesito unos segundos de conversación. —Nemes señala la arboleda donde ha colocado las minas—. ¿Por qué no te llevas a tu gólem hacia los árboles y esperas a que la niña se reúna contigo? Hablaremos en privado, y luego será tuya. —Avanza otro paso.

—No te acerques —dice Raul, alzando la linterna láser.

Nemes se cubre con las manos como si tuviera miedo.

—Oye, socio, no dispares —dice. Nemes no se preocuparía ni aunque el láser tuviera diez mil veces más amperaje.

—No te acerques —repite Raul, el pulgar en el gatillo. Apunta el láser de juguete a los ojos de Nemes.

—De acuerdo —dice Nemes. Retrocede un paso. Y cambia de fase, convirtiéndose en una reluciente figura de cromo.

—¡Raul! —exclama Aenea.

Nemes está aburrida. Pasa a tiempo rápido. El cuadro que ve frente a ella está congelado. Aenea abre la boca, todavía hablando, pero las vibraciones del aire no se mueven. El torrentoso río está petrificado, como en una fotografía tomada con una imposible velocidad de obturador. Gotas de espuma cuelgan en el aire. Otra gota cuelga a un milímetro de la barbilla de Raul.

Nemes se acerca y le arrebata el láser. Siente la tentación de obedecer su impulso inicial y luego pasar a tiempo lento para observar la reacción de todos, pero ve a Aenea por el rabillo del ojo —la niña aún aprieta los puños— y recuerda que tiene una tarea que cumplir antes de su diversión. Anula la capa mórfica de cambio de fase el tiempo suficiente para extraer el saco de especímenes del cinturón y luego cambia de nuevo. Camina hacia la niña acuclillada, sostiene el saco abierto como un cesto bajo la barbilla de la niña y endurece el canto de la mano derecha y el antebrazo en una hoja cortante.

Sonríe tras la máscara de cromo.

—Hasta pronto... pequeña —dice. Había escuchado la conversación de todos cuando el terceto estaba kilómetros río arriba.

Baja el filoso antebrazo en un arco mortífero.

—¿Qué diablos está ocurriendo? —grita el cabo Kee—. No veo.

—Silencio —ordena De Soya. Ambos escudriñan los monitores desde sus sillas de mando.

—Nemes se volvió... metálica —jadea Kee, reproduciendo el vídeo en una caja de inserción mientras observa la confusa escena—. Y luego desapareció.

—El radar no la muestra —dice De Soya, pulsando varias modalidades sensoras—. No hay infrarrojo... aunque la temperatura ambiente se ha elevado diez grados centígrados en la región inmediata. Mucha ionización.

—¿Tormenta local? —sugiere Kee, desconcertado. Antes de que De Soya pueda responder, Kee señala el monitor—. ¿Y ahora qué? La niña ha caído. Algo sucede con ese joven...

—Raul Endymion —dice De Soya, afinando la recepción de vídeo. El calor creciente y la turbulencia atmosférica borronean la imagen a pesar de los esfuerzos del ordenador para estabilizarla. *Rafael* está sólo doscientos ochenta kilómetros sobre el hipotético nivel del mar de Bosquecillo de Dios, demasiado bajo para una órbita geosincrónica, pero tan bajo como para que la nave tema que la expansión de la atmósfera se sume al calentamiento molecular que la nave encuentra.

El padre capitán De Soya ha visto suficiente como para tomar una decisión.

—Desvía toda energía de las funciones de la nave y reduce el soporte vital a niveles mínimos —ordena—. Lleva el núcleo de fusión a ciento quince por ciento y elimina los campos de deflexión delanteros. Cambia la energía a uso táctico.

—No sería aconsejable... —dice la nave.

—Anula respuestas por voz y protocolos de seguridad —ruge De Soya—. Código delta-nueve-nueve-dos-cero. Prioridad disco papal, ya. Confirmación de lectura.

Columnas de datos llenan los monitores encima de la imagen fluctuante del suelo.

Kee mira boquiabierto.

—Santo Jesús —susurra el cabo—. Por Dios.

—Sí —susurra De Soya, mientras la potencia de todos los sistemas cae por debajo de las líneas rojas, excepto en monitoreo visual y espacio táctico.

En la superficie comienzan las explosiones.

A estas alturas tuve tiempo suficiente para tener un eco retinal de la mujer convertida en un borrón plateado. Parpadeé, y la linterna láser se me escurrió entre los dedos. El aire se estaba recalentando. A ambos lados de Aenea el aire se enturbió y apareció una turbulenta figura de cromo —seis brazos, cuatro piernas, filos giratorios— y yo salté hacia la niña, sabiendo que no podría llegar a tiempo, pero —asombrosamente— llegando a tiempo para apartarla del estallido de aire caliente y movimiento borroso.

La alarma del kit médico chirrió como uñas en una pizarra. Estábamos perdiendo a A. Bettik. Cubrí a Aenea con el cuerpo y la arrastré hacia A. Bettik. Entonces comenzaron las explosiones en los bosques.

Nemes mueve el brazo, pensando que no sentirá nada cuando el canto rebane

músculos y vértebras, y se sorprende del violento contacto. Mira hacia abajo. Dos manos cortantes como escalpelos detienen su mano en fase. La mole del Alcaudón se aproxima, el filoso torso casi sobre el rostro de la niña petrificada. Los rojos ojos de la criatura relucen.

Nemes se sobresalta y se irrita, pero no se alarma. Aparta la mano y salta hacia atrás.

El cuadro es tal como un segundo antes: el río congelado, la mano vacía de Raul Endymion tendida como si apretara el gatillo del láser, el androide agonizando en el suelo. Sólo que ahora la mole del Alcaudón arroja su sombra sobre la niña.

Nemes sonríe tras su máscara de cromo. Se había concentrado en el cuello de la niña y no había reparado en esa torpe criatura que se le aproximaba en tiempo rápido. No cometerá de nuevo ese error.

—¿La quieres? —dice—. ¿También te han enviado a matarla? Adelante... siempre que me des la cabeza.

El Alcaudón echa los brazos hacia atrás y se adelanta. Sus espinos pasan a menos de un centímetro de los ojos de Aenea. Separando las piernas, el Alcaudón se planta entre Nemes y Aenea.

—Ah —dice Nemes—, no la quieres. Entonces la recobraré.

Nemes se mueve a más velocidad que en tiempo rápido, una finta a la izquierda, un círculo a la derecha, una agachada. Si el espacio que la rodea no estuviera distorsionado por el desplazamiento, varias explosiones habrían arrasado todo en kilómetros a la redonda.

El Alcaudón frena el golpe, saltan chispas del cromo, el relámpago se descarga en tierra. La criatura apuñala el aire donde Nemes estaba un nanosegundo antes. Ella se acerca por detrás, lanzando un puntapié que arrancará el corazón de la niña por el pecho.

El Alcaudón desvía el puntapié y tumba a Nemes. La silueta cromada de la mujer vuela treinta metros hacia los árboles, derribando ramas y troncos que quedan colgando en el aire. El Alcaudón la persigue en tiempo rápido.

Nemes choca contra una roca y queda hundida cinco centímetros en la piedra. Detecta que el Alcaudón pasa a tiempo lento mientras vuela hacia ella, e imita el desplazamiento. Los árboles crujen, se parten y estallan en llamas. Las minas no detectan palpitaciones ni respiración, pero sienten una presión y saltan hacia ella. Cientos estallan en una reacción en cadena que impulsa a Nemes hacia el Alcaudón como si ambos fueran mitades de una vieja bomba de implosión de uranio.

El Alcaudón tiene una larga hoja curva en el pecho. Nemes conoce todas las historias acerca de las víctimas que la criatura ha empalado y arrastrado para clavarlas en los largos espinos de su Árbol del Dolor. No le impresiona. Mientras los dos son arrastrados por las explosiones, el campo de desplazamiento de Nemes curva

la espina del pecho del Alcaudón sobre sí misma. La criatura abre sus mandíbulas y ruge en ultrasónico. Nemes le hunde un puntiagudo antebrazo en el cuello y lo empuja quince metros hacia el río.

Ignora al Alcaudón y se vuelve hacia Aenea y los demás. Raul se ha arrojado sobre la niña. «Conmovedor», piensa Nemes, y pasa a tiempo rápido, congelando aun las ondeantes nubes de llamas anaranjadas que se propagan desde donde ella se yergue, en el corazón de la explosión.

Atraviesa la pared semisólida de la onda de choque y echa a correr hacia la niña y su amigo. Los decapitará a ambos, guardando la cabeza del joven como recuerdo una vez que entregue la de la niña.

Nemes está a un metro de esa mocosa cuando el Alcaudón emerge de la nube de humo que es el río y ataca por la izquierda, desviando la estocada. Nemes y el Alcaudón ruedan alejándose del río, girando sobre césped y piedra y partiendo árboles hasta estrellarse contra otra pared de roca. El caparazón del Alcaudón chispea mientras la bestia abre las mandíbulas para cerrarlas sobre la garganta de Nemes.

—¿Bromeas? —jadea ella. Ser masticada por un obsoleto viajero del tiempo no figura en sus planes de hoy. Nemes transforma su mano en navaja y la hunde en el tórax del Alcaudón mientras las filas de dientes arrancan chispas a su garganta protegida. Nemes sonríe al sentir que los cuatro dedos de su mano penetran en el blindaje. Coge un puñado de entrañas y tironea, esperando arrancar los repugnantes órganos que mantienen con vida a la bestia, pero sólo extrae un puñado de tendones filosos y astillas de caparazón. Pero el Alcaudón se tambalea, agitando los cuatro brazos como guadañas. Las macizas mandíbulas aún se mueven como si la criatura no pudiera creer que no está masticando trozos de su víctima.

—¡Vamos! —dice Nemes, acercándose a la cosa—. ¡Vamos!

Quiere destruirla. Tiene la sangre caliente, como dirían los humanos, pero todavía conserva suficiente calma como para saber que éste no es su propósito. Sólo tiene que distraer o incapacitar a la bestia hasta que pueda decapitar a la niña humana. Luego el Alcaudón perderá importancia. Tal vez Nemes y su especie lo conserven en un museo para cazarlo cuando estén aburridos.

—Vamos —insiste, avanzando otro paso.

La criatura está lastimada y sale de tiempo rápido sin bajar los campos de desplazamiento que la rodean. Nemes podría haberla destruido, salvo por el campo de desplazamiento; si Nemes se aleja ahora, el Alcaudón puede volver a tiempo rápido a sus espaldas. Nemes pasa a tiempo lento, complacida de conservar la energía.

—Cielos —grité, aún echado sobre Aenea. Ella miraba desde el círculo protector de mi brazo.

Todo sucedía al mismo tiempo. La alarma del kit de A. Bettik chirriaba, el aire

estaba caliente como un horno de fundición, el bosque estallaba en llamas y ruido, las astillas de los árboles que el vapor súper caliente hacía estallar llenaban el aire. El río hizo erupción en un géiser de vapor, y de pronto el Alcaudón y una silueta humana cromada se lanzaban tajos a tres metros de nosotros.

Aenea ignoró el jaleo y abandonó el refugio de mi cuerpo arrastrándose hacia A. Bettik por el suelo lodoso. La seguí, observando los borrones cromados que se atacaban y chocaban. La electricidad estática brotaba de ambas formas, saltando a las rocas y al suelo roturado.

—¡Respiración artificial! —exclamó la niña, y empezó a administrársela a A. Bettik. Salté al otro lado y leí las indicaciones del kit. El androide no respiraba. Su corazón se había detenido medio minuto antes. Demasiada pérdida de sangre.

Una mancha plateada y puntiaguda se lanzó hacia la espalda de Aenea. Intenté alejar a la niña, pero antes de que yo pudiera tocarla otra forma metálica interceptó a la primera y el aire estalló con el chirrido de metal contra metal.

—¡Déjame a mí! —le grité a Aenea, apartándola del androide, tratando de mantenerla detrás de mí mientras intentaba resucitarlo. Las luces del kit médico indicaron que la sangre volvía al cerebro de A. Bettik. Sus pulmones recibían y expulsaban aire, aunque no sin nuestra ayuda. Continué el movimiento, mirando por encima del hombro mientras las dos siluetas chocaban, rodaban y se estrellaban a gran velocidad. El aire apestaba a ozono. Los rescoldos del bosque en llamas formaban remolinos y las nubes de vapor formaban volutas susurrantes.

—El año próximo —gritó Aenea por encima del estrépito— iremos de vacaciones a otra parte.

Erguí la cabeza, pensando que se había vuelto loca. Ojos desorbitados pero no desquiciados, fue mi diagnóstico. La alarma del kit chilló, y continué con la respiración.

Una implosión estalló a nuestras espaldas, muy audible por encima del crepitar de las llamas, el siseo del vapor y el choque de las superficies metálicas. Miré por encima del hombro, sin dejar de atender a A. Bettik.

Una sola silueta de cromo se erguía en el aire chispeante. La superficie metálica onduló y desapareció. Allí estaba la mujer de la roca. No tenía el cabello desordenado ni mostraba signos de fatiga.

—Bien —dijo—, ¿dónde estábamos?

Se aproximó sin prisa.

En esos últimos segundos de la batalla no resultó fácil insertar la trampa esfinge. Nemes está usando todas sus energías para desviar las chirriantes hojas del Alcaudón. Es como luchar contra aspas giratorias. Nemes ha estado en mundos donde usaban aeronaves con propulsión de hélice. Dos siglos antes mató al cónsul de la Hegemonía

en uno de esos mundos.

Ahora desvía esos brazos arremolinados sin apartar la vista de esos ojos relucientes. «Tu tiempo ha pasado», piensa mirando al Alcaudón, mientras los brazos y piernas de ambos chocan como guadañas invisibles dentro del campo de desplazamiento. Atravesando el campo menos focalizado de la criatura, coge una articulación del brazo superior y arranca espinas y hojas. El brazo cae, pero cinco escalpelos de la mano inferior le penetran el abdomen, tratando de destriparla a través del campo.

—No tan rápido —dice ella, haciendo trastabillar a la criatura.

El Alcaudón se tambalea, y en ese instante de vulnerabilidad ella saca la tarjeta esfinge de su muñeca, se la inserta en la palma de la mano —una pausa de cinco nanosegundos en su campo de desplazamiento— y la apoya en un pincho del cuello del Alcaudón.

—Eso es todo —grita Nemes saltando hacia atrás, pasando a tiempo rápido para impedir que el Alcaudón se saque la tarjeta, y pensando en un círculo rojo para activarla.

Retrocede aún más mientras el campo hiperentrópico se activa con un zumbido y envía al monstruo cinco minutos hacia el futuro. No podrá regresar mientras exista el campo. Rhadamanth Nemes sale de tiempo rápido y desactiva el campo. La brisa —recalentada y cubierta de brasas— le resulta deliciosamente refrescante.

—Bien —dice, disfrutando de la expresión de esos dos pares de ojos humanos—, ¿dónde estábamos?

—¡Hágalo! —grita el cabo Kee.

—No puedo —dice De Soya desde los controles. Apoya el dedo en el omnicontrol táctico—. Agua. Explosión de vapor. Los mataría a todos.

Los tableros del *Rafael* muestran que ha desviado cada erg de energía, pero no sirve de nada.

Kee se acomoda el micrófono, pone la sintonía en todos los canales y transmite en haz angosto, asegurándose de que la retícula apunte hacia el hombre y la niña, no hacia la mujer.

—No servirá de nada —dice De Soya. Nunca ha sentido tanta frustración.

—Rocas —grita Kee por el micrófono— ¡Rocas!

Yo estaba de pie, con Aenea a mis espaldas, lamentando no tener la pistola, el láser, nada, mientras la mujer se acercaba. El rifle de plasma todavía estaba en el saco hermético cerca de la orilla. Sólo tenía que saltar, abrir el saco, quitar el seguro, abrir la culata plegable, apuntar y disparar. No creía que esa mujer sonriente me diera

tiempo. Tampoco creía que Aenea estuviera viva cuando yo atinara a disparar.

En ese momento el estúpido comlog comenzó a vibrar contra mi piel como uno de esos antiguos relojes de alarma sin sonido. Lo ignoré. El comlog me clavó agujas diminutas en la muñeca. Me acerqué ese tonto objeto a la oreja.

—A las rocas —me susurró—. Coge a la muchacha y corre a las rocas de lava.

Nada tenía sentido. Miré a A. Bettik, los indicadores que pasaban de verde a amarillo, y empecé a retroceder, interponiéndome entre la mujer y Aenea.

—Vaya, vaya —dijo la mujer—. Eso no está bien. Aenea, si vienes aquí, tu amiguito sobrevivirá. Tu falso hombre azul también puede vivir, si tu amigo logra salvarlo.

Eché un vistazo a Aenea, temiendo que aceptara el ofrecimiento. Ella me aferró el brazo. Sus ojos mostraban una terrible intensidad, pero no temor.

—Todo saldrá bien, pequeña —le susurré, siempre moviéndome hacia la izquierda. A nuestras espaldas estaba el río. Cinco metros a la izquierda comenzaban las rocas de lava.

La mujer se movió a la derecha, cerrándonos el paso.

—Esto se está demorando demasiado —murmuró—. Sólo me quedan cuatro minutos. Mucho, mucho tiempo. Una eternidad.

—Vamos. —Cogí la muñeca de Aenea y corrí hacia las rocas. No tenía ningún plan. Sólo tenía esas palabras descabelladas dichas en una voz que no era la del comlog.

No llegamos a las rocas de lava. Hubo un estallido de aire caliente y la silueta cromada de la mujer apareció ante nosotros, de pie en la roca negra.

—Adiós, Raul Endymion —dijo la máscara de cromo, alzando el brazo de metal titilante.

El borbotón de calor me quemó las cejas y la camisa. La niña y yo caímos hacia atrás. Chocamos contra el suelo y echamos a rodar, alejándonos del insoportable calor. Aenea tenía el cabello chamuscado, y se lo froté para que no se encendiera.

El kit de A. Bettik seguía protestando, pero el rugido del aire supercalentado ahogaba el ruido. Vi que la manga de mi camisa humeaba, y me la arranqué antes de que se encendiera. Aenea y yo dimos la espalda al calor y nos alejamos a rastras. Era como estar en el borde de un volcán.

Cogimos a A. Bettik, lo llevamos a la orilla, nos zambullimos en la corriente humeante. Procuré mantener la cabeza del inconsciente androide encima del agua mientras procurábamos que la corriente no nos arrastrase. Por encima de la superficie el aire era respirable.

Sintiendo las ampollas que se formaban en mi frente, sin saber aún que me faltaban las cejas y mechones de cabello, erguí la cabeza para mirar.

La silueta de cromo estaba en el centro de un círculo de luz anaranjada que se

extendía hasta el cielo y desaparecía en un punto infinito, a cientos de kilómetros de altura. El haz de energía sólida rasgaba la atmósfera haciendo ondear el aire.

La metálica silueta trató de venir hacia nosotros, pero el rayo de alta energía ejercía demasiada presión. Aun así resistía, y el campo de cromo se puso rojo, verde, blanco. Pero resistía, alzando el puño hacia el cielo. Bajo sus pies la roca de lava hirvió, se enrojeció, se derritió. Hilillos de lava cayeron en el río a diez metros de nosotros, y las nubes de vapor se elevaron con un estruendoso zumbido. Admito que en ese momento pensé, por primera vez en mi vida, en volverme religioso.

La figura cromada pareció vislumbrar el peligro segundos antes de que fuera demasiado tarde. Desapareció, reapareció como un borrón —alzando el puño hacia el cielo—, desapareció, reapareció por última vez y se hundió en la lava que instantes antes era roca sólida.

El rayo continuó un minuto más. Yo ya no podía mirarlo directamente, y el calor me estaba quemando la piel de las mejillas. Apreté la cara contra el fresco lodo y retuve a A. Bettik y la niña contra la orilla mientras la corriente trataba de arrastrarnos hacia el vapor, la lava y los microfilamentos.

Miré por última vez, vi que el puño cromado se hundía bajo la superficie de lava, y al fin el campo pareció partirse en colores y se apagó. La lava empezó a enfriarse de inmediato. Cuando saqué a Aenea y A. Bettik del agua e iniciamos de nuevo la respiración artificial, la roca se estaba solidificando y sólo quedaban unos riachos líquidos. Copos de roca fría flotaban en el aire caliente, sumándose a las brasas del incendio forestal que aún aullaba a nuestras espaldas. La mujer de cromo no estaba a la vista.

Asombrosamente, el kit médico aún funcionaba. Las luces pasaron de rojo a amarillo cuando hicimos circular la sangre de A. Bettik hasta el cerebro y las extremidades y le insuflamos vida. La manga del torniquete estaba ceñida. Cuando pareció estabilizarse, miré a la niña.

—¿Y ahora qué? —dije.

Oímos una implosión de aire a nuestras espaldas, y al volverme vi que el Alcaudón regresaba con un relampagueo.

—Santo cielo —mascullé.

Aenea sacudió la cabeza. Vi las ampollas que el calor le había hecho en los labios y la frente. Tenía el cabello chamuscado, y su camisa era un trapo hollinoso. Aparte de eso, parecía estar bien.

—No —dijo—, no temas.

Yo me había puesto de pie para buscar el rifle de plasma en el saco impermeable. Era inútil. Estaba demasiado cerca del haz de energía. La cubierta del gatillo estaba derretida y los elementos plásticos de la culata se habían fusionado con el cañón de metal. Era un milagro que los cartuchos de plasma no hubieran estallado,

vaporizándonos. Solté el saco y enfrenté al Alcaudón apretando los puños. «Que me liquide de una vez, maldición.»

—No temas —repitió Aenea—, no hará nada. Todo está bien.

Nos agazapamos junto a A. Bettik. El androide movió las pestañas.

—¿Me perdí algo? —jadeó.

No nos reímos. Aenea tocó la mejilla del hombre azul y me miró. El Alcaudón se quedó donde había aparecido mientras las brasas flotaban junto a sus ojos rojos y el hollín se asentaba sobre su caparazón.

A. Bettik cerró los ojos, los indicadores parpadearon.

—Debemos ayudarlo —le susurré a Aenea—. De lo contrario lo perderemos.

Ella asintió. Pensé que me había respondido algo, pero no era su voz la que hablaba.

Alcé el brazo izquierdo, ignorando la camisa harapienta y las cuñas rojas. Todo el vello de mi brazo estaba quemado.

Ambos escuchamos. El comlog hablaba con una voz conocida.

56

El padre capitán De Soya se sorprende cuando al fin le responden por la banda común. No creía que ese comlog arcaico pudiera transmitir por haz angosto. Hay incluso una proyección visual, la borrosa imagen holográfica de dos rostros ahumados y hollinosos.

El cabo Kee mira a De Soya.

—Que me cuelguen, padre.

—Lo mismo digo —responde De Soya, y se dirige a esos dos rostros—. Soy el padre capitán De Soya, a bordo de la nave *Rafael* de Pax...

—Lo recuerdo —dice la niña.

De Soya comprende que la nave está emitiendo holoimágenes y que ellos pueden verlo, sin duda un rostro fantasmal en miniatura sobre un cuello romano, todo flotando sobre el comlog que el joven lleva en la muñeca.

—Yo también te recuerdo —dice De Soya. Ha sido una larga búsqueda. Mira los ojos oscuros, la piel pálida bajo el hollín y las quemaduras superficiales. Tan cerca.

—¿Quién es? —pregunta la imagen de Raul Endymion—. ¿Qué era esa cosa?

—No lo sé —dice el padre capitán De Soya—. Su nombre era Rhadamanth Nemes. Nos la asignaron hace unos días. Dijo que formaba parte de una nueva legión que están entrenando. —Se interrumpe. Todo esto es clasificado. Está hablando con el enemigo. Mira al cabo Kee. En la leve sonrisa del cabo ve reflejada la situación de ambos. De todos modos son hombres condenados—. Decía formar parte de una nueva legión de guerreros de Pax, pero no creo que fuera cierto. No creo que fuera humana.

—Amén —dice Raul Endymion. Aparta los ojos del comlog—. Nuestro amigo se está muriendo, padre capitán De Soya. ¿Puede hacer algo para ayudarle?

El sacerdote niega con la cabeza.

—No podemos bajar. Esa criatura se adueñó de nuestra nave de descenso y anuló el piloto automático remoto. Ni siquiera logramos que la radio responda. Pero si logran llegar a ella, tiene un autocirujano.

—¿Dónde está? —pregunta la niña.

El cabo Kee aparece en el campo de la imagen.

—Nuestro radar indica que está un kilómetro y medio al sureste de ustedes. En los cerros. Tiene camuflaje, pero podrán encontrarla. Los guiaremos hasta allá.

—La voz del comlog era usted —dice Raul Endymion—. Diciéndonos que fuéramos hacia las rocas.

—Sí —dice Kee—. Habíamos desviado toda la energía de la nave hacia el sistema de control de fuego táctico, y podíamos lanzar ochenta gigavatios a través de la atmósfera. Pero el agua del suelo se habría convertido en vapor y los habría matado

a todos. Las rocas parecían lo más seguro.

—Ella se nos adelantó —dice Raul con una sonrisa pícara.

—Esa era la idea —responde el cabo Kee.

—Gracias —dice Aenea.

Kee asiente con embarazo, y se aleja con rapidez del campo de la imagen.

—Como dijo el buen cabo —continúa el padre capitán De Soya—, los ayudaremos a llegar a la nave.

—¿Por qué? —dice la borrosa imagen de Raul—. ¿Y por qué mataron a su propia criatura?

—No era mi criatura —responde De Soya.

—De la Iglesia, entonces —insiste Raul—. ¿Por qué?

—Espero que no fuera la criatura de la Iglesia —murmura De Soya—. Si lo era, mi Iglesia se ha convertido en el monstruo.

Hay un silencio sólo interrumpido por el siseo del haz angosto.

—Será mejor que emprendan la marcha —dice De Soya—. Está oscureciendo.

Las dos caras de la holoimagen miran en torno cómicamente, como si hubieran olvidado dónde están.

—Sí —dice Raul— y ese rayo de energía derritió mi lámpara de mano.

—Podría alumbrarle el camino —dice De Soya sin sonreír—, pero tendría que reactivar el sistema de armas.

—No importa. Nos las apañaremos. Apagaré la imagen, pero mantendré abierto el canal de audio hasta que lleguemos a la nave de descenso.

57

Tardamos más de dos horas en recorrer ese kilómetro y medio. Los cerros de lava eran muy escabrosos. Habría sido fácil romperse un tobillo en esas grietas y fisuras, aun sin llevar a A. Bettik sobre mi espalda. Estaba muy oscuro —ahora había nubes que tapaban las estrellas— y creo que no habríamos llegado si Aenea no hubiera encontrado la linterna láser en la hierba cuando empacábamos para irnos.

—¿Cómo demonios llegó allí?—dije.

Recordaba que había intentado disparar el láser contra los ojos de esa mujer y de repente había desaparecido. «Bien —pensé—, qué diablos.» Había sido un día de misterios. Nos marchamos con un último misterio a nuestras espaldas: la silenciosa silueta del Alcaudón, inmóvil en el mismo sitio donde había reaparecido. No intentó seguirnos.

Con Aenea precediendo la marcha con la linterna, avanzamos por la negra roca y la blanda ceniza. Habríamos llegado en la mitad del tiempo si A. Bettik no hubiera requerido tratamiento constante.

El kit médico había agotado su modesta provisión de antibióticos, estimulantes, analgésicos, plasma y goteo intravenoso. A. Bettik estaba con vida gracias al kit, pero todavía requería atención. Había perdido demasiada sangre en el río; el torniquete lo había salvado, pero el cinturón no había estado suficientemente apretado como para detener la hemorragia. Le administrábamos respiración artificial cuando era necesario, para que la sangre siguiera llegando al cerebro, y nos deteníamos cuando las alarmas del kit protestaban. El comlog nos mantuvo comunicados con el cabo de Pax, y pensé que, aunque todo fuera un truco para capturar a Aenea, teníamos una inmensa deuda de gratitud con esos dos hombres. Mientras avanzábamos por la oscuridad, la linterna de Aenea alumbrando la lava negra y los esqueletos de los árboles muertos, temía que la mano cromada de esa mujer infernal surgiera de la roca y me cogiera el tobillo.

Encontramos la nave donde nos habían indicado. Aenea quiso subir por la escalerilla de metal, pero le cogí el pantalón raído y la obligué a bajar.

—No quiero que subas ahí, niña —le dije—. Dicen que no pueden operar por remoto, pero sólo contamos con la palabra de ellos. Si subes ahí y pueden elevarte, te habrán capturado.

Aenea se apoyó en la escalerilla. Nunca la había visto tan agotada.

—Confío en ellos —dijo.

—Sí, pero no pueden capturarte si no estás dentro. Quédate aquí mientras subo a A. Bettik y veo si hay un autocirujano.

Mientras subía por la escalerilla, tuve un pensamiento que me revolvió el estómago. ¿Y si la puerta de metal estaba cerrada y las llaves estaban en el bolsillo de

aquella mujer?

Había un disco luminoso.

—Seis-nueve-nueve-dos —dijo el cabo Kee por el comlog.

Tecleé los números y la puerta de la cámara se abrió. El autocirujano estaba allí y se activó con un toque. Deposité a mi amigo azul en el recinto acolchado, procurando no golpearle el muñón; me aseguré de que los paños de diagnóstico y las fajas de presión estuvieran bien colocados y cerré la tapa. Tuve la sensación de estar cerrando un ataúd.

Las lecturas no eran prometedoras, pero el cirujano se puso a trabajar. Miré el monitor un instante, hasta que noté que mi mirada se enturbiaba y me estaba durmiendo de pie. Frotándome las mejillas, regresé a la cámara abierta.

—Puedes subirte a la escalerilla, pequeña. Si la nave intenta despegar, salta.

Aenea se subió a la escalerilla y apagó la linterna láser. El autocirujano y la consola irradiaban luz.

—¿Y entonces qué? —dijo Aenea—. Yo salto y la nave parte contigo y A. Bettik. ¿Qué hago entonces?

—Te diriges al próximo portal teleyector —dije.

—No te culpamos por ser suspicaz —dijo el comlog, con la voz del padre capitán De Soya.

Sentado en la escotilla abierta mientras la brisa susurraba entre las ramas partidas, pregunté:

—¿Por qué este cambio de parecer y de planes, padre capitán? Usted vino a capturar a Aenea.

Recordé la persecución en el sistema de Parvati, su orden de disparar contra nosotros en Vector Renacimiento.

En vez de responder, el capitán sacerdote respondió:

—Tengo tu alfombra voladora, Raul Endymion.

—¿Sí? —suspiré. Traté de recordar dónde la había visto por última vez. Volando hacia la plataforma, en Mare Infinitus—. Qué pequeño es el universo —dije como si no importara. En verdad, habría dado cualquier cosa por tener la alfombra voladora en ese momento. Aenea se aferró a la escalerilla y prestó atención. De cuando en cuando ambos echábamos una ojeada para asegurarnos de que el autocirujano seguía trabajando.

—Sí —dijo el padre capitán De Soya—, y he aprendido a comprender un poco cómo pensáis, amigos míos. Quizás un día comprendáis cómo pienso yo.

—Quizá —dije. Yo no lo sabía entonces, pero un día sería literalmente cierto.

Su voz se volvió seca.

—Creemos que la cabo Nemes anuló el autopiloto remoto con una cancelación, pero no intentaremos convencerles de ello. Siéntanse en libertad de usar la nave para

continuar el viaje sin temor de que nosotros tratemos de capturar a Aenea.

—¿Y cómo lo sabremos? —dije.

Las quemaduras empezaban a doler. En cualquier momento encontraría la energía para revisar los armarios que había encima del autocirujano y averiguar si la nave tenía su propio kit médico. Sin duda lo tenía.

—Abandonaremos el sistema —dijo el padre capitán De Soya.

Miré hacia arriba.

—¿Cómo podemos estar seguros?

El comlog rió.

—Una nave que abandona el pozo de gravedad de un planeta usando potencia de fusión es bastante visible. Nuestro telescopio indica que en este momento hay poca nubosidad. Nos verán.

—Les veremos salir de órbita. ¿Cómo sabremos que han salido del sistema?

Aenea me cogió la muñeca y habló por el comlog.

—Padre, ¿adónde va?

Hubo un silencio.

—Regresamos a Pacem —dijo al fin De Soya—. Tenemos una de las tres naves más rápidas del universo, y mi amigo cabo y yo hemos pensado en dirigirnos a otra parte, pero a fin de cuentas ambos somos soldados. De la flota de Pax y del Ejército de Cristo. Regresaremos a Pacem y responderemos preguntas, nos enfrentaremos a lo que nos debamos enfrentar.

El Santo Oficio de la Inquisición había arrojado su fría sombra incluso en Hyperion. Tirité, y sólo por el frío viento que barría la pila de cenizas del Arbolmundo.

—Además —continuó De Soya—, tenemos aquí a un tercer camarada que no completó su resurrección. Debemos regresar a Pacem para brindarle atención médica.

Miré el zumbante autocirujano y —por primera vez en ese día interminable— creí que aquel sacerdote no era un enemigo.

—Padre De Soya —dijo Aenea, sin soltar mi muñeca—, ¿qué harán con usted? ¿Con todos ustedes?

De nuevo se oyó una risa en medio de la estática.

—Si tenemos suerte, nos ejecutarán y luego nos excomulgarán. En caso contrario, invertirán el orden de esos dos sucesos.

A Aenea no le hizo gracia.

—Padre capitán De Soya, cabo Kee, bajen y únanse a nosotros. Envíen la nave con su amigo, y reúnanse con nosotros para atravesar el próximo portal.

Esta vez el silencio se prolongó tanto que temí que la conexión se hubiera roto.

—Me siento tentado, mi joven amiga —murmuró al fin De Soya—. Algún día me encantaría viajar por teleyector, y, más aún, me encantaría conocerte. Pero somos

fieles siervos de la Iglesia, querida, y nuestros deberes están claros. Es nuestra esperanza que la aberración que era el cabo Nemes fuera un error. Debemos regresar si deseamos saberlo.

De pronto hubo un estallido de luz. Salté de la cámara de presión, y ambos vimos la azulada cola de fusión atravesando las nubes desperdigadas.

—Además de eso —dijo la voz de De Soya, tensa bajo la carga gravitatoria—, no podemos bajar sin la nave de descenso. La criatura Nemes destruyó los trajes de combate, de modo que ni siquiera podemos hacer un intento desesperado.

Desde el borde de la cámara, miramos cómo se alargaba la brillante cola de fusión. Parecía haber pasado una vida desde que habíamos volado en nuestra propia nave. Un pensamiento me sacudió como un puñetazo en el estómago. Alcé el comlog.

—Padre capitán, ¿Nemes ha muerto? Es decir, la vimos enterrada en lava fundida... ¿pero podría salir de allí?

—No tengo ni idea —dijo el padre capitán De Soya—. Mi recomendación es que os vayáis de ahí cuanto antes. La nave de descenso es nuestro regalo de despedida. Dadle buen uso.

Miré el paisaje de lava negra. Cada vez que el viento susurraba en las ramas muertas o la ceniza, tenía la certeza de que esa mujer se aproximaba.

—Aenea —dijo el padre capitán.

—Sí, padre capitán.

—Dentro de un segundo cerraremos el haz angosto y nos perderemos de vista, pero quiero decirte algo.

—¿Qué, padre?

—Hija mía, si me ordenan que regrese para encontrarte... no para lastimarte, sino para encontrarte... bien, soy un obediente siervo de la Iglesia y un oficial de Pax.

—Entiendo, padre —dijo Aenea, fijando los ojos en la cola de fusión—. Adiós, padre. Adiós, cabo Kee. Gracias.

—Adiós, hija mía —dijo el padre capitán De Soya—. Dios te bendiga.

Ambos oímos el murmullo de una bendición. Luego el haz angosto se cortó y sólo hubo silencio.

—Ven adentro —le dije a Aenea—. Nos vamos. Ya.

Cerrar las puertas de la cámara fue una tarea simple.

Echamos un último vistazo al autocirujano. Todas las luces estaban amarillas pero estables. Nos amarramos a los divanes de aceleración. Había escudos para cubrir el parabrisas, pero estaban levantados y veíamos los oscuros campos de lava. Algunas estrellas eran visibles en el este.

—Bien —dije, mirando la miríada de interruptores, discos, placas, holoalmohadillas, monitores, pantallas, botones y trastos. Entre ambos había una consola baja y dos omnicontroladores con almohadillas dactilares. Vi media docena

de lugares donde uno podía conectarse directamente. —Bien —repetí, mirando a la niña—, ¿alguna idea?

—¿Salimos y caminamos?

Suspiré.

—Podría ser el mejor plan, excepto por... —Señalé el autocirujano con el pulgar.

—Lo sé —dijo Aenea, hundiéndose en sus correas—. Era una broma.

Le toqué la mano. Como de costumbre, hubo una descarga eléctrica, una suerte de *déjà vu* físico. Apartando la mano, dije:

—Demonios, cuanto más avanzada es una tecnología, más sencilla debería ser. Esto parece algo salido de la cabina de un caza de combate del siglo dieciocho de Vieja Tierra.

—Está construido para profesionales —dijo Aenea—. Sólo necesitamos un piloto profesional.

—Tenéis uno —gorjeó el comlog, hablando con su propia voz.

—¿Sabes pilotar una nave? —dije con suspicacia.

—Esencialmente, soy una nave —replicó el comlog. El panel se abrió—. Por favor, conecta el enchufe rojo a cualquier puerto de interfaz rojo.

Lo conecté a la consola. El panel se activó, los monitores brillaron, los instrumentos chasquearon, los ventiladores zumbaron y el omnicontrolador tembló. Un monitor amarillo se encendió en el centro del salpicadero.

—¿Hacia dónde, M. Endymion, M. Aenea? —nos preguntó el comlog.

—Al próximo teleyector —dijo la niña—. El último teleyector.

58

Había luz diurna al otro lado. Revoloteamos sobre la corriente y avanzamos despacio. El comlog nos había enseñado a usar los controladores mientras él se encargaba de los demás sistemas e impedía que cometiéramos errores estúpidos. Condujimos la nave sobre las copas de los árboles. A menos que aquella mujer pudiera atravesar un portal teleyector, estábamos a salvo.

Resultó extraño cruzar el último teleyector sin la balsa, pero la balsa no nos habría servido de todos modos. El río Tetis se había convertido en un arroyuelo entre barrancas profundas, con apenas diez centímetros de profundidad y tres o cuatro metros de anchura. Serpenteaba por una campiña boscosa. La vegetación era extraña pero familiar al mismo tiempo, árboles similares a champa o raraleña, pero con hojas anchas y expansivas como el semirroble. Eran hojas amarillas y rojas, y alfombraban las orillas del riacho.

El cielo era gratamente azul, no azul profundo como en Hyperion, pero más profundo que en la mayoría de los mundos terroides que habíamos visto en este viaje.

El sol era grande y brillante sin ser abrumador. Su luz atravesaba el parabrisas y nos lamía las rodillas.

—Me pregunto cómo será allá fuera —dije.

El comlog, nave o lo que fuera debió de pensar que hablaba con él. El monitor central parpadeó y empezó a presentar datos.

ATMÓSFERA: 0,77 N_2
0,21 O_2
0,009 AR
0,00003 CO_2
VARIABLE H_2O (-0.01)
PRESIÓN DE SUPERFICIE: 0,986 bar.
MASA: 5,976 X 10^{24} KG.
VELOCIDAD DE ESCAPE: 11,2 Km/s
GRAVEDAD DE SUPERFICIE: 980 Km/s
ÁNGULO DE INCLINACIÓN DEL EJE MAGNÉTICO: 11,5°
MOMENTO BIPOLAR: 7,9 x 10^{25} gauss/cm^3.

—Qué raro —dijo la nave—. Una coincidencia improbable.

—¿Qué? —pregunté, conociendo la respuesta.

—Estos datos planetarios coinciden casi a la perfección con mi base de datos de Vieja Tierra. Es muy extraño que un mundo coincida tanto con...

—¡Alto! —chilló Aenea, señalando el parabrisas—. Aterriza. Por favor, ya...

Yo me habría estrellado contra los árboles en el descenso, pero la nave se hizo cargo, encontró un terreno llano y rocoso a veinte metros del río y se posó en silencio. Aenea tecleó la combinación de la cámara de presión mientras yo seguía mirando el techo de la casa que había más allá de la arboleda.

Aenea bajó por la escalerilla antes de que yo pudiera hablarle. Me detuve para examinar el autocirujano, comprobé que varias luces estaban en verde.

—Cuídalo —le dije a la nave—. Ten todo preparado para un despegue rápido.

—Así lo haré, M. Endymion.

Llegamos a la casa desde el otro lado del arroyo. Es difícil describir el edificio, pero lo intentaré.

La casa estaba construida sobre una modesta cascada de tres o cuatro metros que caía en una laguna natural. Hojas amarillas flotaban en la laguna antes de perderse corriente abajo. Los rasgos más notables de la casa eran los techos delgados y las terrazas rectangulares que parecían colgar sobre el arroyo y la cascada como desafiando la gravedad.

La casa parecía estar hecha de piedra y cristal, cemento y acero. A la izquierda de la terraza había una pared de piedra de tres pisos con una ventana de similar altura. El marco de metal de las ventanas tenía color naranja suave.

—Voladizo —dijo Aenea.

—¿Qué?

—Así llama el arquitecto a esas terrazas colgantes. Terrazas en voladizo. Imitan los bordes de piedra caliza que han existido aquí durante millones de años.

Me detuve para mirarla. La nave había quedado detrás de la arboleda.

—Es tu casa —dije—. La casa con que soñaste antes de nacer.

—Sí —dijo Aenea. Le temblaban los labios—. Ahora conozco su nombre, Raul. Fallingwater.

Asentí y olí el aire. Había un intenso aroma a hojas descompuestas, plantas vivientes, suelo fecundo, agua y especias. Era muy diferente del aire de Hyperion, pero olía a hogar.

—Vieja Tierra —susurré—. ¿Es posible?

—Sólo... la Tierra —dijo Aenea. Me tocó la mano—. Entremos.

Cruzamos el arroyo por un puentecillo, subimos por una calzada de grava y atravesamos una arcada y un corredor estrecho. Fue como entrar en una acogedora caverna.

Deteniéndonos en la amplia sala, llamamos, pero nadie respondió. Aenea recorrió

el recinto como en trance, pasando los dedos por la madera y la piedra, soltando exclamaciones a cada pequeño descubrimiento.

El suelo estaba alfombrado en algunas partes, y en otras era de piedra desnuda. Había anaqueles cubiertos de libros, pero no me detuve a mirar los títulos. Vi anaqueles de metal bajo el techo, pero estaban vacíos. Tal vez sólo fueran un elemento decorativo. Un enorme hogar de piedra cubría la otra pared, tal vez la cima de la roca donde la casa parecía estar posada.

Un fuego crepitaba en el hogar, a pesar de la calidez del soleado día otoñal. Llamé de nuevo, pero el silencio era intenso.

—Nos esperaban —dije, en un intento de broma. La única arma que ahora tenía era la linterna láser.

—Sí, nos esperaban —dijo Aenea. Fue hasta el costado del hogar y apoyó las manos en una esfera de metal que estaba apoyada en un nicho semiesférico de la pared. La esfera tenía un metro y medio de diámetro y estaba pintada de rojo.

—El arquitecto diseñó esto como una cacerola para calentar vino —murmuró Aenea—. Sólo se usó una vez... calentaron el vino en la cocina y lo trajeron aquí. Es demasiado grande. Y quizá la pintura sea tóxica.

—¿Es el arquitecto que buscabas? ¿El arquitecto con quien pensabas estudiar?

—Sí.

—Creí que era un genio. ¿Por qué fabricaría una cacerola demasiado grande y demasiado tóxica?

Aenea sonrió burlonamente.

—Los genios la pifian, Raul. Mira nuestro viaje, si necesitas una prueba. Ven, echemos un vistazo.

Las terrazas eran encantadoras, la vista desde la cascada agradable. Por dentro, los techos eran bajos, pero eso aumentaba la sensación de atisbar el verde mundo del bosque desde una caverna. De nuevo en la sala, un escotillón de vidrio y metal se prolongaba en peldaños, sostenidos por barras desde el piso de arriba, que conducían a una plataforma de cemento desde donde se veía el arroyo encima de la cascada.

—La rampa —dijo Aenea, como si encontrara algo muy familiar.

—¿Para qué es?

—Nada práctico. Pero el arquitecto la consideraba... «absolutamente necesaria desde todo punto de vista», en sus propias palabras.

—¿Dónde estamos, Aenea?

—Fallingwater. Bear Run. En el oeste de Pennsylvania.

—¿Es un país?

—Provincia. Mejor dicho, estado. En los ex Estados Unidos de América. El continente norteamericano. Planeta Tierra.

—Tierra —repetí, mirando en torno—. ¿Dónde están todos? ¿Dónde está tu

arquitecto?

—No lo sé. Lo sabremos pronto.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí, pequeña? —Pensaba en acopiar alimentos, armas y otras provisiones mientras A. Bettik se recobraba y nos disponíamos a partir de nuevo.

—Algunos años —dijo Aenea—. Creo que no más de seis o siete.

—¿Años? —Me paré en seco en la terraza superior adonde habíamos llegado por la escalera—. ¿Años?

—Tengo que estudiar con este hombre, Raul. Tengo que aprender algo.

—¿Sobre arquitectura?

—Sí, y sobre mí misma.

—¿Y qué haré yo mientras tú aprendes sobre ti misma?

En vez de bromear, Aenea cabeceó gravemente.

—Lo sé. No parece justo. Pero tendrás algunas ocupaciones mientras yo crezco.

Esperé.

—Es necesario explorar la Tierra —dijo Aenea—. Mis padres visitaron este lugar. Fue idea de mi madre que los leones, tigres y osos, las fuerzas que se llevaron la Tierra antes de que el TecnoNúcleo pudiera destruirla... fue idea de mi madre que realizaran experimentos aquí.

—¿Experimentos? ¿Qué experimentos?

—Experimentos con el genio, principalmente. Aunque la frase más precisa sería experimentos con la humanidad.

—Explícate.

Aenea señaló la casa.

—Este lugar fue terminado en 1937.

—¿De la era cristiana?

—Sí. Estoy segura de que fue destruido en los disturbios sociales norteamericanos del siglo veintiuno, o antes. Quien trajo la Tierra aquí se las ingenió para reconstruirlo. Tal como reconstruyeron la Roma del siglo diecinueve para mi padre.

—¿Roma? —Tuve la sensación de estar repitiendo como un tonto todo lo que decía la niña.

—La Roma donde John Keats pasó sus últimos días. Pero ésa es otra historia.

—Sí, lo leí en los *Cantos* de tu tío Martin. Y tampoco lo comprendí entonces.

Aenea hizo ese gesto al que yo me estaba habituando.

—Yo no lo comprendo, Raul. Pero el que trajo la Tierra aquí trae gente además de viejas ciudades y edificios. Crea una dinámica.

—¿Por medio de la resurrección? —dije dubitativamente.

—No, más bien... en fin, mi padre era un cíbrido. Su personalidad residía en una

matriz IA, su cuerpo era humano.

—Pero tú no eres un cíbrido.

Aenea negó con la cabeza.

—Sabes que no lo soy. —Me guió por la terraza. Debajo de nosotros, el arroyo se precipitaba por la pequeña cascada—. Tú tendrás tus tareas mientras yo... voy a la escuela.

—¿Por ejemplo?

—Además de explorar la Tierra y averiguar qué se proponen estas entidades, tendrás que partir antes que yo e ir a buscar nuestra nave.

—¿Nuestra nave? Quieres decir que debo viajar por teleyector para buscar la nave del cónsul.

—Sí.

—¿Y traerla aquí?

—Eso llevaría siglos —dijo Aenea—. Convendremos en encontrarnos en alguna parte de la vieja Red.

Me froté la mejilla, sentí la aspereza de la barba crecida.

—¿Algo más? ¿Alguna otra pequeña odisea de diez años para mantenerme ocupado?

—Sólo un viaje al Confín para ver a los éxters. Pero yo iré contigo en ese viaje.

—Bien. Espero que no nos aguarden más aventuras, pues ya no soy tan joven como antes.

Trataba de tomármelo en broma, pero Aenea me miraba con seriedad.

Me apoyó los dedos en la palma.

—No, Raul —dijo—. Esto es sólo el comienzo.

El comlog llamó.

—¿Qué? —barboté, preocupado por A. Bettik.

—Acabo de recibir coordenadas por la banda común —dijo el comlog con desconcierto.

—¿Transmisiones de audio o vídeo?

—Sólo coordenadas de viaje y altitudes de crucero óptimas. Es un plan de vuelo.

—¿Adónde?

—A un punto que está en este continente, tres mil kilómetros al sudoeste de nuestra posición actual —dijo la nave.

Miré a Aenea.

—¿Sabes algo de eso? —le pregunté.

—Algo, pero no estoy segura. Vayamos a sorprendernos.

Aún apoyaba su mano en la mía. No la solté mientras caminábamos por las hojas amarillas hacia la nave.

59

He dicho que leías esto por razones equivocadas. Debí haber dicho que yo escribía esto por razones equivocadas.

He llenado estos días y noches y estas páginas de micropergamino con recuerdos de Aenea, Aenea en su infancia, sin mencionar una palabra de su vida como la mesías que debes conocer y a quien quizás erróneamente adoras. Pero ahora descubro que no he escrito estas páginas para ti, ni las he escrito para mí. He dado vida a la niña Aenea en mis escritos porque quiero que la mujer Aenea esté viva, a despecho de la lógica, a despecho de los acontecimientos, a despecho de la desesperanza.

Cada mañana —mejor dicho, cada vez que se encienden las luces autoprogramadas— me despierto en esta caja de gato de Schrödinger de tres por seis y me asombro de estar con vida. No hubo aroma de almendras amargas por la noche.

Cada mañana lucho contra la desesperación y el terror escribiendo estas memorias en mi pizarra, apilando las páginas de micropergamino. Pero el reciclador de este pequeño mundo es limitado; sólo puede producir una docena de páginas por vez. A medida que termino cada docena de páginas, meto las viejas en el reciclador para que salgan frescas y blancas y tener nuevas páginas donde escribir. Es la serpiente mordiéndose la cola. Es una locura. O es la esencia absoluta de la cordura.

Es posible que el chip de la pizarra haya conservado todo lo que he escrito aquí, lo que escribiré en los días venideros si el destino me los concede, pero lo cierto es que no me importa. Día a día sólo me interesan esas doce páginas de micropergamino, limpias páginas en blanco por la mañana, páginas entintadas y llenas de garrapatos por la noche.

Entonces Aenea vive para mí.

Pero anoche, cuando las luces de mi caja de gato de Schrödinger se apagaron y nada me separaba del universo excepto el casco estático-dinámico de energía congelada que me rodea con su pequeño frasco de cianuro, su temporizador y su detector de radiación... anoche oí que Aenea pronunciaba mi nombre. Me incorporé en la negrura, demasiado sobresaltado y esperanzado para siquiera encender las luces, seguro de que estaba soñando, y sentí que me tocaba las mejillas con los dedos. Eran dedos. Los conocí cuando ella era niña. Los besé cuando ella era mujer. Los rocé con mis labios cuando se la llevaron por última vez.

Sentí sus dedos en mi mejilla. Sentí su cálido aliento en el rostro. Sentí sus tibios labios en la comisura de mi boca.

—Nos iremos de aquí, querido Raul —me susurró en la oscuridad—. No pronto, pero en cuanto termines nuestra historia. En cuanto la recuerdes toda y la comprendas

toda.

Estiré la mano, pero su calor se alejaba. Cuando se encendieron las luces, mi mundo ovoide estaba vacío.

Caminé de aquí para allá hasta que llegó la hora de la vigilia. Mi mayor temor en estos días o meses no ha sido la muerte —Aenea me había enseñado a poner la muerte en perspectiva— sino la locura. La locura me arrebataría la lucidez, el recuerdo... Aenea. Entonces algo me llamó la atención. La pizarra estaba activada. La pluma no estaba en su sitio de costumbre, sino bajo la tapa de la pizarra, como la dejaba Aenea en su diario durante nuestros viajes, cuando nos fuimos de la Tierra. Con dedos trémulos, reciclé los escritos del día anterior y activé el puerto de impresora.

Salió una sola página, llena de líneas manuscritas. Era la letra de Aenea. La conozco bien.

Es un punto de inflexión para mí. O bien estoy totalmente loco y nada de esto importa, o bien estoy salvado y todo importa mucho.

Leo esto, como tú, con esperanza para mi cordura, con esperanza de salvación: no salvación de mi alma, sino del yo en la renovada certeza del reencuentro —un reencuentro real, físico— con aquella a quien recuerdo y amo más que a nadie.

Y ésta es la mejor razón para leer.

60

Raul, considera esto como una posdata a los recuerdos sobre los que has escrito hoy, y que yo leo esta noche. Años atrás, en esas últimas tres horas de nuestro primer viaje, cuando tú, mi querido Raul, y el querido A. Bettik y yo volamos al sudoeste, hacia Taliesin West y mi largo aprendizaje, ansiaba contártelo todo: los sueños que nos mostraban como amantes sobre quienes cantarían los poetas, las visiones de los grandes peligros que nos aguardaban, los sueños sobre el descubrimiento de amigos, los sueños sobre la muerte de los amigos, la certidumbre de triunfos inimaginables en el porvenir.

No dije nada.

¿Recuerdas? Dormimos durante el vuelo. Qué extraña es la vida. Nuestras últimas horas juntos y a solas, el final de uno de los períodos más íntimos de nuestra vida compartida, el fin de mi infancia y el comienzo de nuestro tiempo como iguales, y dormíamos. En divanes separados. La vida es brutal en ese sentido... cuántos momentos irrecuperables perdemos entre trivialidades y distracciones.

Pero estábamos muy cansados. Habían sido días extenuantes.

Cuando la nave inició el descenso, dirigiéndose a Taliesin West y mi nueva vida, cogí una página de mi sucio diario —había sobrevivido al agua y las llamas, aunque mis ropas no— y te escribí una nota apresurada. Estabas durmiendo. Apoyabas la cara en el vinilo de la silla de aceleración y babeabas un poco. Tenías las pestañas quemadas, al igual que un mechón de cabello en la coronilla, y el efecto era cómico. Parecías un payaso sorprendido en el acto de dormir. (Luego hablamos de payasos, ¿recuerdas, Raul? Durante nuestra odisea éxter. Habías visto payasos en un circo de Puerto Romance, en tu adolescencia; yo había visto payasos en Jacktown, durante la feria anual de los colonos.)

Las quemaduras y el ungüento que te habíamos aplicado en las mejillas y las sienes, los ojos y el labio superior, parecían maquillaje de payaso, rojo y blanco. Estabas hermoso. Te amé entonces. Te amé hacia atrás y hacia delante en el tiempo. Te amé más allá de los límites del tiempo y del espacio.

Escribí mi nota precipitadamente, la guardé en lo que quedaba del bolsillo de tu camisa estropeada y te besé suavemente la comisura de la boca, el único lugar que no estaba quemado ni untado. Te moviste pero no te despertaste. No mencionaste la nota el día siguiente, ni nunca, y siempre me pregunté si la habías encontrado, o si se te había caído del bolsillo, o si quedó sin leer cuando tiraste la camisa en Taliesin.

Eran palabras de mi padre. Las escribió hace siglos. Luego murió, renació como cíbrido y murió de nuevo como hombre. Pero aún vivía en esencia, pues su personalidad merodeaba por el metaespacio, y al fin se fue de Hyperion con el cónsul, en las serpentinas ADN de la IA de la nave. Nunca conoceremos las últimas

palabras que dijo a mi madre, a pesar de la licencia poética de mi tío Martin en los *Cantos*. Pero estas palabras aparecieron en la pizarra de mi madre cuando despertó esa mañana en que él se fue para siempre, y ella conservó la impresión original el resto de su vida. Lo sé, pues yo me metía en su habitación de Jacktown en Hyperion y leía la apresurada letra de ese pergamino amarillento, al menos una vez por semana desde que tuve dos años.

Éstas fueron las palabras que te dejé con mi beso en esa última hora del último día de nuestro primer viaje, querido Raul. Son palabras que te dejo esta noche con un beso de despertar. Son las palabras que te reclamaré cuando regrese, cuando la historia esté terminada y comience nuestro viaje final.

Un objeto bello es una alegría eterna,
cuyo encanto aumenta, y jamás
se diluye, sino que nos reserva
íntimo refugio, y un reposo
con dulces sueños, salud, y respirar sereno

Así, Raul Endymion, hasta que nos encontremos de nuevo en tus páginas, en voluptuoso éxtasis, te digo adiós.

Hijastro del silencio y la indolencia,
silvestre historiador, que así relatas
mejor que nuestra rima una florida historia:
¿qué frondosa leyenda en tu figura acecha
de dioses o mortales, o de entrambos,
en Tempe o en los cuentos de la Arcadia?
¿Qué hombres y qué dioses? ¿Qué doncellas esquivas?
¿Qué búsqueda tenaz? ¿Qué fuga empecinada?
¿Qué trinos y gorjeos? ¿Qué voluptuoso éxtasis?

Por ahora, amor mío, te deseo dulces sueños, y salud y respirar sereno.

FIN

Notas

[1] (Son los versos iniciales del poema *Fire and Ice*, del poeta norteamericano Robert Frost. En una versión en prosa, el poema dice: «Algunos dicen que el mundo terminará en fuego, algunos dicen que en hielo. Por lo que he saboreado del deseo, me inclino por los que favorecen el fuego. Pero si el mundo debiera perecer dos veces, creo saber bastante sobre el odio como para reconocer que el hielo también es un gran destructor y se las apañaría.» La «coincidencia» es que *frost* significa "escarcha". (Nota del Traductor)